

JOSÉ LUIS CORRAL
ANTONIO PIÑERO



TRONO EL MALDITO

Un rey, un imperio, un mesías.
La gran novela de los tiempos de Jesucristo

 Planeta

ÍNDICE GENERAL

Cita

Genealogía de Augusto
Genealogía de Herodes el Grande
Introducción

PARTE I

1. La ambición de Arquelao
2. Una Pascua agitada en Jerusalén
3. Una sorpresa en Roma
4. El tribunal de Augusto
5. Sabino en Judea
6. Las legiones de Siria
7. La decisión de Augusto
8. Los años de Arquelao
9. Los encantos de Glafira
10. Alejandro redivivo
11. Rut, la hija del sacerdote
12. Los apuros de Arquelao
13. Roma gobierna
14. La propuesta de Livia
15. El rapto de Herodías

PARTE II

16. El anuncio del Bautista
17. El precio de la sinceridad
18. El desquite de Aretas
19. El auge de Jesús
20. Poncio Pilato
21. Conflicto por Jesús
22. Informe a Pilato
23. Camino de Jerusalén
24. Un templo puro
25. El temor del Sanedrín
26. El Patio de los gentiles
27. El proceso contra Jesús
28. Un suplicio de esclavos
29. La suerte de los enemigos
30. Las aventuras de Julio Agripa
31. Agripa ante Tiberio
32. La decisión de Calígula
33. El final de Pilato
34. La ambición de Herodías
35. El mundo de Rut

Nota de los autores
Mapa del Imperio romano a la muerte de Augusto
Mapa del reparto de Israel con Augusto
Plano de Jerusalén en tiempos de Jesucristo
Plano del Templo de Jerusalén, siglo I
Cronología
Personajes
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

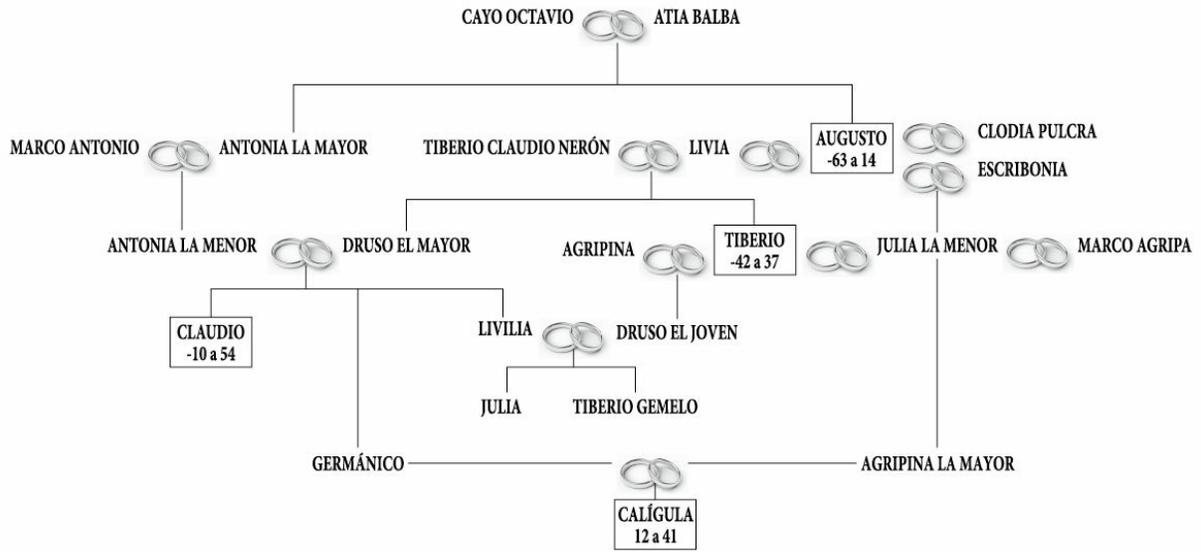
Comparte

«Jesús compareció ante el gobernador, y éste le preguntó:
—¿Eres tú el rey de los judíos?
Jesús respondió:
—Tú lo dices.»

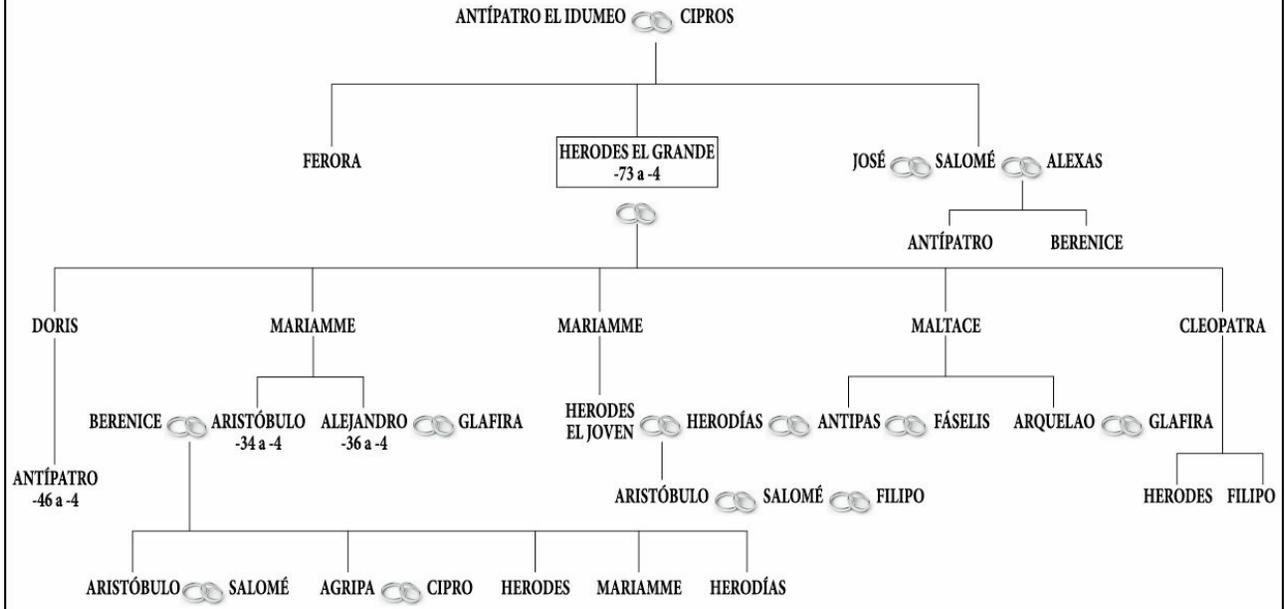
(Nuevo Testamento, Evangelio de San Mateo, 27, 11)

GENEALOGÍA DE AUGUSTO

Dinastía Julio - Claudia



GENEALOGÍA DE HERODES EL GRANDE



—Nadie debe enterarse, por el momento, de que Herodes ha muerto. Si alguno de vosotros se va de la lengua antes de tiempo, haré que su cabeza ruede sobre el polvo de Israel, y los buitres darán buena cuenta del resto.

Salomé habla con la contundencia de quien se sabe depositaria de la última voluntad del soberano. Observa a los presentes que se arremolinan en torno al lecho mortuario y los mira con ojos metálicos, como cuchillos de acero. Todos asienten ante la mirada amenazadora de la poderosa hermana del rey, cuya vida acaba de cercenar una penosa enfermedad.

Herodes, consumido entre grandes calenturas, ha muerto a los setenta años con el cuerpo lacerado por la comezón, el cuello rígido por punzantes dolores, los pies hinchados y llenos de pústulas supurantes, el vientre inflado como un boto de piel de cabra y el pene y los testículos podridos y recomidos por los gusanos.

Pese al enorme sufrimiento que lo ha atenazado y postrado en cama sin consuelo en las últimas semanas, el rey de los judíos ha expirado sin proferir un solo gemido, procurando mantener el rostro sereno y el rictus noble y relajado hasta el postrer hálito, consciente de la majestad que se le atribuye, sabedor de que hasta el último suspiro debe conservar la dignidad del linaje que durante tanto tiempo ha encabezado. Sólo así la posteridad lo reconocerá como *el Grande*.

—Apenas han pasado cinco jornadas desde que el rey ordenó la ejecución de su hijo Antípatro... —comenta en voz muy baja Nicolás de Damasco, principal consejero real a uno de sus colegas—. Antípatro cometió el error de considerarse soberano de Israel antes de tiempo. No me extraña que Herodes, ya agonizante, mandara ejecutarlo.

Herodes se enteró por Nicolás, aunque demasiado tarde, de que Antípatro, el hijo que le dio Doris y otrora su retoño más amado, estaba conspirando para derrocarlo y sustituirlo al frente del reino, y que fue él quien instigó también para enemistarlo con sus dos hijos engendrados de su queridísima Mariamme, su segunda esposa, aquella que tanto lo odió pero a la que él tanto amó. El rey ha sufrido en el lecho de muerte al recordar que una orden suya llevó a la muerte a tres de sus hijos, Alejandro, Aristóbulo y Antípatro, y a su esposa Mariamme. Su conciencia cargará en el más allá con estas cuatro ejecuciones, tal vez por toda la eternidad. Lamentó no haberse dado cuenta antes del fatal engaño. Pero ya no hay remedio.

Afortunadamente, había sobrevivido los días suficientes como para modificar su testamento. En el primero, el recién ejecutado Antípatro aparecía como heredero. Pero al

ser eliminado éste, como también dos de sus hermanos, los hijos supervivientes asisten expectantes a que se abra el segundo testamento del gran rey.

Salomé, que se ha librado de morir, pues Antípatro tenía planeado ejecutarla en cuanto fuera proclamado rey, se acerca al cuerpo del que durante treinta y siete años ha sido el monarca y señor absoluto de Judea. Procurando que su gesto quede envuelto en la más solemne postura, cierra con su mano los párpados de su hermano, junto al que se encuentran los tres fieles eunucos que lo han servido en sus últimos años. Luego se inclina sobre su frente y deposita en ella un beso leve, cargado de sutileza. El rostro del cadáver dista mucho del hombre poderoso y feroz que ha mantenido el poder con mano firme hasta el último día de su existencia. Pero en sus rasgos marchitos, ajados por el tiempo y la enfermedad, todavía se atisba un destello de majestad.

Salomé alza sus manos al cielo, se vuelve hacia los cortesanos con la parsimonia propia de quien se siente protagonista de un acontecimiento extraordinario y se dirige al jefe de la Guardia:

—Acude de inmediato al hipódromo de Jericó y deja libres a los trescientos nobles retenidos en la arena. Ordena a los arqueros tracios que abandonen la vigilancia y se retiren a sus cuarteles.

La princesa, que mantiene el semblante gélido y la mirada fría y distante, como una estatua griega de ojos vidriados, decide desobedecer la última instrucción dada por su hermano: los trescientos nobles que había mandado detener, acusados de conspirar contra sus deseos aprovechando su enfermedad, debían morir asaetados por los tracios, para que su ejecución sirviera de escarmiento a todos aquellos que se plantearan siquiera dudar de su autoridad, aun después de muerto, y de la firmeza de su dominio sobre los hombres y las tierras de Israel.

Salomé titubea un momento. Habría disfrutado con la muerte de algunos de aquellos nobles y con la idea de enviarlos a las sombras del *sheol* antes de tiempo, a sufrir eternamente, con sus rostros ensangrentados, las penas del terrible infierno; pero desea mostrarse magnánima y obrar como la verdadera soberana del reino, siquiera por unos instantes. Sólo ella ha escuchado el susurro de la voz de su hermano momentos antes de la muerte, pidiéndole que convirtiera las arenas del hipódromo de Jericó en un lodazal empapado por la sangre de aquellos nobles judíos. Pero ha decidido permitirles vivir, y dejar que todas las plañideras del reino manifiesten su dolor fingido y griten como posesas, se mesen los cabellos llenos de ceniza y tierra y se arañen rostros y brazos en recuerdo de Herodes el Grande. No quiere que las honras fúnebres del rey se confundan con los lamentos por la ejecución de aquellos miserables, a los que odia aunque perdona la vida.

—Señora, ¿qué ordenas que hagamos? —le pregunta Ptolomeo, el secretario del Tesoro real.

—Entrega una paga extra a los arqueros tracios y un siclo a cada uno de nuestros soldados destinados en Jerusalén. Pero diles a sus comandantes que extremen la

vigilancia, que no relajen la guardia.

—Así se hará.

Salomé anuncia entonces a los cortesanos congregados ante el cadáver de su hermano que muy pronto se hará público el testamento real y conmina a todos los judíos a acatar la voluntad postrera del que ha sido su soberano.

La vida de Salomé, rica en días, ha consumido el vigor de más de cincuenta primaveras, pero sigue siendo una pantera atrapada en un cuerpo de gacela. Aún mantiene su figura alta y delgada, fibrosa y grácil a la vez. Cuando camina, sus movimientos resultan ondulados y seguros, con la flexibilidad de un felino, acentuados por su elegante porte y las perfiladas curvas de sus caderas.

Sus ojos, oscuros como una noche sin luna y a la vez chispeantes como estrellas, aún son capaces de provocar el temor cuando miran encolerizados o cuando emiten un destello de hielo. Ya hace tiempo que blanquean los aladares de su lisa cabellera, aunque el tinte mantiene sus cabellos negros como el asfalto de las orillas del mar Muerto, y los aceites y ungüentos aplicados por sus sirvientas les confieren un aspecto sedoso y reluciente. Sus rasgos firmes, su rostro de aspecto sereno y su fina y elegante mandíbula, acusada con una ligera prominencia, son propios de una persona dotada de una considerable capacidad de decisión.

La princesa habla poco, muy poco, y cuando lo hace se expresa con prudencia y mesura; sólo se manifiesta con decisión cuando ha pensado muy bien lo que tiene que decir y está segura de su juicio. Con su hermano muerto y sus sobrinos dispuestos a pugnar por conseguir el trono, Salomé es consciente de que, al menos por unas horas, el destino del reino judío está posado sobre sus gráciles hombros, y no duda de que debe soportarlo.

Intuye que se avecina un tiempo revuelto en demasía, repleto de acontecimientos extraordinarios, y desea tutelarlos en primera línea.

PARTE I

LA AMBICIÓN DE ARQUELAO

La muerte del rey Herodes el Magnífico, *el Grande*, acaece en Jericó en el año treinta cuatro del principado de Octavio Augusto, que gobierna con mano firme el Imperio cuando se cumple el vigésimo séptimo aniversario de la calamitosa derrota de Marco Antonio y Cleopatra en la batalla de Accio, la que supuso la exaltación de Augusto como único dueño de Roma.

La noticia del óbito del rey de Judea se expande por todo Oriente con la velocidad del viento. Al oírla, unos tiemblan de miedo al perder al caudillo que había gobernado con puño de hierro la tierra de Israel y había remansado las encendidas pasiones del pueblo judío; pero otros sienten alivio porque ha desaparecido un déspota caprichoso en el ejercicio del poder, lascivo e indecoroso en su vida personal e irreverente con las más sólidas creencias de la religión dictada por Moisés.

En los días que siguen a la muerte de Herodes son muy pocos los que se atreven siquiera a salir de casa; prefieren resguardarse en sus moradas en espera de acontecimientos. Los recuerdos del reinado del Magnífico resultan ser una mezcla de sensaciones contradictorias; lo recuerdan como un gobernante cruel, feroz y despiadado, pero también como un monarca glorioso y deslumbrante que ha construido ciudades y las ha equipado con edificios esplendorosos. La inquietud de la mayoría radica en su más trascendente decisión: la elección del heredero al trono, dictada sólo cinco días antes de fallecer.

Salomé convoca en el anfiteatro de Jericó a los notables del reino, a los generales del Ejército y a los miembros de la casta sacerdotal. Muchos de ellos barruntan que han salvado la vida en el último momento, y que se la deben a la princesa.

Entre los asistentes se encuentra el viejo Nicolás de Damasco, el más cercano y leal consejero de Herodes. Junto a él está su secretario, el apuesto Agesilao, un sirio de elevada estatura, hermoso rostro y ademanes elegantes, que cada noche comparte su lecho y que ahora escucha atentamente a su señor.

—¿Qué va a ocurrir en cuanto se revele la voluntad de nuestro rey? ¿Qué harán los romanos, siempre tan ávidos de agregar nuevas tierras a su Imperio y nuevas riquezas a su tesoro? Mi corazón se aflige, amado Agesilao, ante la vista del trono vacío y la inestabilidad ante un futuro tan imprevisible.

Ni siquiera el anciano Nicolás, tan cercano a Herodes, sabe qué ha dejado escrito su antiguo soberano, y teme por su vida y por la de su amado secretario. Historiador y filósofo, conoce bien cuán mudable es el destino y cómo el capricho de los hados juega con la vida de los hombres abocándolos a una fortuna incierta.

La noche anterior apenas ha podido dormir; se ha levantado varias veces del lecho y ha vagado por las estancias de su casa intentando apaciguar su atribulado corazón. Ni siquiera la presencia de su joven secretario ha calmado su inquietud; el agradable sabor de una copa de vino rojo endulzado con miel tampoco ha serenado su ánimo. La larga noche ha transcurrido entre un sinfín de variados pensamientos, que lo han sumido en la más terrible de las incertidumbres.

Ahora, a la entrada del anfiteatro de Jericó, espera paciente la lectura del testamento; sabe que el futuro está escrito, y que poco puede hacer para cambiarlo. El momento tan esperado se acerca y lo único aconsejable es aguardar a que todo se precipite.

—¿Quién será el elegido? —pregunta Agesilao a Nicolás mientras descienden las escaleras del graderío y toman asiento entre los miembros más ilustres del pueblo judío.

El viejo consejero real mira a su joven amante y se emociona ante su cautivadora belleza.

—Herodes ha dejado una muy numerosa descendencia, tanta que cualquier judío menor de cuarenta años podría ser su hijo. Resulta imposible saber a cuántas hermosas jóvenes ha dejado preñadas nuestro señor a lo largo de su vida; demasiados pretendientes para que la sucesión se produzca con la tranquilidad deseada, demasiadas esposas legítimas para aspirar a que alguno de sus hijos sea el designado, demasiados intereses para que el relevo en el trono se produzca de manera pacífica. —Hace una breve pausa y deja escapar un suspiro quejumbroso—. De entre todos los príncipes nacidos de sus esposas, creo que se inclinará o bien por Antipas o por Arquelao, los hijos de Maltace, su sexta mujer legal. Al menos ésa fue mi recomendación cuando hace cinco días demandó mi opinión en el lecho de muerte. De sus diez esposas y de sus decenas de amantes, esa bella samaritana es la que más ha influido en los últimos años en las decisiones del rey. Aunque, en verdad, lo que deseo es que agrade a los romanos.

—¿Crees acaso que se producirá una intervención militar si el testamento contiene una resolución contraria para sus intereses?

—Es probable. Roma jamás consentirá que las tribulaciones de una pequeña nación desestabilicen su flanco más expuesto en el extremo oriental de su Imperio. Sin duda, se avecinan tiempos muy agitados para Israel, aunque espero que este pueblo tenga la sabiduría necesaria para encauzarlos.

Una vez ubicados los principales del país en sus respectivas posiciones, en el palco real del anfiteatro aparece Salomé. La hermana del rey viste una túnica de seda negra, ajustada como una segunda piel a la rotunda sinuosidad de sus pechos y caderas. Luce sus negros cabellos recogidos en un alto moño sujeto por un grueso filamento dorado. La acompaña Alexas, su oscuro marido.

Un secretario demanda con voz recia la atención de los asistentes y anuncia la presencia de la princesa, a la que presenta, modulando sus palabras, como «hermana y albacea de nuestro amado y llorado rey Herodes».

Salomé se adelanta entonces unos pasos y se sitúa en el centro del palco, como si se tratara de la más célebre de las actrices. Pasea su mirada con calculada lentitud sobre los allí reunidos y alarga su brazo invitando a su marido Alexas, que hasta entonces se ha mantenido en un segundo plano, a que se coloque a su lado.

—Mi esposo, Alexas, y yo misma hemos sido designados por mi hermano el rey Herodes albaceas de su voluntad real —dice la princesa con voz firme y solemne—. Su último deseo fue que todos los judíos cumplamos su testamento y que nos mantengamos unidos en torno a sus designios.

Tras este anuncio, Salomé se gira hacia atrás e indica con un gesto a Ptolomeo, el encargado de las finanzas reales y guardián del sello, que se acerque.

El tesorero real avanza unos pasos hasta colocarse a la altura de Salomé y de Alexas; inclina la cabeza ante la princesa, abre un pequeño estuche de madera tallada y desenrolla un pergamino. Aguarda unos instantes y, tras una indicación afirmativa de Salomé, comienza a leer:

—Yo, Herodes, de la casa de David, por la voluntad del Señor Nuestro Dios, rey de Judea, manifiesto mi agradecimiento al Ejército de Israel, por la fidelidad y la obediencia que me ha profesado durante todos y cada uno de los años de mi reinado. Y en justo reconocimiento ordeno que se repartan cuatro siclos de plata a cada oficial y dos siclos a cada soldado.

»Os pido también que juréis lealtad a vuestro nuevo soberano, porque ésa es mi decisión, y que lo obedezcáis como si de mi misma persona se tratara.

»He decidido que mi sucesor en el trono de Judea y el nuevo rey de todos los judíos sea mi hijo Arquelao, a quien engendré en el vientre de mi esposa Maltace.

Ptolomeo hace un alto en la lectura del testamento. Por las gradas del anfiteatro se extiende un murmullo que enseguida desata numerosos aplausos y vítores al nuevo rey.

Salomé alza su mano derecha y pide silencio para que se pueda escuchar el resto del testamento real.

—Prosigue la lectura, Ptolomeo.

—Designo, como segundo heredero al trono, a mi hijo Filipo, concebido por mi esposa Cleopatra, nacida en Jerusalén, nuestra ciudad sagrada, y le concedo las regiones de la Gaulanítide, Batanea y Traconítide, con el título de etnarca. A mi hijo Antipas lo nombro procurador y tetrarca de Galilea y Perea. Lego mil talentos de mi tesoro al César Octavio Augusto, emperador de Roma, y quinientos a su esposa Livia, como muestra de amistad hacia el pueblo romano, con el que deseo la paz eterna.

A continuación, Ptolomeo detalla el reparto de propiedades que el rey Herodes deja a sus hijos, esposas y sobrinos; entre las posesiones reales abundan los palacios, dinero, rentas, haciendas y joyas. A Salomé le entrega una cuantiosa cantidad de dinero y el gobierno de la región de Gaza, en la zona costera mediterránea del sur de Israel.

—Ésta es la voluntad de Herodes el Grande; todos los judíos debemos acatarla —asienta Salomé.

—Tengo que advertir —interviene entonces Ptolomeo— que, de acuerdo con nuestro tratado con Roma, las cláusulas contenidas en este testamento no podrán ser ejecutadas hasta que se produzca la aprobación del César.

—Así será —asiente Salomé; y quienes la conocen perciben en su rostro un leve gesto de contrariedad.

Un ronco clamor surge de las gradas, entre vítores y deseos de larga vida al nuevo rey, y gritos que auguran un glorioso futuro para Israel.

Arquelao es un príncipe que goza de simpatía entre los comandantes del Ejército, pues le suponen la misma fuerza y energía que a su padre. No es uno de los príncipes más conocidos por el pueblo judío, pero... ¿qué importa lo que piense la masa? La gente aplaudirá y obedecerá al sucesor designado por Herodes. Un pueblo no es nada sin un rey.

Salomé se acerca al nuevo soberano, que permanece sentado, sonriente, en la primera fila del graderío, y lo abraza con afecto.

—Querido sobrino —le dice esbozando una sonrisa—, mi alegría es inmensa al conocer que tú has sido el elegido. La designación de tu padre no ha podido recaer en nadie mejor que tú. Cuando estaba decidiendo a quién nombrar su sucesor, yo siempre lo animé a que fueras tú. Le aseguré que eras el más preparado y el que mejor garantizaba el futuro de Israel. Afortunadamente, me hizo caso, y ahora eres el rey de todos los judíos.

Arquelao se limita a sonreír a su tía y a saludar alzando el brazo ante los vítores de los congregados en el teatro de Jericó. Todavía no es plenamente consciente de que se acaba de convertir en el nuevo señor del trono de David y Salomón.

Antipas, el hermano menor del designado, se muerde el labio inferior al escuchar el testamento. Su corazón albergaba la esperanza de ser el elegido. Tiene que fingir y mostrar su rostro más amable al mirar a su hermano e inclinar ante él la cabeza acatando la voluntad paterna. Pero en el fondo de su alma considera que él debería ser el nuevo rey de Israel.

Salomé ordena entonces a Ptolomeo:

—Los funerales del rey tienen que estar a la altura del gran gobernante que ha sido mi hermano.

El cadáver embalsamado de Herodes es trasladado por un solemne cortejo de carros, escoltado por jinetes engalanados y sacerdotes, desde el palacio de Jericó, donde se ha custodiado el cuerpo sin vida durante varios días, hasta la ciudad santa de Jerusalén, donde se celebran las honras fúnebres de aquel a quien algunos ya llaman *el Grande*. La ceremonia ha de ser acorde a las costumbres de los judíos, para que no quede la menor duda de que su rey ha sido el mejor garante de la identidad del pueblo, y que su sucesor desea continuar siéndolo.

En Jerusalén se celebran las exequias por un período de siete días, durante los cuales se guarda luto oficial. Decenas de pañideras, vestidas con túnicas negras, son

contratadas para que los gritos de dolor y las escenas de desgarró y lamento no se interrumpían en ningún instante. Numerosos sacrificios se ofrecen ante el altar del Templo, en el que no cesan de entregarse ofrendas y animales a los sacerdotes. El final de las ceremonias fúnebres culmina con un banquete funerario en honor a la memoria de Herodes el Grande, al que son invitados los más nobles miembros del pueblo judío.

Salomé asiste en silencio a la comida. Hace tan sólo una semana que, tras escuchar el testamento, ha mostrado en el teatro de Jericó su lealtad hacia su sobrino Arquelao, y lo ha abrazado en presencia de los nobles, los sacerdotes y los comandantes del Ejército. Pero sus sentimientos van en otra dirección; considera que Antipas, hijo también de la samaritana Maltace, está mucho mejor dotado para ocupar el trono de Judea. Además, Arquelao es rocoso como una peña, y Antipas, más moldeable, escuchará mejor sus consejos.

En el alboroto del banquete, cuando el vino causa ya estragos entre muchos de los asistentes, en Arquelao especialmente, y las lenguas comienzan a soltarse, Salomé busca a su sobrino Antipas con la mirada, y cuando lo encuentra se acerca hasta él. Lo coge del brazo y lo aparta a un rincón solitario del salón, donde pueden hablar lejos de oídos indiscretos.

—Querida tía, el testamento de mi padre me perjudica mucho. Inesperadamente ha troceado el reino. Esto no es lo acordado. Me dijiste, me prometiste, que mi padre se decantaría por mí, que yo, el príncipe Antipas, sería el designado para ser el nuevo rey de Israel. ¿Qué ha ocurrido?

—Baja la voz. —Salomé escudriña con sus hermosos y profundos ojos negros si hay alguien cerca que pueda oírlos—. Tu padre me aseguró, tras ordenar la ejecución de Antípatro, que tú eras el elegido y así iba a figurar en su segundo testamento, pero debió cambiar de opinión en el último instante. No sé qué le pudo ocurrir, pero te juro que haré lo que sea necesario para que tú seas el rey.

Los ojos de Salomé brillan maliciosos, y su mirada apacigua al atribulado Antipas, que apenas puede disimular su malestar. Él, que ya se veía rey, al escuchar las cláusulas del testamento sintió como si un puñal acerado y frío penetrara en lo más hondo de sus entrañas. Durante los días pasados ha guardado la compostura y ha procurado que no se notara la enorme contrariedad que lo aflige.

—No admito ese testamento; yo debo ser el rey.

—Ése es también mi deseo, querido sobrino, pero hemos de actuar con suma cautela. Tu hermano Arquelao no me gusta, y temo mucho lo que pretenda hacer en los próximos meses.

—Soy un mar de dudas. No puedo tolerar la idea de perder el trono para siempre, pero ¿qué puedo hacer?, dime, tía, ¿qué puedo hacer?

—De momento serenarte y no precipitarte en decisiones que te puedan arrastrar a cometer un grave error. Ahora las prisas y la ansiedad son las peores consejeras. —La voz de Salomé serena al excitado Antipas—. Israel tiene un nuevo rey, pero tu hermano

no cubre el vacío que deja la muerte de Herodes. Somos como un navío en medio de una tempestad que ha perdido al experto piloto que lo mantenía a flote; ahora, la nave de Israel tiene a un nuevo piloto al timón, pero nadie confía en que sea capaz de conducirla a un puerto seguro.

—Dispongo de fieles aliados que me ayudarán a conseguir el trono.

—Y muchos más que se unirán a ti si decides disputar la herencia de Arquelao.

—Mi hermano se ha ganado abundantes enemigos.

—Yo te ayudaré a sentarte en el trono de tu padre.

—De acuerdo. Esto es un pacto firme. ¿Qué has pensado?

—Enviaremos un mensajero a Jefté, el hijo de Menahén, con instrucciones para que comiencen a organizarse —propone Salomé—. Él sabe cómo alentar a las masas, sobre todo a los fariseos, que esperan a que salte cualquier chispa para rebelarse.

—No te arrepentirás, querida tía, y te aseguro que si triunfo en mis propósitos, tú tendrás mucho que ganar.

En la penumbra del rincón al que se han retirado, el perfume de Salomé se hace más intenso. Antipas abraza a su tía por la cintura y la acerca hasta que sus cuerpos quedan apretados uno junto al otro. Sus labios se rozan primero y después se funden en un beso profundo y largo, y la lengua de Salomé se desliza con habilidad en el interior de la boca de Antipas antes de separarse.

Acabadas las exequias en el Templo, una colorida comitiva formada por los recios arqueros tracios, la Guardia Real de Judea, dos batallones de mercenarios germanos de las feroces tribus de francos y alamanes, más quinientos esclavos cargados con ánforas llenas de ungüentos y de perfumes de variados aromas, desfila hacia el sur, camino del Herodión, el exótico palacio situado sobre un abrupto cerro en cuya empinada ladera se ha excavado la tumba donde se conservarán para siempre los restos del rey.

El cadáver embalsamado de Herodes, aromatizado de continuo con los aceites y perfumes que portan los esclavos, tarda casi un día entero en ser trasladado desde Jerusalén hasta el Herodión, apenas nueve millas al sur, justo donde comienza el desierto. Una docena de soldados de la Guardia Real se va turnando a cada milla y carga sobre sus hombros el catafalco con el féretro de láminas de oro repujado con perlas y piedras preciosas y adornado con telas de color púrpura. El cadáver real, vestido también de seda púrpura, porta una corona de oro en la cabeza y el cetro en la mano derecha.

En el lugar donde Herodes derrotó a los partos y a los partidarios de los asmoneos, también conocidos como macabeos, con Aristóbulo II a la cabeza, y cimentó su reino, bajo el palacio-fortaleza erigido en conmemoración de esa victoria, se depositan los restos del gran rey. Él mismo ordenó construir ese lugar, pues temía que a su muerte saquearan su tumba, como ya ocurriera con la del rey David.

Al pie de la colina, entre jardines y terrazas, cientos de soldados alineados en una especie de estadio, al inicio de la monumental escalinata de blanquísima piedra, cantan

salmos de triunfo y agitan sus lanzas en homenaje al soberano que los condujo a la victoria en tantas batallas.

Finalizados los funerales y enterrado Herodes en el sepulcro del Herodión, Arquelao tiene prisa por ejercer como soberano y aparecer investido de toda su majestad ante sus súbditos. Decide hacerlo de la manera más solemne y efectiva, y para ello congrega en el patio del Templo de Jerusalén, el santuario nacional de los hebreos y su lugar más sagrado, a todos los notables del pueblo, a fin de transmitirles sus propósitos de gobierno. El rey designado, aunque todavía no ratificado por Augusto, se viste para la ocasión con una túnica de lino sagrado, absolutamente blanca; sale del palacio que habitara su padre y se dirige a pie, rodeado de la Guardia Real, hasta el Templo.

Conforme se va acercando al recinto sacro, avanzando a grandes pasos, los jerusalemitas lo saludan con vivas y gritos emocionados. «¡Felicidad y buena suerte en tu tarea!», gritan unos; «¡Viva el hijo del gran Herodes!», lo ovacionan otros; «¡Ventura y sabiduría al rey de Israel!», «¡Que el Señor Nuestro Dios guíe tus pasos y Su ley dirija tus designios!», claman los más piadosos ante las puertas del Templo.

La manifestación pública del poder suele causar en los gobernados un efecto similar al del vino. Ya nadie recuerda al Herodes de mano severa y firme. Ahora todos esperan que el hijo del tirano, que camina seguro hacia el bendito montículo de Sión, los gobierne con acierto y traiga paz y felicidad a la tierra de los antepasados.

Arquelao tiene veinte años. Como la mayoría de los retoños de Herodes el Grande, es de elevada estatura y recia complexión, moldeada por el ejercicio físico y la práctica de la equitación.

Es un hombre apuesto y su sonrisa bien ensayada provoca una sensación cálida y agradable. La nariz prominente, el rostro fino y anguloso y los pómulos marcados lo dotan de un aire de grandeza y majestad. El cabello abundante, de color castaño, resalta sus ojos agrisados, en los que se vislumbra un presagio de implacable e insensible crueldad.

En el transcurso de los funerales se ha mostrado pesaroso y abatido, expresando en cada momento gestos de amargura y de tristeza, como si la muerte de su padre hubiera compungido su corazón y su alma hasta el extremo.

Pero esas expresiones públicas de dolor no han sido sino representaciones teatrales ante un público que imagina difícil. Amante de fiestas regadas con buen vino, hombre sensual y lujurioso, durante el duelo por Herodes no ha dejado de celebrar, en la intimidad de su palacio, alegres banquetes rodeado de las más voluptuosas bailarinas. Sus allegados más íntimos lo han visto regocijarse con las hetairas y las más hermosas de las cortesanas, alardear de la gloria que su reinado va a traer a Israel y celebrar la muerte de su padre brindando con finos caldos de Siria en copas de oro y plata.

A pesar de la tristeza que manifiesta en público, Arquelao se encuentra feliz al saberse el rey de Israel, el soberano del pueblo elegido por Dios, el primer hombre de un linaje de profetas, jueces y reyes, el dueño de una nación asentada desde hace siglos en la Tierra Prometida, una nación destinada por Dios para regir todas las demás naciones y que ahora tiene la oportunidad de gobernar a su antojo. Y siente que toda la gloria del mundo está al alcance de sus dedos.

Al llegar ante la puerta del magnífico santuario reconstruido por su padre, Arquelao se detiene unos instantes. Admira el enorme complejo levantado a lo largo de veinte años por cientos de esclavos, con sagradas piedras talladas por las manos de mil sacerdotes. Contempla los poderosos muros, levantados con bloques de piedra tan largos como seis hombres y tan altos como dos. Sube los peldaños de la monumental escalinata que con sus tres grandes tramos salva mediante un enorme arco la diferencia de altura entre la calle y el Pórtico Real, equivalente a la de diez hombres.

Observa a los congregados por su llamada y escucha sus alabanzas y sus vítores. Aspira con fuerza el aire fresco de la mañana, alza sus brazos y se siente dueño de cuanto lo rodea. Con paso firme, atraviesa el umbral de la puerta de bronce remachada con apliques dorados y el pórtico de soberbias columnas de veinticinco codos de altura. Cruza el primero de los patios hasta llegar a un amplio atrio pavimentado con losas bien pulidas, también rodeado de pórticos con columnatas. Es el llamado Patio de los Gentiles, porque sólo hasta él tienen permitida la entrada. Por ser el más amplio, se suelen congregarse allí los judíos más importantes, los cabezas de las familias más notables del reino.

Al frente está el sanctasanctórum, con su tejado de láminas doradas que refulgen al sol como centellas de luz. Él, Arquelao, es el dueño de todo aquello, el soberano de cuantos rezan en el Templo al Dios de los judíos, el Señor de todo lo creado.

Tras cruzar el patio con paso decidido, bajo cuyo pavimento se extiende una red de cámaras y salas abovedadas que conforman un verdadero laberinto subterráneo, Arquelao saluda con el brazo en alto a los allí reunidos y toma asiento en un gran sillón de madera forrada con láminas de oro, ubicado en uno de los lados, sobre un estrado de madera de cedro de tres codos de altura, bajo un dosel de seda dorada que flamea suavemente agitado por la brisa. Permanece unos instantes sentado mientras el clamor de la multitud amaina y los vítores disminuyen hasta que se hace un silencio expectante.

Acalladas las voces, Arquelao se levanta y dirige sus primeras palabras como rey de Israel al pueblo reunido, cuyos corazones parecen estar fundidos en un único latido.

—Mi padre, el muy llorado rey Herodes, decidió que yo sea su heredero en este trono sagrado y su sucesor al frente de Israel. Pero no ignoráis que, por los tratados firmados con Roma, es su emperador quien tiene el privilegio de ratificar esta decisión. Estoy esperando que llegue la confirmación del César y, en tanto que eso ocurra, no utilizaré el título de rey. Guardaré los pactos con Roma y esperaré a que Augusto dicte su resolución.

El pueblo, que asiste callado a aquella manifestación de subordinación del rey de los judíos al Imperio de Roma, asiente a la decisión. La mayoría considera que es un gesto de prudencia, y que deben cumplirse los tratados para evitar la ira de la poderosa Roma; pero algunos creen que el hijo de Herodes, el heredero de la tradición de Israel, no debe someterse de un modo tan servil a un emperador extranjero. El judío es el pueblo elegido de Dios, y sólo Dios debe decidir su destino, como siempre ha sido, desde los tiempos del padre Abrahán, del guía Moisés, del profeta Elías o del rey David.

Los más pragmáticos van más allá de la mera prudencia: saben bien del poder de Roma, de la fuerza de sus legiones y de la voluntad firme de sus generales por conseguir el dominio del mundo. ¡Nadie puede vencer a Roma! ¡Dios está ahora al lado del Imperio! Tal vez sea ése el deseo del Señor, que el pueblo judío quede sometido al Imperio para castigar así los pecados cometidos por Herodes durante su reinado, por no haber sabido comprender el mensaje divino y haber permitido el gobierno de un monarca déspota y contrario a la ley sagrada. Y por ello convienen en que lo que ahora interesa al pueblo judío es un tiempo de paz y de sosiego; creen que Arquelao puede ser el soberano que dé paso a esa nueva época que traiga la tranquilidad a Israel.

—En tanto la ratificación de Augusto no llegue —continúa Arquelao su discurso—, tampoco admitiré portar la diadema real como símbolo de mi condición. Sé que el Ejército desea que la use, porque como rey vuestro también soy el jefe supremo del Ejército de Israel, pero no la ceñiré en mis sienes y renuncio, de momento, a este honor. Pero todos podéis estar bien seguros de que me comportaré como vuestro rey, y mi voluntad será firme para que podáis sentir os orgullosos de vuestro soberano. Juro por el Dios de Israel que me esforzaré por ser mejor gobernante que mi excelso padre, y vuestros ojos me juzgarán por ello. Y os prometo que si ha habido injusticias y agravios, yo los resolveré y acabaré con ellos.

—¡Dios bendiga al ungido de Israel, nuestro rey! ¡Bendito sea el vientre que te gestó y los pechos que te amamantaron! —Un grito alborozado, emitido por una garganta femenina, interrumpe el discurso de Arquelao.

Un clamor general estalla entonces en el Patio de los Gentiles a la vez que se elevan los brazos de la multitud agitándose como ramas de palmeras mecidas por el viento.

—¡Haz justicia ahora mismo, mi señor! —propone una voz.

—¡Escucha nuestras súplicas, oh, buen rey de Israel! —dice otra.

—¡Oye nuestras demandas, rey de los judíos! —clama una tercera.

—¡Concédenos tu misericordia!

—¡Resuelve las demandas de tu pueblo!

—¡Ahora, ahora!

Todo un coro de voces reclama ser escuchado por el rey que ha prometido solventar las injusticias.

La situación se complica repentinamente; las promesas de Arquelao son asumidas por el pueblo, que demanda una inmediata intervención. El monarca no tiene más

remedio que aceptar. Solicita silencio y consiente en escuchar las peticiones de algunos de los allí reunidos.

Una a una, decenas de personas exponen al rey sus quejas y le solicitan favores. Unos le piden que disminuya los impuestos sobre la tierra, que ahogan a los campesinos y abocan a la miseria a sus familias; otros le ruegan que libere a los presos, enviados por su padre a la cárcel, que se están pudriendo en diversos penales del reino por manifestar ciertas reservas sobre su forma de gobernar; algunos mercaderes le proponen que rebaje el porcentaje de las tasas sobre las compras y las ventas en los mercados. Nadie quiere perder la oportunidad de exponer sus demandas al rey.

Con un gesto solemne de la mano, e inclinando ligeramente la cabeza, Arquelao parece consentir todas las peticiones. No sale de sus labios ningún rotundo no. El pueblo se muestra contento.

Concluido el discurso, Arquelao avanza hacia el interior del Templo, donde asiste piadosamente, rodeado de su corte de acólitos, al sacrificio vespertino. Los sacerdotes ofrecen el *tamid*, el holocausto perpetuo, cuya víctima es un cordero, un animal inmaculado, sin defecto alguno. El sacerdote lo degüella según las normas y lo deposita sobre el altar, donde se quema en señal de absoluta sumisión a la divinidad. El holocausto se acompaña de una oblación de flor de harina finísima, amasada con aceite puro, en la que se han mezclado unos granos de incienso, y de una libación de vino, parte de la cual se vierte sobre la víctima, y otra parte a los pies del altar.

El sacrificio se ha cumplido; los sacerdotes acatan la voluntad de Herodes y aceptan a Arquelao como el legítimo sucesor. Israel, a falta de la ratificación del emperador de Roma, vuelve a tener su propio rey. Al parecer, el trono de Judea será ocupado sin problemas...

Ese mismo día llega a manos de Arquelao una carta de Publio Quintilio Varo, el legado imperial en la provincia de Siria. El representante de Augusto, que ejerce la tutela sobre la tierra de Israel, manifiesta su consentimiento en que el sucesor de Herodes se haga cargo, en tanto llegue la ratificación de Augusto, de la administración de Judea en las mismas condiciones que su padre.

Orlado con el beneplácito del legado imperial, Arquelao convoca a los gobernadores de las doce toparquías, las provincias en las que su padre dividió la tierra de Israel para su mejor gobierno y en recuerdo de las doce tribus. Todos permanecen en sus puestos expectantes ante las decisiones que adopte el nuevo soberano.

—De momento, todo va a seguir igual—les comunica con ademán imperativo, que ha estado ensayando antes de la cita—. Viajaré a Roma para entrevistarme con el emperador Augusto y, entre tanto, es necesario mantener la calma, el orden y la autoridad en cada jurisdicción. Debemos evitar a toda costa que se produzcan tumultos y altercados que puedan alterar la estabilidad del reino.

»Si cada uno de vosotros quiere seguir manteniendo su puesto al frente de su provincia, debe procurar que todo siga en paz hasta que yo regrese de Roma.

Arquelao duda. Sabe que ha ganado el primer envite y que nadie le ha discutido públicamente sus derechos al trono. El testamento de Herodes ha sido rotundo y concluyente: él es el rey designado, el legítimo sucesor en Judea; pero duda. Conoce a sus hermanos y recela de ellos. Son hijos de varias madres, y cada una de ellas quisiera ver a su retoño sentado en el trono del progenitor común. Y del que más sospecha es precisamente de su hermano menor, Antipas, hijos ambos de la misma madre. Han crecido juntos, se han ejercitado en la palestra, han estudiado con los mismos maestros, han competido en carreras de caballos y en el tiro con arco; se conocen muy bien y Arquelao sabe de la ambición que anida en su corazón.

Acabada la sesión plenaria con los doce gobernadores, se reúne aparte con los tres que considera más leales a su persona y les habla con toda claridad:

—En mi ausencia, es probable que alguno de mis hermanos encabece alguna conjura para eliminarme. En ese caso, confío en vosotros para que la cortéis de raíz y acabéis con cualquier brote de insurgencia. En tanto Augusto no ratifique las cláusulas del testamento de mi padre, no puedo considerarme rey de Israel en plenitud, de modo que legalmente y a los ojos de Roma el trono sigue vacante. Si me apoyáis en lo que os digo, me acordaré de vuestra ayuda, y cuando regrese de mi visita al emperador os tendré muy presentes en mis decisiones como rey de Israel.

—No te preocupes, señor, nadie se alzaría contra ti en tu ausencia —dice uno de los tres gobernadores.

Arquelao respira más tranquilo. Todo está saliendo bien y las perspectivas que atisba en Roma son excelentes. El legado de Siria ya ha aceptado que pueda administrar el reino como sucesor de su padre, Augusto no tiene motivo alguno para negar la ratificación del testamento, el pueblo lo ha aclamado en el atrio del Templo, los doce gobernadores parecen estar de su lado y ninguno de sus hermanos ha hecho el menor movimiento.

Pero Arquelao mantiene sus dudas. Está seguro de que Antipas hará cuanto pueda para apoderarse del reino. No en vano se rumorea que en un testamento anterior el heredero designado había sido el propio Antipas, quien era más querido por su padre.

La solución definitiva a tantas angustias está en Roma. Arquelao necesita que la ratificación imperial se produzca cuanto antes. Si la ambición de su hermano desencadena una lucha por el poder, Israel quedará abocado a la sumisión absoluta al Imperio, o peor aún, a la desaparición de las instituciones seculares del pueblo judío.

De momento, su pequeño país no es una molestia grave para Roma, pero si estalla una guerra civil, está seguro de que el emperador no dudará en liquidar la autonomía de Judea y en incorporarla a sus dominios. Y si eso se produce, el pueblo judío desaparecerá para siempre, subsumido en el maremagno de pueblos, tribus, naciones y estados fagocitados por la expansión romana. Pero Antipas es ambicioso y no se

resignará a ocupar un papel de segunda fila a la sombra del soberano reinante. Arquelao tiene que pensar rápido y actuar con celeridad y eficacia; sólo así podrá evitar una previsible confrontación directa con su hermano.

Salomé y Antipas, por su parte, no pierden el tiempo. Ambos tienen decidido derrocar a Arquelao y convocan a sus más fieles seguidores. Agentes de Antipas se introducen entre la multitud que llena los patios del Templo y conspiran para que el pueblo judío reniegue de su nuevo soberano.

Jefté, hijo de Menahén, es el principal agitador al servicio de Antipas. Esa mañana se dirige al Templo y se rodea de algunos descontentos, sobre todo fariseos. Los patios del gran santuario de Jerusalén se convierten en improvisados foros para el debate, en los que se forman corrillos de gente que discute acaloradamente sobre el provenir del pueblo de Israel.

—El futuro rey, si es que algún día llega a serlo, tiene que demostrar su buena voluntad con algo más que amables palabras de paz y dulces deseos de felicidad. —Jefté se ha colocado en un rincón del Patio de los Gentiles y desde allí discurrea con encendida animación a cuantos se han arremolinado para escucharlo.

—Arquelao no es como su padre —grita uno de los oyentes.

—Tal vez, pero ¿acaso creéis que se enfrentará a los romanos? Lo primero que va a hacer es viajar a Roma para rendir pleitesía a Augusto. Y no me cabe duda alguna de que el águila imperial volverá a colocarse sobre las puertas del Templo. —Jefté se refiere al episodio acontecido poco tiempo atrás que convulsionó a los judíos y que se mantiene fresco en la memoria de todos—. Recordad cómo dos de nuestros rabinos más prestigiosos, Judas y Matías, fueron ejecutados por Herodes. ¿Y cuál fue su delito? ¡Cumplir nuestra Ley! Se dijo que habían incitado a un grupo de jóvenes para que destruyeran el águila dorada que por orden de Herodes se había colocado sobre la puerta de la entrada principal de este Templo. —Guarda unos instantes de silencio para que la memoria del oprobioso incidente regrese al recuerdo de todos sus oyentes.

—Los judíos nos gobernamos por leyes ancestrales, y los fariseos somos el pueblo de la Ley. Siempre hemos odiado a los reyes —grita una voz.

—¡Y no volveremos a tolerar imágenes paganas en el Templo! —exclama otra.

—El águila fue destruida por voluntad de Dios —continúa Jefté, consciente de que está comenzando a lograr sus propósitos—. Recordad aquel día, de grata memoria para todos los siervos del Señor nuestro Dios. Aquellos valerosos jóvenes, guiados por la piedad y la fe, se deslizaron por esos tejados y colgados de unas maromas derribaron a golpes de hacha el águila, cuya presencia ofendía a todos los judíos.

—¡Sí! Lo recuerdo muy bien. ¡La efigie pagana cayó al suelo y ahí mismo fue hecha añicos por los que estaban en esos momentos en el Templo! ¡Muchos vitoreaban a los jóvenes valientes que la habían abatido! —exclamó una voz.

—Es probable, hermanos, que algunos de los que me oís estuvierais aquel día en este mismo lugar y contribuiréis a destruir ese ídolo del mal.

—¡Yo sí estuve! Y volvería a hacer lo mismo si se presentara una ocasión semejante —grita uno de los presentes.

—Y eso mismo haríamos todos los judíos de buena fe, todos cuantos sentimos en nuestro corazón la sagrada herencia de nuestros ancestros que vagaron por el desierto en busca de la Tierra Prometida. Pero ¿qué hizo Herodes, nuestro rey? —demanda Jefté a los que lo escuchan, cada vez en mayor número—. Ese tirano consideró que la destrucción del águila dorada constituía un grave insulto a su persona y a su autoridad y desencadenó una carnicería entre su propio pueblo. ¿Cuántos de los nuestros murieron aquellos días infaustos?, ¿diez, tal vez doce? Ni siquiera las súplicas de piedad y el perdón que algunas mujeres solicitaron sirvieron para aplacar la ira del cruel Herodes, quien condenó a muerte a los dos rabinos acusados de incitar a los jóvenes. ¡Eran maestros muy queridos por el pueblo!

—Si Arquelao ha aprendido la lección, se comportará de modo diferente a como lo hizo su padre —interviene uno de los reunidos.

—¿Estás seguro de eso? Yo, Jefté, hijo de Menahén, deploro el asesinato de los rabinos y de los que murieron a manos de Herodes por defender nuestras costumbres y mantener este sagrado recinto libre de imágenes paganas. Exijo que se haga justicia y que se castigue a los consejeros reales que provocaron aquellos asesinatos.

—¡Justicia, justicia! —clama uno de los agentes de Antipas y Salomé, mezclado entre la multitud.

—Sí, hermanos, justicia y venganza. ¿Sabéis que los ejecutados por Herodes ni siquiera han recibido las honras fúnebres que merece todo judío? ¿Cabe mayor ofensa a Dios?

Voces de protesta se alzan en el patio como un único clamor. Unos piden venganza, otros injurian al fallecido Herodes llamándolo perro y traidor. Algunos se golpean el pecho y gimen lastimosamente recordando al amigo o al pariente muerto por orden del viejo y lascivo tirano.

Conforme crece la indignación, Jefté sonríe. Ya son más de un centenar los que gritan y se indignan ante sus proclamas.

—¡Vengamos a los defensores del santuario! —grita el agente de Antipas, que logra aumentar la indignación de la masa.

—Ha llegado la hora de exigir justicia. —La voz de Jefté suena a cada momento más tronante, como la de un patriarca anunciando la inminencia del Juicio Final—. Los miembros del consejo de Herodes que alentaron la ejecución de nuestros compañeros deben pagar por sus crímenes y rendir cuentas por las maldades que cometieron. ¡Sangre por sangre!, como exige nuestra Ley. Acabemos con los malos judíos. Exijamos la deposición del sumo sacerdote, que permitió aquellos asesinatos sin rebelarse contra la

injusticia. Busquemos otro que ocupe el puesto con la dignidad que tan alta magistratura religiosa exige.

—¡Venganza, justicia! —Son las dos palabras que a voz en grito reclama la multitud.

—Con el cambio de soberano tenemos la oportunidad de lograr que desaparezcan de la corte las impúdicas costumbres griegas que introdujo Herodes. ¡Nunca más consentiremos que vuelvan a celebrarse representaciones paganas en el teatro de la ciudad de David! ¡Jamás se repetirán los espectáculos ni los juegos en el hipódromo para mayor honra del César romano! Jerusalén, la sagrada Jerusalén, retornará a ser la ciudad santa del rey David, la sede del santuario del rey Salomón, el campamento puro de la ciudad de Dios. —Jefté, entre aclamaciones, alza los brazos y mira al cielo.

En el Patio de los Gentiles son ya más de quinientos los congregados. Algunos agentes de Antipas anuncian por los alrededores del Templo lo que está ocurriendo en el patio, y varios mercaderes cierran sus tiendas para acudir a escuchar a Jefté, que habla con la vehemencia del más iluminado de los profetas. Por toda la ciudad se corre la voz de que en el santuario se está reclamando justicia y venganza para los rabinos Judas y Matías, los responsables de la caída del águila, a los que muchos consideran defensores de la dignidad del pueblo judío.

Las noticias del tumulto llegan hasta el palacio real, donde Arquelao está reunido con sus consejeros debatiendo sobre las reformas a poner en marcha con la nueva administración del reino de Judea.

—Señor, en el Templo se está fraguando una inesperada revuelta, y ni el sacerdote responsable de su seguridad ni los guardias a sus órdenes están haciendo nada para evitarlo. Un numeroso grupo de personas, sobre todo fariseos, está congregado en el Patio de los Gentiles. Reclaman venganza por la ejecución de aquellos dos rabinos de su secta —informa a Arquelao uno de los oficiales de la Guardia.

—Que los disuelva la policía del Templo —se limita a ordenar Arquelao.

—No es posible, señor, son más de quinientos, y su número crece sin cesar. De seguir así, puede estallar una violenta sedición.

—¿Qué quiere esa chusma?

—Además de reponer el buen nombre de los dos fariseos y de los demás ejecutados por el asunto del águila, exigen el cumplimiento estricto de nuestra religión, que se observen escrupulosamente todas las costumbres del pueblo judío y que se destituya de inmediato al sumo sacerdote.

—Malditos rebeldes. Si tuviera tiempo para ello, yo mismo me acercaría ahora al frente de la Guardia hasta el Templo y acabaría de un plumazo con esa horda de fanáticos.

—Pero te esperan en Roma, señor. Además, no puedes permitirte en estos momentos un baño de sangre, y menos todavía en vísperas de que te reciba el César para ratificarte como rey —le aconseja uno de los presentes.

—Tienes razón. Sería perjudicial que me presentara en la Urbe con un reguero de sangre a mis espaldas. Augusto desea que Oriente permanezca en paz. Dicen que demasiados problemas tiene ya en el limes de Germania como para que se le abra un nuevo frente al este del Imperio. Pero no puedo acudir a Roma dejando latente un conflicto en mi reino.

Los consejeros presentes asienten ante las palabras de su soberano.

—Señor, ¿no consideras extraño este repentino estallido de violencia, precisamente ahora? —pregunta uno de los consejeros.

Arquelao, que conoce bien a los judíos, sabe que hay numerosos grupos de fieles piadosos que exigen el cumplimiento de la religión de manera mucho más estricta, y que están descontentos con la manera de gobernar que ha ejercido su padre; y entre ellos están los fariseos. Del hijo esperan un comportamiento mucho más acorde con la Torá, la Ley, y que no repita los vicios y perversiones de Herodes. Ahora más que nunca, es precisa la paz, una paz que calme las tensiones en el seno de Israel y que abra una larga época de tranquilidad y prosperidad. Pero la pregunta de su consejero despierta los viejos fantasmas de Arquelao. ¿Quién está detrás de esa revuelta que acaba de producirse en el Templo? *Cui prodest?* ¿A quién beneficia ese tumulto en unos momentos tan delicados para el reino? Y piensa en Augusto, Antipas, Salomé...

La pregunta de Arquelao parece tener una fácil y única respuesta: Antipas. Sí, su hermano menor sería sin duda el mayor beneficiado en caso de que una revuelta le arrebatara el trono.

En esas circunstancias no puede viajar a Roma; no puede dejar su reino desamparado. Si se marcha y en su ausencia se produce una rebelión encabezada por Antipas, Augusto jamás lo ratificará, pues habrá mostrado una debilidad y una falta de caudillaje que lo marcarán como inútil para gobernar el reino. Reflexiona deprisa; la mente de Arquelao se agita intentando dar con una solución al dilema. Concluye al fin que no tiene más remedio que dialogar con los revoltosos.

—¿Quién es el cabecilla de ese tumulto? —pregunta Arquelao al mensajero que ha informado de la revuelta.

—Se llama Jefté, y dice ser hijo de un tal Menahén. Por lo que he visto, la gente lo escucha con fervor y aclama cada una de sus propuestas.

—Regresa al Templo y habla con ese Jefté en mi nombre. Dile que depondré al sumo sacerdote y que lo sustituiré por otro más piadoso.

Al oírlo, algunos de los miembros del Consejo abren los ojos como platos..., pero asienten. El oficial de la Guardia Real sale presto hacia el Templo, donde los rebeldes se han hecho fuertes y amenazan con salir de allí e imponer, comenzando por la capital, la ley de Dios que consideran que ha sido mancillada.

Apenas tarda una hora en regresar a palacio, donde Arquelao aguarda expectante la respuesta de los amotinados.

—Señor, los rebeldes dicen que la sustitución del sumo sacerdote es sólo una parte de sus exigencias. Su principal demanda es...

—¡Habla! —le ordena tajante Arquelao ante el titubeo del mensajero.

—Quieren que sean... —El oficial carraspea nervioso—. Que sean eliminados los consejeros responsables de la ejecución de los rabinos Judas y Matías y de los demás condenados por el asunto del águila. «¡Sangre por sangre!», es lo que exigen.

El oficial baja la cabeza y fija los ojos en el suelo. Se sabe portador de terribles noticias, porque algunos de los consejeros de los que se pide la cabeza están presentes en la sala, bien ubicados al lado de Arquelao.

—¿Qué les has dicho?

—Que te transmitiría sus palabras, señor. ¿Qué otra cosa podía decirles?

Arquelao está nervioso. Confiaba en que, atendiendo a la petición de sustituir al sumo sacerdote, todo volvería a su cauce; pero las nuevas exigencias que reclaman los congregados en el Templo son terribles. Una cosa es reemplazar a un sumo sacerdote ya anciano, y otra bien distinta ofrecer la vida de sus principales consejeros a aquella chusma vociferante.

Si entrega a los consejeros y éstos son ejecutados como venganza, su autoridad quedará gravemente quebrantada y mostrará rasgos de debilidad impropios de un rey; pero si no lo hace, la revuelta puede crecer hasta proporciones insospechadas y acabar con su reinado antes siquiera de que haya dado comienzo.

Tiene que ganar tiempo. Sabe que ese tipo de conflictos se suele solventar con el cansancio de los revoltosos. Piensa deprisa y decide enviar una nueva embajada. En esta segunda ocasión, se la encomienda al más prestigioso oficial de la Guardia Real, un soldado curtido, con amplia experiencia militar y notable habilidad política.

—Trata de convencer a esa chusma de que deben renunciar a sus propósitos — ordena Arquelao al oficial.

—Así lo haré, señor.

—Necesito ganar tiempo. Hazles saber que todavía no dispongo de la plena autoridad real, que dejen las cosas como están hasta que regrese de Roma. Diles que en cuanto el César me invista con plenos poderes actuaré con el sentido de la justicia que prometí en mi discurso en el Templo.

El oficial saluda a su señor y se dirige al santuario con sólo dos soldados de escolta.

En cuanto entra en el sagrado recinto y es identificado, decenas de personas se arremolinan junto a él preguntándole por la decisión de Arquelao.

Jefté se acerca apartando a varias de ellas y se encara con el mensajero real.

—¿Traes alguna respuesta a nuestras demandas? —le pregunta.

El oficial duda; contempla los rostros de la multitud y comprende que aquella gente ha sido bien aleccionada y que no cederá tan fácilmente.

—Escuchad. —El mensajero procura mantener la calma—. Arquelao, nuestro rey, está dispuesto a estudiar vuestras demandas, todas ellas. Pero no puede tomar una

decisión tan importante de inmediato, al menos no hasta que sea ratificado por el César, como nos obliga el tratado firmado con Roma.

—Nuestras demandas no admiten demora alguna —presiona Jefe, que sabe que debe mantener la iniciativa.

—Os repito que el rey responderá a vuestras peticiones, pero a su debido tiempo. Ahora debe imperar la calma.

—¡Ni hablar! Lo que pretende Arquelao es ganar tiempo y debilitar nuestra posición. Obliguémosle a que atienda nuestras demandas, ¡ahora! —grita uno de los revoltosos.

—Por favor, tranquilizaos. —El oficial mensajero intenta sosegar a la cada vez más inquieta multitud.

—¡Justicia! ¡Venganza! —claman varias voces, y su eco resuena bajo los pórticos del Templo.

El oficial, que se siente amenazado, pierde los nervios y grita:

—¡Estáis incurriendo en delito de sedición!

Los más próximos lo arrinconan bajo unas columnas y lo increpan, amenazándolo con los puños cerrados. Algunos lo empujan y lo zarandean. Intenta zafarse y se mueve hacia un lado procurando librarse del agobio a que está siendo sometido. Algunos descargan puñadas en su espalda. El oficial trastabilla, pero se mantiene en pie. A duras penas, entre empujones y golpes, logra zafarse y aprovechando un claro entre la gente inicia una desesperada carrera hacia la salida del Patio de los Gentiles.

Ese acto reflejo ha sorprendido a todos, y aunque algunos pretenden reaccionar y evitar que escape, el oficial, acostumbrado al ejercicio atlético, es ligero de piernas y logra alcanzar la puerta. Unos pocos lo siguen, pero logra escabullirse por las callejuelas que rodean el santuario. Los dos soldados de escolta logran huir con él a la carrera, aunque abandonan por el camino sus lanzas y sus escudos.

En el atrio, algunos jerusalemitas entienden que la revuelta de Jefe ha llegado demasiado lejos y tratan de inducir a la multitud a retirarse, abogando para que retorne la tranquilidad al Templo y se sosieguen los ánimos. Pero los amotinados han logrado una posición ventajosa y están exaltados ante la falta de respuesta a sus demandas. Se creen dueños de la situación y capaces de lograr todos sus propósitos. Los disidentes que abogan por acabar con la revuelta son acallados de inmediato por los más exaltados.

Entre tanto, el mensajero logra regresar al palacio de Arquelao. Jadeante, siente los pulmones a punto de estallar. Cae rendido y procura reponerse aspirando grandes bocanadas de aire, mientras recupera el resuello.

Avisado de su llegada, Arquelao acude presto ante el oficial, que apenas puede hablar.

—Dime, ¿qué ha ocurrido? —pregunta atorado el hijo de Herodes.

—Lo siento, mi señor... No... no he podido convencerlos de que depongan su actitud y regresen a sus casas. —Poco a poco el mensajero recupera el aliento.

—¿No se disolverán?

—Creo que no. Se han hecho fuertes y controlan el Templo. Son varios centenares, se muestran muy excitados y no atienden a razones.

Arquelao ordena que atiendan al mensajero y se retira a debatir con sus más allegados consejeros.

—Amigos, la situación es grave. ¿Qué podemos hacer?

—Por el momento, esperar. —Quien interviene es Nicolás, el veterano consejero de Herodes, el más fiel amigo del padre de Arquelao.

—¿Qué habría hecho mi padre en una situación como ésta? —le pregunta el heredero.

—Tu padre era un hombre sabio que supo dirigir el reino con mano firme, pero a la vez con habilidad y destreza —dice Nicolás.

—El gran Herodes habría enviado al Ejército para acabar con esa chusma maloliente y restablecer la autoridad en el Templo —interviene un joven consejero.

—¿Y desencadenar un baño de sangre de consecuencias imprevisibles? Gobernar es saber actuar en cada momento conforme a lo que requiere cada situación. Esa gente se cree ahora invencible, pero conforme pase el tiempo su entusiasmo se irá apagando. El tiempo juega de nuestro lado, de modo que dejemos que pase y que amaine la revuelta. Y entonces habrá llegado la hora de actuar —interviene con voz firme el anciano Nicolás.

Arquelao se encuentra de bruces con la realidad del gobernante. En los días pasados, durante las ceremonias fúnebres de su padre, se ha sentido feliz. Escuchar el testamento de Herodes y saberse heredero del trono de Israel lo ha llenado de gozo.

Cuando era un adolescente había sufrido una y otra vez el desprecio de sus hermanos, los hijos de las otras esposas de Herodes, porque su madre era una samaritana, una mujer de la estirpe enemiga de los judíos. La enemistad entre ambos grupos, muy antigua, se había enconado todavía más cuando dos años antes un grupo de samaritanos profanó el Templo; varios jóvenes entraron de noche en el recinto sagrado y arrojaron por el suelo huesos humanos que habían obtenido del saqueo de tumbas judías. Los sacerdotes proclamaron de nuevo odio eterno a los samaritanos por aquella afrenta.

Pero ahora Arquelao es el rey, y no está dispuesto a permitir ningún desplante a su persona por ser hijo de una samaritana. Mas la alegría de saberse el heredero choca con la áspera realidad. Dirigir a un pueblo como el judío, en el que palpitan sentimientos tan contradictorios, no es tarea fácil. Y aún se complica más al tener que buscar el equilibrio entre los deseos del populacho y la ambición de Roma y de su emperador, sin cuyo beneplácito el rey de los judíos es nadie. Arquelao está sumido en un mar de dudas. No sabe qué hacer ante una situación tan comprometida y demanda de nuevo el consejo de Nicolás.

—¿Qué hacemos? ¿Esperar?, ¿ordenar al Ejército que acabe con esos traidores? ¡Malditos fariseos!

—Aguardar con serenidad es la postura más sabia en estas circunstancias. Envía otra embajada, gana tiempo, deja que discurran los acontecimientos, al menos hasta que tengas la ratificación de Augusto. El emperador de Roma mantuvo excelentes relaciones con tu padre, de modo que estoy seguro de que aceptará su testamento sin objeción. En cuanto el César te ratifique, tendrás las manos libres para actuar con la contundencia necesaria, pero hasta entonces sé condescendiente con los revoltosos y no tomes ninguna decisión que pueda perjudicarte. —Nicolás se muestra sereno, y esa actitud convence a Arquelao.

—¡Pueblo de dura cerviz, tan difícil de contentar! —lamenta agobiado Arquelao.

—Se avecina la fiesta de la Pascua; miles de peregrinos acudirán al Templo y llenarán las calles de Jerusalén. Si conseguimos que nada ocurra hasta entonces, la revuelta de ese tal Jefté se disolverá como las cenizas en el viento.

—¿Y si no ocurre así? ¿Y si la sedición se extiende entre los judíos que lleguen de otras ciudades y regiones de Israel?

—Las fiestas de la Pascua son jornadas de bullicio, ceremonias, sacrificios, banquetes familiares y reencuentro con amigos y parientes. Durante esos días el Templo es el centro del mundo. Los visitantes no consentirán que un grupo de exaltados alborotadores lo ocupe para sus particulares intereses. Tendrán que desalojarlo, y si se disuelven, aunque sea por unos días, ese movimiento perderá toda su fuerza, la que le otorga la efímera euforia de la multitud, y acabará en nada —insiste Nicolás.

—Pero son muchos, al parecer, los que creen que debe hacerse justicia con la muerte de los rabinos Judas y Matías...

—Sí, ése fue un error que cometimos al final del reinado de tu padre —admite Nicolás—. No debimos liquidar a esos dos fariseos, y menos aún a los jóvenes que derribaron el águila dorada de la puerta del Templo. Quizá debido a sus achaques, tu padre se empeñó en dar un escarmiento rotundo para que no se dudara de que su autoridad estaba por encima de la de los rabinos. Tal vez hubiera bastado con meterlos en la cárcel y darles una buena tunda de palos, pero Roma estaba atenta, y el águila es su emblema, de modo que no hubo más remedio que aplicar un castigo ejemplar.

—De acuerdo. Mantendremos la calma y no actuaremos, de momento, contra esos sediciosos. Que nadie mueva un dedo sin mi permiso —ordena Arquelao a todos los consejeros y oficiales presentes.

Arquelao se ha rodeado de notables que han sido fieles a su padre, pero no está seguro de que permanezcan leales. Y además, ahí siguen sus hermanos, aparentemente quietos... Se acerca a Nicolás y le pide que lo acompañe para hablar a solas.

—¿Qué opinas de mi hermano Antipas? Habla con toda claridad, te lo ruego.

—Es un joven muy habilidoso y tiene el don de encantar a sus interlocutores. De momento se limita a observar curioso cómo das tus primeros pasos en el gobierno de

Israel, pero está expectante por ver si resbalas o tropiezas, y caes.

—¿Y mi tía Salomé?

—Amaba a tu padre, pero es una mujer que no acepta la irrelevancia. Ten cuidado con ella.

Pero Antipas y Salomé ya han comenzado la partida por el poder, que, aunque arriesgada, acarrea un gran premio. Jefé y los fariseos no representan más que sus primeros movimientos.

UNA PASCUA AGITADA EN JERUSALÉN

En los días de los panes ázimos y la Pascua, la doble fiesta más importante de cuantas prescribe la ley de Moisés, la ciudad de Jerusalén, corazón de Israel, se transforma en un gigantesco escenario de ardor religioso. Los sacrificios que se ofrecen ante el altar del Templo se suceden ininterrumpidamente durante todas las jornadas de la fiesta, a todas las horas. Las gentes acuden piadosas y henchidas de fervor desde todos los rincones del país, y abarrotan las calles y los patios del santuario.

Este año la agitación es aún mayor si cabe. La noticia de la revuelta que Jefté encabeza en el Templo se ha extendido ya por todo el reino, y muchos peregrinos añaden a su tradicional fervor la curiosidad por comprobar si cuanto se dice sobre esa revuelta, y los cambios que exige, es cierto. Grupos de fariseos, afectos al movimiento de protesta iniciado por Jefté, informan a cuantos llegan a Jerusalén sobre los motivos de sus quejas y sobre la necesidad de que triunfe la justicia. Les hablan de los rabinos Judas y Matías, y de los valientes jóvenes que abatieron a hachazos el águila dorada y la pisotearon a la puerta del Templo, como de verdaderos héroes. Son ejemplo de judíos de buena fe y de limpio corazón que se enfrentaron con valor al tirano Herodes, al que calificaban de esbirro de los romanos, y fueron capaces de devolver la dignidad al Templo, hasta entonces mancillado por un símbolo de Roma.

Entre los forasteros, algunos atienden a las explicaciones de los fariseos, pero se limitan a asentir para quitarse de encima a los agobiantes propagandistas, pero hay otros que se solidarizan gozosos con los rebeldes y aprueban con agrado sus demandas. Así, día a día aumenta el número de los que exigen justicia y venganza, dos palabras convertidas en los dos deseos más reclamados en Jerusalén.

A pesar de que Arquelao no responde, los fariseos y sus aliados continúan protestando en el santuario y concentrándose a diario en el Patio de los Gentiles. Saben que su lucha puede alargarse durante mucho tiempo y se preparan a conciencia para resistir.

Salomé se ha dado cuenta de que la táctica de Arquelao puede provocar que se apague la revuelta de los fariseos, y en ese caso su sobrino Antipas jamás accederá al trono. Necesita un cambio en los acontecimientos, que ocurra algo terrible que ponga en entredicho la capacidad de Arquelao para gobernar. Con el máximo sigilo, envía a uno de sus más leales colaboradores en busca de Jefté. El hijo de Menahén acude de inmediato a la llamada. En el fondo de su corazón está prendado de esa mujer tan hermosa como intrigante. No se atreve a confesárselo, pero arde en deseos de poseerla, y es capaz de hacer cuanto Salomé le sugiera, sin pensar siquiera en lo que pueda ocurrirle por ello.

La cita se produce en la casa de uno de los cabecillas de los fariseos, bien protegida por varios miembros del grupo. Jefté acude puntual, pero Salomé ya se encuentra allí, cubierta con un manto marrón con el que se oculta a los ojos de los curiosos en las calles de la ciudad. Al presentarse Jefté, Salomé se despoja del manto y deja al descubierto su formidable figura; bajo la humilde capa viste una túnica de seda verde, ajustada al cuerpo con un cinturón de cuero con perlas engastadas que resalta las acentuadas curvas de las caderas y las rotundas formas de sus pechos. Jefté la contempla absorto. Vendería su alma al diablo por una sola noche al lado de esa mujer.

—Señora...

—Amigo...

—¿Qué deseas de mí? Ya sabes que cualquier cosa que me pidas, si está en mi mano...

—Tu actuación en el Templo ha sido magnífica, te lo agradezco. Mi sobrino también quiere que sepas que está muy contento con tu colaboración.

—Lo que me pidas, señora...

—Antipas apoya la causa de los fariseos. Pero no puede, al menos por el momento, mostrar su inclinación de manera abierta. Su hermano todavía ostenta el poder y podría ordenar su ejecución, e incluso la mía. Si Arquelao se enterara de que estoy ahora aquí, contigo, ordenaría de inmediato que me cortaran la cabeza. El asesinato ha sido habitual en mi familia. Si mi hermano no tuvo duda alguna en ejecutar a tres de sus hijos cuando atisbó la menor sospecha de intriga contra él..., ¿imaginas lo que haría mi sobrino Arquelao conmigo?

—¿No pudiste impedir esos asesinatos? —le pregunta Jefté impresionado ante la confesión de Salomé.

—¿Qué otra cosa podía hacer entonces, salvo mantenerme viva? Ahora estoy en condiciones de vengar tantas muertes, y por eso estoy al lado de Antipas, que también desea acabar con la continuidad del despotismo de mi hermano Herodes, que ahora encarna Arquelao.

—Haremos lo que tú digas, señora. —Jefté está encantado ante la presencia de la princesa, que, pese a su edad, sigue avivando la pasión en muchos hombres.

—Otra cosa: supongo que necesitarás dinero.

—Mantener a tanta gente cada día en el Templo conlleva algunos gastos...

—Toma. —Salomé introduce su mano en el manto, rebusca un instante entre sus pliegues y saca una bolsa de cuero que entrega al cabecilla de la revuelta—. Espero que sea suficiente por el momento.

Jefté la abre, mete dentro la mano y muestra un buen puñado de monedas.

—¡Oro!

—Hay medio centenar de ellas.

—Con este dinero podemos incluso comprar algunas armas; creo que las vamos a necesitar. Tenemos palos, estacas, dagas e incluso arcos y flechas, pero con este oro

podemos comprar espadas y escudos.

—Vuelve con los tuyos y haz que mantengan su espíritu de resistencia.

—Lo que ordenes, señora, lo que tú ordenes.

La revuelta del Templo sigue en alza. Los fariseos, dirigidos por Jefté, han organizado bajo los pórticos del santuario un campamento estable que recibe a diario suministros de comida, bebida, ropa y mantas. Ante la ausencia de respuesta por parte de Arquelao, que mantiene la calma en la distancia de su palacio, los rebeldes ganan confianza y se sienten más fuertes cada día. Han llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás y renunciar a las exigencias que, a través de los mensajeros, han transmitido ya a Arquelao, un personaje indigno de portar la corona real de Israel.

La falta de decisión del nuevo monarca incentiva todavía más su ánimo. Algunos del grupo de los fariseos, los más numerosos entre los amotinados, desean pasar de la resistencia a la acción; proponen salir del sagrado recinto, ahora que gracias al oro que ha traído Jefté han podido comprar algunas espadas y jabalinas, e imponer a la fuerza la justicia y la venganza que hace días demandan. Pero otros piensan que deben esperar, rezando, una acción de Dios que salvaguarde la justicia. Y unos pocos sostienen que Dios sólo actuará si ellos inician un movimiento como muestra de confianza en Él.

Conforme las noticias de los rebeldes van llegando al palacio real, Arquelao tiembla cada vez más. Los ojos de Roma, encarnados en el legado imperial de la cercana Siria, están puestos sobre él y observan expectantes su capacidad para resolver ese grave problema. ¿Y si no acierta a hacerlo? ¿Podría Augusto sentar a Antipas en el trono en su lugar? Debe actuar con eficacia..., y pronto.

—Hasta ahora te he pedido que no intervinieras, pero en cada momento crece el número de simpatizantes con los amotinados en el Templo. Si esto continúa así, llegará un instante en que se sentirán tan fuertes que no sólo exigirán que cumplas sus peticiones, sino que abandones el trono para colocar a alguien más predispuesto a sus demandas —recomienda el anciano Nicolás a Arquelao.

—¿Y qué puedo hacer?

—Lo que hubiera hecho tu padre.

—¿Mi padre?

—Herodes les habría concedido una última oportunidad, y luego habría actuado con toda contundencia.

—Enviaré a un tribuno al mando de una cohorte ligera, unos ciento cincuenta hombres. Se presentarán en el Templo en perfecta formación y exigirán que cese la revuelta.

—Hazlo, pero ordena además que se prepare el resto del Ejército.

—¿Crees que esa cohorte no será suficiente demostración de fuerza?

—Escucha, mi rey —prosigue el anciano consejero—, los atrincherados están unidos y se sienten poderosos, de manera que es probable que se envalentonen y se enfrenten a los soldados. Por lo que sabemos, han comprado armas y su moral es alta. Hay que estar preparados para lo peor.

Arquelao asiente a los consejos del prudente Nicolás a la vez que ordena a la cohorte que salga desde el palacio-fortaleza de Jerusalén hacia el Templo. Los soldados van armados con escudos ligeros, cascos y petos de cuero, dagas y espadas cortas; sólo algunos portan largas jabalinas por si fuera necesario mantener a distancia a los más impulsivos.

Uno de los consejeros opina también:

—A la vista de un destacamento como ése no ofrecerán demasiada resistencia. Una cohorte será suficiente para acabar con la concentración. Todo volverá a su cauce normal.

Los oficiales que dirigen la cohorte tienen la orden expresa de intimidar a los rebeldes y de capturar a su cabecilla para conducirlo a presencia de Arquelao, quien cree que no será preciso derramar abundante sangre. Ha previsto que si la resistencia se encona demasiado, en cuanto caiga media docena de fariseos ante las espadas de los soldados, el resto se disolverá y la revuelta no irá a más. En caso contrario podría desencadenarse una matanza de proporciones tan grandes que la situación se tornaría ingobernable, y el reino entero estaría al borde del precipicio.

En el Templo se reciben enseguida las noticias del movimiento de las tropas. Jefte es informado de que una columna de centenar y medio de soldados se dirige hacia el santuario.

El cabecilla ordena a los responsables de los grupos formados para la defensa que tomen posiciones y que estén preparados para un posible ataque. Cuando las noticias se extienden por los patios y pórticos crece la indignación de los presentes, y son muchos los que abogan por acudir al encuentro de los soldados y enfrentarse con ellos en las calles de Jerusalén.

—Esos malditos vienen en formación de combate —informa uno de los oteadores.

—Eso es imposible; la estrechez de las calles de esta ciudad no lo permite —le responde Jefte, que comprende de pronto que sus hombres carecen de formación militar, y duda sobre lo que pueda ocurrir en un enfrentamiento abierto con soldados bien entrenados y acostumbrados a la batalla.

—¡Ya están aquí! —grita otro de los oteadores ubicado en lo alto del pórtico al que se accede por la gran escalinata.

Jefte corre hasta allí y contempla la avanzadilla de la cohorte ligera subiendo las gradas con paso decidido. Sin apenas tiempo para la reacción de los rebeldes, las primeras líneas de soldados penetran en el Patio de los Gentiles y se despliegan amenazantes ante la multitud, que se limita a vociferar contra los intrusos y a amenazarlos agitando en el aire espadas, dagas, palos y porras. Los rostros de los

rebeldes, crispados y temblorosos, contrastan con los de los soldados, decididos y serenos.

El atrio del principal patio del santuario tiene cuatro filas de columnas; tres de ellas forman un gran pórtico mientras que la cuarta está dispuesta sobre el gran muro de piedra que Herodes levantó para proteger el Templo. Las columnas son tan gruesas que son necesarios tres hombres con los brazos extendidos para abrazarlas. Tras ellas están emboscados los más firmes de los defensores, que aguardan pacientes a que toda la columna penetre en el interior del santuario, para rodearla y someterla con facilidad.

El tribuno ordena a sus hombres que formen en círculo y desenvainen sus espadas, mientras los portadores de jabalinas se sitúan en segunda fila apuntando sus largas lanzas hacia el exterior del círculo.

A una orden de Jefé, que dirige a sus hombres desde un lado del atrio, comienza a caer sobre los soldados una verdadera lluvia de piedras y cascotes. Los escudos ligeros y los cascos de cuero apenas sirven de protección y varios miembros de la cohorte caen abatidos por las pedradas.

Un ataque así no ha sido previsto por los estrategas de Arquelao. Además, el número de amotinados en el Templo es mucho mayor del supuesto, y la cohorte ligera se ve superada. Entusiasmados por el éxito de su primer ataque, los rebeldes se lanzan sobre la cohorte, desbaratada por el aluvión de piedras, y comienza una lucha cuerpo a cuerpo en la que la superioridad numérica de los rebeldes triunfa sobre la disciplina militar de los soldados.

El tribuno y el centurión que mandan la cohorte comprenden que su única salvación es retirarse agrupados y en calma, de modo que ordenan a sus hombres retroceder hacia la puerta manteniendo la formación cerrada. Una vez fuera, los soldados se dispersan escaleras abajo en desbandada, perseguidos por los más arrojados fariseos, mientras la mayoría permanece en el atrio gritando jubilosa.

El eco del triunfo resuena entre las columnatas y se amortigua en los artesonados de cedro del techo de los pórticos. Durante un buen rato bailan y saltan entusiasmados. Cuando se calma la algarada, los comandantes de los rebeldes ordenan recoger los cadáveres de los soldados caídos, que han permanecido sangrando en el suelo durante todo ese rato, y apilarlos a un lado para dejar espacio libre para celebrar los sacrificios matutinos. Como si nada hubiera ocurrido, con las manchas de sangre todavía frescas sobre las losas de piedra, los fariseos se unen a los ritos ceremoniales del día.

Los supervivientes de la cohorte logran alcanzar el palacio-fortaleza a duras penas. Se salvan porque la mayoría de los rebeldes decide no perseguirlos y permanece en el Patio de los Gentiles para celebrar su victoria.

Cuando el tribuno informa a Arquelao, el hijo de Herodes tiembla como un niño. Aquello no es lo esperado. Su autoridad queda en entredicho y su legitimidad está en

peligro. Ahora es él quien ansía venganza. Todos sus planes, la herencia recibida y el mismo trono de Israel pueden venirse abajo si no acaba de una vez con esos fanáticos que no admiten negociar otra cosa que el cumplimiento de sus exigencias.

Si quiere ser rey de verdad, comprende que no puede contemporizar más y que debe imponer su voluntad como lo hubiera hecho su padre. La prudencia y la paciencia, en otro momento virtudes necesarias, se demuestran inútiles en este caso, y no queda otra solución que recurrir a la fuerza más brutal que se pueda desplegar.

En un ataque de ira, Arquelao golpea con sus puños la mesa en torno a la cual se ha reunido de urgencia el Consejo real. El anciano Nicolás mantiene la calma, pero su rostro denota una enorme preocupación; el tesorero Ptolomeo calcula en silencio cuánto va a costar esa revuelta al Tesoro; los generales ya trazan planes sobre cuántos efectivos serán necesarios para reprimirla con éxito; nadie piensa en las muertes que se van a producir si se decide un asalto del Ejército al santuario.

—Este maldito pueblo sólo aprende la lección si se la enseñan con sangre — comenta Arquelao, que en un par de horas ha pasado de la resignación a la duda y por fin al uso de la contundencia más extrema.

—Tu padre nunca vaciló, señor —interviene uno de los generales, siempre presto a someter por la fuerza de las armas cualquier reivindicación popular.

—No queda más remedio —tercia Nicolás.

—Tu padre fue un gobernante severo e intransigente con cualquier alteración que se produjera en el reino; por eso pudo mantener el trono tantos años. Un rey que no ejerce la fuerza para demostrar su poder no merece ser rey —dice el general a la vez que aprieta con fuerza la empuñadura de su espada.

Arquelao asiente. Ni siquiera recuerda los compromisos adquiridos días atrás en su discurso en el Templo. Allí, ante los ciudadanos de Jerusalén, se comprometió con toda solemnidad a que sería mejor gobernante que su padre y que atendería las demandas justas de su pueblo. Pero todas esas promesas se han diluido como las nubes tras la tormenta, y ahora sólo piensa en acabar de una vez con aquella situación que pone en un brete su capacidad para gobernar y mantener en paz a la nación judía.

—General, prepara el Ejército. Vamos a dar un escarmiento a esos insensatos que ni siquiera en sus peores pesadillas han podido soñar.

—¿Cuáles son tus órdenes, señor?

—Mano dura, contundencia total, liquidación absoluta del motín, sin piedad, sin recelo alguno, que se extienda la muerte hasta convertir los patios del Templo en piscinas de sangre.

El viejo Nicolás frunce el ceño. Hace semanas que Herodes ha muerto, pero por un momento, a la vista de la resolución de Arquelao, cree estar contemplando a su antiguo señor revivido.

Las órdenes se ejecutan con inusitada rapidez. En apenas tres horas todos los soldados de las guarniciones de Jerusalén están preparados para intervenir. Incluso la

tropa acantonada en la torre Antonia, la fortaleza más formidable del recinto amurallado, recibe la orden de movilización. Toda la caballería disponible se concentra en los alrededores del palacio-fortaleza formada en escuadrones cerrados.

El movimiento de tropas es tan intenso que los oteadores desplegados por Jefte no tardan en avisarle de que algo muy grave se está fraguando en torno a las instalaciones militares de Jerusalén.

En medio del trajín, la princesa Salomé observa con atención el ajeteo que en el patio de la fortaleza se ha formado. Centenares de soldados van y vienen a los almacenes de la armería para proveerse de escudos, espadas, lanzas, arcos y flechas. Las piedras de afilar echan chispas cuando los filos de las espadas reciben la puesta a punto; los cascos de metal brillan bajo el sol cuando los soldados se los colocan en sus cabezas y se ajustan las correas bajo las barbillas; los carcajes de los arqueros se llenan de flechas recién emplumadas; los caballos piafan intuyendo que su entrada en combate se aproxima; los herreros, tras afilar tanto puntas de lanza como las últimas espadas, engastan las empuñaduras con tiras de badana y de cuero; los ojos de los soldados destellan ese brillo mortífero de los acostumbrados a las matanzas; los oficiales gritan, dan órdenes y profieren consignas para que nadie relaje el ánimo; los lanceros escupen sobre las puntas metálicas de sus picas y algunos pasan por ellas una y otra vez las piedras de amolar.

Salomé tiene miedo; tal vez por primera vez en su vida teme al destino. Sabe que debería enviar un mensajero a Jefte para informarle del ataque que se está preparando, pero no quiere ser descubierta. Uno a uno los comandantes de los destacamentos hacen llegar a Arquelao la noticia de que sus unidades están preparadas para el combate. Y entonces el rey no duda en dar la orden de avanzar al unísono hacia el Templo, y hacerlo con toda la rapidez posible. El recinto sagrado es un formidable fortín con muros tan anchos como la altura de tres hombres y tan altos como la de quince, de modo que si no se penetra en su interior y se controlan los accesos, puede ser defendido con facilidad.

Los estrategas deciden que, dado lo empinado de algunos accesos, sea la infantería la que se despliegue en todas y cada una de las puertas del santuario, y que accedan los soldados por todas las entradas a la vez, provocando la mayor sensación de terror posible entre los amotinados. Entre tanto, la caballería se despliega también por los alrededores de las puertas, en los espacios más abiertos, con la misión de bloquear todos los accesos e impedir que los defensores del Templo puedan recibir ayuda alguna desde el exterior.

La firmeza y rapidez con que Arquelao toma la decisión de atacar el Templo coge por sorpresa a Jefte y a los que ejercen a su lado la dirección de la revuelta. Apenas pueden reaccionar para establecer un plan de defensa cuando escuchan las primeras voces y el entrechocar de metales.

—¡Soldados!, ¡soldados! ¡Se acercan cientos, tal vez miles de ellos! —grita uno de los cabecillas fariseos que dirige la defensa de una de las puertas.

Jefté y sus consejeros, que dialogan en un rincón del Patio de los Gentiles, se vuelven hacia el lugar de donde proceden los gritos y contemplan horrorizados a varias decenas de soldados de la Guardia Real desplegándose ya por el patio en persecución de un grupo de defensores que resulta desbordado.

No están en condiciones de rechazar la carga en formación cerrada de los soldados. Algunos fariseos son sorprendidos mientras ofrecen sacrificios junto a los sacerdotes, y ni siquiera están armados. El brillo de los aceros desenvainados, las lanzas cimbreándose en la carga, los escudos alineados como el caparazón de una tortuga, todas las ventajas se decantan del lado de los asaltantes. Atrapados de improviso, los defensores del Templo ceden ante la carga de los soldados profesionales y caen abatidos como las mieses segadas por la guadaña. Los fariseos se defienden como bien saben, pero nada pueden hacer ante las cohortes perfectamente organizadas, que responden como un solo hombre a las voces de mando de sus comandantes.

Decenas de cuerpos sucumben al instante ante los tajos de las espadas y las puntas de las lanzas. En unos momentos el Patio de los Gentiles se llena de cuerpos caídos y la sangre corre entre las losas de piedra tiñéndolas de rojo. La luz del sol de mediodía cae a plomo sobre los tejados del Templo, y al cielo se elevan gritos de horror y de lamento que resuenan por todo el santuario.

Los soldados atacan y cargan con la eficacia de profesionales entrenados para el combate. Cada uno defiende a su compañero de la izquierda con el escudo, en tanto que con la mano derecha descarga golpes de espada o de lanza causando una tremenda mortandad entre los fariseos y sus simpatizantes. La sangre se encharca de tal modo y el suelo se vuelve tan resbaladizo que es difícil mantener el equilibrio en medio de aquella carnicería. La batahola crece hasta devenir en un torbellino de voces y gritos que hiela la sangre de los que todavía la mantienen en sus venas.

Las tropas de Arquelao cargan con toda la rabia; algunos de ellos tienen amigos entre los muertos de la cohorte apedreada por los insurgentes, y con cada golpe quieren vengar a los compañeros de armas caídos poco antes sobre esas mismas losas. El olor a muerte se apodera del aire y los cadáveres se amontonan revueltos con los malheridos y mutilados que se desangran entre terribles lamentos antes de ser rematados con un certero golpe de gracia. Paso a paso, los destacamentos bien formados acorralan por grupos a los rebeldes y los abaten uno a uno con la misma facilidad que un vendaval de otoño arranca las hojas secas de los árboles.

Como una máquina infernal de acero y muerte, el frente de soldados sigue avanzando y arrasa a una multitud que olvida defenderse y busca escapar de aquella matanza aplastando a sus propios compañeros. Las espadas penetran una y otra vez en pechos y espaldas, cercenan cuellos, brazos y piernas, parten cráneos y rajan rostros sin piedad alguna.

Los vientres abiertos derraman intestinos y vísceras por doquier, y al olor dulzón de la sangre se suma pronto el nauseabundo de las heces y los vómitos. La vista de los

cuerpos abiertos en canal, el sabor salobre que llega hasta los labios de los salpicones sanguinolentos y el tufo penetrante, ácido y hediondo a la vez, enervan todavía más a los soldados y los envuelven en una vorágine de ira y furia.

Jefté, el hijo de Menahén y caudillo visible de la revuelta, se lanza desesperado contra los soldados empuñando una espada corta. Arenga a sus compañeros para que se mantengan firmes y no desfallezcan, pero el fariseo no es rival para los veteranos que forman en las primeras filas del Ejército de Arquelao, quienes lo abaten con suma facilidad al primer envite. Uno de los mercenarios germanos, un gigantón rubio de fieros ojos azules, le secciona el hombro derecho y otro le atraviesa la garganta con su espada. El cabecilla de la revuelta cae desplomado y los atacantes aplastan su cadáver bajo el paso brutal de sus sandalias tachonadas.

Muerto el principal instigador, sus seguidores huyen a la desbandada en todas las direcciones, pero el recinto del santuario es una trampa mortal. Las salidas están guardadas por destacamentos de arqueros tracios que, con precisión infernal, abaten con sus certeras flechas a los pocos que logran atravesar los umbrales de las puertas del Templo, y los que consiguen rebasar la línea de tiro son cazados como conejos por los destacamentos de caballería desplegados en la retaguardia. Los caballos, acostumbrados a la barahúnda de la guerra, no se mueven cuando algunos llegan huyendo ante ellos, para caer tronchados por las espadas largas y las lanzas cortas de los jinetes.

Sólo unos pocos logran escapar de aquel infierno de destrucción. Algunos se encierran en sus casas, aterrorizados, aguardando una muerte segura. Otros huyen buscando cobijo en los montes y colinas de los alrededores de Jerusalén. Los menos se dirigen hasta Betania, a dos millas de distancia, corriendo como posesos, con los pies magullados y ensangrentados y el alma rota en pedazos.

La ciudad entera es un lamento fúnebre. Del júbilo de la Pascua, de la alegría por el encuentro anual entre familiares, del regocijo y la esperanza por los sacrificios ante el altar del Templo, los ciudadanos de Jerusalén y los peregrinos pasan a un estado de máximo terror y de pena infinita.

En cuanto recibe las noticias del triunfo del ataque de sus soldados, del control del Templo y de la ejecución o dispersión de los rebeldes, Arquelao envía por todos los rincones de la ciudad heraldos que pregonan su victoria y anuncian la supresión de las ceremonias que restan por la festividad de la Pascua. Se concede además un plazo reducidísimo para que los peregrinos que no sean vecinos de Jerusalén salgan de la ciudad de inmediato, y se ordena a los residentes que permanezcan recluidos en sus casas en tanto no se autorice la libre circulación por las calles, bajo pena capital para quien no cumpla estos preceptos. Las etéreas y tenebrosas alas del ángel de la muerte se extienden sobre la ciudad, que llora a sus muertos sin poder honrarlos con las ceremonias fúnebres que sus creencias demandan.

En su palacio-fortaleza, Arquelao, ahora sí, se siente seguro. Consigue reducir, aunque de manera brutal y sanguinaria, la revuelta encabezada por los fariseos en el Templo y logra, como solía hacer su padre, que el terror se convierta en el principal aliado del poder. Si alguien, en los próximos años, se aventurara a poner en marcha nuevas alteraciones o a discutir las decisiones del soberano, ya sabe a qué atenerse.

Triunfa, y lo hace sin el apoyo explícito de los romanos, que desde Siria se mantienen expectantes ante lo que está ocurriendo en Judea. No pasa un día sin que el gobernador de Siria reciba puntuales informaciones de sus emisarios sobre el desarrollo de los acontecimientos en esa díscola región del sur pacificada por Herodes con mano dura, pero en la que parece que vuelven a surgir problemas que parecían enterrados para siempre.

Todos esperan que el heredero de Herodes manifieste su alegría por el éxito de la acción de su Ejército, pero ante todos los consejeros y miembros de su familia, que lo aplauden cuando aparece ante ellos, pronuncia una frase inesperada:

—Acabado el trabajo, ahora, a Roma.

—¿Señor...? —Nicolás, sorprendido, no entiende esa decisión.

—Éste es el momento preciso para presentarme ante Augusto. He resuelto con eficacia una revuelta que amenazaba con desestabilizar el reino, y todo ha quedado en calma. Puedo entrar en Roma como triunfador, justo sucesor de mi padre.

—El problema de la rebelión de los fariseos no se ha resuelto del todo; en cualquier momento puede prender otra vez, y con más intensidad si cabe, la llama de la sedición. Y en ese caso, con el rey lejos de Judea, quién sabe qué puede pasar.

—Esa plebe harapienta y sucia no merecía otra cosa que la muerte. Tras la tempestad, por muy estruendosa que sea, siempre llega el sosiego y la calma. Les hemos dado una buena lección, y pasará tiempo, mucho tiempo, antes de que algún insensato ose protestar o siquiera discutir la palabra de su señor. La sedición ha sido borrada con su propia sangre y las almas de los traidores vagan ahora en las tinieblas del *sheol*, y para siempre. Han aprendido que nadie puede oponerse a mi autoridad y a mi razón sin sufrir el merecido castigo por su osadía.

—No sabemos cómo van a responder los romanos... —intenta mediar Nicolás.

—He aplicado su lema: «Que nos odien, con tal de que nos teman», si así se mantiene la paz. Iré a Roma enseguida.

—Como ordenes, señor —se resigna Nicolás.

—Embarcaremos en Cesarea. Todo debe estar preparado en una semana. Tú, Ptolomeo, vendrás conmigo, pues necesitaré a mi mayor experto en cuentas porque imagino que de eso habrá que tratar a fondo con los romanos; también vendrá mi madre, Maltace; y por supuesto, tú, Nicolás de Damasco, porque necesitaré la experiencia de mi más sabio y veterano consejero.

—Querido sobrino —se adelanta Salomé, que hasta ese momento se ha mantenido en un segundo plano al lado de su esposo, Alexas—, me gustaría acompañarte en este

viaje con mi marido y mis hijos.

—¿Por qué?

—Deseo mostrar a Augusto y a su esposa Livia mi apoyo a tu designación como heredero de mi hermano. Yo fui la albacea testamentaria, y puedo ratificar mejor que nadie que ésa fue su última voluntad.

—¿Puedes pagarte el pasaje? —le pregunta Arquelao.

—Sabes que mis ingresos son escasos. —Salomé miente, aunque desea estar presente a toda costa en Roma, donde se va a decidir el destino de Israel, y desea visitar a Livia, la influyente esposa de Augusto.

Arquelao reflexiona. Conoce bien las argucias de su tía y su dominio de las artes del enredo. En otro tiempo, Salomé ha controlado por completo a su sobrino Antípatro, el hijo de Herodes y Doris, el frustrado sucesor, el ejecutado sólo cinco días antes de la muerte de su padre.

—¿Juras que me apoyarás en todo momento?

—Por lo más sagrado. Lo mereces y, además, es mi deber hacer que se cumpla la voluntad de mi hermano. —Salomé sabe cómo modular la voz para conseguir el tono más convincente y persuasivo que necesita en cada momento.

Tras reflexionar unos instantes, Arquelao accede.

—De acuerdo, tú, mi querida tía, y tus hijos viajaréis con nosotros a Roma, y yo correré con vuestros gastos. Y espero que tu buena relación con Livia contribuya a que Augusto me ratifique como rey de Israel.

—Te lo agradezco, sobrino. —Salomé lo besa en la mejilla.

Antipas, que permanece al margen, se muerde la lengua y aprieta los puños al contemplar la claudicación de su tía ante su hermano. Observa cómo la que ha creído su gran aliada para imponerse al frente del reino jura fidelidad a su hermano mayor y lo ayuda en sus propósitos ante el emperador de Roma. Apenas puede contener sus dudas y su estupor. ¿Y si Salomé lo denuncia ante Arquelao y lo quita de en medio? ¿Es tal vez esa postura de Salomé sólo es una treta para ganar tiempo y conseguir la confianza del rey para actuar contra él con mayor eficacia? Antipas es un mar de recelos. Pero nada puede hacer; su vida está ahora en manos de su tía; no le queda sino callar y resignarse.

—Mientras dure mi ausencia, encomiendo el gobierno del reino de Israel a mi hermano Filipo, que permanecerá como procurador en Jerusalén y velará por la buena administración del pueblo judío en mi nombre, y mi hermano Antipas en Galilea, como gobernador de ese territorio.

Arquelao sabe bien lo que hace. Filipo es benevolente y leal, y lo considera el menos intrigante de todos sus hermanos. Hijo de Herodes y Cleopatra, una mujer nativa de Jerusalén, reúne el carácter y las dotes adecuadas para calmar a los que sin duda clamarán venganza por la matanza del Templo. Se parece a su madre: ojos grandes de un color melado, orlados de largas y hermosas pestañas, que destacan en un rostro casi siempre sonriente y luminoso. No es de su agrado suscitar problemas y procura tratar los

asuntos de su incumbencia con tanta delicadeza como destreza política. Sabe perdonar los fallos de los demás y no se abruma ante las dificultades, por muy graves que parezcan, aunque para ello se vea obligado en no pocas ocasiones a tergiversar la realidad y pintarla con tonos mucho más amables. Es gracioso en sus ocurrencias y agradable en el trato directo. Cumplidor de la Ley y de sus obligaciones, mantendrá el gobierno de Israel a la espera de que se produzca la resolución definitiva de Augusto.

Ya a solas, Salomé envía en secreto un mensajero a Damasco para informar detalladamente al gobernador romano de Siria, el astuto Quintilio Varo, sobre las intenciones de su sobrino.

Para sorpresa de casi todos, cuando la comitiva está lista para zarpar hacia Roma, Varo se presenta al frente de dos cohortes legionarias en el puerto de Cesarea. Ordena que el tesoro de Herodes sea custodiado en el Templo de Jerusalén hasta que Augusto decida sobre la validez de su testamento y entrega una carta al capitán del navío con instrucciones precisas de que la haga llegar al emperador con garantía de su propia vida.

En la carta, Quintilio Varo informa a Augusto sobre la situación en Israel y, siguiendo los ruegos de Salomé, se decanta a favor de Antipas, al que alaba por su capacidad de mando y su moderación, renegando de Arquelao, al que califica como de dudosa fidelidad al pueblo de Roma y acusa de actuar con crueldad extrema. El gobernador romano asegura que son muchos los judíos que odian a Arquelao y que una amplia mayoría prefiere ver a Antipas sentado en el trono de Herodes.

Aprovechando el revuelo de la partida, Salomé informa sucintamente a Antipas, que está presente en el puerto para despedir a su hermano, de lo pactado con Quintilio Varo. La princesa ha decidido obrar por iniciativa propia y prepara una enorme sorpresa.

Sólo un par de semanas después de la matanza en el Templo de Jerusalén, la variopinta comitiva de la corte judía embarca desde Cesarea en un trirreme de la flota imperial rumbo a Roma.

UNA SORPRESA EN ROMA

El tajamar del trirreme rompe las aguas mediterráneas dejando tras de sí una espumosa estela plateada. Acaba de salir del puerto, formada por dos malecones en forma de tenaza de media milla de longitud que lo protegen de los vientos del sur y del oeste.

Conforme los remeros bogan hacia poniente, la ciudad de Cesarea, la más amada de Herodes, se aleja en el horizonte. En el perfil de la costa se dibujan el monumental teatro, los altos tejados de las termas, las rotundas arcadas de los almacenes en los terrenos de la ensenada, el acueducto que abastece a la ciudad con las aguas del monte Carmelo y el enorme templo erigido por Herodes en honor de Augusto y para mayor gloria de Roma, que destaca sobre un montículo frente a la bocana del puerto.

Los acompasados sonidos de tambor, marcados por el *hortator*, indican a los remeros la pauta de cada golpe de las palas de madera sobre la superficie del mar, a la vez que los pilotos manejan los dos timones y el capitán ordena desplegar la vela cuadra, el artemón, en cuanto el viento sopla en la dirección propicia.

La nave se ha equipado convenientemente, pues la travesía puede durar de uno a tres meses y la estancia de la corte judía en Roma puede alargarse por tiempo indefinido. Augusto siempre está ocupado. Aunque hace ya algunos años que acabaron las guerras en Hispania, que requirieron toda la atención del emperador para someter a las tribus cántabras y astures, ahora la atención del César vuelve a estar centrada en importantes cuestiones bélicas en el limes del norte.

El Imperio ha consolidado su frontera a lo largo de los ríos Rin y Danubio, cuyas orillas ha fortificado con torres y atalayas, pero los germanos hostigan las tierras romanas y Augusto pretende darles un buen escarmiento. Desde que regresó de Hispania, su cabeza no ha dejado de maquinarse un plan para conquistar toda Germania, acabar con la molesta hostilidad de sus tribus y extender las fronteras del Imperio hasta la lejana tierra de los hiperbóreos, en las heladas regiones del frío mar del Norte, en el confín septentrional del mundo. Arquelao es consciente de esta situación, y sabe que la estabilidad del Imperio en Oriente es importante, pero en esos momentos secundaria.

Durante la travesía abunda el tiempo disponible para que los nobles viajeros puedan detenerse a pensar. Arquelao se muestra ansioso por llegar a la Urbe cuanto antes. Ya conoce la ciudad, pues su padre lo envió allí cuando apenas tenía ocho años con la intención de que estudiara y se formara con los mejores maestros. Ahora recuerda con agrado los años vividos en Roma y lo conforta la idea de volver a recorrer las calles que pisó en su adolescencia. Fueron tiempos felices, exentos de cualquier preocupación, sólo vigilado por los severos pedagogos que le enseñaron gramática, filosofía y ciencias.

El heredero recuerda también a sus hermanos, en especial al bondadoso Filipo, con quien compartió los años de juventud en Roma; y a Antípatro, el hijo de Doris, con quien nunca tuvo una buena relación. El primogénito de Herodes vio en Arquelao un enemigo, su principal rival para disputarle el trono. Siempre lo trataba con desprecio, llamándolo *muchachito* para resaltar que su derecho de primogenitura eclipsaba cualquier otra opción en la sucesión.

Pero finalmente, él, Arquelao, el «muchachito», es el rey. Observa la vela cuadra, hinchada por los vientos de levante, y sonríe al suponer que el alma de su hermano Antípatro vaga en las sombras del Hades, mientras él navega rumbo a Roma para encontrarse con el dueño del mundo, que, sin duda, lo ratificará como soberano de Israel y lo tratará como a un hermano.

Salomé se muestra huidiza y ajena al grupo durante la travesía. Procura buscar la soledad de algún rincón apartado de la cubierta o de los estrechos camarotes de popa donde viajan los miembros de la corte. Casi no habla; se limita a contemplar el horizonte o la espuma que producen los golpes de remo sobre el agua al son que marca el cómitre con el tambor. Evita, sobre todo, cruzar su mirada con Arquelao, y apenas entabla conversación con nadie que no sean su marido o sus hijos.

Nicolás de Damasco y Ptolomeo, los dos consejeros reales, conversan entre ellos, y Arquelao se suma a menudo a sus tertulias. El heredero se muestra cada día que pasa más nervioso; acercarse a Roma aumenta su inquietud por conocer qué decidirá Augusto.

La navegación es tranquila, sin sobresaltos. Hace tiempo que la Armada imperial limpió de piratas las aguas del Mediterráneo, que ahora pueden surcarse con absoluta seguridad. Dada la época del año, el piloto ha elegido la ruta norte, por Chipre, donde se aprovisionan de agua, para poner rumbo a Rodas y luego, siempre hacia poniente, bordear las costas del Peloponeso, la tierra de los dioses, dejando a babor Cefalonia para cruzar el mar Jónico hasta recalar en Brindisi, ya en Italia. Allí desembarcan y descargan todos sus bagajes, que son colocados en varios carros. Viajan hasta Roma por la vía Apia, una de las calzadas más importantes del Imperio, que cruza el sur de la península Itálica de costa a costa entre feraces campiñas y magníficas posadas.

—¡Roma! —exclama Arquelao emocionado a la vista de la capital del Imperio.

Tras un recodo de la vía Apia, aparece la ciudad. El camino es un hervidero de gentes, acémilas y carruajes que van y vienen en un continuo trajín. A ambos lados de la calzada se elevan monumentos funerarios, algunos de los cuales conservan los restos de romanos ilustres que han contribuido a convertir a Roma en la señora del mundo.

Hace un par de días que el mensajero enviado por delante ha convenido el alquiler de un lujoso palacio, donde se instalarán los miembros de la corte de Judea. Se trata de un gran edificio ubicado en la ladera norte de la colina del Palatino, cerca del Foro,

propiedad de un riquísimo senador, dueño de numerosos inmuebles, a quien ha habido que adelantar treinta mil sestercios como aval.

—Magnífico palacio —comenta el viejo Nicolás.

—Uno de los mejores de Roma.

—Pero demasiado caro de alquiler —tercia Ptolomeo, que como tesorero sabe bien lo que va a costar vivir en ese soberbio edificio.

—Es una morada digna de un rey —se limita a comentar Arquelao.

Mientras los criados descargan los enseres domésticos de los carros, Arquelao, Nicolás y Ptolomeo se reúnen en un gabinete para convenir la estrategia a seguir ante Augusto. En ello están cuando se presenta un emisario que pide audiencia urgente.

Arquelao supone que puede ser un correo de Augusto que le da la bienvenida a la ciudad y decide recibirlo de inmediato. Pero lo que porta el mensajero es una tablilla de cera que Arquelao lee asombrado.

—¿Antipas aquí? ¡Está en Roma!

—¿Tu hermano, señor? —pregunta Nicolás.

—Sí, mi hermano menor. Está aquí, me da la bienvenida y me dice que vendrá a saludarme hoy mismo.

—¿Cómo es posible?, ¿cómo ha podido...? ¡Le encargaste que se ocupara de los asuntos de Galilea!

—Probablemente embarcó poco después de zarpar nosotros en alguna galera de guerra, o en uno de esos rápidos bajeles que usan los hombres de negocios cuando quieren viajar deprisa por el mar, aunque sin comodidades, y nos ha adelantado —dice Ptolomeo.

Arquelao se encoleriza. Su hermano Antipas ejerce una gran atracción en quienes lo conocen. Es igual de alto y atractivo que él, su rostro proporcionado, sus ojos luminosos y bellos, su cabello negro y brillante, su contextura flexible y atlética..., una buena mezcla de sangre judía, samaritana e idumea; y sus maneras son más refinadas.

Arquelao recela incluso de su madre, la ambiciosa Maltace, y considera que prefiere a su hermano. ¿Tiene ella algo que ver con la inesperada presencia de su hijo menor en Roma? En alguna ocasión le ha oído comentar que Antipas es digno hijo de su padre Herodes, cosa que no ha dicho nunca de él, y que sabe tratar a las gentes con finura y maestría. Sin duda, también es ambicioso y conoce los entresijos de la política romana, pues se ha educado en la Urbe durante años.

—Cuidado con tu hermano, mi señor —le advierte Nicolás en tono preocupado.

—Es preciso que Augusto ratifique enseguida el testamento, ahora más que nunca. Israel necesita un monarca fuerte y único que esté respaldado por la autoridad imperial.

—Arquelao recalca *único*.

—Pero vuestro padre dejó escrito un reparto de poderes...

—Mi padre está muerto y enterrado. —Arquelao interrumpe a Nicolás, que intuye que se avecina un enfrentamiento fratricida que puede acabar con el reino de Israel.

—Debemos evitar cualquier disputa entre judíos.

—Pero ese intrigante de mi hermano... ¿Qué pretende? —demanda Arquelao.

—No es difícil suponerlo —tercia Ptolomeo.

—Quiere mi trono.

—Alguien ha tenido que ayudarlo, o aconsejarlo...

—¿Mi tía Salomé?

—¿Quién si no?, mi señor —presupone Nicolás.

—Pero ella me ha jurado fidelidad...

—¿Qué esperabas de una mujer tan ambiciosa como tu tía? —dice Ptolomeo con cierta sorna.

—Antipas no tiene ni la experiencia ni la iniciativa suficientes como para haber preparado por su cuenta este viaje. Mi olfato de viejo sabueso me sugiere que Salomé está al tanto y que ha sido ella quien le ha aconsejado viajar a Roma —interviene Nicolás.

—Pero me ha jurado fidelidad, me la ha jurado, me la ha jurado...

El veterano consejero sonríe con sarcasmo. Nicolás de Damasco ha contemplado a lo largo de su vida muchas traiciones y muchas mudanzas de opinión y de fidelidades.

—Debemos estar preparados para cualquier contingencia. La presencia de Antipas confirma mis desdibujadas sospechas. Supongo que tu tía Salomé y tu hermano han acordado un pacto secreto para derrocar al trono, y es posible que dispongan de más apoyos o que los estén buscando.

—¿Sospechas de alguien? —demanda Arquelao.

—Al menos de uno: ¿No te has fijado en el retórico Irineo? Ese estirado orador nativo de Rodas nos mira desde su elevada estatura como si los demás fuésemos enanos. Últimamente no se ha separado de Antipas, quien lo tiene en gran estima. Lo he oído hablar en más de una ocasión y dispone de una capacidad oratoria realmente notable y un arsenal de argumentación temible. Si hay alguien capaz de defender con convicción las pretensiones de Antipas al trono de Israel, sin duda es Irineo.

Nicolás de Damasco es el único consejero en el que confía Arquelao. Durante la navegación, ambos han comentado qué pasos dar en Roma, cómo comportarse ante los altos funcionarios de la cancillería imperial y de qué modo presentarse ante Augusto, pero no han imaginado que Antipas llegara a la capital antes que ellos.

—Mi padre nombró a Antipas tetrarca de Galilea y Perea en el mismo testamento en el que a mí me convertía en heredero al trono. ¿No es bastante con eso para mi hermano? Si conspira contra mí para conseguirlo todo, es probable que se desencadene una guerra civil entre nuestros partidarios. Eso supondría la intervención romana y el final de la esperanza del reino de Israel. ¿Acaso no se da cuenta de que está jugando con un fuego en el que podemos arder todos?

—No limites una posible conjura a la exclusiva iniciativa de tu hermano. Ya te he dicho que creo que Salomé es quien realmente mueve los hilos de esta trama que se está

urdiendo a tus espaldas.

—No sé, mi tía...

—No seas ingenuo. Sé que te cuesta creerme, pero te aseguro que la ambición de Salomé no tiene límites. Ella sabe que nunca podrá dominarte, pero está convencida de que si coloca en tu trono a Antipas, ella será la que gobierne Israel, y no dudes que hará todo cuanto pueda para conseguirlo.

La ira y la rabia asoman entonces por los ojos de Arquelao.

—Estamos rodeados de intrigantes. Incluso Filipo, mi hermano fiel y servicial, despierta ahora mis sospechas. La corte de Israel se ha convertido de repente en un nido de serpientes que no cesan de tramar conspiraciones y conjuras contra mí. Ahora todos me parecen unos traidores dispuestos a clavarme una espada entre los omoplatos en cuanto les dé la espalda. Hasta tú mismo, mi leal Nicolás, te has convertido en sospechoso.

—¿Yo, mi señor?

—Sí, ¿por qué no? Nadie conoce mejor que tú los entresijos de la corte, nadie posee tu astucia y tu experiencia. Sabes analizar cualquier situación y resolver los problemas más intrincados aplicando las soluciones más eficaces. —Arquelao lo mira con recelo; ese anciano, alto y grueso sin llegar a la obesidad, de abundante cabello rizado todavía, con sus ojillos sonrientes y confiados también puede estar inmerso en la conspiración.

—Yo fui el confidente de tu padre y su más ferviente servidor; jamás te traicionaré.

—Nicolás, Nicolás... Perdona mis dudas sobre ti, pero esta corte está llena de traidores que esconden sus propósitos en espera de tiempos propicios para desvelar sus intenciones. ¿Cómo se puede gobernar en permanente zozobra? Judea es una tierra infectada de intrigantes, de fanáticos prestos a seguir a cualquier orate que les asegure el tránsito inmediato al Paraíso, de falsos profetas empeñados en anunciar el inminente fin del mundo, de mesías que prometen la redención si se siguen sus absurdas peroratas. Nuestro país es un peligroso avispero en el que hasta los hermanos se pelean entre sí como lobos hambrientos ante la comida.

—Pero ahora estamos en Roma... —comenta Nicolás.

—Y también está aquí mi hermano Antipas. ¿Qué propósitos lo guían para presentarse ante Augusto? Desde luego, no ha venido para apoyarme ante el emperador. Debemos desbaratar sus planes.

—Ordenaré que lo mantengan vigilado en cada momento —dice Nicolás—. No dará un paso sin que sepamos en qué dirección lo hace.

—¿Crees que Antipas puede influir en Augusto para que el emperador no ratifique el testamento de mi padre?

—No tiene tanta capacidad de influencia. Pero, por si acaso, deberías anticiparte y solicitar una audiencia urgente a Augusto.

—Así lo haré, mi buen Nicolás. Envía enseguida un mensajero al palacio imperial con una carta en la que se informe al César de que ya he llegado a Roma y que aguardo

impaciente que me reciba. ¡Ah!, y solicita a la vez una entrevista con Livia; la influencia de la esposa de Augusto es fundamental en todas las decisiones que éste adopta.

A pesar de la celeridad con que Arquelao solicita entrevistarse con Augusto y Livia, Salomé ya se le ha adelantado. Antes incluso de llegar a Roma, la tía de Arquelao ha enviado en secreto desde Brindisi a uno de sus criados con un mensaje destinado a Livia, con la que mantiene una buena amistad, solicitándole un encuentro discreto entre ambas.

Livia accede y la entrevista entre las dos mujeres tiene lugar en el palacio imperial, en una cálida sala de un área reservada, con la única presencia de dos esclavas que se mantienen a prudente distancia de las damas.

Las dos amigas se saludan con un largo y efusivo beso y se intercambian regalos. La esposa de Augusto, a pesar de que la edad y los achaques le hacen caminar renqueante, luce toda su majestad. Su rostro muestra las arrugas que ha esculpido el tiempo, pero mantiene una viveza y unos destellos de energía propios de la mujer más poderosa del Imperio.

—¡Querida Salomé! Estás bellísima. ¿Has acordado algún pacto con los dioses para que mantengan tu hermosura?

—¡Oh!, Livia, en absoluto.

—Pues confíesame entonces tu secreto para mantenerte así.

—El aire de Judea y el agua de sus manantiales, supongo.

—Permíteme que te ofrezca una copa de mi vino favorito: malvasía de Rodas, dulcísimo. Mi esposo sólo bebe ese denso y fuerte vino de Retia, aunque a causa de sus años lo rebaja con un poco de agua.

—Gracias, Livia; a tu salud. —Salomé alza la copa y toma un largo trago.

—Me alegro de tenerte entre nosotros. Después de las cartas que hemos intercambiado antes de la muerte de tu hermano, confieso que tenía ganas de verte. Vamos, cuéntame, ¿qué has hecho estos años?

—Sobrevivir, querida Livia. Mi familia es una jauría de fieras cuyos miembros son incapaces de convivir sin matarse unos a otros.

—¡Vaya! Estaba convencida de que tu hermano Herodes había hecho las cosas bien, y que había pacificado el reino.

—Así fue, pero a costa de lo que bien sabes: la sangre ha corrido a raudales en nuestra familia. Fallecido mi hermano, ninguno de sus hijos se conforma con su testamento, y todos desean convertirse en el próximo rey.

—Pero en su testamento, según sabemos, ya ha designado a Arquelao.

—Sí, pero según el tratado entre Roma e Israel ese nombramiento carece de plena validez en tanto no lo ratifique tu esposo; además, los hermanos de Arquelao no lo aceptarán, y tampoco lo harán varios grupos de judíos radicales, entre ellos los fariseos, a los que ya ha habido que someter a la fuerza.

—¿Y qué alternativa propones? —le pregunta Livia.

—Cancelar la realeza de Israel y que Judea sea gobernada directamente desde Roma a través de un prefecto que esté calificado para dirigir nuestro avispero.

—Por lo que yo sé, esa decisión significaría someter a los judíos a una humillación insoportable. Mi esposo está centrando toda su atención en la frontera de Germania; lo peor que le podría ocurrir ahora al Imperio sería la abertura de un segundo frente de guerra en Oriente.

—En ese caso, aconseja al César que ratifique la división del reino de Israel en varios territorios. Arquelao podría seguir gobernando Judea, como dicta el testamento de Herodes, y Antipas sería rey de Galilea. Y si no..., otra solución sería deponer a Arquelao y entregar todo el poder a Antipas.

—¿Y en cuanto a ti?

—¿Yo...? Mi única ambición es vivir sin más preocupaciones los años que me restan. Mi hermano me ha legado el gobierno de tres ciudades en la costa junto con sus rentas y un magnífico palacio en Ascalón, donde deseo retirarme. No necesito nada más.

—¿Y supones que no te dejarán hacerlo?

—Ascalón pertenece a Judea, y Arquelao querrá gobernar toda la zona, incluida esta ciudad. De manera que mi vida dependería de su voluntad.

—Querida Salomé, no dudes que haré cuanto esté en mi mano para garantizar tu seguridad. Pero creo que lo mejor sería llegar a un acuerdo amistoso con tu sobrino; si en la familia sois capaces de alcanzar un consenso, Augusto lo ratificará encantado, de eso estoy segura.

—No puedo garantizar nada de cuanto atañe a mis sobrinos, ni siquiera aunque acordaran un tratado en presencia del emperador y lo firmaran con su sangre.

—¿Y en cuanto a ti?

—Ahora empiezo a tener miedo. Por eso te propongo que aconsejes a Augusto que zanje esta situación para siempre y que asegure la estabilidad en Israel.

—Mediante una intervención militar, supongo.

—Sí, que corte por lo sano, que elimine las ambiciones de mis sobrinos y que garantice la paz.

—Es decir, tu solución preferida es que Judea se convierta en una provincia del Imperio.

—Sin más tapujos.

—Querida Salomé, en realidad, ésa ha sido siempre mi idea, pero mi esposo recela de esa solución. Conoce bien al pueblo judío y sabe que habría resistencia y se provocarían desórdenes. En más de una ocasión me ha confesado que el judío es un pueblo orgulloso y que se rebelará contra Roma si se le impone ser romano. Y, además, ahora está de por medio el testamento de tu hermano. Si mi esposo lo rectifica, estará lanzando el mensaje de que quien gobierna Israel no es uno de sus reyes, sino el emperador de Roma.

»Conozco a mi esposo, son ya muchos años a su lado, y creo que no quebrantará la voluntad testamentaria de tu hermano Herodes. Eran amigos, y le debe respeto a su memoria. Y en estos momentos, con los planes de invasión de Germania en marcha, lo que menos desea el César es que se abra un nuevo frente de conflictos. Además, Augusto ha sido ya demasiado condescendiente con los judíos, mucho más que con cualquier otro pueblo. Incluso los griegos se sienten discriminados y no dejan de enviar protestas por lo que consideran un trato de favor hacia los hebreos, sobre todo en lo referente a la exención del servicio militar en las legiones.

—Ésa fue una prerrogativa concedida por Julio César —asienta Salomé.

—¡Ah!, en eso el divino Julio se equivocó. Todavía no entiendo por qué os concedió semejante privilegio. Tal vez porque entendía que los judíos erais más peligrosos dentro del Ejército que fuera de él, o para que Herodes, a quien Marco Antonio y mi esposo hicieron rey, pudiera presumir de ello y ganarse a su pueblo. Bueno, el viejo Julio era un fiel creyente en los augurios y tal vez considerara ese privilegio como una condición del destino, ¿quién sabe?

—Nuestro pueblo, dulce Livia, es... digamos peculiar, y Julio César lo sabía bien. Por eso lo trató de forma diferente al resto de los pueblos sometidos al Imperio.

—¿A qué te refieres? —Livia parece desconocer el radicalismo religioso de algunos grupos hebreos.

—Casi todos mis paisanos son celosos guardianes de sus tradiciones y de su religión, a la que consideran la única verdadera. Creen en un dios único, Yahvé, el Señor de lo Alto, y consideran que Dios ha elegido al judío como pueblo singular, como su pueblo. Roma y tu esposo, como su gobernante que es, deben tener muy en cuenta eso.

—Pero acabas de decir que Roma debe gobernar Palestina...

—Así es, pero teniendo en cuenta estas cuestiones que te he planteado y con esos criterios de singularidad.

—Y pretendes que yo influya en Augusto para que así sea.

—Te lo ruego, Livia.

—En ese caso, necesitaré que me precises cómo ves tú a esos grupos en los que se divide tu pueblo.

—Es más fácil de lo que parece. Tres son los importantes: fariseos, saduceos y esenios. Los fariseos son pequeños comerciantes y modestos campesinos que observan estrictamente la ley de Moisés; se llaman a sí mismos *los separados* y *el pueblo de la Ley* y aguardan la pronta venida de un Mesías que libre a Israel del dominio romano. Intentan ser muy puros ritualmente, por lo que se rigen por el libro que nosotros llamamos Levítico. Pero los más radicales de entre ellos suelen abogar por la lucha armada.

—Y los saduceos son los miembros de las familias más poderosas de Israel, ¿me equivoco?

—En absoluto. Ellos forman una casta de ricos hacendados terratenientes. En sus prácticas religiosas sólo admiten lo escrito en los cinco libros de la Torá, nuestra Ley, no creen ni en los profetas ni en otra vida en el más allá y aprueban que puedan tomarse varias esposas. Pretenden llevarse bien con Roma y ganar dinero.

—Y nos quedan los esenios.

—Unos visionarios que se creen iluminados por Dios, que interpretan las Escrituras a su manera y que también aguardan la llegada del Mesías. Se consideran los únicos elegidos para salvarse y los depositarios de la verdad revelada. Algunos de ellos están dispuestos a luchar contra Roma.

—¿Eso es todo? Explicado así no parece nada complicado. Ten en cuenta que este Imperio se extiende sobre cientos de pueblos diferentes —comenta Livia.

—Bueno, también están los escribas, un grupo de especialistas en la Ley, que suelen ser fariseos o sacerdotes; y los ancianos, que no son necesariamente viejos en edad, sino los integrantes del Sanedrín, miembros de las familias ricas que controlan la Justicia; y los sacerdotes del Templo, un colegio de unos trescientos socios divididos en unos veinticuatro grupos a los que ayudan unos cuatrocientos levitas, los descendientes de una de las doce tribus, cuya misión es atender el santuario... Además están los recaudadores de impuestos, los publicanos, que forman una casta aparte, y sufren el odio y el rechazo de los demás...

—Basta, basta. No me extraña que ese dios del que hablas os eligiera. ¡Qué complicación! Por la profunda amistad que te profeso, hablaré con mi esposo de este asunto, pero... —Livia duda unos instantes.

—¿Pero...?

—Deberás guardar absoluta discreción.

—Por supuesto.

—Bien. Yo seré quien te informe de cómo se suceden los acontecimientos. Entre tanto, mantente vigilante, pero no tomes ninguna iniciativa. ¿De acuerdo?

—Así lo haré.

—Y haz que tus sobrinos se mantengan tranquilos.

—¿Cómo sabes...? —Salomé se sorprende ante la insinuación de Livia. Está al corriente de que Antipas está en Roma. ¿También sabrá esa mujer que, si se produce finalmente el enfrentamiento entre los dos hermanos, Salomé se decantará del lado de Antipas, oponiéndose así a la última voluntad de Herodes?

—Yo lo sé todo, mi querida Salomé, o ¿cómo crees si no que podría haberme mantenido todos estos años en este trono? Y ahora háblame de tus cosas; una anciana como yo necesita que una vieja amiga la ponga al corriente de lo que ocurre ahí fuera. —Livia toma un poco de fruta y la consume con gusto, recostada en su sofá de gruesos y mullidos almohadones de seda púrpura.

Salomé contempla a Livia, la divina, el único ser humano capaz de decir que no a Augusto, el dueño del mundo. Sonríe satisfecha, pues ha logrado ganarse, otra vez, su

simpatía. Salomé sabe que ninguno de sus dos sobrinos alcanza la talla de su hermano Herodes, y sospecha que la emperatriz así lo reconoce, y que por ello su posición es más fuerte si cabe. No ha hecho falta precisar más detalles para comprender que Livia la apoyará, porque está convencida de que ella es quien realmente debería reinar sobre los hebreos, aunque la costumbre lo dificulte.

—La de los judíos es una sociedad regida por hombres. Las mujeres somos consideradas como seres inferiores a los varones, y les debemos obediencia, o bien a nuestros padres mientras permanecemos solteras, o bien a nuestros maridos desde que nos casamos. Incluso en el Templo de Jerusalén existe un patio exterior, llamado *de las Mujeres*, en el que nos colocan separadas de los hombres, como si fuéramos leprosas.

—Ha habido excepciones, como la reina Alejandra...

—Sí, hace unos setenta años, pero fue designada como regente por su marido, y lo hizo en contra de sus propios hijos. Mi hermano no obró igual conmigo. Esa banda de fanáticos varones jamás consentirá que una mujer los gobierne —lamenta Salomé.

—Vuestros valores no son los nuestros. Los romanos consideramos que el honor y la vergüenza son los supremos; deberíais copiarlos en eso al menos —asienta Livia.

La princesa judía calla que si Judea no se convierte en provincia romana, ella estará ahí, en la sombra, dictando a su sobrino Antipas las disposiciones a tomar, y para ello necesita el apoyo de Livia, que supone el refrendo de Roma, pues sin él su plan está condenado al fracaso. Sabe que tiene una extraordinaria oportunidad, pero no puede cometer errores.

EL TRIBUNAL DE AGUSTO

En Roma los días discurren lentos y calmos. Augusto no tiene prisa por recibir al pretendiente al trono de Judea. En esos momentos le preocupan asuntos mucho más graves. Germania centra toda su atención, y carece de tiempo para enfrascarse en temas menores que atañen a un pequeño pueblo en el extremo oriental de su Imperio. Livia le comenta durante un banquete su conversación con Salomé y le pide que intervenga para liquidar de una vez este engorroso asunto del reino de Israel. El César la mira y conviene en hacerlo, aunque de mala gana. También él lamenta los privilegios que su padre adoptivo, el divino Julio César, concediera a ese pueblo de rabinos y visionarios.

—Lo que se merecen es ser borrados de la faz de la tierra. Esos judíos..., siempre con su eterna cantinela, sus sacerdotes, su templo, sus ritos infantiles, su único dios verdadero...

Livia sabe que Augusto está enfadado. El tiempo del dueño del mundo es demasiado precioso para preocuparse de esa banda de desharrapados, herederos de una nación de sucios pastores de cabras a los que se les han subido los humos, alentados por una legión de alocados profetas y un puñado de engreídos sacerdotes.

—¿Qué crees que debo hacer con esos molestos judíos, querida esposa? —le pregunta Augusto a Livia ante la insistencia de ésta en dar una respuesta al testamento de Herodes.

—Eliminar todos sus privilegios, revocar los que les concedió el divino Julio y convertir a Judea en una provincia más del Imperio.

—¡Vaya! ¿Y si no lo aceptan? Ya sabes cómo se comportan esos hebreos, siempre dispuestos a la gresca.

—No hay otra salida. Como te dije, el hermano menor, Antipas, también aspira al trono, pero en el testamento el heredero es Arquelao. Una guerra puede estallar entre los partidarios de ambos..., si tú no intervienes, porque el testamento de Herodes carece de validez sin tu aprobación.

—Imagino que tú ya has elegido un candidato.

—No, esposo mío.

—¿Entonces?

—Salomé es la clave de este embrollo. Lástima que no sea un hombre, por que en ese caso yo no tendría ninguna duda... Ella apuesta ante todo por que sea Roma quien gobierne directamente Judea.

—Eso iría contra los acuerdos firmados con los judíos. Podría significar la guerra, y ahora necesito que todas las legiones de reserva estén presentes en el frente de Germania.

—Entonces, ¿no vas a hacer nada?

—De momento las cosas se quedan como están. Mientras los dos hermanos permanezcan en Roma, la situación en Judea se mantendrá en calma. Que esperen, por tanto —sentencia Augusto.

—Como tú desees, esposo.

En ese momento, un luminoso relámpago ilumina el plomizo cielo de Roma e instantes después resuena un tremendo trueno. Augusto se estremece; el dueño del mundo sólo teme a los truenos y a los relámpagos, que lo angustian desde que sufriera sobre su cabeza una colosal tormenta en las montañas del norte de Hispania, cuando un rayo estuvo a punto de fulminarlo en la guerra que sostuvo contra los indómitos cántabros y astures.

Su esposa lo consuela. Bajo la amenaza de una tempestad, el poderoso Augusto parece un niño desvalido.

—El César no te recibirá..., de momento.

Arquelao aprieta los puños al enterarse por boca de un mensajero imperial de que Augusto no ha contestado a su solicitud de una entrevista. No va a ser tan fácil y rápido como había supuesto cuando salió de Judea.

Pasan los días y la espera se hace pesada, aunque Roma ofrece enormes distracciones para que el tiempo discurra más deprisa.

De Judea apenas llegan nuevas, lo que en sí mismo ya son buenas noticias, pues eso significa que la tierra está en paz y que los judíos no han vuelto a revolverse contra sus gobernantes. La matanza del Templo ha dejado los ánimos muy calmados. Pero un día el pulso de Arquelao se estremece. Es Ptolomeo quien le hace saber que acaba de desembarcar en el puerto de Ostia una embajada de judíos que también pretende entrevistarse con el emperador.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha pasado para que un grupo de jerusalemitas se presente por su cuenta en la capital del Imperio y pretenda ser recibido por Augusto? —pregunta el heredero a su ecónomo, que no sabe dar respuesta segura alguna.

Arquelao duda, se convulsiona; piensa que su hermano Antipas tiene que estar detrás de todo eso. Pero no es así. Poco a poco se va conociendo la verdad gracias a nuevos informantes que llegan desde Israel.

Al poco de la salida de Arquelao rumbo a Roma, miembros del Sanedrín, los cabecillas de los saduceos y algunos de los más influyentes fariseos se reúnen en casa del sumo sacerdote Joazar en Jerusalén. Están excitados y no olvidan la matanza que ha llevado a la tumba a cientos de amigos y parientes. Tras los primeros días de luto, amedrentados por el miedo y paralizados por el recuerdo de los muertos, reaccionan y surgen voces muy críticas con Arquelao y con la situación en el reino de Israel. Los más irritados, aprovechando la ausencia del rey, se atreven a criticarlo severamente y manifiestan que un individuo así no merece llevar sobre sus sienes la tiara del rey David. Antes fueron los rabinos Judas y Matías, ahora los fariseos sublevados en el Templo,

más tarde también morirá cualquiera que se oponga a la tiranía de los retoños de Herodes, dicen.

Joazar, que siente peligrar su puesto de sumo sacerdote, no duda en simpatizar con los descontentos. Su cargo no es vitalicio; el sumo sacerdote era nombrado por Herodes, pero ahora ese privilegio corresponde a Augusto, al menos mientras no decida delegar en Arquelao o en cualquier otro, incluso en un oscuro gobernador romano de la provincia.

Él pretende mantenerse como guardián máximo del Templo y de los tesoros de Israel, y aspira a que todo el pueblo lo apoye como garante de la fe común. Sabe que lo primero que hará Arquelao en cuanto reciba la ratificación de Augusto será deponerlo y sustituirlo por alguien afecto a su causa. Por eso no vacila un instante en apoyar a los que ya piensan en presentarse ante Augusto y reclamar el fin de la tiranía. Por eso aplaude entusiasmado cuando escucha el discurso del anciano Sedecías, un rico comerciante de paños.

—En resumen —exclama a voz en grito el viejo—, nunca exageraré bastante el carácter sanguinario y vengativo de Arquelao, que, comparado con su padre, no es menos tiránico y cruel. Sacad vosotros las consecuencias.

Las palabras de Sedecías son aclamadas por los congregados en casa de Joazar, que se conjuran para sacudirse el yugo de los hijos de Herodes y confirman la decisión de enviar una embajada a Roma. El emperador debe intervenir con sus soldados para cambiar el régimen; hay que instaurar uno nuevo que convenga a todo el pueblo judío sin lesionar los intereses del Imperio, como si semejante milagro fuera posible.

Durante una semana la casa del sumo sacerdote Joazar es un hervidero de reuniones, donde se efectúan y ponderan decenas de propuestas. Al final deciden que la delegación sea muy numerosa, que dé la imagen de que todos los judíos están de acuerdo en la misma opción: el derrocamiento de Arquelao y de cualquiera de sus hermanos que pretenda sucederlo.

Para ganarse al legado romano en Siria, Joazar le envía un mensaje informando de sus pretensiones. El legado ejerce alguna influencia ante Augusto, y cree que si cuentan con su beneplácito tienen ya mucho ganado. El texto de la misiva es bien explícito:

Como sumo sacerdote del templo de Jerusalén, quiero mostrarte, legado imperial, el deseo de todos los judíos de vivir conforme a nuestras costumbres ancestrales, conculcadas y humilladas por Herodes y sus hijos. Esta estirpe cruel y demoníaca es la culpable de la decadencia de Judea, por lo que te propongo que todos sus descendientes sean apartados de la senda del pueblo de Israel. Esa malhadada familia se encuentra ahora en Roma, por lo que te ruego que hagas lo posible para que todos sus miembros se queden allí y que no regresen jamás a la sagrada tierra de Israel. Te propongo, además, que Judea sea administrada como una provincia romana bajo el gobierno directo del emperador, respetando nuestras costumbres tal cual dicta la ley de Moisés, y que el Sanedrín, aunque sea en nombre del César,

ejerza el poder de resolver los casos y juicios en los que se vean comprometidos los hebreos. He enviado unos embajadores a Roma para que consigan para nuestro pueblo el régimen más benigno y moderado posible, a fin de evitar una intervención violenta de tus legiones.

En esos momentos de conjuras y ensoñaciones, los fariseos presionan para ser ellos, el autoproclamado partido del pueblo, quienes dirijan el nuevo Israel. Gozan de un prestigio inmenso explicando la Ley a sus partidarios e interpretándola conforme a las necesidades presentes; defienden las seculares tradiciones de los antepasados; han regado con su sangre la explanada del Templo en defensa de la dignidad de todos los judíos; sus dirigentes son admirados e incluso reverenciados por todos; incluso hay quien se levanta reverente cuando pasa uno de ellos. Por el contrario, los saduceos tienen que admitir que deben colocarse en un segundo plano; son los más ricos y poseen los negocios más florecientes, pero no disfrutan del beneplácito del pueblo. Entre ellos no hay sobresalientes escribas ni sabios doctores en el conocimiento de la Ley, ni destacan por su relevancia en la práctica de la doctrina religiosa; no obstante, consiguen que la presidencia del Sanedrín continúe en manos del sumo sacerdote Joazar, uno de los suyos.

La euforia se desata. El sacerdote Jeconías, hombre de gran prestigio y muy respetado, pide la palabra en una de las reuniones. Se expresa con mesura, consciente de que aquellos hombres se están dejando llevar por un desmedido optimismo. Habla despacio, con seguridad y sabiduría:

—Amigos, hermanos: existen muchas posibilidades de que nuestro plan fracase. Debemos volver a la realidad y entender que es probable que Augusto, como bien recordáis muy amigo de Herodes, ratifique el testamento del rey y, entonces, legitimado Arquelao en el trono de Israel y apoyado por los romanos, nuestras propuestas sean consideradas como alta traición y vuelva a recaer sobre nosotros una represión terrible y mortal. Ante semejante perspectiva, propongo buscar una alternativa en caso de que nuestra propuesta de someter a Israel a la administración directa de Roma, aunque bajo las normas consuetudinarias del pueblo judío, sea rechazada por el César. Si Augusto decide ratificar el testamento de Herodes y permitir que Israel siga gobernado por un monarca —continúa Jeconías—, propongo que apoyemos a Antipas frente a Arquelao. Conozco a los dos hermanos y considero que Antipas será un rey más tolerante y permisivo que su hermano mayor.

Los conjurados se sorprenden y asienten en parte a las palabras de Jeconías, aunque siguen empeñados en su primer plan y eligen allí mismo a los nuncios que viajarán a Roma para exponer sus demandas ante Augusto. El sumo sacerdote dispone el dinero necesario para sufragar el viaje; lo extrae de los tributos que se reciben en el Templo, pues considera que aquélla es una misión sagrada en la que está en juego el futuro del pueblo judío.

Porque es en Roma donde se juega el destino; y no sólo el del pueblo de Israel.

Los representantes de las ciudades con mayoría de población de origen griego en el viejo reino de Herodes también se mueven. Los magistrados de la región de la Decápolis, más los de Ptolemaida y Cesarea, dudan de las intenciones del régimen que se avecina sobre ellos si Arquelao es ratificado por Augusto. Durante el reinado de Herodes han podido vivir según sus propias costumbres, pero recelan de las intenciones de sus hijos. Se reúnen y adoptan una decisión semejante a la de los judíos.

Por ello envían su propia delegación ante Augusto con un memorándum en el que exponen las reclamaciones oportunas para que sean respetados sus derechos. Alegan que de ninguna manera quieren someterse a la jurisdicción judía, y se quejan de que por su origen griego están sufriendo continuas vejaciones y malos tratos. Protestan por tener que vivir reclusos entre muros, por ser tratados como perros inmundos y por ser rechazados al considerarlos una raza impura. Defienden el espíritu de la religión de los helenos y su sentido de la tolerancia hacia cualquiera de los cultos que se practican en el Imperio bajo la protección del César, y protestan contra los que quieren imponer una religión única y excluyente.

Arquelao ya sabe a qué atenerse. Dos embajadas, una de los judíos rebeldes y otra de los griegos descontentos, se presentan en Roma, y ambas quieren exponer sus reivindicaciones, tan contrarias a sus intereses, ante el emperador.

Si Augusto se entera de semejante baile de proclamas, reivindicaciones y protestas, el trono de Arquelao peligrará de verdad. Piensa que todos están contra él.

—¡Malditos sean todos! ¡Caiga fuego del cielo sobre ellos! —exclama Arquelao.

Nicolás, siempre prudente en sus consejos, trata de calmarlo.

—No puedes enfrentarte contra todos, mi señor, porque perderás. Tus enemigos son demasiado numerosos y los intereses de algunos de ellos son coincidentes. No te queda más remedio que centrarte en luchar por lo que puedas conservar. Olvida a las ciudades griegas de tu reino y renuncia a ellas; que se rijan por sí mismas si son capaces, o que las gobierne un legado de Roma, o que se vayan directamente al infierno. Y procura llegar a un acuerdo con los fariseos, con tu hermano Antipas y con tu tía Salomé. Haz que tus decisiones sean sólo para el pueblo judío, conviértete en su jefe, en su guía, en su referente imprescindible.

—Tu consejo es sabio, como de costumbre —reflexiona Arquelao—. Prepara un escrito en el sentido que estimes oportuno. Lo enviaré a Augusto de inmediato.

—Ésta es la mejor manera de desactivar cuanto se nos viene encima. Augusto no desea problemas en Oriente y necesita a alguien que se los resuelva. Ése debes ser tú, señor.

Arquelao busca entonces el acuerdo con Antipas en un encuentro cara a cara, cargado de tensión. Pero éste, una vez que sus planes han quedado bien patentes a los ojos de su hermano, se niega a cualquier componenda. Irineo lo aconseja y le sugiere que

se mantenga firme. Le dice que cuenta con más apoyo que su hermano y que Augusto acabará cediendo a la evidencia y lo nombrará rey.

Pese a la negativa de Antipas para alcanzar un consenso, Nicolás prepara el escrito en el que Arquelao comunica a Augusto que, en la búsqueda de la paz en Israel, renuncia a la soberanía de las ciudades helénicas de la Decápolis y de Ptolemaida, y que espera ser ratificado como rey de los judíos, tal cual se contempla en el testamento de su padre. También decide que con Salomé no hablará de momento, pues intuye con claridad que su tía se unirá a la posición de Antipas.

Parece como si todas las complicaciones del mundo estallaran de pronto, pero aún falta otra más. Increíblemente, Filipo, el hermano que gobierna el país en ausencia de Arquelao, contraviene las órdenes recibidas y también se presenta en Roma. Lo hace alegando que desea apoyar los derechos de Arquelao, pero ha sido el legado de Siria, el astuto y poderoso Quintilio Varo, quien le ha sugerido que le conviene que Augusto sepa que él también existe. Cuando el emperador proceda al reparto de Israel, le interesará estar cerca, y así es más probable que le toque una buena parte del pastel.

Al encontrarse con Filipo en Roma, Arquelao sufre un nuevo ataque de cólera, pero no tiene más remedio que aceptarlo, pues, en el fondo, y aunque también duda de él, es quizá el único apoyo que le queda en la familia, al menos por el momento.

Y entre tanto, con toda la prole de Herodes desplazada a Roma, con los hermanos disputándose agriamente el trono y con el pueblo judío convulsionado y revuelto, nadie guarda el sagrado solar de Jerusalén.

A los oídos de Augusto llega la noticia de que decenas de delegados judíos aguardan ser recibidos y que esperan aburridos, distribuidos por las casas de los ocho mil compatriotas que constituyen la comunidad hebrea de la ciudad. Ante tantas peticiones, tantos requerimientos y con medio Israel paseando por las calles de Roma, Augusto decide no esperar más. Dada la complicada situación en Germania, quiere solventar el enojoso asunto de los judíos cuanto antes.

El emperador encomienda a sus consejeros que los entretengan como mejor se les ocurra, que los acompañen al teatro, a los juegos del circo o a los combates de gladiadores en la arena. Pero los delegados judíos se niegan a participar en semejantes espectáculos; dicen que echan de menos las visitas al Templo, la oración ante su altar y la presencia misteriosa del reservado Tabernáculo. Nada parece despertar el interés de aquellos extraños tipos, sólo preocupados por honrar a su dios y cumplir sus leyes y sus ritos, ni siquiera el colorista ajeteo de las siempre tumultuosas calles de Roma, cuyo perímetro crece día a día con nuevos barrios y cuya grandeza se incrementa con prodigiosos monumentos.

La delegación farisea, cansada de esperar, remite a Augusto un segundo memorándum. Es más completo y más contundente que el anterior. En este segundo

envío se especifica con mayor claridad el rechazo del pueblo de Israel, del que se consideran como los únicos representantes legítimos, a que los hijos de Herodes hereden el trono.

Augusto cavila y pasea por el jardín de su palacio mascullando; vacila sobre qué hacer con ese pequeño pero díscolo pueblo, al que considera poco más que una jaula de impertinentes grillos que no deja de incordiarlo, y reflexiona sobre cómo resolver el embrollo sucesorio.

Livia se acerca; la anciana emperatriz sabe cuándo necesita uno de sus atinados consejos.

—¿Qué te preocupa, esposo? —le pregunta.

—¡Otra vez esos condenados judíos! Como si no tuviera cosas más importantes de las que ocuparme.

—Debes resolver esta situación de una vez.

—¿Y tienes alguna idea de cómo he de hacerlo? ¡Qué ingenuo!, claro que la tienes; tú siempre sabes qué resolución tomar en estos casos.

—Olvídate del testamento de Herodes. Su figura fue única e irrepetible. Nos sirvió bien mientras vivió, pero ahora ninguno de sus hijos tiene su categoría ni su sentido de la lealtad al Imperio. Lo que ha servido hasta ahora, ya no sirve. Haz lo que te piden los embajadores fariseos, olvida la voluntad de Herodes y declara a Judea una provincia más del Imperio.

—Soy el César y empecé mi palabra. Juré que respetaría la voluntad de mi viejo amigo Herodes, y así se lo hice saber. Debo cumplirla; se trata de una cuestión de honor.

Livia tuerce el gesto evitando que Augusto, que está entretenido ante un parterre de flores, perciba su malestar.

—Como decidas, esposo, pero te ruego que no dilates esta cuestión más allá de lo necesario. Por lo que sé, en Palestina todos están descontentos: los fariseos, los saduceos, los griegos de la Decápolis, los hijos de Herodes..., y eso no es bueno para la tranquilidad de la región.

—Estás bien informada de lo que ocurre en ese polvoriento rincón.

—Nuestra amiga Salomé, la hermana de Herodes, me ha puesto al corriente. Ya sabes que también está aquí. Vino acompañando a su sobrino Arquelao.

—Una mujer muy astuta. Coincido contigo en que si los judíos fueran un pueblo sensato, dejarían que fuera ella quien los gobernara. Les irían mucho mejor las cosas.

—Pero ya sabes, esposo, que los judíos son reacios a que las mujeres se entrometan en los asuntos públicos.

—Bien, me tomaré un par de semanas más y resolveré este engorroso asunto, aunque sólo sea para quitarme de encima de una vez a estos desharrapados e impertinentes judíos.

Finalmente amanece el día que nunca iba a llegar. Todas las delegaciones, tanto judías como griegas, son citadas a la vez, el mismo día y a la misma hora ante el César.

A primera hora de la mañana los judíos van llegando al palacio imperial y, tras ser cacheados, por si alguno ha cometido la imprudencia de esconder algún arma entre sus ropas, son conducidos por los guardias al enorme salón de embajadores, presidido por un sillal de mármol con cojines de seda púrpura. La decoración de la sala es bastante austera, muy del gusto del César, con las paredes de piedra casi desnudas, sólo interrumpidas por un par de hermosos tapices con figuras de elefantes bordadas con hilo de oro, regalo de un príncipe indio, y varios bustos de ilustres ciudadanos romanos de la época republicana, entre los que destaca uno del viejo Catón.

El suelo, un pavimento de grandes losas de mármol combinadas según un delicado dibujo geométrico y una compleja disposición cromática, brilla como recién pulido, y en algunas zonas se reflejan las imágenes como en un estanque de aguas límpidas.

Junto al trono, y una vez colocados los judíos en los lugares que les indica el maestro de ceremonias, se ubican los soldados de la Guardia Imperial, con sus relucientes uniformes de gala, y los consejeros y secretarios. A ambos lados del trono, dos signíferos portan sendos estandartes con las insignias imperiales.

Mientras esperan la presencia de Augusto, los convocados se observan con recelo. A la derecha del trono están colocados los tres hijos de Herodes, Arquelao, Antipas y Filipo, y entre ellos Salomé y el resto de la familia, y un poco más allá los consejeros Nicolás y Ptolomeo, siempre atentos a cuanto sucede a su alrededor; y en el lado izquierdo, los delegados de los fariseos y los de las ciudades griegas del norte de Galilea, a cuyas espaldas se han desplegado dos docenas de guardias.

Al fin, Augusto entra con paso firme, pese a que ya ha superado los sesenta años, con la solemnidad de quien se sabe el dueño del mundo. Viste la túnica púrpura imperial y calza unas sandalias doradas. Hace algún tiempo que su espalda ha comenzado a encorvarse bajo el peso de la edad y las responsabilidades. Quienes de entre los presentes nunca antes lo han visto se sienten un tanto defraudados. Esperaban encontrarse ante un hombre colosal, pero el emperador es un anciano que no destaca por su altura, resulta algo bajito, ni por lo imponente de su cuerpo, ni por ninguno de sus rasgos; tiene los dientes pequeños y desiguales, el cabello que antaño fuera rubio oscuro y algo rizado está casi completamente cano y es escaso, los ojos demasiado juntos, la nariz aguileña y puntiaguda, las cejas muy pobladas... Pero de su figura irrelevante emana una especie de halo de poder que lo envuelve como una bruma invisible. ¿Será verdad que es hijo de los dioses?

A su lado avanza su esposa Livia, siempre con su actitud mayestática y altiva, la espalda recta, los hombros elevados, el rostro impassible, como una estatua griega de mármol.

El César camina hasta el trono, se gira hacia los asistentes, los mira y se sienta con estudiada lentitud, mientras su esposa lo hace en una silla a su derecha. Un secretario se

acerca con reverencia y le susurra algo. El emperador asiente, y entonces el secretario habla en voz alta:

—Cayo Julio Octavio César Augusto, pontífice máximo y padre de la patria romana, *imperator* y cónsul, os ha convocado, nobles representantes del pueblo judío, para escuchar vuestras demandas. Es la voluntad del pueblo y el Senado de Roma que el conflicto que ha estallado en Judea se resuelva a satisfacción del pueblo judío y del buen gobierno de la República.

A pesar de que Augusto se comporta como el soberano del Imperio, todavía le gusta presentarse como el gobernante de la desaparecida República, que él mismo liquidara hace años.

—No es mi intención demorar por más tiempo este asunto, de modo que escucharé las alegaciones de las partes y decidiré, tal cual me corresponde según el tratado acordado entre Roma y el rey Herodes, mi amigo —dice Augusto ante un expectante silencio; y luego se dirige al secretario para que anuncie el turno de los intervinientes.

—En primer lugar, tiene la palabra la delegación de Jerusalén enviada por el pueblo de Israel.

Al oír aquellas palabras Arquelao aprieta los dientes. Allí están los supervivientes de la revuelta de los fariseos, otra vez dispuestos a rebatir su autoridad.

Un hombre maduro de rostro enjuto, muy delgado, alto y un tanto desgarbado, vestido con ropas humildes pero decentes, se adelanta del grupo de la izquierda y avanza hasta el centro de la sala, donde le indica el secretario. Se detiene, inclina levemente la cabeza ante Augusto y espera, tal cual le han explicado antes de comenzar la audiencia, a que el César le conceda permiso para hablar.

—Agradezco, oh, César, que nos hayas permitido acudir a esta audiencia y celebro tu benevolencia, gobernador de todo el orbe, al escucharnos. Actúo como delegado del pueblo judío, comisionado por los sabios doctores y los venerables sacerdotes de nuestra Ley para exponerte nuestras demandas. Israel es una nación pacífica que desea seguir viviendo en la tranquilidad de sus costumbres y en armonía con Roma, pues compartimos contigo el anhelo de paz.

»Pero no queremos que la tiranía siga dominando a nuestro pueblo. Durante el reinado de Herodes, a quien algunos llaman *el Grande*, su gobierno actuó de manera despótica hacia los judíos. Sus decisiones fueron muy perjudiciales para nuestro pueblo: se comportó más como un tirano que como un rey, redujo a nuestras gentes a un grave estado de necesidad, dilapidó los bienes confiscados a los notables de nuestra nación, ejecutó a muchas personas sin otro motivo que su recelo y privó de sus fortunas a cuantos se le antojó en su exclusivo beneficio. Parecía que buscaba más la destrucción de Israel que su bienestar y su ventura, como debe hacer todo buen gobernante. Herodes se preocupó de embellecer las ciudades vecinas, habitadas por extranjeros griegos y árabes, en tanto descuidaba y procuraba la ruina de las nuestras. Su sangre ni siquiera era hebrea pura, pues estaba mezclada con la de los árabes nabateos.

»Tampoco mantuvo una vida privada propia de un rey ejemplar. En sus palacios se cometían todo tipo de depravaciones y pecados. No contento con desposarse con varias mujeres, una costumbre que ya no está en uso, utilizó a cuantas le apetecían por su capricho, y no reparaba en que fueran solteras o casadas. Ni siquiera se detuvo ante la honra de vírgenes doncellas, a las que desfloró y violó en atención a su pecaminosa lujuria, a veces en presencia de sus padres y hermanos. Centenares de familias todavía lloran por las afrentas e injurias cometidas con ellas por este lascivo y voluptuoso soberano.

»Herodes, un ser cruel y maléfico que sembró la semilla del odio entre sus propios hijos y renegó de ellos —el nuncio continúa su alegato con voz firme y cada vez más entusiasta—, ha sido el gobernante más ominoso que ha sufrido nuestro pueblo en toda su historia. Su reinado hizo más daño que la cautividad de Babilonia y sus efectos pueden ser aún más devastadores si consientes que sus hijos continúen con su reinado de terror y maldad. Arquelaos, su heredero, lo ha demostrado en la primera de las ocasiones que se le ha presentado, al ordenar el asesinato de miles de inocentes judíos en la explanada del Templo. Su sangre, derramada sobre las sagradas losas de nuestro santuario, clama justicia.

»Por ello —el embajador asiente a una indicación del secretario para que vaya terminando su intervención—, nos postramos ante ti y te solicitamos, oh, César, que promulgues la disolución de la realeza del linaje de Herodes y que proclames que Judea deja de ser un reino para convertirse en una provincia del Imperio de Roma, pero en la que regirán las leyes y costumbres ancestrales del pueblo de Israel. El nuestro será un pueblo fiel a Roma, si Roma nos permite mantener la ley de Moisés y practicar el culto a Dios Nuestro Señor.

»Te rogamos, excelentísimo príncipe, que consideres justificada nuestra voluntad de vernos libres de semejante tiranía, del gobierno de esta mala estirpe herodiana. Agréganos a la actual provincia de Siria y nombra sobre nosotros justos gobernantes. Nuestro pueblo, a fuerza de desengaños, ha aprendido a ser paciente, a comportarse con moderación y modestia, y a afrontar las calamidades de la fortuna con la serenidad de nuestras tradiciones. Te aseguro que sabemos comportarnos como buenos súbditos cuando quien nos gobierna lo hace con justicia y sosiego. —El portavoz se detiene unos breves instantes, como para recibir el ánimo de sus correligionarios, y concluye solemnemente—: El pueblo judío es el más pacífico de la Tierra, y debes permitir que su destino, aun dentro del Imperio, se rija por las leyes ancestrales que inspiraron nuestros reyes y profetas. Tu ilustre padre, el recordado Julio César, así lo consintió al autorizar el gobierno de Hircano, a quien convirtió en etnarca y sumo sacerdote; e incluso permitió que se reconstruyeran los muros de Jerusalén, derribados en tiempos de Pompeyo. Si accedes a nuestras justas demandas, no te arrepentirás, te lo aseguro, César.

Finalizado tan quejumbroso alegato, el larguirucho embajador se inclina de nuevo ante Augusto y se retira a su lugar, donde sus compañeros lo reciben con muestras de

contenida satisfacción.

Justo enfrente, Arquelao y Antipas lo observan con los rostros severos y el ceño fruncido. La intervención del jefe de los rebeldes fariseos resulta brillante y Augusto aparenta cierta atención; incluso ha parecido que asentía en algunos momentos del discurso. El eco de aquellas palabras resuena como puñaladas bajo los techos de la sala de audiencias del palacio.

Salomé, que se mantiene en una discreta posición, tiene su corazón dividido. Ella desea que Roma se haga cargo del gobierno directo de Judea, pero como una provincia independiente, no como un mero apéndice de Siria; pero, a la vez, se siente ofendida por las descalificaciones que el orador acaba de verter contra su hermano Herodes y contra el resto de su familia. Le gustaría hablar, decir lo que piensa y soltar de una vez cuanto lleva dentro; pero calla.

El silencio es tan espeso que pesa en los oídos de los asistentes en la curia de Augusto. El emperador sabe que tiene en su mano la decisión sobre el futuro de un pueblo, pero no le abrumba semejante responsabilidad. Está acostumbrado a regir el destino de naciones enteras, no en vano es señor absoluto y su palabra constituye la máxima ley.

Mientras todos aguardan la intervención de Augusto, el César calla. Mira a los congregados en la sala y reflexiona sobre el alcance que va a tener cuanto decida. A pesar de sus promesas al difunto Herodes, lo que desea en el fondo de su alma es convertir a Judea en una provincia romana, pero sin las condiciones que piden los fariseos, y tratarla como una más de las muchas que ya integran el Imperio, sin tener en cuenta la petición de otorgar a los judíos un estatus privilegiado dentro de los dominios de Roma. Lo ha hablado con Livia, su más cercana consejera, que se mantiene hierática como una estatua, y ambos han convenido que no se pueden hacer distinciones ni conceder privilegios dentro del Imperio a ningún pueblo, pues eso acarrea comparaciones insoportables y rompe la unidad de aplicación del Derecho romano. Ser romano consiste en ser igual a cualquier otro romano en cualquier lugar del Imperio.

El silencio de Augusto se extiende como una pesadilla para todos, pero al fin el viejo Nicolás de Damasco, que es consciente de cuánto se está jugando en aquella audiencia, decide intervenir. Da un paso adelante y alza su mano derecha.

Augusto lo mira; sabe quién es, y con un gesto de su mano le permite hablar.

—César, todas las acusaciones que acabo de escuchar, dirigidas contra Herodes y sus hijos, son inconsistentes, y los crímenes que se les achacan, una pura fabulación. Herodes ya no se puede defender, pero yo estuve todos estos últimos años a su lado y sé bien cuál fue su comportamiento como soberano de Israel. Pero antes de desmontar esas falsas acusaciones y de demostrar la inocencia del rey Herodes y de su heredero Arquelao, me gustaría resaltar las tremendas contradicciones que acabo de escuchar en el discurso del portavoz de los rebeldes.

»Quiero recordar aquí, ¡oh, príncipe de Roma!, la flaca memoria de algunos que dicen hablar en nombre de todo el pueblo judío y de sus intereses. Ese mismo pueblo, en siglos pasados, rogó a nuestro Dios que le otorgara un rey a fin de que los judíos no fuéramos menos que el resto de las naciones de la Tierra. Dios así lo hizo, y obró bien porque Israel jamás fue tan grande, poderoso y próspero como en tiempos de sus reyes David y Salomón. Pues bien, sólo en otra ocasión volvimos a alcanzar semejante gloria: durante el reinado de Herodes el Grande, digno y magnífico sucesor de David. Con Herodes, nuestro pueblo ha sido respetado y temido, y ha alcanzado un lugar destacado entre las naciones; tú, César, eres fiel testigo de ello, no en vano mantuviste tu amistad y tu apoyo a mi rey y señor.

»El gobierno de Herodes significó un período de paz y prosperidad para Israel como nunca antes se había conocido, y en todo el tiempo de su reinado triunfó la justicia en todas las ciudades y aldeas del territorio bajo su mando. Fue un hombre justo. ¿Acaso llegó a tus oídos, ilustre César, una sola denuncia sobre sus acciones? ¿Alguien acusó a Herodes, alguna vez en su vida, de comportarse como un tirano sin escrúpulos, como un gobernante cruel y sanguinario? No, porque no lo fue.

El anciano Nicolás continúa desmontando uno por uno los argumentos de los embajadores judíos contra el linaje de Herodes y, a continuación, hace ver que el proceder de Arquelao contra los revoltosos del Templo constituye un ejemplo de paciencia, contención y mesura, forzado sólo por unos violentos fanáticos que rechazan cualquier intento de negociación. Naturalmente, de la posible conversión de Judea en una provincia romana no dice palabra alguna. Y concluye:

—Los delegados de los fariseos aquí presentes no son otra cosa que alentadores de revueltas, gentes ansiosas de promover tumultos, que se presentan ahora como víctimas candorosas cuando son culpables de alterar la necesaria paz y la buena convivencia de los judíos. Ellos, que iniciaron por su cuenta el camino de la sangre, se esfuerzan en aparentar la inocencia de los corderos. Pero sé que tú, como soberano que dominas todo el mundo, no te dejarás engañar por sus desentonados balidos.

Augusto, pensativo, mira a Livia y luego a Salomé. Si quiere que sus deseos se conviertan en realidad, éste es el momento preciso para que la hermana de Herodes hable. Si ella aboga por el paso de Israel a la soberanía de Roma, es probable que Augusto acceda.

Pero Salomé ni siquiera hace ademán de adelantarse para intervenir. La princesa renuncia a tomar partido en público. Observa el rostro del César y opta por no pronunciarse. Cree que lo más sensato es esperar a que se desencadenen los acontecimientos. La princesa judía está segura de que Livia le ha contado a su esposo lo que ella le reveló en su visita al palacio imperial, y concluye que a Augusto no le ha gustado su propuesta. Piensa que, en caso contrario, el emperador la hubiera buscado con la mirada en algún momento de la audiencia y le hubiera hecho un gesto cómplice. Pero nada de eso ha ocurrido, de modo que Salomé concluye que lo más prudente en todo este

juego de intrigas es mantener la boca cerrada y no cometer ningún error del que arrepentirse.

El César hace un gesto a su secretario, que se acerca solícito. No tiene intención de escuchar más arengas; los argumentos expuestos por los embajadores judíos no son sino reiteraciones de los memorándums que le han enviado en los días previos a esa audiencia. Con algunas muecas de aburrimiento, el César alza su mano y habla:

—Delegados del pueblo judío, os he atendido con mucha paciencia, y voy a dar clara respuesta a una de vuestras peticiones. Tras leer el testamento de mi amigo el rey Herodes, escuchar la opinión de miembros ilustres del Senado de Roma y estudiar vuestras alegaciones, proclamo que Judea no será una nueva provincia romana.

Un murmullo de júbilo se extiende entre los miembros de la familia herodiana. Arquelaos, hasta entonces tenso como la piel de un tambor, estalla de alegría y en su cara se dibuja una inmensa sonrisa. Los embajadores fariseos, por el contrario, se derrumban, y en sus rostros se manifiesta el más profundo desencanto; algunos no dudan en apretar los puños e incluso en ocultar tras sus manos la decepción contenida en sus ojos. Salomé, sin embargo, permanece impassible, sin mover un músculo.

—Judea seguirá siendo un reino amigo y aliado del pueblo romano —prosigue Augusto tras aguardar unos instantes a que se serenen los ánimos por la impresión de lo anunciado—, y Galilea y Perea continuarán siendo una tetrarquía. De las ciudades griegas del norte de Israel me ocuparé más tarde. Y en cuanto al futuro rey de Israel..., tampoco voy a pronunciarme todavía. Me tomaré algún tiempo para dirimir la cuestión del heredero de Herodes. Esto es todo.

Augusto se levanta del trono y mira a Livia, que continúa tan inmutable como una estatua, aunque parece aceptar la decisión de su marido. Y mientras éste se marcha de la sala de audiencias, todos cuantos allí permanecen se miran desorientados.

Quienes creían cercana la creación de la provincia romana de Judea y con ello el fin de la dinastía de Herodes resultan desilusionados, y ahora recelan de lo que pueda hacer con ellos el nuevo rey; tal vez sean perseguidos y eliminados.

Los hijos de Herodes, que aguardaban un espaldarazo por parte del César, se quedan sin la completa ratificación del testamento de su padre. Sin ese requisito, el trono de Israel sigue legalmente vacante y el conflicto familiar, más abierto que nunca.

Salomé reflexiona deprisa y concluye que las dudas de Augusto sólo pueden deberse a que está pensando en Antipas como nuevo rey, de modo que, como ya le prometiera a su sobrino, debe mantener su apuesta por él, pero guardando una absoluta discreción.

Antipas, que ya veía a su hermano ratificado como rey, respira aliviado, y cree con firmeza que sus opciones al trono son ahora más fuertes que nunca.

Por el contrario, Arquelaos se ensombrece; esperaba ser proclamado rey en ese mismo momento y por el mismísimo emperador, pero esa dilación lo deja sumido en la más absoluta de las desconfianzas.

Augusto ha hablado, y no existe apelación posible a sus designios; el tiempo quizá corra a su favor, pero Judea sigue sin rey, como si ese trono estuviera marcado por una funesta maldición.

SABINO EN JUDEA

Entristecidos por la derrota, los delegados de los fariseos y de los amigos del sumo sacerdote emprenden cabizbajos el retorno a Judea, mientras los hermanos aguardan impacientes el nuevo y decisivo emplazamiento del emperador para defender sus causas. También regresa a su hogar la mayoría de la delegación griega, pero los que permanecen en Roma albergan buenas esperanzas.

Mientras, en Palestina, el ansia de venganza de los partidarios de Judas y Matías no se ha mitigado; por el contrario, se ha incrementado tras haberse marchado también Filipo a Roma, lo que proporciona alas a los partidarios de promover disturbios contra los hijos de Herodes y contra los propios romanos.

Quintilio Varo, legado de Roma en Siria, recibe confusas noticias de lo que está pasando en Judea e intuye que en cualquier momento podría desencadenarse una revuelta general. Los judíos están sin rey y divididos; por un lado, saben que los herederos de Herodes están enfrentados y mendigando en Roma sus derechos al trono, y por otro, el miedo a las represalias de los romanos los mantiene inactivos..., de momento.

Desde Antioquía, en el norte de Siria, el legado imperial no puede ocultar a sus consejeros que se siente inquieto. No entiende a ese pueblo de pastores y sacerdotes, siempre atentos a las señales que su dios envía a través de lunáticos profetas, para él personajes tan extraños. Preocupado, ordena llamar a su presencia a Marsilio, uno de los tribunos, y le transmite que se debe evitar por todos los medios que la situación en Judea se deteriore y se ponga en peligro la estabilidad de toda la región. El César jamás lo perdonaría.

—He considerado que lo más prudente será enviar una legión a Judea y establecer un campamento permanente en las cercanías de Jerusalén para que se despliegue en previsión de cualquier desorden.

—Como dispongas, legado.

—¿Estás de acuerdo con mi decisión?

—Por supuesto; lo que ordenas es lo correcto en estas circunstancias.

—En ese caso, una legión debe desplazarse a Judea cuanto antes.

—¿Cuál de las cuatro que disponemos?

—La III Gálica está desplegada en la frontera del Éufrates, y ahí debe permanecer. Enviaremos a la X Fretensis; esa legión fue formada por el propio Augusto en recuerdo y homenaje de la favorita de su padre adoptivo Julio César. Eso placera al emperador.

—¿Y qué hacemos con las otras dos?

—La mitad de las cohortes de la XII Fulminata y la VI Ferrata permanecerá en sus acuartelamientos de Mitilemne y Samosata; el resto se mantendrá alerta por si fuera necesaria su intervención. Considero que con una legión será suficiente para apaciguar las ínfulas de esos tercios judíos. Nadie moverá un solo dedo mientras permanezcan allí nuestros legionarios.

El tribuno obedece al punto, y la compleja pero bien engrasada maquinaria de la legión se pone en marcha en menos de tres días.

Varo no se equivoca. En cuanto la X Legión llega a Jerusalén, los ánimos de los más exaltados revoltosos se calman ante la presencia del estandarte de la Fretensis, que luce orgulloso el toro de Venus bordado en oro sobre tela púrpura. La demostración de fuerza de Roma parece suficiente para desactivar cualquier intento de revuelta. La disciplina, la capacidad de desplazamiento y la preparación de los legionarios impresiona a los judíos, que dudan sobre las posibilidades de un alzamiento contra semejante poderío.

Y así hubiera sido de no mediar la torpeza de Sabino, el procurador financiero.

La Administración imperial envía desde Roma, investido con plenos poderes, a este personaje para evaluar los bienes que ha dejado Herodes. El fisco romano no se fía de la tasación realizada por los judíos y comisiona a este alto funcionario para que supervise los documentos e inspeccione las propiedades declaradas en el codicilo anexo al testamento del monarca. Su misión es tasar uno a uno los palacios y fortalezas propiedades de la corona, evaluar el Tesoro real y, una vez detraídas las cantidades legales debidas a la Hacienda imperial, entregar los bienes restantes a quien Augusto designe como heredero.

El ecónomo imperial es un tipo bajito, de figura rechoncha y ademanes estrafalarios. El desorden de sus vestidos no se corresponde con la dignidad debida a un alto funcionario del Imperio a quien Augusto ha conferido poderes absolutos para resolver los asuntos económicos de la realeza judía. De rostro redondeado y carrillos gordezuelos, Sabino tiene unos ojos pequeños aunque vivaces, la barba desaliñada y rasurada sin esmero, lo que le confiere un aspecto aún más descuidado, casi rayano en la suciedad. Habla mucho, y lo hace de manera nerviosa aunque con agilidad retórica, y mientras parlotea se mueve sin cesar, siempre dando órdenes e impartiendo instrucciones a sus subordinados.

Nada más desembarcar en el puerto de Cesarea, Quintilio Varo lo recibe con todos los honores debidos a un ministro plenipotenciario de Augusto y lo pone al corriente de la situación.

—Debes proceder con toda cautela —insiste el legado de Siria una y otra vez—. Estos judíos muestran una extrema sensibilidad cuando están por medio sus leyes y sus costumbres nacionales.

—No pueden estar por encima de las de Roma —alega Sabino.
—Así es, pero procura no contrariarlos en cuestiones que afecten a su religión.
—Ya. He oído que creen en un solo dios, pudiendo tener varios... ¡Serán idiotas!
—Así es como entienden la vida, de manera que lo más prudente es dejarles que recen al dios que estimen más oportuno, sea uno solo o una docena —le aconseja Varo.
—Deberán mostrar sumisión a Roma —asienta Sabino.
—Por supuesto. Pero, respetando sus creencias, le ha ido muy bien al Imperio hasta ahora. Y espero que todo siga igual, pues en caso contrario tendríamos graves problemas.
—¿Problemas?
—Ya sabes: protestas en las calles, revueltas en las ciudades, levantamientos...
—Nuestras águilas están en condiciones de sofocar cualquiera de esas amenazas, supongo.
—En efecto, pero el César desea que reine la calma —precisa Varo.
—Así será.

Sabino hace caso omiso de los consejos del legado de Siria. El enviado de Augusto cree que, con la ausencia de un gobierno efectivo en Judea, sus habitantes están confusos y desorientados, que son incapaces de organizarse..., ni siquiera para provocar disturbios. Entiende que el río está revuelto y que es el momento propicio para conseguir una buena pesca. De manera que considera que al realizar el inventario de los bienes reales nadie se preocupará por si algunas monedas, un buen montón de ellas en realidad, se deslizan hasta su bolsa y engrosan su hacienda. El ecónomo ha hecho en los últimos tiempos algunos negocios en Italia en los que ha resultado muy perjudicado, de manera que necesita dinero para cubrir sus deudas..., y ahora lo tiene al alcance de su mano. Se encomienda a Mercurio, siempre dispuesto a ayudar a los mercaderes que le piden favores a cambio de algunas libaciones, pero los oídos del dios permanecen sordos, de modo que se ve obligado a recurrir a otros recursos más mundanos pero también más fructíferos y seguros.

El legado se despide y retorna a Antioquía, dejando una cohorte como escolta de Sabino, que decide trasladarse de inmediato a los palacios que fueran del rey Herodes para hacer el inventario. Seiscientos soldados, los legionarios integrantes de la cohorte, más los que vienen con él desde Roma y algunos mercenarios libios y cirenaicos, son una fuerza más que estimable. Con sus poderes en la mano y amparado por ese pequeño ejército, decide que todas las propiedades reales de Judea queden bajo su exclusiva jurisdicción en tanto el emperador no decida otra cosa.

Su primer destino es Jericó. Allí se presenta y conmina al comandante de la fortaleza a que la entregue de inmediato. Muestra como signo de autoridad las insignias imperiales que le ha entregado Augusto y su nombramiento como ministro

plenipotenciario. El comandante, que ignora el protocolo utilizado por Roma en esos casos, desconfía y se resiste.

—Arquelao, y luego Filipo, me han encomendado que custodie este lugar y todos sus bienes hasta que uno de los dos regrese —clama el comandante desde lo alto de la puerta de la ciudad ante las exigencias de Sabino.

—Entrega la ciudad y el palacio ahora mismo u ordenaré a mis soldados que lo arrasen todo sin piedad —ordena Sabino.

Al fin, el comandante cede y abre las puertas de Jericó a los romanos.

Sabino se dirige a toda prisa a la cámara del Tesoro. Nada escapa a su minucioso examen, y a la vez permite que sus soldados practiquen algunos actos de pillaje, lo que provoca un insoportable malestar entre los habitantes de la ciudad, indefensos ante el abuso de semejante fuerza militar.

Las noticias de lo que está aconteciendo en Jericó llegan pronto a Jerusalén. Se rumorea que los soldados de Sabino violan a algunas mujeres. Hay quien asegura que interminables reatas de mulos cargados con todo tipo de bienes incautados se dirigen camino del puerto de Cesarea, donde esperan barcos prestos para llevárselos a Roma. Conforme se extienden los rumores, los ánimos se encrespan. Y más aún cuando Sabino decide repetir su actuación en las fortalezas de Alexandreion, cercana a la ribera del río Jordán, que significa ‘El que baja’, y en la de Herodión, donde está enterrado Herodes.

—Los romanos ni siquiera respetan la tumba de nuestro rey —claman algunos judíos en mercados y plazas, indignados ante los relatos de viajeros que aseguran haber visto caballerías y decenas de carros cargados hasta los topes y cubiertos con lonas dirigiéndose hacia Cesarea.

El siguiente objetivo del insaciable Sabino es Jerusalén. En la ciudad hay varios palacios reales protegidos con potentes muros y grandes torres con barbacanas y, sobre todo, ahí está el Templo, que atesora riquezas legendarias. Se dirige al campamento donde se acantona la legión X Fretensis y se presenta ante el tribuno. Le muestra el documento sellado por el propio Augusto, que lo hace depositario de sus mismos poderes imperiales, y le conmina a que abandone esa posición.

—La legión acampada en las afueras de Jerusalén debe trasladar sus reales al palacio de Herodes dentro de la ciudad —le insta sin darle opción a réplica—. Como procurador de Augusto, voy a residir allí. Las torres más cercanas al Templo también serán convenientemente ocupadas por nuestras tropas.

—Como ordenes.

El tribuno cree que la decisión de Sabino es un tremendo error, pero como militar está acostumbrado a obedecer a sus superiores y acata sus órdenes sin rechistar.

Horas después, los legionarios comienzan el traslado al interior de la ciudad, ante el asombro de los ciudadanos de la capital, que sienten una mezcla de humillación y violación de sus costumbres. Aquello es lo más parecido a un sacrilegio en la Ciudad Santa.

—No debemos tolerar esta afrenta —claman—, están mancillando la ciudad; están convirtiéndola en impura.

Se sienten humillados y bisbisean en secreto su indignación. Los más combativos tratan de convencer a los más remisos para que todos se pongan de acuerdo en rechazar esa insoportable muestra de profanación y altanería por parte de los romanos.

—Esto es inaudito, si consentimos que los romanos se apoderen de Jerusalén, volverán de nuevo los tiempos de la cautividad de Babilonia, y quién sabe si incluso dejaremos de existir —alegan unos.

—Si permitimos que nos avasallen de esta manera, estamos firmando nuestro fin como pueblo —exclaman otros.

—Dios nos ha abandonado, nada podemos hacer ante sus designios —lamentan los más pesimistas.

—Organicémonos. Dios no nos ayudará si antes no nos ayudamos nosotros mismos; si defendemos la ciudad sagrada y el Templo, Dios estará de nuestro lado; somos el pueblo elegido, somos Israel —tratan de animarse los más exaltados.

El despliegue de los legionarios aterra a la mayoría y despierta el temor de que el verdadero objetivo, una vez conocido lo ocurrido en los otros palacios reales, sea el tesoro del Templo. Un grupo de judíos congregados en el batán de Simón, ubicado en la zona sur de Jerusalén y donde trabajan veinte operarios, observa con grave preocupación la presencia de la legión romana. Allí se tunden las vestimentas de los sacerdotes del Templo, bajo la atenta mirada del dueño, que obliga a sus empleados a trabajar a lomo caliente desde la salida hasta la puesta del sol. Simón es bien conocido en la ciudad también por su buena voz y su discurso fácil y fluido.

—Las masas son amorfas —asienta el batanero ante la expectación de los presentes, que han acudido a escuchar su opinión sobre la entrada de los romanos—, y cuando se agitan, lo hacen como estúpidos rebaños. Sólo se mueven en la dirección adecuada si aparece una cabeza que sepa dirigir sus pasos y encauzar su descontento. Esta situación es insoportable; debemos reaccionar, se acabó el permanecer impasibles ante el expolio y la profanación a la que nos están sometiendo.

En torno al batán acuden más y más curiosos, que escuchan a Simón y vitorean cada una de sus proclamas. El grupo, ya muy numeroso, pierde el miedo y aplaude, y grita consignas antirromanas aclamando al exaltado batanero.

—La fiesta de los Tabernáculos está próxima, ¿vamos a permitir que se celebre con los pies de los extranjeros hollando nuestra sagrada tierra? Dentro de pocas fechas esta sacrosanta ciudad estará llena de devotos peregrinos que ya comienzan a llegar desde todos los rincones de Israel. ¿Vamos a permanecer impertérritos ante semejante sacrilegio?

—¡Hagamos algo! —grita uno.

—¡Echemos de aquí a los romanos! —clama otro.

—¡Dirígenos tú, Simón! —pide un tercero.

—De acuerdo. —Simón deseaba escuchar esas palabras y señala a los hombres más próximos—. Vosotros, acudid a los campamentos que los peregrinos levantan en los alrededores de Jerusalén y explicadles que los romanos tienen la intención de saquear los tesoros del Templo y que debemos luchar para evitarlo. Otros, los que podáis, id de casa en casa, sin llamar la atención, y prevenid a todos los judíos del peligro.

—¿Y cómo los convencemos? —le preguntan.

—Con un mensaje sencillo pero contundente, que todos entenderán: somos el pueblo elegido por Dios, y ésta es la tierra sagrada de Israel. El Templo es la casa de Dios y nadie puede profanarlo, y mucho menos los gentiles, ajenos a nuestra alianza con el Señor. Apelad a nuestra Ley, a nuestras costumbres, a las enseñanzas de nuestros mayores. Con eso bastará.

El batanero conoce bien a su gente y sabe que es fácil exaltar sus ánimos recurriendo a la ley de Moisés y al cumplimiento de las costumbres ancestrales. Aunque ocurrió hace más de medio milenio, los judíos tienen muy presente la cautividad de Babilonia, y la sola idea de que puedan volver a perder la Tierra Prometida, y en esta ocasión tal vez para siempre, los predispone para defenderla con todas sus fuerzas, incluso contra una máquina militar tan formidable como el Ejército romano.

Mientras los emisarios de Simón visitan las casas de los jerusalemitas y los campamentos de los peregrinos para ponerlos al corriente de la situación y convencerlos para luchar, Sabino, que ya está instalado en Jerusalén, se dispone a entrar en el Templo, alegando la necesidad de realizar el inventario de cuanto allí se guarda. Pero los aleccionados judíos reaccionan y se organizan de inmediato en grupos. Se despliegan en orden a fin de impedir que los romanos lleven adelante los propósitos del ecónomo imperial, quien no espera semejante reacción ni que se produzca de manera tan rápida.

Simón distribuye a sus hombres en tres posiciones estratégicas: la primera, en el hipódromo semiabandonado que ordenara construir Herodes al suroeste del Templo; la segunda, cerca del muro norte del santuario, en el sector oriental del palacio-fortaleza del rey; y la tercera, al oeste de esa residencia. Así, el batanero y sus hombres consiguen cercar al ecónomo romano, quien se ve obligado a encerrarse con algunos de sus hombres en la fortaleza antes de lograr acercarse al santuario.

El palacio de Herodes está protegido por unas defensas formidables. Rodeado por una imponente muralla de sillares y un profundo foso, tres fortísimas torres guardan tres de las cuatro esquinas del cuadrángulo que dibuja el plano de la fortaleza. Son tan destacadas que cada una de ellas tiene nombre propio: Hípicos, Fasael y Mariamme; la cuarta esquina está protegida por una enorme barbacana.

Cuando ve a los amotinados acercarse para sitiar la fortaleza, Sabino se atrinchera en la torre Fasael, cuya altura sobresale destacada por encima de los muros de la ciudad. Con veinticinco codos de lado y cuarenta de alto, construida con ciclópeos bloques de piedra y maciza en su base, esa fortaleza parece inexpugnable. Además está rematada

por una especie de pórtico protegido con pretilos, desde donde pueden dispararse con comodidad flechas y jabalinas a los asaltantes. En el centro de la terraza una pequeña torreta coronada de almenas permite dominar todo el entorno.

Sabino se limita a defenderse en espera de acontecimientos. Como enviado especial del César tiene autoridad plena sobre la legión acantonada en Jerusalén; los casi seis mil hombres de la X Fretensis son veteranos en acciones bélicas, y los soldados y mercenarios que lo han escoltado desde Cesarea saben hacer bien su trabajo, de modo que se siente seguro. Además, los almacenes de las fortalezas están bien abastecidos de provisiones y de agua.

Lo que Sabino ignora es que los judíos albergan en sus corazones unos sentimientos de indignación tan profundos y unos deseos de venganza tan intensos que están dispuestos a morir en defensa de su Templo y de la observancia de sus leyes.

Lo que ha comenzado como una arenga en un batán a cargo de su exaltado propietario se convierte en un movimiento de proporciones gigantescas. A la llamada de los mensajeros de Simón acuden tantos hombres, muchos de ellos adelantados peregrinos de visita en Jerusalén para celebrar la fiesta de los tabernáculos, que son ya treinta mil los que se arremolinan en torno a los tres campamentos establecidos por el batanero.

Sus gritos y aclamaciones son tan intensos que llegan hasta lo alto de la torre desde donde Sabino observa Jerusalén a sus pies. Sólo entonces recuerda las advertencias y los consejos que en el puerto de Cesarea le dio el legado de Siria, y que ha ignorado de manera tan insensata. Ahora se da cuenta de que esos judíos que claman contra sus acciones en Jericó y en otros lugares de Judea no están dispuestos a que haga lo mismo con Jerusalén, y mucho menos con su sacrosanto santuario.

—Muchos judíos prefieren morir antes que ver profanado el Templo —reitera el tribuno de la X Fretensis a Sabino, mientras contemplan desde la terraza de la torre Fasael los movimientos de los amotinados.

—No pueden cuestionar la autoridad de Roma —asevera impenitente el ecónomo de Augusto.

—Están muy irritados, y en ese estado de ánimo se sienten capaces de vencer a cualquier enemigo extranjero, porque, además, lo consideran un deber moral y creen contar con la ayuda divina.

—Su fanatismo los conducirá a la catástrofe.

—Eso lo tienen asumido. Uno de los centuriones de la legión me ha comunicado que el líder de esos revoltosos hebreos los arenga diciendo que la inmolación de sus vidas será una grata ofrenda a su dios.

—Pues te aseguro, tribuno, que o deponen su actitud o los enviaré a todos al infierno.

En ese momento un mensajero se presenta ante Sabino; trae una noticia recién recibida mediante el sistema de banderas desde uno de los campamentos de la legión.

—Señor, nos comunican que algunos soldados del antiguo ejército del rey Herodes se han unido a los rebeldes.

—¿Cuántos son? —demanda el tribuno.

—Tres mil hombres. Todos ellos miembros del cuerpo de tropas más selecto; entre ellos, un contubernio de soldados de elite de la que fuera Guardia personal de Herodes, la llamada Cohorte de los Sebastenos.

—¿Sebastenos? —pregunta Sabino.

—Se trata de mercenarios reclutados en la región de Samaria, en la ciudad de Sebaste. Son famosos por su disciplina y su entrega en la batalla. Sin duda conformarán el grueso de la vanguardia, si es que deciden atacarnos —explica el tribuno.

—Esto cambia las cosas —asevera Sabino—. Ya no nos enfrentamos a una chusma de desharrapados judíos, sino a tropas de combate bien preparadas. Nos superan cuatro, tal vez cinco a uno, de modo que debemos pedir ayuda al legado Quintilio Varo de inmediato. Ordena que varios mensajeros, por si alguno cayera en manos hostiles, salgan enseguida hacia Antioquía en demanda de ayuda al gobernador de Siria.

—Partirán esta misma noche, señor, aprovechando la oscuridad.

—Que lo hagan en cuanto caigan las primeras sombras. Y que lleven este mensaje. Toma nota —ordena Sabino a su secretario—: «De Sabino, ministro plenipotenciario del divino Augusto, a Quintilio Varo, legado de Siria, salud. Me encuentro cercado en Jerusalén por cincuenta mil enfurecidos judíos. Tu X Legión y mis hombres corren grave peligro, y si tarda en llegar tu ayuda, seremos eliminados de la faz de la Tierra por esta multitud enloquecida. Acude presto, por favor, en nuestro auxilio, si quieres conservar tus tropas».

—¿Y en tanto llega la ayuda de Varo...? —pregunta el tribuno.

—Esos rebeldes no esperan un contraataque. Están convencidos de que nos mantendremos acuartelados como conejos escondidos en sus madrigueras, pero se equivocan. Dispón a tus mejores comandantes para que dirijan una salida sorpresa. Que dos cohortes estén listas para una intervención inmediata. Les vamos a dar un buen escarmiento.

Reunidas las dos cohortes en el patio de la fortaleza, Sabino se dirige al contubernio militar. Él es un hombre timorato y cobarde que jamás se atrevería a encabezar un grupo de soldados en una acción de combate, pero tiene buena labia y sabe arengar a las tropas, de modo que anima al grupo seleccionado para el ataque con un vehemente discurso:

—Os exhorto —comienza a hablar Sabino con voz chillona y un tanto desafinada—, soldados de Roma, a que protagonicéis una carga contundente y mortal contra esos rebeldes judíos que desafían la autoridad de nuestro emperador y las leyes del Senado y el pueblo romanos. No temáis sus gritos ni sus bravuconadas; sólo son una chusma de insensatos dirigida por un alocado batanero. Ellos son inexpertos; vosotros, veteranos en cien batallas. Ahí al lado, en el santuario de los judíos, una fortuna fabulosa espera a ser inventariada. ¿Imagináis lo generoso que podría ser nuestro César con cada uno de

vosotros en caso de que ese tesoro perteneciera a Roma? Armaos de valor, salid, pues, al combate y demostradles a esos indeseables cuán grande es el poder y la ira del Imperio. Obedeced las instrucciones de vuestros oficiales y pensad en que pronto regresaréis a vuestros hogares cargados de oro. Yo dirigiré las operaciones desde lo alto de esa torre, y no dudéis un momento en que mi espada estará a vuestro lado si la necesitáis. —Luego se dirige Sabino al tribuno con ademán solemne—: Que los legionarios de la X entren gloriosos en la historia.

Siguiendo las órdenes de sus comandantes y tras un toque de trompa, los portones de la fortaleza se abren. La primera cohorte de legionarios sale a paso ligero y avanza decidida, como un torbellino de acero, desplegándose hacia el grupo de rebeldes asentados al norte del Templo.

Los sorprendidos judíos se apresuran a contener el avance de los legionarios, que perfectamente formados recorren el camino que serpentea entre la fortaleza y el santuario, al lado de la muralla. Desde los muros del Templo, donde se encaraman algunos judíos, llueven piedras sobre la cohorte, pero apenas causan daño, pues los soldados están protegidos bajo sus escudos.

Cuando los legionarios alcanzan la explanada que se abre ante la puerta principal del Templo, varios grupos de judíos acuden para proteger la entrada. La cohorte se despliega y ofrece un contundente frente de batalla. Sólidos como un muro de hierro, los soldados avanzan aplastando a sus inexpertos adversarios arrinconándolos contra los primeros pórticos. Las gradas comienzan a llenarse con la sangre de los caídos, que se amontonan a los lados de la cuña formada por los escudos y lanzas de la primera cohorte de la X Fretensis.

La carnicería es notable, pero los exaltados judíos no se desaniman. Algunos fanáticos arengan desde la entrada del Templo a los defensores. Esta vez la voz se corre por toda la ciudad, y presto acuden judíos de todas partes, provistos con cualquier utensilio que pueda ser utilizado como arma: palos, horcas, espetones, barras de hierro, palas de panadero; cualquier cosa que pueda golpear, pinchar o herir sirve para este desigual combate.

A la vez que la primera cohorte llega ante los muros del Templo, aparece la segunda por la retaguardia. El temor de los israelitas se acrecienta y muchos de ellos se lanzan desesperados a escalar los pórticos que flanquean la entrada al santuario, donde se apostan algunos arqueros judíos.

En unos momentos, el cielo sobre las cabezas de los atacantes romanos se nubla con una lluvia de flechas que sorprende a los comandantes de las dos cohortes. Pero los arqueros no muestran una gran pericia en el tiro, aunque son tantas las saetas disparadas que alguna de ellas hace blanco en el cuerpo de los legionarios. A la tormenta de flechas siguen abundantes andanadas de piedras disparadas por honderos judíos desde lo alto.

Es entonces cuando uno de los centuriones ordena que se prenda fuego a esos pórticos para que los arqueros y honderos se vean obligados a descender de su elevada

posición. Varias teas son encendidas de inmediato y su fuego se aplica a las maderas de cedro de artesonados y puertas, a las que se añade betún para que las llamas prendan con mayor facilidad.

El incendio se extiende con rapidez, avivado por el cálido viento que sopla del este. Los espléndidos ornamentos de las techumbres arden enseguida como yesca seca; la madera de cedro es dura y resistente, pero abundan la cera, el barniz y la pez, utilizados para proteger los artesonados de la intemperie, que se convierten en un combustible perfecto. Las llamas alcanzan enseguida proporciones gigantescas.

Atrapados sobre los pórticos, los arqueros y honderos judíos no tienen posibilidad de escape, y gritan desesperados ante la inminencia de una muerte cierta. Los soportales son un infierno y los romanos deciden retirarse en formación, poco antes de que un estrepitoso crujido preceda al derrumbe de los pórticos. Los encaramados caen al vacío en medio de una cascada de escombros, fuego y brasas; aterrados, los que se libran del fuego son exterminados por los legionarios, que siguiendo las precisas órdenes de los centuriones y los oficiales al mando no cesan de repartir mandobles con sus espadas cortas a cuantos rebeldes se cruzan en su camino.

El caos entre las desordenadas filas de los judíos es absoluto; los que huyen despavoridos son alcanzados por el hierro de los romanos y los que deciden presentarles batalla caen por su inexperiencia en el combate cuerpo a cuerpo. Los que logran huir en medio de la confusión corren hacia alguno de los tres campamentos desde los que Simón organiza la defensa del Templo.

El batanero, que se acerca a la batalla al frente de algunos seguidores, decide retirarse a la vista de la derrota.

—Volveremos más tarde para dar cumplida venganza a nuestros hermanos caídos —se limita a mascullar Simón ante el terrible desastre.

Uno a uno los pórticos del Templo se precipitan al suelo como gigantes abatidos por un huracán de fuego, en medio de un crujido de maderas ardientes y el retumbe de piedras que estallan al contacto con las losas del pavimento. Tras la vorágine de gritos y quejidos y el crepitar de las llamas, un silencio de muerte sustituye al estrépito de la batalla.

Los romanos ingresan entonces entre las ruinas humeantes y ocupan el primer recinto del Templo. Atraviesan el atrio prevenidos ante cualquier sorpresa y cruzan el Patio de los Gentiles. Frente a ellos se alza un muro de poca altura con un gran portón, la Puerta Hermosa, y detrás el Patio de las Mujeres. Allí se emplazan los once cofres que recogen las ofrendas cotidianas y la pequeña edificación donde saben que se guarda el tesoro del pueblo hebreo. Provistos de dos grandes vigas a modo de ariete, un par de decenas de los soldados más recios fuerzan las puertas de bronce y penetran en el interior.

Sabino, que presencia la batalla desde lo alto de la torre Fasael, percibe de inmediato las intenciones de sus hombres y desciende a toda prisa, corriendo desde la

fortaleza hasta el Templo, escoltado por veinticinco miembros de su Guardia personal.

Sabe que si llega demasiado tarde, el saqueo del Tesoro será incontrolable. Sonríe con ironía a la vista de una placa grande con una inscripción en griego y latín en la que se amenaza con la muerte a quien pase de allí. Jadeante, cruza la Puerta Hermosa, consigue llegar al Patio de las Mujeres y alcanza el edificio del Tesoro. Ante las bronceas puertas, los tres sacerdotes encargados de su custodia yacen molidos a golpes en el suelo. Los legionarios ya se precipitan sobre los arcones rebosantes de monedas.

—¡Fuera todos!, ¡largo de aquí! —grita Sabino al ver a los que apuran sus opciones de llenarse las manos de monedas antes de que sus soldados puedan hacerse con el control de la situación.

Los guardias se adelantan al ecónomo y, a base de porrazos y empujones, consiguen alejar a los ávidos saqueadores, que se retiran gruñendo a otra parte en busca de botín.

Sabino no pierde el tiempo. Entra en la zona más reservada del edificio del Tesoro, donde procede de inmediato, ajeno a la sangre y al tumulto, al inventario de su contenido: monedas de todas clases, sobre todo de oro, enseres y utensilios de metales preciosos y joyas. Él mismo va dictando a dos secretarios a toda prisa lo que va encontrando en su inspección, que es minuciosa a pesar de las circunstancias. En breve tiempo requisita cuatrocientos talentos en monedas y ordena que sean inmediatamente enviados en varias cajas a la torre Fasael, asigna una parte para ser repartida entre los legionarios y el resto queda como propiedad del Estado romano.

En Jerusalén, los judíos penan su desgracia. Toda la ciudad y todos los peregrinos acampados en las afueras, a la vista del humo que sale del Templo, visible desde cualquier punto, saben que su santuario ha sido profanado y que el tesoro ha caído en manos romanas. Son muchos los que, además, lloran a sus parientes y amigos abatidos en la batalla perdida. Muchos centenares de cadáveres, tal vez un par de miles, yacen ensangrentados en los alrededores del Templo, sobre las losas de sus patios o bajo los escombros de sus pórticos derrumbados.

La indignación de los supervivientes es enorme. La noticia corre de boca en boca y algunos deciden divulgarla más allá de la ciudad de Jerusalén, para que toda Judea conozca la catástrofe sucedida en el centro sagrado del pueblo elegido. Un clamor recorre Israel. Las lágrimas brotan de miles de ojos. Muchos de los que hasta ese momento han mostrado su tibieza ante la posible pérdida de la independencia judía se suman ahora a los rebeldes y deciden tomar las armas y combatir al enemigo romano, hasta la muerte si es preciso.

Sabino, una vez alcanzado su propósito, regresa a la fortaleza de Herodes y ordena redoblar la guardia, en espera de que los mensajeros enviados a Varo hayan llegado a su destino y el legado de Siria ordene a sus legionarios avanzar hacia Jerusalén y liquidar de una vez a esos enconados rebeldes.

Simón el batanero pierde la primera batalla, pero se convierte en el caudillo que el pueblo demanda. Sus seguidores crecen; por cada uno de los caídos en el combate se

suman cinco nuevos luchadores dispuestos a vengar el sacrilegio perpetrado por los demonios extranjeros.

Impulsado por un sentimiento mezcla de rabia y de optimismo, Simón ordena que sean cercados de nuevo los asentamientos del palacio de Herodes donde se encastillan los romanos, y que desde ahora se preste mucho más cuidado a cualquier movimiento de sus tropas. No volverán a cogerlos desprevenidos. Si se produce una nueva salida, estarán preparados para rechazarla, y si no, aguardarán pacientes a que los sitiados agoten sus reservas de alimentos y se vean obligados a rendirse, o a morir.

LAS LEGIONES DE SIRIA

Simón el batanero, erigido en jefe supremo de la rebelión, levanta un pabellón de mando cerca del Templo y allí reúne a los cabecillas que él mismo designa como sus lugartenientes. En lugar de esperar, deciden atacar la torre Fasael. Saben que no pueden demorar la iniciativa por mucho tiempo; los peregrinos tendrán que regresar a sus hogares para la cosecha y perderán un contingente de hombres imprescindible para garantizar la superioridad en la batalla que se avecina. Cada día que pasa juega en contra de los judíos y disminuye su posibilidad de triunfo; y, además, en cualquier momento los romanos pueden recibir refuerzos de Siria.

En pleno debate sobre cómo atacar la fortaleza, Matatías ben Honí, uno de los dirigentes, interviene con firmeza:

—No disponemos de los medios necesarios para asaltar esa torre. Sus muros son demasiado gruesos y elevados y sus cimientos tienen la solidez de la roca viva. De modo que la única manera de rendirla es mediante el fuego.

—¿Qué propones entonces? —le pregunta Simón.

—Esta misma noche acumularemos a las puertas cuanta leña seamos capaces de acarrear. Nos protegeremos de los dardos y piedras que puedan lanzar, como hemos visto que hacen los legionarios, cubriéndonos con escudos y colocándolos tan juntos que formen un caparazón a modo de tortuga. Cuando hayamos conseguido acumular suficiente leña le prenderemos fuego.

—La apagarán lanzando agua —replica Simón.

—No disponen de la necesaria. Conozco bien esa fortaleza y ahora hay demasiados hombres ahí adentro. Si utilizan el agua de las cisternas para sofocar el fuego, se quedarán sin una sola gota, y entonces morirán de sed o tendrán que salir, y en ese caso caerán en nuestras manos —explica Matatías.

La mayoría de los reunidos en el pabellón aclama el plan y alza las manos en señal de aprobación.

—Escuchad —truená una voz poderosa. Se trata de Teodoro, un joven y fornido guarnicionero, de abundante barba y ademanes un tanto toscos—. No rechazo por completo el plan de Matatías, pero aunque consiguiéramos acumular leña suficiente como para provocar graves daños en la fortaleza, el precio que pagaríamos por ello sería muy alto. ¿Cuántos de nosotros moriríamos bajo la lluvia de proyectiles de los romanos? Incluso podrían prender ellos mismos la leña antes de que pudiéramos acumular la suficiente.

—¿Tienes alguna alternativa? —demanda Simón.

—Propongo excavar un túnel bajo la fortaleza. Trabajando día y noche en turnos ininterrumpidos, podemos hacerlo en muy pocos días. Una vez terminado, entraríamos en tropel y los sorprenderíamos.

La propuesta del guarnicionero levanta toda una serie de comentarios y nuevas alternativas, algunas de ellas disparatadas. La conferencia de comandantes se está convirtiendo en confusa algarabía, de modo que Simón se ve obligado a intervenir. Sabe que es el momento de poner orden y que él es el único que puede hacerlo.

—Todos los planes que estáis proponiendo pueden acabar con éxito, y sin duda son excelentes, pero no tenemos tiempo. Y, además, ninguno de ellos nos garantiza la victoria. Es preferible actuar con astucia. He pensado que si proponemos al comandante romano un trato...

—¡No! Los romanos jamás cumplen su palabra —interviene uno de los reunidos; pero una sola mirada de Simón basta para acallarlos.

—En este caso los engañaremos nosotros. Le propondré a su jefe un pacto por el cual los dejaremos salir de la fortaleza y regresar a salvo a Siria a cambio de que devuelvan el tesoro que robaron del Templo y de otros lugares. Fingiremos que nos retiramos para dejarles paso libre, pero no será así. Si aceptan nuestro trato, la legión deberá alargarse en su retirada por el camino en una dilatada columna. En ese momento estaremos preparados y caeremos sobre ellos en emboscadas diversas.

—¿Y si no acepta el trato que propones? Tal vez recele de nuestras intenciones —comenta Matatías.

—Aceptaré. No tiene otra salida.

Sometida a votación, la propuesta de Simón resulta vencedora.

De inmediato se comisiona a tres miembros para acudir ante los muros de la fortaleza y exponer el pacto a los romanos.

Portando una bandera blanca, los tres emisarios se presentan ante la puerta y piden entrevistarse con Sabino. El tribuno de la legión, desde lo alto de los muros, les niega el acceso y les demanda sobre sus intenciones.

A grito en cuello, el portavoz del trío explica el pacto convenido en el pabellón de mando momentos antes, y le dice al tribuno que aguarda una respuesta. Poco después, un vocero les comunica, de parte del procurador Sabino, que se va a estudiar la propuesta y que comunicarán la decisión al día siguiente.

Mientras aguardan la respuesta, un grupo de judíos, exaltados e impacientes, decide por su cuenta excavar el túnel. Equipados con picos, palas, azadones, espuelas y sacos, no descansan ni un solo instante; cavan, sacan la tierra, la transportan a una torrentera cercana y vuelven a horadar el subsuelo de Jerusalén en dirección a la fortaleza. Otro grupo, ignorando los planes de la dirección de la revuelta, acarrea fajos de leña con la intención de prenderles fuego.

La desorganización entre los sitiadores es absoluta. Cada cual pretende hacer la guerra por su cuenta, hostigar a los romanos con los medios que sean, ciegos de ira por la profanación, el expolio y la matanza.

Los iracundos judíos apenas saben nada del mundo. La inmensa mayoría está convencida de que echando a los romanos de la fortaleza se acabará para siempre el problema de Israel, que volverá a ser un pueblo libre e independiente. Ignoran el poder del Imperio y la determinación de sus gobernantes. No recuerdan que hace ya sesenta años que Pompeyo puso su pie en Judea, y que desde entonces viven bajo la alargada sombra de Roma. No quieren entender que si derrotan a esos soldados acuartelados, vendrán otros, y otros, y otros...

Desde lo alto de la torre Fasael, Sabino contempla el desorden con que los judíos hostigan su posición.

—A pesar de no ser soldados profesionales, esos judíos se afanan con energía en el asedio —comenta Sabino ante el tribuno de la X Legión.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunta el tribuno.

—La propuesta que nos han hecho para dejarnos salir si les devolvemos sus tesoros me parece demasiado amable. No me fío de esos judíos. Nada garantiza que cuando estemos fuera de estos muros cumplan su palabra.

En realidad, Sabino tiene miedo a la batalla que presiente segura si se acepta el plan de Simón. Lo único que desea es escapar de aquel avispero mortal en que se ha convertido Jerusalén y sentirse cuanto antes seguro en Siria, bajo la protección de las legiones de Quintilio Varo.

—En ese caso —propone el tribuno—, sigamos aquí; los mensajeros que enviamos en demanda de auxilio estarán a punto de llegar a Antioquía o tal vez lo hayan hecho ya. Varo no tardará en presentarse con sus legiones de refresco para dar una merecida lección a esos chillones rebeldes.

—Tienes razón, tribuno —asiente Sabino—; esa propuesta es una treta. ¿Qué opináis vosotros? —demanda a Rufo y Grato, dos comandantes sebastenos de la Guardia Real de Herodes pasados al bando romano.

—Los sacerdotes nunca te perdonarán que requisaras el tesoro del santuario; lo consideran el bien máspreciado de Israel y, por tanto, te etiquetan como el mayor de los sacrílegos. Se ha visto que algunos soldados han penetrado demasiado, profanando el sanctasanctórum del Templo, un lugar en el que la única persona que puede entrar es el sumo sacerdote y sólo en la fiesta del Yom Kippur, el día de la solemne expiación anual por Israel. Ante semejante afrenta, no permitirán que escapemos tan fácilmente —interviene Rufo.

—Estoy de acuerdo —asienta Grato—. Haz oídos sordos a esa propuesta y refuerza la defensa de esta fortaleza en espera de que acuda el legado de Siria con refuerzos.

—Varo no consentirá que una legión entera y un embajador plenipotenciario de Augusto sean pasados por las armas por unos cuantos miles de exaltados judíos. No

tardaremos demasiado en escuchar las trompetas de la VI Ferrata y la XII Fulminata convocando al combate y en ver sus estandartes ondeando en las colinas cercanas —dice el tribuno.

—Así se hará. Resistiremos hasta que llegue la ayuda solicitada.

La noticia de la rebelión en Jerusalén ha corrido hasta los más lejanos rincones del reino de Israel. Carentes de un referente de gobierno, pues los tres hijos de Herodes siguen en Roma procurando ganarse el favor de Augusto, los judíos se sienten abandonados a su suerte.

A la vez, la pasividad de los romanos cercados en la capital acrecienta la idea de que Roma puede ser derrotada al fin. Conforme pasan los días, la moral de los sitiados se resquebraja, pues no llega noticia alguna de que el Ejército de Siria esté en camino para ayudarlos, y no saben que se retrasarán, ya que las legiones están acampadas en lugares alejados. Para los romanos tal vez sea difícil, quizá imposible, entender los sentimientos del pueblo judío. Hace mucho tiempo que ha arraigado la idea de que está bajo la protección divina y que pronto llegará un salvador o Mesías que redima a las gentes de Israel del oprobio al que están sometidos desde hace siglos. Desde niños, todos los judíos son instruidos en la promesa de Dios a Abrahán sobre la entrega de la Tierra Prometida, un país próspero y libre. Los rabinos, desde las sinagogas, no dejan de recordar esa promesa y el juramento que Dios hizo al rey David de que su reino sería eterno. Los ecos de esas palabras resuenan una y otra vez, y los profetas se han encargado de reiterar que Dios los ayudará contra cualquier enemigo..., si son fieles a la Alianza.

En esos momentos, Sabino, el saqueador del Templo, es considerado el Mal en persona, por lo que si todos los judíos siguen la palabra del Señor, Israel quedará protegido y ningún daño le sucederá. En estos días se extiende la creencia en que el Mesías está a punto de aparecer. Son muchos los visionarios que anuncian los signos portentosos que preceden a su inmediata venida, lo que despierta en toda Judea una sensación de desbordada esperanza en el inicio de un tiempo dichoso en el que Israel triunfará y en el que el brazo de Dios lo alzaré por encima de todas las demás naciones de la Tierra.

«La libertad está próxima», se oye gritar por las calles de Jerusalén a grupos de hombres armados que acuden a las proximidades de la fortaleza donde siguen refugiados los romanos.

La acción de Jefté y la de Simón el batanero no son insólitas. Desde la muerte del Grande se han alzado varios focos de rebelión dentro y fuera de Judea, por todo Israel. No es extraño ahora que la revuelta se extienda como el fuego prendido por un rayo en un cañaveral reseco. En Galilea, al conocer las noticias de Jerusalén, se ha levantado un tal Judas, el hijo menor de un bandido llamado Ezequías, príncipe de sediciosos a quien Herodes mandó ejecutar en otro tiempo. Al frente de un grupo de hombres, y clamando

venganza por la muerte de su padre, asalta un arsenal real en la ciudad de Séforis, se hace con miles de armas y las distribuye por todos los pueblos de la región, en la que se proclama gobernador absoluto en espera de la llegada del anunciado Mesías.

Un antiguo esclavo de Herodes el Grande, de nombre Simón, de elevada estatura, hermoso porte y cuerpo robusto, se ciñe una diadema en su cabeza y consigue convencer a un grupo de piadosos judíos de Jericó de que ha llegado el momento de implantar la ley del Señor y mostrar el rechazo a cualquier soberano extranjero. Al frente de un cuantioso número de convencidos irrumpe en el palacio real de Jericó y le prende fuego tras apoderarse de las riquezas que Sabino no ha expoliado. Asalta también las casas de los más ricos, a los que acusa de colaborar con los romanos en contra del pueblo judío, las saquea y las quema, y entrega buena parte del botín conseguido a los pobres y los menesterosos, que se unen con gran entusiasmo a su movimiento.

En las montañas de Judea, un oscuro individuo de nombre Atronges se proclama rey y se presenta como libertador del pueblo. Ceñido con una corona forjada por él mismo, organiza un pequeño ejército al frente del cual coloca a sus cuatro hermanos, que comandan sendos regimientos integrados por fanáticos, vagabundos y ladrones que no cesan de gritar consignas en las que se insta a no dejar a un solo romano con vida y a observar la Ley bajo pena de muerte. Desafía así al poder del Sanedrín, que ejerce la justicia ordinaria, y al de Roma. Incluso forma su propio consejo, ante el cual se realizan juicios sumarísimos que él preside desde un sitial que hace transportar allá donde se desplaza, como hacían los antiguos jueces, en aquel lejano y glorioso Israel, en el tiempo en que todavía no existían reyes perversos.

Por todas partes surgen aspirantes a Mesías, y profetas que anuncian y preparan su inminente llegada. Una fiebre mesiánica se extiende por todo el territorio, alentada por predicadores alunados, rabinos exultantes y vates salidos de la nada. Nadie entre los judíos es ajeno a semejante vorágine de discursos, alegatos, exhortos y prédicas, que agitan los corazones y encienden las conciencias como la más intensa de las epidemias, predicando que Dios ha prometido que su Espíritu se manifestará en los días previos a la venida del Mesías.

Por su parte, el legado Quintilio Varo recibe en Siria muy irritado los angustiosos mensajes de Sabino, porque ya había previsto una rebelión si el ecónomo no se comportaba con astucia y paciencia. Pero ese maldito idiota ha obviado sus consejos, y ahora el problema es considerable. Varo se toma muy en serio las apremiantes noticias y se preocupa por los sitiados en Jerusalén. El legado no es un ingenuo; conoce bastante bien a los judíos y entiende que lo del asedio no es ningún juego, y que su X Legión y el ecónomo corren auténtico peligro. Y mientras prepara un plan de auxilio, le llegan nuevas noticias del estallido de focos de rebelión por toda Judea. Es como si de repente

una gigantesca tormenta desencadenara una multitud de rayos y un aluvión incontenible de agua, capaz de demoler todos los diques.

Sabedor de que no tiene un solo momento que perder, Varo da a su Ejército la orden de partir hacia Jerusalén. Sin notables problemas, ya que los legionarios son capaces de recorrer treinta millas al día cargados con sus armas, las legiones VI Ferrata y XII Fulminata son movilizadas a toda prisa desde sus campamentos para partir hacia el sur. En Antioquía se queda tan sólo un retén de guardia para garantizar el orden en la ciudad.

Las dos legiones avanzan con notable celeridad hacia Ptolemaida, donde son reforzadas por cuatro escuadrones de caballería, varias turmas de auxiliares, mil quinientos soldados proporcionados por la ciudad de Berito y tres cohortes enviadas por el rey Aretas, señor de la ciudad nabatea de Petra, quien anhela vengarse de la derrota sufrida años atrás a manos de Herodes.

El avance de semejante maquinaria de guerra es contundente y arrasador. Una parte del Ejército, al mando del hijo de Varo, se dirige a Galilea, que pacifica aplicando una demoledora brutalidad. Séforis, donde se refugia el cabecilla Judas, es sitiada durante unas semanas y, tras ceder al ataque romano, es saqueada, incendiada y sus habitantes pasados a cuchillo. Los supervivientes son trasladados a los mercados de Tiro y Sidón para ser vendidos como esclavos.

Quintilio Varo no pierde un instante y se dirige al frente del grueso de las legiones hacia Jerusalén, atravesando la región de Samaria como un rayo; pero respeta estas comarcas, pues no se han sumado a la rebelión. Sólo los auxiliares árabes nabateos cometen excesos y saqueos, pues todavía recuerdan las derrotas que les causaron los judíos unos pocos años atrás, y buscan resarcirse.

En el camino, Varo ordena quemar la ciudad de Emaús, abandonada por sus habitantes, huidos a Perea, al otro lado del río Jordán, en busca de refugio, o escondidos en las montañas de Efraín, aterrados ante lo que se les viene encima. Al fin, Varo divisa las colinas sobre las que se alza la ciudad de Jerusalén. Aquella ciudad no es Roma, por supuesto, pero sus muros y, sobre todo, su Templo emanan una aureola de ciudad sagrada, elegida, como si los dioses hubieran puesto sus manos sobre ella. El día es soleado, y la luz del astro rey se refleja en la piedra blanquecina y en la cal de las construcciones urbanas, y provoca mil destellos dorados al incidir en las láminas de oro que ornaban algunos tejados del santuario.

Desde lo más alto de la torre Fasael, los oteadores permanentemente apostados vislumbran las columnas de polvo que levantan las sandalias de los legionarios y avisan a Sabino de que un contingente muy numeroso de tropas se acerca desde el norte.

—Son ellos, los legionarios de la VI y la XII. Hacen honor a su nombre: la VI «de hierro» y la XII «del relámpago». ¡Por fin!, ahí están. —El tribuno de la X Fretensis sonríe hacia las colinas del horizonte septentrional.

—¿Estás seguro? —pregunta Sabino nervioso pero esperanzado.

—Completamente; son ellos. Sabía que no nos fallarían.

En cuanto corre la noticia por la fortaleza, los sitiados comienzan a gritar de alegría. Se encaraman a los muros, a las azoteas de las torres y agitan lanzas, banderas, insignias, estandartes y pañuelos saludando a sus compañeros que acuden a liberarlos.

La triste nueva de la cercanía de las legiones llega también a los sitiadores, que desde sus posiciones procuran atisbar lo que se les viene encima. La polvareda levantada por los legionarios que avanzan formados en cohortes parece el humo de un descomunal incendio, pero no es negro o gris como las cenizas, sino ocre, como la tierra de los alrededores de Jerusalén.

Como si se tratara de una tormenta de arena, el frente se acerca hacia la ciudad, y los que gozan de mejor vista son ya capaces de atisbar los estandartes con las águilas imperiales alzadas por los aquilíferos en la vanguardia del Ejército. Y poco a poco se van haciendo más nítidas las figuras de los infantes, formados en posición de batalla, con los escudos y las lanzas amenazantes, mientras en las alas cabalgan los escuadrones de caballería desplegados en orden de combate, protegiendo los flancos de la infantería.

No hay duda de sus intenciones. Varo no espera siquiera un instante: en cuanto ve las murallas de Jerusalén, ordena a sus generales lanzarse sobre la ciudad, sin dar tiempo a los sitiadores a reponerse de la sorpresa ni a organizar la defensa.

En los tres campamentos de los judíos cunde un profundo desánimo. No están preparados para esto. Esperaban que Dios les concediera un triunfo contundente, que los romanos se rindieran y que se marcharan; pero no, ahí están, miles de ellos, prestos a ayudar a sus compañeros cercados en Jerusalén.

Conforme la nube de polvo se acerca a la ciudad y el peligro de muerte planea sobre su cielo, los judíos pierden la fe y comienzan a desertar en masa. Primero unos pocos, los más cercanos al frente del ataque romano, abandonan sus posiciones y corren dejando tras de sí armas y pertrechos. La desbandada de éstos provoca el pánico en los demás, que interrumpen sus tareas de vigilancia y salen despavoridos en cualquier dirección. Nadie quiere ser el último, todos huyen aterrados, presos de un pánico insalvable. Quienes hace apenas unas horas cantaban salmos de gloria y de triunfo, seguros de su victoria sobre los romanos, corren ahora como animalillos asustadizos procurando escapar de aquel polvo ocre, presagio que anuncia una terrible mortandad.

El mismo Simón el batanero, que en un primer momento intenta retener a cuantos pasan corriendo a su lado, pierde el ánimo y se da a la fuga. Entiende que nadie va a ser capaz de detener aquella estampida y que, cuando los hombres se sumergen en semejante vorágine de terror colectivo, no existe fuerza humana capaz de contener tamaña marea. El batanero, resignado ante la evidente derrota, coge cuanto puede acarrear y opta por salir huyendo como los demás.

Desde lo alto de una colina, Varo presencia la desbandada de los judíos, que parecen liebres escapando aterrorizadas a la vista de una partida de lobos hambrientos. El legado de Siria golpea los flancos de su caballo y acompañado por varios oficiales se

adelanta unos centenares de pasos, hasta la puerta de la muralla que cierra el ala oriental del Templo.

La precipitación de la huida deja por el suelo un reguero de prendas abandonadas, sombreros y gorros, armas y todo tipo de pertrechos. El legado arrea su caballo y se dirige hacia la fortaleza, donde espera liberar a los sitiados y dar las primeras felicitaciones por su resistencia. Varo se planta ante la puerta y pregunta por Sabino, a quien supone dentro de aquellos formidables muros. Pero quien lo recibe es el tribuno de la legión Fretensis.

—A tus órdenes, legado —le dice a la vez que lo saluda con la marcialidad debida a un alto oficial responsable de una legión.

—¿Dónde está el embajador Sabino? —pregunta Varo extrañado.

—Acaba de marcharse de aquí —responde el tribuno.

—¿Qué dices? —Varo se muestra asombrado.

—En cuanto los judíos han levantado el asedio al contemplar tu llegada, Sabino se ha largado.

—Pero... —El legado de Siria está confuso—. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé. Me dio orden de que me mantuviera al frente de esta fortaleza y que aguardara hasta que llegaras. Me ha dicho que te transmita exactamente estas palabras: «Sabino, procurador plenipotenciario del emperador Augusto, presenta sus respetos al legado Quintilio Varo y le comunica que, cumplido el encargo del César, regresa con toda urgencia a Roma». Y se ha marchado a toda prisa.

—¿Eh? —Varo sigue desorientado; no esperaba semejante acción de Sabino.

—Quiere que sepas que el asedio de los bárbaros judíos ha retrasado sus planes y te pide que lo disculpes, puesto que no puede esperar ni un instante. Se ha marchado con sus hombres y...

—¿Y...?

—Y con cuatrocientos talentos del botín que requisamos en el Templo.

—Envía un contingente de tropas, que lo detengan y lo traigan de inmediato a mi presencia —ordena Varo.

—Lo siento, legado, no puedo cumplir tu orden —se justifica el tribuno.

—¿Cómo?

—Sabino es procurador plenipotenciario de Augusto, como si fuera el mismísimo César. No tenemos ninguna autoridad sobre él.

—Tienes razón, tribuno, tienes razón. —Varo reflexiona; no tiene más remedio que aceptar los hechos consumados, y cambia de semblante—. Tenemos mucho que hacer aquí, de modo que no perdamos más tiempo.

El legado de Siria ordena que se convoque a todos los ilustres judíos que aún permanecen en Jerusalén. La asamblea se celebra en la casa del sumo sacerdote, donde acude un buen número de notables. Temblorosos y avergonzados de pie en el patio, aguantan a que Varo haga acto de presencia. Saben que el romano les va a demandar

sobre su grado de participación en la revuelta y si están de acuerdo con lo que los revoltosos pretenden.

—Pueblo de Jerusalén —comienza Varo su discurso sin ni siquiera saludar a los presentes—, el comportamiento de buena parte de vuestra gente es indigno de la amistad que Roma pretende mantener con vosotros. Me acaban de informar de que la insurrección está sofocada en toda Judea y de que los principales cabecillas serán convenientemente castigados. Pero no es suficiente; más adelante me encargaré personalmente de algunas cuestiones pendientes. Vosotros sois los dirigentes de este pueblo, de modo que ahora es el momento de que respondáis a algunas preguntas: ¿qué medios habéis empleado para impedir esta sedición?, ¿qué acciones y remedios habéis puesto en marcha una vez comenzada?, ¿dónde habéis dejado los efectos del juramento de lealtad al emperador que en su momento jurasteis cumplir? Aguardo vuestras respuestas.

El sumo sacerdote, temeroso como una ardilla acosada por un hurón, duda sobre la respuesta adecuada, pero, tras unos momentos de incertidumbre, habla:

—No sólo los romanos han sido prisioneros de los revoltosos, también lo ha sido el pueblo de Jerusalén. Una gran multitud se ha reunido aquí con motivo de la fiesta de los Tabernáculos, y era tal el tropel de gente que no había manera de controlarla. Algunos exaltados, como Jefté el hijo de Menahén hace algún tiempo, o ahora Simón el batanero, un hombre cruel y violento, han logrado convencer a los más radicales, ganarse la simpatía de algunos y encabezar sendas rebeliones. Así ha sido, pero ten en cuenta que nosotros también hemos sufrido con esas revueltas y que muchos de los nuestros han caído engañados por esos intrigantes. No quiero ocultar la culpa de algunos judíos, pero permíteme que te diga que el tal Sabino, ese hombre insensato, no ha hecho otra cosa que provocar la ira del pueblo con sus saqueos. ¿Quién no defiende sus propiedades cuando son incautadas injustamente? ¿Quién permanece impassible ante la profanación, el expolio y el sacrilegio? Sabino robó y profanó el Templo de una manera execrable.

—Ni siquiera ha esperado tu llegada. Se ha marchado en cuanto ha visto el camino libre —interviene un rabino en apoyo del sumo sacerdote.

—Así es, legado. Ha preferido desaparecer para no explicar ni dar cuentas de sus actos. Y en cuanto a nosotros, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Si nos hubiéramos opuesto abiertamente a los cabecillas de esta rebelión, Simón el batanero habría ordenado que nos cortaran la cabeza.

Varo tiene que morderse los labios ante las acusaciones contra Sabino. No acepta las excusas presentadas y opta por recriminar a los presentes, afearlos su pasividad en la revuelta y ordenarles que permanezcan recluidos en sus casas mientras dure el toque de queda impuesto en toda la ciudad. El legado sólo piensa en capturar a los responsables, degollar a sus cabecillas y darles un escarmiento que no olviden jamás. Para ello ordena a sus oficiales que organicen rápidamente patrullas y que recorran Judea, Galilea, Idumea y Perea en busca de cuantos han participado en las revueltas.

Durante las semanas siguientes, el acoso de los romanos es asfixiante. Todas y cada una de las ciudades, villas y aldeas son inspeccionadas en busca de rebeldes, para lo cual se ayudan de listas elaboradas por publicanos y otros funcionarios. En Jerusalén todos los barrios y todas las casas son peinados sistemáticamente en busca de sediciosos ocultos.

En poco más de un mes, unos cinco mil prisioneros son recluidos en recintos habilitados en los campamentos de las legiones. Varo, en un juicio sumarísimo, condena a morir en la cruz a Simón el batanero y a dos mil de sus seguidores, declarados culpables de crímenes de lesa majestad contra el emperador por sedición con alzamiento armado. El resto son enviados a sus casas, muchos de ellos tras ser flagelados y torturados.

En Jerusalén se alza un denso bosque de cruces que perfila la ruta entre el palacio de Herodes y el Templo, bordeando la muralla, para que sirva de escarmiento.

Antes de regresar a Antioquía, Quintilio Varo confiesa a sus oficiales:

—Este pueblo no aprenderá nunca.

LA DECISIÓN DE AGUSTO

Israel se desangra mientras los hijos de Herodes permanecen en Roma en espera de una decisión definitiva por parte del emperador. Si hubieran presenciado lo acontecido en Jerusalén y otros lugares de Judea, más la efervescencia de media docena de individuos dispuestos a proclamarse Mesías o rey de Israel, es probable que hubieran presentado su renuncia a los derechos sucesorios al trono, quedándose para siempre en la capital del Imperio.

Y mientras Judea se precipita hacia una catástrofe que se avista inevitable, Augusto sigue jugando con el tiempo y reflexionando sobre si ratificar o no el testamento de Herodes. Para disponer de toda la información posible, hace que le lean los documentos, cartas e informes recibidos de las partes implicadas, sobre todo los de Salomé, Arquelao y Antipas, y solicita además un informe detallado de las cuentas presentadas por Ptolomeo y Nicolás.

En el montón de papiros y pergaminos que se acumulan sobre la mesa del César no faltan los informes remitidos desde su legación de Siria por Quintilio Varo, en los que se detalla la personalidad, gustos, virtudes y defectos de Arquelao y de Antipas, junto con un amplio listado de las rentas del reino de Israel y su estado actual realizado por Sabino, quien concluye que el designado heredero Arquelao no es un administrador demasiado eficaz.

El tiempo pasa, las semanas se suceden y los hermanos, pues Filippo continúa también en Roma, se muestran día a día más nerviosos e irritados. Para Arquelao esa espera comienza a ser insufrible; se mueve por las estancias del palacio en el que vive alquilado en Roma como una fiera en su jaula. Apenas sale de casa, no desea visitar el Foro, donde bulle la vida pública de la ciudad, ni acudir a los teatros o las bibliotecas, ni encontrarse con amigos o conocidos en los lugares más concurridos. La amargura se instala en el centro de su corazón y rezuma odio y rencor contra todos: odio contra su hermano Antipas y contra su tía Salomé, a los que imagina maquinando en secreto; odio a sus propios compatriotas, que no aceptan por aclamación que él sea su soberano.

Rumia sus temores en la soledad de su casa y en las contadas ocasiones en las que sale, merodea por las calles de Roma como alma en pena, carcomido por la angustia que oprime su pecho, dudando si no será Antipas el elegido de Augusto y si todo aquello no es sino una pantomima para ganar tiempo y conseguir que su hermano sea admitido por los judíos como rey y señor.

Pasan los meses y Arquelao no es sino un triste y desesperado aspirante a un trono vacío que algunos ya proclaman maldito. Hay quien dice que Dios no quiere que nadie lo

ocupe porque no existe ningún hombre digno de sentarse en el lugar donde mil años antes lo hicieron David y Salomón con tanta gloria.

Algunos días, en la angustiosa amargura de la larga espera, Arquelao siente la tentación de salir con un cuchillo bajo su toga y presentarse en la casa donde habita su hermano Antipas, y clavarle el puñal en el pecho, una, dos, tres..., cien veces si es preciso, y contemplar sonriente cómo se desangra y cómo se le escapa la vida a borbotones. ¡Cómo le placería estrangular a esa pérfida mujer que un día tanto admirara!, a su tía Salomé, tan fría, tan intrigante, siempre presta a atender a quien le ofrezca lo mejor para ella aun a costa de los deseos de todo un pueblo.

Ni siquiera le importa lo que piense de él su madre, Maltace, la otrora bella mujer que deslumbró a Herodes; sólo le obsesiona ostentar el poder y gobernar el viejo reino sagrado. Y se jura que hará todo cuanto esté en su mano por conseguirlo.

Mientras Arquelao se reconcome, Antipas guarda una prudente calma. Sabe que es el favorito de su tía, la influyente Salomé, y que lo está defendiendo ante su amiga Livia, la poderosa esposa de Augusto. Una de sus virtudes es la paciencia; la parte de sangre árabe que corre por sus venas le aconseja que no es beneficioso precipitar los acontecimientos, que su candidatura gana enteros conforme pasa el tiempo y que Augusto muestra más simpatías hacia él que hacia su hermano mayor.

Como acostumbra, Salomé se mueve con heladora frialdad, como si cuanto sucede a su alrededor no fuera con ella. Sigue comportándose con la serenidad de un felino cuando acecha a su presa, inmóvil y camuflado en la espesura, aparentemente estático, pero con todos sus músculos tensos y preparados para lanzarse sobre su víctima. Sólo abre su corazón y muestra sus preferencias en las pocas ocasiones que conversa a solas con Livia en la seguridad del palacio imperial, pero siempre atenta a evitar que oídos demasiado expectantes puedan escuchar sus verdaderas intenciones.

Por fin, tras tanto tiempo de espera, se da a conocer a todas las partes la esperada noticia: Augusto decide anunciar su voluntad y acabar con aquella zozobra.

El César, aunque ya tiene perfilada su decisión, cita en el templo de Apolo a todas las partes implicadas para que expongan sus últimos alegatos antes de dictar sentencia. Quiere que también estén presentes sus consejeros más allegados, aquellos a los que siempre escucha antes de tomar una determinación trascendental. La elección del lugar no es inocente. El César pretende dejar claro que el futuro de Judea se decide bajo la autoridad absoluta de Roma y que su decisión se transmite en el templo del dios grecorromano de la luz, la verdad y la profecía, todo un símbolo que Augusto quiere dejar bien patente. Febo Apolo también es la divinidad de la mántica, el dios del arte de la adivinación, la deidad que inspira a la Pitia de Delfos cuando ésta debe responder a las cuestiones de Estado que se le plantean. Los convocados van llegando al templo, cercado por un recinto de recios muros que confluye en la soberbia columnata de su pródromo, tras la que se levanta una mole inmensa de mármol blanco, de sillares cuidadosamente labrados y tan precisamente ajustados que apenas cabe un alfiler entre sus juntas. El

dios de los oráculos reside allí, en el interior de un santuario que sobrecoge por su tamaño, su belleza y la armónica perfección de sus proporciones. Y es a él, al brillante Apolo, a quien Augusto encomienda el futuro de los israelitas. Brillante e irónica decisión del César: que el futuro del pueblo elegido por el dios de Moisés se decida en el templo de un dios romano.

Cuando ya están presentes todos los invitados, Augusto, siempre acompañado por Livia, se sienta en el lugar destacado. A su lado también está Tiberio, su hijo adoptivo, quien ejerce formalmente como presidente del Consejo de asesores.

—Hoy es el día señalado —dice el emperador con ademanes solemnes—. ¿Quién de vosotros desea ser el primero en hacer uso de la palabra?

Para sorpresa de todos, es Antípato el Joven, hijo de Salomé, quien pide la venia. Es un enemigo declarado de Arquelao y defensor de los derechos de Antipas, en sustitución de Irineo, quien no asiste por encontrarse enfermo. Todos saben que Antípato habla por boca de Salomé, de modo que lo que diga el joven se considerará como la voluntad de la hermana de Herodes.

Se adelanta unos pasos tras obtener el plázet de Augusto. Viste una elegante toga viril, al modo de los abogados romanos, elaborada con un rico paño y cosida con delicada hechura. Avanza a través de la sala y se ubica en el centro, a pocos pasos del sitial que ocupa el César.

—Te agradezco, oh, príncipe, que sostengas tu gobierno con la bondad con que se caracteriza tu excelso reinado, y la oportunidad que tu infinita benevolencia me presta para defender en tu presencia los intereses que creo más justos y benéficos para el pueblo judío.

»Por ello, me veo obligado a denunciar las prácticas de gobierno que desarrolla Arquelao durante el poco tiempo que viene ejerciendo el poder en Judea, sin que tú hayas ratificado su autoridad. No puedo por menos que rechazar los usos tiránicos, la desmedida ambición, la insensata audacia y la crueldad con que se comporta en ese breve lapso de tiempo.

Antípato el Joven señala con fijeza a Arquelao y prosigue:

—Este hombre aquí presente se burla de ti y de tu potestad como príncipe supremo del Imperio. Es un maestro del disimulo, como demostró en las falsas muestras de dolor que escenificó durante el funeral del rey Herodes. Ahora, inerte ante tu majestad, finge solicitar humildemente que le concedas el reino, cuando en realidad se comporta como si ya se lo hubieras otorgado de antemano. Ya asumió de hecho el poder al día siguiente de la muerte de su padre, sin tu consentimiento. Debes saber que ha sobornado a oficiales del Ejército, mudando el orden de la milicia y de la gente de guerra, para que lo apoyen en su pretensión de ceñir la corona. ¿Quién podría dormir tranquilo dejando en las manos de un individuo tan irresponsable los destinos de un país repleto de dificultades?

»Y si así se comporta hasta ahora, ni siquiera puedo imaginar cómo lo hará en caso de que le otorgues el poder supremo sobre nuestro pueblo. Piensa en ello, oh, César, y

decide si este hombre es el adecuado para sentarse en el trono vacante de los judíos.

Augusto, cansado de escuchar una y otra vez los mismos reproches sobre el gobierno de Arquelao, alza la mano y pide silencio.

—Déjate ya de peroratas comunes. ¿Tienes que hacer alguna acusación concreta contra Arquelao?

—Por supuesto, príncipe —responde el orador sin inmutarse—. En este momento es preciso recordar que este hombre es el único culpable de la pavorosa matanza perpetrada en el Templo. Como sabrás, la sangre de los asesinados corrió por el suelo de los patios del sagrado recinto de los judíos como si se tratara del agua de un torrente tras la tormenta. Centenares de personas, miles incluso, sucumbieron bajo la espada de este sangriento carnicero, y no sólo murieron los que osaron desafiar su tiránico gobierno, sino también inocentes peregrinos que se habían acercado hasta Jerusalén para celebrar la Pascua judía. Los asesinos ejecutores enviados por Arquelao no hicieron distinciones y acabaron con todos cuantos se pusieron por delante. ¿Te imaginas el dolor causado, oh, César?

»Mi excelso tío, tu buen amigo el rey Herodes, ya supo de la crueldad de su hijo Arquelao mucho antes de su muerte, y jamás se le pasó por la imaginación otorgarle el trono en herencia a un canalla semejante. Si lo hizo, fue porque en sus últimos días su cabeza, anciana a causa de la mucha edad, calenturienta por la fiebre y desvariada por los achaques de la vejez, ya no regía como era debido, y dictó un testamento con palabras que nunca debieron escribirse. Mi tío carecía en su agonía de capacidad de raciocinio y de ello se aprovechó Arquelao para torcer su última voluntad.

Ante la catarata de descalificaciones de Antípatro, Arquelao guarda una calma aparente. Durante los largos días de espera se ha preparado para lo peor, y se propone disimular cualquier signo de debilidad a sus enemigos. Sabe bien de la enemistad que le profesa su primo y supone que está convenientemente adoctrinado por su madre, la pérfida Salomé.

Augusto se muestra frío y distante, como si su rostro se hubiera esculpido en hielo; probablemente le molesten los cálculos que de vez en cuando se le forman en el riñón y que sólo le permiten descansar tras expulsarlos dolorosamente con la orina. Recorre con sus ojos a todos los presentes en el templo de Apolo y pregunta si alguien más desea intervenir.

En ese momento se adelanta el anciano Nicolás, que decide asumir la defensa de Arquelao por fidelidad al viejo Herodes. Con voz solemne pero a la vez humilde, el consejero real intenta desmontar de nuevo las acusaciones vertidas contra su defendido.

—De lo que ahora se trata, príncipe de Roma, es de que tú ratifiques el testamento que libremente dispuso tu amigo y mi señor, el buen rey Herodes. —Nicolás se esfuerza para que sus palabras fluyan con la necesaria contundencia pero con la moderación imprescindible para convencer a Augusto—. En el memorándum que ya conoces, oh, César, Arquelao te explicó los motivos que lo empujaron a actuar con tanta energía para

sofocar aquella revuelta de los fariseos, que se habían apropiado del Templo y amenazaban con liquidar la paz y la tranquilidad de todo Israel. Los que allí murieron eran tus adversarios y a la vez los verdaderos enemigos del pueblo de Israel. Yo hubiera preferido que esas muertes no se hubieran producido, pero debo reconocer que con ellas Judea ha ganado en paz y tranquilidad.

»Si hubiera que buscar a los responsables directos de esa tragedia, habría que hacerlo entre algunos de los miembros del Consejo real, y no en la persona del príncipe Arquelao, que se limitó a resolver con éxito la grave situación que otros crearon.

»El heredero del rey Herodes —Nicolás recalca cada una de las palabras de ese título de Arquelao— es un hombre sabio y prudente, que merece continuar la obra y el derecho que le legó su padre.

Augusto vuelve a pasear sus ojos por el grupo, pero nadie más muestra intención de pedir el uso de la palabra. Aguarda unos instantes, mira a Livia, que le devuelve una mirada cómplice, y decide que llega el momento de pronunciarse.

¿Cuál será su decisión?, ¿qué resolverá el dueño de medio mundo?, es lo que se preguntan todos los presentes. La tensión es tan grande que el silencio resuena como un estrépito infernal en el interior de la cabeza de los pretendientes al trono de Judea. Todos están pendientes del emperador, que sabe de la trascendencia de lo que está a punto de decidir.

Pero de improviso, y antes de que Augusto hable, Arquelao avanza tres pasos, alza su mano y se muestra ante el César, que asiente con un gesto de su cabeza. El príncipe judío avanza unos pasos en dirección al sitial y ante él se arrodilla sumiso. Por el templo de Apolo corre un rumor de estupefacción. Nadie espera ese gesto del heredero.

Antipas, desorientado, aprieta los dientes y piensa en la desvergüenza con que se está comportando su hermano, postrado de rodillas a los pies de Augusto para suplicarle el trono.

Arquelao no se mueve, permanece humillado ante el señor del Imperio, con la cabeza agachada, en señal de sumisión absoluta, obediencia ciega y servilismo total. Augusto lo deja así un buen rato, acallando con su brazo alzado algunos bisbiseos que resuenan bajo los artonados del templo. Se sabe dueño y señor del destino de aquellos judíos que se han presentado en Roma para ofrecerle su lealtad a cambio de mendigarle un trono.

Al fin, tras unos instantes que parecen interminables, Augusto se incorpora. Aumenta la tensión en todos los asistentes. Entonces, el emperador se acerca hasta la altura de Arquelao, que sigue postrado y con el mentón apoyado en el pecho, y le toca el hombro. Luego lo toma de la mano y le insta a que se levante. El príncipe de Judea así lo hace, retrocede unos pasos pero continúa con la cabeza gacha. Antipas comprende que todo está perdido y que aquella humillación de su hermano lo va a convertir en rey.

El César habla al fin:

—Considero que eres digno sucesor de tu padre —le dice a Arquelao—. Siento que voy a desilusionaros, nuncios del pueblo judío, y comprenderé que os sintáis disgustados por lo que voy a decir. Sé que hace tiempo que aguardáis mi pronunciamiento sobre el futuro gobernante de Judea, y lamento deciros que tendréis que seguir esperando un poco más. Hace tres días, cuando os convoqué a esta audiencia, tenía resuelto qué hacer, pero en las últimas horas he mudado de opinión y os anuncio que voy a posponer un poco más mi decisión. Pero no será por mucho tiempo. Mañana mismo, en mi palacio, dictaré sentencia sobre este asunto, y os comunico que será inapelable. Os espero a todos, a mediodía.

Y dicho esto, el César ofrece su mano a Livia y se retira rodeado por su Guardia personal.

¡Insufrible espera de nuevo! Pero Antipas, que momentos antes ha visto perdida su causa, recobra la esperanza de ser el sucesor y sonríe. Arquelao y sus consejeros Ptolomeo y Nicolás se sienten decepcionados y mascullan su desencanto; el heredero de Herodes se inquieta ante la larga jornada, una más, que se presenta por delante, pero cree haber atisbado en los ojos de Augusto una especie de reconocimiento hacia él, de modo que alberga la esperanza de verse ratificado al día siguiente. Salomé se mantiene ajena, con su inescrutable rostro impertérrito como el de una esfinge griega.

Desde luego, el día va a ser largo, muy largo; y sobre todo la noche, porque nadie puede conciliar el sueño. Lo que ignoran es que Augusto tampoco puede dormir. Pasa la noche en vela, dubitativo, dando una y otra vuelta a la resolución del testamento de Herodes. Conoce a los dos candidatos y sabe que, decida lo que decida, puede desencadenarse el conflicto.

Amanece cuando el César resuelve al fin lo que va a comunicar esa misma mañana. Todavía quedan unas horas para que tenga lugar la audiencia, de modo que se acuesta y procura descansar. Quiere presentarse ante sus aliados judíos fresco y sereno.

La mañana es limpia y clara. La suave brisa del este se lleva hacia el mar el humo de las chimeneas de los talleres y hogares de Roma, y el aire se hace al fin respirable.

Tal cual está previsto, los judíos van llegando al palacio de Augusto y son ubicados en una pequeña sala que el emperador utiliza para reunirse con sus consejeros más cercanos.

Tienen que esperar un buen rato, pero al fin el César aparece acompañado de un secretario que porta en su mano un rollo de pergamino. Instintivamente, los ojos de los allí reunidos se posan expectantes en el documento que suponen contiene la voluntad de Augusto.

El emperador, solemne como acostumbra, alza su mano en señal de saludo, se sienta en una sillita de tijera y, ante el silencio expectante, les comunica su resolución:

—He anunciado ya mi deseo, y así se hará, de que Judea no se convierta en una provincia del Imperio. Y como depositario de los derechos sobre esa región, que me legó mi amigo el rey Herodes, decido ratificar su testamento..., pero con algunos cambios notables que os explicaré a continuación. —El César pide a uno de los siervos que le sirva una copa de agua, que bebe de un trago.

Arquelao respira profundamente. Si ha oído bien, él será el nuevo rey de Judea, ahora plenamente reconocido por Augusto, pero esos cambios que anuncia pueden ser perjudiciales para sus intereses. ¿Qué pretende el emperador?

Antipas se muerde el labio; sabe que ha perdido, pero quizá le quede alguna oportunidad.

Y Salomé, en cambio, dibuja un gesto de enorme contrariedad en su siempre tan impasible rostro; supone que sus conversaciones con Livia no han servido para nada y cree que va a resultar la más perjudicada.

Augusto, que percibe la extrema tensión, siente un cierto placer en ello. Está acostumbrado a que nadie le replique, pero ver allí a los más ilustres miembros del pueblo judío, pendientes de lo que decida, no deja de causarle cierta excitación. Por mucho que se ejerza, el poder nunca se convierte en una aburrida rutina.

—La modificación que he decidido es la siguiente. El territorio que gobernó mi buen amigo el rey Herodes se divide en tres partes, como determinó el monarca fallecido: las regiones de Judea, Samaria e Idumea quedan bajo el dominio de Arquelao, pero lo ejercerá con el título de etnarca. No serás rey..., de momento —dice Augusto dirigiéndose directamente a Arquelao—. No tendrás la autoridad real sobre las otras partes. Pero si en el ejercicio de tu gobierno demuestras el temple, la autoridad y la capacidad de tu padre, y si tus hechos y obras te hacen merecedor de ello, te concederé el título de rey de Israel. Tendrás, pues, que ganártelo. Puedes comenzar con buen pie siendo generoso con los samaritanos, y eximirlos durante los siguientes cinco años de la cuarta parte de los impuestos, en reconocimiento a que los habitantes de la capital y su comarca no se han levantado en armas ni han participado en los tumultos más recientes.

»Las dos partes restantes se reparten de la siguiente manera: Perea y Galilea quedan bajo el gobierno de Antipas, con el título de tetrarca, pues tu padre te las concedió en su segundo testamento. Y a ti, Filippo, también con el título de tetrarca, te entrego la gobernación de Batanea, Iturea y Traconítide; y espero que, como así lo deja claro la voluntad de tu padre, administres esas regiones con sabiduría y buen hacer.

»Para evitar enfrentamientos con su población, las ciudades griegas del norte y las de la Decápolis quedan desgajadas del territorio de Palestina y decreto que se incorporen a la provincia de Siria, quedando a partir de este momento bajo la autoridad del legado imperial en Antioquía.

»Y, por fin, princesa Salomé, tan querida por tu hermano el rey, podrás mantener las ciudades que te otorgó en su testamento, y además te entrego quinientos mil dracmas

de plata para que hagas frente a los gastos que tengas que afrontar en los próximos meses.

El secretario le entrega al César el rollo de pergamino a su requerimiento.

—Este documento contiene cuanto os acabo de comunicar. Se os facilitarán las correspondientes copias a cada uno de vosotros, marcadas con el sello imperial. El secretario os precisará los detalles. Ésta es mi última palabra.

Augusto deja claro que no se fía de ninguno de los hijos de Herodes. Lo que pretende es consolidar la debilidad mediante la partición del reino de Israel, fragmentándolo definitivamente en tres señoríos independientes. No quiere una Palestina unida y fuerte, lo que podría significar con el tiempo un Estado libre y potente con pretensiones de independencia en el flanco oriental del Imperio. Satisfecho con su dictamen, se pone en pie y se marcha sin dar lugar a réplica alguna.

Los asistentes permanecen mudos y estáticos, sin saber qué hacer ante la súbita despedida de Augusto.

El trono real queda vacante, lo que parece confirmar una reiterada suposición. ¡Está maldito!, y Arquelao no será rey, por lo que no puede ejercer ninguna autoridad sobre los territorios asignados a sus hermanos y a su intrigante tía. No hay nada que objetar a la decisión del emperador, sólo acatarla y cumplirla. Con los ojos enrojecidos, casi a punto de llorar, el presunto heredero mira al anciano Nicolás; su consejero más leal mueve la cabeza, pero emite un gesto de resignación. El viejo político quiere aparentar insensibilidad, pero se siente vencido al no haber sido capaz de convencer a Augusto con su informe para que mantuviera todas las cláusulas del testamento de Herodes. La partición del reino constituye para él, que tanto ha luchado para mantenerlo unido, un estrepitoso fracaso.

Antipas sonríe aliviado; su ánimo ha pasado en las últimas semanas por todos los estados posibles: por momentos se ha visto como heredero, pero también totalmente excluido, para al fin recibir el gobierno de unas provincias desde las que poder asentar futuros planes de dominio sobre todo Israel. Podría haber sido mucho peor: haberse quedado sin nada y sometido a la caprichosa voluntad de su hermano; de modo que se siente moderadamente satisfecho.

Filipo, que apenas contaba, demuestra ser mucho más astuto y ambicioso de lo que se creía, y resulta muy beneficiado; la aparente irrelevancia constituye su mejor baza, y el César lo utiliza para debilitar el poder de sus dos hermanos.

Salomé no puede ocultar su relativo gozo. Pese a que no logra su principal propósito, una Judea convertida en provincia romana, confirma el gobierno de algunas ciudades, y su sobrino favorito es el nuevo señor de dos importantes regiones. Con el reino dividido, sus posibilidades de intrigar a favor de Antipas se consolidan de hecho, y se siente fuerte y capaz de seguir influyendo en las grandes decisiones políticas que atañen al pueblo judío.

El secretario de Augusto les entrega sendas copias de la resolución imperial, firmadas por el propio Augusto y marcadas con su sello.

—Un enviado especial del César partirá hoy mismo hacia Antioquía con una copia para el legado de Siria. Quintilio Varo será el encargado de que este decreto se cumpla. Desde este momento, Roma garantiza los derechos de cada una de las partes aquí consignadas —precisa el alto funcionario.

Los judíos no tienen duda: Roma vigilará muy de cerca cada uno de sus pasos e intervendrá con toda su fuerza si alguno de ellos osa contravenir la voluntad del emperador. Las legiones de Siria son el mejor aval de ese dictamen.

LOS AÑOS DE ARQUELAO

La angustiosa zozobra de los últimos meses termina. Nadie queda del todo contento, pero todos tienen algo por lo que alegrarse.

Antipas y Salomé, cuya satisfacción crece cada día al darse cuenta de que ambos han estado al borde del abismo, deciden permanecer por un tiempo en Roma, pues el aval del emperador es más que suficiente para que nadie se atreva a apoderarse de sus territorios, ni siquiera en su ausencia.

Pero Arquelao, impaciente por ejercer el poder sobre los dominios asignados, toma la decisión de regresar de inmediato a Judea; tiene mucho que hacer y hay que poner en orden unas provincias que en los últimos años sufren demasiadas convulsiones. La región que le toca gobernar es la más conflictiva. Le llega la noticia de que Quintilio Varo ha aplastado la sublevación de Simón el batanero con contundencia y que a los varios centenares de muertos causados por la incursión de las dos legiones de Siria se suman no menos de otros dos mil judíos rebeldes crucificados lo bastante cerca del palacio real y del Templo como para servir de escarmiento a posibles nuevos aventureros y como muestra del poderío romano.

Dos matanzas sucesivas en tan poco tiempo calman los exacerbados ánimos de los judíos más exaltados, pero Arquelao sabe que en cualquier momento puede estallar otra nueva crisis y quiere estar allí para afrontarla personalmente si se produce. Además, ¿no le ha dicho Augusto que tiene que ganarse la corona real? Pues, para lograrlo, deberá demostrar que es capaz de gobernar Judea con acierto y evitar que vuelvan a reproducirse disturbios.

La nave que lleva a Arquelao y a sus allegados de regreso a Judea sufre los avatares de un tiempo infernal y la travesía se demora más de lo habitual. El piloto, al que los griegos llaman *navarco*, busca una derrota al abrigo de puertos seguros, navegando de cabotaje cuando es posible, esperando que el bóreas calme su furia y amainen los temporales, buscando refugio en Cefalonia y Heraclion, en la isla de Creta. Cuatro meses tarda la nave en amarrar en Cesarea, tiempo que Arquelao y Nicolás emplean para diseñar una estrategia que calme los ánimos de los ciudadanos angustiados por la represión e indignados por tantos muertos caídos en las dos revueltas de Jerusalén. Pero, sobre todo, hablan de cómo gobernar a gentes de espíritu tan díscolo y carácter tan desabrido como los de sus compatriotas.

La atrabilis, el más oscuro y espeso de los cuatro humores principales del cuerpo según describieran Hipócrates y Galeno, condiciona sin duda los pensamientos de Arquelao. Sangre negra y amarga llena sus venas y emponzoña sus ideas. En su cabeza

se acumulan las agrias disputas domésticas, el odio contenido entre familiares y amigos, las frustraciones por los deseos inalcanzados...

Aprovechando unos momentos calmos de la travesía, Arquelao y Nicolás, sentados en la amura de estribor, conversan:

—Ha sido obra de Salomé, esa mujer inicua... Ella ha influido en Augusto, a través de su amistad con Livia, para despojarme de la mitad de mi reino. ¡Maldita sea! —se lamenta Arquelao.

—Es lo más probable, sí, pero no dejes que los peores presentimientos se apoderen de ti y te dominen. Ahora, aunque no puedas usar el título de rey, eres el dueño de Judea, el corazón de Israel, y debes asumir semejante carga con la autoridad que te legó tu padre y con el derecho que te otorga el César —le dice Nicolás.

—No puedo olvidar mi resentimiento, ni las maquinaciones que Salomé y Antipas urden contra mí. Desconfío de ellos y mi odio hacia ambos se acrecienta día a día en mi corazón. Jamás volveré a fiarme de nadie, ni siquiera de Filipo, ese simplón falsario a quien yo creía tan leal pero que me ha apuñalado por la espalda en la primera ocasión que se le ha presentado.

—Olvida tu odio, al menos por un tiempo. En los próximos meses debes tomar importantes decisiones, y si lo haces atenazado por la ira, tendrás muchas posibilidades de equivocarte. Recuerda a tu padre: en el gobierno de su reino jamás obedeció a los dictados de su impetuoso corazón, sino a las razones de su cabeza. Gobernar es utilizar la serenidad como norma de conducta ante la toma de decisiones, no lo olvides. Y la serenidad te lleva al sentido común, al acierto.

—Tus consejos, amigo Nicolás, siempre son sabios y rezuman prudencia, pero no puedo olvidar la traición.

—En ese caso, vuélcate con tu pueblo, consigue que te admire, que te considere su verdadero y único señor. Gánate su confianza, y ese mismo pueblo te otorgará todo el poder.

—No puedo mostrarme condescendiente con mis súbditos. Un monarca que actúa de ese modo es visto como un gobernante débil y carente de autoridad. Ése fue mi gran error tras la muerte de mi padre: permití que se extendiera la revuelta de los fariseos en el Templo, dejé que se organizaran, que proclamaran sus consignas, que ganaran adeptos, que se fortalecieran. No, Nicolás, no; la experiencia me demuestra que no es posible convencer con buenas palabras a unos súbditos díscolos ni agradar con generosas prebendas a parientes cegados por la ambición.

—Mi señor, no te dejes arrastrar por la sed de venganza. Sé prudente.

—Ahora yo manejo las riendas, el Ejército me debe obediencia y las legiones de Roma avalan mi autoridad. Si alguien duda de ello, acabará pudriéndose en una lóbrega mazmorra o colgado del cuello en la rama más alta de un árbol seco.

¡Jerusalén al fin! Tanto tiempo después, ahí se alza la Ciudad Sagrada, su magnífico Templo, ahora rodeado de andamios por las obras en marcha para borrar las huellas de la batalla que destruyó varios de sus pórticos, sus poderosas murallas, la enorme fortaleza de Herodes con las formidables torres, las agrestes colinas salpicadas de olivos que la rodean... Las imágenes de la ciudad soñada inundan los ojos de Arquelao, que se dirige al santuario para dejar claro que ahora es él el señor incuestionable de Judea.

En el Patio de los Gentiles, conocedora de la inminente llegada de Arquelao, se reúne una multitud que aguarda expectante y muda la aparición de su soberano. Pero nada ocurre de cuanto se espera en una ocasión como ésta: no hay júbilo en las calles, ni vítores al nuevo monarca, ni alabanzas a su persona, ni exclamaciones de buenaventura y larga vida, ni gritos enfervorizados deseándole un largo tiempo de gobierno justo y venturoso. Pesa demasiado el cercano y vivo recuerdo de los muertos en ese mismo patio, aún parece respirarse el olor dulzón a la sangre de los hermanos, parientes o amigos caídos en la batalla, todavía son patentes las huellas del combate: los pórticos derrumbados, las maderas quemadas por el fuego, los escombros...

El etnarca Arquelao recibe esas señales, tan evidentes que hasta un ciego las percibiría, y contempla los rostros anónimos, marcados por la amargura y la distancia, como los de esclavos arrumbados bajo el peso de su condición y su destino. Los ciudadanos de Israel escuchan las noticias, guardan silencio y acatan la decisión que el César, al que sólo han visto en la efigie estampada en las monedas, ha tomado en la lejana Roma. No tienen otro remedio, ni otra alternativa; ya han sufrido en sus propias carnes cómo se las gastan los romanos cuando alguien osa contravenir sus planes; y se resignan, al menos por el momento.

Tras visitar el Templo y dar instrucciones para que se dediquen más recursos para su rápida y urgente restauración, Arquelao se dirige a la fortaleza que fuera la morada de su padre, y que adopta como su residencia en Jerusalén.

Los jerusalemitas están tranquilos, o al menos así lo parece. Aceptan con resignación ser observados por el ojo vigilante de las legiones, pero mantienen la esperanza de que algún día, aunque sea lejano, se producirán circunstancias más propicias para lograr sus propósitos de convertirse en un reino de verdad, al margen de cualquier tutoría extranjera. Dios proporcionará el momento adecuado.

En la primera curia de Arquelao se reúnen los hombres designados como consejeros por el etnarca. Es preciso organizar el Gobierno y asignar las competencias de cada uno.

—En mi primer discurso en el Templo, poco antes de viajar a Roma, hice varias promesas, entre ellas rebajar las tasas y las contribuciones impuestas a campesinos y mercaderes. —Arquelao, pese a su malestar por el reparto del reino, habla con firmeza—. Pero las nuevas circunstancias me impiden aplicar esas medidas, salvo en el caso de los samaritanos, pues Augusto me pidió que les perdonase la cuarta parte de los tributos, y así será en consideración a sus deseos. Os encargo que preparéis un informe sobre la situación financiera, de manera que ajustemos los ingresos a nuestras necesidades. Para

llevar adelante los planes que me he propuesto cumplir necesitaremos dinero, que sólo puede proceder de los tributos del pueblo.

—Perdona, mi señor, pero para obtener más ingresos será necesario disponer de un nuevo cuerpo de recaudadores —interviene Nicolás de Damasco.

—Por supuesto. Además, mi padre tenía una Policía muy eficaz. Yo continuaré en la misma línea. ¿Sabe alguno de vosotros qué ha sido de Eurimedonte? —pregunta el etnarca—. Como jefe de Policía del rey Herodes, realizó una labor excelente, tal vez por su origen griego.

—Es muy anciano, pero sigue viviendo cerca de aquí. Podemos llamarlo si así lo deseas —informa Nicolás.

—Hacedlo; id a buscarlo y traedlo ante mí de inmediato.

Poco después el viejo jefe de la Policía herodiana se presenta en la fortaleza. Es un hombre de avanzada edad, que se mueve con dificultad y necesita apoyarse en un bastón o en el brazo de otra persona para caminar. Lo acompaña su hijo.

—Me alegro de verte, Eurimedonte; hiciste un buen servicio al reino en tiempos de mi padre. Te lo agradezco.

—Sólo cumplí con mi deber, mi señor —responde el anciano.

A la vista de su aspecto, está claro que ese viejo encorvado no puede dirigir la nueva Policía, pero a su lado está su hijo, fuerte, apuesto, con aspecto enérgico. Y a Arquelao se le ocurre una idea.

—Mi deseo es reorganizar la Policía tal como lo hizo mi padre Herodes, y había pensado que tú podrías encargarte de ello, pero ya veo que tu estado de salud no es el más adecuado para encarar ese trabajo.

—Obedecí a tu padre y te obedeceré a ti; pero tienes razón, esa misión es una carga demasiado pesada para un viejo lleno de achaques y reuma.

—¿Y para tu hijo? Es ese hombre que te acompaña, según me dicen.

—Así es. Se llama Hipódamo —asiente Eurimedonte aferrándose al brazo de su hijo.

—¿Crees que podría encargarse él de este trabajo? Contando con tus consejos y experiencia, claro.

—Sería un gran honor.

—¿Y tú, Hipódamo, qué opinas? ¿Crees que estás capacitado para ejercer el puesto de jefe de la Policía de Judea?

—Siempre he estado al lado de mi padre. Él me ha enseñado todo cuanto sé.

Nicolás, atento a cualquier detalle, se da cuenta de las intenciones de Arquelao; se acerca hasta él y le bisbisa al oído:

—Mi señor, ese joven es fuerte y parece decidido. Seguro que sabe cosas del oficio de policía por su padre, pero estos nuevos tiempos requieren de nuevos métodos para dirigir la vigilancia y la seguridad de tus dominios. Necesitamos a alguien capaz de controlar cualquier movimiento de protesta que pueda brotar entre tus súbditos. Para ello

es imprescindible que el jefe de Policía tenga experiencia, que sepa hacer bien su trabajo y ofrezca las garantías necesarias para ello. No te adelantes. No sabemos si este tal Hipódamo será capaz de sacar adelante tan difícil cometido.

—Míralo —musita Arquelao al oído de Nicolás—, ese hombre es pulcro, parece inteligente y sus ademanes son corteses y educados. Su origen griego nos garantiza que no se encariñará con el pueblo de Judea, de modo que podemos estar seguros de su fidelidad. Además dice que ha aprendido de su padre. Presiento que será un buen jefe de Policía.

—Como tú ordenes, mi señor —Nicolás sabe que no debe insistir.

—Adelantaos; tú también, Hipódamo —ordena Arquelao.

De estatura más bien baja, como su progenitor, el joven griego tiene una contextura recia, hombros anchos y brazos poderosos. Su rostro es agradable, y sonríe con naturalidad. Pese a su recia contextura, sus movimientos son ágiles y seguros.

—He decidido —dice Arquelao a padre e hijo, que forman respetuosos a un par de pasos de distancia— reorganizar la Policía de mi padre que tú, Eurimedonte, conociste tan bien y con tanto acierto y eficacia dirigiste. Y te mereces un justo descanso después de tantos años al frente de ella. Pero no te he convocado ante mi presencia para darte las gracias y decirte esto solamente. He pensado en tu hijo como sucesor tuyo. Él será el responsable del nuevo servicio.

El viejo sabueso se agita ante semejante propuesta y se siente halagado. Si él hubiera desempeñado mal su cometido durante el reinado del monarca anterior, seguro que no estaría ahora en presencia de Arquelao. Sonríe ligeramente y, según sus hábitos, apenas pronuncia unas emotivas palabras de agradecimiento.

Por su parte, el joven Hipódamo se siente sorprendido por la inesperada propuesta. Reflexiona unos breves segundos, mira de frente a Arquelao y a Nicolás, y a una indicación del etnarca responde con rapidez:

—Acepto, mi señor. Me esforzaré en aprender, y mi padre me ayudará. Estará a mi lado en cuanto lo necesite. Su experiencia constituye mi principal aval.

—Me alegro de que aceptes mi propuesta. Tu residencia estará aquí, en este palacio —le indica Arquelao enérgicamente—. Comenzarás a trabajar de inmediato.

—No te defraudaré.

—Eso espero.

Los dos griegos se muestran felices; el padre, orgulloso de su hijo, no tiene duda de que desempeñará bien su trabajo. La experiencia que le falta se la dará él, y siempre estará a su lado para ofrecerle el mejor de los consejos.

—Gracias, mi señor —dice Eurimedonte.

—Y ahora, podéis retiraros.

Los dos griegos se despiden inclinando sus cabezas y Arquelao ordena a todos los demás que lo dejen solo con Nicolás.

—Debo cambiar de opinión. Creo que no te has equivocado —dice Nicolás.

—Jerusalén ha de estar bien vigilada. Quiero confidentes y espías en cada rincón de esta ciudad. Además, se reforzará la dotación de guardias en el Templo y habrá escuadras de soldados, de origen judío naturalmente, que patrullarán sin descanso. No me fío de un pueblo tan veleidoso.

—Tienes razón en dudar de la gente de Jerusalén... ¡y de otros muchos! Por lo que percibo, los ánimos del pueblo no cambian, pese a que ahora esté calmado —comenta Nicolás.

—El modelo que quiero establecer en Jerusalén será extensible a las demás ciudades de mis dominios. En cada localidad importante de mi etnarquía desplegaremos un destacamento de soldados que se encargará de mantener el orden y de proteger a los funcionarios de nuestra administración y a los recaudadores de impuestos.

—Hará falta reforzar las viejas fortalezas e incluso construir algunas nuevas...

—Así lo haremos. Mi padre sembró su reino de castillos y fortificaciones; yo haré lo mismo en Judea, Samaria e Idumea.

—¿Y si el pueblo considera esas construcciones como una amenaza?

—Difundiremos que se trata de fortalezas para defendernos de las posibles incursiones de los árabes nabateos o de los bandidos de la Traconítide. Haremos que el pueblo crea que es para su protección y seguridad. Reforzaremos la idea de que mis hermanos Antipas y Filipo alientan a los bandidos y los azuzan para que roben en nuestro territorio. A la vista de las nuevas fortalezas, todos sabrán que mi puño será inflexible con quien no acate mis órdenes.

—Todo eso costará mucho dinero —reflexiona Nicolás.

—Que saldrá de una subida de los tributos.

—El aumento de los impuestos sí puede desencadenar protestas muy violentas.

—No lo creo. Quintilio Varo me ha comunicado que deja acantonada en las cercanías de Jerusalén a la mayoría de los hombres de la X Legión. Roma nunca ha dispuesto de un campamento estable en Jerusalén. Hasta ahora, la presencia de tropas romanas ha sido esporádica, pero están construyendo un asentamiento permanente y bien fortificado, lo que implica que han venido para quedarse, y para protegernos si es necesario.

—El mensaje que eso traslada a la gente es que Roma es la verdadera dueña de Israel...

—¡Y qué importa que lo crean así mientras yo pueda conservar mi trono!

—Espero que el sistema funcione.

—No lo dudes, Nicolás. Ya lo hizo en tiempos de mi padre, no veo por qué ha de fallar ahora.

LOS ENCANTOS DE GLAFIRA

Pasan los años, varios años. El gobierno de Arquelao discurre con tranquilidad. El etnarca, aunque sigue aspirando a que Augusto le conceda algún día el título de rey, está moderadamente satisfecho, pero sabe que la paz que se disfruta en Judea se debe al temor que todavía habita en los corazones de sus habitantes y al recuerdo vivo de la sangrienta represión de las legiones romanas.

—Judea es ahora uno de los rincones más pacíficos del mundo, más aún que cuando lo regía tu padre, el gran Herodes —le dice el anciano Nicolás de Damasco, mucho más torpe de movimientos, pero que sigue fielmente a su lado.

—Acerté de pleno cuando le encomendé la dirección de la Policía a Hipódamo, ¿no crees? —le pregunta Arquelao.

—Tienes razón, mi señor; fui yo el equivocado —asiente lisonjeramente Nicolás—. Hipódamo se ha revelado como un organizador eficaz y está dotado de sentido común. Bajo su jefatura, la Policía de la etnarquía se ha convertido en un cuerpo muy eficaz y preparado.

—Y yo estoy muy satisfecho de que la población se sienta segura y de que los controles funcionen. Hace años que no se promueve ningún tumulto, ni protesta alguna contra la presencia de los romanos.

—Ese hombre —dice Nicolás en referencia a Hipódamo— sabe bien lo que hace.

Lo que el viejo consejero no desea comentar es que la Policía infiltra confidentes por todas partes y que cualquier atisbo de disidencia que logra detectarse es acallado de inmediato deteniendo a su instigador y sometiéndolo a torturas y prisión, e incluso ejecutándolo, con toda discreción, eso sí, si es necesario.

—Fue un gran acierto prohibir las reuniones de más de cinco personas. Esa medida elimina cualquier posibilidad de que se organice una revuelta —comenta Arquelao—. Pero debemos tener cuidado y seguir vigilantes. A pesar de la calma, algunos de los agentes perciben que en los últimos meses se está extendiendo un ambiente de quejas. Hipódamo me ha confesado que algunos comienzan a hablar abiertamente de opresión y que cunde un cierto malestar por la sensación de vigilancia continua a la que se creen sometidos la mayoría de los ciudadanos de Judea.

—Y... ¿la cuestión de los impuestos? —prosigue Nicolás, que ve el momento favorable para tocar ante el etnarca algunos asuntos que están generando problemas.

—En ese tema no admito la menor de las contemplaciones. Quien no pague sus tributos será denunciado por los publicanos y si tiene deudas con el fisco, será vendido como esclavo y expulsado de Israel. —Arquelao se muestra inflexible.

—La ley de Moisés prohíbe que un judío someta a la esclavitud a miembros de su propia raza...

—Ésa es una vieja norma. Mi autoridad como etnarca está por encima de ese principio, tan antiguo. He ordenado al jefe de Policía que los que no paguen los impuestos sean detenidos de noche en sus casas, sacados de ellas con el máximo sigilo y trasladados a los mercados de esclavos de Fenicia. Sólo unos pocos tendrán el privilegio de ser sometidos a un juicio, en el que casi siempre resultarán condenados a la venta.

—Pero, mi señor, esa práctica acabará causándonos muchos problemas. Recuerda, por ejemplo, el caso de Mnasemo, aquel exaltado individuo que se atrevió a recriminarte en público que no cumplías tus promesas y que tampoco obedecías la ley de Dios, y que, por tanto, se negaba a pagar... Si surgen muchos como él, puede volver a estallar de nuevo una gran revuelta.

—Es cierto que en mi discurso en el Templo, hace ya años, prometí rebajar los impuestos. Seguro que son muchos los que se acuerdan de ello, pero un gobernante no debe ser siervo de sus promesas, sino dueño de sus decisiones, y yo adopto las que en cada momento resultan mejores para el buen gobierno de Israel; jamás dejaré que sean los deseos del populacho los que guíen mis acciones de gobierno.

—Tampoco gustó la destitución del sumo sacerdote Joazar —prosigue Nicolás.

—Tomé esa medida porque no podía consentir la lenidad con la que se comportó Joazar durante la rebelión de los fariseos, a los que dejó ocupar a sus anchas los patios del Templo. Los sacerdotes no están para alentar sediciones, sino para cumplir con sus obligaciones para con el culto.

—Además...

—Parece que hoy es el día de las recriminaciones. ¡Ya basta, Nicolás! —grita de repente Arquelao—. ¿No dicen los romanos «Que nos odien con tal de que nos teman»? Necesitamos también de esa política.

—Quizá yo sea el hombre más viejo de Israel, y uno de los más viejos del mundo, y además he estado toda mi vida a tu servicio y antes al de tu padre. La fidelidad que te debo y los años que tengo me invisten de la autoridad necesaria para decirte estas cosas. Déjame que siga, o cállame... para siempre.

—De acuerdo, habla, viejo impertinente. —Arquelao admite a regañadientes seguir escuchando las críticas de su principal consejero, la única persona a la que le permite dirigírsele en esos términos.

—Hace tiempo que no tienes relación alguna con tu hermano Antipas, y la que mantienes con Augusto ha empeorado en los últimos tiempos. —Nicolás no se atreve a decir directamente a su señor que como diplomático es un desastre, y edulcora sus reproches—. Como etnarca de Judea que eres, deberías enviar a Roma, pues de hecho gobiernas en nombre de su emperador, detallados informes periódicos sobre tu gestión en estos territorios. Pero lo que haces es ordenar que se emitan misivas tan escuetas y

simples que se convierten en meros trámites, sin contenido alguno que pueda incitar a Augusto a otorgarte el título real.

—¡Mantengo esta región en calma absoluta! ¿Te parece poco?

—Los grandes gobernantes quieren ser reconocidos por algo más que por conservar tranquila una región en un rincón del mundo. Augusto adora que lo traten como al monarca más grande de todos los tiempos, le gusta que sus leales funden ciudades con su nombre o que sus amigos le dediquen templos, altares y monumentos. Y tú no lo haces. Ni siquiera ordenas que se imprima su efigie y su nombre en las monedas emitidas desde aquí.

—No lo creo necesario...

—La única ciudad fundada bajo tu gobierno lleva el nombre de Arquelaida, el tuyo propio. Tal vez si la llamaras Cesaraugusta de Judea, o Livia de Judea, o el de algún otro miembro de la familia imperial, te ganarás el afecto del César, y serías rey. —Nicolás habla con absoluta desinhibición, sabedor de que nada tiene que perder y que, a su edad, una condena a muerte por parte de Arquelao sólo significará adelantar su óbito, que ya intuye cercano, en unos meses quizá.

—Sí, tal vez debí dedicarle esa ciudad a Livia...

—De haber sido así, la esposa de Augusto te lo habría agradecido presionando a su marido en tu favor, y no se habría mostrado enojada hacia ti, como bien sabes. Y en ese caso, el trono de Israel no seguiría vacante.

Arquelao calla. Nicolás tiene razón. El esperado título de rey no llega nunca y el trono continúa vacío, como si continuara una maldición caída sobre él y lo mantuviera desocupado para siempre. En Roma, parece que Augusto se olvida de Palestina, tal vez porque cree que ya no supone amenaza alguna. En realidad, el César desprecia a Arquelao porque no se siente apreciado por él, y cuando le llegan informes de sus agentes en Judea, aumenta su rechazo hacia el etnarca, que cada vez le parece un tipo más desagradable, displicente y ofensivo, hasta tal punto que cuando alguien le menta su nombre siente un efecto de rechazo inevitable. Si pudiera olvidarlo para siempre...

Mas para Arquelao la espera se torna agobiante; nunca llega el heraldo de Roma con el deseado nombramiento real.

Vuelven a pasar algunos años, y Arquelao purga su amargor aplicando sobre los territorios que gobierna más dureza aún, con ese rigor que provoca el resentimiento. El pueblo judío se somete, pero no olvida el pasado, y algunas voces disidentes comienzan a alzarse, abrumadas ante semejante presión, que para muchos es ya insoportable.

Pero los agentes que dirige Hipódamo cumplen con eficacia su papel de perros vigilantes, atentos a cualquier indicio que pueda poner en peligro la estabilidad de la

soberanía de Arquelao. Siempre que es posible, algunos de los confidentes, tras escuchar ciertas conversaciones, se introducen en grupos de descontentos y toman buena nota de lo que dicen antes de desvelárselo a su jefe.

—Las reuniones clandestinas de los descontentos son cada vez más frecuentes y más numerosas —comenta un delator a Hipódamo.

—¿Es tan grave como para preocuparse?

—Creo que sí. Sólo aquí, en Jerusalén, hay constituidos tres grupos de disidentes, dispuestos todos ellos a provocar una revuelta contra el etnarca en cuanto congreguen la fuerza suficiente.

—¿Cuentan con ayuda exterior? —pregunta Hipódamo.

—No he podido comprobarlo, pero por lo que se rumorea, ya han enviado un mensajero a Antipas, el tetrarca de Galilea, para pedirle ayuda y consejo.

Hipódamo, al escuchar la respuesta de su agente, tuerce el gesto en un claro signo de preocupación; hace tiempo que conoce la existencia de grupos de enojados y de su creciente malestar, pero creía tenerlos controlados. La irrupción de Antipas cambia las cosas y hace que se incremente el peligro de que triunfe un nuevo motín.

—También tengo informaciones de Sebaste y Márisa, ciudades de Samaria e Idumea, sobre un notable enfado de sus habitantes. Sé que hace unos días se celebró una reunión secreta en la que un exaltado rabino llegó a pedir a los congregados que acabaran con la «odiosa estirpe del viejo Herodes», reclamando de nuevo la administración directa de Roma sobre todo el territorio de Judea e Idumea. Y ahora ocurre lo mismo en Jerusalén.

Hipódamo siente escalofríos al escuchar las noticias de su confidente.

—Si las protestas se extienden y consiguen la ayuda de Antipas, tendremos un serio problema —reflexiona—. Y bien, ¿quiénes son los que se reúnen en esas clandestinas asambleas? Los más pobres, supongo.

—No sólo ellos. En la última reunión a la que he podido asistir estaban presentes miembros de algunas ricas familias de Jerusalén. Los potentados creen que el gobierno actual de la etnarquía está siendo para ellos más perjudicial que un gobierno en las manos de la casta sacerdotal. Dicen sentirse agobiados con tanta represión. Uno de los comerciantes más ricos de la ciudad llegó a decir que, como la teocracia sacerdotal es también imposible, sólo existe una alternativa al gobierno de Arquelao: la anexión al Imperio romano, y que en estos momentos ésa es la mejor opción.

—¿Es que ninguno de esos traidores aboga por un Israel restaurado, totalmente independiente, con un monarca fuerte al frente? —se indigna Hipódamo, pese a su origen griego.

—Algunos lo plantean, sí, pero la inmensa mayoría rechaza esa idea; se considera una utopía, cuando no una locura —comenta el confidente.

—¿Locura, utopía? Aunque yo no soy hebreo por mi origen, conozco bien al pueblo judío y sé que la mayoría desea vivir en un Israel independiente, en el reino que

construyeron y en el que vivieron sus antepasados, el que dicen que Dios prometió a David que subsistiría para siempre. ¡Comenzaría a serlo si Arquelao fuera rey!

—Me temo, mi señor, que eso es un sueño imposible. Los comerciantes son los más reacios; cuando alguien habla del reino de Israel independiente y soberano, enseguida sale uno de ellos para explicar las terribles consecuencias que ello acarrearía, y no dejan de proclamar que la independencia es una quimera; sí, un sueño imposible.

—Haces un buen trabajo, pero debes seguir atento a cuanto suceda entre esos disidentes. Sé discreto y procura que no te descubran. Ahora indaga sobre el grado de participación de Antipas en esa conjura que parece que se está fraguando —le dice Hipódamo—. Te compensaré muy bien si logras una información precisa al respecto.

»Y hazlo con absoluta discreción; ni siquiera el etnarca Arquelao debe enterarse de tus pesquisas, pues si atisba la menor duda sobre las intenciones de su hermano para derrocarlo, nos veríamos abocados a una guerra con Galilea. Por ahora eso sería lo peor que podría suceder, pues significaría la intervención inmediata de las legiones romanas y el final definitivo de la esperanza de disfrutar algún día de un reino independiente para todos los judíos.

»No dudes de que, si Arquelao sospecha de su hermano Antipas, reaccionará enviando soldados en su contra. Y, aunque las leyes la condenan, pues los judíos no matan a judíos, la guerra civil será inevitable; y la situación, terrible para todos nosotros. Te lo dice un griego.

—No te preocupes, señor. Seré muy discreto —asiente el espía esperando una buena recompensa.

Cualquier acto que moleste al pueblo reconforta a Arquelao, como si con ello se vengara del agravio al que está siendo sometido por el emperador. Le gusta que lo vean rodeado de griegos y de otros gentiles, de cuya amistad hace ostentación en la corte de Jerusalén para indignación y cólera de los que observan la Ley. Disfruta presidiendo carreras de caballos y de cuadrigas en el hipódromo y acudiendo al teatro a presenciar la representación de tragedias griegas por compañías de actores llegadas de Antioquía y de Damasco.

Cada sesión en el teatro constituye un acto más de impiedad para los religiosos judíos, que abominan de aquellas obras en las que se desencadena la lujuria de hombres y mujeres, el desenfreno de los falsos dioses, la alabanza directa o indirecta de esas abominables divinidades y las pasiones humanas más execrables. Los sacerdotes mascullan su indignación ante la deriva que parece haber adoptado una parte de la población de Jerusalén, que abandona sus deberes religiosos para holgar en el teatro o en el hipódromo, cometiendo flagrantes transgresiones de la ley de Moisés y de las costumbres de los antepasados. Y eso no es todo; para olvidar su fracaso político, Arquelao convierte su palacio en una casa de inmoralidad y de pecado.

El etnarca es un hombre lujurioso y lascivo, dominado por los abominables placeres condenados por la Ley. Cada vez que aparece en público ofrece un espectáculo lamentable, rodeado del más abyecto de los escándalos. En los ágapes oficiales se jacta de beber más que nadie, de poder mantenerse en pie mientras sus compañeros de banquete se derrumban y caen al suelo sumidos en la más indecente de las borracheras.

Cuando alguna exótica caravana llega a Jerusalén, los ciudadanos ya saben que se trata de una compañía de mimos, actores, danzantes y músicos contratados por Arquelao para divertir en palacio a sus invitados. La residencia real siempre está llena de cortesanas y bailarinas, a las que Arquelao corteja sin el menor pudor, y se pavonea de que se acuesta con cientos de ellas, destacando a aquellas que le procuran los mayores deleites. Ni se molesta en mantener oculta su permanente vida en pecado. Al contrario, cada vez que tiene ocasión alardea de las juergas y orgías en las que participa, sin importarle el escándalo que se va extendiendo entre la gente como una mancha de aceite sobre una losa de pulido mármol.

Ni siquiera su padre, el gran Herodes, se atrevió a tanto. El viejo rey tuvo muchas esposas y disfrutó de decenas de concubinas, de múltiples amantes y de cuantas mujeres le apetecieron. Pero lo hizo con mayor discreción. Mas el etnarca no se molesta en perder tiempo en el cortejo. Sus agentes se encargan de proporcionarle un ejército de hermosas jóvenes seleccionadas para su disfrute carnal. Todo el mundo lo ve o lo sabe. Una tras otra, decenas de mujeres pasan por su cama, y tras montarlas como un garañón en celo, no tarda siquiera un instante en olvidarlas. Para el pueblo, tal comportamiento recuerda los últimos y peores años de Salomón, la degradación total de un monarca cuyos pecados acabaron por airar a Dios, quien castigó a los judíos con la división de Israel en dos partes. ¡Buen sucesor de la impúdica lascivia de Herodes, desvirgador de cuantas doncellas calentaban su lecho!

Así suceden las cosas en la alcoba de palacio hasta que un día Arquelao comparte su lecho con una mujer distinta a cuantas ha conocido hasta entonces. Aquel encuentro lo cautiva y desencadena inesperadas consecuencias.

—Glafira, Glafira... Mi bella capadocia..., eres la mujer más hermosa del mundo —le susurra Arquelao a la amante que le roba la razón y de la que se enamora como un adolescente.

—Mi señor, mi dulce señor... —le bisbisa Glafira al oído a la vez que le besa el cuello y le mordisquea el lóbulo de la oreja.

—Mi hermanastro fue un hombre afortunado; lo envidio. Pero ahora eres mía, sólo mía...

Glafira estuvo casada con uno de los hermanos de Arquelao, Alejandro, a quien Herodes ordenara ejecutar al considerarlo partícipe de una conjura. Tras la muerte de su primer esposo, la viuda Glafira se retira a Capadocia, su región natal, donde su noble familia dispone de un lujoso palacio. En el transcurso de un viaje a Roma conoce a Juba, el rey negro de Mauritania, con quien casa de nuevo. El monarca africano ya es un

hombre mayor, pero aún está dotado de una poderosa virilidad y enseña nuevas artes amatorias a la joven capadocia. El corazón de Juba, agotado por el esfuerzo para contentar a su fogosa mujer, no resiste mucho tiempo, y el monarca mauritano muere pronto. Glafira, viuda por segunda vez, regresa de nuevo a Capadocia, pero antes pasa por Alejandría y luego por Jerusalén, quizá para recordar antiguas pasiones vividas al lado de su primer esposo.

—Y aquí me encuentro contigo —le dice Glafira a Arquelao, al que le gusta escuchar las andanzas de su amante.

—También envidio a ese maldito rey negro...

—No lo hagas, mi señor, ahora está muerto, y tú estás aquí, a mi lado.

Glafira es una de esas mujeres que siempre necesitan a un hombre, o a varios, en su cama. No concibe pasar sola una noche; quizá necesita calmar una extraña sensación de miedo que no se atreve a reconocer, o tal vez está tocada por la mano de Afrodita y requiere de un amante que la colme de placer sin descanso. En su viudedad nunca le faltan esclavos jóvenes y vigorosos, cuanto más dotados mejor, dispuestos a saciar su lúbrica sed de sexo.

—Cuando te vi aparecer en mi palacio supe que acabaríamos así. —Arquelao la abraza y le acaricia los pechos, todavía turgentes y suaves—. ¡La mujer de mi hermanastro en Jerusalén! ¿A qué habrá venido?, recuerdo que me pregunté. Pero lo que importa es que estás aquí, y eso me agrada; ninguna mujer me proporciona tanto placer como tú.

—En el magnífico banquete que ofreciste para celebrar mi llegada no dejaste de fijar tus ojos en mí durante toda la cena.

—Estabas muy hermosa. Ese día fue muy atareado. Esta maldita corte siempre está llena de pedigüños: soldados que solicitan un ascenso, comerciantes que buscan un privilegio, consejeros que te ofrecen sus servicios sin que lo hayas pedido, sacerdotes en demanda de prebendas para el Templo, rabinos que recriminan más atención para las cuestiones religiosas... Y entonces llegas tú, y te sitúas ahí, en medio de tanto maleducado y tanta buscona, elegante, hermosa y rutilante como la estrella de la mañana...

—Y te dijiste: «Esa mujer ha de ser mía».

—En efecto. Eros actuó como suele hacerlo...

—¿Eros? Yo creía que los judíos sólo adorabais a un único dios, el vuestro.

—Eros, Apolo, Zeus, Yahvé, ¿qué más da? Ahora tú eres mi única diosa. Ya me lo pareciste aquella noche. Te recuerdo recostada a mi lado; la luz melada de las lucernas se reflejaba en tu piel y la bañaba con una pátina dorada. Tu pelo largo, ondulado y rubio, tus ojos claros, aquel escote que anunciaba unos senos colmados de delicias...

—Te expresas como un poeta.

—Escucho a decenas de ellos declamar sus versos en el teatro.

—Y no pudiste resistir, y me reclamaste en tu lecho esa misma noche.

—Tuve que despachar a mi esposa. Mariamme se dio cuenta enseguida de que yo sólo tenía ojos para ti.

—Ella y todos cuantos participaban en aquella cena. Ni te molestaste en disimular cuánto deseabas tenerme. Hubo un momento en el que llegué a creer que te ibas a lanzar sobre mí allí mismo, y que me ibas a poseer delante de todos, frente a tu misma esposa.

—Eso hubiera sido muy excitante, ¿no crees? Todavía no sé cómo pude aguantar durante toda la cena antes de hacerte mía.

—La espera aumenta el deseo de los amantes. —Glafira baja su mano y acaricia el miembro de Arquelao, que muestra señales de querer recuperar su volumen perdido tras el primer envite amoroso.

—Ya no somos unos jovencitos. Tú sigues manteniendo la plenitud de tu belleza, pero no sé si podré acometer un segundo lance...

—Claro que puedes —susurra Glafira mientras besa a Arquelao en los labios, y luego desciende a lo largo de su cuerpo hasta colocar la cabeza entre las piernas del etnarca, que contempla el largo cabello de su amante desparramado sobre el vientre mientras siente crecer su miembro dentro de la boca de la hermosa capadocia.

Arquelao derrama su simiente entre espasmos de gozo y acaricia a su amante.

—Si los judíos piadosos supieran lo que acabamos de hacer... —susurra Glafira—. Sé muy bien que la mayoría de los doctores de la Ley aborrecen nuestro comportamiento.

—Nada me importa lo que piensen esos huraños vejstorios. Desde aquella primera noche a tu lado no deseo a ninguna otra mujer —responde el etnarca.

Glafira no es una jovencita, pero mantiene su armonioso rostro sin una sola arruga, su piel tersa y suave y sus pechos firmes y duros como una adolescente.

—Corren rumores —habla Glafira mientras acaricia el pecho de Arquelao— sobre nuestra relación. Se cuenta que tus súbditos están muy enojados porque dicen que es un escándalo que yo, como viuda de tu hermano, comparta lecho contigo. Vuestra Ley condena con dureza este tipo de relaciones.

—La Ley permite, e incluso considera justo y necesario, que si una mujer queda viuda y sin hijos, el hermano del difunto la despose para perpetuar en ella el nombre del linaje del fallecido —comenta Arquelao.

—Pero nuestra relación no cabe en ese supuesto. Yo tuve varios hijos con tu hermano Alejandro, de modo que no puedes desposarme, y tampoco mantener relaciones conmigo. Y luego está tu mujer, Mariamme...

—Mi esposa, sí. Desde que tú llegaste, no dejo de discutir con ella. Procuro evitarla, pero de vez en cuando me aborda y... bueno, creo que lo mejor será que la repudie y que me case contigo.

Al escuchar esas palabras, Glafira se abraza con fuerza a Arquelao y sonrío.

Al día siguiente Mariamme recibe la carta de repudio; llena de ira, intenta hablar con su esposo, pero los guardias de Arquelao se lo impiden. Poco después varios siervos

trasladan sus vestidos y sus enseres fuera de palacio, a una casa que el etnarca destina como nueva residencia de la repudiada.

Sólo una semana más tarde Glafira y Arquelao celebran en el Templo sus esponsales, rodeados de toda pompa y boato, y oficiados por el sumo sacerdote, que es quien preside la firma del contrato de los desposorios, y lo archiva. Tras la ceremonia, el sumo sacerdote traga saliva antes de pronunciar las bendiciones que prescriben las sagradas tradiciones en el ritual de boda. Aunque la poligamia no está prohibida en Israel, y menos para el rey, el sumo sacerdote sabe que el acto que está presidiendo no es legítimo y que la sensibilidad de los judíos muestra un notable aborrecimiento hacia esas prácticas. Pero no tiene otro remedio si quiere conservar su puesto, e incluso, quién sabe, su vida.

Las semanas que siguen discurren felices para los nuevos esposos, que apenas salen de los aposentos palaciegos: celebran banquetes, comen los más sabrosos manjares, beben los más delicados vinos y pasan las noches amándose hasta la llegada del alba. Todo cuanto sucede en Judea parece ajeno a sus vidas, que discurren por el momento en una suerte de paraíso etéreo. Hasta los ciudadanos de Jerusalén, siempre tan propensos a la crítica hacia sus gobernantes, parecen haberse olvidado de los escándalos de su monarca.

El caprichoso Hado, sin embargo, prepara una amarga sorpresa a los amantes.

10

ALEJANDRO REDIVIVO

En un lugarejo, propiedad de la ciudad de Sidón, vive un varón de raza judía cuyo parecido con Alejandro, el hijo de Herodes y la primera Mariamme, el que fuera primer marido de Glafira ejecutado por su propio padre, es asombroso. Algunos que conocieron al finado aseguran que son como dos gotas de agua.

Un mercader judío llamado Jasub, que gana mucho dinero vendiendo todo tipo de calzados y complementos de cuero, escucha de boca de uno de sus clientes la historia del judío que se parece mucho al difunto príncipe Alejandro. Pocas vueltas necesita dar la noticia en su cabeza para que su mente de avisado mercader husmee que allí hay negocio, y de los buenos. Jasub, acostumbrado a arriesgar en el complejo mundo del comercio, se presenta en la casa indicada por su cliente y se interesa por el judío que allí vive. No es hombre al que le gusten los rodeos, de modo que habla con el judío sin circunloquios.

—Ni su propia madre podría distinguirme del príncipe Alejandro. —Jasub, que conoció al hijo de Herodes, se queda impactado ante la semejanza entre ambos—. ¿Has pensado que puedes conseguir una fortuna explotando esa circunstancia?

—¿A qué Alejandro te refieres? —le pregunta el judío, a pesar de que sabe bien de qué está hablando.

—A aquel príncipe de Israel que su propio padre condenó en Berito, y luego ejecutó junto a su otro hermano, Aristóbulo. Su viuda, Glafira, acaba de contraer matrimonio con el etnarca Arquelao... ¿Y si ahora resulta que su primer marido está vivo, y que fueras tú mismo?

—¿Y qué beneficio puedo obtener yo de esa circunstancia?

—Te estoy proponiendo un buen negocio, en el que compartamos las ganancias. —Jasub habla con tono de misterio, como si guardara el gran secreto que conduce al más fabuloso de los tesoros.

—¿Cómo es posible? Explicáte un poco más —dice el sosias de Alejandro.

—Se trata de algo muy sencillo. Lo que vamos a hacer es explotar tu parecido con el hijo de Herodes. Tú serás el príncipe Alejandro, que regresa para recobrar a su mujer y salvar a su pueblo.

El sosias enmudece y el color de su faz se torna pálido en extremo. Jasub sigue relatando su asombroso plan.

—Y no se trata sólo de ganar dinero. Sabes muy bien cuán hartos está el pueblo de los caprichos de Arquelao. Los rumores se propagan; hay muchos grupos de piadosos, o de simples descontentos con la tiranía, que están dispuestos a acabar con él. Lo de

celebrar bodas con Glafira es la última gota... Si lo que te propongo sale bien, tú podrías acaudillar la rebelión. Y tal vez llegues a ser rey de Israel. ¿Te imaginas?

La desmesura de la propuesta hace tambalear la mente del sosias.

—Pero aunque me parezca a él, yo no sé nada de esa familia. Cualquiera que lo haya conocido se dará cuenta enseguida de que soy un impostor.

—Te equivocas. Yo conozco bien el palacio de Jerusalén. Cuando vivía el viejo Herodes yo era el zapatero de la casa real y tenía libre acceso a todos sus miembros; incluso le proporcionaba tinte al rey para que ocultara sus canas y pareciese así más joven. Te puedo enseñar tantas cosas que podrás hablar de palacio y de la familia real como si hubieras pasado toda tu vida entre ella.

—Pero...

—No pongas reparos a mi oferta. Alejandro era el príncipe más querido por el pueblo de Israel; algunos aún lloran su muerte. Les haremos creer que no ha muerto, que escapó de la ejecución, ya inventaremos cómo, y que se ha mantenido oculto durante todo este tiempo. El pueblo está desencantado y anhela la aparición de un caudillo que lo libere de su desesperanza y le dé nuevas fuerzas para seguir adelante. El pueblo odia a Arquelao y a su nueva esposa Glafira. Ese caudillo vas a ser tú: Alejandro revivido.

—No sé, es peligroso...

—¿Y qué no hay de peligroso en la vida? Piensa en lo que puedes conseguir, en el futuro que te espera, en la fama que puedes alcanzar. Tú, el nuevo rey de los judíos, el monarca que devuelva la gloria al pueblo elegido de Dios. Todos están esperando que aparezca alguien así; y ese alguien eres tú.

El sosias duda. Pero si hace un momento le parecía una locura, tras escuchar las palabras de Jasub comienza a sentirse seducido por la idea. Él, un don nadie, convertido de repente en el caudillo del pueblo judío y, ¿quién sabe?, incluso en su rey.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

—Déjalo en mis manos y, entre tanto, aprende cuanto te voy a contar sobre Herodes y sus palacios, y memorízalo, porque de ello dependen tu vida y la mía.

Jasub se traslada con el sosias de Alejandro, ya muy bien adoctrinado, a la isla de Creta. En la ciudad de Festo se halla establecida una importante comunidad judía, en cuya sinagoga convoca a todos los cabezas de las familias más notables para comunicarles la gran noticia. Ante una gran expectación, el astuto comerciante les comunica:

—¡El príncipe Alejandro sigue vivo! ¡Y está aquí, en Creta! El príncipe se muestra dispuesto a encabezar un movimiento que devuelva la grandeza perdida a Israel. Mas, por el momento, guardad silencio sobre esta inesperada noticia, pues de conocerse, la vida de Alejandro corre peligro.

Tal como ha supuesto Jasub, los judíos de Festo no tardan ni un instante en divulgar la sorprendente revelación, y la nueva se extiende con la velocidad del relámpago entre

todos los judíos de la isla de Creta y atraviesa el mar en boca de los comerciantes, que la difunden por toda Fenicia y por Palestina.

El sosias de Alejandro se empadrona en Festo y acude cada día a la sinagoga, cuyos miembros se encuentran encantados con que un príncipe de la familia real forme parte de su comunidad.

«¡Alejandro vive!», «¡El príncipe Alejandro ha reaparecido!», «¡Alejandro es la esperanza de Israel!» son las proclamas que se difunden por todas partes, agitadas por los agentes que Jasub envía por los mercados de las ciudades de Judea y Galilea.

La historia inventada por el hábil comerciante de cuero para revivir al príncipe Alejandro resulta verosímil. En muy diversas reuniones, Jasub propala con gran habilidad la misma cantinela:

—¡Alejandro y su hermano Aristóbulo, condenados a muerte por su padre Herodes, no fueron ejecutados! Sus verdugos se apiadaron en el último momento de los dos hermanos, y el oficial encargado de su muerte los liberó. Hasta este momento se han mantenido ocultos, para evitar una nueva ejecución, pero ahora, ante la pésima situación, con un Arquelao impúdico, cruel y mal gobernante, Alejandro ha querido dar un paso adelante para ponerse al frente de los que desean que el reino de Israel recupere su grandeza y prestigio perdidos. ¡Los días del tirano Arquelao están contados!

Glafira tiene un sueño turbador, quizá premonitorio de una inminente desgracia. En su ensoñación ve a su primer marido, Alejandro, puesto en pie, ante sus ojos, como una vaporosa sombra. Ella, sumida en una especie de sopor evanescente, tiene un impulso irremediable y se acerca hasta la etérea figura de Alejandro para besarlo. Pero el espectro la rechaza y, con desdén, le recrimina:

—Glafira —dice el fantasma con un tono de voz que resuena hueco y lúgubre—, cuando te casaste conmigo eras virgen. Tuvimos hijos, ¿recuerdas? Pero cuando mi padre ordenó asesinarme, tú no tardaste en olvidar lo que habíamos sido el uno para el otro y buscaste a otro hombre, y luego otro, y otro... Nada ni nadie era suficiente para aplacar el fuego de tu lujuria. Y no contenta con deshonar mi memoria y mi linaje, ahora yaces cada noche con mi propio hermano.

En el sueño, Glafira intenta replicar al espíritu de Alejandro, pero se siente incapaz de articular una sola palabra; una fuerza interior movida por algún hilo invisible lo impide. El espectro continúa hablando:

—Aquí, sumido en el más allá, en el mundo de las sombras, yo no te olvido. En tu mundo eres cautiva de los deseos que impulsan a entregar tu cuerpo a los placeres carnales, pero cuando la muerte te reclame, yo te estaré esperando para mostrarte este nuevo mundo.

Glafira se despierta sobresaltada y se incorpora angustiada. El sueño resulta tan real que por un momento la bella capadocia duda si aquella aparición es real. Se siente

turbada y corre a contárselo a la criada de mayor confianza, a la que considera dotada de ciertos dones proféticos.

—¿Qué supones que significa este sueño?

—Si vuelve a repetirse en los próximos días, quiere decir que es una señal de la divinidad; en ese caso, prepárate para el viaje al más allá —se sincera la criada cuando se ve forzada a ello.

Una semana después, y tras reiterarse dos veces más el mismo sueño, Glafira muere sumida entre pavorosos dolores.

Arquelao, atrapado en el más amargo desconsuelo, la entierra en Jerusalén según el rito funerario de los judíos. Todavía no es consciente de que ése es el comienzo de una larga serie de terribles acontecimientos.

Mientras dura el amor de Glafira, Arquelao rejuvenece, pero la muerte de la amante y esposa lo arrastra a un estado de desasosiego y ansiedad hasta entonces desconocido. Durante semanas, el etnarca queda embargado por la más profunda tristeza, rehúye cualquier festejo, rechaza la comida y la bebida, se aleja de cualquier mujer que pretenda siquiera acercarse. Aquejado de la más intensa de las melancolías, cada noche vaga solitario entre los muros del palacio como alma en pena.

Un día, compadecida por la soledad de su señor, la criada a la que Glafira le confiara su sueño decide contárselo a Arquelao. Esa noche, el etnarca sueña con su hermanastro Alejandro y se despierta sobresaltado, con el corazón latiendo cual caballo desbocado dentro de su pecho. Nada sabe acerca de la interpretación de los presagios, de modo que, pese a que muchos judíos lo consideran una argucia propia de paganos, decide consultar a un vidente. El elegido es Simón, un esenio onirocrita, que conoce bien la Ley y sabe interpretar los sueños.

Arquelao le relata lo que le ha contado su esposa y sus sueños propios, y, tras escucharlo con suma atención, Simón concluye tajante:

—Ahora, en algún lugar, alguien está tramando una conjura para disputarte el trono de Judea.

Mientras Arquelao da vueltas a las palabras del adivino, la noticia de la súbita aparición de Alejandro provoca una verdadera convulsión en Jerusalén. Al enterarse, Arquelao se conmueve hasta lo más profundo de sus entrañas. El etnarca percibe el peligro inminente y decide llamar a Hipódamo; está seguro de que el jefe de su Policía ideará algún plan para eliminar esa amenaza.

—Imagino que conoces la noticia...

—Sí, mi señor, todo el mundo está al tanto de ella. He esperado a que mis agentes la confirmaran.

—Entonces, ¿es cierto que en la isla de Creta ha aparecido un hombre que dice ser mi hermano Alejandro?

—Así es. La comunidad de judíos de Festo está convencida de que el príncipe Alejandro vive entre ellos como uno más. Juran y proclaman que ese hombre llegado de

Fenicia es el hijo predilecto de Herodes, aquel que todos creían muerto.

—¿Y has pensado en algún plan para desactivar ese bulo?

—Por supuesto. —La voz del griego denota firmeza—. No debes preocuparte, mi señor; he elegido a tres de mis mejores hombres que partirán hacia Creta en el primer navío que zarpe desde el puerto de Cesarea. Localizarán a ese individuo y en unos días tendrás su cabeza encima de tu mesa. Sea o no tu hermano...

—¡No lo es!

—Bien, en ese caso, no se derramará sangre de tu familia, sino la de un impostor —asienta Hipódamo.

—Me tranquilizas. Dejo este asunto en tus manos.

Pero las cosas se complican.

Los judíos de Festo realizan una generosa colecta para conseguir dinero en pro de la causa del falso Alejandro. Enemigos de Arquelao, al que odian, atisban una oportunidad para ayudar a desbancarlo, y también al taimado Antipas, siempre acechante en la sombra desde su tetrarquía de Galilea. Y hacen algo sorprendente: con el dinero recaudado, envían a dos delegados a Roma para que procuren entrevistarse con Augusto y presentarle los derechos de «su» Alejandro al trono de Israel.

Conforme la noticia se va extendiendo, otras comunidades judías establecidas en varias islas del Egeo, e incluso en Asia Menor, contribuyen con generosidad a la causa del revivido Alejandro.

Jasub se muestra dichoso. El plan que ha diseñado funciona perfectamente, mejor incluso y más rápido de lo que esperaba. Si todo sigue así, no sería imposible que, sin tardar mucho, se viera al frente del gobierno de Israel. En realidad, es con lo que sueña cuando maneja los hilos del falso Alejandro como los de una simple marioneta.

Pero tiene que moverse deprisa y con habilidad, de modo que decide abandonar Creta llevando con él a su pupilo. El comerciante sabe que si se queda mucho tiempo en un lugar puede ser presa fácil para los agentes de Arquelao o de Antipas, que sin duda estarán estudiando ya la manera de librarse del inesperado competidor. Efectivamente, poco antes de que los sicarios de Hipódamo desembarquen en Creta para liquidar al falso Alejandro, los dos embaucadores vuelan de la isla y recorren otras juderías para seguir recaudando dinero para sus fines.

La habilidad de Jasub para conseguir fondos, aprovechando sus años de experiencia como marchante, es extraordinaria. En cada comunidad judía que visitan presenta a su compañero como «el anhelado príncipe Alejandro, el hijo predilecto de Herodes el Grande», y promete que cuando se convierta en rey les devolverá con creces las cantidades aportadas para la causa y los recompensará con largueza por la ayuda prestada.

Lo que comienza siendo una alocada idea y un irresponsable atrevimiento se convierte de verdad en un gran negocio, y Jasub decide extenderlo a todas las comunidades judías establecidas fuera de la Tierra Prometida. Si consigue ayuda de las

juderías de Grecia, Asia Menor e Italia en las mismas proporciones que las logradas en las comunidades de las islas, estará en condiciones de atesorar una riqueza fabulosa..., quién sabe si bastante para intentar sin contemplaciones un asalto al poder sobre todo Israel.

El falso Alejandro comienza a sentir miedo y duda sobre si seguir adelante con aquella farsa. Sus visitas a las sinagogas de las islas del Egeo le proporcionan más dinero del que puede soñar y cree que lo mejor es dejarlo, retornar al anonimato y esconderse en alguna remota región del Imperio donde nadie lo conozca para disfrutar de los donativos de las comunidades hebreas estafadas.

Pero Jasub, el comerciante, es insaciable y desea más y más y más...

—En Italia hay establecidas comunidades judías mucho más ricas que las de esas míseras islas. Si ahí hemos logrado una buena cantidad, imagina lo que podemos recaudar en Nápoles o Roma. Y con menos peligro si cabe, pues allí el verdadero Alejandro era mucho menos conocido, y es habitual que cuanto más lejos vives de tu tierra más la añoras, y más dinero estás dispuesto a donar para una buena causa en su favor.

—No sé... Con lo que ya tenemos podríamos vivir el resto de nuestras vidas con cierta comodidad en alguna ciudad de Hispania, o del sur de la Galia —duda el falso Alejandro.

—Escucha. —Jasub desata una bolsa llena de monedas de su cinto y la hace sonar ante los ojos del impostor—. Es oro y plata lo que oyes, querido amigo. —El comerciante sonríe al escuchar el tintineo del metal—. ¿Vas a conformarte con las migajas pudiendo conseguir todo el pan?

—Si nos descubren seremos hombres muertos, y de nada nos servirá entonces este dinero.

—Oportunidades como ésta no se presentan a cualquiera. Haremos lo siguiente: visitaremos las comunidades judías de las islas Jónicas y luego viajaremos a Italia. Dejaremos que nos escolten, a modo de cortesanos, y protejan algunos voluntarios y guardias que pagaremos con este dinero. Un aspirante a rey no puede viajar sin ir rodeado de su corte. Recaudaremos cuanto podamos y después repartiremos el dinero, y podrás hacer con tu parte lo que te apetezca. ¿De acuerdo?

—Está bien —asiente el falso Alejandro.

El comerciante de cuero miente; sus planes son mucho más ambiciosos que los derivados de una simple estafa a un grupo de incautos judíos. Si en verdad quiere convertirse gracias a su pupilo en el verdadero dueño de Israel, necesita un golpe de mano muy audaz: que Augusto reconozca al falso Alejandro como el hijo legítimo y heredero de Herodes el Grande.

Desde el pequeño puerto de Melos, la improvisada corte del falso Alejandro embarca rumbo a Roma. Hacen el viaje sin escalas, en una magnífica nave, «digna de un rey» le ha dicho Jasub a su compinche, bien arbolada, con tres velas: a media nave, en la manga máxima, el artemón majestuoso y enorme, sobre él una más pequeña a modo de escandalosa, y la tercera, a proa, amurada a una verga que sobresale de la roda.

Con semejante despliegue de trapo el navío es muy veloz y de gran manejabilidad en las viradas, de modo que, con vientos favorables, arriban al puerto italiano de Dicearquía en apenas tres semanas. La aparición de la fastuosa nave con el falso Alejandro vestido como un monarca oriental y la comitiva de judíos de las islas griegas que lo acompaña hacen pensar a los hebreos de esa ciudad que en efecto están en presencia de un verdadero príncipe.

Jasub convence con su habilidad retórica y su fácil verborrea a los miembros de la comunidad judía sobre la identidad que atribuye a su protegido. Convencidos de su autenticidad, el mercader consigue cuantiosos donativos para sufragar lo que él llama *el retorno del legítimo heredero al trono de Israel*.

La euforia que el anuncio de la llegada del hijo de Herodes despierta en Dicearquía es tal que muchos de los judíos allí asentados se aprestan a acompañarlo en su camino hasta Roma. Todos se muestran entusiasmados y se ofrecen a ayudar en cuanto sea necesario. La mayoría lo aclama como el futuro rey de Israel y le jura obediencia como legítimo depositario del trono de Herodes.

Como si de un verdadero rey se tratara, el falso Alejandro es transportado en una silla con angarillas, portada a hombros por una docena de hombres. Conforme la comitiva avanza hacia Roma, los correos imperiales informan a Augusto de lo que está aconteciendo en el camino.

El emperador está a punto de perder la paciencia que hasta ahora muestra con los judíos. Por si no fuera suficiente la extravagancia de esa comitiva en marcha hacia Roma, sin haberse anunciado previamente, con un presunto príncipe revivido viajando a hombros de un grupo de fanáticos que lo aclaman como su verdadero rey, hace dos días se ha presentado en la capital un grupo de sicarios enviado por Arquelao desde Jerusalén, evidentemente con la intención de ejecutar al falso Alejandro, tal como planea Hipódamo. Los agentes del emperador, los *curiosi*, que controlan toda la Urbe, se enteran a tiempo y ponen al César al corriente de los movimientos de las dos partes. Si ambas se encuentran, puede desencadenarse una seria reyerta en plena Urbe y desatar una sedición, si alcanza a las comunidades judías afectas a Alejandro y luego extenderse a Judea.

Urge tomar una decisión, pues Jasub, el sosias de Alejandro y la esperpéntica comitiva que los acompaña llegan finalmente a Roma, donde son recibidos con entusiasmo por los judíos que allí residen. Ninguno de ellos ha visto al verdadero Alejandro en vida; pero no importa, no hay quien dude de la autenticidad del hombre que tienen ante sus ojos, al que todos cuantos lo siguen desde las islas griegas o desde

Dicearquía reconocen y proclaman como el hijo predilecto de Herodes el Grande y auténtico heredero al trono de Israel. La euforia es contagiosa, y los judíos de la capital se dejan arrastrar por la falsedad y también caen en el engaño.

Además, el falso Alejandro muda su personalidad, y ahora sí se cree el verdadero hijo de Herodes. En cada ocasión que puede procura comportarse como un auténtico príncipe. Sus apariciones en la sinagoga mayor de Roma, donde cada día recibe a decenas de judíos, se presentan como una tumultuosa manifestación de júbilo y de exaltación del nacionalismo hebreo, con vítores estruendosos al que muchos ya proclaman como su nuevo rey.

Augusto cree que ya es hora de intervenir de manera contundente, antes de que el besamanos diario en el que se convierte la presencia del autodenominado príncipe en la sinagoga derive en un grave altercado contra la seguridad pública. Sus agentes le describen con minuciosidad el fervor que se desencadena entre los habitantes de la judería, a orillas del Tíber, y cómo crecen el tumulto y la algarabía en torno al presunto hijo de Herodes.

Pese a su edad, el emperador conserva una memoria extraordinaria y recuerda muy bien cómo hace años Herodes le escribió para pedirle permiso sobre la condena capital de dos de sus hijos, Alejandro y Aristóbulo, a los que consideraba partícipes de una conjura para arrebatarle el trono. Cuando Augusto se enteró de las reiteradas desavenencias entre padre e hijos, trató de que se reconciliaran, pero no lo logró, y autorizó por fin a Herodes para que obrara con ellos según su criterio. El rey no dudó en ejecutar a aquellos dos, para sorpresa del emperador, que no imaginaba que su amigo fuera capaz de aplicar semejante castigo a sus propios hijos.

Augusto conoció al verdadero Alejandro cuando, siendo muy joven, el príncipe judío pasó varios años en Roma y se encontró con él en varias ocasiones en recepciones y banquetes celebrados en palacio. Aunque han transcurrido muchos años desde aquellos días, Augusto no tiene duda alguna de que si ese hombre al que aclaman como el verdadero Alejandro es un impostor, no tardará ni un instante en descubrir la mentira.

El emperador hace memoria y busca en el interior de sus recuerdos las facciones del Alejandro que él conoció. Tiene que esforzarse en rememorar; durante su larga vida ha visto miles de rostros, muchos anónimos, otros pertenecientes a reyes, caudillos, príncipes, generales, altos funcionarios... Podría reconocerlos uno a uno, no en vano él es el señor del mundo y debe dar prueba en cada momento de que controla y domina todo y a todos cuantos lo rodean. Y entre tantos rostros como se amontonan en su cabeza, consigue al fin establecer las facciones de Alejandro, recordando las escenas en las que ambos coincidieron. En su espléndida memoria empiezan a abrirse paso incluso los discursos y los ademanes que un hábil Alejandro pronunció ante él mismo en la ardorosa defensa de su inocencia.

—Localiza a ese hombre y tráelo a mi presencia —ordena Augusto a Celado, uno de sus libertos, al que considera uno de su más leales servidores—. Comprobaré

personalmente su identidad.

Sólo unas pocas horas después Celado y sus guardias se presentan ante Augusto con los dos judíos: el falso Alejandro y el mercader Jasub.

—Aquí están, mi señor. Se han resistido a comparecer ante ti, y hemos tenido que emplear la fuerza para traerlos a tu presencia. Argumentaban que sí deseaban ver al emperador, pero que están redactando un memorándum que no han acabado. —Un par de hematomas en la cara de Jasub ratifican las palabras del liberto—. Ahí fuera espera un grupo de judíos vociferantes que nos ha seguido hasta palacio.

El emperador se acerca hasta un solo paso de distancia del sosias de Alejandro, lo observa con atención y lo mira fijamente a los ojos.

El impostor no puede sostener la mirada del César y baja la vista al suelo.

—Vaya, vaya, de modo que tú eres el hijo de Herodes, el príncipe Alejandro — comenta Augusto resaltando a propósito el tono irónico de sus palabras.

En su rápida pero intensa inspección ocular, el emperador se da cuenta enseguida del engaño. Desde luego, el parecido es muy grande, sorprendente, pero este falso príncipe tiene un cuerpo más vigoroso, sus ademanes son más rústicos y sus manos son las de alguien que ha trabajado duro con ellas, no las de un príncipe acomodado en la corte.

Le hace además un par de preguntas y comprueba de inmediato que el latín del falso Alejandro dista mucho del refinado lenguaje que utilizaba el verdadero príncipe, aprendido de los mejores pedagogos de Roma. Una vez más, Augusto demuestra estar dotado de una perspicacia fuera de lo común.

—¿Qué le ha sucedido a tu hermano Aristóbulo? —demanda intrigado el emperador.

—Se salvó a la par que yo —responde el falso Alejandro con voz temblorosa—. Se ha quedado en Chipre; tiene miedo a la mar. Además, si algo me ocurriera a mí, por lo menos quedará él para reivindicar los derechos de la familia, por lo que no se extinguirá por completo la descendencia de Mariamme, la esposa de Herodes y nuestra madre.

El emperador continúa preguntándole por pequeños detalles y a cada pregunta, la respuesta es más inconcreta y el tono menos seguro.

—¿Qué ocurrió después de tu estancia en Roma? Siento curiosidad por saber cómo reaccionó tu padre cuando decidió condenarte a ti y a tu hermano a muerte.

El sosias de Alejandro responde con torpeza y con evasivas. Entonces el emperador frunce el ceño, se levanta de su sitial, toma por el brazo al judío, se lo lleva aparte, a un rincón de la sala, y le dice:

—Si hablas con sinceridad y me revelas toda la verdad, te prometo que te perdonaré la vida. De lo contrario, ordenaré que te degüellen aquí mismo. El verdadero Alejandro falleció hace mucho tiempo. ¿Quién eres tú en realidad? De todos modos..., ¿qué más da quién seas?

Con la presteza de un rayo, el falso Alejandro reflexiona sobre la situación, y al punto cae en la cuenta de que se halla al final de su fantasiosa aventura. Quien tiene ante sus ojos no es un incauto judío que espera la llegada de un Mesías redentor, sino el dueño del Imperio que controla casi todo el mundo conocido, el hombre más poderoso que jamás ha existido. Sabe que no tiene otra salida que confesar, de modo que se derrumba y confiesa.

—Yo no soy Alejandro —habla con voz baja y tono compungido. Y de un tirón le relata todo lo acontecido desde que Jasub se presentó en su aldea de Fenicia y lo convenció para poner en marcha esa farsa.

—Ahora contarás todo esto a los demás.

Augusto regresa al centro de la sala, ordena a Celado que haga pasar a los judíos que esperan tensos en el exterior de palacio y, cuando están ante él, obliga al falsario a que revele de nuevo sus patrañas delante de sus correligionarios y de algunos miembros de la corte imperial allí presentes.

—... y eso es todo —finaliza el falso Alejandro su relato.

Todos se muestran asombrados y cuchichean hasta que Augusto ordena silencio.

—Una vez oídas estas confesiones, ordeno que ese tal Jasub sea ejecutado de inmediato. Y en cuanto a ti, comoquiera que te llames y quienquiera que seas, mantengo mi palabra y te perdono la vida. Pero como veo que eres un hombre fornido, es mi deseo que sigas ejercitando tus músculos, de modo que pasarás el resto de tu vida remando como galeote en una nave de la Armada imperial.

Los judíos a los que se les ha permitido la entrada a palacio, entre los que se cuentan los más ricos e influyentes miembros de la comunidad hebrea de Roma, se muestran avergonzados por haber caído en tan burda trampa.

El emperador resuelve con rapidez y eficacia el engaño en el que ellos han sucumbido de un modo tan inocente.

Jasub intenta hablar cuando los guardias lo retiran, pero un contundente golpe en la mandíbula le cierra la boca de inmediato. Poco después es degollado en las mazmorras de palacio y su cadáver arrojado como alimento de las fieras del circo.

La noticia del descubrimiento del fraude del falso Alejandro orquestado por Jasub y de la contundente resolución de Augusto se extienden con enorme rapidez por las comunidades judías estafadas.

Los hombres enviados por Hipódamo a Roma para ejecutar al impostor se enteran también de ello y se alegran al saber que Augusto en persona se ha encargado de su trabajo. De inmediato regresan a Judea para informar a Arquelao.

En su palacio de Jerusalén, Arquelao respira satisfecho cuando se entera de la muerte de Jasub y la condena a galeras de por vida de su compinche. Considera que el trono de Israel está a salvo de inútiles sacudidas. Por las vueltas que da la vida, quien más se ha opuesto a que el trono vacío adquiriera todo su sentido acaba de salvarlo. Sí, la

intervención del César lo favorece y esa ayuda le viene muy bien para asentar su autoridad, precisamente en momentos en los que más lo necesita.

11

RUT, LA HIJA DEL SACERDOTE

Arquelao se siente mucho más seguro. En su imaginación cree que Augusto, con este acto de justicia, lo ha ratificado y que, ahora sí, no tardará demasiado en llegar su reconocimiento como rey de Israel.

Afianzado en su puesto, festeja su suerte recobrando costumbres perdidas tras la muerte de Glafira, e invita de nuevo a sus amigos a banquetes y orgías en los que todos vuelven a acabar atrapados en tremendas borracheras. Hipódamo cumple con total profesionalidad su puesto de jefe de la Policía de la etnarquía; es el único alto dignatario que no acude a estas bacanales y, si en alguna ocasión no tiene otro remedio, nunca bebe y siempre mantiene la cabeza serena y el ánimo atento.

—El banquete de hoy es especial —le dice Arquelao a su jefe de Policía—. He invitado a Jeconías, un sacerdote de la influyente familia de los Boeto, que viene con su hija. Es aquella hermosa joven; se llama Rut. Me aseguran que es una de las doncellas más hermosas de Judea. Tal vez la invite esta noche a compartir..., pero antes debo enterarme sobre cómo se las gasta. Por eso te he pedido que participes en este banquete. Te he asignado un lugar a su lado. Habla con ella y entérate de si es de fiar.

—Como ordenes, señor —asiente Hipódamo.

Nada más comenzar el ágape, el jefe de la Policía intercambia algunas frases con Rut, que se muestra pudorosa e incluso llega a ruborizarse.

En verdad se trata de una joven muy hermosa, de una belleza fuera de lo común: ojos grandes y de un tono verde muy raro en Israel, pestañas largas y rizadas, rasgos finos y pulcros, cabello largo, negro cual azabache, recogido en una gruesa trenza, y labios sensuales. Superados los primeros momentos de turbación, su conversación resulta amena y agradable.

Hace tiempo que Hipódamo fue abandonado por la juventud, pero continúa soltero. Está absorto en su trabajo y nunca ha sentido la atracción suficiente por una mujer como para hacerla su esposa, aunque en esos momentos al lado de Rut se despierta en su corazón un fuego que ya creía imposible de encender.

En el transcurso del banquete, entre la excelente comida, el buen vino, las risas, la histriónica actuación de un mimo que representa con gestos exagerados la vida cotidiana al ritmo de la música de los flautistas, Hipódamo no deja de contemplar el rostro luminoso de Rut y una y otra vez busca sus ojos verdes con la mirada. La muchacha, pese a la presencia del padre, no la rechaza; todo lo contrario, parece que le gusta. Son muchos los momentos de la velada en los que ambos mantienen sus pupilas fijas en las del otro, contemplándose con mutuo agrado.

Cuando Arquelao decide que ha llegado el momento de poner fin al banquete, a Hipódamo le parece que aquellas horas han transcurrido en apenas un instante, y entonces recuerda el encargo de su señor.

Sólo ha pasado unas horas al lado de esa joven y ya se ha prendado de su boca, de su labios tan perfectamente perfilados, de sus suaves pómulos ligeramente enrojecidos por el efecto del vino, de sus delicadas y blancas manos de finos y alargados dedos, hechos para proporcionar las más delicadas caricias, y del eco de su voz tranquila y cantarina. ¡Desea tanto verla de nuevo!

Cuando Arquelao lo llama, piensa rápido en qué decirle a su señor.

—Y bien, ¿qué te parece la hija del sacerdote? Te he observado en alguna ocasión durante la cena y parece que estabas muy a gusto en su compañía.

—Ejem —carraspea Hipódamo—, no creo que te convenga esa joven, mi señor.

—Es muy hermosa; hace tiempo que no calienta mi cama una doncella como ésa.

—Parece muy candorosa, no creo que sea el tipo de mujer que te satisfaga.

—Las que se muestran más modosas en público son las más ardientes en la alcoba, créeme.

—Pero es hija de un prestigioso miembro de la clase sacerdotal; no creo que...

—Basta, basta... Si el jefe de mi Policía dice que algo no me conviene, tengo que hacerle caso. ¿Quién mejor que tú para velar por mi seguridad?

Hipódamo respira aliviado. Si Arquelao hubiera decidido llevar a Rut a su lecho, su corazón habría sufrido más de lo que hubiera podido imaginar hace apenas un día.

Esa noche transcurre entre desvelos y revueltos pensamientos; apenas puede dormir. Los deslumbrantes ojos de Rut se abren una y otra vez en el interior de la cabeza del jefe de Policía. En su duermevela no recuerda haber visto unos ojos más hermosos, ni una sonrisa más dulce.

Tiene que volver a verla, pero no parece empresa fácil. Una mujer hebrea soltera no sale sola de casa. Además, él es griego y la joven, judía e hija de un destacado sacerdote. Los judíos, en especial los de la diáspora, aquellos que viven fuera de Israel, tratan con extranjeros, comercian con gentes de otras naciones e incluso celebran banquetes con los foráneos, pero jamás consienten en entregar a sus hijas a los gentiles..., y menos si se trata de la hija de un sacerdote de la casa de Leví. Un levita nunca permitiría que su hija se casara con un extranjero. Ni la Ley, ni las costumbres, ni la tradición contemplan semejante desvarío. Hipódamo lo sabe, pero no renuncia a volver a encontrarse con la muchacha que ahora ocupa su corazón, de modo que trata de buscar una solución a un problema aparentemente irresoluble.

Aprovechando su cargo, consigue enterarse de que en casa de Rut sirve una esclava fenicia que podría ser la llave de acceso y encarga a uno de sus más leales guardias que

aborde a la sierva cuando vaya de compras al mercado y le proponga que le comente a su señora las intenciones de Hipódamo de volver a verla.

La esclava, aun amedrentada por el guardia de Hipódamo, lo escucha con atención y se lo comenta a Rut nada más regresar a casa.

—Señora, un mensajero del jefe de la Policía me ha abordado camino del mercado y me ha dicho que te transmita que ese hombre desea volver a verte.

Rut se complace con lo que escucha. Ella también piensa muchas veces en el apuesto griego que dirige la Policía del «reino de Judea», como llama la gente a los dominios de Arquelao, aunque sólo sean una etnarquía, y se siente atraída y halagada. También desea volver a verlo.

—¿Te ha dicho algo más? —pregunta Rut.

—Sí. Que espera tu respuesta. Yo se la haré llegar en el mercado.

Rut deja que pasen dos días. Está confusa y sabe que una relación con el griego es imposible, al menos a los ojos de su padre, un sacerdote estricto cumplidor de la ley de Moisés. Pero no deja de pensar en el apuesto Hipódamo, un hombre atractivo, fuerte, de agradable conversación y atentos modales.

Al fin, la muchacha cede.

—Dile al guardia que le comunique a su señor que venga a verme esta noche. Lo esperaré en el patio de la casa. Hazle saber cómo llegar hasta él.

Al recibir la noticia, el corazón de Hipódamo se acelera como nunca antes. Es un tipo duro, dirige a cientos de hombres con mano firme y puño de hierro y en su trabajo no hay el mínimo resquicio para el sentimentalismo. Pero ante esa muchacha se siente otro hombre, más débil, más humano.

Esa noche Hipódamo atraviesa las calles de Jerusalén embozado en su capa. Camina escoltado por dos de sus guardias, pero además porta su espada, por si algún insensato osa interponerse en su camino. Tal como le han indicado, llega ante la casa de Rut, ubicada en el barrio norte de la ciudad, y se dirige a una callejuela a la que da el patio posterior de la vivienda. Entre las sombras puede atisbar la copa de un limonero que sobresale por encima de la tapia. No lo duda, y con la agilidad del hombre habituado al ejercicio físico y el apoyo de sus dos colegas, consigue trepar fácilmente y cae de un salto al otro lado.

Y allí está ella, tal cual la recuerda; con sus ojos brillando bajo la tenue luz de las estrellas. No dicen nada, sólo se acercan el uno al otro y se abrazan, fuerte, muy fuerte...

Desde esa noche las visitas al patio del limonero se hacen cada vez más frecuentes. Rut tiene que esperar a que su padre, que descansa en una estancia alejada del patio, se duerma para acudir al encuentro con su enamorado. La esclava fenicia vigila entre tanto por si Jeconías se despertara de improviso, y los dos guardias hacen lo propio en el exterior de la tapia. En un rincón del patio, los dos enamorados se susurran al oído palabras de amor y se pierden en caricias y arrumacos. Algunas noches prolongan su

encuentro hasta la primera claridad de la aurora, cuando despliega sus primeras luces suaves y rosadas.

A la pasión amorosa se suma la atracción de estar protagonizando una aventura prohibida. Ambos esperan cada encuentro con la sensación de vivir una situación extraordinaria, emocionante, furtiva, plena a la vez de momentos cuajados de dicha.

Hace ya dos meses que se repiten esas visitas nocturnas, pero Hipódamo y Rut no unen sus cuerpos. Sólo cruzan besos, abrazos y caricias, aunque Hipódamo no cambia aquello por nada en el mundo. Rut no le permite ir más allá, pero el griego tiene suficiente como para adivinar las formas rotundas que se ocultan bajo la túnica de la joven, los generosos pechos, las contundentes caderas, los firmes muslos...

Una noche, las manos ávidas de Hipódamo buscan debajo de la túnica de Rut. La muchacha lo detiene. El griego le pide que le permita consumir sus anhelos. Está seguro de que ella guarda los mismos deseos, aunque sus escrúpulos religiosos actúen como un poderoso freno.

—Te deseo tanto... Estas visitas se me hacen cada día más cortas —susurra Hipódamo.

—Ojalá duraran eternamente —musita Rut.

—Quiero amarte con todo mi ser. Hasta ahora he sido prudente, pese a mis deseos de poseerte, pero necesito hacerte mía, aquí, sobre este suelo, bajo estas estrellas.

Pero la joven se muestra firme:

—Sólo te entregaré mi virginidad cuando me prometas matrimonio y cumplas tu promesa. Es la ley de mis mayores, y debo acatarla.

—¿Matrimonio dices? Yo soy griego y tú eres judía, ¡cómo vamos a poder casarnos! Esa misma religión a la que aludes lo impide.

—Lo sé, pero no me importa. Dios no puede ser tan cruel como para evitar que una mujer y un hombre que se aman puedan estar juntos.

—Eso díselo a tu padre y a los sacerdotes que, como él, acatan leyes tan absurdas.

—No son los hombres, sino Dios mismo quien dicta esas leyes; se las entregó a Moisés en el monte Sinaí y mi pueblo vive cumpliéndolas desde entonces.

—No te entiendo; dices que quieres cumplir la Ley que impide que estemos juntos, pero a la vez consideras que Dios no debe evitar que nos amemos...

—Estoy confusa. Tu amor ha hecho añicos todo aquello en lo que antes creía de una manera tan firme y segura. Hablar contigo, en estas citas clandestinas, ya supone incumplir la Ley y quebrar las tradiciones de mi pueblo. Si mi padre se enterara de lo que hace su hija a sus espaldas y en su propia casa...

Hipódamo la abraza y la sujeta con delicadeza por las caderas. La atrae y la besa con toda la dulzura de que es capaz. Está encendido de pasión y lo asaltan unas ganas locas de poseerla allí mismo, pero se contiene. Sabe que esa mujer lo tiene atrapado y que Eros, el dios griego del amor, ha lanzado sus dardos con tal maestría y teje invisibles

redes de tal modo que lo enmaraña por completo. Su sangre hierve como el agua en un puchero al fuego.

Ella pretende mostrarse fría como las nieves del monte Hermón, pero el temblor de sus labios, el sonrojo de sus mejillas y el parpadeo constante parecen indicar todo lo contrario. Le gusta escuchar las palabras de amor que le dedica el griego, siente su pecho traspasado por una pasión que intenta controlar, nota la agitación que le provoca cada atardecer un remolino de deseo, el atropello de los pensamientos que se suceden y se amontonan en su cabeza y el dulce desasosiego de la espera cada noche junto al limonero.

«Una mujer judía, hija de un sacerdote, no puede dejarse besar por un extranjero», se repite una y otra vez, pero se lo permite, aunque ahora los requerimientos de Hipódamo van más allá de los besos y las caricias. Y poco a poco se va abandonando a los besos de su amante y deja que sus manos avancen bajo la túnica. Una de ellas alcanza al fin el pecho, terso y juvenil, y lo acaricia despacio, deslizando las yemas de los dedos sobre la suave piel, y luego busca el pezón y lo estimula con las yemas de los dedos hasta conseguir que se endurezca y tense como un pequeño capullo.

Rut se estremece; es la primera vez que siente algo semejante. Una ola de placer la invade y enciende en su interior una llama caliente que arde pero no quema. Se abraza a Hipódamo y lo besa con mayor intensidad. Las caricias en el pecho le gustan, y nota una inquietante humedad en su entrepierna.

La otra mano del griego se desliza ahora por la cadera y comienza a buscar los muslos. Rut jadea, duda, le deja hacer, tiembla, pero justo cuando los dedos alcanzan a rozar la húmeda hendidura dorada, la hija de Jeconías se aparta temblorosa.

—No puedo, todavía no, lo siento... —se lamenta en un tono que parece estar pidiendo perdón.

—No te preocupes, tenemos tiempo, mucho tiempo.

Jeconías se da cuenta del cambio de ánimo de su hija, aunque, según cree, no ocurre nada nuevo en la vida de Rut. Pero la nota mucho más feliz, la contempla caminar por las estancias de la casa como levitando, con el rostro iluminado por una extraña dicha, los ojos risueños como ausentes y los pies ligeros. Nunca antes...

El sacerdote sospecha, pero no acierta a adivinar qué extraño suceso provoca la nueva actitud de su hija. Decide hablar con ella.

—Hija, hace algún tiempo que te observo, y noto que tu comportamiento es diferente al que solías mostrar meses atrás. Supongo que se debe a las alteraciones propias de tu edad juvenil, pero soy tu padre y quiero saber cuál es la causa de ese cambio.

Rut se sorprende; no esperaba esa pregunta y contesta sin pensar.

—Me pretende un hombre.

—¡Qué! —Jeconías muda el gesto de su rostro.

Es un hombre seguro de sí y de carácter muy sereno. Su estado de ánimo apenas se refleja en su forma de comportarse, procura conservar la calma en cualquier situación y nunca da muestras de nerviosismo. Pero la respuesta de Rut lo deja absolutamente desconcertado.

—Pretende casarse conmigo y desea que le concedas tu consentimiento.

Los ojos del sacerdote apenas caben en sus cuencas.

—¿Quién es?, ¿cómo ha llegado hasta ti?, ¿de quién se trata?, ¿lo conozco?, ¿su familia es cumplidora de la Ley?, ¿a qué tribu pertenece?, ¿es un hombre honesto?...

Jeconías lanza una catarata de preguntas, algunas bien fundadas, otras absolutamente equivocadas respecto al pretendiente de Rut. Está desorientado, pues nunca hubiera imaginado semejante revelación.

—Ya te he dicho que quiere hablar contigo. Él te pedirá una cita.

—¿Y tú?, ¿deseas casarte con ese hombre?

—Sí.

—¿Has..., te ha...?

—Si lo que pretendes preguntarme es si he tenido relaciones íntimas con él, la respuesta es no; conservo mi virginidad.

—¡Loado sea el Señor! —exclama el sacerdote.

Aquella noche, Rut le cuenta a Hipódamo la conversación con su padre y le dice que sólo será suya si consiente en casarse con ella y que no volverá a verlo hasta que no la solicite en matrimonio.

Pasan los días y acaban las noches de besos y abrazos bajo el limonero. Rut añora a su amado y cada noche, en la soledad del silencio oscuro, pasa varias horas en el rincón donde antes todo eran mimos envueltos en palabras de amor. Y espera; pacientemente espera a que Hipódamo se decida a dar el gran paso.

La casa paterna se convierte para Rut en una prisión en la que las rejas son sus propios recuerdos. El tiempo transcurre con una lentitud desesperante. Su alma transita del desespero a la esperanza. Los momentos felices, en los que ella aguardaba con ansia la llegada de la noche, son un recuerdo. ¿Por qué se retrasa tanto la decisión de Hipódamo?

Por fin, un día, el sacerdote reclama la inmediata presencia de su hija. Jeconías tiene el rictus serio y sus ademanes procuran mostrar una falsa serenidad, porque es evidente que su ánimo está muy alterado.

—Un criado, tal vez un esclavo por cómo vestía y se comportaba, me acaba de traer un recado. Se trata de tu... pretendiente. Quiere verme.

Rut nota cómo su corazón se sobresalta y late con tanta fuerza que puede sentir cómo golpea en las paredes de su pecho.

—¿Cómo te comunicas con él? —le pregunta Jeconías.

—Me vio en el mercado y desde entonces no deja de seguirme —miente Rut.

—Me ha citado en Betania. Quiere que vaya hasta ese pueblo para pedirme tu mano.

—¿Y vas a ir?

—Eres mi hija; un hombre, al que ni siquiera conozco, una familia que ni siquiera ha hablado conmigo... quiere pedirme tu mano. Lo habitual es que acuda a mi casa, pero...

—¿Vas a ir? —insiste Rut.

—Claro que voy a ir.

La cita se produce en la casa que un amigo de Hipódamo posee en Betania, a poco menos de una hora de camino de Jerusalén. Aunque Jeconías todavía lo ignora, el jefe de la Policía no quiere visitarlo en su casa dada su condición de sacerdote, cuya morada quedaría manchada por la impureza si la hollara un gentil. Aunque, en realidad, ya lo está, pues han sido muchas las noches en las que los pies del griego han pisado el patio del sacerdote.

En cualquier caso, el jardín de la mansión del amigo de Hipódamo es un lugar tranquilo, alejado de miradas indiscretas y de oídos curiosos. Y es la casa de un judío fiel cumplidor de la ley de Moisés.

Es mediodía cuando el sacerdote llega ante la puerta; un esclavo lo acompaña desde Jerusalén. Llama. Un hombre de aspecto noble le da la bienvenida y lo saluda con la reverencia debida a un personaje entrado en años, cuyo sacerdocio le otorga un prestigio al que se añade el profundo conocimiento de la Ley.

—Pasa, venerable Jeconías. Sé bienvenido a mi humilde casa —le dice el dueño de la vivienda.

—¿Eres tú quien...?

—No, no —se apresta a contestar el dueño—. Quien te ha citado, un buen amigo mío, te espera en el jardín. Allí estaréis solos y podréis hablar con plena reserva. Nadie os molestará. Considerate como en tu propia morada.

El sacerdote, a cada momento más intrigado, es guiado hasta el jardín, donde el dueño se despide retirándose con discreción al interior de la vivienda.

En un amplio espacio rodeado de una tapia de la altura de dos hombres se abre un delicioso jardín donde abundan olivos y parterres de hierbas aromáticas. Jeconías siente el olor del orégano, mientras observa la figura de un hombre que permanece de espaldas, a unos veinte pasos de distancia, sentado en una banqueta a la sombra de un frondoso sauce y cubierta la cabeza con una capucha.

El día es soleado y luminoso. Jeconías avanza hasta situarse a media docena de pasos del hombre sentado. Éste se levanta despacio, da media vuelta y se quita la

capucha.

Los ojos y la boca de Jeconías se abren hasta lo imposible.

—¡Tú! —exclama el sacerdote, que reconoce enseguida al jefe de la Policía de Judea.

—¿Sorprendido? —pregunta Hipódamo.

—¿Un gentil, un griego! ¿Cómo te atreves...?

—Amo a tu hija; hace tiempo que la deseo como esposa.

—He venido hasta aquí con cierto disgusto, pero la felicidad de mi hija me empuja a hacerlo. Esperaba encontrarme con un judío honrado, y estaba dispuesto a entregarle a mi hija porque ella así lo desea, pero tú...

Hipódamo aprieta los puños. Siente cierta repugnancia ante lo que considera una discriminación por su origen griego. Ya debería estar acostumbrado a ello, no en vano casi toda su vida ha discurrido en Israel, y sabe bien que los judíos, por lo general, consideran a todos los que no son de su raza poco más que leprosos. En la diáspora, el contacto entre gentiles y judíos se hace más fluido, las leyes de la pureza se relajan por simple necesidad vital de habitar, comerciar y simplemente vivir en tierra ajena; pero en Israel, y sobre todo en Jerusalén, las normas consuetudinarias se aplican de manera estricta.

A pesar de su poder como jefe de la Policía del etnarca Arquelao y de su elevada posición en la corte, Hipódamo sólo es un griego, un gentil indigno de desposarse con una mujer hebrea, y mucho menos si ésta es la hija de un ilustre sacerdote del Templo.

—Te pido la mano de tu hija; quiero desposarla —insiste Hipódamo.

—No la conoces. Sólo la has visto, según creo, en una ocasión, con motivo de aquel banquete en el palacio del etnarca. Es una doncella inocente, sin duda seducida por tu presencia y tu porte, pero nada más. —Jeconías trata de recuperar la calma y la solemnidad debidas en un hombre de Dios.

—Por favor, toma asiento —le ofrece Hipódamo señalando una banquetera.

Jeconías se sienta; lo necesita tras la caminata desde Jerusalén y por la enorme sorpresa que le acaban de dar. Hipódamo le ofrece un vaso de agua y una bandeja con almendras, nueces, dátiles y pastelitos de miel. Jeconías sólo acepta agua, que se sirve él mismo.

—Me bastó aquella larga conversación durante el banquete para saber que tu hija es la mujer que amo. No soy un joven alocado al que arrastra una pasión adolescente. Soy un hombre en plena madurez enamorado de una encantadora joven a la que desea convertir en su esposa.

—¿Te has acostado con ella?

—No. Respeto a Rut y lo seguiré haciendo hasta que consientas en que me case con tu hija.

El rostro de Jeconías parece haberse convertido en piedra. La sorpresa inicial da paso a una serenidad impasible.

—Eres un gentil, y yo un levita, un sacerdote del Templo...

—Rut es una mujer y yo un hombre enamorado de ella. Te juro por lo más sagrado que sabré hacerla feliz. Como padre, creo que eso es lo que más debería importarte.

—Antes que padre, soy sacerdote y no puedo ir en contra de la ley divina. Mi obligación es cumplirla, aunque me cueste un dolor insufrible. Nadie puede conculcar la palabra de Dios. El propio Abrahán, el padre de todos los judíos, renunció a su propio hijo cuando Dios le pidió que lo sacrificara. Y lo habría hecho si el Señor no hubiera detenido su mano en el último momento. No desconoces, además, que hay muchos en nuestro pueblo que defienden la existencia de una ley oral, de una tradición transmitida desde los acontecimientos del monte Sinaí a través de ancianos y profetas. Yo estoy de acuerdo con esas normas; un sacerdote no puede contaminar su linaje. Ni siquiera puedo entregar a mi hija a un prosélito, aunque sea ya un judío conforme a derecho.

—Según vuestras costumbres, tú eres el encargado de buscar marido para tu hija. Bien, ya lo has encontrado, aquí lo tienes.

Jeconías se siente desbordado por la firmeza de Hipódamo, quien se traga algunas de las duras y despectivas frases del sacerdote. Pero él, como jefe de la Policía, está acostumbrado a mandar y a que sus órdenes se cumplan de inmediato. Su disposición es firme y está dispuesto a llegar hasta donde sea preciso para obtener la mano de Rut.

—Me pides algo imposible. Tienes razón cuando dices que yo soy el encargado de buscar un marido para mi hija, pero debo hacerlo entre los hijos de Israel. Quien se despose con Rut deberá ser un judío, nunca un gentil que cree en dioses falsos que repugnan a los ojos del único y verdadero Dios, el Señor de Israel.

—¿Y si yo me hiciera judío?

—Los judíos nacen.

—No todos. Sé de algunos gentiles que profesan tu religión, y han sido acogidos en lo que llamáis *el seno de Abrahán*.

—Deberías convertirte con total sinceridad, porque lo dicte tu corazón, y no por el fulgor de una entreprierna. Una vez convencido, tendrías que circuncidarte, y a tu edad la circuncisión es muy dolorosa y conlleva cierto peligro. Y te lo repito con más claridad: aun así, cuando ya formarás parte de mi pueblo, seguiría habiendo dificultades. La primera generación de prosélitos no debe casarse con la hija de un sacerdote.

—Pasaré por todo lo que me pidas, si es la única manera de lograr que me concedas a Rut como esposa. La última dificultad es una mera y, para mí, insana costumbre —asienta Hipódamo.

Pero Jeconías se muestra firme en sus creencias y convicciones e ignora las palabras del griego.

—Jamás consentiré que mi hija beba de la copa dorada de Babilonia que le ofreces; está llena de inmundicias. No puedo consentir que su alma se condene al fuego eterno de la *gehenna* si cohabita contigo.

—Griegos y judíos conviven en paz desde hace tiempo en Galilea. ¿Acaso no dicen tus escritos sagrados que todos somos hijos del mismo Dios?

—Pero Dios ha elegido al pueblo de Abrahán como su único rebaño, como su viña predilecta. Mi obligación como padre, sacerdote y hombre de la Ley es que mi hija se case con un varón del pueblo elegido.

—Ya te he dicho que me haré judío si así lo demandas —insiste Hipódamo.

—Si lo haces, será por conveniencia, no por fe. Nunca cambiaré mi decisión.

—Temía que llegáramos a esta situación. ¿Es tu última palabra?

—Nada más tengo que decir a este respecto.

Hipódamo sabe que no va a poder convencer a Jeconías. Se levanta, toma un poco de agua y se aleja un par de pasos.

El sacerdote también se incorpora, y sin mediar palabra alguna se aleja hacia la salida, con la intención de regresar sin demora a Jerusalén.

Hipódamo siente cómo la tristeza se apodera de su corazón. Pese a la claridad del día el camino de retorno le parece lleno de oscuridad y malos presagios, y mientras sus pasos proceden mecánicamente no deja de darle vueltas a su situación. Maldice una y otra vez la rigidez de las costumbres judías, despotrica contra las trabas que impone una ley tan estricta y, para él, tan estúpida, y masculla cómo escapar del atolladero sin salida en el que está metido.

Aquella misma noche se reúne con Rut bajo el limonero. Ratifica a la muchacha la conversación que horas antes ya le ha contado su padre. La joven, aunque esperaba la negativa paterna, se derrumba. Jeconías no deja el menor resquicio para que ambos amantes puedan estar al fin libremente juntos. Hipódamo le propone a Rut continuar con las visitas nocturnas, a pesar de los peligros que puedan entrañar. Y así lo deciden ambos, aunque ello suponga que el jefe de la Policía tenga que dedicar más dinero para pagar el silencio de los sirvientes de la casa de Jeconías, todos los cuales ya son conocedores de las visitas secretas que se suceden algunas noches en el patio.

Y no sólo son ésas las preocupaciones de Hipódamo. Asuntos gravísimos en el gobierno de la etnarquía comienzan a ensombrecer, cual plomizas nubes, el cielo de Judea.

12

LOS APUROS DE ARQUELAO

Los problemas se multiplican para Arquelao. Cada día llegan noticias alarmantes a las oficinas de Hipódamo, ubicadas en el primer sótano del palacio, donde también se custodian los archivos de la etnarquía en varias filas de plúteos de madera tallada. Las conspiraciones aumentan y por todas partes surgen rebeldes dispuestos a derrocar a quien consideran un cruel tirano. El jefe de Policía apenas da abasto para recoger las informaciones que le llegan en tropel del sinfín de confidentes que tiene repartidos por toda Judea. Que existe un enorme descontento con la forma de gobernar de Arquelao es lo único que escucha Hipódamo de boca de sus espías, y que el malestar aumenta con intensidad cada semana.

Sabe que tiene que actuar de prisa y de manera eficaz, pero su ánimo, hasta hace un tiempo sólo pendiente de la seguridad de su señor, está dividido; se debate entre encontrados sentimientos, entre sus obligaciones como jefe de la Policía y sus encuentros furtivos con su amada Rut. Es consciente de que tantas noches en vela, abrazado a su amada, lo fatigan y merman sus facultades y su lucidez para dar las órdenes oportunas que repriman las conspiraciones; se siente débil e inseguro. Hasta hace unos meses nada escapaba a su red de confidentes, pero ahora relaja la vigilancia y aprieta menos a sus colaboradores.

La historia parece entonces repetirse con pequeñas variaciones porque las causas no han cambiado, sino que empeoran gravemente. Un grupo de judíos notables de Jerusalén logra reunirse en secreto sin que los espías de Hipódamo lo detecten. Son gentes hartas de sufrir las decisiones caprichosas y los abusivos impuestos de Arquelao. Llenos de temor pero resueltos a acabar con aquella dictadura que los oprime y los empobrece, deciden enviar, como otros ya hicieron antes, una embajada secreta a Roma a fin de informar a Augusto de lo que está sucediendo en Judea.

Una noche redactan la carta que los emisarios han de llevar de inmediato a la capital del Imperio. Tras no pocos debates y correcciones, acuerdan el texto:

De los ciudadanos de Judea a César Augusto, dueño de Roma y del Imperio. Salud. Sabedores de tu benevolencia y buen gobierno, de tu anhelo de que la paz y el contento reinen por doquier, deseamos informarte de la terrible situación que aqueja a la etnarquía de Judea, gobernada por el veleidoso e incompetente Arquelao, hijo de Herodes. Su administración se hace día a día más tiránica e insostenible. El abuso de los impuestos, las restricciones a la vida pública y privada de los judíos y el agobio a que su cruel autoritarismo nos tiene sometidos sobrepasa toda medida y convierte su gobierno sobre Israel en una dictadura

cruel y criminal que se pretende aprobada y sustentada por tu sabiduría. Por ello, joh, poderoso Augusto!, te rogamos que intervengas, depongas a este etnarca y procedas a cambiar el sistema de gobierno. Y te pedimos, como se te hizo en otra ocasión por nuestros delegados, que las provincias de Judea, Samaria e Idumea pasen a ser administradas directamente por Roma, bajo un gobernador o procurador designado por tu sabia dirección. Los que apoyamos esta propuesta somos mayoría y contamos con poderosos apoyos.

Igualmente, como otros antes han pretendido, los conspiradores de Jerusalén entran en contacto con Antipas, del que saben que no renuncia a regir toda la región de Palestina, y con Salomé, que, pese a su edad, no pierde la esperanza de ver a su sobrino predilecto sentado en el trono de su hermano. Los conjurados aseguran que ningún gobierno que recaiga sobre ellos en el futuro puede ser peor que el de Arquelao, de modo que se entregarán a cualquiera que pueda contribuir al derrocamiento del tirano, a quien culpabilizan de no dejarlos siquiera respirar.

Antipas y Salomé, al tanto ya de la conjura secreta de Jerusalén, deciden apoyar a los rebeldes y legitimar sus protestas. Ambos escriben sendas misivas a Augusto en las que le manifiestan sus temores de que estalle un gran conflicto que arrastre a toda Palestina a una guerra de consecuencias imprevisibles, y que salpique a los intereses de Roma provocándole en su flanco oriental dificultades innecesarias.

En realidad, Antipas no tiene la menor intención de ayudar a los confabulados de Jerusalén; su única aspiración es sentarse en el trono de David. Por eso, recuerda a Augusto en su carta una historia casi olvidada. Le escribe que su padre Herodes recibió del emperador las tierras que habían pertenecido a un tal Zenodoro, cabeza de la dinastía que regía la Traconítide, cuando el propio Herodes acusó a este individuo de indolencia en el gobierno de su territorio. El entonces rey de Israel argumentaba que Zenodoro se desentendía de sus responsabilidades ante las permanentes incursiones sobre la tierra de Israel de bandidos nabateos que, tras perpetrar impunemente sus saqueos, se refugiaban en sus desiertos, entregando a Zenodoro parte del botín.

Antipas compara la decisión tomada entonces por Augusto con la situación actual, con la esperanza de que el emperador destituya a Arquelao y le entregue sus dominios, como hizo muchos años atrás con los de Zenodoro.

Por su parte, desde su palacio de Ascalón, Salomé atisba también la oportunidad de acabar con su odiado sobrino Arquelao. Confiada y segura de que al fin puede derrotarlo, informa a Augusto en su carta, dirigida también a su amiga Livia, que los modos de gobierno de Arquelao están arrastrando a la ruina a Judea y Samaria. A la misiva acompaña un amplio informe sobre las protestas de la población de esos territorios y expresa el temor de un inmediato estallido seguido de una insurrección general si sigue permitiéndose que el tirano actúe con semejante sevicia. Acaba pidiéndole que

reconsiderare, una vez más, la conversión de Judea en una provincia bajo administración directa de Roma.

En su palacio romano, Augusto se muestra inquieto. Tiene en sus manos los informes de Antipas y de Salomé, y la petición de una entrevista por parte de una nueva delegación de judíos de Jerusalén que acaba de presentarse en Roma solicitando su venia. A su lado, siempre solemne y digna, Livia escucha.

—Ese etnarca judío nunca me ha resultado simpático. Estos informes no dejan lugar a dudas sobre las malas prácticas de gobierno del hijo de Herodes. ¿En qué estaría pensando el viejo zorro cuando lo designó como su principal heredero? Lo creía un hombre más cabal y más lúcido —reflexiona Augusto en voz alta.

—A todos nos alcanza una edad en la que nuestra mente no razona con la claridad necesaria para adoptar las decisiones adecuadas. Eso es lo que debió de ocurrirle a nuestro recordado amigo el rey de Israel.

—Según todos los indicios, ese idiota de Arquelao está actuando con una altanería impropia de quien ejerce su autoridad gracias a una delegación. Y esa actitud es la que está provocando que su pueblo se intranquilece y se encuentre al borde de una revuelta general. Me molesta, además, que nunca nos rinda cuentas de su gobierno con la precisión y el respeto debidos. ¿Quién se cree que es? Yo fui quien lo nombró etnarca; y es a mí a quien debe su mando.

Livia, que ha leído la carta de su amiga Salomé y entiende muy bien lo que ésta pretende, aprovecha el momento y el estado de ánimo de su esposo para arremeter contra Arquelao y avivar el incendio.

—Sabes bien que mi opinión fue contraria, desde un principio, a que Arquelao recibiera nombramiento alguno, y mucho menos el poder absoluto sobre un territorio y unas gentes tan difíciles. El tiempo me ha dado la razón. Fíjate hasta dónde llega su mala voluntad. —Livia se levanta, se acerca a una mesita y retorna con dinero en sus manos—. En las monedas que ha ordenado acuñar, como se acostumbra a hacer en los reinos sometidos a Roma, ni siquiera hace mención a tu autoridad. Semejante altanería me saca de quicio. ¿Vas a seguir consintiendo semejante acto de descortesía e indisciplina?

—Está bien, está bien; le ordenaré que en las próximas emisiones incluya mi nombre.

—¿Sólo eso? Herodes te consideraba un dios e incluso se atrevió, en contra de la opinión de su pueblo y de sus sacerdotes, a erigir un templo en tu honor en Cesarea y a colocar tu águila imperial sobre las puertas del santuario más sagrado de su país. Pero este mequetrefe consentido ni siquiera se digna a dedicarte un mísero altar en un olvidado templo. A ti, que eres adorado como dios por todo el mundo civilizado.

—Ya tengo demasiados altares erigidos a mi divinidad; uno más..., ¿qué importa?

—Sí que importa, y mucho. Sobre todo si se encuentra en una provincia cuyos habitantes tienen fama de revoltosos y que está siendo gobernada por un controvertido tirano al que casi nadie soporta ya. ¿Cuánto tiempo más es capaz tu divina paciencia de aguantar a ese insensato?

Livia pronuncia palabras vehementes pero emitidas con el tono de frialdad acostumbrado, y el contenido de sus frases cala hondo en Augusto, que se siente confortado y apoyado al escuchar a su esposa.

—Recibiré a esa embajada de judíos que demandan mi actuación en este caso. Veremos qué proponen —comenta el dueño del mundo para satisfacción de Livia, quien conoce de antemano lo que desean esos mensajeros.

Augusto se muestra satisfecho con la tranquilidad que reina en todas las provincias de su imperio. Incluso levanta un altar a la diosa de la paz en la propia Roma, a orillas del Tíber. Quiere ser ecuánime y pasar a la posteridad como el mejor gobernante de la historia y que las crónicas y anales lo aclamen como el hombre más grande que jamás ha existido. Por eso considera que el caso de Judea debe quedar resuelto para siempre. Y se alegra de no haber nombrado nunca rey a Arquelao, pues, de haberlo hecho, el problema sería ahora mucho mayor.

La entrevista con los diez delegados de Judea, cinco jerusalemitas a los que se han sumado otros cinco samaritanos, no deja la menor duda a Augusto. Todos coinciden en el despotismo de Arquelao y ratifican los informes de Antipas y Salomé, certificando los múltiples motivos para la queja, y argumentan que la imagen de Augusto resulta muy dañada por lo que está ocurriendo en la región.

Augusto les promete que resolverá ese asunto con toda urgencia, pero que antes de decidir quiere escuchar a Teodoro, uno de sus más fieles consejeros, a quien enviará como su delegado especial a la etnarquía.

Pasan los meses. Augusto recibe un amplio informe de la propia voz de Teodoro, que es convocado con toda urgencia a Roma. Pide también el consejo de algunos senadores: con los que mantiene una mayor confianza y con los más informados de los negocios de Oriente. Aunque hace años que el Senado romano apenas cumple otro papel que el protocolario, a Augusto le sigue placiendo dar la impresión de que la institución que congrega a los padres de la patria continúa siendo relevante para el gobierno del Imperio.

Tras oír a todos los implicados, el César parece inclinarse por la idea de convertir a toda Palestina en un territorio bajo administración romana, bien como provincia, bien como parte de la de Siria. En otros momentos, ya comprobada la inutilidad de Arquelao para ejercer el gobierno sin desatar una rebelión, Augusto vuelve sus ojos hacia Antipas. El tetrarca de Galilea no provoca ningún escándalo desde que lo nombrara para el cargo, y todo parece indicar que gobierna la región asignada con mano firme pero con sentido

de la justicia. Se muestra como un hombre prudente y astuto, fiel en cada momento al Imperio, leal amigo del pueblo romano. ¿Puede ser él el monarca que suceda a su padre Herodes?

Augusto lo medita durante días. Le hace dudar, sin embargo, la desmesurada ambición que intuye en la misiva del tetrarca, en la que se transparentan sin la menor duda cuáles son sus verdaderas intenciones.

Al fin, Augusto toma una decisión. Ordena a Teodoro, quien espera paciente la palabra de su señor, que se presente de nuevo ante él y le ordena que regrese a Jerusalén. Porta una orden tajante de Augusto dirigida a Arquelao: el etnarca de Judea deberá presentarse en Roma en cuanto reciba ese mensaje, sin dilación ni excusa alguna. La determinación del emperador es rotunda y firme.

Arquelao, ante el pergamino que contiene el requerimiento imperativo de Augusto, se siente muy inseguro. Tras la desaparición del falso Alejandro, ha albergado la esperanza de que sus expectativas ante el emperador crezcan, pero, en el fondo, sabe que eso no va a ocurrir. Lee una y otra vez la carta. Sus relaciones con Augusto nunca van más allá del estricto protocolo, y sospecha que nada bueno puede resultar de aquel viaje, de modo que ordena a sus criados que preparen lo conveniente, pero sin demasiadas prisas.

Piensa ahora en la profecía que Simón, el onirocrita esenio, le vaticinara. Tras los sueños de Glafira y los suyos propios, Simón entrevió una conspiración contra su gobierno y que éste llegaba a su fin. Y todos saben bien que los esenios son buenos profetas y no suelen errar en sus pronósticos.

El propio Arquelao recuerda entonces otro sueño que tuvo meses atrás y al que de momento no ha prestado demasiada atención: en un campo desierto brotan solitarias nueve espigas de trigo; son hermosas y están llenas de granos, pero de pronto aparecen unos bueyes y se las comen. Y antes de la llegada de la orden de Augusto, el sueño se repite dos veces más. Arquelao, asustado, llama a consultas a los que sus cortesanos estiman como los mejores intérpretes de su reino. Todos los consultados, a los que no se permite que se oigan unos a otros, aportan aclaraciones diferentes, algunas incluso contradictorias. Pero es precisamente la interpretación del esenio Simón la que más le convence.

—Es un sueño premonitorio que está indicando que va a producirse un cambio trascendental en tus asuntos —le dice el profeta un tanto temeroso de que sus palabras puedan enojar al etnarca—. El campo que ves es Israel, y las nueve espigas indican los años completos de duración de tu gobierno.

—¡Están a punto de cumplirse! —exclama asustado el etnarca.

—Ni uno más permanecerás en tu cargo —asienta el onirocrita, hombre enjuto, de larga barba, que se apoya en un retorcido bastón—. El cambio de la tierra, que de estar

cargada de frutos se va convirtiendo en un erial, representa una mutación a peor.

—¿Y los bueyes?

—Son el signo de los sufrimientos que van a venir de inmediato, como duras son sus tareas en el campo.

En otras circunstancias, Arquelao habría ordenado decapitar al intérprete allí mismo, pero se queda pensativo y lo deja marchar. Decide afrontar su destino y viajar a Roma como le ordena Augusto. Está hastiado de la vida, pero se considera preparado para enfrentarse a cualquier cosa que se avecine. Piensa que la superará, como otras veces.

Durante la travesía, Arquelao no deja de pensar en su sueño y en la interpretación de Simón. Y poco a poco va asumiendo la idea de que Augusto lo requiere para deshacerse de él. Tal vez es un insensato acudiendo a la llamada del César, pero ¿qué otra cosa puede hacer sino obedecer los designios del dueño del mundo?

Al desembarcar en Italia, unos agentes de Judea le informan de que hace unos meses Augusto ha recibido a embajadores de Antipas y de Salomé y a unos mensajeros enviados por un grupo de ciudadanos de Jerusalén, a los que se han unido ciertos samaritanos. Entonces es cuando realmente se siente perdido. Pero ya no hay posibilidad de dar marcha atrás; los soldados del emperador lo aguardan y lo escoltan desde el momento en que pone el pie en Italia, y está claro que no lo dejarán marchar de ninguna manera.

Si en algún momento se sintió con fuerza y esperanza para poder heredar la realeza de su padre, se equivocó. Arquelao comprende ahora que nunca será rey, que Augusto no lo considera a la misma altura que su progenitor y que muchos de sus súbditos están abiertamente en su contra. Siente que es un estúpido por relajar su gobierno y por confiarse demasiado. Y le viene de inmediato a la cabeza Hipódamo, su jefe de Policía, en el que tanto confía, y considera que tal vez sea él el principal intrigante... En cualquier circunstancia, no deja de ser responsable de relajar la vigilancia.

Escupe al suelo y maldice a su propio pueblo. Considera que los judíos pierden la cabeza al desear ser gobernados por un poder extranjero antes que someterse a la autoridad de un miembro de su misma raza. «¡Allá ellos, condenados hijos de Israel, si es eso lo que anhelan! ¡Que se retuerzan aplastados bajo el cuero de las sandalias romanas!», masculla entre dientes.

Una vez en Roma, Arquelao es conducido de inmediato a la presencia de Augusto. El judío se encuentra en la sala del palacio imperial con uno de los consejeros de su hermano Antipas, y no alberga ya la menor duda de que se trama una conspiración en su contra.

—Constatamos, tras recibir numerosas quejas y denuncias y comprobar su veracidad, que no te comportas como un buen gobernante debe hacerlo —se limita a

decir Augusto, sin siquiera saludar al etnarca. El emperador está resuelto a no gastar demasiado tiempo en algo que ya tiene decidido.

—Pero, César, yo cumplo con el papel que me encomendaste; mantengo mi fidelidad a Roma, y Judea permanece en paz...

—¡Silencio! —La voz del emperador truena como si tuviera treinta años menos—. Doy por probados los cargos y acusaciones que se vierten sobre ti en varios de los informes presentados ante mi corte; desestimo tus alegaciones y dictamino que durante estos años te has comportado sin el menor entusiasmo ni la menor consideración hacia Roma, a la que debes tu cargo. Tu gobierno es pernicioso para los intereses del Imperio e indeseable para tus propios súbditos. Por ello, decreto que vayas al destierro.

—¡Oh, César!, te lo suplico...

—Da gracias a los dioses por que no pierdas la vida ahora mismo. Quedarás confinado en una aldea cerca de la ciudad de Viena de las Galias, entre los bárbaros alóbroges. Todos tus bienes son confiscados y pasan a formar parte de la Hacienda imperial.

Las palabras de Augusto resuenan terribles bajo la techumbre dorada de la sala de audiencias del palacio imperial. El César hace una breve pausa para observar los ánimos con que los presentes acogen su resolución, y a continuación pronuncia las palabras definitivas:

—A partir de este mismo momento, las regiones de Judea, Samaria e Idumea pasan a ser una provincia bajo administración directa del Imperio, encomendadas a la autoridad de un prefecto que dependerá del legado imperial en Siria.

Entre los judíos presentes surge un espontáneo aplauso y se escuchan expresiones de gozo y contento tras la decisión de Augusto. Al fin se consideran liberados de la tiranía de los hijos de Herodes y suponen que su vida va a ser mucho más cómoda a partir de ahora, pues esperan que Roma los proteja y a la vez les permita regirse por sus leyes y costumbres ancestrales. Pero el embajador de Antipas tuerce el gesto y su rostro expresa cierto desencanto. Su señor esperaba otra cosa, que se le encargara a él directamente el gobierno de estas tres regiones y, además, con el título de rey. ¡Pero el trono seguirá vacío!

Queda muy claro que el emperador no desea que se repita la figura de un nuevo Herodes; con uno ya ha sido suficiente. Además, Arquelao no tiene hijos, de modo que no existe ningún sucesor directo que en el futuro pueda reclamar la herencia paterna.

Antipas, al enterarse de la sentencia imperial, entiende que sus cualidades como administrador resultan minusvaloradas por Augusto. Se considera un gobernante eficaz y un político con experiencia, capaz de reinar sobre todo Israel como ya lo hiciera su padre. La desconfianza del emperador lo desconcierta. Y, entonces, piensa en Salomé. Su mente se ilumina.

«¡Claro! Ha sido ella. Salomé, esa vieja hierática y apergaminada, siempre en la sombra, tejiendo intrigas, manipulando conciencias, influyendo en las decisiones. Seguro

que ha insistido ante su amiga Livia para conseguir sus propósitos. Ella siempre ha ambicionado el poder. ¿Está aguardando, ilusa, un inesperado giro de la situación, que todo vaya de mal en peor y que finalmente Augusto entregue el gobierno en sus manos? ¿Acaso se cree en verdad una nueva Salomé Alejandra, la mujer que reinó en Judea hace decenios?», se pregunta Antipas. Pero no. El trono de Judea está marcado por un funesto maleficio: está maldito. «Nunca volverá a haber otro rey», concluye Antipas, aunque pronto reacciona y confía en que se presente una nueva oportunidad. Sí, se presentará. Tiene que ser paciente una vez más, esperar, aguardar, resistir, no rendirse. Tal vez los procuradores nombrados desde Roma fracasen, y entonces Augusto pensará en él, y no en esa vieja ilusa, para gobernar todo Israel y mantener la región de Palestina pacificada y unida.

Arquelao marcha al exilio. De nada le sirve ya reflexionar sobre los errores cometidos. Nunca regresará a Judea, jamás volverá a contemplar las colinas esmaltadas de olivos que rodean la sagrada Jerusalén.

Sentado en un basto tocón, a la puerta de una choza circular de paredes de barro y musgo, cubierta con un techo de brezo y paja, malvive a orillas del Ródano. Arquelao, el hijo de Herodes el Grande, el hombre que un día ya lejano pudo ser rey, reflexiona sobre lo ocurrido, pero en su cabeza sólo queda espacio para el odio: odio a su padre Herodes por no haber sido más explícito en su testamento, odio a su tía Salomé por montar una conjura para derrocarlo, odio a su hermano Antipas por su manifiesta traición, odio a Filipo, que se quedó con tierras que eran suyas, odio a Augusto por haberlo depuesto como etnarca de Judea y haberlo exiliado a ese húmedo e inhóspito rincón del mundo, odio a sí mismo...

Acurrucado bajo una sucia manta de lana para protegerse de la humedad y el frío, añora su soleado Israel y maldice a sus enemigos, a los que supone riéndose de él y disfrutando de sus palacios y sus riquezas.

Entre sus recuerdos, Arquelao se consume sin consuelo, atenazado por el dolor que le provoca rememorar las glorias pasadas; y su memoria se va borrando como la niebla oculta el paisaje boscoso de la región que ahora habita, mientras él mismo se va perdiendo en el olvido, sabedor de que cuando muera no habrá plañideras en sus funerales, ni endechas fúnebres recitadas en su honor por los poetas, ni siquiera una modesta lápida que recuerde su nombre sobre una tumba.

ROMA GOBIERNA

Si los romanos o los judíos suponen que la deposición de Arquelao y la incorporación de sus dominios al Imperio conllevarán la solución de todos sus problemas, se equivocan. Llegarán otros tiempos que convulsionarán aún más la Tierra Prometida.

Desde su residencia en Séforis, Antipas observa lo que está sucediendo en Judea tras la decisión de Augusto y recibe a un emisario romano. Trae un mensaje del César en el que le comunica que Judea pasa a formar parte del Imperio como una demarcación autónoma de Siria. Y se convierte en una provincia de tercera clase, gobernada por un tal Marco Coponio, un prefecto del orden ecuestre subordinado en los asuntos de mayor trascendencia al legado imperial de Siria.

Salomé, la intrigante, la princesa con cuerpo de gacela y alma de pantera, muere en paz en su palacio de Ascalón, como si de una dulce matrona se tratara, rodeada de sus hijos y sus nietos. Los sueños de poder que en algunos momentos llegó a albergar descienden con ella a la tumba. Su testamento resulta una enorme sorpresa para todos. La hermana de Herodes deja toda su herencia a Livia, la esposa de Augusto, su fiel amiga que tanto la ha apoyado en vida.

Cuando se entera de lo que ha resuelto su tía, Antipas siente un profundo disgusto. Aunque contó con su apoyo en muchas ocasiones, nunca llegó a fiarse del todo de esa mujer hermosísima, fría, seca, retorcida y sumamente astuta. Y su final ratifica aquellas dudas. Si ella lo hubiera amado de verdad, como le confesó en alguna ocasión, sus posesiones habrían ido a parar a sus manos, y no a las de la altiva Livia. ¿Un mal presagio? Antipas rechaza la idea de inmediato.

Los enemigos de la dinastía de Herodes logran cuanto pretenden, pero no todos los habitantes de Judea se muestran satisfechos con la nueva situación. Hay uno, al menos, que se siente humillado y no está dispuesto a consentir que su pueblo sea un lacayo de Roma.

Su nombre es Judas. Nacido en la localidad galilea de Gamala, en la orilla oriental del río Jordán, es un hombre de carácter agrio y belicoso. Su aspecto tosco y aguerrido se corresponde con un vozarrón que resuena como un trueno cuando se enfada, lo que suele ocurrir varias veces al día. Trabaja como herrero en una fragua de su propiedad en la ciudad de Megido, en la fértil llanura de Yzreel, cerca ya de Samaria. Dotado de una fuerza descomunal tras años y años martilleando hierro candente sobre el yunque, quienes lo conocen bien aseguran que no se arredra ante nada.

Es, además, un hombre muy piadoso, de ardorosa y sincera fe en Dios. Nunca falta a las ceremonias del sábado en la sinagoga y es el primero en recitar fragmentos de la Torá y de los libros de los profetas de Israel. Cuando el homileta, el encargado de leer

las Escrituras, termina su comentario a la Ley, a los salmos o a los escritos de los profetas, suele intervenir a menudo en la asamblea, resaltando su pasión y su amor por las tradiciones y las costumbres de la patria israelita, a la que siempre llama *el pueblo elegido de Dios*. Aunque vive en Galilea, considera que Israel es una única e indivisible unidad, el antiguo reino de David, cuya simiente reinará por siempre como prometió Dios por boca del profeta Natán.

Desde que se conoce que la zona sur de Israel es territorio romano, Judas radicaliza sus discursos, y cada uno de ellos se convierte en un dardo inflamado contra el dominio romano de la sagrada tierra de Yahvé.

—Nada me importa el cómo se ha llegado a esta situación —comenta el vehemente herrero—. Dios ha concertado una alianza con los judíos; la presencia de esos extranjeros incircuncisos resulta una afrenta insoportable para cualquier israelita bien nacido. No podemos consentir que se conculquen la justicia y el derecho divinos por gentiles que sólo buscan explotar nuestra tierra en su provecho. No podemos quedarnos de brazos cruzados viendo cómo la tierra de la Promesa cae impunemente en manos sacrílegas.

Judas habla con Sadoc, un fariseo muy riguroso que se siente atraído por las palabras del herrero, con el que suele debatir sobre asuntos religiosos, convertido en su más fiel seguidor.

—Mis mayores me enseñaron que debemos observar y cumplir estrictamente la Ley. Corren malos tiempos para nuestro pueblo, pero sabemos, por nuestra propia historia, que es precisamente en esta situación cuando debemos imponer la ley de Moisés, ¡por la fuerza si es preciso! Recuerdo ahora a Esdras, el escriba santo, y a Nehemías. Ambos, con su fortaleza de espíritu, con su determinante decisión y con la ayuda divina, levantaron a nuestro pueblo tras el exilio de Babilonia. ¡Imitemos su ejemplo! ¡Dios está con nosotros! ¡Hagamos que se cumpla Su santa voluntad!

Ese mismo día se conoce en Megido la noticia de que los romanos, en uso de su derecho sobre la nueva provincia, van a emprender una nueva villanía, la realización de un censo de todos los habitantes con la intención de controlar la recaudación de impuestos. Al oír la triste nueva, una inmensa irritación se apodera de Judas y Sadoc.

Nada más cerciorarse de esos rumores con el escriba del pueblo, los dos radicales se reúnen con un pequeño grupo que también rechaza la injerencia extranjera. Se denominan a sí mismos *Los resistentes*. Judas y Sadoc anuncian que dejan Megido para dedicarse a exhortar por toda Galilea y los montes del Golán a la insurrección contra ese censo.

—No contentos con someter a Judea a su gobierno directo, esos impíos extranjeros, gente sin dios, pretenden ahora numerarnos como a bestias —proclama Judas.

—El censo que pretenden los romanos condena a nuestros hermanos a la más cruel de las servidumbres. ¡No podemos consentirlo! —añade Sadoc.

—Recordad nuestra historia: los años de dominio de los persas y griegos y el sufrimiento que acarreó a nuestro pueblo. O el caso de David, y cómo su idea de llevar a cabo un censo del pueblo ofendió gravemente a Dios. ¡El Señor castigó al mismísimo David por hacer un inventario de las personas que sólo pertenecían a Dios! ¡Luchemos por nuestra libertad, como siempre hemos hecho!

Las promesas de libertad y redención divinas que se oyen constantemente en los oráculos proféticos reiterados en las sinagogas, sobre todo la lectura del encendido verbo del libro del profeta Isaías contra la tiranía de los asirios, calan muy hondo en el sentir de los israelitas.

—Los romanos son muy poderosos; ¿qué podemos hacer frente a sus legiones? —demanda una voz—. Además el censo es en Judea, no en Galilea.

—Es cierto. Pero eres un ingenuo; detrás vendremos nosotros. Luchamos por el pueblo elegido de Dios y ahí no existen diferencias. Confíad en Dios. Si tenemos éxito, nuestra libertad impulsará los ánimos en Jerusalén y en todo su entorno, y nos seguirán. Con nuestra acción defenderemos también el Templo. Aseguraremos nuestras propiedades y nuestros bienes para el futuro e impediremos que la voracidad de los romanos nos los arrebaten para dedicarlos a fines impíos.

—Pero ¿no te acuerdas de lo que ha hecho Roma con otros resistentes? —pregunta una temerosa voz entre los que asisten a la proclama.

—Si perecemos en el intento, conseguiremos la gloria y alcanzaremos el paraíso por la grandeza de haber luchado por Dios. Israel ya tiene a su Señor, el Dios único. ¿Vamos a tolerar que nos impongan la servidumbre hombres mortales? ¿Estamos dispuestos a pagar un tributo al César? —Judas se expresa con tal vehemencia e intensidad que atrae la atención de cuantos lo escuchan.

—¡Nunca! —clama Sadoc apoyando a su amigo—. Somos el pueblo elegido y sólo rendimos cuentas ante Dios.

Las arengas de Judas son acogidas con especial fervor entre los jóvenes que asisten a la asamblea en la sinagoga de Megido, y muchos de ellos acuden a su lado para demandarle órdenes sobre qué hacer y cómo enfrentarse a los invasores romanos y a sus impías exigencias. «¡Israel sólo es de Dios!», exclaman.

En unas pocas semanas, el movimiento encabezado por Judas se extiende por toda la región galilea, y son muchos los que se incorporan a la revuelta aportando dinero y armas. Judas y Sadoc envían mensajeros a Jerusalén para que allí se unan a su movimiento.

Un nuevo frente se abre ante las legiones romanas. En verdad, cuán frágil es la memoria de algunos; los más sensatos se llevan las manos a la cabeza. Tras el macabro espectáculo de dos mil crucificados a lo largo de la muralla del Templo, ¿acaso nadie recuerda ya cómo se las gastan los romanos cuando alguien se rebela contra ellos?

Antes de que Judas extienda su rebelión, Augusto decide que la cancillería romana no se instale en Jerusalén. Livia, que recuerda bien las admoniciones de Salomé, lo convence de que ese gesto sería un oprobio para los judíos más radicales, que consideran sagrado el suelo de su capital. De modo que decide que la residencia del prefecto imperial en Judea se instale en Cesarea, donde el porcentaje de gentiles es muy alto y la población judía se muestra siempre mucho más tolerante que los cerriles habitantes de la capital. El antiguo palacio-fortaleza de Herodes en esa ciudad quedará bajo control romano, por si hiciera falta en alguna ocasión.

Las noticias que llegan a la Urbe son tranquilizadoras; todavía no se conoce lo que están preparando Judas y Sadoc desde Megido. Al parecer, la población de Judea asume con tranquilidad su nueva situación y no rechaza el nuevo régimen. Además, eso es precisamente lo que con tanta insistencia reclaman los principales líderes opositores a la dinastía de Herodes. Sólo algunos nostálgicos echan de menos la pérdida de una tradición de más de ciento cincuenta años de gobierno de reyes en el pueblo de Israel.

Por su parte, Augusto está dispuesto a que ese rincón en el extremo oriental de su Imperio, tan extraño para la cultura de Grecia y Roma, una tierra llena de orates que pasan su vida esperando la llegada de un Mesías que los conduzca a una extraña salvación eterna, no vuelva a convertirse en un conflicto permanente, y da una serie de pasos para contentar a su población.

Una orden directa del emperador otorga al Gran Sanedrín de Jerusalén, bajo la presidencia del sumo sacerdote del Templo, la plena competencia sobre la jurisdicción civil y casi plena en la criminal, y el gobierno directo sobre los asuntos que conciernan en exclusiva a las costumbres y leyes ancestrales del pueblo de Israel. El prefecto romano sólo tendrá competencias en lo referente a la política imperial común y en los grandes asuntos económicos, incluidos los impuestos, y se reservará la última palabra en los delitos que conlleven la imposición de la pena de muerte.

Conforme se van conociendo las decisiones de Augusto, que no sigue en esto las opiniones de Livia, la euforia se desata entre algunos sectores del pueblo judío. Los ancianos, los comerciantes más ricos, los sacerdotes, los cabecillas de los fariseos y los doctores de la Ley se muestran exultantes. Aún no hay en Judea ni siquiera rumores sobre un posible censo de la población, aunque deberían saber que ésta es la costumbre romana en toda nueva provincia. En esos momentos consideran que su viejo sueño de formar un Gobierno de aristócratas regido por la ley de Moisés, con una notable autonomía, aunque siempre bajo la tutela vigilante de Roma, está a punto de cumplirse.

El alborozo de los partidarios de la nueva situación es atronador cuando llega a Jerusalén la noticia de que las principales unidades de la X Legión, acantonadas en las afueras de la ciudad, se retiran a sus cuarteles en Siria. Centenares de judíos se lanzan a las calles para celebrar cómo se alejan los legionarios por el camino del norte. Todavía se atisba en el lejano horizonte septentrional el polvo que levantan las sandalias de los

soldados al marcharse, y ya se está festejando con alborozo en Jerusalén como si se tratara del mayor de los triunfos.

Aunque no todos se alegran. Los legionarios consumen harina, aceite, vino y otras viandas, de modo que algunos de los comerciantes que les proporcionan suministros ven cómo se marcha también buena parte de sus beneficios. Roma sólo deja un puñado de tropas auxiliares al cuidado de la fortaleza Antonia en Jerusalén, dos cohortes en Cesarea, la sede del prefecto imperial, y menguadas guarniciones en algunos de los palacios-fortaleza que antaño pertenecieron al rey Herodes, como el Alexandreion o el Herodion.

Como la presencia romana en Judea se reduce notablemente, son muchos los que consideran que desaparecen casi por completo las señales más evidentes del dominio extranjero. Los sacerdotes y los judíos más estrictos en el cumplimiento de las normas de la Ley son los más dichosos, pues cuantos menos gentiles haya en los alrededores de Jerusalén, menor será el riesgo de caer en la impureza.

Aquello parece el amanecer de unos tiempos felices. Pero... falta aún por conocer la última decisión del emperador, apoyado por Livia. Tras nombrar como nuevo legado imperial en Siria a Publio Sulpicio Quirino, éste recibe de inmediato la orden de elaborar un nuevo censo de población en la nueva provincia de Judea, Samaria e Idumea, con el fin de proceder a reorganizar la recaudación de impuestos y las nuevas tasas. Hasta ese momento los judíos desconocen en verdad cómo se las gasta la administración romana, pero no van a tardar mucho tiempo en sufrirlo en sus propias carnes.

Cuando se difunde la noticia del censo, la alegría de los primeros momentos se torna en incredulidad y más tarde en pesadumbre. Los romanos ordenan que todos los judíos sean censados conforme a las normas legales del Imperio, y nadie duda de que esa medida está destinada a cobrar más impuestos. Las esperanzas que algunos albergan de que Roma les permita gobernarse según sus leyes y costumbres se desvanece. En la Galilea de Antipas, Judas de Gamala y Sadoc son más clarividentes que ellos y reaccionan a las consecuencias del cambio de régimen de inmediato.

El prefecto Coponio desde Cesarea y, sobre todo, el legado Quirino desde Siria analizan con detenimiento las noticias que sus espías les van haciendo llegar. Es en extremo curioso, según ellos, que Galilea sea la región donde más abundan las protestas contra ese censo promovido por orden imperial, pues la zona norte de Israel está bajo el mando del etnarca Antipas y sus ciudadanos no van a ser censados. Sin embargo, Judas y Sadoc logran atraer a su causa a cientos de hombres, que son bien armados y convenientemente adoctrinados. A los seguidores del herrero ya se les llama *zelotas*, es decir, los que sienten en su interior el fuego de la Ley, los auténticos defensores y vengadores de Israel contra Roma. Su movimiento crece sin cesar en Galilea y desde allí

comienza a extenderse hacia el norte de Judea, donde el número de adictos a esta facción violenta de los fariseos es cada vez mayor.

En sus discursos para captar nuevos adictos, Judas emplea argumentos doctrinales propios de los fariseos, pero añade que todos los israelitas sin distinción deben manifestar su amor por la patria común y su libertad utilizando la violencia física, luchando con las armas y con cualquier otro recurso contra los extranjeros. Los que no acepten la ley de Moisés, la única que dicta los comportamientos públicos y privados en el conjunto de la Tierra Prometida, deben ser eliminados o expulsados del territorio.

—¡Somos la semilla que hará crecer la fuerza que salvará a Israel! —grita Judas ante las gentes que se arremolinan para escuchar las proclamas del vehemente herrero.

—La libertad de nuestro pueblo necesita de vuestra ayuda —afirma Sadoc, siempre al lado de su jefe—. Emplead la fuerza, si es necesario. ¡Debéis convencer a todos para que en Judea nadie acepte el censo de los romanos!

Mientras los dos cabecillas exhortan así a sus fieles en Megido, donde se hacen fuertes, las tropas romanas avanzan por la llanura de Galilea. El prefecto Coponio, bien informado de la extensión de la revuelta de los zelotas, toma una rápida decisión y sale a prisa de Cesarea para intervenir con toda contundencia, incluso en un territorio que no le compete. Antipas asentirá, sin duda. Coponio acaba de ser nombrado por Augusto y no puede consentir que un grupo de apestosos judíos galileos cuestione la autoridad de Roma y ponga en peligro los planes imperiales de paz diseñados tras la deposición de Arquelao.

Los romanos se concentran en Escitópolis, a un par de jornadas de marcha de Megido, adonde también acuden dos escuadrones de caballería enviados por Antipas.

Con ese gesto, el tetrarca de Galilea quiere dejar claro que rechaza esa rebelión, aunque los zelotas hayan logrado que su movimiento se extienda precisamente por Galilea e incluso Perea, la tetrarquía que él gobierna. El astuto hijo de Herodes se pliega a los dictados de Augusto y declara que no tiene nada que ver con esos visionarios alocados. Y sabe bien que todo lo que ocurre en el territorio de su jurisdicción lo salpica y que el levantamiento encabezado por Judas dentro de sus fronteras hace tambalear su posición.

La llegada del Ejército romano ante los débiles muros de Megido provoca el pavor entre sus habitantes. Muchos de ellos, que aclaman las arengas de Judas, se arrepienten rápidamente cuando observan la formación de las cohortes de infantería y los escuadrones de caballería desplegados en su fértil llanura.

Los radicales no logran impedir que decenas de familias salgan de la ciudad proclamando su fidelidad a Roma, y sólo los más fanáticos deciden permanecer en el interior y resistir con toda firmeza ante lo que parece un ataque inminente. Su decisión es una locura, pues la pequeña ciudad de Megido carece de murallas poderosas. Los entusiastas zelotas apenas pueden reforzar algunos muros de adobe y madera, muy poco

para detener el asalto de unas tropas equipadas con excelente material de asedio y tan experimentadas como las que dirige el prefecto Coponio.

Cuando los defensores de las primeras barricadas ven acercarse a los legionarios en perfecta formación de ataque, dudan, y algunos incluso plantean a Judas la conveniencia de rendirse, conscientes de que jamás podrán repeler el envite de semejante fuerza militar. Pero el zelota no tolera la menor vacilación, y el fariseo Sadoc lo apoya.

Tienen agua y alimentos abundantes como para poder resistir un largo asedio, pero no disponen de suficientes hombres como para repeler un asalto continuado. Pese a ello, Judas hace correr una consigna para levantar su ánimo: «¡Dios está con nosotros!». Judas siente por dentro que ha llegado el momento de la libertad y que la divinidad no fallará al mostrarles su contundente apoyo. Incluso, asegura, los ángeles intervendrán en auxilio de los fieles.

En el pabellón de mando, los comandantes del Ejército romano se reúnen en Consejo.

—Admiro la determinación de ese tal Judas. Pero está loco de remate. Y debemos tratarlo en consecuencia —habla Coponio.

—Prefecto —interviene el tribuno de las tropas de caballería enviadas por Antipas—, con todo respeto debo decirte que de ninguna manera te interesa comenzar tu mandato con un baño de sangre. Creo que basta con intimidarlos, pues los huidos demuestran nuestro poder. De modo que, si alguno de tus comandantes no tiene una idea mejor, propongo que envíes un heraldo instando a que los defensores de Megido se rindan, y que en ese caso se les permitirá regresar a sus casas. Si los convences para que así sea, estoy seguro de que la calma se extenderá por toda Galilea y todos los judíos alabarán la benevolencia de Roma.

—Entiendo que el tetrarca Antipas desee que la paz reine en su territorio. ¿Alguien tiene inconveniente en que enviemos a un mensajero con esa propuesta? —pregunta Coponio ante el silencio de los participantes en la reunión—. De acuerdo, enviaremos ese mensaje a Judas, y esperemos que lo acepte, porque en caso contrario...

El heraldo avanza hacia las tapias de Megido con un pañuelo blanco atado en la punta de su lanza. Cabalga confiado, pero en cuanto se encuentra a tiro es recibido por una cascada de piedras lanzadas por los sitiados, y se ve obligado a retirarse.

—Está claro que no quieren oír hablar de ningún acuerdo. Acaban de firmar su sentencia de muerte —manifiesta Coponio a la vista del rechazo al mensajero—; y por todos los dioses que la van a conseguir.

El jefe de los zelotas ni siquiera consiente que el enviado de los romanos se acerque, pero deja que salgan de la ciudad las mujeres y los niños que aún quedan, quienes corren ladera abajo escapando de una muerte cierta, mientras los hombres que permanecen dentro se aprestan a una defensa suicida.

Pero Coponio decide dar a los zelotas otra oportunidad y ordena levantar una empalizada de estacas de madera y espinos alrededor de Megido para que los sitiados no

puedan escapar ni recibir auxilio alguno del exterior. Alarga así el asedio durante dos semanas durante las que los soldados romanos aguardan pacientes a que los sitiados cambien de opinión y decidan rendirse, sin que se derrame sangre. El calor, el tedio y la espera provocan que algunos comandantes se pongan nerviosos y presionen al legado para que proceda al asalto de una vez.

Coponio comprende que no puede esperar a que la situación en Megido se enquiste y que otras ciudades de Galilea sigan el ejemplo de Judas, de modo que decide proceder a un ataque inmediato.

Los ingenieros de la X Legión, magníficos expertos en la poliorcética, el arte militar de cercar ciudades y destruir sus fortificaciones, inspeccionan el recinto de Megido y seleccionan el punto en el cual debe producirse el primer conato de asalto. Se trata de un muro de piedras menudas trabadas con barro y paja, construido a toda prisa sobre la base de unas fortificaciones que antaño debieron ser sólidas.

—Con un par de arietes, protegidos por una caseta cubierta con pieles endurecidas al sol y humedecidas, bastará para derribar ese muro —afirma uno de los ingenieros en voz alta.

Además, se ubica una balista a la distancia precisa, a resguardo de las saetas de los defensores, que barrerá los muros con proyectiles de piedra, en los cuales se talla la «X» de la Décima Legión, para dar mayor cobertura a los legionarios mientras impulsan los dos arietes.

Bajo las dos casetas y protegidos los flancos por decenas de legionarios con sus grandes escudos rectangulares colocados cual caparazón de tortuga, los dos arietes avanzan empujados por los soldados hasta alcanzar la base del muro, mientras la balista no deja de barrer con sus disparos la zona superior.

En cuanto se dan cuenta de la estrategia del ataque, los zelotas acuden a la zona, donde los arietes de recia madera rematados con cabezas metálicas de carnero percuten una y otra vez contra el muro, y lanzan sobre los atacantes piedras y flechas, pero con poco éxito.

Los golpes reiterados de los dos arietes resuenan entre los gritos de los combatientes como los latidos de un gigantesco corazón, o los sonidos secos de un tambor. A cada golpe, el endeble muro tiembla y poco a poco se resquebraja. De repente, la pared cede y se desploma en medio de un estrépito al que sucede una nube de polvo gris.

Al grito de «¡Roma vence!», decenas de legionarios penetran en la ciudad por la brecha recién abierta y se despliegan por las sinuosas y estrechas calles en donde buscan refugio los defensores. En cada esquina se encuentran con algún israelita enfervorizado que intenta detener su avance en vano. Pero los romanos progresan en formación, protegidos por sus escudos, hombro con hombro, lanceando y degollando a cuantos se les oponen.

Liquidados los más audaces de los zelotas, la lucha prosigue en el interior, casa por casa, e incluso en los tejados, donde se encaraman algunos judíos para arrojar piedras, tejas y cualquier material que sirva como proyectil contra los romanos. Los zelotas luchan con fiereza, pero la mayoría cae muy pronto, pues hace falta algo más que fervor religioso para oponerse con éxito a la táctica de combate, al eficaz entrenamiento y al superior armamento de los veteranos de la legión X Fretensis.

Judas y Sadoc resisten con los más bravos, aunque son obligados a retroceder hasta la sinagoga, donde quedan cercados. La ciudad cae, pero allí un puñado de zelotas decide resistir. Arengados por las proclamas de los dos caudillos, que intentan animarlos espada en mano, mantienen la lucha sabedores de que les aguarda una muerte cierta. El dios de los judíos parece contemplar, dormitando o impasible, el sacrificio de sus fieles; sus ángeles permanecen inactivos en las alturas.

Por fin, tras un intenso combate en el que Judas y Sadoc pelean con gran bravura, el último de los defensores de la sinagoga cae bajo las espadas romanas. Un centurión corta las cabezas de Judas y Sadoc, y las lleva empaladas ante Coponio, que las exhibe ante sus victoriosas tropas como el más preciado trofeo.

Muy pocos sobreviven. Los heridos son rematados allí mismo y los prisioneros sanos son conducidos encadenados al campamento romano; desde allí, los derrotados, que serán vendidos como esclavos en los mercados de Tiro y Sidón, contemplan apesadumbrados cómo arde Megido. Al atardecer se levanta una ligera brisa del oeste que aviva el fuego de la gigantesca pira en la que se convierte la ciudad.

Una vez más, y ya van tantas..., el suelo de la libertad se hunde. El dios de Israel parece sordo, ciego y mudo ante tantas plegarias que ascienden a su trono y no manifiesta el menor gesto en ayuda de su pueblo, como hiciera antaño cuando lo liberó por medio de Moisés de la cautividad de Egipto, o después del exilio en Babilonia, cuando Esdras y Nehemías reconstruyeron Israel. ¡Cómo puede olvidar Dios a su pueblo! ¿Por qué dormitan Miguel y sus ángeles? ¿Acaso ya no es válida la Alianza?

La victoria de los romanos sobre Megido, apoyados con tropas de Antipas, y la muerte de los cabecillas Judas y Sadoc se conoce enseguida en toda Palestina. Los que creyeron posible enfrentarse a las legiones y derrotarlas se convencen ahora de que tal propósito es una quimera y se resignan a su suerte. Los ánimos de los judíos de Galilea, doloridos por la muerte de los parientes y amigos caídos en el combate, se serenan y acatan lo inevitable.

Apenas dos semanas después de la destrucción de Megido, los funcionarios romanos y los escribas locales comienzan a redactar el censo ordenado por Augusto. Las órdenes del legado Quirino, que se atribuye todo el éxito de haber sofocado la revuelta, son claras y concisas: ni un solo varón israelita de la nueva provincia debe escapar del control fiscal, y hasta el último judío debe ser censado para que contribuya con su óbolo al Imperio. Terrible ironía: con el dinero que pagan para sostener las legiones, Roma los somete; los judíos financian su propio dominio.

En Jerusalén, donde también se alzan quejas por el censo, la contundente acción sobre Megido y el recuerdo de lo sucedido años atrás por la intervención de las legiones de Varo las hace desaparecer. El Gran Sanedrín está controlado por los saduceos, que saben muy bien que es inútil enfrentarse a las decisiones imperiales. Formar parte del Imperio para librarse de la tiranía de Arquelao supone aceptar las consecuencias y contribuir con sus impuestos al fisco romano.

Es el propio sumo sacerdote quien en sus sermones en el Templo llama a la calma y quien explica que una rebelión no tiene razón de ser. Y los saduceos, por medio de sus sicarios, se encargan de difundir esa misma idea por las sinagogas de Jerusalén y de las ciudades y aldeas circundantes. Los fariseos, en cuyo seno han surgido los zelotas, argumentan ahora con la idea del mal menor, y alegan que no queda más remedio que pagar impuestos, pues aunque no guste a nadie, pertenecer al Imperio romano acarrea algunas ventajas: una mayor defensa contra las incursiones de los nabateos, contra los saqueos de los bandidos de la Traconítide, contra la permanente amenaza de los partos..., y una cierta autonomía religiosa y civil. Buenas excusas ante lo inevitable.

14

LA PROPUESTA DE LIVIA

Mientras toda Judea, Samaria e Idumea se someten completamente al nuevo yugo imperial, los judíos de Galilea y Perea pueden presumir de ser gobernados por un israelita. Antipas es su tetrarca y se manifiesta en público con un toque de piedad religiosa, sin duda impostado, que satisface a los judíos. Son muchos los que se consuelan considerándolo el único de los hijos de Herodes digno de sentarse en el mismo trono. Los que conocieron al viejo rey saben que Antipas no tiene tanta astucia y es mucho menos decidido, pero, a diferencia de su hermano Arquelao, mantiene bajo su dominio y sin problemas especiales las tierras que le adjudicó Augusto en el reparto de Palestina.

Y los ojos de Augusto van a dirigirse enseguida hacia ese pequeño rincón del Imperio.

La humillante derrota sufrida por las legiones XVII, XVIII y XIX, al mando del mismo Varo al que los judíos conocen bien, acaecida en la selva de Teotoburgo a manos de Arminio y sus tribus bárbaras, convence al César de que la conquista de Germania Magna ya no es posible, y renuncia a ella con tristeza. Al enterarse de la total degollina, el emperador pasa días vagando de noche por los pasillos de su palacio en Roma y clamando desconsolado: «¡Varo, devuélveme mis legiones!».

El poderoso y temido Publio Quintilio Varo, el legado de Siria que se hiciera inmensamente rico en el gobierno de esa provincia, se suicida. Ninguna legión llevará en adelante en sus estandartes los números XVII, XVIII y XIX. Las noticias, aunque tarde, llegan también hasta Israel, donde los familiares de los dos mil crucificados por el legado se alegran. Al final, Dios despierta y reparte justicia.

De cualquier modo, Germania queda muy lejos de Roma y, tras varios decenios de guerras continuas, Augusto se presenta ante el mundo como el príncipe de la paz. Ni siquiera quedan restos de los piratas que assolaban las costas del Mediterráneo oriental hace no mucho tiempo. Pompeyo Magno inició la tarea, pero Augusto es el triunfador final.

Al viejo César comienza a preocuparle ahora la situación en Palestina, de donde le llegan informes periódicos sobre la inestabilidad de la región.

—El flanco oriental del Imperio debe ser reforzado. No podemos consentir que las provincias de Oriente permanezcan en una constante situación de inseguridad y zozobra. Los partos son ahora la única gran amenaza para Roma, y si atisban la menor debilidad en esa zona, no dudarán en intentar apoderarse de ella de nuevo —comenta el anciano emperador a su esposa Livia mientras pasean por uno de los jardines de palacio, poblado de árboles frutales.

—¿Te refieres a Palestina? —pregunta Livia, aunque la astuta emperatriz conoce bien la respuesta.

—Claro. La gente de esa provincia siempre está presta a iniciar una rebelión. No escarmientan —lamenta Augusto.

—A veces pienso que nos haría falta un nuevo Herodes; él sí supo domeñar a esos fanáticos. Nos faltan dedos de la mano para contar los problemas que se presentan.

—Ojalá alguno de sus hijos valiera la mitad que él. Fue el único que mantuvo a raya a los árabes nabateos. Se comportó como un tirano en su forma de ejercer el poder, pero siempre se mantuvo firme y leal —dice Augusto, que coge un higo de una rama, lo examina con atención, lo limpia de polvo y se lo come con deleite.

—¿Tienes alguna idea nueva sobre Palestina? ¿Vuelven, tal vez, tus pensamientos de nombrar a Antipas rey? De todos los hijos de Herodes resulta el más hábil, y sin duda el más capaz como gobernante.

—Necesito reflexionar con más calma sobre qué hacer con esa región. De ninguna manera debe estallar una nueva rebelión. Nuestros informantes en la frontera del Éufrates no cesan de alertar sobre movimientos de tropas de los partos. Si deciden atacarnos, debemos tener bien controladas las provincias orientales, y especialmente Palestina.

—Quizá deberías igualar de una vez a los judíos con el resto de los ciudadanos romanos. Tal vez así se olvidarán de una vez de sus veleidades nacionales y se integrarán de verdad en el Imperio.

—¿Y qué hago con Antipas? Por los informes de nuestro legado en la zona, son muchos los judíos que consideran que debe ser su rey. Al menos éstos nunca aceptarán ser romanos.

—Entonces, anula a Antipas.

Augusto clava por un momento su mirada en el impertérrito rostro de Livia.

—¿Y cómo lo hago sin desencadenar otra revuelta? —pregunta el César.

—Con habilidad. Proponle que se case con una mujer árabe. No podrá negarse. Y en ese caso, el pueblo judío lo rechazará.

—Imagino que ya sabes quién va a ser su esposa.

—Sí —afirma Livia a la vez que dibuja una sutil sonrisa.

En los meses siguientes y a instancia de Livia, Augusto envía varias cartas a Aretas, el rey de los árabes nabateos, comunicándole que desea sellar un pacto con él y que ese tratado se reforzará si entrega la mano de una de sus hijas al tetrarca Antipas.

El nabateo accede. Nadie más que él desea una paz estable y duradera con Roma. El gran negocio de su reino es el comercio. Petra, su capital, está enclavada en la ruta de las caravanas que recorren Arabia desde el Yemen hasta el Mediterráneo, y su prosperidad se debe a las ganancias que sus mercaderes obtienen de ese tráfico.

Un buen día, un mensajero imperial se presenta en Séforis con una carta del mismísimo Augusto dirigida a Antipas. El tetrarca comprueba que lleva el sello imperial, la abre y la lee asombrado:

De Octavio César Augusto a nuestro fiel amigo Antipas, tetrarca de Galilea. Salud. Es mi deseo que desposes a la princesa Fáselis, hija de nuestro vecino el rey Aretas de Petra, monarca del pueblo nabateo. En mi opinión, es razonable suponer que esta boda contribuirá de modo muy eficaz a sellar una paz estable en esa región. Aretas acepta entregarte a su hija como esposa.

Acompaña a la misiva una tablilla con el rostro de la princesa Fáselis pintado por un notable artista.

Antipas la contempla. Aunque el trabajo del pintor es aceptable, aquella mujer no le agrada. Tiene el rostro regordete y redondo como la luna llena, y la faz renegrida por el violento sol del desierto. Su aspecto no es precisamente el de una princesa; resulta vulgar y poco refinado, y se asemeja más al de una ruda campesina.

No le complace la idea, pero sabe que no puede negarse. Si pretende convertirse algún día en rey de todos los judíos, no puede hacer un desaire a Augusto y no tiene más remedio que aceptar esa propuesta. Así pues, de mala gana pero siguiendo las instrucciones del emperador, Antipas solicita la mano de Fáselis, a lo que Aretas accede con gusto.

El soberano nabateo se afianza en la idea de que ese matrimonio es la mejor manera de sellar un pacto con el poderoso Imperio romano. El dueño del desierto árabe sabe que esa alianza significa el fin de las incursiones de los bandidos nabateos, que saquean las comarcas limítrofes realizando cabalgadas por sorpresa para regresar de inmediato a la seguridad del desierto una vez obtenido el botín, pero esas pérdidas se compensarían ampliamente con las ganancias comerciales que sin duda se multiplicarán a partir del acuerdo.

La boda se celebra en Séforis, donde sigue radicada la corte de Antipas. El tetrarca tiene aprendida la lección del desastroso final de su hermano Arquelao, quien tras ser etnarca de Judea y aspirante a rey de Israel se pudre ahora en algún apestoso rincón del Imperio.

Sabe que una simple insinuación de Augusto ha de acatarse como la más contundente de las órdenes y que, en su ancianidad, al emperador y a su esposa les halaga sobremanera que se les rinda culto y adoración, además de una obediencia ciega.

Por eso decide que la ciudad fortificada de Betaranta, ubicada en la región de Perea, cambie su nombre y pase a llamarse Livias, en honor de la emperatriz, lo que comunica a Roma a la vez que la consumación de su matrimonio. Y ordena acuñar monedas con el nombre de Augusto, aunque sin que aparezca en ellas el rostro del emperador para no quebrantar así la ley judía que impide la representación de figuras humanas.

Su nueva esposa le desagrada, pero, pese a ello, Antipas se siente satisfecho. Sabe que con ese casamiento se convierte en una pieza esencial para la defensa del limes oriental del Imperio, que Aretas, hasta ahora un enemigo encarnizado, olvidará sus deseos de anexión de Palestina, nunca saciados, y que Augusto está encantado con él, lo que en el futuro le puede aportar importantes beneficios.

Además, liquidada la revuelta de Judas y Sadoc, Galilea y Perea están en paz. Las dos regiones de su etnarquía prosperan, la agricultura se desarrolla en la fértil llanura y la pesca abunda en el mar de Galilea. Son buenos tiempos, y él, Antipas, se presenta ante su pueblo como el responsable de la bonanza, e incluso acude a Jerusalén en las fiestas más señaladas, para alegría de sus seguidores, pues se comporta como un judío piadoso y cumplidor de la Ley y las costumbres.

Entre tanto, en Jerusalén la vida se torna monótona y aburrida. Con la destitución y el destierro de Arquelao, Hipódamo, el jefe de la Policía del que fuera etnarca de Judea, se queda sin trabajo. No necesita ingresos para comer, pues atesora riquezas suficientes como para vivir de rentas el resto de sus días, pero echa de menos los tiempos en los que ejercía una frenética actividad y controlaba todo lo que se movía en Judea.

Es probable que Jerusalén sea una ciudad atractiva para un judío estricto cumplidor de la Ley, ocupado todo el día en pensar en su Dios, rezarle y cumplir con los preceptos cotidianos de la religión de Moisés, pero para un griego como él, aquella ciudad ya no ofrece el menor aliciente. El Templo, salvo por su imponente estructura, no significa nada para él. Con la marcha del prefecto romano a Cesarea y la disminución del número de efectivos legionarios, se acaban las fiestas, las representaciones dramáticas y cómicas en el teatro, las carreras en el hipódromo, los combates de gladiadores y las luchas de fieras en el circo y todo tipo de festejos a los que están tan habituados en otras ciudades del Imperio. El Sanedrín, convertido en el verdadero Gobierno de la ciudad, no consiente la celebración de actividades lúdicas consideradas impuras y prohíbe las que atentan contra la Ley, que son casi todas.

La única razón de Hipódamo para seguir viviendo en Jerusalén es Rut. El griego pasa los días esperando a que llegue la noche para visitarla en el patio trasero de su casa. Fracasado en su intento por casarse con ella, ante la negativa del padre de la muchacha, el griego no tiene más remedio que recurrir a las visitas clandestinas para poder estar junto a su amada, aunque ello conlleva el riesgo de ser descubiertos por el adusto padre. Para evitarlo, tiene que sobornar a todos los criados de la casa de Jeconías, que nada sospecha de los encuentros nocturnos que suceden a sus espaldas.

Al menos un día a la semana, aprovechando la hora de la cena al atardecer, los criados añaden un somnífero al vino del sacerdote, que se retira a dormir desconocedor de que ésa es la noche elegida por los enamorados para volver a encontrarse.

Agobiado por el decurso del tiempo, Hipódamo decide que esa noche va a dar un paso decisivo.

—Te deseo ardientemente, mi querida Rut. Por eso hoy te pido que te unas a mí como una esposa debe entregarse a su marido —le dice mientras la mantiene abrazada.

—Nada deseo más que ser tu esposa, pero insisto en que no puedo ofrecerte mi virginidad hasta que no seas mi marido. Consiento en besarte, en abrazarte, e incluso te permito ciertas acciones que cualquier virgen judía consideraría pecaminosas, pero no puedo sobrepasar esos límites. Mi decoro, mi honestidad y mi religión impiden que traspases esa línea. Te pido comprensión, mi querido Hipódamo; no dejaré que me poseas hasta que me desposes.

Criado en otra cultura y en otras creencias, Hipódamo se desespera y no entiende las reiteradas negativas de Rut. Él ha crecido escuchando los relatos de los tumultuosos amoríos de los dioses del Olimpo, siempre tan osados en cuestiones de sexo. Si Zeus, el padre de los dioses, comparte su lecho con Maya, Semele, Alcmena, Dánae y tantas otras, la unión carnal de un hombre y una mujer no puede ser tan extraña, pues los dioses la practican con enorme fruición. Además, como griego, Hipódamo carece de ese sentido interno de la culpa, la trasgresión y el pecado que tanto abunda entre los monoteístas judíos. Sus divinidades tienen flaquezas similares a las humanas. Adorar a un solo dios es más abrumador que hacerlo a muchos; demasiadas exigencias que en otro caso se diluyen y acaban desapareciendo.

—No te entiendo, mi amada Rut —le comenta tras meditar durante unos instantes su respuesta—; dices que me amas y que me deseas, pues bien, contempla la naturaleza, la bella obra de tu dios, y dime si es pecado que dos seres que se aman como nosotros se unan en lo más profundo de su espíritu y de su carne. Si en verdad estás enamorada de mí, demuéstremelo ofreciéndote en cuerpo y alma.

—Mi amado heleno, mi querido amor, nada me apetece más que entregarte mi cuerpo, sentirte dentro de mí y que me hagas tuya —confiesa Rut—, pero no puedo. Mis razones son más poderosas que mi deseo. Lo siento, amor, lo siento, pero no debo hacerlo.

Rut se debate entre sentimientos antagónicos. Su cuerpo juvenil le pide acostarse con el hombre al que ama y desea, fundirse con él en una sola carne, como prescribe la Ley que deben hacer los esposos. Pero si lo hace y resulta encinta siendo soltera, caerá sobre ella y sobre su familia un escándalo insoportable. ¿Quién sabe lo que le ocurriría en un caso así a su padre? Jeconías es un hombre santo, un sacerdote fiel observante de la Ley, si se entera de que su hija... No, eso lo mataría.

—¿Qué puedo hacer, qué puedo hacer? —se desespera Hipódamo.

—Busca una solución a este enredo que acabe con estos encuentros clandestinos y que permita que nos unamos a la luz del día, sin escondernos como ladrones.

En ese dilema está enredado Hipódamo cuando ocurre por fin algo agradable: recibe una propuesta inesperada. Su fama como eficaz organizador de la seguridad de Judea es bien conocida en toda Palestina, y hasta los oídos de Antipas llega la noticia de que el jefe de la Policía de su hermano está sin trabajo desde la destitución de Arquelao.

Entonces, Antipas tiene una feliz ocurrencia. Piensa que el griego puede ser el hombre idóneo para reorganizar los servicios de Policía de la etnarquía de Galilea y Perea, y decide ofrecerle ese puesto. No alberga dudas de que Hipódamo aceptará, pues los griegos tienen fama de ser excelentes mercenarios y de cumplir muy bien con su trabajo..., si la paga es buena.

La tarde es soleada y ventosa. Hipódamo sesteaba en su casa y en el duermevela se imagina en los brazos de Rut, amándola en el lecho nupcial. Un criado lo despierta y le anuncia una visita. Se trata de un mensajero que dice venir en nombre del tetrarca de Galilea.

El griego se despabila, se lava la cara y recibe al emisario.

—Noble Hipódamo, salud. Traigo un mensaje de Antipas, señor de Galilea — anuncia el legado sin más presentaciones, y le alarga un pequeño rollo sellado con lacre, sobre el cual es visible el timbre oficial de la casa del hijo de Herodes.

El griego lo abre y lo lee sin dilación. Su faz cambia por completo; sonrío y de repente cualquier atisbo de sueño desaparece ante la excitación. Se siente halagado con el contenido: el tetrarca lo invita a visitarlo en su palacio de Séforis y le anuncia que está muy interesado en tratar asuntos de gran importancia para ambos.

El mensaje es muy poco explícito, pero Hipódamo no duda en que esa entrevista tiene mucho que ver con su antigua dedicación como jefe de Policía.

—¿Cuándo quiere verme tu señor? —le pregunta al mensajero.

—Cuanto antes te sea posible.

—Dile que en cuatro o cinco días estaré con él.

El mensajero se despide con una ligera inclinación de cabeza.

Hipódamo aprieta el papiro con su puño. No tarda ni un instante en pensar que ésa puede ser su gran oportunidad para estar al fin al lado de su amada Rut.

Llama al criado de más confianza y le dice que vaya al mercado, localice por el medio habitual a uno de los criados de la casa de Jeconías y le comunique que transmita a Rut que va a estar unos días ausente de Jerusalén y que, por tanto, no podrá visitarla en varias noches, que confíe en él, que espere noticias y que sepa que la ama.

El viaje desde Jerusalén a Galilea es agradable. Los pedregosos secarrales que rodean a la Ciudad Santa dan paso, tras dos días de tranquilo caminar, a unas suaves colinas pobladas de árboles que rodean la feraz llanura de Galilea, donde la vida parece más fácil y amena que en la árida Judea.

La tierra es rica y la vegetación más frondosa; el lago de Galilea abunda en pesca, se producen alimentos suficientes para la población que la habita y apenas hay pobres y mendigos. Nada parecido a la plétora de andrajosos pordioseros que pululan en Jerusalén por las calles de los alrededores del Templo en demanda de una moneda de los peregrinos que acuden al santuario a orar u ofrecer algún sacrificio.

Durante tres días a caballo, Hipódamo recorre sin demasiadas prisas el camino descendente que lleva de Jerusalén hasta Jope; desde allí avanza hacia el norte por la llanura costera hasta Cesarea, donde se alberga en casa de un amigo de su padre. Casi toda la tierra que atraviesa está cultivada en parcelas regulares de viñedos y frutales, y las aldeas se suceden con menor intervalo que en Judea. Al día siguiente, con el sol cayendo en el horizonte, avista las casas de Séforis e identifica entre ellas la mole destacada del palacio de Antipas.

Apenas tiene que esperar a ser recibido por el tetrarca. Antipas conoce la presencia del griego horas antes de que se presente en palacio y le da la bienvenida con cordialidad.

La recepción no se produce en la sala de audiencias, sino en un pequeño aposento a modo de santuario privado iluminado con dos candeleros de Corinto donde se erigen, sobre sendas peanas de jaspe, dos bustos de mármol que el griego no duda en identificar con Augusto y Livia. No se equivoca.

—Sé bienvenido a Séforis —lo saluda Antipas—. Toma asiento, por favor.

—Es un placer y un honor visitarte —responde el griego.

—Agradezco que aceptes mi invitación, que, como ya habrás supuesto, conlleva implícitamente una proposición. Iré directo al grano: conozco bien tu trabajo con mi hermano y te propongo que hagas lo mismo en mi tetrarquía. Si aceptas mi propuesta, te pido que te traslades a Galilea y te pongas a mi servicio como jefe de mi Policía. — Antipas habla con tono persuasivo; ha estudiado bien las palabras que dice y cómo las dice.

—Me halaga tu propuesta...

—Éste es un momento muy oportuno. Como sabes, esta región ha pasado por un delicado momento con la rebelión que desencadenó ese loco herrero llamado Judas, pero ahora todo está en calma. Y mi intención es que siga así por mucho tiempo. Pero en los últimos meses he notado un cierto malestar en algunas gentes, que no aceptan de buen grado una de mis decisiones.

—¿De qué se trata, señor?

—Pretendo construir una ciudad nueva a orillas del lago Genesaret y trasladar allí la capital de mi tetrarquía. Mis arquitectos han elegido el lugar concreto, en la ribera oriental del lago, junto a los manantiales termales de Emaús, donde ya se está trabajando. —Antipas se detiene unos instantes, como pensativo, se levanta de su asiento, da una vuelta por la estancia, alrededor de los dos bustos, que acaricia con su

mano, toma de una bandeja dos copas de vino y le ofrece una de ellas a Hipódamo—. El lugar es maravilloso, pero esa elección no ha sido afortunada.

—No entiendo...

—En ese emplazamiento existe un viejo cementerio, que hemos descubierto en los trabajos de explanación y desescombro, justo en el solar donde iba a ser construido el ágora, en pleno centro de la futura ciudad. Como bien sabes, los judíos tenemos prohibido levantar nuestras viviendas sobre la tierra donde haya un cementerio, y aquí hemos encontrado tumbas y huesos por doquier. Si cualquier contacto con un sepulcro nos hace impuros durante los siguientes siete días, imagínate qué sucede si construimos nuestras casas sobre cientos de ellos.

—Dices que las obras ya han comenzado.

—Sí. He gastado mucho dinero en ellas antes de toparnos con este contratiempo. —Antipas mira fijamente a Hipódamo y toma un sorbo de su copa de vino—. Sé que para ti, un griego, esto puede sonarte a una mera superstición sin sentido, pero para un judío se trata de una situación insoportable. La población de la zona, enterada de la aparición de esas tumbas, anda inquieta y malhumorada por esa causa, ya que considera que profano la memoria de sus antepasados y conculco la Ley.

—¿Y vas a abandonar ese proyecto por esas tumbas? Tu padre, el gran Herodes, no lo hubiera hecho.

—De eso estoy seguro. Mi deseo es emular a mi padre y convertirme, como él, en el promotor de grandes construcciones. Quiero que la nueva ciudad que allí se va a edificar rivalice en magnificencia y belleza con las grandes ciudades del Imperio en Siria, como Damasco o Antioquía, y con las que fundó mi padre, como Sebaste o Cesarea. Y lo haré al estilo romano, con una red de cloacas que drenen las aguas sucias y otra de tuberías y cisternas que lleven aguas limpias a fuentes y baños. Pero ahora un inmundo y mugriento montón de tumbas y huesos amenaza con paralizar mi gran proyecto; y no estoy dispuesto a permitirlo.

—¿Qué deseas de mí, para qué me necesitas? —pregunta Hipódamo.

—Tu padre sirvió con fidelidad y eficacia al mío, y, como te dije, sé que tú lo has hecho con mi desgraciado hermano Arquelao. Bien, quiero que durante las obras de construcción de mi nueva ciudad los judíos de Galilea se mantengan en calma, y para ello necesito una Policía bien entrenada y que en cada momento sepa qué hacer para impedir y reprimir cualquier protesta. Y para dirigirla, nadie mejor que tú. Para eso, precisamente, es para lo que te necesito.

—Me halaga tu propuesta —repite Hipódamo con tono de asentimiento.

—Que está acompañada de un salario de veinte mil piezas de plata al año y, además, de una casa para que tengas en ella tu residencia, o quizá unas estancias en mi mismo palacio; como tú prefieras.

—Soy un hombre activo, y mi actual situación no me agrada, de modo que acepto.

—En ese caso, considérate ya como jefe de la Policía de Galilea. En esta provincia la gente es más abierta que en esa anquilosada y rancia Jerusalén, donde cada ciudadano se considera un profeta de Dios. Además, muy cerca de aquí está la región de la Decápolis, donde habitan muchos griegos como tú.

—Estaré encantado de servirte, mi señor.

No se lo dice a Antipas, pero en la decisión que adopta Hipódamo está muy presente Rut. Mientras oye al tetrarca, piensa a la vez en ella. Es fácil imaginar que, lejos de la Ciudad Santa, su relación con la hija del sacerdote Jeconías no será tan mal vista como en la cerrada y rigurosa sociedad jerusalemita. La boda de un griego y una judía no causará en Galilea ningún escándalo. No en vano, en esa región abundan los matrimonios mixtos, a pesar de la prohibición expresa contemplada en la Ley, pues algunos no hacen caso de ella en el norte de Palestina.

Cerrado el acuerdo con Antipas, Hipódamo le pide permiso para regresar a Jerusalén con la excusa de solventar algunos asuntos personales antes de comenzar su trabajo en Galilea. En realidad, lo que pretende el griego es convencer a Rut para que se vaya con él.

Ya de vuelta a Jerusalén, Hipódamo está seguro de que persuadirá a Rut. Cree que incluso el viejo Jeconías no tendrá otro remedio que aceptar, pues lejos de Jerusalén las cuestiones de segregación religiosa se ven con una perspectiva bien distinta.

Por el medio habitual, Hipódamo concierta una cita nocturna con Rut. El griego cuenta con anhelo cada una de las horas que faltan para reencontrarse con su amada y se siente feliz ante las nuevas que tiene que contarle. Al fin, supone, acabará aquella angustiosa espera y podrá desposarse con ella y tenerla como compañera de lecho.

Rut también espera ansiosa esa nueva cita. Hace ya varios días que no sabe nada de Hipódamo y ha llegado incluso a creer que la ha olvidado. Aquella noche espera con mayor ansia si cabe la aparición de su enamorado.

Como acostumbra, Hipódamo se desliza por la tapia del patio, junto al limonero, donde Rut lo aguarda nerviosa. El abrazo de los enamorados es tan fuerte que sus huesos crujen. En la silenciosa noche, sus jadeos resuenan como susurros. Hoy es Rut la que busca con fruición la boca de Hipódamo y lo besa con pasión, dejando que sus lenguas se entrelacen y sus salivas se entremezclen.

—Una israelita jamás debe besar así a un incircunciso —le dice la muchacha.

—Pues hazlo de nuevo, mi amor, porque hoy va a comenzar para nosotros un tiempo nuevo lleno de deleites.

Rut repite el beso, más profundo, más húmedo. Sus labios son jugosos y su aliento sabe a menta fresca y a miel. Hipódamo no puede dejar de besarla, de acariciar sus caderas, su vientre, su espalda. Y así, en pie bajo las ramas del limonero, permanecen un buen rato, porque ninguno de los dos desea separarse del cuerpo del otro. Nunca han

estado tan unidos, tan apretados. El griego puede sentir en su piel las formas rotundas y tersas de Rut, y se excita tanto que siente su virilidad a punto de explotar.

—Tengo algo muy importante que decirte. —Hipódamo se separa con delicadeza de Rut y procura adivinar en la oscuridad las delicadas formas de su rostro—. Estos días he estado en Galilea. El tetrarca Antipas requiere de mis servicios y me ha propuesto que sea el jefe de su Policía. He aceptado y voy a trasladarme a vivir a esa región.

Rut se queda perpleja.

—¿Te marchas de Jerusalén? Entonces, yo, nosotros...

—Tú vendrás conmigo. Lejos de Jerusalén no existen tantas dificultades para que una judía y un gentil se casen. Es hora de que acaben estas angustiosas citas secretas que están consumiéndonos a los dos. Habla con tu padre y dile que mi propuesta de matrimonio sigue en pie. Anúnciale que nos iremos a Galilea, donde nos casaremos, y que yo ocuparé un importante puesto en la corte del hijo de Herodes. La hija de Jeconías vivirá en un palacio.

—Esto es una sorpresa. No lo esperaba. Necesito tiempo para pensarlo —replica Rut, que se muestra azorada y confusa. No imagina vivir en otra ciudad que no sea Jerusalén, y mucho menos lejos de su padre, para el que la Ciudad Santa y su Templo lo son todo—. Debo explicárselo a mi padre. Nunca se ha separado de mí y yo estoy acostumbrada a la vida en Jerusalén.

Rut calibra cada palabra antes de pronunciarla.

—Estaremos juntos, para siempre —dice Hipódamo.

—Es lo que deseo, mi amor, pero tengo que encontrar el modo de decírselo a mi padre y obtener su bendición. Concédeme unos días, te lo ruego.

—Por supuesto. —El griego comprende la disyuntiva que se presenta ante la muchacha. Hace ya mucho tiempo que espera, de modo que unos días más no importan.

Ambos se entrelazan de nuevo y vuelven a besarse y acariciarse, ahora con mucha más delicadeza, como si desearan que no pasara el tiempo.

Antes de separarse deciden citarse de nuevo en una semana. Rut supone que para entonces habrá encontrado el momento oportuno de hablar con su padre. Se compromete a exponer el estado de cosas y opina que su futuro ya habrá quedado despejado.

Aquella noche Rut no puede dormir. Antes de hablar con su padre debe tomar una decisión trascendental. Recuerda entonces los besos de Hipódamo, la seguridad de sentirse protegida entre sus poderosos brazos, las numerosas noches que vendrán, unidos al fin como esposos, la vida futura que imagina placentera al lado de su marido y de sus hijos..., y decide dar el gran paso.

Pasa toda la mañana dándole vueltas a cómo decirle a su padre lo que va a hacer, y al fin llega a la conclusión de que la única manera de librarse de una angustiosa indecisión es comentárselo directamente, sin rodeos y cuanto antes.

Tras la comida, el sacerdote Jeconías se suele retirar a descansar, pero ese día Rut demanda su atención.

—Padre, tengo que comunicarte una importante decisión: es mi deseo casarme con Hipódamo, el griego. Voy a hacerlo de todos modos, pero me gustaría tener tu bendición.

El viejo sacerdote hace gala de serenidad y pretende no inmutarse, pero su rostro manifiesta que está asombrado y apesadumbrado por las palabras de Rut.

—No —se limita a sentenciar el anciano.

—La boda no se celebrará aquí, en Jerusalén, donde sería un trago demasiado amargo para ti, sino en Galilea, donde voy a vivir con él. —Rut no le revela por el momento que Antipas le ha ofrecido a Hipódamo un alto puesto en su corte.

—Me pides un imposible. —Jeconías intenta contener su indignación—. No puedo quebrantar la Ley a sabiendas, y menos aún en mi condición sacerdotal. Ya hemos tratado este tema, y mi decisión es definitiva. ¡No es posible! Además, te estoy buscando marido. Estoy en tratos con Zaqueo, el sacerdote de la clase de Abías; considero que su hijo Samuel será un buen esposo para ti.

Rut tarda unos instantes en reaccionar, pues desconoce los planes que su padre está trazando para ella.

—Padre querido, te suplico que reconsideres tu negativa. Ni conozco ni deseo conocer a ese Samuel. Quiero a ese griego y me gustaría ser feliz a su lado; te ruego que me otorgues tu bendición.

—No. —Con un gesto imperativo, Jeconías da por zanjada la cuestión, fijando sus ojos en el techo encalado de la estancia, para evitar contemplar la mirada suplicante de su hija.

Rut comprende que no hay posibilidad de apelación alguna y que continuar con aquella estéril disputa sólo lleva a que su padre se encone más y más en su rechazo a esa boda con Hipódamo. Lo conoce bien y sabe que una vez tomada una determinada postura, es inflexible y no la cambia jamás. Jeconías es un prestigioso sacerdote al que todos los jerusalemitas reconocen como hombre severo pero justo, cumplidor estricto de la Ley y ejemplo de comportamiento de un varón que vive conforme a lo prescrito por los libros sagrados.

No, nunca cambiará, de modo que Rut toma una drástica decisión: no le queda otro remedio que desobedecer a su autoritario padre y obrar por su cuenta. Tiene que buscar su propio camino.

Para evitar sospechas de que también ella sigue empecinada en lo que ha decidido, Rut obra con astucia. Se muestra sumisa y simula acatar el dictado de Jeconías, que ante la falta de respuesta de su hija cree que lo obedecerá en todo. La ha educado en la religión y las normas consuetudinarias de su pueblo y está convencido de que cumplirá con su obligación y acatará la voluntad paterna. Piensa que es joven y que, como tal, tiene veleidades, pero se le pasarán cuando se case con Samuel y viva como debe hacerlo una fiel esposa judía. Ese hombre será el lenitivo que Rut necesita para olvidar al griego.

Tiene que aceptar que la Ley debe observarse siempre y olvidar esa locura de casarse con un gentil; el tiempo se encargará de curar esa herida de juventud.

Rut no se imagina viviendo con alguien que no sea Hipódamo, y tampoco muda de parecer. De ninguna manera quiere pasar el resto de su vida atada a ese tal Samuel, de modo que piensa rápido, actúa deprisa y envía con uno de los esclavos un mensaje a su amado. Esa misma noche lo esperará en el patio.

La noche es húmeda y fría, pero eso poco importa a los amantes, que se abrazan bajo el limonero, de cuyas flores emana un delicado perfume.

—Mi padre no acepta —dice Rut.

—Lo suponía. ¿Entonces...? —duda Hipódamo—, la única solución es la huida.

Rut, espantada por esa idea que ella misma se formula aun sin desearla, se tapa la cara con las manos y solloza. Comprende que jamás logrará el permiso paterno y menos todavía su bendición para casarse con un gentil, de modo que aspira una profunda bocanada de aire y dice:

—Te seguiré dondequiera que vayas. Tu vida es mi vida. Donde tú habites, yo viviré. Que Yahvé añada males sobre males si no es tan sólo la muerte la que me separe de ti.

Varias lágrimas, que brillan como perlas a la luz de la luna llena, se deslizan por las mejillas de Rut. Su alma está desgarrada e Hipódamo lo sabe, de modo que el griego intenta relajar la tensión hablando del futuro y de cómo será su vida en común en la dulce y fértil Galilea.

—Nos iremos enseguida. Ten todo preparado para mañana por la noche. Te vendré a buscar. Coge sólo lo imprescindible, con mi salario podré comprarte hermosos vestidos y un espléndido ajuar cuando nos encontremos en Galilea

—Espero que Yahvé me perdone por lo que voy a hacer.

—Si tu dios es justo, no dudes de que así lo hará.

Hipódamo la abraza, le enjuga las mejillas y la besa con dulzura antes de saltar la tapia.

Rut se mueve con absoluta discreción durante todo el día y se limita a reunir en un hatillo sus más preciadas pertenencias. Sin levantar la menor sospecha, aguarda paciente la caída de la tarde.

Tras la cena, siempre frugal, Jeconías se retira a su cámara para rezar las oraciones que acostumbra antes de dormir. En esta ocasión el vaso de vino va bien cargado de un potente somnífero.

La noche es cerrada; negras nubes cubren el cielo de Jerusalén, luna y estrellas se han ocultado para no perturbar con su luz a los amantes. Junto a uno de los portones de la ciudad una caravana formada por una docena de caballos y otros tantos camellos

cargados con bultos aguardan en silencio; los guardias son convenientemente sobornados para que mantengan los cerrojos descorridos y las cadenas retiradas.

Tres figuras que portan un par de escalas de mano se deslizan sigilosas por las calles desiertas hasta que llegan a la callejuela que discurre por la trasera de la casa de Jeconías. Una de ellas se encarama a lo alto de la tapia del patio del limonero y coloca una escala al otro lado. Rut, ayudada por una de sus criadas, a la que Hipódamo entrega una bolsa bien nutrida de monedas, asciende por la escala hasta encontrarse en los brazos de su amado griego, que la besa con prisas. Antes de descender al otro lado, la hija de Jeconías echa una mirada atrás; apenas puede ver otra cosa que la negrura de la noche, pero se esfuerza por memorizar cada uno de los rincones de la que durante toda su vida ha sido su casa. Un par de gruesas lágrimas enturbian sus hermosos ojos y un suspiro escapa de su pecho, en el que el corazón le palpita con fuerza.

Instantes después, las cuatro sombras se reúnen con la caravana y ponen juntos rumbo al norte.

Al despertar, Jeconías intuye que algo no marcha bien; siente que un silencio inusitado invade la casa. Se viste sobresaltado y recorre todas las estancias de la mansión, el patio y la pequeña bodega. Incluso sube a la azotea, sobre la que se ciernen unos amenazadores nubarrones.

La puerta principal se encuentra cerrada como él mismo la dejó la noche anterior, pero Rut no está. Asustado, el viejo sacerdote pregunta por ella a los criados, pero sólo obtiene por respuesta el silencio. Una de las siervas se atreve al fin a balbucir entre temblores que se ha marchado.

Entonces Jeconías lo comprende todo. Grita de dolor, se mesa los cabellos y emite terribles alaridos que acongojan a los sirvientes de la casa. Y maldice al griego con todo su corazón: «¡Que el Señor haga crepitar el fuego en sus entrañas, que se hinchen su pecho y su vientre hasta reventar y que arda eternamente en la *gehenna!*».

Está seguro de que es el griego quien se ha llevado a su hija; de modo que no tiene más remedio que encomendarse a Dios y pedirle que se la devuelva. Reza desconsolado y, por tres veces, agradece a Dios no haber nacido mujer.

Para entonces, la caravana de Hipódamo está lejos de Jerusalén. Los veloces caballos y los resistentes camellos ponen a los fugitivos a muchos estadios de distancia.

Los dos enamorados llegan a Séforis sin contratiempo alguno. Antipas recibe a su nuevo jefe de Policía con entusiasmo y, al ver a Rut, comprende las prisas del griego por regresar a Jerusalén antes de hacerse cargo de su nuevo puesto.

Hipódamo presenta a Rut como su esposa.

—Tú y tu esposa —les dice Antipas— viviréis al menos por ahora en unas dependencias en mi palacio. Y no te preocupes, gozaréis de la intimidad que requieren los recién casados.

Cuando se quedan a solas, Rut demanda de su amado griego que cumpla la promesa de matrimonio y que lo haga según la costumbre del pueblo judío.

—Me lo debes —le dice—. Deseo que la boda se celebre mediante consentimiento mutuo ante un rabino, que se reciten las bendiciones que prescribe la Ley y que bebamos de la misma copa de vino.

—Se hará como gustes —acepta Hipódamo.

—Y después nos inscribiremos en el Registro de Séforis como esposos, tras firmar el correspondiente contrato de matrimonio.

—Sea como tú quieras.

—Y aún falta que pagues el *mohar*, es decir, la dote, a mi padre.

—¿Cómo? ¿Tengo que pagar por una hija que se escapa de casa de su padre en contra de su voluntad?

—Nuestra costumbre así lo exige.

—Pero, dadas las circunstancias, creo que será mejor que eludamos esa parte.

La ceremonia nupcial se realiza en privado, en la sinagoga de Séforis. Acabado el rito, Rut se siente al fin confortada; no cumple con la exigencia tradicional de respetar la voluntad paterna, pero llega virgen a la noche de bodas, y con ello cree cumplir con la religión de sus mayores; está satisfecha y estima que la espera merece la pena.

Hipódamo está nervioso. No puede ni quiere disimular la emoción que siente cuando, ya a solas en el dormitorio, toma en sus brazos a Rut y la besa sabedor de que esa noche sí va a ser, finalmente, suya de veras.

Para el griego no es la primera vez. Ha habido antes otras mujeres en su lecho, pero siempre de manera esporádica. Hasta que conoció a Rut ninguna ha llenado su corazón con la pasión y el amor suficiente como para convertirla en su esposa.

Para un griego el amor es un sentimiento en el que intervienen los dioses; Eros y Afrodita se inmiscuyen entre los seres humanos y los arrastran, a veces a su pesar, a una vorágine de pasiones y querencias incontrolables. Pero para los judíos, el amor pleno se concreta en el matrimonio. Un judío no concibe que un varón permanezca célibe toda su vida y no considera a una mujer plena si no está casada. Para un griego, el cuerpo humano es una fuente de placer del cual disfrutar sin límite; para un judío, la divinidad crea la hermosura del cuerpo para que la disfruten los esposos, y por ello la mujer debe entregarse plena y dichosa al marido. Y eso es precisamente lo que hace Rut en su noche de bodas.

Hipódamo le desata el corpiño; al fin puede contemplarla desnuda, en toda la plenitud rutilante de su juventud. Observa sus delicados y tersos pechos, apenas acariciados en alguna ocasión, y besa los turgentes pezones saboreándolos como si se tratara de la más delicada ambrosía. Su mano recorre los firmes y suaves muslos, y se detiene en su pubis, sobresaliente y frondoso. Luego se separa de ella y permanece un buen rato contemplándola.

Rut no siente la vergüenza que había imaginado que la asaltaría en semejante ocasión. Estar desnuda en los brazos de su esposo le parece algo natural, hermoso, de una exquisita y delicada sencillez. Ahora es ella la que desviste a su marido. Y se asombra al contemplar su virilidad enhiesta y dura. Jamás ha visto desnudo a un varón. El cuerpo de Hipódamo, fornido y tallado por el ejercicio físico, le resulta agradable. Acaricia sus músculos y se siente segura y protegida.

Se funden en un beso largo, profundo y húmedo, y sus manos se buscan ansiosas. Ella siente cómo los dedos de su amado tocan su sexo y se entrega al placer al notar el delicado tacto en su entrepierna. Sin rubor alguno, Rut baja su mano por el vientre de su esposo y alcanza el miembro viril, que acaricia con cierto nerviosismo.

Una sutil y plácida sacudida le recorre la espalda cuando su esposo hace girar las yemas de sus dedos alrededor de su sexo, que está húmedo y caliente. Cierta tiempo transcurre así, de pie, muy juntos, entre mutuas caricias. Rut, alterada y a la vez tranquila, se tumba sobre la cama y siente el peso del varón sobre ella, y le gusta. Y agradece al Dios de Israel que haya dispuesto semejante maravilla.

Abre las piernas y espera que Hipódamo entre en ella; lo hace despacio, con suavidad, procurando ralentizar el ímpetu que lo invade. Y esos instantes son como la entrada gloriosa en un universo de sensaciones jamás antes experimentado. Nunca ha hablado con sus escasas amigas de estos momentos antaño tan preocupantes y ahora tan placenteros. Un breve momento de dulce dolor, la virginidad que se rompe, la unión íntima y carnal de los dos cuerpos, la entrada y salida de su amado en lentos y delicadísimos movimientos, una ola de placer que llega despacio, como los dorados atardeceres de Jerusalén, el calor y el gozo, la sublimación del amor perfecto... Ahora son, al fin, una sola carne. Esa sensación le parece a Rut el don más preciado de la divinidad. Se cumple el texto sagrado.

Rut se sorprende cuando se da cuenta de que se está moviendo a la vez que su marido. Nadie le ha enseñado, nadie la ha formado en el arte de amar; descubre que es algo natural, instintivo, que se lleva dentro y que sólo sale cuando se encuentra al ser amado.

De pronto siente que el cuerpo de su esposo se tensa, que se convulsiona en espasmos en intervalos regulares, y percibe cómo se derrama la líquida y cálida semilla en su interior. La invade una extraña quietud y felicidad, y, por primera vez en su vida, piensa que la existencia de su marido se prolongará en su interior: el sueño cumplido de toda mujer judía.

Luego, su esposo se relaja, jadea y se derrumba sobre ella como el vencedor que logra un destacado triunfo.

Las primeras semanas del nuevo matrimonio están llenas de noches apasionadas. Rut es feliz. Le gustaría tener su propia casa, en vez de vivir en palacio, pero comprende

que las obligaciones de su marido le imponen ciertas servidumbres.

Todos los días, cuando se queda sola tras el desayuno, piensa en Jerusalén, e imagina el dolor causado a su padre. Quiere hacerle llegar que es feliz al lado del hombre que ama, que le gustaría que la comprendiera y la perdonara.

Pero una dolorosa noticia ensombrece aquellos felices días: en Roma, tras más de cuarenta años de gobierno, muere Augusto. Fallece de repente, con dolores tras ingerir unos higos de su propio jardín. El mundo romano se llena de aflicción. Se declara un solemne luto oficial, a la vez que en todos los rincones del Imperio se proclama la grandeza del que es llamado el más grande y noble de todos los romanos. Se expiden órdenes para que se graben por todas partes inscripciones en piedra y metal que den cuenta de las principales gestas de su reinado, que se coloquen en los lugares más destacados de las ágoras y los templos y que los heraldos proclamen sus glorias y triunfos. Los sacerdotes anuncian el ascenso de su alma a los cielos; ya es uno de los inmortales.

—¿Qué ocurrirá ahora? —pregunta Rut a su esposo la noche en la que en Séforis se sabe la terrible nueva.

—Augusto ha gobernado el mundo procurando la paz y la prosperidad. Tras muchas guerras civiles y de conquista, consiguió que la calma se instalara en sus inmensos dominios. Dicen que su sucesor, Tiberio, el hijo que su esposa Livia tuvo de un anterior matrimonio, carece de su inteligencia y de su capacidad de mando, pero se asegura que es un hombre prudente que mantendrá la misma política que su padre adoptivo. Pero ya nada será igual, es probable que nunca vuelva a nacer un hombre como Augusto.

—¿Y qué será de nosotros? —Rut se muestra nerviosa.

—No creo que cambien demasiado las cosas. Supongo que Antipas será ratificado en su puesto de tetrarca de Galilea y que todo quedará como está, al menos por el momento. Por lo que yo sé, Antipas y Tiberio son buenos amigos; convivieron algún tiempo en la isla de Rodas, y en Roma tuvieron los mismos preceptores, se educaron con los mismos filósofos y frecuentaron los mismos banquetes y fiestas.

—Si Antipas y el nuevo emperador son tan amigos como dices, supongo que saldremos ganando con el cambio.

—Eso parece. De hecho, Antipas ya ha reaccionado ante el anuncio de un nuevo César. Esta misma tarde me ha dicho que va a cambiar el nombre de la nueva ciudad que está construyendo a orillas del lago Genesaret. Pensaba llamarla Autocrátoris, es decir, *Emperatriz* en el idioma griego, en homenaje a Livia, la viuda de Augusto, pero al conocer la proclamación de Tiberio me ha dicho que la llamará Tiberiades, en honor del nuevo César.

—Si ésa va a ser la nueva capital, imagino que tendremos que residir en ella; ¿podremos tener una casa propia? Vivir en palacio no está mal, pero me gustaría hacerlo en la mía.

—Se lo comentaré al tetrarca. Las obras continúan a buen ritmo, pues los obreros trabajan de sol a sol en la nueva ciudad, pero algunos judíos están molestos.

—¿Por qué? —pregunta Rut.

—En el solar donde se está levantando la futura Tiberiades se ha encontrado un cementerio, y los judíos son contrarios a habitar sobre las ciudades de los muertos.

—Sí, ése es uno de los preceptos de nuestra Ley.

—De hecho, las primeras casas ya se están habitando, pero no por judíos, que de ninguna manera quieren instalarse en ese lugar. Antipas ha recurrido a extranjeros, aventureros y gentes sin tantos escrúpulos religiosos para poblar Tiberiades.

—La mayoría de los judíos cumplimos la Ley; Antipas es judío, debería haberlo tenido en cuenta antes de comenzar a construir la ciudad en un emplazamiento impuro —dice Rut.

—Ya no tiene remedio. Además, no sólo está la cuestión del cementerio, que ocupa una pequeña zona. Resulta que la nueva Tiberiades se está construyendo según un modelo de ciudad romana y griega: tiene un estadio, un gimnasio, un edificio para una especie de Senado ciudadano y un palacio. Y luego vendrá el teatro...

—Nada de eso le gusta a mi pueblo —reitera Rut.

—Tiberiades ha sido pensada como una ciudad hermosa y, por tanto, diseñada al estilo griego. Se construye sobre un suave promontorio desde el que se ofrece una hermosa vista de la llanura de Galilea, con piedras recubiertas con blanquísimo estuco y lugares de un lujo ajeno al gusto de los judíos —continúa Hipódamo—. Antipas está volcado en las tareas de la construcción tanto que, aunque muchos de los nuevos habitantes que acuden a poblarla no poseen los bienes apropiados para hacer frente a las necesidades que una villa bien organizada requiere de sus habitantes, el etnarca subvenciona directamente esas instalaciones.

—Imagino que también habrá estatuas, que tanto agradan a griegos y romanos.

—De personas y de animales, y en todas las calles principales.

—Eso sí que es una ofensa para los judíos, porque está tajantemente prohibido por la Ley.

—Herodes el Grande se construyó un palacio en Betinaunte, a cuatro estadios de la nueva Tiberiades, y lo decoró con pinturas de animales, para escándalo de los rabinos, aunque ninguno de ellos se atrevió a denunciarlo. Espero que no suceda nada grave a causa de esta ciudad.

Hipódamo se equivoca. En cuanto pasan los días dedicados a recordar la memoria del divino Augusto, con la erección de altares y temples efímeros para venerar al emperador finado, y la actividad vuelve a la normalidad, el descontento por las obras de Tiberiades se acrecienta entre los judíos galileos. Algunos fanáticos llegan incluso a

organizarse en bandas armadas con porras y palos dispuestos a destruir las estatuas e imágenes que van erigiéndose en las calles de la nueva ciudad.

Hipódamo, al frente de sus hombres, se ve obligado a intervenir para restaurar la calma. En una ocasión un grupo de unos veinte hombres, al grito de «¡Mueran los impuros paganos!», irrumpe a las puertas del palacio. El griego tiene que recurrir a sus mejores hombres para reducir a los revoltosos, que son reprimidos con firmeza. Algunos de ellos dan con sus huesos en la cárcel.

Pese a todo, Antipas se mantiene firme al frente de su etnarquía. Los ataques de los radicales judíos que lo acusan de paganismo no lo amedrentan, y tampoco le afectan los comentarios que lo tachan de perverso y lascivo.

En medio de ese ambiente, y siempre preocupada por lo que pueda ocurrirle a su marido, pues su trabajo como jefe de la Policía lo mantiene siempre en primera línea de los problemas, la vida de Rut y Hipódamo discurre con cierta placidez. Viven en una zona discreta de palacio, alejada del ajetreo que suele convocar una corte de este tipo, disponen de cuanto necesitan y son bien considerados. Es verdad que muchos días discurren monótonos y lentos, pero las noches son apasionadas y rebosan de placer en el lecho que comparten.

Sólo el recuerdo de su padre entristece la dicha de Rut. Durante los dos primeros años tras su fuga de Jerusalén, no deja de enviarle reiterados mensajes en los que le manifiesta su amor filial; pero Jeconías no se molesta en contestar esas misivas. Tras la huida nocturna, el sacerdote reniega de su hija y considera que ya no forma parte de su mundo. Anuncia a sus íntimos que su hija ya no existe para él y celebra una suerte de funeral como si hubiera muerto; su mismo padre la repudia y la declara apartada del acceso al mundo venidero. ¡No tendrá parte en él, como si se hubiera perdido en las sombras del *sheol*! Jeconías, viudo desde hace mucho tiempo, ha volcado todo su amor en su hija, y ésta lo ha traicionado. Así se siente el viejo sacerdote, que se jura que nunca la perdonará por lo que ha hecho.

Un buen día, uno de los correos que utiliza Rut para enviarle mensajes a su padre en Jerusalén le trae la noticia: Jeconías ha muerto; se ha ido del mundo sumido en una profunda e inconsolable tristeza, amargado por la soledad, convencido de haber sido traicionado por aquella a quien más quería. El corazón del anciano ha sufrido más de lo soportable, pero su firmeza doctrinal ha podido más que el amor hacia su hija.

Rut no asiste a los funerales que, en honor del notable sacerdote, se organizan en Jerusalén. Sabe que no puede hacerlo, que los compañeros de Jeconías, miembros del alto clero, no se lo permitirían. De modo que permanece en Galilea y reza para que su padre, antes de exhalar el último aliento, la haya perdonado.

En los meses siguientes Rut no puede olvidar el sabor de la amargura provocado por la muerte de su padre. Apenas le conforta el consuelo que le ofrece su esposo, quien se siente culpable de la pena que la envuelve. Ni siquiera encuentra satisfacción en las palabras de un rabino de Séforis, con el que congenia, que le recuerda que, según la ley

divina, «la mujer abandonará a su padre y a su madre para unirse a su esposo, formando con él una sola carne».

Pero Rut sólo piensa en el contenido del libro de Esdras, que tantas veces le leyera su padre, en donde el escriba sagrado cuenta el regreso del pueblo de Israel a Jerusalén tras finalizar la cautividad de Babilonia. En su interior resuena a menudo el anhelo de los desterrados: «¡El año que viene, en Jerusalén!».

Hipódamo hace bien su trabajo. Antipas, asentado en su trono de tetrarca, lo tiene en gran consideración y lo respeta. En esos años Rut pare tres hijos.

—Soy feliz a tu lado —confiesa Rut a Hipódamo. Acaban de estar unidos en amoroso conyugio y, aunque ambos ya no tienen la fogosidad de los primeros años, siguen deseándose el uno al otro, y se siguen entregando con renovado afecto aunque con mayor sosiego.

—Nunca pude imaginar una esposa mejor que tú. Creo que tu padre, desde el otro lado, estará dichoso al contemplarte.

—Así lo deseo. Ojalá le compense los sufrimientos que le causé en los últimos años de su vida.

Galilea atraviesa tiempos felices, tranquilos y prósperos. Gracias a su eficaz política de recaudación de impuestos, muy elevados pero bien distribuidos, el Tesoro de Antipas ingresa diez millones de denarios anuales, y no duda en incrementar su patrimonio incautando los bienes de algunos de sus enemigos o de delincuentes juzgados y condenados por sus tribunales; se dice que incluso llega a ordenar homicidios para quedarse con las propiedades de los asesinados. El tetrarca se atribuye la autoría de esa prosperidad.

Pero el trono de Israel sigue vacío. Y aunque sigue sin llegar su ansiado nombramiento como rey de todo el país reunificado, está convencido de que, de seguir así las cosas, el nuevo César, su amigo Tiberio, lo coronará en breve como monarca de Israel.

Los tumultos que surgieron como protesta por la construcción de la ciudad de Tiberiades han sido eficazmente aplacados por Hipódamo, y ya nadie cuestiona abiertamente las estatuas ni las figuras esculpidas en los relieves, ni siquiera que se organicen espectáculos de circo y de teatro. «Es cosa de gentiles; allá ellos si se condenan al fuego eterno», se justifican los rabinos más ortodoxos.

Desde su palacio, Antipas gobierna una región en paz, pero algo inesperado va a alterar sus planes.

EL RAPTO DE HERODÍAS

Con Tiberio asentado en el trono imperial, Antipas decide viajar a Roma con la excusa de mostrar pleitesía al emperador, su viejo compañero de estudios, y rendir cuenta de sus actos de gobierno en Galilea. El tetrarca se considera el destinado por la divinidad para regir el Gran Israel, cuyo trono sigue vacante. Augusto se fue a la tumba sin haber adoptado decisión alguna sobre esa cuestión, y Antipas confía en que Tiberio resuelva en su favor.

—El trono vacío de la patria israelita constituye una afrenta a la memoria de nuestros antepasados —comenta Antipas a su esposa, la nabatea Fáselis, mucho antes de que concluyan los preparativos para partir hacia Roma.

—¿Crees de verdad que el emperador Tiberio te lo concederá? —pregunta la mujer.

—Espero que sí. Cuando éramos jóvenes, compartimos mucho más que banquetes y juergas. Yo soy el último heredero de la estirpe de David y Salomón y tengo derecho a ostentar la corona.

La destitución de Valerio Grato tras once años como prefecto de Judea y la perspectiva del nombramiento de otro gobernador romano para la región, con el nuevo título de procurador, acrecientan sus esperanzas. Decide viajar a Roma, verse cara a cara con Tiberio e insistirle para que no nombre a un procurador para Judea, Samaria e Idumea. Su plan es que el emperador se decida a proclamarlo rey de todo Israel y restaurar la monarquía judía, que mantendrá desde luego una firme y leal alianza con Roma.

El único escollo que puede frustrar su plan es Livia, la viuda de Augusto y madre de Tiberio, que pese a sus más de ochenta años de edad sigue ejerciendo una notable influencia en los asuntos del gobierno imperial.

Antes de embarcar rumbo a Roma, Antipas decide visitar a su hermano Herodes el Joven, uno de los tres que llevan el mismo nombre que el padre. Hijo de la segunda Mariamme, a su vez hija del sumo sacerdote Simón, emparentado con la ilustre familia de los Boeto, este Herodes es denominado a veces entre el pueblo como Herodes Boeto para distinguirlo de sus hermanos. Desgraciadamente para él, ha recibido muy poco de la herencia paterna, y vive en condiciones austeras, manteniéndose a duras penas con las escasas rentas obtenidas del alquiler de algunas pequeñas propiedades en una ciudad del norte de Galilea.

A diferencia de la mayoría de sus hermanos, Herodes el Joven carece de ambición y hace tiempo que ha asumido su destino y su mala fortuna. No ocurre lo mismo con Herodías, su atractiva esposa, que es a la vez sobrina y cuñada de Antipas, pues es hija de Aristóbulo, hermanastro del tetrarca e hijo también de Herodes el Grande. La boda

con su tío Herodes el Joven es una simple argucia para estar cerca del trono, pero la indolencia y el desánimo de su esposo la condenan a un plano secundario desde el que nunca podrá alcanzar la condición real que tanto anhela.

La bella Herodías es un mar de ambiciones; una mujer a la que los rabinos consideran poco menos que la maldición para un marido, una hija del demonio, que ha heredado el carácter de su abuela, la hermosa macabea Mariamme, a la que Herodes el Grande ordenó ejecutar a causa de los celos. Herodías, nieta de un rey, hija de un príncipe y esposa de otro, se cree con más derecho que nadie para sentarse en el trono de Israel. Además de su linaje real, Herodías es descendiente directa por vía materna de los soberanos macabeos, o asmodeos, como los llama a veces el pueblo.

Cuando Antipas y Fáselis anuncian su llegada a casa de Herodes el Joven, éste ordena preparar un gran banquete en la medida de sus posibilidades. Su casa es modesta comparada con los lujosos palacios en los que habitan otros príncipes hebreos, pero dispone de una amplia sala rectangular con un triclinio en el que se acomodan con cierto desahogo los dos hermanos con sus mujeres y algunos amigos del anfitrión.

Hace tiempo que Antipas no ve a su sobrina y a la vez cuñada, y apenas la recuerda. Herodías tiene ya treinta y cinco años, y una hija, llamada Salomé, que acaba de cumplir los doce, y que también asiste a la cena.

Durante el ágape, Antipas no deja de mirar a Herodías, a la que compara con su esposa Fáselis. Dotada de una exótica belleza, Antipas encuentra a su sobrina y cuñada sumamente excitante; sin duda le recuerda a su tía, la intrigante Salomé, aquella mujer tan inquietante como atractiva.

Fáselis es de conversación ruda y ligera, en tanto que Herodías denota una inteligencia y una sutileza extraordinarias cuando habla. La nabatea parlotea con gusto de caballos y camellos, de la vida en el desierto, de tiendas de beduinos y de las costumbres de su tribu; ni siquiera la ciudad de Petra, una urbe prodigiosa construida en el fondo de un desfiladero rocoso y rodeada de escarpadas paredes, despierta su interés por la vida urbana. Por el contrario, Herodías es capaz de dialogar con el mayor de los expertos sobre política del Imperio, o de debatir sobre literatura y teatro griegos. Se siente a gusto en los ámbitos de la filosofía y la religión y discute con propiedad sobre diversos y elevados aspectos de ambas materias.

Cuanto más la mira y la oye, tanto más se siente atraído el tetrarca por su sobrina y cuñada, que gesticula y mueve las manos con un encanto femenino irresistible. Antipas intuye que tras la esposa de su hermanastro se esconde una mujer ambiciosa y enérgica, tal vez la compañera que le hace falta para lograr al fin sus propósitos. No se imagina a una ruda nabatea como reina de Israel, pero, en cambio, de Herodías emana una fuerza, un carisma y un don de gentes que la convierten en la candidata ideal.

Acabado el banquete, Fáselis y Antipas se retiran a descansar. La esposa del tetrarca está muy disgustada.

—Durante toda la cena, y no se te ocurra negarlo porque lo han visto mis ojos, no has parado de cruzar miraditas con la esposa de tu hermano —dice Fáselis airada.

—Es una mujer agradable, de conversación inteligente y trato amable, y además, es mi sobrina, no lo olvides —se justifica Antipas.

—Es una perra presumida y coqueta que trataba de seducirte con su caída de ojos y sus miradas lascivas.

—Creo que exageras. Hace años que no la veía; simplemente hemos hablado como dos parientes que se reencuentran tras años de alejamiento.

—No me mientas. Se pavoneaba ante ti como una yegua en celo, con esos aires de importancia y esas ínfulas de princesa despechada. Habrás podido ver, pues no le has quitado ojo de encima, con qué ademanes tan falsos y ridículos se manifiesta, y esos impostados aires de grandeza de los que se rodea... Como si las demás no fuéramos de cunas tan nobles, o incluso mucho más que ella.

—Lo que dices carece de sentido. Pareces ignorar la obligación que un invitado, como nosotros en este caso, debe manifestar hacia su anfitriona. Y déjame dormir, mañana nos espera un largo camino.

Fáselis intenta acercarse a su marido, pero Antipas le da la espalda y procura conciliar el sueño, aunque no puede dejar de pensar en Herodías, a la que desea llevar a su lecho.

A la mañana siguiente, Antipas comunica a Fáselis que se quedarán en casa de su hermano por algún tiempo. La nabatea se sorprende.

—No entiendo por qué alteras el orden de tus intereses. ¿El viaje a Roma deja de ser prioritario para ti? —Su marido guarda silencio—. Ahora caigo en la cuenta, no deseas otra cosa que permanecer más tiempo junto a Herodías.

—Te equivocas. Comparecer ante Tiberio cuanto antes y rogarle, por los años de amistad, que me conceda el título real de Israel es mi única obsesión. Pero he caído en la cuenta de que el ajeteo de Tiberiades no me permite reflexionar convenientemente. En la paz de esta casa y conversando con mi hermano y su mujer fraguaré mejor el plan.

Fáselis calla, pero percibe que, de alguna forma, esa mujer hechiza a su esposo, quien ahora sólo piensa en cómo llevársela al tálamo.

En los días siguientes, Antipas y Herodías se muestran muy cercanos, mantienen largas conversaciones procurando alejarse de oídos curiosos, ante los crecientes celos de Fáselis, que se siente sola y relegada por la atención que su esposo presta a aquella intrusa de la que poco antes apenas había oído hablar. Herodes el Joven trata de animar a su cuñada, pero Fáselis se muestra reacia, sabe que Antipas tiene sus ojos puestos en Herodías y que no cejará hasta conseguirla.

Transcurrida una semana, en la que no cesan los continuos devaneos, Herodes el Joven organiza una cacería en honor de su hermano. Fáselis comenta en alta voz:

—Perdonadme, pero prefiero quedarme en casa, pues no me encuentro bien.

Sus cálculos son erróneos; conjetura que Herodías hará lo mismo y que ella puede aprovechar la ocasión, estando las dos solas, para hablar claro a su cuñada e incluso amenazarla con la rudeza que una hija del desierto puede emplear.

Pero para su asombro, Herodías se suma gozosa a la fiesta. Durante la jornada de caza, Antipas y su cuñada desaparecen por un buen rato de la vista de todos.

Dos semanas después de la llegada de los huéspedes, Antipas visita el lecho de Herodías en cuatro ocasiones. Aunque intenta hacerlo con toda discreción, algunos criados lo ven deslizarse entre las sombras de la noche y lo comentan divertidos sin recato.

La ambiciosa Herodías, que encuentra a Antipas mucho más interesante que a su esposo, sabe que el tetrarca va a entrevistarse con el emperador y que es probable que regrese de Roma con el título de rey de Israel. Su ambición y su deseo carnal se mezclan en una atracción irresistible. Lo que le cuenta Antipas abre inmensas perspectivas y utiliza entonces todos sus encantos y todas sus artes amatorias para seducir a su cuñado, que acaba perdiendo la cabeza por la que también es su sobrina.

Lo tiene atrapado. Cada vez que se acuesta con ella, Antipas nota cómo se recuperan su ardor e ímpetu juvenil; día a día la desea con desesperación. Hace tiempo que no siente con ninguna mujer el placer que ahora experimenta con Herodías. Su sobrina no tiene un cuerpo voluptuoso, ni grandes pechos, ni caderas rotundas como las hembras que gustan a los varones de Palestina, pero se mueve con la flexibilidad de una leona y con la delicadeza de una cervatilla. Con ella se entiende y se acopla a la perfección, y no necesita decirle en cada momento lo que tiene que hacer. Herodías sabe cómo satisfacerlo plenamente.

Las yemas de los dedos de su sobrina, delicadas y suaves como pétalos de rosa, acuden a los puntos más sensibles del cuerpo de Antipas y despiertan en él una pasión irrefrenable. Cuando llega al éxtasis y se derrama dentro de ella, sus músculos y todo su ánimo se relajan tras la placentera unión, y la compara entonces con Fáselis, tan vulgar, fría y distante. No desea otra cosa que tener a Herodías cada noche en su cama. El encaje entre los dos resulta perfecto. Sólo pensar en seguir conviviendo con Fáselis se convierte para Antipas en una suerte de pesadilla.

Una tarde, en un olivar cercano a la casa donde se retiran los dos amantes para entregarse al placer, Antipas, satisfecho, le dice:

—Divórciate de tu marido. Te haré mi esposa y vendrás conmigo a Tiberiades.

Esa declaración es precisamente la que Herodías espera, y ya tiene preparada la respuesta:

—Lo haré, pero no consiento ser tu segunda esposa. Despide a Fáselis y, en cuanto lo hagas, me reuniré contigo y me tendrás a tu lado para siempre.

Antipas piensa en otra solución, pero responde de inmediato:

—Como desees.

—Tengo una hija de tu hermanastro Herodes; quiero que Salomé venga conmigo.

—No veo ningún inconveniente en ello. Pediré el divorcio alegando cualquiera de las causas que contempla la Ley: que mis ojos no encuentran ya gracia en Fáselis, o que sale a la calle con la cabeza descubierta, o que cuando cocina en la intimidad se le quema la comida repetidas veces... Aunque ni siquiera hará falta recurrir a esos motivos. Fáselis no me ha dado ningún hijo, de modo que puedo repudiarla por ello. Mis súbditos entenderán que el trono de Galilea necesita un heredero, y tú eres una mujer fértil. ¿Quién mejor para darme un sucesor que una nieta del gran Herodes? Nuestro hijo, el futuro rey de los judíos, será de su misma sangre. Pero ¿consentirá tu esposo, mi hermano, en dejarte marchar con vuestra hija?

—Es un pusilánime sin carácter. No pondrá la menor objeción, aunque lo sienta. Pero sería más fácil si le entregas alguna dádiva, una bolsa con dinero o algunas tierras, por ejemplo.

—Según dices, no vas a tener ningún problema en tu divorcio, pero yo debo pensar cómo deshacerme de Fáselis —reflexiona Antipas en voz alta—. La Ley me permite tener dos o más esposas. Esto es mucho más sencillo y si aceptas que Fáselis...

—¡De ninguna manera! No te compartiré con ninguna. Recuerda que tu padre, mi abuelo el rey Herodes, tuvo... ¿cuántas fueron, ocho, nueve, diez esposas?, y decenas de concubinas, y quién sabe cuántos hijos suyos andan por ahí, algunos sin siquiera saberlo. ¿Y qué ocurrió después?, que las disputas por la herencia del trono de Israel casi provocan la desaparición del pueblo judío.

—Mi padre supo mantener a todas sus esposas como enseñan los rabinos. Un hombre puede tomar a varias mujeres siempre que pueda atenderlas, y más si es el rey.

—Te recuerdo que Mariamme, la madre de tus hermanastros Aristóbulo y Alejandro, fue ejecutada, al igual que sus dos hijos, por orden de mi abuelo Herodes.

—Mi padre lo ordenó porque conspiraban contra él..., y éste no será el caso; como te digo, Fáselis no me da hijos, y creo que nunca lo hará.

—¿Nunca? Sara también parecía estéril y le dio un hijo al padre Abrahán. ¿Quién te dice que no pueda ocurrir lo mismo con Fáselis en el futuro?

—No visitará mi lecho; tú serás la única mujer en mi cama —repite Antipas.

El tetrarca intenta evitar repudiar a su esposa nabatea, pues semejante decisión sería tomada por su pueblo como una terrible afrenta y podría desencadenar una guerra entre los árabes y los galileos, lo que supondría el fin de sus ambiciones políticas.

Mientras Antipas duda, Fáselis contempla el discurrir de los días sin que se vislumbre el momento de partir hacia Roma. Ya es notorio que su marido y Herodías son amantes. Por su parte, a Herodes el Joven no parece importarle.

Por un momento, Fáselis piensa en pagar la infidelidad de Antipas con la misma moneda. Si se lo propone, está segura de que puede seducir a Herodes. Pero aunque le atrae esa idea, su cuñado no le gusta como hombre, y su irritación puede más que su

deseo de venganza. Y su madre, la reina de los nabateos, le ha enseñado que las mujeres árabes, especialmente las de estirpe real, deben comportarse con la dignidad que les confiere su rango, siempre y en cualquier circunstancia. No deja de imaginar los chascarrillos con los que se habrían entretenido los criados y los esclavos al ver a sus dueños intercambiar sus esposas cada noche.

Pero esos juegos no son para ella. Fáselis, que desconoce la propuesta de matrimonio de Antipas a Herodías, sólo desea marcharse de allí cuanto antes y olvidar para siempre el rostro burlón y lascivo de su cuñada.

Al fin, decide dar un paso adelante y habla con Antipas:

—Esposo, llevamos en casa de tu hermano demasiados días. Roma y Tiberio no te esperarán eternamente; deberíamos partir cuanto antes. Estamos malgastando un tiempo precioso en esta perdida ciudad de Galilea.

—Roma no se moverá de donde está —se limita a sentenciar Antipas.

—Has enviado mensajeros a Tiberio para que le anuncien tu llegada, ¿qué crees que pensará el emperador si se entera, y sabes que tiene medios de sobra para hacerlo, de que mientras él aguarda tu visita para que le rindas cuentas, tú estás aquí, despreocupado, dejando pasar los días y las semanas?

Las palabras de Fáselis hacen meditar a Antipas. Sabe que debe acudir ante el César, pero no tiene la menor intención de alejarse de Herodías, hacia la que se siente más y más atraído por momentos. Si ahora pudiera, suspendería ese viaje a Roma, olvidaría a Tiberio y la gloria del Imperio, enviaría a Fáselis de vuelta al desierto árabe con su padre y se abandonaría a los brazos de Herodías, olvidándose de todo y de todos. Tanta es la satisfacción que le provoca esa mujer cada vez que cabalga sobre ella, como un jinete mortal sobre una diosa.

Pero Fáselis tiene razón. Incluso la paciencia de un emperador tiene un límite, y el tetrarca de Galilea no puede sobrepasarlo.

—Debo continuar mi viaje —le dice Antipas a Herodías—. No me queda otro remedio.

—¿Y tu promesa? —pregunta Herodías.

—En cuanto regrese de Roma arreglaré la situación, despediré a mi esposa nabatea y la devolveré a su tierra, otorgándole libelo de repudio.

—Y entonces, ¿seré tuya, tu esposa?

—Te lo aseguro. Respecto a mi hermano Herodes tengo una idea que puede resultar buena; así, tu camino quedará libre y podrás convertirte en la señora de mi palacio en Tiberiades... y en la esposa del futuro rey de Israel, mi reina.

Disgustado, Antipas deja la casa de su hermano, no sin antes pasar una ardiente noche de amor en los brazos de Herodías.

La travesía del Mediterráneo es pacífica y sin incidencias. Limpias las costas de Lidia y Cilicia de bandidos, sólo las tormentas alteran la navegación en el Mare Nostrum romano.

La acogida de Tiberio a su ilustre visitante es rápida y excelente. El emperador, un hombre corpulento, de anchas espaldas, manos fuertes y pelo largo, lo recibe en palacio y lo saluda con hermosas palabras y afectuosas invocaciones a la amistad y a los dichosos tiempos de la juventud compartida.

—Me alegro mucho de volver a verte, querido amigo. En cuanto recibí noticias tuyas y supe que querías visitarme, sentí una gran satisfacción —le dice Tiberio tras darle un gran abrazo.

—La alegría es mutua, César. Lamenté mucho la muerte de tu padre, el divino Augusto, pero mi tristeza se tornó en dicha cuando supe que tú eras el elegido para sucederlo al frente del Imperio.

—Todos lo lloramos, querido Antipas. Mi padre adoptivo —Tiberio remarca esa última palabra— fue un hombre extraordinario. No creo que vuelva a nacer nadie con su grandeza.

—Tú la superarás. —Antipas se muestra adulator, pues debe pedirle sin demora la concesión de la corona real judía.

—Me decías en tu misiva que vienes a rendir cuentas de tu gestión en la tetarquía de Galilea y Perea, y a pedirme algo que ya me revelarías en Roma. Bien, ya estás aquí; dejemos las cuentas por un momento porque deseo saberlo cuanto antes: ¿de qué se trata?

—Por la amistad que nos une, te solicito formal y solemnemente que me concedas el reino de Judea y todas las demás provincias de Palestina, y me otorgues el título de rey de Israel. —Antipas se expresa con seguridad, convencido de que su petición va a ser aceptada por Tiberio.

Se equivoca.

—Por el momento —responde el César—, y dejo claro que es por el momento, mi voluntad es que las cosas se mantengan en Oriente como están. Judea, Samaria e Idumea seguirán siendo provincias imperiales bajo administración directa de Roma, y tú mantendrás tu puesto de tetrarca de Galilea y Perea.

Tiberio se muestra tan contundente al responder a una propuesta en principio inesperada para él que deja a Antipas completamente desorientado. El emperador es mucho más inteligente de lo que algunos creen.

—Pero yo pensaba... Somos amigos, me conoces..., estudiamos juntos, yo creía que...

—Ésta es la misma decisión que adoptó Augusto poco antes de su muerte. Si yo, su heredero, la modificara ahora y desgajara a Palestina del Imperio para entregarte ese territorio a título de rey de Israel, el Senado consideraría, y con razón, que desautorizo a mi predecesor, y es probable que algunos senadores lo consideraran un ultraje a su

memoria, o al menos un insulto a quien se ha convertido nada menos que en el dios más venerado entre los romanos, por encima incluso del propio Júpiter.

—Pero yo...

—Además —lo interrumpe Tiberio escrutándolo con sus grandes ojos—, una decisión en tu favor me acarrearía fuertes críticas entre mis enemigos, y te confieso que son muchos, pues dirían que el César gobierna el Imperio según los intereses particulares de un amigo y no en beneficio de Roma.

—Yo esperaba...

—De momento, repito, no es posible lo que me pides —Tiberio lo interrumpe de nuevo—. Tal vez más adelante. —Y deja claro con un rotundo y enérgico gesto de su mano que no admite posibilidad alguna de réplica.

«Más adelante...» Antipas entiende perfectamente lo que esa frase significa en los labios de Tiberio: nunca. Nunca mientras él sea el dueño de Roma.

—Acepto tu decisión, César. —Antipas dibuja, con gran esfuerzo, una amplia pero fingida sonrisa—. Sé que lo haces en beneficio del gobierno de la República. —El tetrarca usa la expresión habitual para definir el sistema político que rige Roma.

Aunque convertida hace años en un imperio, muchos siguen utilizando la palabra *república* para referirse a la administración política de los asuntos públicos.

Su sueño de convertirse en rey se frustra una vez más; ¿de nuevo la maldición? A pesar de su fortaleza mental, Antipas no puede menos que rendirse al embate de una profunda melancolía. En esta última ocasión perdida sus deseos son más fuertes si cabe que en las anteriores, pues no ha dejado de pensar en sorprender a Herodías a su regreso a Galilea, ungido con el título de rey, y convertirla en su reina, como le prometiera. Pero no podrá ser, «por el momento». Ése era el regalo de bodas, de modo que ahora tendrá que cambiarlo por otro.

Un par de días después, Antipas, repuesto un tanto del fracaso, decide regresar a Galilea.

Pero no todo es negativo en el viaje a Roma. En el último momento, poco antes de partir, se entrevista de nuevo con Tiberio y le ofrece su total lealtad. Luego critica con sutileza pero con contundencia a su hermano Herodes Boeto, del que dice que siempre permanece pasivo y que jamás participa en actos públicos en honor del emperador. Pretende así sembrar dudas en el César para preparar su boda con Herodías, lo que contradice palmariamente los que fueron deseos expresos de Livia y Augusto. Será más fácil si Tiberio, que no conoce en persona a Herodes el Joven, recela de otro personaje más que podría aspirar al trono de Israel.

Ya de vuelta en Galilea, el tetrarca reúne a sus consejeros. Uno de ellos le informa de que su hermano Herodes el Joven acaba de recibir una carta del mismísimo Tiberio en

la que le insta a mostrar su fidelidad al Imperio y a colaborar codo con codo con el prefecto de Cesarea.

Antipas oye con forzada paciencia diversos informes. Luego con voz entrecortada, frustrado por no lograr su principal propósito, Antipas comunica a los miembros del Consejo una solemne decisión:

—Es mi deseo casarme con mi sobrina Herodías —anuncia en medio del estupor general.

—No lo hagas, señor —interviene con serenidad un viejo saduceo, quizá el más sagaz y experto de los presentes.

—¿Te opones a ello? —pregunta el tetrarca irritado.

—¿Qué pretendes con este nuevo matrimonio? Tu posición política no es tan sólida como para que adoptes semejante resolución.

—El pueblo me apoya —asienta Antipas.

—Creo, mi señor, que si desposas a Herodías, la mayor parte de tu pueblo se enfurecerá contigo. Conoces bien que la Ley no permite el matrimonio con la mujer del hermano si ésta ya tiene hijos. ¿Acaso olvidas el desdichado precedente que sentaron tu hermano Arquelao y Glafira? Ésa, y no otra, fue la causa inmediata de su caída en desgracia entre el pueblo. La boda que ahora pretendes está prohibida. Si te desposas con Herodías, toda la gente de Israel considerará que estás cometiendo el más grave adulterio y te juzgará con la severidad que siempre aplica en estos casos.

—Herodías será mi esposa. —Antipas habla sin pensar en las consecuencias, obnubilado por la pasión que siente hacia su sobrina.

—Tendrás que repudiar a Fáselis, y en ese caso, ¿cómo crees que responderá su padre? El rey Aretas es un caudillo poderoso que al ver a su hija rechazada y humillada conducirá a los nabateos a una guerra contra Galilea. Sabes que es un hombre de carácter enérgico, belicoso y malhumorado. No dudará en atacarnos para vengar semejante ofensa a su honor. Sopesa las consecuencias que puede desencadenar una confrontación con los nabateos...

—Mi caso es distinto al de mi hermano Arquelao. Mi gobierno está bien asentado entre el pueblo de Galilea.

—El pueblo es voluble y dúctil. Puede mudar de opinión con la misma facilidad que el viento cambia de dirección en un instante.

—Es probable —supone el tetrarca— que en los primeros días, tras la boda, se alcen algunas protestas, pero se diluirán enseguida cuando la gente entienda que lo que hago es en su beneficio y que mi gobierno le reporta paz y prosperidad. Además, si en honor a mi padre el Imperio me nombrara rey, es mejor que la reina sea judía... y asmonea.

Este argumento es fuerte.

—¿Y en cuanto a tu suegro Aretas, cómo lo calmarás? Su talante es iracundo y puede estallar de cólera —insiste el viejo saduceo.

—Le remitiré pruebas contundentes e inapelables sobre la infidelidad conyugal de Fáselis. Le haré saber que mi esposa, su hija, tiene relaciones con mi hermano Herodes.

—¿Cómo? —Los consejeros se muestran asombrados ante las palabras de Antipas.

—Presentaré decenas de testimonios de esclavos y criados que atestiguarán que Fáselis y Herodes son amantes, al menos durante los días que estuvimos en su casa antes de partir hacia Roma.

—Tu esposa lo negará.

—De nada le servirá. Le haré ver a Aretas que su hija me traiciona y que, por tanto, él me debe excusas por haberme enviado como esposa a una mujer infiel. Ya sabéis que los árabes consideran que ése es el peor defecto en una mujer. Al rey de los nabateos no le quedará más remedio que callarse y soportar el deshonor de su hija.

—Señor —interviene otro de los consejeros—, ¿has pensado cuál puede ser la actitud de Herodías?

—Pedirá el divorcio de mi hermanastro Herodes una vez que yo repudie a Fáselis.

—Ésa no es la costumbre de Israel. Si lo hace, se desatará otro motivo para el escándalo. Si la que va a ser tu nueva esposa se comporta como lo hacen las mujeres romanas, el pueblo de Galilea la rechazará, y, además, tiene una hija de su primer matrimonio, esa jovencita...

—Salomé es su nombre.

—Salomé... ¿La adoptarás como hija tuya?

Antipas guarda silencio. Se ratifica en su decisión y nada va a cambiarla. Durante unos largos instantes que se hacen eternos nadie habla; al fin, Antipas insiste y deja claro lo que va a hacer.

—Me casaré con Herodías, lo antes posible, y nada ni nadie me lo va a impedir.

La decisión de Antipas no pasa desapercibida a Fáselis, que disfruta de amigos en el Consejo. En cuanto se disuelve la sesión, uno de sus miembros, agraciado con algunas dádivas, se apresta a informarle en secreto. Fáselis se enfurece; comparte un carácter agrio y colérico con su padre, y decide tomarse cumplida venganza. Lo que oye no es la revelación de uno más de los devaneos de su esposo, a los que está acostumbrada, sino el repudio y la acusación de infidelidad que la colocan en una situación de deshonor.

Lleva ya años casada con Antipas, y lo conoce bien. Sabe que su matrimonio fue impuesto por la conveniencia política, y asume que su esposo nunca la ha amado, pero al menos ha cumplido su papel con decoro. Ahora las cosas cambian de manera radical. Va a ser acusada de desleal y de adúltera, y eso no lo puede consentir. Y mucho menos quedar marcada para siempre como una mujer deshonesto y culpable.

Tiene que pensar rápido y encontrar una solución a la trampa que le está preparando su esposo.

Y no tarda en encontrarla.

Fáselis se presenta ante Antipas, quien ignora que su esposa está al corriente de los perversos planes que prepara contra ella.

—Esposo, quiero pedirte permiso para un viaje —le dice.

—¿Adónde quieres ir? —Antipas se extraña de esa propuesta y se pone en guardia.

—A nuestra fortaleza de Maqueronte. Eudemo, el arquitecto encargado de las reformas de nuestras habitaciones en ese lugar, va a iniciar las obras, y me gustaría estar presente para que las ejecute conforme a nuestro gusto.

El tetrarca se extraña por el repentino interés de su esposa por unas obras, pero el tono de inocencia que desprenden sus palabras lo hace confiar. Y accede a ello, pues con su esposa lejos tendrá mayor capacidad de movimientos para tramar su repudio.

—De acuerdo. Una mujer siempre sabe hacer observaciones adecuadas en la decoración de una casa. Ordenaré al gobernador de esa fortaleza que prepare todo lo necesario para tu acomodo mientras permanezcas en Maqueronte y le diré al chambelán que se encargue de organizar tu viaje.

Antipas ignora que Fáselis tiene un plan muy concreto: abandonar en secreto Galilea y regresar al abrigo de la casa de su padre antes de que se produzca el repudio y la falsa denuncia que se están preparando contra ella. Para organizar la huida, la nabatea envía un mensaje secreto a su padre en el que le informa de todo lo acontecido y de su plan de regresar a Petra.

Pasados pocos días, la comitiva de Fáselis sale hacia Maqueronte, como está previsto, pero poco antes de llegar se ve rodeada por una tropa de jinetes árabes. Los intrusos se acercan en actitud amistosa, anunciando que desean rendir pleitesía a la hija de su rey, pero en cuanto se encuentran entre los galileos, rodean a los soldados de la escolta de Fáselis y los desarmen.

Tienen orden tajante de liquidar a los miembros del séquito que se opongan a la huida de Fáselis, pero no es necesario ante la falta de resistencia. Sin dilación alguna, se apoderan del tesoro que llevan a Maqueronte, se hacen con Fáselis y parten raudos hacia el sur, dejando a los soldados de Antipas sorprendidos y angustiados.

Mientras los nabateos vuelan hacia su desierto con el botín capturado y la esposa de Antipas, los burlados guardias de la escolta se dirigen, pesarosos y abatidos, a Maqueronte desprovistos de sus armas y de sus cabalgaduras. El gobernador de la fortaleza es informado del incidente y envía un correo urgente a Antipas.

Entre tanto, la tropa árabe se dirige al galope hacia las fronteras meridionales de Israel, directa hacia Nabatea. El plan discurre conforme a lo dispuesto, y sin contratiempo alguno Fáselis pisa suelo nabateo y se presenta en el palacio de su padre.

—Y eso es todo, padre. —Entre llantos y suspiros, la desconsolada Fáselis le cuenta a Aretas el plan de Antipas para repudiarla y las mentiras que maquina para justificar su separación.

—¡Una traición propia de un perro judío! —brama el rey nabateo tras escuchar atento las palabras de su hija—. ¿Qué otra cosa se puede esperar del hijo de una hiena, del engendro de un padre como el de tu esposo? Pero deja de afligirte, hija, pues acabas de librarte de un canalla que además es imbécil. Ahora descansa y reponte del cansancio del viaje y del disgusto que te apena. En su momento desencadenaremos la venganza que esta injuria merece; y te juro por Dudares, el padre de nuestros dioses, que será terrorífica.

Mientras Fáselis, ofendidísima y enojada, se acomoda en el palacio de su padre, en la imponente y desértica región de Nabatea donde transcurriera su niñez, Antipas desata toda su ira al enterarse de la sorpresiva fuga de su esposa. Amargado por la humillación, apenas repara en otra cosa que en la represalia que caerá sobre él cuando todo el pueblo se entere de cómo se ha perpetrado la huida.

En Israel, la Ley y la tradición señalan que es el marido quien repudia y deja a la esposa, pero en este caso es la mujer la protagonista del abandono. Fáselis es árabe y es sabido que las relaciones entre judíos y nabateos no son nada armoniosas.

Antipas piensa que será la mofa del pueblo, que correrán chascarrillos y se compondrán poemas satíricos y cancioncillas burlescas; incluso los más aviesos poetas escribirán epigramas para escarnio del marido burlado. Y no serán pocos los que consideren que cómo va a poder gobernar a todo un pueblo quien ni siquiera puede domeñar a su propia esposa.

La pesadumbre atenaza a Antipas, que sólo encuentra consuelo cuando Herodías, su amante, le comunica que acaba de solicitar el divorcio de su marido. Lo hace a la manera romana, tal como se le aconseja, y está dispuesta a trasladarse de inmediato a la ciudad de Tiberiades para vivir sin recato junto a su amante enamorado.

Pero las cosas no serán tan sencillas. En su palacio de Petra, Aretas da vueltas como una fiera en su jaula.

—No soporto que seas despreciada de semejante manera por ese sucio chacal —gruñe ante su hija Fáselis—. Te prometí no consentir semejante afrenta; no tengas ninguna duda: te vengaré y ese canalla pagará su osadía.

—Tus palabras alivian mi dolor, padre —dice Fáselis.

—Las tierras del sur de Palestina nos pertenecen; hace tiempo que deberían haberse reintegrado a nuestros dominios; pronto va a llegar el momento de hacerlo.

Muchos años de celos, envidias, rabias y frustraciones contenidas se liberan de repente. El menosprecio sufrido por Fáselis se convierte en la excusa perfecta para reclamar esas tierras y atacar a los judíos si se niegan a entregarlas a los nabateos.

Sin dudarle, Aretas envía ante Antipas a un mensajero que porta una carta en la que le solicita importantes cesiones.

—Nuestro rey, en compensación a la ruptura de tu matrimonio con su hija, requiere la entrega de la región de Gabalítide, desde el límite con Nabatea hasta las orillas del Jordán.

Las palabras del portavoz del rey nabateo resuenan en la sala del Consejo, donde Antipas escucha las demandas de su antiguo suegro sin mover un solo músculo del rostro. Como era de esperar, el tetrarca rechaza la solicitud de los nabateos sobre la posesión de esos territorios, una vieja reivindicación de este pueblo árabe desde que el rey Herodes se los arrebatara.

—Mi padre ganó esas tierras. No son, por tanto, cuestión de litigio alguno —asienta Antipas procurando mostrar una inmutable serenidad; no quiere que sus consejeros atisben en él la menor muestra de debilidad.

—Al contrario; esas tierras pertenecieron siempre al reino de Nabatea y a él deben ser restituidas. Ha llegado el momento de que regresen al dominio de sus legítimos propietarios.

—¿Y si yo no permito que eso suceda...? —Antipas se levanta de su asiento, coloca sus manos en jarras y se encara con el jefe de la delegación árabe.

—En ese caso, nuestras espadas hablarán por nosotros, y lo harán con toda contundencia.

Ante las amenazas del embajador nabateo, los consejeros de Antipas se agitan, murmuran entre ellos y muestran ostentosos gestos de indignación y de cólera. El tetrarca, que intuía lo que propone el embajador nabateo, se limita a sonreír con ironía.

—Aretas pide un imposible.

—Al repudiar a una de nuestras princesas, te comportas con indignidad y rompes el pacto de amistad que une a nuestros pueblos. Nuestro rey reclama por ello el territorio que nos pertenece.

—Veo que vais en serio. —Antipas desea mostrarse seguro y firme.

—Ni lo dudes. Nuestro rey es hombre de palabra, lo sabes, y no amenaza en vano con la guerra.

—Ya supongo que esta misiva no se trata de ninguna broma, pero quiero que sepáis que yo tampoco me ando con vericuetos, de modo que regresad a vuestro desierto pedregoso y decidle al que fue mi suegro que si quiere la Gabalítide que venga a por ella a la fuerza, porque lo estaré esperando. Y que lo haga bien pertrechado, porque se encontrará con una sorpresa que ni siquiera imagina. Y ahora fuera de aquí, antes de que agote mi paciencia y os mande azotar como merecéis.

Los embajadores nabateos dan media vuelta y se marchan airados. La amenaza de guerra se puede palpar en el tenso ambiente de la sala del Consejo.

—Que el Ejército esté preparado. En cuanto Aretas sea informado por sus embajadores, dará la orden a sus generales de preparar una campaña contra nosotros —ordena Antipas a sus consejeros.

—¿Cuándo crees que nos atacarán? —pregunta uno de los presentes.

—No lo sé, pero debemos estar prevenidos porque ocurrirá en cualquier momento. Quiero que se movilizan todos los espías y agentes que sea posible, de manera que no escape un solo palmo de terreno fronterizo sin que sepamos qué ocurre en él.

—¿Pedimos ayuda a Roma?

—Sí; enviaré un correo urgente a Tiberio dándole cuenta de las aviesas intenciones de nuestro belicoso vecino sureño, y también al legado de Siria, ese estirado lechuguino, para que sepa lo que se nos puede venir encima, y disponga en prevención a sus legiones, porque estimo que nos harán mucha falta.

Antipas decide tomar la iniciativa y enviar un urgente mensaje a Roma. Como mensajero y embajador piensa en su sobrino Aristóbulo, hermano de Herodías, el cual reside en Antioquía. Él puede ser quien porte su mensaje a Tiberio. No tienen un trato estrecho, pero es miembro de su familia.

El texto del mensaje es breve y explícito: «De Antipas, tetrarca, a Tiberio, César. Aretas, rey de Nabatea, olvida sus obligaciones como súbdito del Imperio y se dispone a atacar mis dominios. Pretende ocupar la Gabalítide, una parte de ellos. Considero, divino César, que debe prepararse un severo castigo si osara hacerlo».

En Roma se encuentra en esos momentos Julio Agripa, otro hermano de Herodías, que mantiene muy buenas relaciones con el emperador. En el momento de escribir la carta el tetrarca piensa en utilizarlo en su favor, pero de inmediato rechaza la idea, pues sabe que su cuñado es un cabeza loca: a saber qué se le ocurriría hacer; quizá sería complicar todavía más la situación.

Apenas pasan tres meses cuando Antipas recibe la respuesta de Tiberio. El mensajero regresa a Tiberiades con el anuncio de que el emperador toma buena nota de lo que ocurre entre Palestina y Nabatea, y adoptará sus medidas si Aretas se atreve a tomarse la justicia por su mano sin su permiso.

Al mismo tiempo, Antipas envía un mensaje urgente de socorro al legado de Siria, Lucio Vitelio, donde le cuenta, del modo que a él le conviene, el incidente con Aretas y le ruega que prepare sus legiones.

Pero Antipas y el legado de Siria no se llevan bien; el romano tiene motivos más que suficientes para desconfiar del tetrarca. Recuerda ahora un encontronazo que todavía le reprocha.

Ocurrió durante una de las muchas contiendas entre partos y romanos. El emperador Tiberio está harto de los problemas, que ya en tiempos de Augusto estallaban a cada momento en la frontera de Oriente, y de las continuas quejas que le llegan desde las provincias de esa zona, en las que no cesan las correrías de saqueo y pillaje de los bárbaros. Tras varias escaramuzas en la frontera sin resultado alguno, Tiberio ordena a su legado en Siria que firme la paz con Artabano, rey de los partos, y que en dichas negociaciones intervenga Antipas.

El legado y Artabano se reúnen en el centro de un puente de piedra sobre el río Éufrates, justo en la línea de separación de ambos imperios, a fin de que ninguno de los

dos tenga que ceder terreno al adversario. Se trata de un lujoso pabellón de lana y seda que Antipas costea, erigido sobre un artificioso andamiaje en la parte más ancha del arco central del puente. El tetrarca quiere demostrar que sus ingenieros están a la altura de los romanos y que son capaces de construir una obra admirable.

En la reunión Antipas actúa como excelente mediador, y con muy buen oficio. Pero en cuanto se produce el acuerdo, y antes de que el legado pueda enviar su informe a Roma, Antipas se le adelanta y envía un mensajero a Tiberio relatándole lo sucedido sobre el Éufrates.

Al enterarse de la jugarreta de Antipas, el legado de Siria se enfada mucho y considera que es una verdadera injuria a su cargo y a su persona. En realidad, el legado está indignado porque es él quien quiere comunicar el éxito de la entrevista con el rey de Partia, y Antipas le ha restado protagonismo. Se traga su bilis, pero no olvida la afrenta y guarda su inquina para cuando una mejor ocasión le permita vengarse.

Y ahora parece llegado el momento de devolverle la humillación. El legado de Siria está seguro de que si el rey de Nabatea ataca a Antipas, el Ejército del tetrarca no será capaz de hacer frente a la magnífica caballería árabe y tendrá que encastillarse en sus fortalezas o sufrir una amarga derrota. Si quiere salir airoso, la ayuda de las legiones romanas resulta imprescindible y, por el momento, esa decisión queda en sus manos.

La misiva de Antipas es acogida por el legado de Siria con una notable frialdad. Lo que en realidad desea es que los árabes inflijan una severa derrota al tetrarca de Galilea y decide no intervenir mientras no sea absolutamente imprescindible para mantener la influencia y el prestigio de Roma en la zona, pero dejando que Aretas debilite a Galilea cuanto sea posible. Por ello, atrasará su intervención hasta el último instante.

PARTE II

EL ANUNCIO DEL BAUTISTA

Corre ya el año decimoquinto del reinado del emperador Tiberio César. Galilea vive de momento tranquila, pues el pueblo todavía no sabe nada concreto de lo que puede acarrear la rabia del enojado y furibundo Aretas. La única fuente de preocupación son algunos pequeños tumultos que continúan surgiendo como protesta por la construcción de la ciudad de Tiberiades, pero aplacados siempre por la habilidad de Hipódamo. Desde su palacio, Antipas parece gobernar con cierta paz, pero hay otra cuestión grave que está alterando sus planes.

A palacio llegan noticias sobre un predicador, de nombre Juan, un desharrapado mugriento que anda por los caminos de Galilea anunciando la inmediata llegada de extraños acontecimientos. El tetrarca piensa de inmediato en el buen número de gentes semejantes, enloquecidas y fanáticas, que agitaron Israel tras la muerte de su padre.

Los que conocen cómo sermonea, aseguran que el tal Juan habla con furia, que es desmedido en sus comentarios, que se expresa con el fervor del que está convencido de poseer la verdad y que sabe dirigir con enorme eficacia y una asombrosa capacidad de persuasión a las masas que lo escuchan.

Algunos aseguran que ese Juan es admirable y que de su boca brota la palabra de Dios que viene con él desde el desierto. Muchos afirman que es un profeta y que no se conoce otro en Israel desde Elías, y que no cabe duda de que se trata de un enviado de Dios, pues sólo la divinidad puede inspirar a un hombre para expresarse de ese modo. Dicen que a él acuden incluso los fariseos... ¡y hasta los saduceos!

El nuevo profeta predica por los alrededores de la región de En Guedí, en la ribera del Jordán. En esa comarca se asienta desde hace unas semanas. Suele aparecer de pronto, como una rutilante furia, procedente de las desoladas estepas abrasadas por el sol y barridas por el viento. Sus palabras son terribles en verdad y hablan de la inmediata llegada del fin de los tiempos, de la condena eterna en la *gehenna* si los hombres no cambian su manera de comportarse, de la pronta venida de un misterioso redentor... Juan atemoriza a los más humildes, que lo escuchan paralizados ante su verbo poderoso y envolvente.

En la localidad de Enón, cerca de la ciudad de Salim, predica que el Juicio Final se acerca. Su voz suena atronadora, amenazante, y no hay alma alguna que no tiemble de temor ante sus argumentos.

—¡Raza de víboras! ¿Quién os enseña a huir de lo que os viene encima? Los leñadores golpean con sus hachas en la zona del tronco más cercana al suelo. Dan precisos y furiosos golpes hasta que logran derribar los árboles más elevados. Así os ocurrirá a vosotros si no renegáis del pecado y no os convertís antes del inminente juicio

de Dios. La segur tala de raíz muchos árboles —anuncia con su profundo vozarrón, que se impone sobre el viento y sobre el murmullo de las aguas, acallando los comentarios de los oyentes—, pues todo el que no dé buenos frutos será cortado y arrojado al fuego. Llegará el ángel exterminador, tomará un azote y perseguirá al condenado con dolorosos golpes. De su látigo saldrán chispas incandescentes que quemarán su rostro y sus carnes. No hallará cobijo del fuego purificador ni en occidente, ni en oriente, ni en el norte, ni en el sur. Vaya donde vaya, encontrará una llama inextinguible que lo abrasará inmisericorde.

—¿Quiénes son los árboles? —le pregunta uno de sus oyentes.

—¡Necios ignorantes! Vosotros mismos sois los árboles condenados a perecer bajo el hacha y el fuego; el pueblo de Israel, que se ha vuelto infiel a la divina Alianza. Debéis arrepentiros y convertirlos inmediatamente, pues la cercanía del Juicio es inminente. Yo os bautizo con agua, pero detrás de mí vendrá alguien que os bañará con viento, sangre y fuego, y purificará este mundo corrompido. Los culpables de la iniquidad y los enemigos de la Ley arderán eternamente en el infierno. Después del Juicio, se instaurará un nuevo Israel, un pueblo agradable a Dios, santificado y puro, pues todos los supervivientes serán justos y santos.

—¿Cuándo ocurrirá todo eso? —demanda otro.

—¡El día del Señor se acerca! El Juez vengador vendrá enseguida y con él arrastrará toda su ira. En su mano portará su cetro, con el que os golpeará hasta que la purificación alcance a toda la tierra de Israel.

Juan es un personaje extraño. Habita en la soledad del desierto, donde sermonea a todos los que se acercan a escucharlo, porque asegura que es allí, en la tierra solitaria y vacía, donde mejor se siente la presencia de Dios. A menudo descende hasta las orillas del Jordán, en cuyas aguas administra a sus seguidores un bautismo único, una ceremonia por la que asegura que quedan limpios sus cuerpos y confirma que sus almas resultan purificadas por el arrepentimiento.

Conforme se extiende el mensaje de Juan, va en aumento el número de gentes que acuden a recibir de sus manos las aguas vivificantes y a escuchar sus mensajes, terroríficos y consoladores a la vez. Hasta Judea llegan las noticias del predicador, y de allí también acuden a conocerlo.

Ese día, uno de los señalados por Juan para impartir el bautismo, varios cientos de personas se arremolinan a la orilla del río, en el vado donde cada cierto tiempo practica el rito. Se forma una larga cola, pues cada ceremonia se realiza de manera individual. Quien desea bautizarse, hombre o mujer, se introduce en el río hasta la cintura; una vez allí, Juan, al que ya denominan *el Bautista*, se coloca a su espalda, toma agua con las manos y la derrama sobre la cabeza, aunque en ocasiones sujeta al neófito por los hombros y lo sumerge por completo durante un breve instante.

—Estas aguas, aunque sean las del sagrado Jordán, no perdonan por sí solas los pecados y las afrentas hechos por cada uno de nosotros al Señor nuestro Dios. Esta

ceremonia sólo es un símbolo de la purificación interior. La penitencia es la que logra el perdón de los pecados, y únicamente será efectiva cuando estéis dispuestos a modificar vuestras costumbres y a adecuar vuestro modo de vida a la ley de Dios.

—¡Queremos ser bautizados!, ¡queremos el perdón! —claman algunos que se aprestan en la fila para recibir el agua redentora.

Juan es muy delgado y alto; su figura es enjuta, macilenta y seca, todo huesos, fibra, piel y tendones. Pese a su delgadez y a las marcadas aristas de su rostro, su cara es agradable y rebosa serenidad. Pero sus ojos... son los de un lobo, a veces feroces, dotados de un brillo peculiar, encendidos de pasión cuando dice hablar por inspiración de Dios; cuando predica con vehemencia destellan ira a raudales, aunque en ocasiones, y cuando impone las manos sobre la cabeza de la persona que va a bautizar, emana de ellos una dulce y cálida sensación de ternura. Luce una luenga barba, descuidada, que le otorga un aspecto hosco con el que impresiona a los niños, que se asustan cuando lo ven de cerca.

Viste una suerte de túnica tosca hecha de piel y pelo de camello, sin mangas y sin costuras, que le cubre desde el pecho a las rodillas y que ajusta a su cuerpo con una correa de badana, igual en verano que en invierno. Calza unas humildes sandalias de cuero atadas a los tobillos con correas, sin hebillas de metal, como las que suelen utilizar los moradores del desierto. Se alimenta con suma frugalidad de lo que le proporcionan quienes acuden a escuchar sus prédicas, o de las hierbas y raíces que encuentra por el desierto; a veces come miel silvestre y no duda en nutrirse, cuando carece de otras viandas, de hormigas y saltamontes, que asa en una pequeña sartén de hierro oxidado o cuece en agua salada.

Semeja a un pordiosero loco o a un mísero pastor de un menguado rebaño de escuálidas cabras. Pero se ha formado en las sinagogas y conoce bien las lecturas y los comentarios de las Sagradas Escrituras, y es capaz de recitar de memoria largos párrafos de los libros proféticos de Israel sin saltarse una sola palabra.

—Que nadie crea que puede escapar de la furia de Dios Todopoderoso. Se avecina el fin —trueno la voz de Juan el Bautista—. La espada hambrienta de carne irrumpirá muy pronto y acabará con los malvados. La cólera divina está guiada por su Sabiduría. El Señor tiene razones suficientes para mostrarse airado, pues hemos pecado contra Él.

—¡Perdónanos, Señor! —grita una voz entre el gentío.

—Ni siquiera los hijos de Abrahán están a salvo de las calamidades que han de venir; ser judío no asegura en manera alguna la salvación. Sólo alcanzarán los bienes de la Promesa aquellos que se conviertan de corazón. ¿Quién podrá replicar ante su cólera? El biello está en su mano; limpiará su era y recogerá su trigo. Pero quemará la paja, lo que nada vale, en una hoguera inextinguible. ¡Arrepentíos!

Tras cada sermón del Bautista, se suceden escenas de arrebató colectivo como nunca antes se ha visto en Israel. Las muchedumbres proclaman a gritos su arrepentimiento, confiesan a voces sus pecados, muestran propósito de la enmienda,

jurán que no volverán a caer en las faltas de antaño, reniegan de todos sus vicios, proclaman que desde ese preciso momentos se van a comportar conforme a la voluntad divina manifestada en la revelación de los verdaderos profetas, y declaran que van a prepararse para afrontar el día del Señor, el gran Juicio, justo y terrible, que se acerca. Y cuando regresan a sus casas tras encontrarse con Juan, lo hacen presas de un temor insuperable.

Hipódamo desprecia a Juan y no le presta ni la mínima atención al principio, pues considera que su predicación denota que está cerca de la locura; lo cataloga como un chalado más de los muchos que pululan por las ciudades, caminos y zonas semidesérticas de Palestina.

Uno de los agentes de Hipódamo se presenta ante su jefe con notables signos de alteración. Acaba de oír uno de los encendidos discursos de Juan el Bautista y parece agitado por una excitación insuperable.

—Habla con la convicción de quien se cree en posesión de la verdad única y absoluta —comenta el espía.

Hipódamo escucha el informe con cierta distancia interior. Él es un griego educado en la cultura de los helenos, para la cual esas ideas proféticas resultan por completo peregrinas. Estos visionarios judíos le parecen locos de atar, gentes a las que el sol del desierto y el frío de las montañas debilita el cerebro y los arrastra a una vorágine de alucinaciones propias de orates desquiciados o de idiotas de remate.

—De modo que vendrá otro individuo peor que él y que un mundo nuevo impulsado por Dios comienza ahora mismo, ¿eh? ¡Y piensa que nos sorprende desprevenidos! ¿Eso es lo que predica ese tal Juan al que llaman *el Bautista*? —pregunta Hipódamo con toda ironía.

—Así es, señor. Pero lo nuevo es que ahora anda diciendo que viene otro más importante que él...

—Condenados judíos... ¡Raza de irreflexivos y fanáticos! Lo del *otro* me parece una ingenuidad. Seguro que se refiere a su dios y eso es imposible. ¿Acaso cree que a la divinidad le preocupa lo que nos pueda ocurrir a los simples mortales? Si su dios o cualesquiera otros dioses se preocuparan de los hombres, perderían la felicidad y se sentirían absolutamente desazonados. Y en ese caso no serían dioses y no existirían como tales. Los dioses son bienaventurados, carecen de sensibilidad; en nada se parecen a lo que piensan los judíos. ¿Qué dios podría soportar eternamente ser el causante de la zozobra y el miedo que anida en los corazones humanos?

—Pero... —el espía balbucea ante las razones de Hipódamo, a quien no entiende bien. Le parece que su señor no cae en la cuenta de la gravedad de lo que el Bautista está afirmando y que él se preocupa de transmitir a la superioridad—, ese predicador dice que

no hay tiempo que perder, que viene el Otro..., un personaje importante, y que el Juicio comienza de inmediato.

—Según la lógica de los sabios de Grecia, la providencia, Dios, la divinidad..., llámalo como creas más oportuno, no existe. Cada uno de nosotros ha de ocuparse de sus propios asuntos, porque no hay un ser superior que lo haga por nosotros.

—El Bautista no dice eso...

—Ese individuo no es sino el producto de una mentalidad fanática, propia de un verdadero demente —asienta Hipódamo.

—Aunque así sea, mi señor, mucha gente cree en lo que dice, y lo sigue ciegamente. Acabo de presenciar cómo se comporta y cómo convence a la mayoría de los que lo escuchan —comenta el espía desesperanzado porque su señor no está tomando su informe tan en serio como esperaba.

Pero, al fin, Hipódamo parece hacerle caso.

—De acuerdo, habrá que vigilarlo mucho más de cerca y prestarle más atención. Aunque creo que por el momento es inofensivo. Ya veremos, si se manifiesta más adelante, cómo es el Otro... Lo único que acepto es que si el Bautista consigue convencer a muchos más incautos puede convertirse en un grave problema.

Pero ciertos movimientos inusuales de gentes hacen tambalear el escepticismo de Hipódamo. Pronto le llegan noticias de cómo se sienten atraídas demasiadas personas por su discurso; son centenares las que se agolpan en el vado del Jordán cada vez que realiza la ceremonia bautismal.

—Ese predicador solitario no encaja en ninguno de los grupos religiosos de este país. Desde luego, la inmensa mayoría de los saduceos no le presta atención alguna; no es fariseo, ni zelota, ni esenio, y aunque atrae a todo tipo de gentes, no tiene tras él ninguna secta que lo apoye. Pero según me informa uno de mis hombres, nunca se ha visto a nadie con semejante poder de atracción en el uso de la palabra —comenta Hipódamo, tras escuchar a uno de los espías enviado a los actos del Bautista.

—Por lo que dices, debemos tomarnos a ese tipo en serio —reflexiona Antipas.

—Su fama se extiende por toda Galilea, e incluso ya conocen de su existencia en Jerusalén. Cuenta con muchos seguidores, sobre todo los ya bautizados, que creen sus palabras a pies juntillas. O hacemos algo, y pronto, o tendremos un grave problema de orden público —previene Hipódamo.

—En un país tan obsesionado por la religión como éste, no me resulta difícil que pululen grupos de exaltados que se obcequen en seguir a cualquier orate que anuncie un mensaje novedoso. ¡Cuanto más tremendas sean sus predicciones, mejor!

—Hasta ahora mantenemos a raya todos esos movimientos, pero si dejamos que este predicador se consolide, pienso que desencadenará un grave conflicto.

—Tú eres el jefe de mi Policía, aconséjame qué hacer.

—Señor —dice Hipódamo—, Juan el Bautista no hace en realidad otra cosa que anunciar la llegada de un nuevo reino en Israel, lo que implica la desaparición de los

actuales. Y lo peor es que mucha gente lo cree y lo sigue ciegamente. En sus últimos sermones lo dice con más claridad aún: en el nuevo régimen de Israel sólo se permitirá el gobierno de Dios.

—Lo veo claramente; no es necesario que insistas. Lo que me estás diciendo es que un amigo de los romanos, como a mí me consideran, no tendrá cabida alguna en ese reino... —Antipas esboza una mueca sonriente.

—Así parece. El Bautista afirma ser un elegido del Señor para preparar el terreno a alguien que vendrá detrás de él e instaurará un orden divino en Israel que lo cambiará todo. Ese individuo no habla a tontas y a locas. Conoce perfectamente el alcance de lo que dice. Está persuadiendo a la gente de la venida de Dios para celebrar un terrible juicio e instaurar un nuevo Gobierno. Al principio no le hice caso... ¡Un pobre loco más!, pero ahora veo que va en serio. Considero que, si le dejamos seguir adelante, nuestras vidas pueden correr un verdadero peligro. —Hipódamo mira fijamente a su amo intentando transmitirle con sus ojos su intensa preocupación—. Debemos eliminar el peligro que supone ese tal Juan antes de que sea demasiado tarde. Si lo hacemos sin demora, su movimiento bautismal, o comoquiera que lo llamen, se disolverá como un torno de sal en agua hirviendo. Pero si dejamos que siga creciendo, se promoverán graves disturbios, pues una de sus proclamas es que debe forzarse a la penitencia a todos los judíos.

—¿Temes que pueda estallar una revuelta? —pregunta Antipas.

—Ese hombre está forjando el enfrentamiento entre los judíos, y el de éstos con los extranjeros. Aunque su mensaje va dirigido a los judíos, piensan que es válido para otras gentes.

—Actúa presto, pues. En Galilea y Perea habitan muchos sirios y griegos. Cohabitamos con ellos hasta ahora de forma pacífica, pero ese charlatán puede alterar la situación de manera perversa.

—Enviaré de inmediato algunas patrullas para que evalúen la situación por todas las zonas e informen sobre los seguidores que puede reunir ahora el Bautista. Y en cuanto lo sepamos, actuaremos con toda contundencia.

Antipas aprueba el plan de su jefe de Policía y le ordena que haga saber a los miembros de su Gobierno que se va a celebrar ese mismo día un Consejo.

Apenas dos horas después, los consejeros de Antipas se alinean según el estricto orden protocolario en la sala de audiencia del palacio de Tiberiades.

Antipas habla con cierta vehemencia; hace tiempo que no se presenta un problema interno tan grave en Galilea.

—Imagino que ya conocéis las andanzas de ese loco al que llaman Juan el Bautista. Anuncia la llegada de un reino nuevo, en el que no tenemos cabida alguna ni vosotros ni yo. De modo que si logra triunfar, ya sabéis qué nos espera a todos nosotros. Por lo que hemos podido conocer, ha logrado convencer a un nutrido número de seguidores, que andan tan obnubilados que no dudarán en seguir sus órdenes, por muy insensatas que

sean. Nosotros somos un estorbo para sus planes. —Antipas se muestra receloso; es evidente que la aparición de Juan le provoca una notable preocupación.

Los miembros del Consejo lo intuyen, se contagian del problema y cruzan bisbiseos entre ellos.

—El peligro es inminente —interviene Hipódamo, que goza de la consideración de todos.

—Debemos adelantarnos a los propósitos de ese tal Juan y actuar antes de que surja alguna novedad desagradable. Qitemos de en medio a ese individuo o, de lo contrario, nos arrepentiremos —anuncia Antipas.

Todos los miembros del Consejo son conscientes del peligro que acecha a sus cargos y a sus haciendas si triunfa el mensaje del Bautista, y se estremecen. Las deliberaciones son encendidas, pero todos se muestran unánimes a la hora de concluir que Juan debe ser eliminado.

—Tenemos algunos hombres infiltrados, y varios de mis guardias, disfrazados de gente común, mantienen a Juan estrechamente vigilado. Siguen uno a uno todos sus movimientos. Os aseguro, señores consejeros, que no dará un solo paso sin que nos enteremos de inmediato —informa el jefe de la Policía.

—¿Estás seguro? —pregunta uno de los reunidos.

—Completamente. Os prometo que este Juan no será un nuevo Elías, que según vuestras historias logró incitar al pueblo a rebelarse contra la reina Jezabel. Mucha gente anda por ahí diciendo que el Bautista es la reencarnación de Elías, que viene ya para preparar ese reino divino que anuncia. Sostienen que se cumplirá en él la profecía de vuestro profeta Malaquías. Pero no, no será éste el caso. Yo me encargaré de ello.

—Queridos amigos, en este país nadie es capaz de distinguir la religión de la política —interviene Antipas—. No en vano siempre van unidas, como bien sabéis. Los fariseos y los esenios proclaman, una y otra vez, que las leyes humanas deben ajustarse estrictamente al mandato divino, que ellos pretenden interpretar en exclusiva. No cabe duda de que la repentina aparición de ese Juan es peligrosísima. Y más aún si tenemos en cuenta que muchos de mis súbditos me consideran, aunque injustamente, un gobernante impío.

—¿Qué hacemos entonces? —demanda uno de los consejeros.

—Descuidad. Hipódamo está fraguando un plan para el arresto del Bautista.

—¿Cuándo se producirá? —pregunta otro.

—En el momento oportuno.

En verdad, Antipas se está curando en salud y es algo más escéptico de lo que sus palabras podrían indicar ante Hipódamo y los consejeros. No le parece mal que todos se muestren prestos para actuar, pero no considera todavía a Juan el Bautista un individuo tan peligroso como Hipódamo presume. Otros lo fueron también y no ocurrió nada. Bien analizado, lo que propone ese pordiosero vestido con el apestoso pellejo de un dromedario no va más a allá de lo que otros lunáticos como él predicaron en tantas

ocasiones anteriores, y todos ellos acaban locos de atar, muertos de hambre u olvidados en un infecto rincón. A Antipas incluso le hacen cierta gracia las grandilocuentes palabras que utiliza Juan en sus sermones, siempre cargados de un tremendismo y catastrofismo exagerados.

Sin duda, tarde o temprano habrá que quitarlo de en medio porque estorba y mueve a las gentes. Pero su movimiento nada tiene que ver con la revuelta de los fariseos en Jerusalén, capaz de desencadenar la matanza en el Templo por las legiones romanas, o la encabezada en Galilea, hace ya unos años, por Judas y Sadoc, a quienes el pueblo otorga el título de «mártires de la libertad», y cuyo recuerdo todavía no borra de la memoria. Ésos sí son guerreros capaces de poner en jaque a un reino. Pero Juan, un apestoso visionario cubierto de harapos, ¿qué puede hacer contra todo un Estado y su Ejército?

17

EL PRECIO DE LA SINCERIDAD

Mientras el tetrarca galileo supervisa los preparativos para la guerra contra los árabes nabateos, Hipódamo no deja de vigilar, por medio de sus confidentes esparcidos en todos los lugares, los movimientos de Juan el Bautista, y requiere de ellos informes sobre las palabras y hechos del predicador. Cada uno de los expedientes se registra cuidadosamente y se archiva en la cancillería de palacio.

Ajeno a lo que se está tramando contra él, el Bautista, incansable y tenaz, continúa predicando la cancelación de la historia presente y la cercanía del terrible juicio.

—Hay algo más en las palabras del Bautista —comenta uno de los espías.

—Habla —le ordena Hipódamo.

—Se refiere a nuestro señor, el tetrarca Antipas.

—Habla, te digo.

El espía de Hipódamo traga saliva, sabe que lo que tiene que contar no le va a gustar nada al jefe de Policía, y mucho menos al tetrarca.

—El Bautista critica con enorme dureza el modo de vida de nuestro señor Antipas...

—Continúa. —Hipódamo se pone más tenso aún.

—En un sermón ante cerca de un millar de adeptos, ese barbudo profeta ha denostado la unión de Antipas con Herodías y la ha calificado de execrable, pecaminosa y adúltera. Sostiene que la ira divina está especialmente encendida contra esa y otras abominaciones. Denuncia que... —el informante duda y titubea temeroso antes de seguir con su relato—, que el tetrarca ha infringido la ley de Dios al tomar como esposa a la mujer de su hermano, y lo compara con los cerdos gentiles que se revuelcan gozosos en el lodazal del pecado.

—¿Esas palabras usó?

—Esas mismas, y delante de muchos cientos de personas que lo escuchaban ensimismadas. Y continuó denunciando que arde en el impúdico fuego y que vive en la oscuridad.

—¿Eso es todo? —demanda Hipódamo.

—Acabó diciendo que los gobernantes de Galilea, sin excepción, están sometidos a la locura y proclamó que deben ser condenados al fuego purificador.

—Está bien; puedes retirarte, pero mantén los ojos abiertos y los oídos atentos, y en cuanto te enteres de algo más acude enseguida ante mí.

Cuando se queda solo, Hipódamo se relaja un poco y reflexiona sobre qué hacer con ese individuo al que todos llaman Juan el Bautista. Después de las revelaciones de su agente, se convence aún más de que es un hombre peligroso y un problema notable.

La noticia del escandaloso matrimonio de Antipas con su sobrina Herodías se extiende por toda Galilea, y no sólo lunáticos profetas como el Bautista lo critican y lo rechazan por contrario a la Ley, sino todo el clero y la mayoría de los judíos, pues lo consideran una afrenta pública a Dios y a la Alianza. Corren incluso rumores de que una comisión de rabinos y sabios en la Ley está debatiendo la conveniencia de acudir ante el tetrarca para solicitarle que dé marcha atrás y que rompa ese malhadado matrimonio.

Entre tanto, Hipódamo se siente más y más abrumado en su oficina del palacio en Tiberiades. Le llegan nuevas noticias que confirman todo lo atestiguado por el anterior confidente. El Bautista continúa amenazando con la venida de otro personaje y no deja pasar una sola ocasión para injuriar a Antipas y declarar abominable su modo de vida. En cada uno de sus discursos logra convencer a más y más acólitos. Sus palabras y sus denuncias van calando en el pueblo de Galilea, y ya son muchos los que se preguntan si el tetrarca no será en verdad un enviado del demonio para corromper a Israel con su mal ejemplo.

Otras gentes fanáticas por igual se mantienen al lado de Juan el Bautista para aprender sus enseñanzas, pues lo consideran su verdadero maestro. Incluso se muestran dispuestos a actuar como sus portavoces y transmitir sus mensajes allá donde él no pueda llegar.

El agente de Hipódamo regresa unos días después con nueva información. Vuelve a mostrarse excitado, como si hubiera visto a un fantasma o hubiera sufrido una tremenda alucinación.

—¿Qué nuevas traes? —le pregunta el jefe de la Policía, al que le llama la atención la mirada de su agente.

—Hay un nuevo profeta entre los seguidores de Juan el Bautista.

—¿Eso es tan importante como para que te hayas desplazado hasta aquí?

—Lo es, señor, porque no se trata de un hombre cualquiera. ¿Y si se trata del Otro?

—¿Quién es ese individuo tan especial?

—Su nombre es Jesús. Algunos dicen, erróneamente, que nació en Belén, pero en realidad se trata de un súbdito del tetrarca, un galileo oriundo del pueblecito de Nazaret, una pequeña e irrelevante aldea cercana a la ciudad de Séforis. Por lo que sé, hasta hace unos meses trabajaba como artesano en su aldea, pero decidió abandonar su taller para acudir junto al Bautista con un pequeño grupo de seguidores.

—¿Tiene algún antecedente?

—Ninguno. Lo he cotejado en los archivos y no existe información alguna sobre ese tal Jesús.

—Entonces, ¿por qué tanto revuelo por un hombre que en principio es intrascendente?

—Ese Jesús tiene algo especial.

—¿Qué es eso tan especial que has visto en él?

—Dejó su oficio para unirse a los seguidores del Bautista y aguardó como los demás a recibir de ese maestro el baño purificador que llaman *bautismo*.

—¿Y qué tiene eso de extraordinario, salvo la estupidez de dejar su modo de asegurarse el pan? El Bautista realiza ese mismo rito con decenas de personas en un solo día —dice Hipódamo.

—Pero con ninguno de sus acólitos se comportó como con Jesús. Y lo sé bien porque yo estaba allí —el espía habla entonces con una relativa calma—. Así ocurrió: En el momento en el que Jesús se encuentra de frente, dentro del río, para recibir el bautismo, le dice a Juan que lo considera su maestro, que lo admite como discípulo y que lo seguirá a dondequiera que vaya; y entonces sucede algo inaudito: Juan mira a Jesús a los ojos, se postra ante él y le dice con respeto que lo conoce, y que es el verdadero maestro.

»Desde ese momento, Jesús se instala en una tienda al lado de la del Bautista, a orillas del Jordán, y no se separan un solo instante. Pasan día y noche juntos, y no cesan de hablar de sus peregrinas ideas sobre la llegada del reino de Dios.

—Parece que están tramando una conjura; lo presiento —comenta Hipódamo.

—Yo también lo creo, señor. Y puede ser muy peligrosa, porque Jesús es mucho más brillante y tiene mayor capacidad de seducción que el propio Bautista.

—¿Cómo es ese hombre de Nazaret? —pregunta Hipódamo interesado en la repentina aparición de un personaje tan misterioso y atractivo para la gente.

—Tiene unos treinta años. Su estatura es algo más elevada que la media, sus ojos son claros y muy brillantes, como si emitieran su propia luz, y lleva el pelo largo, de tono castaño irisado, que nunca cubre con pañuelo o sombrero, pero su barba es casi pelirroja.

—¡Vaya!, ¿no será acaso un hijo bastardo de alguno de esos mercenarios procedentes de la turbia y lluviosa Germania que sirven en las legiones romanas o de aquellos que formaron parte de la Guardia personal del gran Herodes?

—Lo desconozco, señor. Pero bien pudiera serlo, porque corren muchos rumores sobre su origen. Algunos de sus acólitos dicen que su madre se quedó encinta siendo una joven soltera, y que es descendiente de la casa real de David.

—Ja, ja, ja. —Hipódamo lanza una sonora carcajada—. A ver si va a resultar que ese tal Jesús es un bastardo más, un hijo natural del viejo Herodes. Ese garañón dejó una buena ristra de mujeres preñadas allá por donde pasó. Y estuvo mucho tiempo en Galilea.

—Desde luego, la presencia de Jesús es imponente. Tiene los hombros y los brazos muy fuertes y es muy ágil y resistente, sin duda a causa de los años manejando los instrumentos de trabajo como carpintero. Dicen que es capaz de caminar toda una jornada sin cansarse, y que resulta muy atractivo para las mujeres, que se sienten arrobadas cuando lo contemplan... Pero ésas no son sus mejores cualidades...

—Continúa hablando.

—Es un predicador extraordinario que encandila con su voz, sus gestos y su claro mensaje a cuantos lo escuchan, mucho más que el propio Bautista. Es más atractivo que Juan, al que supera en ingenio, en fluidez de palabra, en capacidad retórica y en recursos dialécticos. Es un artesano habituado a vivir entre tablones, virutas, martillos y sierras, pero se expresa como si se hubiera educado en la mejor de las escuelas de Atenas.

—Parece que ese hombre te impresiona.

—No, en absoluto, pero ante su presencia..., no sé, es como si transmitiera algo muy especial. Escucharlo serena el espíritu. Son muchos los que se quedan absortos ante sus palabras.

—¿Y qué cuenta?

—Historias maravillosas a los oídos de las gentes, como si hablara desde el corazón, y lo hace de un modo tal como nunca antes había escuchado a ningún otro predicador. Comenta la Ley y las escrituras de los profetas de Israel como el mayor de los expertos, aunque lo hace con imágenes sencillas, comparaciones y parábolas que él mismo se inventa. Sabe llegar al interior de los que lo oyen y los conforta hablándoles de la soledad y a la vez del amor. Le gusta ser el centro de la atención, se encuentra muy a gusto entre la gente y disfruta cuando una multitud atiende la predicación de sus ardientes proclamas; no cesa de repetir que hay que estar preparados porque la hora final se acerca.

—¡Quizá sea verdad que este Jesús es más peligroso que el Bautista! —exclama Hipódamo—. Juan es un pobre diablo que lanza su perorata de estupideces como se le ocurren, pero por lo que cuentas, Jesús es más sensato en su discurso y arrastra a más gente. Puede que sea un carpintero, pero si domina la Ley y los textos de los profetas como dices, seguro que está educado en alguna sinagoga, quizá en el propio Nazaret, o en Séforis, por alguno de esos rabinos visionarios.

A los pocos días de recibir esa información sobre Juan el Bautista y Jesús de Nazaret, Hipódamo reúne suficientes datos como para poner este asunto en conocimiento de Antipas.

Decide hacerlo cuando se entera de que Jesús, junto con un selecto grupo de discípulos, entre ellos algunos que permanecen hasta entonces en el campamento que el Bautista habita en las afueras de la aldea de Enón, abandona Galilea y se desplaza hacia el sur, siguiendo el curso del río Jordán, en cuyas aguas empieza a bautizar por su cuenta a los neófitos y a predicar por las comarcas del norte de Judea. «¡Ya tenemos otro grupo nuevo de fanáticos del que preocuparnos!», piensa Hipódamo.

Como hace el Bautista, Jesús, hijo de José, también critica con dureza el obsceno comportamiento de Antipas y su escandalosa boda con su sobrina. E incluso va un poco más allá. Al defender, como su maestro, que el fin del mundo se acerca, Jesús aconseja a sus seguidores varones no unirse por ahora con mujeres y no engendrar hijos. Sostiene que deben hacerse eunucos por amor al reino de los cielos que viene enseguida. Reniega del tetrarca y una y otra vez, como ha aprendido del Bautista, y le recrimina su

matrimonio con Herodías, un comportamiento que tacha por igual de escandaloso y delictivo.

Hipódamo pide audiencia ante Antipas para informarle sobre las novedades referidas a los dos extravagantes profetas.

—Mi señor, ese loco visionario al que llaman Juan el Bautista no cesa en sus prédicas contra ti. Y lo peor es que ha infectado a uno de sus seguidores, que está haciendo lo mismo camino de Judea.

—El Bautista es un pobre orate; ¿qué daño pueden hacerme sus palabras?

El tetrarca degusta una copa de vino dulce y unos pasteles de almendras; desde la terraza de su palacio en Tiberiades se contempla una amplia perspectiva de la llanura de Galilea, esmaltada de fértiles campos, detrás de la cual se intuye el gran lago.

—Tal vez haya sido así..., hasta ahora. —Hipódamo acepta la copa de ambrosía que le ofrece su señor.

—¿Qué ha cambiado?

—Dos cosas. Primero: el Bautista arrecia en sus ataques personales contra ti. Ahora ya habla abiertamente de que eres impúdico, lascivo, agente del Diablo y de que vas a traer la perdición y el castigo divino sobre el país al conculcar en público la Ley. —Hipódamo observa que sus palabras hacen efecto: Antipas comienza a enfurecerse—. Y hace tres días, el Bautista ha pronunciado un sermón en el que ha hablado de forma inquietante. Dice que es necesario preparar el camino para la inminente llegada del Señor, el cual vendrá por el desierto.

—¿Y bien?

—Yo interpreto esas palabras como un mensaje a sus seguidores para que preparen un ataque contra ti, mi señor.

—¿Un ataque? Los seguidores de ese Juan son una banda de desharrapados fanáticos incapaces de enfrentarse a mis soldados.

—Sí, un ataque divino en castigo por los pecados que te atribuyen. Pero ellos no están en condiciones de lanzar ese ataque. Intuyo que esa frase del Bautista se refiere a un ejército real que vendrá desde el desierto impulsado por la mano divina —supone Hipódamo—. Sabes de sobra que tenemos informaciones de que el nabateo Aretas sigue preparándose para dirigirse hacia aquí atravesando el desierto. Si es un castigo divino por tu pecado, los seguidores del Bautista lo apoyarán. No sé cómo, pero lo harán. Presumo que ésta es la interpretación.

Antipas reflexiona mientras se estremece.

—El desierto, siempre el desierto... Es posible que tu interpretación no sea tan extraña. La historia de Israel rebosa de episodios en los que intervienen gentes armadas venidas del desierto encabezadas por un caudillo: el propio rey David se refugió en el desierto cuando luchaba con Saúl; Matatías, el fundador del linaje de los macabeos, hizo igual cuando se enfrentó al rey sirio Antíoco Epifanes, y desde allí atacaron con bríos renovados.

—Esas palabras del Bautista sobre la amenaza procedente del desierto pueden encerrar la clave que esperan sus seguidores. —Hipódamo está obsesionado y no deja de pensar en los últimos días en ello; todo cuanto sucede a su alrededor le parece que forma parte de una gigantesca conspiración contra el tetrarca.

—Ese árabe orgulloso, y su altanera hija... Nunca debí casarme con Fáselis. Si Augusto no hubiera insistido...

—Es preciso utilizar contra el Bautista y sus seguidores los medios más contundentes de que dispongamos antes de que sea tarde. No podemos esperar ni un día más: acabemos con él antes de que él acabe con nosotros. —El jefe de la Policía galilea se muestra más alarmado que nunca, y su señor lo toma entonces muy en serio.

—¿Has previsto las consecuencias que acarrearía la captura del Bautista? —pregunta Antipas.

—Creo que sus seguidores se alterarán y habrá muchas protestas; se formarán grupos y habrá manifestaciones, pero estamos en disposición de sofocarlas. Y al final sus secuaces, incluido Jesús de Nazaret, se disolverán. Claro que, para evitar males mayores, habrá que actuar con toda contundencia y rapidez.

—De acuerdo. Apresa al Bautista de inmediato y tráelo ante mí.

Antipas apura el vino de su copa, se acerca a la baranda de la terraza y contempla los campos con la serenidad que los fanáticos pretenden alterar.

Tras pronunciar tres sermones, a cual más encendido, reunirse con grupos de seguidores y bautizar a un centenar de nuevos acólitos en las aguas del Jordán, Juan el Bautista descansa para recuperarse del ajetreo del día anterior. La noche transcurre sosegada y en una serena calma.

Antes de amanecer sólo se escucha el cantarín rumor de la corriente del río, el trino solitario de algún pájaro y los bostezos de uno de los discípulos del Bautista que sale de la tienda para aliviarse de sus necesidades.

Ninguno de los que acompañan a Juan en su retiro en los alrededores de Enón percibe que entre las sombras de la primera claridad que anuncia el alba se acercan sigilosos varios hombres vestidos como los campesinos de la región, pero que ocultan bajo sus ropas armas y pertrechos de guerra. A la cabeza, dirigiendo los movimientos del grupo, se encuentra el mismísimo Hipódamo, que guía a la partida de guardias con la experiencia de muchos años al frente de la Policía.

El campamento del Bautista, ubicado en una ladera rocosa a orillas del Jordán, a resguardo del viento del norte, está desprotegido. No dispone de centinelas, ni de armas para defenderse, de modo que los soldados de Hipódamo no encuentran vigilancia ni resistencia que reducir.

Con rapidez se dirigen hacia la tienda donde saben que pasa las noches el Bautista; entran en ella, localizan la inconfundible figura del profeta, que duerme sobre una

esterilla de mimbre, y se lanzan sobre él; dos hombres le colocan una mordaza para que no pueda gritar mientras otros dos lo sujetan por brazos y piernas y lo inmovilizan con cuerdas.

Hipódamo, mediante gestos enérgicos, da orden de alejarse de allí, con el Bautista convenientemente atado y cargado sobre los hombros del más fuerte de los soldados, un gigante fenicio capaz de derribar a un buey de un solo golpe.

La operación de captura resulta demasiado fácil, casi un juego. El Bautista siempre duerme solo, de modo que nadie en el campamento se da cuenta de lo ocurrido.

Uno de los discípulos, en el duermevela de la alborada, cree escuchar unos ruidos, pero los atribuye a algún perro que husmea por el campamento y sigue durmiendo. Cuando el sol raya en el horizonte y comienzan a despertarse los más madrugadores, alguien intuye que las cosas no van bien. Observa la tienda del profeta y se acerca hasta la puerta; lo llama, insiste y, ante la falta de respuesta, levanta la cortina de fieltro y observa la esterilla vacía. Preocupado, mira a su alrededor intentando localizar al maestro, se agita, avisa a algunos compañeros y el temor cunde enseguida por todo el campamento: el Bautista no aparece por ningún sitio.

Para entonces, los captores y su presa se encuentran a más de una hora de distancia, rumbo a la fortaleza de Maqueronte, en Perea, donde Antipas decide que sea encarcelado el profeta alborotador.

—¿Qué hacemos con él? —pregunta Hipódamo, satisfecho por el éxito de su plan, al tetarca.

—Este hombre ha dejado de ser un grave problema. Pero queda otro: el pueblo sabrá enseguida que lo hemos capturado y que lo tenemos preso; algunos exteriorizarán con gran ruido su tristeza por la pérdida de libertad del que consideran su maestro, pero opino que la mayoría se mostrará indiferente. Ya están acostumbrados —dice Antipas, que se presenta en la fortaleza de Maqueronte para conocer a su enemigo—. En realidad es, otra vez, la misma historia, repetida tantas veces en Israel. Un hombre, al que algunos consideran profeta, perseguido por el Estado porque causa desórdenes, como le ocurrió a Isaías con Ajaz o a Elías con Jezabel.

—¿Estás insinuando, mi señor, que el Bautista es uno de los grandes profetas del pueblo judío?

—No, y no quiero que sea recordado de ese modo. Vamos, enséñame dónde se encuentra; sabes que siento curiosidad por ver y hablar con ese hombre.

Hipódamo guía a Antipas hasta las mazmorras de la fortaleza. En una celda sucia y húmeda, de la que nadie se molesta en retirar las inmundicias, Juan el Bautista soporta el cautiverio amarrado a una pared con unas gruesas cadenas. Al entrar en la celda, que carece de ventana, el tetarca no puede evitar que un hedor nauseabundo le provoque

arcadas y casi el vómito. Uno de los carceleros le acerca un manojo de hierbabuena que el tetrarca coloca bajo su nariz para mitigar la insoportable peste.

La luz de un farol ilumina la estancia, en la que algunas ratas campean a sus anchas por un suelo pegajoso y mugriento.

Antipas observa entonces a su presa. El Bautista, cubierto con su vieja vestimenta de piel de camello, apenas puede abrir los ojos. Lleva ya varios días encerrado y sólo ha comido un poco de pan mohoso y unos sorbos de agua pestilente.

—De modo que tú eres el hombre que critica mi legitimidad como gobernante de Galilea. Me hablan mucho de ti y de tu vehemencia contra mí, incluso me dicen que eres el mayor de los peligros para mi Gobierno. Pero ahí, encadenado a esa pared, no pareces el terrible vengador que te atribuyes ser —habla Antipas.

—Si estoy aquí y en estas condiciones —dice Juan—, es por la voluntad de Dios, no por la tuya. Si ésta es la suerte que me depara Dios, la acato y la acepto. El Dios de Israel es justo en cuanto hace y dispone.

—¿Eso crees?

—Dios me utiliza para transmitir las palabras que regenerarán a Israel. Yo sólo soy una voz que clama en el desierto. Dios me usa y yo obedezco a Su llamada. Su largo y poderoso brazo impartirá justicia cuando Él disponga, cuando llegue el momento de Su reino.

—¿En el desierto? —Antipas recuerda la interpretación de Hipódamo—. Dicen que tienes agallas, y parece que no se equivocan en eso.

—Es Dios quien me da la fuerza para predicar en Su nombre.

—¿Y también es Él quien te ordena que dictes esos furibundos alegatos contra mí? —pregunta Antipas.

—Yo soy la voz que denuncia el pecado, lo cometan los humildes o los poderosos, los ricos o los pobres.

—Tal vez seas la voz de Dios, pero a mí no me pareces sino un loco estrafalario que supone una grave amenaza para la tranquilidad y la paz en Galilea.

—La verdadera paz es la que Dios instaurará con Su venida.

—He bajado a esta inmundada prisión para convencerte —le dice Antipas utilizando un tono amistoso— de lo inconvenientes que son tus sermones para el buen gobierno de nuestra nación. Tus discursos no hacen otra cosa que alterar los corazones de los inocentes y promover disturbios que provocarán que los romanos acaben volviendo sus maliciosos ojos sobre nosotros, con el único deseo de intervenir en nuestros asuntos. Galilea aún no ha caído en sus manos. ¿No te das cuenta de que tus prédicas tienen poco efecto sobre la religión y mucho sobre mi acción política?

—Yo sólo cumplo la voluntad de Dios —insiste Juan.

—Soportar tus continuas críticas sin actuar contra ti me desprestigia ante mi pueblo, y no es bueno que un soberano sea visto por sus súbditos como un gobernante malvado y sin autoridad. Yo soy el tetrarca de Galilea, y lo soy por voluntad de Dios, del Dios que

siempre tiene cuidado de la historia de Israel. ¿No comprendes que con tu comportamiento estás haciendo el juego a nuestros enemigos? ¿No caes en la cuenta de que anunciar la ira de Dios sobre Israel puede hacer pensar a mis súbditos que cualquier ataque de nuestros enemigos cuenta con el permiso divino?

—Tu puesto no te da derecho a conculcar la Ley. ¡No te es lícito poseer a la mujer de tu hermano!

—¡Necio cabezota!

Antipas comprueba que Juan no se ablanda, pese a los días encerrado y a la falta de alimento, y aunque lo intenta de nuevo, no consigue sino que el Bautista repita una y otra vez el mismo sonsonete:

—¡No te es lícito poseer a la mujer de tu hermano!

Cansado de insistir, a punto del vómito por la pestilencia que se respira en la celda, el tetrarca renuncia a seguir intentando que el Bautista cambie de actitud, renuncie a sus ideas y, sobre todo, a criticar su unión con Herodías.

—Sea entonces como tú quieres. Que se cumpla la voluntad de Dios, y ya veremos de qué parte está. —Antipas sale del lúgubre calabozo seguido de Hipódamo, que asiste en silencio al vano intento de su señor.

Antipas y Herodías pasan unos días en Maqueronte, en los aposentos reales que hace tiempo ordenó edificar Herodes el Grande y que están siendo convenientemente remozados. Antipas decide celebrar allí su fiesta de cumpleaños como señor de Galilea.

El país está en calma. La prisión de Juan el Bautista molesta a sus partidarios, pero no se produce ninguna sublevación ni siquiera alboroto por ese motivo. No obstante, el tetrarca se muestra inquieto, y en dos ocasiones más baja a la celda que ocupa el profeta para procurar convencerlo de sus errores e instarle a que renuncie públicamente a sus críticas, con la promesa de que si así lo hace podrá recuperar la libertad. En ambas ocasiones el reo se niega y rechaza las propuestas reafirmando que prefiere la cárcel a renunciar a transmitir el mensaje de Dios.

El día del cumpleaños de Antipas se celebra con un opulento festín al que son invitados los personajes más relevantes de Galilea y Perea, que acuden a la fortaleza de Maqueronte en los últimos tres días.

Herodías supervisa la preparación de la fiesta con toda meticulosidad. Antipas habla con ella y le transmite sus conversaciones con el Bautista, de modo que está al corriente de lo que piensa el preso.

—Todo el mundo me condena por haberme casado contigo. Y la culpa de ese odio la tienen los sermones de ese terco profeta que mantienes encerrado en esta fortaleza. Es él quien provoca que las mujeres de toda la tetrarquía me consideren la culpable del más horrendo de los pecados —comenta Herodías mientras se dirige del brazo de su esposo al salón donde se va a servir el banquete de cumpleaños.

—Intento convencerlo para que ceda en sus denuncias, prometiéndole incluso que lo liberaría, pero ni aun así se doblega. Ese engreído impertinente está convencido de que por su boca sale la palabra de Dios —dice Antipas.

Los esposos entran en la sala de banquetes de la fortaleza y los invitados prorrumpen en una salva de aplausos. Allí están presentes varios príncipes de regiones limítrofes con Galilea, los más adinerados saduceos, los jefes del Ejército, los altos dignatarios de la corte y los comerciantes más ricos; sólo falta, por supuesto, el rey de Nabatea.

Se dirigen a la presidencia del banquete escoltados por Hipódamo, que despliega a dos docenas de sus soldados por la sala con la orden de estar muy atentos a la seguridad de su señor. La Guardia exterior de la fortaleza también resulta reforzada. El Bautista se consume en su apestosa mazmorra, pero sus partidarios bien pudieran intentar el rescate. Pese a que esa posibilidad es muy improbable, pues los seguidores de Juan suelen comportarse de manera pacífica y Maqueronte es una fortaleza casi inexpugnable, el jefe de la Policía galilea no se fía de nada.

—¡Magnífico banquete! —exclama uno de los más relevantes invitados cuando los criados comienzan a servir las delicadas viandas: las mejores piezas de los más tiernos corderos de la región aderezadas con exquisitas salsas, los más finos pescados del mar de Galilea y del Mediterráneo, los más delicados sorbetes elaborados con nieve de las montañas del Líbano, las más sabrosas compotas de fruta, los más aromáticos dátiles de Damasco y los más dulces pasteles y confituras preparados por los mejores reposteros se sirven acompañados de excelentes vinos de Fenicia y Siria y la dulcísima malvasía de Rodas.

Los invitados degustan los manjares con deleite mientras un grupo musical de cítaras y flautas interpreta armoniosas melodías.

—¡Más vino! —piden algunos comensales alzando sus copas en honor de Antipas.

—¡Que Dios te conceda muchos más años y te colme de dicha! —proclaman otros.

—¡Larga vida al tetrarca de Galilea! —se oye gritar al fondo.

Alegre por la fiesta y movido por la euforia provocada por una abundante ingesta de malvasía, Antipas se pone de pie, alza su mano y solicita la atención de los alegres comensales.

—Queridos amigos: os agradezco vuestra presencia en esta fiesta y los regalos que me habéis ofrecido. Y quiero corresponderos con otro regalo muy especial. Estoy seguro de que nunca habéis presenciado nada parecido.

El tetrarca hace una indicación a su maestro de ceremonias; en ese momento comienza a sonar una música sensual y envolvente. La puerta principal de la sala se abre y por ella entra una hermosa joven balanceándose con un insinuante contoneo de sus caderas.

Es Salomé, la hija de Herodías. Acaba de cumplir los catorce años y su cuerpo luce esplendoroso, juvenil y pleno de feminidad a la vez. Es muy hermosa, de rostro perfecto,

ojos negros grandes y luminosos, labios gruesos que rezuman sensualidad, cabello negro con reflejos azulados, largo y muy abundante, hombros delicados, torso firme y pechos erguidos y duros como los de una estatura de mármol, vientre liso, caderas rotundas, piernas largas y rectas, y muslos y pantorrillas bien torneados.

Conforme la muchacha avanza hacia el centro de la sala, la música va subiendo de tono y de volumen, y los espectadores, pasmados ante la voluptuosidad de las posturas que adopta la joven, clavan sus ojos en sus insinuantes movimientos.

Salomé se detiene justo en el centro de la sala y la música calla. Entonces comienza a agitar sus caderas en imposibles giros, haciendo vibrar cada músculo de su espléndido cuerpo a la vez que comienza a sonar una melodía rítmica y envolvente.

—¡La danza de la diosa Astarté! —exclama pleno de euforia Antipas alzando los brazos.

La joven comienza a contonearse como sólo saben hacerlo las danzarinas fenicias, las doncellas tirias educadas desde niñas para provocar el deleite con sus insinuantes movimientos de pies, caderas y vientre.

Con los primeros giros de Salomé, el entusiasmo de los comensales se desata. Algunos la miran arrobados, sin perder ningún detalle de sus movimientos; otros babean imaginando qué podrían hacer con ella en el lecho; los más prorrumpen en exclamaciones de admiración; entre tanto, las mujeres sienten envidia de la juventud y la belleza de la hija de Herodías.

En esos momentos, mientras Salomé asombra a los invitados a la fiesta de cumpleaños de Antipas con su danza, Juan el Bautista se pudre en su húmeda y oscura mazmorra, varios pies por debajo de la sala de banquetes. Desconoce lo que está ocurriendo por encima de su cabeza y ni siquiera puede imaginar que esa danza va a marcar un destino terrible para él.

Salomé se muestra fastuosa y espléndida en cada movimiento, en cada paso, en cada golpe de cadera; sensual y voluptuosa, la joven se siente admirada por los invitados y se entrega con toda su energía a la danza.

La mayoría de los presentes son judíos y profesan la religión de Moisés, pero ese baile y esa joven los arrastran a un universo de sensaciones paganas que ni se plantean cuestionar. Salomé no parece una bailarina más, sino la propia Astarté, la diosa fenicia del amor, encarnada en una hermosa muchacha hebrea.

Al son de la música orgiástica, llena de notas y acordes propios de una ceremonia de iniciación a los más profundos misterios sexuales, los espectadores se excitan, se mecen al compás de los crótalos, las cítaras, los timbales y las flautas, y aclaman cada movimiento de la joven.

El éxtasis estalla cuando Salomé, tras dibujar unos pasos plenos de voluptuosidad y lascivia, abre sus piernas en un salto prodigioso y comienza a girar sobre sí misma despojándose en cada giro de uno de los varios velos de fina gasa que cubren su espléndido cuerpo.

Uno a uno, mientras la música se acelera y las notas se suceden en un torbellino de armonía y ritmo, los velos van cayendo al suelo hasta que sobre el cuerpo de la joven sólo queda uno, finísimo, casi transparente, que se ajusta a su cuerpo como una segunda piel y deja entrever sus rotundas y magníficas formas, como si el mejor escultor griego hubiera tallado aquella prodigiosa figura.

La música se silencia al fin y Salomé se detiene delante de su padrastro y de su madre, en una posición tan sugerente y provocativa que desencadena los aplausos y los vítores de los varones y la turbación de las mujeres más pudorosas.

Algunos de entre los más exaltados comensales le piden a Salomé que se despoje de ese último velo y que se quede ante ellos completamente desnuda, como suelen hacerlo las bailarinas fenicias que amenizan las orgías en honor de Astarté, pero la joven sabe bien que el efecto que produce sobre su cuerpo aquel velo tan ligero como transparente es mucho más excitante que el desnudo total con el que acaban sus bailes las danzantes tirias, y tampoco desea quebrantar la norma judía que prohíbe la desnudez total.

El alborozo entre los invitados es absoluto. Gritos eufóricos, exclamaciones entusiastas, piropos, incluso solicitudes perversas brotan de los labios de los espectadores, que aplauden pletóricos a Salomé.

El tetrarca, satisfecho por el éxito de su hijastra, se levanta de su triclinio, avanza hasta el encuentro con Salomé y la abraza entre el entusiasmo general.

—¡Magnífico! —exclama Antipas—. Nadie ha bailado jamás así. Tu espléndida demostración bien merece un premio extraordinario. Delante de todos vosotros, como testigos de excepción, quiero concederte lo que me pidas, si está en mi mano hacerlo. ¿Qué deseas como pago a este prodigioso espectáculo que nos acabas de regalar? Prometo solemnemente ante todos mis amigos presentes que te lo concederé, cueste lo que cueste, al precio que sea. Dime, ¿qué deseas como pago por tu danza?

Salomé sonríe; sus ojos y sus labios dibujan un gesto de lujuriosa inocencia. Mira a su madre y se acerca hasta ella. Herodías también sonríe. Abraza a su hija y le susurra algo al oído. El rictus del rostro de Salomé cambia de pronto. Sus ojos se abren como dos lunas y sus labios muestran el titubeo de la duda.

Herodías la mira y le indica que regrese al lado de Antipas, que aguarda expectante el deseo de Salomé.

—Quiero la cabeza de Juan el Bautista —anuncia Salomé con una frialdad que hiela la sangre de los invitados.

En la sala de banquetes se hace un silencio gélido y cortante.

Antipas parece perturbado. El Bautista es un incordio permanente, pero todavía no está decidido a acabar con él, pues teme que su ejecución lo convierta en un mártir y se desencadene una verdadera revuelta en Galilea.

El tetrarca se siente descolocado y confuso. Ante las dudas que lo asaltan busca con la mirada a Hipódamo, que se mantiene vigilante durante todo el banquete, y con un enérgico gesto le indica que se aproxime.

—¿Qué puedo hacer? —susurra Antipas al oído de su jefe de Policía.

—Si ordenas la ejecución del Bautista para satisfacer el capricho de una muchacha, tu gobierno estará en grave peligro —responde Hipódamo.

—Pero lo acabo de prometer con toda solemnidad delante de los personajes más influyentes de toda Galilea. Si no cumplo mi promesa, todos me considerarán un hombre carente de palabra.

Hipódamo cae en la cuenta de que la ocurrencia de Salomé está instigada por su madre, Herodías, la cual odia al Bautista a causa de las diatribas que lanza contra su matrimonio con Antipas; ésta es su venganza. Pero calla, pues sabe que el tetrarca está encariñado con su esposa y no consiente la menor crítica.

—Tal vez, pero ahora debes resolver esta situación, y es preciso hacerlo de manera que no se resienta tu autoridad —le recomienda Hipódamo.

Mientras Antipas e Hipódamo se hablan al oído, un rumor comienza a extenderse por la sala. Los comensales observan la conversación expectantes, pero no aciertan a entender qué es lo que están tramando los dos hombres.

La fiesta se convierte en un funeral. Los invitados comprenden que algo terrible va a suceder y se mantienen callados y atentos, temerosos de lo que decida Antipas. Todos son testigos de su promesa..., pero él titubea. De pronto, sobreviene a la mente del tetrarca un pensamiento liberador de la duda, que le impulsa a cumplir su palabra dada: cuando los judíos se reúnen en torno a Juan, su excitación se convierte en una fiebre revolucionaria al escuchar sus palabras; harán cuanto él pida... Antipas teme que, si no cumple su promesa y libera finalmente al predicador, puede producirse de igual modo una gran revuelta, quizá mayor. Y entonces toma la decisión: Juan debe ser eliminado antes de que desencadene una rebelión con sus palabras. Es mejor esto que esperar a que la situación cambie y tenga que lamentarse por haber reaccionado tarde. La petición de Salomé va a solucionarle todos los problemas de una vez.

Al fin, tras unos instantes de tensión, Antipas vuelve a susurrar unas quedas palabras a los oídos de Hipódamo. Éste escucha con atención y realiza un ostensible gesto de afirmación con su cabeza, saluda a su señor y se retira discretamente a su posición de vigilante. Antipas avanza unos pasos hasta colocarse frente a Salomé, que espera la respuesta de su padraastro a su petición.

—¡Sea! —exclama alzando los brazos—. Tendrás la cabeza del Bautista en una bandeja de plata. Y va a ser ahora mismo. El hijo de Herodes el Grande siempre cumple sus promesas —dice el tetrarca de sí mismo.

Y entonces se gira hacia Hipódamo y le indica con la mano que salga de la sala.

El jefe de la Policía obedece y ordena a dos de sus hombres que lo acompañen a los sótanos de la fortaleza.

En su celda, desfallecido y agotado por el hambre, la sed, la soledad, el desaliento y la oscuridad, Juan el Bautista agoniza. Apenas se mueve de su inmundo lecho de paja sucia, colocada sobre el mugriento suelo, cuando escucha el crujido de la puerta al

abrirse. Sus ojos, acostumbrados a una oscuridad casi total, apenas pueden distinguir a los tres hombres que se acercan hacia él empuñando sendas espadas, mientras un cuarto se mantiene junto a la puerta portando una antorcha en su mano.

Unas manos poderosas lo alzan en vilo y lo obligan a arrodillarse entre gritos imperiosos. A la vez que le empujan la cabeza hacia delante y hacia abajo, tiran de su largo y enmarañado cabello, exponiendo su nuca al golpe letal. El Bautista, desorientado y confuso, no se resiste. Por un instante comprende que va a morir, y le sobreviene una especie de liberación, pues la dureza de la prisión está comenzando a minar su ánimo, e incluso percibe un momento de gozo, convencido de que su alma inmortal y luego su cuerpo transfigurado se encontrarán pronto y para siempre con Dios en el paraíso. Ni siquiera siente dolor, sólo un golpe seco y cortante en la parte posterior de su cuello, y luego... nada.

El tajo es certero, Hipódamo maneja la espada con maestría y sólo necesita dos precisos y potentes golpes para separar la cabeza del tronco del Bautista. Sujeta por los pelos, la mantiene en alto dejando que las últimas gotas caigan sobre el resto del cuerpo, tendido en el suelo en medio de un charco de sangre.

—¡La bandeja! —grita Hipódamo a uno de sus guardias, que se la ofrece enseguida.

El jefe de la Policía coloca la cabeza encima, limpia su espada en el chaleco de piel y pelo de camello del Bautista y la envaina. Recoge entonces la bandeja y sale de la celda camino de la sala del banquete.

Momentos después, una exclamación de horror y sorpresa recorre la sala cuando Hipódamo aparece portando la cabeza del Bautista, los ojos todavía entreabiertos, la boca desencajada, los jirones de carne del cuello ensangrentados...

—¡Aquí tienes tu regalo! —le dice Antipas a Salomé, a la vez que recoge la bandeja de las manos de su jefe de Policía y se la ofrece a la joven.

Uno de los comensales vomita estrepitosamente todo lo ingerido mientras otro se gira hacia su acompañante y le musita al oído:

—Ese pobre diablo era un adversario molesto para Antipas. Todo lo que acaba de ocurrir aquí es puro teatro. Antipas ya había decidido la muerte de ese predicador y ha utilizado la danza de esta muchacha y su deseo como excusa. Ha montado toda esta farsa para acabar con ese pobre orate en público. Pretende transmitirnos una demostración de su poder y una advertencia a todos, y cree además que así elimina el problema. Pero pienso que no sabe calcular las consecuencias de su acción. El pueblo de Galilea es muy piadoso, y no tengo duda alguna de que no dejará pasar al olvido este horrendo crimen.

La noticia de la terrible ejecución de Juan el Bautista se extiende por toda Galilea con la velocidad del viento, y son muchos los que claman para que semejante villanía no quede impune. «¡Dios no puede dejar esa muerte sin castigo!», exclaman, y ruegan para que la venganza divina se desencadene cuanto antes.

EL DESQUITE DE ARETAS

Un antiguo frente de preocupaciones, abierto desde hace tiempo pero nunca concretado del todo, una amenaza siempre acurrucada en las sombras pero presente aunque no se manifieste, ensombrece aún más la vida de Antipas. No cesan de llegar al palacio de Tiberiades mensajes de los oteadores desplegados en la frontera sur de la tetarquía desde que el nabateo Aretas amenazara con una terrible venganza por el repudio de su hija Fáselis. Los informantes anuncian que fuerzas de caballería árabe se están desplegando en las cercanías de la Gabalítide.

Los observadores envían informes cada vez más precisos dando cuenta de los movimientos del Ejército nabateo, cuyas columnas de caballería se refuerzan con varios regimientos de arqueros y de infantes, y con bastante maquinaria de asalto que avanza sin pausa hacia Galilea. Las noticias de esos avistamientos, cada vez en mayor número y más cercanos a la frontera, disipan cualquier duda: Aretas, para vengar el honor perdido con el repudio por Antipas de su hija Fáselis, prepara finalmente una invasión. La tormenta anunciada ya está sobre Palestina y estallará sin piedad alguna.

El tetrarca, informado de los movimientos del Ejército de su antiguo suegro, ordena el estado de máxima alerta a sus soldados, en parte ya movilizados.

—Al nabateo —dice Antipas ante el Consejo de generales de Galilea— no le preocupa el honor de su hija. Si nos ataca es porque ambiciona los recursos del lago Asfaltitis, el que los romanos llaman *mar Muerto* o *mar de la Sal*. Necesitan su pez y asfalto para calafatear sus barcos o para venderlo a los armadores fenicios. Con la venta de su sal obtendrían grandes beneficios en Arabia. Debemos defender esos territorios con todas nuestras fuerzas.

—Los árabes siempre los han ambicionado, pero nunca han logrado hacerse con ellos. En esta ocasión tampoco lo conseguirán —interviene uno de los generales más antiguos.

—Concentraremos nuestras tropas en las fronteras orientales, en el sur de la Gabalítide, pues ése es el territorio que desean. Creo que por allí atacarán los árabes.

Tras varias semanas de escaramuzas, los dos ejércitos, el judío y el árabe, se enfrentan en la llanura moteada de suaves lomas y colinas que riega el río Arnón. Al amanecer, los generales comprueban que las fuerzas y el número de contingentes de cada bando son parejos, de modo que el resultado de la batalla se presenta incierto. El alto mando de cada ejército dispone durante la noche a sus tropas en posiciones muy similares, siguiendo el orden habitual en las batallas: la infantería en el centro, organizada en escuadrones y centurias, y en los flancos, desplegada en dos alas, la caballería. Los israelitas comprueban que disponen de una ligera ventaja, pues la tarde

anterior llegan desde la Traconítide tres cohortes de infantería enviadas por Filipo en apoyo de su hermano Antipas. Pero la ausencia de romanos en ayuda del tetrarca es clamorosa.

Aretas, desde la posición elevada donde se ubica el puesto de mando del Ejército nabateo, ordena que el cuerpo central de la infantería árabe cargue con todo su ímpetu. Sorprendentemente, el centro de los galileos resiste muy poco y se rompe. Entonces la formidable caballería árabe ataca desde los flancos, pone en fuga a los jinetes israelitas y envuelve a la desbaratada infantería de Antipas, que es abandonada por los soldados de Filipo, los cuales huyen también despavoridos. El desorden en las filas judías es absoluto, y cada uno intenta salvar su vida como puede, corriendo a ocultarse entre los bosquecillos de pinos o escapando del campo de batalla en cualquier dirección posible.

Desde su atalaya, Antipas contempla el desastre, y ante la evidencia de la derrota ordena la retirada. Ya es tarde; los cadáveres de unos dos mil galileos siembran el campo de batalla, entre algunos centenares de heridos que gritan de dolor y de miedo antes de ser rematados por los árabes.

Lo que queda del Ejército de Galilea consigue reagruparse y cruza un riachuelo casi seco, escapando a toda prisa hacia la seguridad de los altos muros de la fortaleza de Maqueronte, abandonando en su huida espadas, escudos y bagajes.

Para disgusto de sus tropas victoriosas, que olisquean un sustancioso botín si siguen adelante, Aretas ordena cesar la persecución de los judíos derrotados. Algunos de sus generales le sugieren seguir avanzando, saquear toda Perea y después incluso Galilea, pero el rey de Nabatea se muestra tajante e inflexible. Sabe bien que el emperador Tiberio es amigo de Antipas y que no consentirá que tropas árabes entren en territorio bajo su protección.

Los nabateos se retiran, aunque dejan un destacamento encastillado en Bet Gabul, que da nombre y domina la región de la Gabalítide, donde se concentran los pozos de asfalto y las salinas. Tras levantar un trofeo, un túmulo de piedras en recuerdo de su victoria, en donde depositan ofrendas procedentes de los despojos ganados al enemigo, reclaman con gran griterío su posesión.

Galilea y Perea están conmocionadas, pero a salvo de una invasión más sangrienta aún. En cuanto se conoce la noticia de la infamante derrota, en ciudades y aldeas se lanzan a la calle cientos de personas lamentando el abandono al que la Providencia relega a su Ejército. En las sinagogas lloran su desconsuelo las madres, hermanas y viudas que pierden a sus hijos, esposos y parientes.

En Tiberiades, la capital, los funerales se alargan durante dos semanas, en medio de desconsoladas muestras de dolor; las mujeres se visten de negro, lloran por calles y plazas y se ensucian el cabello con ceniza de ramas de olivo. Los hombres se visten de burda arpillera y gimen amargados. Antipas, que no logra reponerse de la derrota, cede el territorio que reclama Aretas y reconoce su fracaso.

La batalla y el descalabro hacen olvidar, de momento, cualquier otro problema. Pero pasados los primeros días de conmoción, algunos galileos comienzan a especular sobre las verdaderas causas del desastre. Algunos afirman que el comportamiento pecaminoso de Antipas es castigado por Dios, que el Señor de lo Alto quiere mostrar su enfado por el matrimonio con Herodías y por el ignominioso asesinato del Bautista...

«¡El castigo, como dicen las Escrituras, llega del desierto! —claman algunos rabinos en sus prédicas del *shabbat*—, para golpear al pecador irredento y lascivo.»

Los problemas se amontonan y Antipas sabe que no dispone de mucho margen para maniobrar. Debe actuar sin cometer ninguna equivocación, o Tiberio lo derribará con la facilidad con la que un huracán arrastra las hojas secas.

EL AUGUE DE JESÚS

Muerto el maestro, la mayoría de los discípulos del Bautista, desalentados y horrorizados, se desperdigaron por toda Galilea, renunciando a su tarea de anunciar la llegada de la ira divina, temerosos de que les ocurra a ellos lo mismo que a su cabecilla. Sólo un pequeño grupo, el congregado en torno a Jesús de Nazaret, decide mantenerse cohesionado y firme en sus ideas. Jesús no duda en recoger el legado de Juan y proclamarse su heredero espiritual, demostrando que no teme a la muerte y que está dispuesto a perseverar en su mensaje profético, e incluso a radicalizarlo.

Los seguidores de Jesús se hallan en aquellos momentos en tierras de Judea, pero las malas noticias vuelan tan deprisa que los mensajeros no tardan en localizarlos en el curso sur del Jordán, asentados en un plácido y retirado recodo del río, donde la práctica de la inmersión bautismal es cómoda y fácil. Allí se establecen Jesús y su pequeño grupo de discípulos para continuar con la ceremonia del bautismo, tal y como aprendieran de su mentor.

—La noticia de la ejecución del Bautista es conocida ya en todo Israel —informa Hipódamo a Antipas, que durante varias semanas permanece guarecido en la fortaleza de Maqueronte en espera de acontecimientos.

—¿Ha habido alteraciones? —pregunta el tetrarca.

—Por el momento no. Tan sólo comentarios de ciertos rabinos piadosos que creen ver en la ejecución del Bautista un paralelismo con otros casos de la historia de Israel. Alguno de ellos considera que era el nuevo Isaías, quien, como bien sabes, fue aserrado vivo por el rey Manasés.

—¿Y sus seguidores?

—Casi todos se han disuelto, han regresado a sus casas y se han refugiado en sus aldeas. Sólo tenemos noticias del grupito de exaltados instalado aguas abajo del Jordán, en Judea —explica Hipódamo—. Recuerda que su jefe es Jesús, un joven rabino de Nazaret adicto a Juan, un antiguo carpintero que sigue predicando la inminente llegada del fin de los tiempos y bautizando a los que se acercan hasta él como ya hiciera antes el Bautista. Tampoco es respetuoso contigo, como recordarás.

—¿Son peligrosos? No me gustaría que se repitiera un nuevo caso; con un loco ya hemos tenido bastante.

—Por lo que conozco, apenas son una docena y media de hombres y tres o cuatro mujeres los que siguen a ese tal Jesús. La muerte del Bautista los ha dejado muy entristecidos y desorientados; se han limitado a guardar una semana de luto y a rezar por el alma de su jefe. No son peligrosos..., por ahora.

Hipódamo, a pesar de los avisos sobre Jesús de algunos de sus confidentes, vuelve a cometer con el Nazareno el mismo error inicial de apreciación que con Juan el Bautista y menosprecia la determinación del rabino galileo. En verdad, lejos de amilanarse por la ejecución de su mentor, Jesús la siente como un acicate para su causa. Cree que el reino de Dios no puede quedarse sin heraldo en la Tierra y está convencido de que ahora es él el elegido para proclamarlo.

Jesús se distancia del maestro con el paso del tiempo, al estimar que alguna de sus ideas sobre el Reino, sobre Dios mismo y su intervención en la Tierra no son demasiado acertadas. En algunos aspectos Jesús es más radical que el propio Juan. Por ello decidió alejarse de él Jordán abajo, poniendo tierra entre los dos para evitar que sus discrepancias sobre la interpretación de la venida del reino de Dios se agrandasen con la cercanía. No se produjo una ruptura formal entre los dos profetas, pero sí un alejamiento espiritual a causa de que Jesús predicaba sus propias ideas, que a veces no coincidían con las del maestro.

Tras la muerte del Bautista, Jesús se queda como única cabeza del movimiento que proclama la inminente llegada del reino de los cielos y la conversión a él mediante el bautismo. Pero el galileo extrae de esta inmediata venida unas consecuencias y unas exigencias morales para la vida de sus propios discípulos que el Bautista no se había atrevido a formular.

—Ahora no lo son, dices, pero ¿serán peligrosos más adelante?; respóndeme con precisión. —Antipas reitera su demanda. No le interesan las cuestiones doctrinales o las diferencias teológicas de los seguidores del Bautista y de Jesús, sino si su movimiento puede provocar algún desorden importante dentro del territorio que gobierna como tetrarca.

—Pueden serlo, si dejamos que crezcan —sentencia Hipódamo intentando acomodar sus juicios a los de su señor.

—En ese caso, acaba con ellos.

—No será fácil.

—Hazlo enseguida.

—Mi señor, antes de proceder a disolver a esos fanáticos debo recopilar más información sobre sus intenciones, su verdadero número, sus contactos, cuáles son sus movimientos, si tienen agentes en las ciudades... Con tu permiso, enviaré a Eliseo, el hijo de Zefanías, a que se entere de todas esas cuestiones en Judea, y luego actuaremos con toda contundencia, si fuera preciso.

—De acuerdo, pero hazlo sin tardanza; no quiero que crezcan más disidentes en mis dominios. Roma no me perdonaría semejante falta de autoridad.

A los pocos días, Eliseo, el agente de mayor confianza de Hipódamo, regresa de Judea con información sobre las andanzas y propósitos del grupo que sigue a Jesús de

Nazaret.

—¿Qué sabes de esos traidores? —le pregunta Hipódamo sin apenas darle tiempo a reponerse del viaje que lo trae de vuelta a Tiberiades, adonde se traslada de nuevo Antipas.

—Tenemos dificultades —dice Eliseo, a quien una joven sirve una copa de vino blanco enfriado con nieve de las montañas del Líbano—. Los seguidores de Jesús están incrementando su fanatismo todavía más, si cabe, que en tiempos del Bautista.

—¿Lo has comprobado por ti mismo?

—Sí. Vengo de convivir con ellos en su campamento de Judea, a orillas del Jordán, pues admiten a gente, a la que adoctrinan. Puedo asegurar por mí mismo que el que los manda, ese Jesús de Nazaret, ejerce sobre ellos una atracción mayor aún que la provocada por el Bautista. Y, desde luego, habla con superior convencimiento y con menos histrionismo. Creo que es muy peligroso y que logra que el grupo tenga más fuerza.

—¿Qué dice Jesús sobre el tetrarca Antipas? —demanda Hipódamo muy preocupado por las noticias que le está transmitiendo Eliseo.

—Anda por las riberas del Jordán proclamando lo mismo que el difunto Juan, empleando en parte idénticas palabras. Asegura que Dios castigará pronto a Antipas por su impuro matrimonio.

—¿Sigue en Judea?

—No. Cuando abandoné su campamento para venir a informarte, Jesús ordenó a sus discípulos que lo levantaran. Creo que comienza a tener miedo de los romanos de Judea, que actúan con pocas contemplaciones. Regresan a Galilea. Por lo que conozco, su nuevo destino es la orilla norte del lago Genesaret, cerca de aquí, donde Jesús pretende iniciar una gira para difundir sus ideas. Está convencido de que en esa región conseguirá atraer a nuevos afectos a su causa.

Hipódamo permanece unos instantes silencioso y pensativo, y por fin habla:

—En ese caso, dirígete hasta allí, sigue a Jesús de cerca y mantenme puntualmente informado de todos sus pasos. No lo pierdas de vista ni un solo momento y, si es necesario, conviértete en uno de sus más fervorosos seguidores. Toma, te lo has ganado. —Hipódamo le entrega unas monedas de plata—. Habrá muchas más, si tu información es buena. Ya puedes marcharte.

Cuando se queda solo en su oficina del palacio de Tiberiades, el jefe de Policía siente una gran rabia en su interior, pero se sobrepone y procura reflexionar. Con la marcha de Jesús a Judea se había quitado un problema de encima, pero su regreso a Galilea supone un contratiempo inesperado, y los viejos fantasmas que lo acompañaron con los movimientos de masas provocados por el Bautista regresan ahora para inquietarlo de nuevo.

En los meses siguientes le llegan informaciones que presentan a Jesús y a sus discípulos a veces en Galilea, a veces en Judea, en Perea o en Batanea y Gaulanítide, los

dominios de Filipo, e incluso en las montañas. Al parecer, Jesús muestra una enorme astucia y rapidez en sus desplazamientos. Nunca está quieto, apenas permanece dos o tres días en un lugar y enseguida lo abandona con rumbo desconocido en un itinerario inesperado que sólo él conoce. Hipódamo piensa que Jesús tiene miedo de que le ocurra lo mismo que a Juan el Bautista, y por eso se desplaza de un sitio a otro constantemente, evitando así que la Policía de Judea o Galilea lo localice y lo detenga.

Una tarde, mientras Hipódamo cena con su esposa, un heraldo le trae un informe escrito de Eliseo. El confidente le comunica que Jesús de Nazaret ha dejado de lado el anuncio de la llegada inminente del Juicio y el fin de los tiempos para dedicarse a predicar sobre la necesidad del arrepentimiento personal y la próxima instauración del reino de Dios sobre la tierra de Israel..., ¡comenzando por Galilea!

El jefe de Policía considera que Jesús está incitando a quienes lo escuchan a una revuelta contra Antipas, como ya lo intentara el Bautista. Deja su cena y se dirige hacia los aposentos del tetrarca, que también está cenando al lado de su esposa Herodías y de su hijastra Salomé.

—Perdona que te moleste, mi señor, pero acabo de recibir un mensaje de Eliseo. Es importante, y considero que debes conocerlo con urgencia.

Antipas le hace un gesto para que aguarde un instante, acaba su plato de gacela asada, se limpia labios y manos y se levanta del triclinio.

—Veamos ese informe, y espero que sea lo suficientemente esencial como para haber interrumpido mi cena.

Tras escuchar de boca de Hipódamo el escrito remitido por Eliseo, Antipas se encoleriza. Jesús no habla de la manera nebulosa e inconcreta con la que Juan se dirigía a sus discípulos. El mensaje del carpintero es directo y contundente. Si Juan insistía en la inminencia de un juicio final sin explicar cómo iba a llegar, Jesús anuncia con absoluta rotundidad la próxima venida del reino de Dios a la tierra de Israel, que incluye a Galilea naturalmente, y conmina a los judíos a prepararse para ese advenimiento.

—Ese galileo va a ser peor que el Bautista —comenta Hipódamo.

—Comienza a ser una pesadilla —brama Antipas—. ¡Podría haberse quedado en Judea y que el problema fuese para Pilato! Según tu confidente...

—Eliseo, señor, y es de fiar.

—Según Eliseo, Jesús está criticando que mi gobierno es injusto y que me olvido de Dios. Dice que pronto se restaurará otro reinado..., y ya sabemos que él lo entiende también como el fin de mi autoridad sobre Galilea. ¿No es cierto?

—Eso parece.

—¿Parece? Mira aquí. —Antipas señala con su dedo el escrito de Eliseo y pronuncia en alta voz lo que cree más interesante—. Jesús también dice que se aproxima un juicio terrible en el que la divinidad ajustará las cuentas con todos los mortales. Y

¿quién va a ser el juez? El mismo mensajero divino con forma humana que ya anunciara el profeta Daniel, un ser que bajará del cielo rodeado de nubes y aplicará la justicia sin apelación posible. ¿Y qué ocurrirá después? Que Dios mismo instaurará en Israel un nuevo reino en el que regirá la ley de Moisés...

»Pero esta profecía es vieja; Jesús sólo pretende renovarla. Nada nuevo, como ves, que no sepamos por el Bautista y que no esté al alcance de un charlatán que conozca nuestras escrituras sagradas.

La oscuridad comienza a caer sobre Tiberiades.

Pero Antipas percibe que Jesús no es un iluminado más de toda esa caterva de orates que predicán en ciudades y pueblos el arrepentimiento de los pecados. Por el contrario, cree entrever que el carpintero de Nazaret está convencido de ser el único designado por Dios de entre todos los autoproclamados profetas para encabezar al pueblo de Israel hacia su destino. Debe de tener un alto concepto de sí mismo, y este convencimiento le otorga una energía especial.

—¿Cuáles son tus órdenes, señor? —pregunta Hipódamo ante el largo silencio en el que se sume el tetrarca.

—El Bautista encendió el fuego con su antorcha, pero es Jesús quien aviva la hoguera. Hace años que no tenemos un problema de este tipo en Galilea. Y ahora, casi de repente, surgen estos dos individuos para revivir viejos conflictos que creíamos superados. Hemos acabado con uno, pero queda el otro, sin duda el más peligroso. Su sola palabra perturba la paz.

—Jesús conoce cómo dar cauce a los sentimientos populares más profundos. Habla de religión en sus sermones, pero también se dirige a una nación, a los judíos, y les dice lo que éstos quieren y les gusta escuchar.

—Tú eres griego, Hipódamo; ¿cómo puedes entender lo que siente el pueblo de Israel?

—Soy griego, sí, pero convivo con tu pueblo desde que nací, y creo que lo conozco bien: mi mujer es judía.

—¿Y cómo somos los judíos, según tu perspectiva?

—Profundamente nacionalistas pero desunidos, siempre vitales pero insatisfechos, ansiosos y poco prácticos, orgullosos de su situación pero pendientes de un futuro prometido que nunca llega...

—¿Así nos ves?

—Así deduzco que os ve Jesús. Él es un israelita y predica para el pueblo israelita, por eso se centra de manera obsesiva en el anuncio de la llegada de un reino que traerá a Israel una eternidad idílica, el paraíso definitivo. Con una promesa así, ¿cómo no va a seducir el carpintero a unas masas siempre tan estúpidas e ilusas?

—Estás denigrando a mi pueblo; sólo por eso debería cortarte la cabeza —dice Antipas.

—Soy sincero al responder a la pregunta que me haces, mi señor.

—Y lo peor es que tienes razón. ¡Maldita sea!

—¿Tus órdenes, señor?

—De momento permaneceremos en guardia. Que ese Eliseo, en quien tanto confías, siga informando de todos los movimientos de Jesús; ya veré más adelante cómo eliminar el problema.

Cada semana llega un informe nuevo de Eliseo. Conforme Hipódamo los va leyendo, Jesús se va convirtiendo en una obsesión para el jefe de la Policía galilea, que con cada mensaje de su confidente conoce y comprende mejor al profeta de Nazaret.

En uno de sus sermones, que Eliseo copia casi íntegro a Hipódamo, Jesús vuelve a anunciar que tras un terrible cataclismo y el juicio a los malvados, se instaurará la sociedad perfecta y maravillosa. Israel quedará limpio de todo pecado y sobre la tierra se extenderá una hermosa bendición. La Tierra quedará libre de pecadores, tanto judíos como extranjeros. Dios mismo gobernará a través de sus delegados. Los que lloran serán consolados, los hambrientos serán saciados y los pobres vivirán en la riqueza. Los campos producirán cosechas copiosas, innumerables ganados darán leche en abundancia, de los árboles colgarán las más sabrosas y dulces frutas, y de los manantiales manará la más deliciosa miel, de modo que los banquetes serán algo común. La paz, la justicia y el orden se extenderán por todos los rincones del mundo y la Ley se observará en todas partes, y todos alabarán a Dios. Israel quedará libre de toda amenaza y del yugo de los infieles, y será respetado y temido por las demás naciones. Paulatinamente, todos los pueblos acabarán por reconocer la ley del único y verdadero Dios, que se extenderá por toda la Tierra y por todos sus pueblos.

«¡Insensato! —piensa Hipódamo al acabar de leer la copia con el sermón de Jesús—. La única realidad que cuenta es el imperio de Roma, y el poder en Galilea de su delegado Antipas.» El jefe de la Policía aprieta el mensaje entre sus manos y arruga la hoja de papiro en la que está escrito.

Hace ademán de arrojarlo al fuego de la chimenea que calienta la estancia, pero se detiene y reflexiona. Él es un griego, y los griegos defienden el control de la razón sobre los fantasiosos mensajes proféticos. «Ese Jesús es uno más de tantos visionarios que profetizan el triunfo de Israel tras siglos de caos interno o de sumisión a otros imperios», imagina Hipódamo. ¡Nada novedoso! Todos estos locos acaban siempre en el mayor de los fracasos, o en una fría y olvidada tumba. Jesús parece uno de tantos. Será olvidado en cuanto muera y pasen unos años... y todo seguirá igual.

Hipódamo lee de nuevo el mensaje y se confirma en que hace bien en mantener vigilado a Jesús. Su olfato de veterano policía le indica que detrás del mensaje del Nazareno hay algo más que un adoctrinamiento religioso. Su señor, Antipas, insiste en una reunión del Consejo en que no hay manera alguna de separar religión y política en Israel. Las palabras de Jesús suenan piadosas en apariencia, pero son capaces de

desencadenar un levantamiento del pueblo. Su encendido verbo se traduce en una sociedad nueva con un verdadero programa de Gobierno, en una alternativa al propio Antipas. Entonces se persuade de que, como ocurriera con el Bautista, el mensaje de Jesús tiene claras e indudables implicaciones políticas. «¿Recurrirán alguna vez a la violencia?», se pregunta a sí mismo sin respuesta.

Su destino está unido al de Antipas, y ecos del Bautista reviven en su mente: ¿qué le ocurrirá a él mismo, a su adorada Rut, y a sus hijos, si triunfa la alternativa de Jesús?; ¿qué papel puede jugar el tetrarca en el nuevo sistema proclamado por el Nazareno?; ¿va a tener sitio él como jefe de Policía en el nuevo Gobierno? Y los romanos ¿aceptarán que se instaure en Galilea y en Judea un Estado en el que sólo imperen las viejas leyes de Moisés? Y entonces se imagina a un Tiberio sarcástico, pero enfurecido, enviando varias legiones para escarmentar a Israel.

Rut se acerca a su esposo, que contempla el fuego ensimismado en sus pensamientos sobre el rabino que lo tiene absorto en los últimos meses.

—Hace tiempo que te veo muy preocupado, esposo, ¿qué te sucede? —le pregunta.

—Se trata de uno de los discípulos de Juan el Bautista; el que se llama Jesús. Es natural de Nazaret, cerca de aquí, de modo que sus actos nos afectan. Anda por toda la región predicando la inminente venida de no sé qué nuevo reino de los cielos. Puede que sea uno más de esos falsos profetas que se aprovechan de los incautos para vivir sin trabajar, pero intuyo que su mensaje es mucho más sólido que el de cuantos nos hemos encontrado hasta ahora.

—¿Y qué es lo que predica para que te inquiete de esta manera?

—Dice que va a instaurarse el reinado de Dios en Israel, pero que antes deben abrirse los corazones y dejar que crezca en ellos.

—Si fuera verdad, ese reino sería tan sólo algo que existe en el interior de las personas; no debería preocuparte tanto. Toma, es un guiso de verduras y carne; te confortará. —Rut le alarga a su esposo un plato que le acaba de preparar.

—No tengo apetito.

—Claro que lo tienes. Hace días que vengo observando que apenas comes; si sigues así, caerás enfermo. Come, por favor.

Hipódamo acepta el plato y se lleva una cucharada a la boca. El guiso huele a especias aromáticas y a cardamomo, y sabe riquísimo. Rut observa a su marido mientras éste da buena cuenta de la comida y recuerda aquellos días en el jardín de la casa de su padre de Jerusalén, y la emoción que sentía en cada una de las visitas clandestinas de su amante.

—Muy sabroso —dice Hipódamo al acabar la última de las cucharadas del plato, pero ni siquiera el sabor del guiso puede apartar al jefe de Policía de sus pensamientos —. Los informes de mis confidentes son rotundos. Repiten obsesivamente: Jesús está empeñado en que el reino de Dios llegará enseguida aquí, a Galilea, y dice que así quedará totalmente renovado el país de Israel.

—¿Tanto te preocupa?

—Mucho, mi querida esposa, mucho. Y te equivocas. Jesús no predica un reino sólo interior, sino el triunfo aquí y ahora, también en Séforis y en Tiberiades, en esta misma tierra, de una sociedad feliz compuesta por hombres y mujeres dichosos donde triunfen la justicia y la paz. ¿Quién puede combatir contra esa idea?

—El Bautista está muerto, y no se ha desencadenado ninguna revuelta...

—Son casos algo diferentes. Juan insistía mucho en el ayuno y la austeridad más absolutos; y cuando hablaba de un reino celestial en un Israel purificado, creo que la gente pensaba más en la vida sencilla y la frugalidad. Su misma persona, con aquella indumentaria tan llamativa, encarnaba esos valores. Jesús es muy distinto en algunos aspectos; el reino que anuncia está lleno de prosperidad y fortuna; su símbolo es un festín. Me dicen que alguna que otra vez ayuna, pero alegremente, y que todo lo celebra con banquetes. Me aseguran que un día a la semana organiza con sus seguidores un gran convite en el que todo es felicidad y dicha; y dice que en su nuevo reino, Dios proporcionará abundante comida y bebida para todos.

—Ciertamente hay diferencia —comenta Rut.

—Las propuestas de Jesús son mucho más atractivas que las de Juan, por eso gana día a día más y más adeptos. Y son contrarias a las pautas de gobierno que marca Antipas. Mucha gente de esta tierra es pobre y desesperada, y aguardan a un Mesías, como llamáis los judíos, que los saque de la miseria y los conduzca a ese prometido paraíso de abundancia.

—¿Tantos seguidores concita?

—Y más que se le unirán si sigue prometiendo la felicidad.

—En ese caso, el poder de Antipas peligrará, y nosotros...

Hipódamo revela a su mujer los pensamientos que ocupan su mente en los últimos días.

—Yo soy su jefe de Policía y tú eres mi esposa. Si los adeptos del carpintero de Nazaret se hicieran con el poder, tendríamos gravísimos problemas. Es un fanático y creo que eliminaría a cuantos no aceptaran las normas religiosas que pretende imponer. Llama a sus enemigos raza de víboras, como su maestro, y no se recata en condenarlos al fuego eterno. No creas que es pacífico. Amenaza con el castigo divino a sus enemigos. No obstante, creo que su movimiento está abocado al fracaso, y aun en el caso de que triunfara, los romanos jamás consentirán que se instaure un reino así en Israel. Sus legiones lo impedirán en Judea, donde gobiernan sin intermediarios, e igualmente aquí, en Galilea, donde dejan que Antipas lo haga en su nombre.

—¿Has hablado de esto con el tetrarca? —Rut empieza a preocuparse.

—Conoce las ideas generales, pero de los últimos informes que he recibido apenas le he comentado algo. Si lo hago, Antipas montará en cólera y tomará decisiones de manera irreflexiva, como hizo con Herodías cuando tuvo un problema que no supo controlar. De modo que ando a la espera de tener aún más información sobre Jesús y sus

discípulos antes de sugerirle la manera de contrarrestar definitivamente a ese grupo de locos insensatos.

—Pero si los dejas crecer pueden convertirse en un problema irresoluble.

—Necesito conocer todavía más detalles sobre ese grupo. Ahora pienso en los peligros de orden público que se pueden desencadenar. Deseo saber si ese grupo planea algunas acciones concretas y subversivas, cuántos son los implicados en ellas, hasta dónde son capaces de seguirlo los más extremistas, si él o sus discípulos tienen contactos habituales con otros grupos rebeldes o zelotas, si están armados y con qué... Como ves, tengo que trabajar más en esa línea antes de proponer ante el Consejo de Galilea y ante el tetrarca una solución definitiva al problema que supone Jesús.

Hipódamo acaricia el cabello de su esposa y la besa con cariño. Rut ya no es aquella jovencita hermosísima que lo enamoró en Jerusalén. Los años dejan huellas en su rostro y en algunos hilos plateados que orlan su negra cabellera, pero conserva la belleza serena y la mirada limpia que lo sedujo desde el primer momento que la vio en aquel banquete, hace ya muchos años.

PONCIO PILATO

Antipas e Hipódamo discuten en el palacio de Tiberiades sobre cómo actuar con Jesús si ese individuo insiste en continuar la obra de su maestro el Bautista con mayor dureza y decisión si cabe. En esos momentos se presenta en la sala un funcionario y pide permiso para hablar. Antipas, contrariado por la interrupción, se lo permite de mal humor.

—Ordené que nadie nos molestara.

—Es urgente, mi señor. Acaba de llegar un correo de la Ciudad Santa.

—Es uno de mis hombres —dice Hipódamo—; después de las prédicas de Jesús en Judea, le ordené que corriera de inmediato a informarme en cuanto se produjeran novedades en Jerusalén.

—Hazlo pasar —ordena Antipas.

El agente de Hipódamo entra, se inclina ante sus dos señores y los saluda sumiso.

—Habla. —Antipas está ansioso por escuchar las nuevas.

—El nuevo gobernador romano de Judea está teniendo graves problemas en Jerusalén.

—¿Qué ha hecho ahora ese idiota de Poncio Pilato?

—En esa ciudad siempre hay escasez de agua. Las treinta cisternas no son suficientes para abastecer a los miles de peregrinos que se acercan a Jerusalén en las fiestas de la Pascua. Ni siquiera la principal fuente, la de Siloé, da abasto para tanta demanda. Pilato ha decidido solucionar el problema mejorando el abastecimiento mediante la construcción de un acueducto. Pero para sufragar esas obras no se le ha ocurrido otra cosa mejor que incautar una buena parte del tesoro del Templo. Centenares de ciudadanos se han manifestado ante el pretorio protestando por el empleo del dinero sagrado para fines profanos.

—La obra en sí es una buena idea. Pero ese romano actúa de manera imprudente, sin saber cuáles son las costumbres de los judíos —interviene Hipódamo.

—¿Qué sabemos de Poncio Pilato? —pregunta Antipas a Hipódamo.

El jefe de la Policía no conoce en persona al nuevo gobernador romano de Judea y Samaria nombrado por Tiberio, pero sus agentes le preparan un completo informe.

—Nació en la región de Campania, en Italia, y es de origen relativamente noble, pues pertenece al orden ecuestre. Lo precede una cierta fama de hombre ambicioso, enérgico, duro y violento, y se dice de él que actúa sin escrúpulos y que prefiere el uso de la fuerza a la diplomacia. Al parecer es un buen administrador, y por eso Tiberio lo ha enviado a este rincón del Imperio, donde siempre hay conflictos, pero no atiende a otra razón que no sea aplicar la ley de Roma. No respeta a los judíos; suele decir que los

pueblos conquistados no deben ser sujetos de amistad, sino de dominio, y que deben ser sometidos a Roma sin contemplaciones.

—Descríbelo —ordena Antipas al mensajero.

—Es bajo y regordete, con pequeños ojos de mirada cruel y cara de sapo; sus manos son menudas y sudorosas, por lo que siempre porta un pañuelo con el que se las seca constantemente.

—No es un tipo agraciado —comenta Antipas, quien ha visto a Poncio Pilato en alguna Pascua en Jerusalén, pero ha rehuido siempre un contacto directo.

—Pero sabe procurarse su propio interés. Se rumorea que, para el tiempo que lleva como procurador de Judea, amasa ya una buena tajada y, por lo que se dice, se procura una buena cantidad de dinero para cubrir su vejez, cuando le llegue. —Hipódamo guarda un informe que revela la manera en que Poncio Pilato consigue dinero para su fortuna personal.

—Si se entera de eso el emperador, lo ejecutará.

—No creo. Poncio Pilato está dispuesto a mantener en la provincia que se le encomiende el orden y el poder de Roma como sea, y eso es lo que pretende Tiberio —dice Hipódamo.

—En otras provincias, tal vez, pero en Jerusalén no lo tendrá fácil.

Antipas no tiene el menor deseo de ayudar a Pilato. En el fondo prefiere que los romanos pasen dificultades en Judea. Pese al transcurrir de los años, el tetrarca no olvida que primero Augusto y ahora Tiberio no aciertan a nombrarlo rey de Israel. Año tras año sigue ambicionando sentarse en un trono que parece maldito, y cada problema para Roma, sobre todo si no le afecta directamente, supone una alegría y una pequeña venganza. El emperador tiene que darse cuenta de que él, Antipas, es la solución para todos los problemas de la región.

—Esos condenados sacerdotes... Nunca aceptarán que se toque su tesoro —reflexiona Hipódamo.

—Es la Ley.

—No lo entiendo. Llevo mucho tiempo viviendo entre vosotros y sigo sin comprender a los judíos. ¿Para qué quieren esos sacerdotes un montón de oro y plata guardado en el Templo si ni siquiera pueden disponer del agua necesaria? ¿No es mejor gastar esos fondos en la construcción de un acueducto que solucione la carencia de agua? ¿Cómo es posible que se opongan a eso? —se pregunta Hipódamo.

—Tú eres griego; para entender a los judíos hay que nacer judío. Esto se lo oí a mi padre en varias ocasiones. Para alguien ajeno a nuestra raza esa propuesta de Poncio Pilato parece correcta y justa, e incluso puede que a algunos judíos les guste. Pero los sacerdotes y los doctores de la Ley que gobiernan el Templo siempre se negarán a que un extranjero maneje su dinero sagrado y a que decida cuál ha de ser su uso.

»Además, me imagino a Pilato acompañado de sus secretarios entrando en la cámara del Tesoro escoltados por sus legionarios y saqueando el oro y la plata con la

excusa de que van a utilizarlos en beneficio de la ciudad, mientras parte de esa fortuna va a parar directamente a sus bolsillos. Y si lo hace directamente, comete un sacrilegio, pues sólo los judíos pueden entrar en el Patio de las Mujeres, donde se guarda el tesoro.

—Si me permites, señor... —el mensajero solicita seguir con su información.

—¿Qué más tienes que decir?

—Hay varios muertos. Desde luego, el procurador Poncio Pilato depende jerárquicamente del legado de Siria, pero en Judea y Samaria ostenta el mando supremo militar y lo ejerce con suma dureza. No le tiembla la mano para ordenar a sus soldados que actúen duramente contra un grupo de civiles que protestan contra el proyecto de construcción del acueducto con el dinero sagrado. Ordenó a varios miembros de su Guardia que se disfrazaran y se mezclaran con los revoltosos, escondiendo entre las ropas sus armas. A una orden del oficial que los mandaba, sacaron sus espadas y acabaron con un centenar de personas al menos.

—Otra matanza... Si las cosas siguen así, habrá más muertos —supone Hipódamo.

—De momento, Pilato ha cedido, tal vez preocupado por el rápido ascenso de violencia, y ha decidido paralizar el proyecto de construcción del acueducto, pero no creo que se resigne a abandonar ese plan —añade el agente.

Ante las noticias que llegan de Jerusalén, Antipas sonríe. Poncio Pilato, como su antecesor Valerio Grato, depuesto por Tiberio cuando llegó al poder, está cometiendo graves errores, y piensa que en la cabeza del emperador estará creciendo la idea de que la única manera de mantener a raya y controlados a los judíos de Judea y Samaria es entregándole el gobierno de esas regiones, como ya ocurre en Galilea y Perea. Y cuando eso suceda, Antipas estará en disposición de reclamar de nuevo el título de rey de Israel y unificar los territorios judíos en único gobierno, el suyo, aunque sea bajo la supervisión de Roma.

—Puedes retirarte —le dice Antipas al mensajero, que acata la orden inclinando la cabeza.

Ya los dos solos, Antipas se confiesa ante Hipódamo, en el que deposita una confianza ciega.

—Mi señor, ¿esperas alguna señal del emperador Tiberio? —le pregunta el jefe de la Policía al tetrarca.

Antipas coge una manzana, limpia la piel con la manga de su túnica y la muerde. Sus ojos destilan una fría sonrisa.

—Tiberio es testarudo, tanto que estuvo a punto de ser relegado de su puesto como heredero al trono. Sólo la insistencia de su madre, la astuta Livia, lo mantuvo en la carrera por la sucesión, y así fue como logró la corona imperial a la muerte de Augusto. Hay quien habla muy mal de Livia al respecto... ¿Te crees lo de la indigestión de higos? Veo muy difícil que mude su opinión sobre la conveniencia de entregarme Judea y Samaria, pero no es imposible. Si cae Poncio Pilato, es probable que envíe otro gobernador a Jerusalén, aunque no descarto en absoluto que me ofrezca su gobierno.

—Pero según hemos comprobado, Tiberio muestra una táctica muy diferente a la de Augusto. Su padre adoptivo cambiaba a los gobernadores cada dos años, y en cambio Tiberio los mantiene en el cargo durante mucho tiempo. Hace casi cuatro años que Pilato ocupa ese puesto, ¿crees que lo cesará tan pronto? —pregunta Hipódamo.

—El emperador es de la opinión de que todos los altos funcionarios y magistrados de la Administración romana se mueven por la codicia, por lo que, en cuanto llegan a un destino, lo primero que hacen es enriquecerse a toda prisa, robando cuanto pueden de las arcas públicas. Por ello, Tiberio piensa que si los mantiene durante mucho tiempo, llegará un momento en el que se saciarán y la rapiña se producirá con mayor lentitud. Así causarán menos daño en las provincias que gobiernan.

»Al emperador le gusta poner este ejemplo para explicar su política sobre los altos funcionarios: un enorme número de moscas cubre la herida de un hombre que yace en el suelo; pasa un caminante, se compadece del moribundo y se acerca para espantar las moscas; pero el herido le pide que no lo haga, y el caminante le pregunta por el motivo. “Al espantar las moscas —responde el herido—, mi situación se agravará, pues ahuyentados estos bichos ahítos de sangre, que ya casi no me molestan, vendrán otros hambrientos y me chuparán hasta los humores.”

»Así es como piensa Tiberio. Considera que, aunque Poncio Pilato chupe la sangre de los judíos, llegará un momento en el que se sentirá satisfecho, y entonces dejará que respiren..., salvo que cometa un grave error y sea depuesto. El legado de Siria tiene potestad para cesarlo, pero no se atreverá sin el permiso expreso del emperador.

—Tiberio mide y trata a todas las provincias del Imperio con el mismo rasero, y en eso se equivoca. Nunca debió prohibir la celebración pública de los ritos judaicos fuera de Palestina. Judea, Samaria, Galilea..., las provincias habitadas por los judíos son casos especiales.

—¿A qué te refieres?

—Sólo entre los judíos surgen profetas como el Bautista.

—Ése es un asunto ya zanjado —asienta Antipas antes de dar un nuevo mordisco a su manzana.

—No tanto. A Jesús el Nazareno lo llaman profeta.

—Ya me has hablado de ese individuo —masculla el tetrarca con la boca llena—. No me digas que sigue con sus intrigas. ¿Es que esa banda de locos no tiene bastante con lo ocurrido al Bautista? ¿No van a escarmentar nunca?

—Por lo que sé, el grupo de fanáticos que lo rodea ha aumentado, y son todavía más acérrimos partidarios de su maestro que los que seguían a Juan. Por ello Jesús se ha convertido en un cabecilla importante.

Como muchos judíos, Antipas es muy supersticioso; las palabras de Hipódamo lo alteran y calla por un momento. De vez en cuando siente sobresaltos por haber ordenado la ejecución, y de manera tan cruel, del que muchos consideraban un profeta de Israel y,

aunque su padre Herodes el Grande le dio una educación similar a la de los gentiles, no deja de ser judío y, como tal, participa de los sentimientos de su pueblo.

Su vida está sumida en una profunda contradicción: vive en su lujoso palacio de Tiberiades rodeado de símbolos e imágenes propias de los gentiles, disfruta con las conversaciones filosóficas de los sofistas paganos y le encantan el teatro y la literatura de los helenos. Pero a la vez construye a sus expensas una magnífica sinagoga en la propia Tiberiades, lejos de los solares contaminados por los antiguos sepulcros, no deja de acudir a Jerusalén para conmemorar las fiestas religiosas judías, gasta considerables sumas de dinero para sufragar sacrificios en el Templo y suele invocar en público al Dios de Israel para que lo ayude en sus tareas de gobierno.

—Señor, ¿te ocurre algo? —le pregunta Hipódamo ante el largo silencio que guarda Antipas.

—Quizá no sea de nuestra incumbencia, pero ¿crees que ha llegado el momento de actuar contra ese tal Jesús y hacerlo con la determinación que adoptamos en el caso del Bautista? —Antipas duda ante esa idea.

—Es de nuestra incumbencia, mi señor. Como Jesús es originario de Nazaret, cerca de Séforis, sabe bastante de ti; gran parte de sus sermones van dirigidos contra tu persona y tu forma de gobernar. Juan preparó el terreno, pero es Jesús el que lo está sembrando y el que realmente brilla con luz propia.

—¿Y qué hacemos por fin?

—Mi opinión es que ahora no debemos permitir que ese nazareno crezca más. Recuerda lo que dicen los romanos: «Oponte a los principios». Hay quien considera que Jesús es una reencarnación de uno de los grandes profetas del pasado. Para algunos idiotas se trata del profeta Elías revivido, aunque otros prefieren identificarlo con Jeremías; o incluso con el propio Bautista, resucitado de entre los muertos para llevar a cabo su terrible venganza contra nosotros.

—¿Es eso cierto? —En Antipas surge de nuevo su lado más supersticioso.

—Esas ideas son meras supercherías. —El aplomo y la seguridad de Hipódamo contrastan con el nerviosismo de su señor—. Jesús es una persona bien distinta, y de muy difícil adscripción. Me he informado bien: sus doctrinas se parecen bastante a las de los fariseos, pero no del todo; por eso discute con ellos continuamente. De cualquier modo, hay que tomarlo muy en serio. Los fariseos suelen ser pacíficos. Pero recuerda el caso del águila derribada de la puerta del Templo. Quienes impulsaron esa acción fueron fariseos. Y Sadoc, el que prestó acérrimo apoyo a Juan de Gamala, también era un fariseo. Alguien que piensa como un fariseo puede deslizarse con facilidad hacia la violencia.

—Y para ti, ¿quién es Jesús? —Antipas parece abrumarse con lo que le está revelando Hipódamo.

—Yo no entiendo de profetas. Pero aunque muchos de sus seguidores lo vean investido de un aura de mensajero divino, sólo es un hombre; muy listo, de gran agudeza

y dotado de una enorme capacidad para la persuasión, pero nada más que un hombre. Así que podremos con él.

El tetrarca palidece. Tal vez creyera que con la ejecución del Bautista resolvía los problemas religiosos en Galilea, pero la fulgurante aparición de Jesús los complica todavía más.

—Mi única esperanza para que Tiberio me otorgue el gobierno de Judea y Samaria es acabar con cualquier conato de revuelta en mi propio terreno. Si a la derrota ante Aretas, de la que me considera culpable, se suma ahora un conflicto interior, mis posibilidades de alcanzar mi sueño de gobernar todo Israel se disiparán por completo.

»Y además, Herodías no consentirá que otro predicador vuelva a criticar su matrimonio conmigo. Si mi esposa se entera de lo que está haciendo Jesús, me pedirá su cabeza, como ya hizo con la del Bautista.

—Debes adelantarte a los acontecimientos y poner fin a las predicaciones de Jesús antes de que pasen a mayores —dice Hipódamo.

Antipas muerde su manzana; a pesar de su miedo supersticioso se muestra también muy interesado en saber cosas de Jesús ¿Y si fuera Juan Bautista reencarnado? Nada pudo obtener de su encuentro con ese loco en el calabozo de Maqueronte. Le intriga qué es lo que se mueve realmente dentro de la cabeza de este tipo de individuos que se creen elegidos y tocados por la mano de Dios para establecer el plan divino en la Tierra.

—¿Puedes traer a mi presencia a Jesús, como ya hiciste con el Bautista? Me gustaría encontrarme cara a cara con ese nazareno.

—Podemos intentarlo, pero todavía no dispongo de todos los datos que deseo. Sobre todo, no puedo establecer una lógica en sus movimientos. No puedo aún informarte con la debida exactitud cuántos son los que lo apoyan de verdad, y si hay alguna persona importante que simpatice con sus ideas. Tampoco acabo de ver cuál es la verdadera relación entre él y los fariseos, pues no deseo que se repita el caso de Judas y Matías, ni que estallen las revueltas que tras su muerte ensombrecieron los últimos días de tu padre y los primeros de tu hermano Arquelao.

—¿Y si cuenta de verdad con el apoyo de los fariseos? —pregunta un dubitante Antipas.

—Aunque algunos de ellos lo odian a muerte por sus durísimas críticas, te dije que Jesús defiende doctrinas muy parecidas y las apoya muy decididamente, oponiéndose con energía a los saduceos, sus enemigos mortales. Tal vez sea uno de esos fariseos periféricos y extremistas, que disienten de lo que opina la mayoría de ese grupo fanático que se concentra en Jerusalén. Él es galileo y ve las cosas de otro modo; respira otro aire distinto al de esa cerrada y agobiante Jerusalén. Está lejos del Templo y los temas de impurezas rituales le afectan poco. Además, Jesús tampoco se abstiene de mantener posturas que se parecen mucho a las de los esenios, lo cual complica totalmente su adscripción. Por ejemplo, anda por ahí diciendo que el divorcio es contrario a la ley de

Dios, lo que te afecta directamente a ti y en lo que coincide con los esenios. Seguro que éstos lo miran con simpatía.

—Entonces, ¿en qué te basas para opinar que, ante todo, es un fariseo y que no se debe repetir el error de Judas, Matías y el águila?

—En que los fariseos son los más preocupados por lo que dice y hace Jesús; y porque si no fuera uno de los suyos, y menos aún procediendo de Galilea, no lo mirarían ni a la cara, no le prestarían la menor atención.

—¿Qué importa de dónde proceda ese hombre y a qué facción lo adscribamos? —pregunta Antipas nervioso.

—Claro que importa. Si en verdad fuera uno de los fariseos, ¿no podríamos intentar que se volvieran todos contra él, no unos cuantos, difundiendo que traiciona a su gente? Harían entonces una piña con los saduceos. Aunque se odian, podrían unirse contra él. Ellos mismos se encargarían de nuestro trabajo y harían todo lo posible por ajustarle las cuentas. Te reitero que sé de buena tinta, por mis confidentes, de la animadversión que provoca Jesús entre una parte de los fariseos, y cómo los doctores de la Ley se enfrentan con él a causa de muchas de sus ideas, que consideran heréticas.

—Por ejemplo...

—Jesús rechaza numerosas prescripciones de la tradición de vuestros antepasados. Además de la prohibición del divorcio, presta poca atención a que una mujer sea impura durante el flujo menstrual o tras el parto y, por tanto, permite que sirvan la comida y participen en los banquetes aunque estén en esos días; no le preocupa utilizar utensilios sin purificar debidamente; no da importancia a comer alimentos que han estado junto con otros que se consideran impuros; no rechaza a los leprosos; y se relaciona con los recaudadores de impuestos, los pastores, los médicos, los gentiles e incluso con adúlteras y prostitutas.

»El Nazareno entra a discutir de cualquier tema y casi siempre sale victorioso debido a su gran capacidad para la retórica y la argumentación. En algunos debates ha vencido a los fariseos y a los doctores de la Ley, y eso alegra mucho a los galileos más humildes, que se ufanan de que uno de los suyos, que ni siquiera ha estudiado con los maestros más prestigiosos, sea capaz de acallar con sólidos argumentos a todos esos engreídos que se proclaman sabios doctores.

—Observo que tienes buenos informadores. Pero ¿adónde pretendes ir a parar con todo esto? —pregunta Antipas, que se comienza a impacientar ante lo que considera una sarta de monsergas teológicas en torno a Jesús.

—Ese galileo me importa muy poco, mi señor. Lo que en verdad me preocupa —prosigue Hipódamo imperturbable— no son las disputas que pueda tener con otros dementes como él, sino lo que Jesús es capaz de obtener de sus seguidores y lo que éstos estén dispuestos a hacer por él. También me interesa qué enemigos podemos movilizar en su contra. Desde que Juan el Bautista comenzara con sus ataques contra tu gobierno y contra tu persona, hay muchos que cuestionan tu figura como nunca antes y critican tus

buenas relaciones con Roma. Son los mismos que aseguran que has vendido Israel a los romanos, los mismos que piensan que Jesús puede ser el Mesías que liberará a Israel del yugo extranjero, o el rey que ha de venir para poner orden y paz en Israel y en el mundo.

—Imagino que Jesús les sigue el juego. —Antipas comienza a sentirse interesado.

—De momento no se ha manifestado, al menos públicamente, en ese sentido. Que yo sepa, nunca se ha proclamado rey ni Mesías, ni nada por el estilo.

—Pero podría hacerlo en cualquier momento.

—Sí. Lo observo con atención y veo que hay signos de que el Nazareno no le hace ascos a cierta violencia. De hecho, algunos de sus discípulos más cercanos portan espadas y se declaran zelotas. Sostienen que debe bajar fuego del cielo y acabar con todos los que no están de acuerdo con ellos. Y que yo sepa, Jesús jamás los ha criticado. Uno de mis confidentes asegura que el Nazareno se rodea de una camarilla de tres discípulos zelotas, fanáticos en exceso y muy violentos. Pero hay mucha gente necia que no cae en la cuenta y que lo considera un hombre de paz.

Tras escuchar a Hipódamo, Antipas es consciente de lo que puede suponer la figura del carpintero galileo para aglutinar a los rebeldes y descontentos, y se pregunta muy en serio si tiene que proceder con él de la misma manera que con el Bautista.

CONFLICTO POR JESÚS

El jefe de Policía considera que tiene todo bajo control y que nada de cuanto sucede en Galilea escapa a los oídos o a los ojos de sus agentes. Se equivoca. Lo que Hipódamo no sabe, y ni siquiera sospecha, es que su propia esposa es una fervorosa admiradora de Jesús de Nazaret.

Sin que su marido tenga la menor noticia de ello, Rut asiste en algunas ocasiones, convenientemente de incógnito, a predicaciones públicas del carpintero. Camuflada entre sus sirvientes y aprovechando algunos viajes de su marido, acude a escuchar la voz que clama en el desierto, como el mismo Jesús se define a sí mismo, siguiendo a su maestro. Tras escucharlo, Rut queda cautivada y prendada del encanto que emana de sus palabras, de la dulzura de cada uno de sus gestos, del brillo que emiten sus ojos...

Rut confiesa a sus amigas más íntimas que siente un enorme placer cada vez que se encuentra cerca de Jesús; que lo admira por cómo trata a los enfermos y a los impedidos; que se maravilla por cómo se dirige a las multitudes y cómo habla con sus discípulos; que le fascina su manera de explicar las Sagradas Escrituras y de hacer fácil el profundo significado de la voluntad de Dios gracias al empleo de comparaciones y parábolas muy adecuadas a cada situación; que se deleita y se embelesa con cada una de sus hermosas palabras.

Alguna de sus amigas íntimas llega a pensar que lo que en verdad le ocurre a Rut es que está enamorada de Jesús. Pero Rut, ante ciertas insinuaciones al respecto, contesta que Jesús le recuerda a su amado padre, de cuya casa tuvo que huir por el amor de Hipódamo. Sus palabras también le encantaban, y podía pasar horas y horas escuchándolo sin cansarse, replica Rut para justificar su atracción por el predicador nazareno.

Y es que una de las características en la que más inciden los agentes que informan a Hipódamo sobre las andanzas de Jesús es la capacidad que éste tiene para encandilar a las mujeres. En uno de los últimos informes manejados por el jefe de la Policía se dice de Jesús que muchas mujeres sienten una sobreexcitación en su presencia. El galileo no tiene esposa, y ellas creen que es viudo o bien que permanece soltero, algo muy extraño y anormal para un judío de su edad, pues el matrimonio se considera obligatorio en la práctica para todos los varones, como prescribe la tradición. Por el contrario, algunos hombres suponen que el antiguo carpintero metamorfoseado en profeta bien pudiera ser un eunuco voluntario. Es bien conocido que el gran profeta Jeremías renunció a casarse, y Jesús dice que hay quienes se convierten en eunucos por amor a ese reino de los cielos que él predica..., aunque jamás condena el matrimonio. Todo lo contrario, para el

Nazareno, como para el resto de los judíos, lo habitual es que fundar una familia sea un acto sagrado.

Aquella tarde, poco antes de la cena, Hipódamo y Rut yacen juntos en el lecho conyugal. Hace varios días que no se unen, pero ambos sienten un cosquilleo especial y sin apenas mediar palabras se desnudan el uno al otro y hacen uso carnal del matrimonio.

Rut reposa su cabeza, con el negro cabello salpicado de hilos plateados, sobre el pecho de Hipódamo, al que el paso de los años mengua el vigor, aunque mantiene su cuerpo en forma gracias al ejercicio diario.

—¿Has oído hablar de Jesús, el rabino de Nazaret? —le pregunta Rut.

—¿Quién no ha oído hablar de él? Pero ¿por qué te interesa ese hombre ahora?

—Aseguran que hace milagros, que realiza portentos inexplicables, que expulsa los demonios de los cuerpos de los poseídos y que lo acompañan señales prodigiosas.

—¿Quién te cuenta semejantes fábulas?

—Lo he oído en el mercado —miente Rut, que oculta a su marido que cada vez que se entera de que Jesús se encuentra cerca de Tiberiades, en el curso de alguno de sus continuos viajes, no duda en pretextar cualquier excusa para acudir a escucharlo.

—¿Y qué más has oído sobre ese hombre?

—Que lo siguen muchas personas...

—A mí me parece un aprovechado. Sé que en otro tiempo trabajó de carpintero, pero se debió de cansar del trabajo; ahora vive de no hacer nada más que hablar. Se alimenta de lo que le ofrecen sus incautos seguidores, y sabe hacerlo muy bien, porque nunca falta comida a su mesa.

—También dicen que se rodea de mujeres, pero que no está casado.

Al escuchar estas palabras de Rut, Hipódamo siente un inexplicable recelo. Su olfato de policía le señala que Rut sabe mucho más de lo que está diciendo. En un instante decide seguirle el juego.

—Así es. Pero resulta un tanto extraño, pues Jesús es un maestro de la Ley y a su edad ya debería tener una esposa; sus discípulos más cercanos, algunos incluso mucho más jóvenes que él, están casados. Y pese a ello, Jesús se encuentra muy a gusto rodeado de mujeres, para gran escándalo de algunos fariseos.

—Tal vez sí tenga una esposa y la mantenga en secreto. En sus sermones habla de que la mujer y el esposo deben estar unidos para siempre. Dios ha destinado un varón para cada una mujer, uno sólo, y una mujer para cada varón, sólo una. Pero algunos de los que lo han escuchado cuentan que dice que todavía no es el momento conveniente para fundar una familia, pues asegura que el fin del mundo está tan cerca que tendrá lugar en esta generación.

—Si es así, lo disimula muy bien al rodearse de mujeres que lo sirven. Se comportan como sus esclavas.

—O quizá, como ocurre en el caso de los esenios que se retiran a vivir fuera de las ciudades, prefiera no unirse a mujer alguna y tal vez haya renunciado a formar una

familia para no tener ataduras que dificulten su labor; o tal vez no haya encontrado todavía una mujer de su agrado.

—Pues no le faltan ocasiones para ello. Me cuentan que entre las mujeres que siempre lo acompañan hay una tal María de Betania que está perdidamente enamorada de él; tanto que, en una ocasión, lavó los pies de Jesús en presencia de unos amigos, y después se los perfumó con esencia de nardo, uno de los perfumes más caros. Y lo mejor: se los enjugó utilizando su cabello. ¿Cabe más muestra de amor, o de sumisión?

»Y todavía hay otra mujer más; también se llama María, y es de Magdala. No está casada. Según me informan, es de una belleza extraordinaria: ojos verdes rasgados, suave cabello casi dorado, talle ondulante, caderas bien contorneadas y pechos firmes... Unos dicen que estaba loca y poseída y que Jesús expulsó de su cuerpo a siete diablos; otros afirman que su vida como soltera no era nada regular, y que por ello la poseyeron los demonios.

»María vivía con su madre, Noemí, quien viuda desde hace años veía con preocupación los continuos devaneos amorosos de su hija, que no acababa de encontrar al hombre de su vida. Pero un día comenzó a notarla interesada por un tal Jesús, del que ella le hablaba con frecuencia. En una conversación íntima, Magdalena confesó a su madre que no había conocido a otro hombre igual, que le encantaba oírlo hablar, que tenía algo distinto... y que se había enamorado de él. Noemí vio el cielo abierto. ¡Por fin su hija iba a sentar cabeza, y con un rabino, nada menos! Pero María, compungida, le comentó que el tal Jesús, aunque parecía que la apreciaba, no tenía interés especial por las mujeres, pues siempre iba con sus amigos, y que no veía nada claro que entre ellos pudiera surgir algo más profundo. Se dice de ella que incluso llegó a ejercer como prostituta antes de conocer a Jesús. Pero al escuchar su palabra, abandonó la vida de pecado y desde ese momento lo ha seguido con una total entrega.

—Sabes mucho de Jesús. ¿Tanta importancia le otorgas? —se admira Rut.

—Yo sé casi todo. Mi obligación es investigar a todo aquel que pueda ser un peligro para el gobierno de Galilea, y Jesús lo es.

—Le tienes miedo —asegura Rut de pronto.

—¿Cómo dices? —Hipódamo, que no deja de acariciar el rostro y el cabello de su esposa, le levanta la cabeza y la gira para ver de frente sus ojos. La mirada del jefe de Policía se torna rabiosa y gélida a la vez.

Rut nunca lo ha visto así.

—Perdona, no pretendía molestarte.

—¿Conoces a ese hombre? ¿Lo has visto alguna vez? —Hipódamo sujeta por los hombros a su esposa y mantiene la mirada fija en sus ojos.

—No, claro que no.

—Hablas de él con un tono de respeto, incluso de admiración...

—No hace mal a nadie.

—Su mensaje es subversivo.

Rut calla y medita. Qué distinto es Jesús de los demás hombres. Ojalá lo hubiera conocido años atrás, antes de casarse con Hipódamo. Quizá hubiera sido todo diferente...

Unos días después, Hipódamo recibe nuevos informes de las andanzas de Jesús. Sus agentes en Jerusalén le hacen saber que ciertos fariseos, algunos escribas e incluso numerosos saduceos de la capital de Judea aumentan su furor contra el Nazareno indignados por lo que predica en sus sermones. Ahora lo acusan de que está engañando y desviando al pueblo, de que interpreta con laxitud las reglas del descanso sabático y de que incumple otras muchas prescripciones de la Ley. Hipódamo siente de nuevo alegría: cuanto más divididos estén los fanáticos, mucho mejor para los intereses de su señor Antipas y de él mismo.

Concentrado como está en garantizar la seguridad en la tetarquía de Galilea y Perea, Hipódamo no se da cuenta de las reiteradas ausencias de su esposa, hasta que uno de sus más cercanos colaboradores le informa que Rut se encuentra en ocasiones entre los grupos de personas que escuchan los sermones de Jesús cuando éste anda cerca de la ciudad de Tiberiades.

Hipódamo se enfurece. ¡La mujer del mismísimo jefe de Policía oyendo a ese perturbador! Si Antipas llega a enterarse... Pero guarda la calma, decide callar de momento y dispone que uno de sus hombres la vigile de cerca y le informe de cada uno de sus pasos. Pero si Jesús no tiene relaciones íntimas con mujeres, ¿tendrá Rut algún amigo especial en el grupo de los discípulos? ¿O acaso asiste a sus sermones porque la palabra del carpintero de Nazaret la ha convencido de la bondad de su doctrina? Hipódamo no quiere imaginar que su esposa pueda entenderse con otro hombre, pero esas salidas de palacio, aprovechando su ausencia y sin darle explicación alguna, empiezan a parecerle muy sospechosas.

Rut, que sigue fascinada por la figura y la palabra de Jesús, pretende mantener en secreto su admiración. Sabe que no obra bien, pero no se atreve a confesárselo porque conoce la animadversión que Hipódamo siente hacia el Nazareno y que lo considera un peligroso enemigo para sus intereses. Rut se debate entre la lealtad a su esposo y el amor puro que le despierta Jesús, y sabe que en cualquier momento Antipas puede dar la orden de apresarle, e incluso de ejecutarlo, como ocurrió con Juan el Bautista. Si algo así sucediera...

El seguimiento a Rut acaba dando resultado. El agente encargado de su seguimiento vuelve a confirmar que su esposa asiste a las prédicas de Jesús y a las reuniones de sus seguidores. Pero lo tranquiliza al decirle que no existe ninguna relación carnal de Rut con Jesús ni con ninguno de sus discípulos.

Hipódamo se da cuenta entonces de que su trabajo al frente de la Policía de Galilea lo absorbe tanto que incluso abandona a su esposa y olvida cumplir con sus obligaciones

conyugales. El paso del tiempo apaga el ardor y la atracción de los primeros años, y su vida se convierte en una aburrida rutina, y es posible que Rut se sienta insatisfecha y falta de cariño. Pese a todo, es su esposa, y no dudará en ejecutar al hombre que ose tocarle uno solo de sus cabellos.

Pero no hay nada de eso. Rut acude siempre ante Jesús acompañada de otras mujeres, lo que tranquiliza a Hipódamo. Se trata de un asunto religioso. El Nazareno es un personaje insólito. Podría hacer otras cosas, pero utiliza su encanto personal y su poderoso atractivo para con las mujeres para convencerlas de su mensaje y hacerlas partícipes de sus ideas.

Un día, durante la cena, Hipódamo decide que ése es el momento de descubrir cuanto sabe de los secretos de su esposa. Rut percibe que su esposo está maquinando algo, pues no cesa de mirarla fijamente, como pretendiendo escudriñar sus pensamientos.

Tras masticar el último bocado de un buen pedazo de pierna de gacela asada, Hipódamo habla:

—Tengo entendido que de vez en cuando sales de palacio acompañada de algunas mujeres y que esas salidas suelen coincidir con los días en los que merodea por aquí cierto individuo poco recomendable, del que hemos hablado en alguna ocasión.

Rut no parece sorprendida. Sabe que su marido dispone de una red de agentes que le informan de cuanto sucede en Galilea, y tarde o temprano tiene que enterarse de sus visitas al Nazareno. No pretende discutir con su esposo, por lo que prepara bien su respuesta.

—Me despertó la curiosidad por cuanto decías de Jesús, y quise comprobar si era cierto; eso es todo.

—Es curioso: ese sujeto no se atreve a predicar en Tiberiades, ni en otras ciudades grandes. Tal vez barrunta que ahí no es bien recibido. Se esconde de mí como un conejo de un zorro y sólo se atreve a tratar con ignorantes, con las ignorantes gentes de campos y aldeas.

—Ése no es el motivo —replica Rut con firmeza, pero con tono cuidadosamente suave—. Es probable que Jesús os tenga miedo a Antipas y a ti. No en vano muchos, entre ellos varios fariseos, le avisan de que se ande con cuidado después de lo que le ocurrió a Juan... Este nuevo profeta es prudente y cauto como una paloma. Pero debes saber que a Jesús no le interesan los habitantes de las ciudades grandes tan llenas de gentiles, con gentes tan ajetreadas y ocupadas en sus asuntos que nunca disponen de tiempo para considerar lo que él predica sobre el reino de los cielos. Por eso se dirige a la gente sencilla del campo, a los que abren su corazón a Dios, a los dispuestos a aceptar su mensaje.

—Un mensaje increíblemente estúpido —replica Hipódamo exaltado ante la respuesta tan admirativa de su mujer—. ¿A quién pueden interesar esas tonterías sobre un reino de Dios? ¿No caes en la cuenta de que ese individuo puede causarnos un sinnúmero de problemas?

Hipódamo se propone mantener la calma, pero se da cuenta de que una sensación de ira le va calentando las mejillas. Siente celos, pero no los celos habituales, los que padecen los enamorados que ven a su amada atraída por otro hombre, o de los que, enojados, pasan su vida celosos de los ojos de una esposa que a otros miran, sino los que provoca el que la esposa se sienta ligada espiritualmente a alguien al que considera mucho mejor hombre que su propio esposo.

—Jesús no es ningún estúpido; es un hombre bueno...

—¿Cómo puedes ser tan ignorante? Tú, una mujer educada en la casa de uno de los rabinos más reputados de Jerusalén, la hija de un relevante sacerdote, un hombre fiel cumplidor de la Ley. ¿Acaso no te das cuenta de que el Nazareno es un charlatán que logra fanatizar a hombres y mujeres incautos para atraerlos a su redil? Es un sujeto que presenta dos caras: por un lado se rodea de gente fanática y violenta, y por otro quiere aparentar bondad y convencer a los incautos de que es Dios y no los hombres quien instaurará el Reino. ¡Está jugando con quienes lo oyen! ¿No caes en la cuenta de su treta?

Rut sabe que su esposo jamás comprenderá sus pensamientos acerca de las enseñanzas tradicionales de Israel. Ella es judía e Hipódamo, un griego acérrimo seguidor de las doctrinas de Epicuro, de quien muchos opinan que no era un verdadero filósofo, sino un vividor con una filosofía detestable, sensual y materialista. Los dos esposos evitan hablar de sus respectivas creencias religiosas, pues son conscientes de que acabarían discutiendo acaloradamente. Para Rut, su pertenencia al pueblo elegido, tal como lo aprendió con su padre, es la única manera de entender la vida, hasta que conoce a Jesús y se encandila con su mensaje; para Hipódamo, pese a que está al servicio de un gobernante judío como Antipas, las prácticas de la religión de Israel no son otra cosa que una serie de supercherías que coartan la libertad de pensamiento y la lógica de la razón.

—Jesús dice cosas maravillosas —insiste Rut, que no pierde la entereza—. Habla con una convicción y un rigor extraordinarios; no cesa de predicar sobre la conveniencia de sembrar el amor entre todos los seres humanos, incluso con los adversarios; se interesa por los más pobres y está del lado de los inválidos y los impedidos; asegura que los desfavorecidos de la fortuna en este mundo serán los primeros en el reino de Dios; cura a los enfermos tan sólo imponiéndoles sus manos; expulsa a los espíritus impuros del cuerpo de los endemoniados...

—Supercherías de un desbocado parlanchín, falsedades de un embustero embaucador y un mago falaz, argucias de un ridículo farsante... Eso es lo que hace Jesús: engañaros para que sigáis sus insensatas diatribas. Sus doctrinas, tan pacíficas y llenas de amor, son sólo una parte de su pensamiento. Os está embaucando. ¿Tú sabes lo que afirma?: «No penséis que he venido a traer la paz, sino la espada», «Yo he venido a echar fuego en la tierra ¿y qué otra cosa deseo sino que arda?», «Las familias se

dividirán por mi causa». Me las escriben mis informantes. Sé que en ocasiones sus palabras provocan grandes alborotos, casi una insurrección.

—Estás equivocado. Te informan mal. Tu odio hacia ese hombre no te deja ver la realidad. Se cuenta que en una ocasión, estando de visita en la ciudad de Cafarnaún, llevan a su presencia a un paralítico. Jesús se encuentra en una casa que tiene el acceso bloqueado por la gran cantidad de gente que se agrupa en el exterior y que no permite el paso de nadie. Cuatro hombres deciden entonces encaramarse al tejado portando a su amigo paralítico, abren un agujero en el techo y descienden por allí hasta la estancia donde se encuentra Jesús. El maestro le impone las manos, le ordena que se levante y camine, y el paralítico, para sorpresa y admiración de todos los presentes, así lo hace y queda curado.

Hipódamo asiste atónito a lo que le cuenta su esposa y no acierta a imaginar cómo está atrapada en las redes seductoras de Jesús.

—Trucos de un charlatán farsante...

—No son trucos. Deberías verlo con tus propios ojos. Cuando Jesús habla, la gente se arremolina a su alrededor, los enfermos se alinean por donde pasa esperando que los roce, les dirija una palabra de consuelo o simplemente los mire. Emanan tanta atracción que sus discípulos tienen que poner orden porque todos quieren tocar la orla de su túnica —dice Rut.

—Ese hombre es un falso profeta.

—Que aconseja que todo el mundo cumpla la Ley.

—Pero tal como él la interpreta, a su antojo. Es uno más de esos dogmáticos y peligrosos maestros de vuestro pueblo que se envuelven con el aura de profetas, un fabulador que amedrenta a la gente humilde e ignorante con amenazas por un lado y con falsas esperanzas por otro. Algunos intentan proclamarlo rey, aunque él lo rechace, por el momento. Ese Jesús es muy astuto y piensa que carece aún de gentes preparadas. Habla de paz, pero sus seguidores portan espadas escondidas bajo los mantos; predica que todos los hombres son hermanos, pero desprecia a todos los que no son judíos, y a veces llama *perros* a los extranjeros.

—En absoluto es eso cierto. Jesús es muy transigente con la debilidad humana, mucho más que la mayoría de los fariseos y de los doctores. Ama a todo el mundo y admite que la gente se arrepienta, e incluso acepta que los gentiles se conviertan y acaten su mensaje.

El tono de la discusión aumenta notablemente de nivel.

—Te repito una y otra vez que toda esa retahíla de palabrería no es sino una verborrea atiborrada de solemnes tonterías y engaños. Los que siguen a ese hombre no van a ninguna parte. Amar a los enemigos... ¡Menuda estupidez! Lo que hay que hacer con ellos es eliminarlos. Y en lo que se refiere a ese reino de Dios... ¡Estúpidas quimeras! ¡Embustes de un tramposo para embaucar a idiotas!

—Estás equivocado. —Rut vuelve a atreverse a contradecir a su marido en defensa de Jesús.

—Un reino de Dios, un mundo ideal... ¡Este de aquí es el único que existe! ¿Y sabes qué es lo que tenemos que hacer? ¿Lo sabes? —Hipódamo sujeta a Rut con fuerza por los hombros—. Disfrutar de él, gozar de cuanto nos rodea y vivir. ¡El reino de Dios, el mundo perfecto! No conozco una idea más ridícula. Por favor, Rut, no me hagas reír con esas fantasías para incautos.

—Tú eres un hombre bueno, deberías...

—Yo soy el jefe de la Policía de Galilea y Perea, y es mi obligación mantener el orden en estos territorios. Tengo bajo mi mando a centenares de hombres que esperan de mí la fuerza y el coraje que necesitan para seguir en su puesto y cumplir con su deber. Y me debo a Antipas, mi señor, que anda muy preocupado por todo cuanto se comenta por ahí sobre la muerte de Juan el Bautista y la creencia de que Jesús es una reencarnación revivida para molestarlo.

—No, no... —balbucea Rut ante la determinación de Hipódamo.

—Mi querida esposa, ¿no te das cuenta de que todo cuanto afirma ese falso profeta va dirigido a socavar la autoridad del tetrarca Antipas ante su pueblo? ¿Acaso estás ciega para no verlo? ¿Qué función interpreta Antipas en ese extraño reino que predica? ¿No sostiene tu admirado Jesús que sus doce discípulos favoritos se sentarán en tronos y serán quienes gobiernen a las doce tribus de Israel? ¿Acaso Tiberio seguirá siendo el emperador si se cumplen sus predicciones?

—Jesús no pretende derrocar a nadie.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿por qué arremete contra Antipas? ¿Sabes qué me ocurriría si el tetrarca se entera de que la esposa de su jefe de Policía acude a escuchar los sermones de ese predicador y de que coquetea con sus ideas?

—Estáis equivocados. Jesús no dice que él pretenda actuar en política; sólo intenta dar sentido a nuestra religión.

—Claro que interviene en la política —asienta Hipódamo, con furia aún contenida—. Lo que ocurre es que las palabras de ese hombre son perversas y engañosas. ¿Qué crees que quiere decir cuando anuncia que los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos? ¿Qué supone en la práctica sino una verdadera revolución, el deseo del derrocamiento de los que ahora estamos arriba? ¿No es eso meterse en política? Se ha convertido en un enemigo de Antipas y de todo el Imperio. Mis informantes le han oído decir que aquel que lo siga corre el peligro de morir en la cruz, de modo que él sabe muy bien que es nuestro enemigo.

»En una ocasión, uno de mis espías se introdujo en uno de los grupos de sus seguidores mientras rezaban oraciones y cantaban himnos. ¿Sabes qué decían?: que Dios iba a derribar a los poderosos de sus tronos y que los ricos serían despojados de sus riquezas. Otros gritaban: “¡Sálvanos, oh, Dios, de nuestros enemigos y del poder de todos los que nos aborrecen para que sin temor te sirvamos en santidad y justicia”. ¿No

es esto una revolución en toda regla? Jesús piensa que si habitamos en Israel demasiados extranjeros no habrá manera de servir a Dios dentro de las normas de la Alianza. ¡El judío, el pueblo elegido...! ¡Qué inmensa estupidez! ¡El verdadero pueblo elegido es el romano!

—Todo cuanto afirma sobre la venida del reino de Dios es lo mismo que ya anunciaron otros de nuestros profetas. Tú eres un griego y no puedes entenderlo. Lo que dispone la divinidad no puede ser cambiado por los hombres.

—¿No caes en la cuenta de que estás diciendo que cuando venga Dios, o el dios que anuncia el Nazareno, le ajustará las cuentas a tu marido, porque según mis informes Jesús considera que formo parte de la cizaña que emponzoña al mundo?

—Me niego a seguir hablando contigo de ese hombre, porque no me entenderás. Además, Jesús dice que hay que dejar a la cizaña crecer juntamente con el trigo. El reino de Dios crece despacio, como un grano de mostaza. Ahora es silencioso; actúa como la escasa porción de levadura que fermenta una enorme masa de pan. Predica la paciencia porque será al final, no antes, cuando se ajusten todas las cuentas. —Rut está indignada por tantas descalificaciones sobre Jesús.

—Piensa lo que quieras, Rut, pero para mí queda muy claro que ese individuo es sumamente peligroso. ¿Sabes que los zelotas que lo acompañan consideran a quienes servimos a los hijos de Herodes como tipos más aborrecibles aún que los propios romanos? Nos desprecian porque dicen que colaboramos con Roma en la ocupación de su sagrada tierra. Si pudieran, nos degollarían a todos, a Antipas el primero y a mí inmediatamente después. Y dirían que nuestras muertes son un sacrificio agradable a los ojos de su dios. Ese Jesús suele tacharnos de vulgares y miserables tiranos.

—No. Esos celadores de la Ley que acompañan a Jesús son pacíficos. El reino de Dios será implantado por legiones de ángeles, que por eso se han puesto a su lado.

—Eres una ingenua. Esa gente porta armas. Lo sé bien porque mis agentes los han visto con ellas en las manos, y saben utilizarlas. Quizá no haya llegado el momento, pero tarde o temprano utilizarán sus espadas y sus dagas contra nosotros.

Hipódamo se muestra más alterado por momentos. Se mueve nervioso de un lado para otro, se acerca a Rut, la sujeta, la zarandea un poco y la mira con ojos enardecidos de furor.

—Me asustas... —musita Rut.

—¡Ese reino no se va a implantar por sí solo!; ni te creas ese cuento de los ángeles. Te prohíbo que salgas de palacio y te ordeno que olvides al Nazareno. No voy a tolerar que ese chalado engañe a mi esposa y la arrastre a la locura. Y mucho menos voy a consentir que nos dé lecciones de cómo se gobierna Galilea. Me juego mucho en este envite; si las ideas de Jesús se imponen, si Tiberio deja de gobernar en el mundo y Antipas en Galilea, yo me pudriré en una húmeda prisión antes de acabar ejecutado. ¿No lo entiendes? ¡Se acabó tu marido!

Rut calla, atemorizada ante los gritos de su esposo, que agita las manos, se levanta y vuelve a sentarse; se incorpora de nuevo, da dos pasos en un sentido y retrocede hasta la mesa. ¿Qué le ocurre? Jamás se porta Hipódamo de una manera semejante con ella, nunca se muestra tan airado ni tan violento. ¿Qué le pasa? ¿Tanto teme a Jesús?

—Me das miedo —bisbisa Rut.

—Pero ¿qué esperas de ese Jesús? Aunque él fuera pacífico, las multitudes que lo siguen claman para que venga un monarca judío que rija a Israel y a todas las naciones. Pero antes de que acabe con nosotros, nosotros acabaremos con él. —Hipódamo calla por un instante. Traga saliva y se enjuga unas gotas de sudor que perlan su frente.

Rut está atemorizada y apenas se atreve a decir una palabra.

—Tal vez en Judea...

—En Judea opinan sobre tu profeta lo mismo que en Galilea; o peor aún. ¿Acaso crees que el procurador Poncio Pilato consentirá que los sermones de Jesús le causen el menor problema? A ese bruto de Pilato no le temblará la mano si tiene que cortar el cuello a tu Jesús. ¿Sabes cómo se las gasta? Acaba de ordenar la ejecución de unos cuantos judíos en venganza por el asalto a una caravana romana en la que viajaba un alto funcionario imperial. Imagínate lo que haría con Jesús si lo considerara una amenaza para su puesto.

»¡Y basta ya de estúpida cháchara! Nunca volverás a ver a Jesús; no saldrás de este palacio sin mi permiso expreso y si te autorizo a hacerlo, será bajo escolta, y vigilada. Además, si alguno de mis enemigos se entera de lo que has hecho, podría incluso acusarte de adúltera, y ya sabes que la Ley de tu pueblo judío castiga con la muerte por lapidación a las adúlteras.

Rut comprende que su marido habla muy en serio; agacha la cabeza, mira al suelo y calla. Hipódamo la contempla, la toma por la barbilla y le levanta la cabeza.

—Me haces daño...

—Escucha bien, mujer: nosotros formamos parte del Imperio, lo aceptamos y obtenemos el máximo provecho de esta situación. Y mi objetivo, para el que me paga Antipas, es ayudarlo a recuperar todos los dominios del viejo Herodes, su padre, para que Israel vuelva a unificarse bajo una sola corona, en un trono único. Y mi padre, Eurimedonte, ya hizo lo mismo; le debo respeto a su memoria. El trono de Israel está vacante desde hace más de treinta años, y Antipas es el único que puede ocuparlo y reunificar todos sus territorios, ahora divididos. Y sin el beneplácito de Roma, será imposible lograrlo. ¡Entiéndelo bien! Yo creo que tu profeta no desea el bienestar de este pueblo; lo que en realidad busca es que los judíos lo proclamen como su nuevo rey; y lo supongo porque algunos de sus más directos colaboradores andan difundiendo por ahí que Jesús es el misterioso Mesías añorado desde hace siglos por Israel.

Rut nada replica, pero, con lágrimas en los ojos, se retira silenciosamente a su dormitorio. Comprende que las amenazas de su marido no son en vano. En su cabeza

resuenan como golpes de batán las terribles palabras pronunciadas por su marido: «Antes de que acabe con nosotros, nosotros acabaremos con él».

Rut comprende que Jesús corre peligro de muerte, de modo que tiene que pensar cómo avisarle para que huya a las montañas o al desierto, y se aleje cuanto pueda de Tiberiades y de Jerusalén.

INFORME A PILATO

Allí por donde pasa, Jesús genera discusión y conflicto. Son muchos los que se convierten a sus ideas convencidos por sus palabras y su elocuencia, pero otros muchos las toman a mofa y risa, con lo que las familias y los grupos se dividen entre quienes lo admiran y quienes lo desprecian.

Los convencidos ponderan su mensaje y lo siguen enfervorizados. «Yo me voy con él», «He escuchado su voz y lo seguiré dondequiera que vaya», «Ha enardecido mi corazón con sus palabras»; éstas y otras semejantes son las frases que pronuncian los convencidos por el rabino de Nazaret.

Familias enteras se rompen; los padres suelen rechazar al galileo, pero los más jóvenes se sienten encandilados por su mensaje y abandonan el hogar para caminar a su lado y escuchar su palabra. «Ese rabino fantasioso ha acabado con nuestra familia», «Mi hijo se ha ido con él y nos ha abandonado», «¿Qué será ahora de mi hijo, que ha dejado todo para seguir al Nazareno?», «¿De qué va a vivir?», son las expresiones más comunes que se escuchan en las familias divididas por el paso de Jesús. Aunque también hay familias enteras que se marchan de casa tres o cuatro días para oír al galileo, y luego regresan todos juntos convencidos de que Jesús es el verdadero Mesías.

En las últimas semanas Jesús predica por el sur de Galilea, sin atreverse a penetrar en tierras de Judea, bajo administración romana, aunque sus palabras llegan una y otra vez hasta Jerusalén, donde su mensaje comienza a despertar suspicacias y temores. Los más inquietos son los miembros de las dieciséis familias de la aristocracia sacerdotal que monopolizan el control del Templo y de su tesoro, el tribunal del Sanedrín, los más altos magistrados y los potentados de los negocios, las finanzas y el comercio. Ellos son los que más cercano sienten el mensaje del galileo, que amenaza con hacerles perder su poder y sus privilegios.

Hasta ahora, Jesús apenas es tenido en cuenta; al fin y al cabo, no es sino un modesto carpintero, uno más de esos predicadores que se atribuyen el don de la profecía, el de un contacto directo con Dios, de los que tantos abundan en todo Israel. Pero, desde hace unos meses, Jesús cala entre mucha gente, que lo sigue y cree en su mensaje.

Un día, mientras el Nazareno comparte la comida con varios de sus discípulos, se le acerca un fariseo que participa de algunas de las enseñanzas del maestro y le pide permiso para hacerle una confidencia. Jesús permite que se acerque y le deja hablar.

—Conviene que busques refugio lejos de Tiberiades. Sé de buena fuente que Antipas anda tras tus huellas y no me extrañaría que ordenara tu captura en los próximos días. Alberga hacia ti los mismos propósitos que hacia tu pariente el Bautista, de modo que tu vida peligra.

Jesús, siempre paciente y tranquilo, deja el pedazo de pan y el trozo de queso que está comiendo, se incorpora del triclinio colocado sobre el alfombrado suelo de la estancia y dice:

—Hazle saber a ese zorro que no le tengo miedo. Yo me limito a expulsar a los demonios de los cuerpos de los poseídos, y curo a los enfermos en el nombre de Dios. Mi consumación no depende del tetrarca Antipas, hijo del impío Herodes, sino de la voluntad de Dios. Mi muerte acaecerá cuando Dios lo quiera, mi vida está en sus manos.

Jesús quiere mostrarse fuerte de ánimo y procura mantener la calma y el sosiego, pero sabe que la amenaza de Antipas es inminente y no le queda otro remedio que tomar como muy cierta la advertencia del fariseo.

Una vez que se marchan los invitados al banquete y Jesús se queda sólo con sus más íntimos discípulos, les confiesa sus temores:

—Muchos son los que me advierten sobre las intenciones de Antipas. Sus amenazas no son una bravuconada, sino la constatación de que el tetrarca pretende eliminarme, como ya hiciera con Juan. Es peligroso seguir aquí, en el sur de Galilea, de modo que abandonaremos estas tierras por un tiempo.

—¿Y adónde iremos, maestro? —pregunta uno de los discípulos.

—A Jerusalén.

¿A Jerusalén? ¿A la boca del lobo? Entre los discípulos se entabla una sonora discusión, pues algunos se asombran con la sorprendente decisión del Maestro. Pero son mayoría los que ya están cansados de predicar en las zonas rurales de Galilea, y de transmitirles el mensaje de Dios a campesinos y pastores ignorantes, cuya trascendencia es mínima. Es hora de acudir a las grandes ciudades, y sobre todo a la capital, y llevar allí la palabra del Maestro.

—Sí, debemos ir a la ciudad del Templo —asiente uno de los discípulos más cercanos—. Es en el centro del mundo, la capital de Israel, donde resulta imprescindible tu presencia y donde debe escucharse tu palabra. Si tienes éxito en Jerusalén, el resto de Judea atenderá tu mensaje y se unirá a nosotros.

Por el contrario, otro discípulo se opone tajantemente a abandonar Galilea.

—Todavía no estamos preparados para meternos en la boca del lobo. La mies no está madura para la cosecha; debemos esperar a que tu mensaje, Maestro, cale previamente entre los habitantes de Jerusalén antes de arriesgarnos a un rechazo. Si te parece bien, refugiémonos en las montañas de Efraín durante un cierto tiempo.

Pasan los meses y las molestas noticias sobre Jesús dejan de engrosar las preocupaciones de Hipódamo. El Nazareno desaparece de repente, como si se lo hubiera tragado la tierra. Pero un buen día se presenta ante Antipas un correo especial; es portador de una petición que lo llena de sorpresa. La firma Poncio Pilato, el procurador romano de Judea, y, entre frases corteses y halagos diplomáticos, le solicita informes

concretos sobre Jesús de Nazaret. Por lo visto, tras un tiempo oculto quién sabe dónde, el inquietante rabino reaparece en Samaria, donde pronuncia varios sermones y se atreve incluso a pisar tierra de Judea.

Hace ya casi un año de su desaparición, y pese a ello, logra de nuevo congregarse a su alrededor a numerosos seguidores y consigue que centenares de enfermos acudan ante él para buscar la sanación mediante la imposición de sus manos.

El procurador romano de Cesarea apenas presta atención a este predicador, considerando que se trata de algo pasajero, un mero asunto interno de los judíos, en especial de los galileos, siempre enfrascados en sus absurdas discusiones teológicas. Bastantes problemas tiene ya como para ocuparse de cualquier fanático que se dedique a predicar al pueblo ideas absurdas e incomprensibles. Él, un romano cultivado, tiene preocupaciones más importantes a las que dedicar su interés.

Pero la situación cambia. Desde que Jesús se decide a difundir su mensaje de modo más continuo en Judea, el asunto torna de cariz. Ése es ya su terreno, el espacio que el procurador debe cuidar, controlar y mantener en pulcro orden; y le llegan al pretorio noticias muy alarmantes. Se acerca otra gran fiesta, la Pascua; faltan pocas semanas para celebrarla y es una perspectiva poco halagüeña el que, además de los peregrinos normales que afluyen a Jerusalén por esas fechas, surja un profeta que congregue a más gente aún en la capital. ¡Qué inoportuna circunstancia! En ese caso hay que prevenir cualquier conato de disturbio y para ello decide solicitar del legado de Siria que envíe alguna cohorte más de soldados desde Antioquía para reforzar las guarniciones romanas en Judea, y solicita información sobre el galileo a Antipas.

—¿Qué hacemos? —demanda Hipódamo a su señor, un tanto divertido ante la petición del procurador romano—. ¿Le enviamos todo lo que sabemos de Jesús? —El jefe de la policía hace un mohín irónico.

—¡No! ¡Que lo averigüe él mismo!

Hipódamo reflexiona unos breves instantes y añade:

—Señor, me parece muy conveniente atender a lo que pide Pilato. Nuestros archivos van así a tener mayor utilidad. Por suerte para nosotros, Jesús el de Nazaret anda ahora por Judea. Que cargue el romano con los inconvenientes que ese hombre acarrea allá por donde va. Ya tuvimos bastantes desvelos aquí con el caso de Juan. Si ese seguidor del Bautista suscita nuevos problemas, que sea en la jurisdicción de Pilato. Lo ayudaremos, sin embargo, a que le ponga la mano encima. Eso sí nos interesa. Además, este gesto mejorará tus relaciones con el procurador. —Hipódamo se reserva manifestar, por el momento, que por motivos personales está deseando que así ocurra. ¿Cómo revelar a Antipas que hasta su mujer está infectada de esa superstición?

—Tienes razón —le dice Antipas—. Si mostramos buena voluntad hacia Pilato, nuestras relaciones con ese gobernador cambiarán, y será beneficioso para Galilea. Sé que no le caigo bien, pero supongo que Pilato despacha directamente con Tiberio y que le envía informes secretos a Roma sobre la situación en todas estas regiones.

La sospecha de Antipas es cierta. Tiberio, consciente de la dificultad que entraña el gobierno de una provincia tan complicada como Judea, confía en Pilato, de férrea mano, como la mejor solución; por eso lo nombró y por ello lo considera su principal informador en las cuestiones de Oriente.

—El procurador de Judea demuestra un buen conocimiento de toda esta zona. Es mejor contar con su amistad que con su rechazo. —Hipódamo sabe bien que Pilato demuestra estar al tanto de cuanto ocurre en Judea.

—De acuerdo, le enviaremos toda la información que requiera, sobre Jesús o sobre lo que nos pida. Antipas se aviene, pues, al deseo de Pilato y un mensajero especial parte raudo para Cesarea con los informes sobre el movimiento de Jesús que creía precisar la Administración imperial para estar prevenida.

Rut no tarda en enterarse de los planes de su esposo, gracias a un fiel criado que escucha parte de esa conversación, y su ánimo se sobresalta. Siente que debe enviar otro mensaje urgente a Jesús para avisarlo de que se guarde también de las intenciones de Pilato. Ordena a un viejo antioqueno, un esclavo de la familia en el que Rut tiene plena confianza, que parta hacia el sur con total discreción. Se avecinan momentos muy difíciles para las gentes que siguen al Nazareno, pues en Cesarea y en Jerusalén, las dos grandes ciudades de la región, sus enemigos se están ya preparando para recibirlo convenientemente.

CAMINO DE JERUSALÉN

Mientras Antipas y Poncio Pilato intercambian sus informaciones sobre Jesús, éste continúa su andadura por Samaria y el norte de Judea, consciente de que su predicación es desagradable para muchos, especialmente cuanto más se acerca a Jerusalén. En un principio, su táctica es la misma que en Galilea: evita las ciudades grandes y predica por campos y aldeas. De vez en cuando se aventura a visitar alguna sinagoga importante en sábado y allí comenta con su peculiar estilo los textos sagrados. Quienes lo escuchan por vez primera se muestran asombrados por la claridad con la que explica las lecturas de los profetas y por su vehemencia en anunciar que el tiempo del cumplimiento de la promesa divina está muy cerca.

Por fin, tras conversar con algunos simpatizantes de la zona, Jesús revela su intención de predicar la inminente venida del Reino en el lugar más importante del mundo para los judíos. Lo hace durante una cena con sus más cercanos discípulos.

—Es hora de concluir nuestro peregrinaje por pueblos y aldeas y acercarnos más a Jerusalén —dice Jesús ante la turbación de sus discípulos.

El Nazareno sabe bien que esa decisión es contraria a la prudencia. El mensajero de Rut le informa convenientemente, de modo que conoce las malas intenciones de Pilato y es consciente de que si se dirige a Jerusalén lo hace a un nido de víboras. Pero se acerca la Pascua y cree que ése es el momento adecuado para predicar ante los miles de peregrinos que buscan alguna esperanza a la que aferrarse.

—Maestro —habla al fin Tomás, el primero que se atreve a cuestionar la decisión de Jesús—, no creo que sea buena idea abandonar esta zona poco habitada de Samaria y de Judea, donde estamos tranquilos. No creo que haya llegado la hora de que te presentes en Jerusalén. Todavía no es el momento; hasta el más ingenuo de nosotros lo entiende. ¿Cómo van a reaccionar los saduceos y los sacerdotes del Templo cuando se enteren de lo que estás predicando ante sus mismas narices? Por mi parte, considero que lo más prudente es aguardar a que el ambiente sea el más propicio para recibirte.

—Está decidido. Subir a Jerusalén no es un capricho, sino una obligación, Tomás. Si predico en esa ciudad durante la próxima Pascua, los que me oigan serán miles, y no sólo aldeanos de modestos pueblos perdidos entre las colinas del norte de Judea, sino peregrinos procedentes de todo Israel que cuando regresen a sus hogares llevarán en sus corazones el verdadero mensaje de Dios.

—Pero el Sanedrín y las autoridades romanas van a creer que tus palabras son una provocación.

—La palabra de Dios debe ser llevada allá donde necesitan escucharla —insiste Jesús.

—Los romanos están bien preparados para reprimir a todos los que no se comporten conforme ellos desean. No están dispuestos a admitir el menor desorden público, ni permitirán que nadie cuestione su dominio y su presencia en Judea. —Tomás intenta persuadir al Maestro de la inconveniencia de ese viaje a Jerusalén.

—¿Crees que no he caído en la cuenta de que los escribas y los sacerdotes del Templo envían observadores para escuchar mis sermones y mi doctrina? Sé que entienden que mis palabras constituyen una provocación para los que ellos consideran hombres y mujeres sensatos. Admito que existe peligro, incluso lo presiento, pero me alegro de que se preocupen por mis discursos, porque eso significa que dudan de sus ideas y de su fe. Está decidido: iremos a Jerusalén —concluye Jesús.

Poco a poco, el Nazareno y su círculo íntimo de discípulos comienzan la aproximación hacia la capital. La tierra al norte de la Ciudad Santa es diferente a lo que están acostumbrados. Las suaves colinas galileas, verdes y frondosas, dan paso a montes escarpados y agrestes con pequeñas zonas salpicadas de olivos, acacias y encinas, y los fértiles campos de cereales, a paisajes duros y áridos. Desde la lejanía, Jerusalén no aparece como un destino amable para el viajero, sino como un sobrecogedor macizo de murallas ocre encaramadas sobre un imponente y reseco pedregal. El montículo del Templo y la impresionante riqueza de sus edificaciones, el brillo dorado del conjunto que se divisa desde la distancia, imponen al viajero y le hacen presentir que quienes controlan el santuario son muy poderosos.

Ésa es la ciudad hacia donde se dirige Jesús para intentar convencer de la autenticidad de su mensaje a los altivos capitalinos, a los saduceos engreídos, a los ufanos fariseos, a los sabios y eruditos doctores de la Ley que alardean de conocer mejor que nadie todos los aspectos de las Escrituras sagradas.

La comitiva de Jesús todavía se encuentra lejos de Jerusalén, pero las noticias de que viene en camino llegan con prontitud. Poncio Pilato, alertado por el informe de Hipódamo de las convulsiones que provoca el Nazareno por donde pasa, se muestra inquieto ante la próxima llegada del que muchos ya consideran un nuevo profeta.

Lo que menos desea ahora Pilato es que se reavive el fuego de la reivindicación de los judíos por una patria propia al margen del Imperio de Roma. Miles de peregrinos agolpados en Jerusalén durante la Pascua oyendo a uno de los suyos predicar sobre la venida del reino de Dios es un panorama complicado que no le agrada en absoluto.

La tensión ante lo que se avecina también preocupa, y mucho, a los sacerdotes del Templo, que no sólo ven peligrar la paz y la tranquilidad tan necesarias para su estatus, sino que sienten que su negocio puede tambalearse de manera muy grave si ese agitador galileo logra poner a las masas de peregrinos en su contra.

En la residencia en Jerusalén del gobernador romano tiene lugar una reunión extraordinaria. Poncio Pilato convoca a las autoridades judías más importantes de la

ciudad para intentar coordinar fuerzas y ponerse de acuerdo en el rechazo a Jesús.

—Tengo noticias de que un rabino loco, al que acompaña un puñado de fanáticos seguidores galileos, anda por los caminos del norte de Judea predicando sus alucinaciones perversas. Por lo que sé, tiene intención de acercarse hasta Jerusalén. Ya Antipas hubo de enfrentarse a algo parecido. Con éxito, por suerte. Os convoco aquí para escuchar vuestras opiniones y tratar de acabar con ese incordio, que si molesta a Roma, también, o al menos eso supongo, es un grano infecto para vosotros.

—Gobernador —habla un anciano sacerdote, con aire ingenuo—, en mi país hay gentes, bien lo sabes, que aprovecharían cualquier pretexto para incordiar a los romanos. Pero no creo que sea el caso de ese rabino llamado Jesús. En mi opinión, no hay que preocuparse por él. Muchos sostienen que sólo le interesa purificar la religión de nuestros padres.

—Te equivocas —interviene tajante el saduceo Netanías, el más influyente miembro del Sanedrín—. Esta cuestión ya fue tratada por nosotros hace un tiempo, cuando tú estabas enfermo, y la mayoría coincidimos, siguiendo la opinión del sumo sacerdote Caifás, en que la predicación del tal Jesús no es inocua, como aseguran algunos tontos, entre ellos varios de los fariseos. —El rostro de Netanías enrojece por momentos presa de la excitación—. Ese rabino viene hacia aquí prometiendo redención a los más pobres y desheredados de la fortuna. Eso supone una subversión del orden social. Y también os afecta a vosotros, los sacerdotes.

—Y yo no puedo consentir que el orden se altere —tercia Pilato.

—Los que se autoproclaman como los mayores amantes de la Ley, los zelotas más montaraces, se alegrarán, de eso sí estoy seguro —continúa hablando Netanías—, cuando escuchen las palabras del galileo delante de nuestras propias narices, y procurarán sacar partido de ellas: causarán algaradas callejeras, cuestionarán nuestra autoridad y criticarán nuestra posición. Consideramos, por consenso y a petición de Caifás, que es mejor que perezca uno, o unos pocos de entre el pueblo, antes de que se organice una tremenda algarada y tengamos más muertos aún que en los inicios del gobierno de Arquelao.

—En ese caso, mis hombres deberán actuar de la manera más contundente posible para restaurar la calma —asienta Pilato.

Las razones que esgrime el consejero Netanías para oponerse a la llegada de Jesús son atinadas. Además, todos recuerdan cómo Pilato acaba de ordenar el degollamiento de un grupo de galileos; su delito, portar unos animales para ofrecerlos sobre el altar del Templo llevando armas ocultas bajo sus capas.

No hay duda de que Poncio Pilato, pese a que distrae algunas cantidades de dinero a sus propios bolsillos, es un buen administrador; pero, a la vez, carece de sensibilidad, muestra pocos escrúpulos y es obcecado, cruel y avaricioso; se trata de un sujeto con el

que no conviene tener el mínimo enfrentamiento. Hace ya unos años que ocupa el cargo de procurador de Roma en la provincia de Judea, y está bien prevenido de las peculiaridades nacionales de los judíos. Antes de partir hacia su destino, uno de los secretarios de Tiberio lo aleccionó sobre una cuestión fundamental: «Si pretendes conservar el puesto y ganarte la confianza del emperador, debes evitar acciones provocativas y mantenerte al margen de las querellas, disputas y sentimientos religiosos de los judíos. Pero ante todo, debes garantizar el orden público y la paz, aunque sea la de los cementerios».

En su palacio de Jerusalén, Pilato recuerda aquel consejo cuando lee el último informe que le presentan sobre las andanzas de Jesús y conoce su intención de dirigirse hacia la capital para predicar su doctrina, tal vez en la próxima Pascua. Intuye que van a surgir dificultades y recuerda las que afrontó en sus primeros meses como procurador de Judea, y la conversación que mantuvo poco tiempo después con uno de sus oficiales más prestigiosos, recién llegado de la frontera con Partia, que se mostraba muy interesado en ponerse al corriente.

—Llegué a una provincia marcada por la revuelta y el levantamiento. Los judíos utilizaban cualquier circunstancia para alzarse contra Roma, ya fuera por la obligación de censarse, como le ocurrió al prefecto Coponio, ya por el rechazo general a nuestras leyes —comenta al oficial.

—Al parecer, esta gente sólo entiende la mano dura, señor.

—Al principio procuré ser condescendiente y acepté casi todos los caprichos y supersticiones de los judíos, propios de un pueblo retrasado y bárbaro, pero enseguida comprendí que debía actuar con contundencia.

»Todavía recuerdo el incidente en el que me vi envuelto la primera vez que visité Jerusalén. Me acompañaba una escolta de soldados que, como es preceptivo, portaba un estandarte con la imagen votiva del emperador. Nada más desembarcar en Cesarea me informaron de que la religión judía prohíbe la exhibición de cualquier tipo de imágenes, pero yo, como procurador imperial, no podía entrar en la ciudad cual común delincuente. Llegamos al atardecer, ya entre las primeras sombras del ocaso, y los jerusalemitas no pudieron contemplar los estandartes, pero al día siguiente, cuando se despertaron, los vieron colocados sobre los muros de la fortaleza de Herodes y consideraron que aquello era una provocación.

»Deberías haberlos visto, querido amigo: gentes piadosas mesándose los cabellos y retorciéndose los vestidos entre gritos de espanto y horror, aullando como posesos porque sobre su ciudad sagrada brillaban las insignias imperiales. Estimaban que aquel acto era un atropello y que yo profanaba su Ley y sus costumbres.

»Cuando me comunicaron el malestar que se desencadenó en Jerusalén, di media vuelta y me marché de regreso a Cesarea, pero dejé sobre los muros de la fortaleza los estandartes imperiales. No quise ni oír hablar de esos fanáticos.

—¿Y qué ocurrió después?

—Varios ciudadanos de Jerusalén vinieron a verme a Cesarea y acamparon a las afueras de la ciudad. Estaban ahítos de rabia, de indignación y de celo religioso, y decían que estaba quebrantando la Ley y que requerían que los recibiera. Uno de mis hombres me informó de que solicitaban que trasladase los estandartes y las imágenes imperiales fuera de Jerusalén. Yo me negué a recibirlos, pero les hice llegar mi respuesta: lo que me pedían era imposible, pues suponía ofender al César.

—Supongo que se resignaron —dice el oficial.

—Eran demasiado tercos. Permanecieron seis días acampados en las afueras, y cada día se acercaban hasta las puertas de Cesarea y se manifestaban pidiendo a gritos la retirada de las insignias. Al fin, me cansé de tantas monsergas y ordené que los llevaran al anfiteatro de la ciudad, donde un tribunal dirimiría su demanda. A la vez ordené que una cohorte de soldados se desplegara y se ocultara en los recovecos del anfiteatro.

»Escuché con paciencia los argumentos religiosos de los judíos de Jerusalén, pero me mantuve firme y les dije que los estandartes permanecerían en su sitio como símbolo del poder del emperador, y eso no podía ponerse en duda.

—Si tú no cediste y los judíos mantuvieron su postura, ¿cómo se solucionó ese problema?

—Tras varias horas de discusión, entramos en un callejón sin salida, y mi paciencia llegó a su límite. Di una orden al jefe del destacamento y los soldados se desplegaron sobre la arena y las gradas con las espadas desenvainadas, rodeando a aquellos chillones judíos. Y entonces pronuncié un discurso breve pero contundente: «Mi paciencia tiene un límite. Vuestra postura es intolerable e irracional. Ningún pueblo del Imperio eleva peticiones semejantes, que suponen una grave afrenta al César. Si no queréis morir, haréis bien en desistir de vuestra absurda demanda. Regresad a vuestras casas. Dejad las cosas como están y me olvidaré de este incidente».

—Y se marcharon...

—En absoluto. Lo que ocurrió a continuación fue algo inesperado. Lejos de intimidarse por el acero de las espadas, aquellos locos se arrojaron al suelo y mostraron sus cuellos y gargantas desnudos indicando a los soldados que los degollaran allí mismo mientras gritaban: “Preferimos morir antes que consentir que se vulneren tan insolentemente nuestras leyes patrias”.

»Te confieso que me quedé asombrado ante semejante respuesta, tan absurda como irracional. Apenas llevaba unos meses en Judea y no sabía cómo reaccionar. Los judíos llevan sus leyes grabadas en el alma desde que tienen uso de razón y son capaces de morir antes que renunciar a sus tradiciones. De modo que o bien ordenaba una matanza o retiraba los estandartes.

—Imagino tu decisión; no se produjo esa ejecución masiva, por tanto...

—Desde luego que no. Cedí ante esos tercos supersticiosos y ordené a los soldados que abandonaran el anfiteatro y que se retiraran las insignias imperiales de Jerusalén. Intenté convencerlos para que aceptaran al menos que se desplegaran unos estandartes

con las iniciales del nombre del emperador, pero insistieron en ofrecer sus cuellos y en sacrificarse si así lo ordenaba, de modo que les concedí todo lo que me pidieron.

Pilato recuerda aquello con resquemor. Sus ojos destellan una ira contenida, generada por su derrota, que se disuelve desde entonces. La noticia de la victoria de un puñado de hombres desarmados ante los poderosos soldados romanos y la cesión de Pilato en el conflicto de los estandartes es conocida por toda Judea, para disfrute de los nacionalistas judíos. Pero, desde ese mismo instante, la predisposición de Pilato hacia los judíos de Judea y Samaria se torna muy negativa.

Sin embargo, con el paso del tiempo y con la experiencia de aquellos primeros meses de gobierno, Pilato se hace más prudente. Considera que el judío es un pueblo intratable, que gusta de la provocación permanente, que busca el enfrentamiento y que no cesa de maquinar conspiraciones e intrigas.

Además, el natural mal carácter de Poncio Pilato empeora con el tiempo. Vitelio, el legado de Siria, del que depende en la escala de mando, le llama la atención en varias ocasiones. En una misiva tras el primer incidente le llega a escribir: «Tu poco tacto en el asunto de los estandartes y las imágenes es digno de toda reprobación. Se dará cumplida cuenta a Tiberio de tu torpeza, si algo parecido vuelve a ocurrir».

Escarmentado desde entonces, Pilato guarda las formas y procura mantener cierto respeto hacia las costumbres nacionales de los judíos, pero actuará contundentemente si se presenta otra ocasión en la que pueda quedar en ridículo.

Y es probable que esa ocasión esté a punto de producirse. Jesús de Nazaret anda por las comarcas del norte de Judea agitando a las masas y amaga con llegar hasta Jerusalén. Si esto ocurre, Pilato sabe que tendrá un grave problema, pues se auguran probables alborotos. Tiene que estar preparado. Lo sucedido en Cesarea hace unos años no debe repetirse.

Como le aconseja Tomás, éste no es el momento más adecuado para predicar en Jerusalén, pero Jesús se muestra terco. Decide que debe acudir a la ciudad para aprovechar la ocasión de dirigirse a las enormes multitudes congregadas con motivo de la fiesta de la Pascua y hablar ante ellas.

Además de la animadversión que provoca en las autoridades religiosas judías, Jesús está informado sobre el adusto carácter de Pilato, pues el procurador se encarga de difundir la noticia de que no consentirá altercado alguno en los territorios bajo su mando.

Jesús decide retener la marcha hacia Jerusalén y permanecer unos días en Jericó. La excusa es que el grupo que lo sigue necesita, tras caminar por los pedregosos senderos de Judea, descansar unos días en ese oasis espléndido, regado por fuentes de aguas abundantes, frescas y cristalinas.

En realidad, Jesús necesita algo de tiempo para reflexionar. Lo que le cuentan sobre Pilato lo conmueve. El procurador es un tipo avieso y oscuro, capaz de ordenar la

ejecución del propio Jesús y de todos sus discípulos sin pestañear. De modo que el Nazareno opta por la prudencia, aunque sus impulsos lo empujan a desarrollar su misión de predicar el reino de Dios cuanto antes, en lo que vuelca todas sus energías. Teme a la muerte, pero está dispuesto a perder la vida en beneficio de su causa, porque está convencido de que si es ejecutado, habrá sido por la voluntad de Dios, y está seguro de que el Altísimo sabrá vengarlo, impulsando la llegada del Reino.

De paseo por el palmeral de Jericó, Jesús y varios de sus discípulos debaten sobre la conveniencia de elegir bien el momento de presentarse en Jerusalén.

—Es un gravísimo peligro ir ahora; no sólo tenemos en contra a los miembros del Sanedrín, sino también al procurador romano, ese desalmado de Pilato que tanto odia a los judíos. Incluso podría ordenar tu ejecución, Maestro —insiste Tomás, el más reacio al plan.

—Tal vez mi muerte desencadene un aumento del número de creyentes en el mensaje de Dios y precipite la venida de Su reino —se limita a comentar Jesús.

—No podemos arriesgarnos tanto, Maestro.

—Tomás, queridos todos, reparad en este delicioso palmeral, aspirad el dulce aroma de los dátiles en sazón y la fragancia de las flores, sentid el ligero amargor de la resina del opobálsamo y de la olorosa alheña, y alegrad vuestra vista con los colores rojos y amarillos del mirobálano. Disfrutemos de todos estos placeres que Dios nos ofrece antes de continuar nuestra ruta hacia Jerusalén.

—Nos aguarda otro trecho de camino rocoso, árido y reseco —comenta resignado el más joven de los discípulos, que se siente asolado y lleno de incertidumbre ante el futuro.

—No temáis. Nuestros adversarios son numerosos, pero Dios es nuestro cobijo. Recemos, hermanos.

Jesús se arrodilla y hacen lo propio sus discípulos, rodeando al Maestro. En la oración, declamada en un rítmico sonsonete, encuentran la fuerza necesaria para reponerse de la dureza del camino y se nutren del ánimo necesario para vencer los temores que los acongojan ante los retos que aguardan en Jerusalén.

Tras el rezo, Jesús y su compañía se cruzan con algunos grupos de peregrinos que se abastecen de agua y viandas en el oasis de Jericó antes de emprender la última etapa del camino hacia Jerusalén. La Pascua se acerca y el flujo de gentes aumenta conforme avanzan hacia la capital.

Algunos que vienen desde diversas comarcas de Galilea reconocen a Jesús, e incluso escuchan sus predicaciones, y hay quienes lo consideran la única esperanza de Israel. Su encendido verbo y su anuncio de la instauración de una justicia universal atrae a los más humildes, que se acercan a su lado para que expulse a los demonios de los cuerpos de los posesos y realice algunas curaciones maravillosas, propias de un ser sobrenatural.

—Partiremos hoy mismo —anuncia Jesús a sus discípulos, entre los que se encuentran varias mujeres.

—Tenemos que preparar tu entrada solemne en Jerusalén, Maestro —interviene Tomás, que se doblega ante la determinación de Jesús, da un giro en su mente y se erige en la voz más activa de los discípulos—. Que todas las gentes se enteren de lo que tú mismo repites tantas veces: ¡Quien hace oír su voz en Jerusalén, la hace oír en el mundo entero!

Los demás discípulos asienten y jalean la propuesta de Tomás.

—¡Tu entrada en Jerusalén debe ser triunfal! —propone otro de los discípulos ante el júbilo del grupo.

Jesús alza su mano y les ordena callar.

—Sabéis que no soy amigo de pomposas manifestaciones públicas, pero tal vez tengáis razón. Una entrada sonada y triunfal favorecerá nuestras intenciones y realzará nuestra predicación —acepta Jesús.

—Así es como debe manifestarse el enviado de Dios. ¡Ya se intuye la alborada del cumplimiento de sus promesas! —clama un discípulo.

—Un profeta tan importante como tú no puede pasar desapercibido —dice otro.

—Lo haremos como decís.

—Conviene impresionar a los habitantes de Jerusalén y a los peregrinos que acudan a la Ciudad Santa durante la Pascua con una brillante entrada —propone otro discípulo.

—Iremos primero a Betania, y allí nos prepararemos para el glorioso momento de atravesar las puertas de Jerusalén —sentencia Jesús.

Hace ya algún tiempo que el Nazareno, incitado por el entusiasmo de sus más fervorosos seguidores, manifiesta a las claras que aspira a dirigir los pasos del pueblo judío.

—Será una entrada digna del rey de los judíos y el mejor modo de anunciar que quien se acerca a Jerusalén es el verdadero rey de Israel, el emisario definitivo de Dios ante el mundo que se acaba —proclama uno de los discípulos, ante cuyas palabras la mayoría calla.

Todos saben que corren rumores de que el Nazareno no fue engendrado por José, su padre legal, sino por algún personaje anónimo que al enterarse de su futura paternidad, ilegítima por no haber sido gestada en el matrimonio, desapareció como el humo de una fogata en el aire.

—¿Rey de los judíos? —pregunta uno de los discípulos en voz muy baja al que tiene a su lado—. Entonces... Jesús podría ser hijo de Herodes el Grande, y correría sangre del linaje real por sus venas.

—¿Quién sabe? A ese viejo y lascivo garañón le enviaban hembras jovencitas desde todos los rincones del país, al igual que se hizo con el anciano rey David, que se acostó con la joven sunamita para que le calentara la cama en invierno.

—¿Pudo ser María una de ellas? ¿Acaso el lascivo Herodes no dejó encintas a un buen número de muchachas de Galilea cuando habitó en esa región hace ya varios lustros?

—Olvídate de eso; sólo son rumores e insidias. En cualquier caso, descienda o no la madre de Jesús de la casa de David, su padre legal es José, de modo que nuestro maestro sí tiene sangre real. Pero lo que en verdad importa es que Jesús es el hijo de Dios — afirma el interrogado acompañándose de un gesto imperioso y definitivo.

—Todos somos hijos de Dios.

En su camino hacia la capital de Judea, Jesús decide hacer un alto en Betania y preparar desde allí la entrada en Jerusalén.

—Atravesaré las puertas de la Ciudad Santa a lomos de un asno —anuncia Jesús a sus discípulos mientras reponen fuerzas degustando una frugal comida.

—¡En un borrico! Pero, maestro, los romanos lo considerarán ridículo —argumenta uno de sus seguidores—. Ellos celebran sus entradas triunfales en Roma con desfiles grandiosos, en carrozas cargadas con los frutos de sus victorias.

—Pero yo no soy un romano, sino un judío religioso. Recordad las escrituras del profeta Zacarías: el enviado de Dios se presentará en la ciudad de David montando un humilde pollino y aparecerá desde el monte de los Olivos. Yo no vengo aquí para ejercer las funciones de Dios, sino para anunciar la llegada de su reino. Yo traigo la paz y la palabra, y si los hombres no la aceptan, entonces Dios desencadenará toda su ira y la fuerza de sus ejércitos.

Algunos seguidores de Jesús, especialmente los galileos, piensan de modo diferente al Maestro; no les entusiasma la idea de entrar en la capital cabalgando a lomos de un simple pollino. Pero también hay quienes recuerdan que el mismísimo David hizo su entrada sobre una mula. Están henchidos de fervor religioso y de ínfulas patrióticas, y los embarga un entusiasmo irrefrenable.

Desde la ladera de la colina esmaltada de olivos donde acampan, pueden divisar las formidables murallas de Jerusalén y el rotundo perfil del Templo erigido sobre la colina de Moriá, artificialmente amesetada. Aquella visión los excita. Su alegría se desborda, se agitan y se alborotan, aseguran que Jesús es el verdadero Mesías tanto tiempo esperado, gritan que se acerca el momento de proclamarlo rey de Israel, y están convencidos de que cuando aparezca Jesús, circundado por la potencia divina, los romanos y los miembros del Sanedrín temblarán de miedo.

Jesús ordena a sus discípulos que preparen un banquete; el Reino está cerca, y qué mejor que celebrarlo con una comida de comunión con los discípulos.

Acabado el ágape, y tras una orden de Jesús, la extraña comitiva se pone en marcha hacia la capital, entre gritos de alegría y cánticos de alabanza. Unos cuantos cortan ramos de olivo, los reparten a todos los discípulos y los agitan ante Jesús a modo de

estandartes triunfales, como si se tratara de las insignias propias del profeta galileo que los encabeza. Los más fervientes y acérrimos se despojan de sus mantos y los van colocando sobre el polvo del camino, a modo de una alfombra regia, para que pise sobre ellos y no se manchen las sandalias del Maestro ni las pezuñas de su montura.

«¡Salve!», «¡Alabado sea el rey de Israel!», «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!», «¡Gloria en las alturas!» son los gritos que repiten a coro los peregrinos galileos que escoltan y rodean a Jesús camino de Jerusalén.

Otros, henchidos sus pechos de incontenibles sentimientos patrióticos, gritan: «¡Sálvanos, Jesús!», «¡Tú eres el rey de Israel!», «¡No queremos ser súbditos de los romanos ni lacayos de su emperador!», «¡Líbranos de aquellos que nos gobiernan de una manera tan impía!».

Conforme la exaltada comitiva se acerca a los muros de Jerusalén, los discípulos de Jesús están tan excitados que se muestran convencidos de que el reino de Dios va a manifestarse de un momento a otro, tal vez incluso en el preciso instante en el que atraviesen la puerta de la ciudad o cuando entren en el recinto del Templo reclamando la herencia divina.

Desde Betania hasta Jerusalén hay unas dos millas de distancia. El camino desciende de manera abrupta desde la empinada ladera de una colina por una senda quebrada, cruza el fondo de un barranco y asciende luego por una cuesta hacia las imponentes murallas.

El día es seco y soleado. Al comenzar el ascenso, los discípulos levantan con sus pisadas una turbulenta polvareda, que se difunde en el aire con el agitar de las palmas de olivo, lo que unido a los gritos y vítores despierta la atención y la curiosidad de cuantos se encuentran congregados cerca de los muros.

Ante el sorprendente espectáculo de los galileos avanzando hacia las puertas de Jerusalén entre el polvo y los brazos alzados agitando las ramas de olivo como en medio de una tempestad de viento, un gentío de curiosos se va concentrando a los lados del camino de acceso a la ciudad y sobre los muros más próximos a la Puerta Vieja.

La ciudad de David está rebosante de peregrinos llegados de todos los rincones de Judea, pero también de la diáspora de Egipto, Libia o Chipre, para celebrar la solemne festividad de la Pascua. Ante la comitiva que se acerca con semejante griterío y alborozo, los peregrinos se muestran sorprendidos, pues no esperan semejante algarabía en torno a un hombre montado en un humilde pollino.

¿Quiénes son esos enfebrecidos y agitados chillones que acompañan de un modo tan entusiasta a ese personaje montado a lomos de un burro?, ¿qué pretenden esos exaltados que agitan ramas de olivo y gritan como posesos alabanzas al jinete que los encabeza?, se preguntan. A pesar de que en esos días Jerusalén abunda en los más variopintos personajes, la compacta y eufórica comitiva que rodea a Jesús de Nazaret no pasa desapercibida.

Conforme se acerca a la ciudad, Jesús se siente sobrecogido, pero no quiere manifestar ninguna emoción, de modo que hace un gran esfuerzo por controlar sus sentimientos y aparentar una fingida sensación de calma y sosiego.

Al llegar ante la Puerta Vieja, los peregrinos que se arremolinan allí atraídos por la curiosidad ante la vista de tan bulliciosa comitiva se abren a los lados para dejar paso a Jesús, montado sobre el humilde asno, y a sus dicharacheros acompañantes, que atraviesan la puerta como una marea incontenible, entran en la ciudad y avanzan por las angostas callejas ante el asombro de los jerusalemitas, quienes, acostumbrados a recibir a todo tipo de peregrinos, confiesan que nunca han presenciado un espectáculo semejante.

—¿Quién es ese individuo al que aclama con semejante euforia tan entusiasmada comitiva? —pregunta asombrado el propietario de una tienda de especias.

Los que contemplan el desfile a la puerta de la tienda se encogen de hombros, pues ignoran lo que está ocurriendo, pero uno de los que integran la comitiva, que escucha la pregunta del tendero, se gira y responde orgulloso:

—Es Jesús de Nazaret, el Maestro, el Mesías. —Y continúa su camino agitando la rama de olivo que porta en su mano.

—Debe de ser ese predicador de Galilea que logra concitar un buen número de adeptos. ¿Qué pretenderá hacer aquí? —se pregunta el tendero.

El tumulto creado en las calles por la entrada de Jesús en la ciudad va en aumento conforme avanza hacia el Templo. Los seguidores del Nazareno se mezclan con otros peregrinos y con los cientos de curiosos que acuden a presenciar el inusitado espectáculo.

Algunos fariseos, alertados ante lo que está sucediendo, acuden raudos e increpan a Jesús a voz en grito:

—Rabí, contén a toda esta gente. Ordénales que se calmen y que regresen a sus hogares por donde han venido. ¿Acaso deseas provocar una revuelta?

—Dejadnos en paz —les responden los discípulos.

—Si alteras la calma, los soldados romanos intervendrán. ¡Vas a provocar un serio altercado! —continúan gritando los fariseos—. Haz callar a esa chusma o desencadenarás una desgracia.

Pero Jesús no hace caso de las advertencias. Tiene la firme decisión de mostrarse ante los incrédulos ciudadanos de Jerusalén y es consciente de que su atrevida acción está provocando una enorme reacción. Ante las constantes demandas de sus oponentes, Jesús se detiene un momento, se alza sobre el pollino y les dice:

—Permitid que estas buenas gentes expresen lo que sienten en sus corazones. En verdad os digo que si acalláis sus voces, serán las piedras las que griten sus demandas.

—Déjanos hablar contigo. Dialoguemos —le piden algunos sacerdotes de la clase inferior desde la distancia, pues la multitud que rodea a Jesús y el cinturón de seguridad formado por medio centenar de sus discípulos les impide acercarse más allá de una docena de pasos.

—Yo soy el enviado para congregar a las ovejas del rebaño de Israel —se limita a contestar Jesús, rechazando entrevistarse con los alarmados sacerdotes.

Durante un buen rato, la comitiva que sigue al Nazareno en el día que comienza la semana de Pascua recorre las calles de Jerusalén y los alrededores del Templo en una improvisada procesión, entre cánticos y alabanzas a Dios y a su reino, evitando deliberadamente acercarse a la torre Antonia y al antiguo palacio de Herodes. Pero, conforme cae la tarde, los ánimos se relajan y el cansancio comienza a hacer mella entre los congregados. Los primeros en retirarse son los jerusalemitas, que ya creen haber visto demasiado y regresan a sus hogares a preparar la cena, y después los peregrinos, para los que el desfile de los galileos resulta un atractivo inesperado.

Cansados por el ajetreo y la agitación, con las gargantas doloridas de tanto gritar y los ojos enrojecidos de tantas emociones, los seguidores de Jesús, a instancia suya, también deciden retirarse. Salen de Jerusalén antes de la caída de la tarde camino de Betania, donde instalan su campamento. Jesús se hospeda en casa de un hombre conocido como Simón el Leproso, donde puede descansar con tranquilidad del trajín provocado por su tumultuosa visita a Jerusalén.

Betania es una aldea singular, erigida sobre una colina moteada de olivos, desde cuya cumbre se vislumbra el mar de la Sal y el valle del río Jordán en los días claros que propicia el viento cuando sopla del norte.

Ese mismo atardecer, mientras Jesús regresa con los suyos a Betania, Poncio Pilato prefiere no actuar de momento. Pero recibe en la fortaleza Antonia, donde reside cuando visita Jerusalén, a uno de sus agentes que le informa sobre las últimas andanzas del Nazareno y su acto en las calles de la ciudad.

—Estos insensatos judíos van a conseguir que se me revuelva el estómago —le confiesa Pilato, sentado en una silla de tijera, a su espía.

—Aparte de aullar, los seguidores de Jesús el Nazareno se muestran relativamente pacíficos y se han retirado sin penetrar en el Templo. Por lo que sabemos, acampan en un olivar en la aldea de Betania, a una hora de marcha de la ciudad.

—Dices que a ese grupo de chillones revoltosos los manda Jesús; ¿es el profeta galileo?

—Así es, mi señor.

—Todos los judíos son unos sediciosos. Apenas hace tres meses que uno de mis soldados fue asesinado por los alborotadores junto al Templo, y ya están otra vez alterando el orden y la paz. ¿No van a aprender nunca? —se pregunta el procurador romano, que teme que estallen disturbios y que el emperador comience a hartarse de su gestión.

Pilato considera que debe hacer algo; despide a su informador y ordena que se presente enseguida el tribuno militar que manda la guarnición romana.

—¿Qué me aconsejas que haga con ese impertinente galileo que hoy ha agitado la ciudad? —pregunta el procurador Pilato, que se muestra inquieto pese a su larga experiencia en la administración de los asuntos públicos.

—Yo no me preocuparía demasiado por ese rabino galileo —responde con tranquilidad el tribuno, acostumbrado a ejercer el mando militar.

—¿Te parece un predicador insignificante?

—Creo que es uno más de esos que tanto abundan en esta tierra de locos. Todos los días hay al menos una docena de ellos predicando en los alrededores del Templo, en las escalinatas, bajo los pórticos o encaramados sobre una caja de madera en una esquina de una calle cualquiera. En estos días en los que los judíos celebran la Pascua, el número de oradores callejeros suele aumentar, pues tienen mucha más audiencia con los miles de peregrinos que acuden a celebrar esta fiesta.

—En ese caso, ¿crees que no hay motivos para inquietarnos? —Pilato se levanta de la silla y toma una pieza de fruta y un puñado de nueces de una bandeja.

—Esa procesión de idiotas vocingleros se ha deshecho por sí sola en cuanto el sol ha comenzado a declinar en el horizonte. Ni siquiera hemos tenido que intervenir para disolverlos. El cretino que los encabeza montado en un pollino se ha limitado a dar varias vueltas por las calles de la ciudad, rodear una y otra vez el Templo a una prudente distancia y, sin entrar ni siquiera en el Patio de los Gentiles, se ha marchado por donde había venido.

—¿Sabes dónde se hospeda?

—Sí, lo hemos averiguado. Está alojado con la mayoría de sus seguidores en una casa de la aldea de Betania, muy cerca de la ciudad.

—De momento no haremos nada contra ese botarate, pero encárgate personalmente de que esté bien vigilado.

—No te preocupes, procurador, así lo haré. Ese tipo no dará un solo paso sin que lo sepamos.

—No intervengas contra él, al menos por el momento, salvo que sea absolutamente necesario; ni siquiera aunque medie una provocación de los galileos. Procura que no llegue a estallar un alboroto.

—Quédate tranquilo, mis hombres saben mantener la calma sin renunciar a la firmeza; son veteranos experimentados en solventar situaciones mucho más complicadas que la que puede provocar un predicador andrajoso.

La serenidad con la que se comporta el tribuno tranquiliza a Poncio Pilato, pese a lo cual le dice:

—En cualquier caso, si a ese galileo se le ocurriera incitar a la multitud con proclamas incendiarias, quedas autorizado para actuar con toda la contundencia precisa para solventar cualquier altercado que llegara a producirse.

—Así lo haré —asiente el tribuno.

Pilato muerde la fruta y la degusta; las palabras del militar lo calman, pero algo le dice que ese Jesús puede convertirse rápidamente en una fuente de problemas más serios que los intuidos por el tribuno. Su olfato de zorro viejo le indica que Jesús no es uno más. Hay algo en ese hombre, al que ni siquiera conoce, que lo inquieta; no es capaz de explicar de qué se trata, pero Pilato siente que algo se conmociona en su interior cada vez que oye hablar del Nazareno. Además, el inquietante informe de Antipas lo mantiene prevenido.

A la vez que Jesús y también con motivo de la Pascua, llegan a Jerusalén Antipas, su esposa, Herodías, y una pequeña comitiva de cortesanos de Tiberiades, entre los que se encuentran Hipódamo y su esposa Rut.

Se enteran de la entrada del Nazareno al preguntar por las causas del bullicio que oyen mientras los siervos se ajetrean preparando su acomodo en el palacio que Antipas posee en Jerusalén. Antes lo hacían en la fortaleza Antonia, junto al Templo, pero ese imponente edificio es la residencia del procurador romano, de modo que ahora deben instalarse en otra de las antiguas propiedades de la familia.

—Jesús el Nazareno está aquí —anuncia Antipas a Hipódamo, al que llama para debatir el asunto.

—Sí, mi señor. Me acabo de enterar en la fortaleza Antonia, tras entrevistarme con el tribuno romano que manda la tropa acuartelada en esta ciudad.

—Éste es un contratiempo con el que no contábamos. Jesús y la mayoría de sus seguidores son de origen galileo, por tanto, están bajo mi jurisdicción. Eso me coloca en una delicada situación ante el procurador romano. Si esos imbéciles desencadenan algún altercado en Jerusalén, nuestras relaciones con Pilato pueden sufrir un nuevo deterioro.

—En ese caso, es probable que tengamos que intervenir —dice Hipódamo.

—Probablemente. Tras lo ocurrido con el Bautista no podemos relajar la guardia.

—El tribuno me dice que Poncio Pilato está bastante tranquilo y que no piensa mover, al menos por el momento, un solo dedo para acabar con la predicación de Jesús. Los romanos lo consideran un orate inofensivo.

—Pilato es un necio. —Antipas no disimula su enfado ante la inacción del procurador romano—. No se enterará de que se está fraguando una revuelta hasta que no le estalle delante de sus mismas narices. Pero nosotros debemos permanecer alerta, de modo que encárgate de que Jesús esté bajo nuestra vigilancia en cada momento.

—No podemos dejar de lado a los romanos en un asunto tan crucial como éste —comenta el jefe de la Policía galilea.

—Por supuesto, debemos contar con ellos. Mantente en contacto con ese tribuno constantemente; por lo que dices, parece un hombre sensato y un militar competente. Y habla si es preciso incluso con el mismo Pilato, porque los ánimos de muchos grupos de

peregrinos parecen muy caldeados, y cualquier chispa puede desencadenar un verdadero incendio.

—Yo mismo me encargaré de vigilar a Jesús y a sus acólitos con mis mejores hombres. Debimos acabar con él hace tiempo y en nuestro terreno, antes de que lograra reunir a tantos seguidores.

—Quizá. Pero ahora hazlo con prudencia —le indica Antipas—. No quiero que Pilato se ofenda si entiende que actuamos en el territorio de su jurisdicción sin su consentimiento.

UN TEMPLO PURO

De regreso a Betania, tras las emociones sentidas con la entrada en Jerusalén, la noche resulta muy agitada para Jesús. La excitación de los acontecimientos vividos el día anterior turba su espíritu, y apenas puede conciliar el sueño. Mil pensamientos atraviesan su cabeza, unos tan fugaces y etéreos que relega de inmediato al completo olvido, otros tan persistentes e inquietantes que perturban su descanso. En el duermevela de la madrugada reflexiona sobre lo que significa para las muchedumbres su demostración de caudillaje ante las murallas y en las calles de Jerusalén, y el efecto causado por su gloriosa entrada bajo el arco de la Puerta del Ángulo, también llamada la Puerta Vieja.

La presencia de tanta gente arremolinada al paso de su entusiasta comitiva es la prueba de que logra el efecto que pretende. Y el que algunos sacerdotes y un buen número de fariseos intenten entrevistarse con él es un fiel reflejo del impacto que desata.

Pero Jesús sabe que la sorpresa provocada por su entrada no volverá a repetirse y que los romanos y los sacerdotes de rango superior del Sanedrín estarán preparados por si se produce algo parecido en una segunda ocasión; y entonces las cosas no serán tan fáciles.

Rendido por el cansancio, Jesús reza las plegarias y salmodias que acostumbra e intenta conciliar el sueño bien entrada la madrugada, aunque sigue agitado e inquieto. En alguna ocasión se despierta sobresaltado, como si aún estuvieran a su lado las muchedumbres arrobadas hace unas horas ante su imponente presencia.

Con los primeros rayos del sol, el Maestro se levanta de su lecho y se dirige a sus discípulos. Todos están tumbados a su alrededor, protegiéndolo como un cinturón humano. Apenas duermen, procurando mantenerse vigilantes ante cualquier peligro que pueda acontecer en la madrugada.

Poco a poco las tinieblas van siendo derrotadas por el astro sol, que perfila con nitidez los contornos de las rocas y los árboles en las colinas que rodean Betania. Al despertarse, todos quieren hablar de lo acontecido el día anterior y de lo que hay que hacer a partir de ahora. Son pocos los que piden prudencia; la mayoría desea volver cuanto antes a Jerusalén y anunciar la llegada del reino de Dios durante los días previos a la Pascua.

El frugal desayuno, un poco de pan, aceite y frutos secos, reúne a los más íntimos al lado del Maestro.

—Regresemos a Jerusalén, ahora mismo. Debemos mantener vivo el impacto que ayer provocó tu entrada en la ciudad —propone Simón, siempre al lado de Jesús, presto a defenderlo de cualquier amenaza.

—Así lo haremos, pero en absoluto silencio y total calma, sin desencadenar ningún tumulto innecesario. Caminaremos sumidos en la reflexión interior, seguros de que avanzamos hacia la victoria, pero conscientes de que también podemos equivocarnos y hacerlo hacia un siniestro precipicio.

Se ponen en marcha, descienden la colina de Betania, atraviesan el valle e inician el ascenso de la empinada rampa pedregosa que lleva hasta la Ciudad Santa.

Si ayer Jerusalén les parecía un hermoso regalo, hoy se les antoja como una fortaleza amenazante y hostil; especialmente el Templo, cuyos muros se yerguen cual las defensas del más peligroso de los enemigos. En algunas zonas aún se levantan andamios de madera, pues todavía quedan por terminar algunas obras del santuario, diseñado en tiempos de Herodes el Grande, y eliminar los restos y señales de las batallas que en su recinto se han librado.

—Observad, compañeros, ¡qué hermosas edificaciones! —comenta uno de los discípulos admirado, señalando con su índice el imponente conjunto del santuario.

—En verdad que son grandiosas —ratifica otro.

—¿Os asombran todas esas construcciones? —Jesús se detiene y lanza esta pregunta con un tono seco y cortante—. Pues sabed que de ellas no quedará en pie una sola piedra; todo será destruido. Dios no habita en lugares que los hombres convierten en impuros. A su venida, este santuario será sustituido por otro, que Dios levantará con sus propias manos; un nuevo Templo que estará limpio y será totalmente puro.

Los discípulos se quedan mudos y un tanto ofuscados. Finalmente, el primero que ha alabado la obra arquitectónica se atreve a volver a intervenir.

—Pero, Maestro, estas construcciones son realmente admirables. Cualquier hombre ha de sentirse sobrecogido y asombrado ante un edificio tan grandioso.

—Ese edificio es una simple obra humana —asienta Jesús—; no se puede comparar con la grandeza de la obra de Dios.

Pero el peregrino que se acerca por primera vez siente una intensa sensación de magnificencia y congoja que lo abrumba y a la vez lo sobrecoge. Y se siente empequeñecer ante esa mole que parece hecha de nieve y oro. Son muchos los que se trasladan hasta Jerusalén sólo para contemplar semejante maravilla, más propia de gigantes que de humanos.

—Aceleremos el paso —conmina el Nazareno a sus discípulos, que reinician la marcha a paso ligero siguiendo las indicaciones del Maestro, y entran de nuevo en Jerusalén por la Puerta Vieja, dirigiéndose con premura hacia el Templo.

Cientos de peregrinos se agolpan en las inmediaciones del santuario. Con decisión, el grupo de los galileos asciende con Jesús entre el gentío que abarrota la escalinata de piedra blanca y llega hasta los primeros pórticos y al atrio exterior, donde desde primeras hora de la mañana se dan cita los peregrinos de todos los rincones de Israel y de las ciudades de la diáspora.

—Toda esta gente espera su turno para cumplir con los sacrificios e intercambiar noticias sobre las celebraciones de la fiesta de la Pascua —comenta uno de los discípulos.

—Todos no. Los hay que ocupan su tiempo en recibir las enseñanzas de los rabinos fariseos, de los escribas y de los doctores. Miradlos, son aquellos que se reúnen en pequeños grupos en torno a un maestro para escuchar la interpretación de la Ley.

Los discípulos se encuentran ya en el Patio de los Gentiles, al que todo el mundo tiene libre acceso, incluso los soldados romanos; es ahí precisamente donde el bullicio y la algarabía son notables.

Durante los días previos a la Pascua, el tropel de gente que se agolpa en los patios del Templo y en sus alrededores es aprovechado por los cambistas para hacer negocios, pues se celebra un mercado diario. En las tablas allí desplegadas, los cambistas canjean las monedas propias de los devotos por el siclo tirio, la única pieza que se acepta para el pago de la contribución destinada al mantenimiento del Templo. Esa moneda, que luce en una de sus caras el símbolo de Melkart, el dios de los fenicios que los romanos identifican con Hércules, es en sí totalmente impropia, pero la costumbre se impone a la pureza, de modo que también se utiliza para comprar los animales destinados a los sacrificios, palomas, corderos, ovejas, cabras o incluso bueyes, que se entregan a los sacerdotes para ser inmolados ante el altar en el nombre de Dios.

—Condenados mercaderes. Míralos, Maestro, ahí están desplegando sus tenderetes, vendiendo animales, harina y vino, profanando con sus negocios este sacrosanto recinto. A saber cuánto dinero ganarán con esas mercaderías. ¿Y qué hace entre tanto la Policía encargada de que se salvaguarde la pureza del templo? Nada —lamenta uno de los discípulos.

—La culpa es de los sacerdotes. Son ellos los que alquilan los puestos a los comerciantes y los que cobran un porcentaje de todo cuanto aquí se vende. Con su ambición de riquezas alteran el verdadero significado del santuario. Éste debería ser un lugar exclusivo para la oración y el sacrificio, un espacio destinado a la enseñanza de las Sagradas Escrituras; pero mirad en qué mercadillo lo han convertido —añade otro.

—Es el territorio de los más desvergonzados e impúdicos traficantes de dinero; viles usureros que viven del engaño y la mentira —puntualiza un tercero.

—Los sacrificios están prescritos por la Ley y son necesarios —tercia Jesús—. El óbolo para el sustento del Templo, también. Aunque en rigor deberían pagarlo los extraños, no los hijos de esta Casa. Sin los sacrificios, Dios ya habría aniquilado a los gentiles. Pero el mercado puede ubicarse en otro sitio, fuera del Templo, tal vez en las cercanías los animales más pequeños; y en el monte de los Olivos, los grandes; pero nunca dentro del santuario. Y los cambistas, igualmente; hay otros lugares más adecuados en la ciudad, nunca dentro del recinto sagrado.

Jesús se detiene en medio del Patio de los Gentiles y observa con atención cuanto sucede a su alrededor. Para un estudioso de la Ley como él, el espectáculo es digno de

indignación y de vergüenza. Las palabras no son suficientes, piensa deprisa; tiene que pasar de inmediato a la acción, porque entiende que es necesario un escarmiento público para todos esos usureros sin escrúpulos.

Los discípulos, al ver al Maestro paralizado, como una estatua erguida en medio del patio, se preocupan. El rostro de Jesús refleja una ira contenida, presagia una tormenta de furia a punto de estallar. Su rostro se crispa, sus ojos se iluminan como faroles en medio de la noche más oscura, sus manos se tensan y su respiración se acelera.

—¡Blasfemos! —grita Jesús alzando su voz por encima del bullicio de los tenderos y los clientes que se agolpan en las mesas de los puestos—. ¡Estáis ofendiendo a Dios! Estos edificios serán arrasados por su cólera y reducidos a ruinas y escombros sobre los que el Señor levantará un nuevo santuario en el que habite la pureza. ¡Ay de ti, Jerusalén, de tu pueblo y de tu templo! ¡Una voz de oriente, una voz de occidente, una voz de los cuatro vientos, una voz contra Jerusalén y el santuario, una voz contra todo el pueblo impío!

—¿Quién es ese loco? —pregunta uno de los mercaderes más cercanos al lugar donde clama Jesús.

Poseído por la cólera, el Nazareno, flanqueado por sus discípulos, se dirige a una pequeña plataforma junto a la columnata de uno de los pórticos, alza su brazo y, con el dedo acusador, señala uno a uno a todos los mercaderes a la vez que se dirige a cuantos curiosos comienzan a acercarse.

—Este lugar es sagrado para Dios, pero vosotros, cambistas, mercaderes y sacerdotes que consentís, lo profanáis. Incluso le habéis dado el nombre de un romano a una de estas puertas —dice Jesús recordando que una de las entradas se llama Puerta de Kiponus, en recuerdo del prefecto Coponio, que sofocó una revuelta de los judíos hace ya veinte años.

—¡Cállate ya, imbécil! —lo increpa uno de los cambistas, mientras se acerca con curiosidad ante los gritos del Nazareno, en tanto los demás prosiguen indiferentes con sus negocios.

—¡Oráculo de Adonai! En el nombre del Altísimo os exijo que ceséis de inmediato vuestras actividades sacrílegas y abandonéis este santo recinto con vuestro inmundo dinero. Estáis mancillando el lugar más sagrado, la casa de Dios, el santuario de Israel —clama Jesús.

Ante sus palabras, algunos asienten y miran con recelo a los comerciantes; los discípulos, alentados por el Maestro, se dirigen a los cambistas más cercanos y los increpan conminándoles a recoger sus puestos y salir de allí enseguida. Pero también hay quienes se encrespan e insultan a Jesús, pidiéndole que se calle y que deje a la gente comerciar en paz.

—¡Cierra esa boca, estúpido! Estos mercaderes ofrecen un buen servicio a los que visitamos este lugar y no hacen otra cosa que ganarse honradamente el pan —grita un peregrino que se muestra muy agresivo con Jesús—. A ver si te enteras de que si no

estuvieran aquí tendríamos que ir lejos a comprar los animales para los sacrificios, con las incomodidades y gastos añadidos que eso causaría a los que venimos a rezar al Templo.

Pero Jesús no se inmuta ante los insultos que le lanzan desde varios puntos del patio y continúa con su discurso.

—Esos mercaderes son corruptos que se aprovechan de la buena voluntad de los peregrinos para hacer negocios con lo más sagrado.

Las palabras de Jesús se van ahogando ante la inmensa algarabía que se forma en breves instantes. Defensores y detractores del Nazareno se enzarzan en agrios debates y airadas discusiones, en tanto Jesús sigue hablando desde la plataforma elevada sin que apenas nadie pueda ya escuchar sus palabras.

De pronto, interrumpe su discurso, destella una mueca de rabia en sus labios y salta de la plataforma de piedra corriendo hacia las mesas desplegadas a su derecha. Sin mediar aviso ni palabra alguna, empuja a cuantos mercaderes y cambistas encuentra a su paso, derriba las mesas con sus manos, pateo los bancos y emite alaridos más propios de un animal herido que de un ser humano.

En unos instantes, las cajas que guardan los siclos y las demás monedas caen al suelo desparramando su metálico contenido sobre las losas. Muchos de los congregados se lanzan entonces hacia ellas, cogiendo cuantas pueden, escondiéndolas entre sus ropas y escapando a toda prisa con su botín.

Los angustiados cambistas, desesperados ante la pérdida de su dinero, se echan las manos a la cabeza, maldicen al profeta que provoca semejante tumulto y piden ayuda a voz en grito.

—¡Policía! ¡Policía!

Mientras llegan las fuerzas encargadas de la seguridad del Templo, algunos cambistas se abalanzan sobre Jesús intentando detenerlo para impedir que siga derribando mesas y bancos. Pero Jesús ya se encuentra protegido por sus seguidores, e incluso por algunos otros que, tras escucharlo, deciden ponerse de su parte y en contra de los mercaderes.

Jaleado por sus incondicionales, Jesús coge un puñado de cuerdas y forma con ellas una suerte de látigo, con el que, a modo de un dios justiciero y tronante, arremete contra los que venden palomas y tórtolas, pateando las jaulas de las aves, flagelando sin piedad a los comerciantes, lanzándoles tremendos latigazos inmisericordes que fustigan brazos, espaldas, pechos y rostros de cuantos intentan interponerse en su camino vengador.

Los discípulos, a imagen del Maestro, se dirigen hacia los puestos de ovejas y vacas, empujan a los tenderos y arrastran a los animales hacia las puertas del Templo.

El alboroto de los primeros momentos se convierte en una trifulca monumental en la que unos y otros llegan a las manos, intercambiando golpes con los puños, patadas, arañazos y palos, en medio de un cruce de insultos y amenazas. Los que caen al suelo son pisoteados si no logran escabullirse rodando sobre sí mismos; los heridos aúllan de

dolor por los golpes recibidos; todo el atrio se convierte en un campo de batalla en el que los golpes vuelan por todas partes.

Jesús está fuera de sí. La pelea desencadenada por su vehemencia se extiende por los patios y pórticos, generando una confusión general. Entre los golpes, los gritos y los empujones, algunos mercaderes alzan la voz increpando al Nazareno.

—¡Maldito energúmeno! Intentas aniquilar las costumbres del Templo y quebrantar la ley de Moisés impidiendo los sacrificios, pero no lo vas a conseguir —grita uno de ellos—. ¡Contamos con todas las bendiciones de los sacerdotes!

—El Maestro sólo desea devolver a este santuario su pleno sentido y su pureza, la que vosotros, viles usureros, le habéis robado —responde entre empellones uno de los discípulos de Jesús.

—¡Las actividades en el Templo deben continuar! —exclama el mismo comerciante.

—¡Pero ajustadas a la voluntad de Dios, no a vuestros impuros intereses! —replica el discípulo a la vez que empuja y atropella a cuantos encuentra en su camino.

—¡Salid de aquí! ¡Fuera, condenados galileos!

—¡El castigo se avecina! Si no os preparáis para la llegada del Reino, Dios mismo arrasará este lugar otrora sagrado, que habéis convertido en un antro de perdición, y de inmundicia y de pecado, y a todos vosotros con él.

—¡Farsante! —clama con gestos de dolor y de rabia el mercader.

—Dios implantará en esta misma colina, consagrada por siglos a su divina presencia, un santuario nuevo pleno de pureza. Ante esa realidad, luminosa y terrorífica a la vez, toda mercadería impura e impropia debe ser eliminada —reitera el discípulo.

Mientras los judíos se muelen a golpes entre ellos en los patios del Templo, los soldados romanos observan la trifulca entre divertidos y sorprendidos desde la posición elevada de los muros y torres de la fortaleza Antonia.

El jefe de la Guardia avisa al tribuno, pero éste, siguiendo las instrucciones del procurador, decide no intervenir para evitar que se avive la confrontación con la presencia de tropas romanas. Tras observar el desarrollo de la reyerta, considera que se trata de un conflicto interno entre dos bandos judíos: de un lado los ávidos mercaderes de Jerusalén, desairados porque se cuestiona su negocio, y de otro un grupo de fanáticos extremistas seguidores de la Ley. Se limita a enviar un mensaje a Poncio Pilato.

Los que sí aparecen en medio de la barahúnda son los policías encargados de la seguridad del Templo, alertados por varios cambistas. Un contingente de guardias bien armados penetra en el Patio de los Gentiles, precediendo a uno de los sacerdotes y a un miembro del Sanedrín.

El bamboleo de las largas varas, el filo de las espadas y el brillo de los cascos y las corazas de los policías calman los ánimos y refrenan las peleas, en tanto varios cambistas continúan de rodillas buscando por el suelo las monedas esparcidas entre las losas y algunos mercaderes persiguen a los animales que escapan de sus jaulas.

Al ver acercarse a los guardias, los discípulos de Jesús se agrupan a su alrededor, formando un círculo para proteger al Maestro. Todo se detiene a la vez que se hace un silencio espeso y tenso.

—¿Te has vuelto loco? —increpa a Jesús desde la distancia el sacerdote que acompaña a los guardias—. ¿Quién te crees que eres para comportarte de esta manera? Este mercado está regulado por nuestras normas tradicionales, tiene la autorización del Sanedrín y goza de la bendición de Caifás, nuestro sumo sacerdote. Tú careces de autoridad para perpetrar semejante estropicio.

El sacerdote señala los daños ocasionados a su alrededor: mesas y bancos volcados, algunos convertidos en astillas de madera, tenderetes arrumbados, animales sueltos correteando de un lado para otro, ropas tiradas por el suelo, hombres heridos con golpes, magulladuras e incluso algunos cortes, comida y bebida desparramadas por todas partes...

—Tú, que te dices sacerdote, ignoras lo que está escrito: «El celo por tu casa me devora». Este Templo debería ser un lugar exclusivo para la oración y el sacrificio, pero vosotros consentís que se convierta en una cueva de ladrones y de usureros.

Al escuchar esos insultos y amenazas, los mercaderes reaccionan y vociferan de nuevo contra Jesús.

—¡Nos ha llamado bandidos! ¿Vamos a permitir que semejantes injurias queden impunes? —clama uno de los cambistas.

De inmediato, sus colegas, hasta ahora callados ante el cruce de palabras de Jesús y el sacerdote, se encrespan y lanzan contra el Nazareno una catarata de improperios que resuenan en los muros de piedra y en los artesonados de madera de cedro.

—¡Fuera! ¡Fuera! Echad a esos andrajosos galileos de aquí, pero antes que nos devuelvan las monedas perdidas y que paguen los daños ocasionados —piden los comerciantes a la Policía.

Además de sus aguerridos discípulos, Jesús recibe el apoyo de otros muchos peregrinos. La tensión, momentáneamente relajada con la presencia de la Guardia, vuelve a subir de tono. Partidarios y detractores de Jesús se increpan de nuevo. Los galileos ni ceden ni parecen dispuestos a abandonar por las buenas el patio. Cuando los improperios entre ambos bandos crecen hasta la desmesura, algunos intercambian golpes, iniciándose otra pelea multitudinaria. Muchos de los galileos, envalentonados, gritan a coro animando a Jesús y a sus seguidores:

—¡Viva el rey de Israel!

Entonces los guardias hacen uso de sus varas, fustigando desde la distancia que les permite su longitud a los más exaltados, que se retiran cautelosos y abandonan la reyerta ante el dolor de los golpes recibidos. Los guardias logran mantener a raya a los dos bandos, pero tanto los partidarios de Jesús como sus detractores son demasiado numerosos como para doblegarse sin resistir.

El sacerdote que dirige la Guardia se da cuenta de la dificultad de la situación. Sabe que su obligación es detener a Jesús, el causante de tanto revuelo y el provocador de la reyerta, pero no se atreve a dar la orden de prenderlo porque adivina en los ojos de sus discípulos que pelearán por su Maestro hasta el fin, que lo protegerán con su vida si es preciso y que se derramará mucha sangre.

Dubitativo, el sacerdote pide consejo al miembro del Sanedrín que lo acompaña y, tras escucharlo, decide no prender a Jesús.

—¡Basta ya! ¡Salid todos de aquí! ¡Todos! Y eso también va para ti y los tuyos, galileo. No quiero volver a veros, ni a ti ni a tu gente, por aquí. Sal de mi vista enseguida —ordena el sacerdote.

—Pero... ¿vas a dejar que se marche sin pagar por el daño que ha causado? —pregunta indignado uno de los comerciantes.

—Ya pagará en su momento por lo que ha hecho —se limita a musitar el miembro del Sanedrín.

—Nadie nos moverá de aquí —proclama entonces Jesús, cuya voz se alza serena y firme.

Los guardias dejan en el suelo las varas y desenvainan las espadas. La mayoría de los peregrinos que apoyan a Jesús, al ver brillar el acero ante sus ojos, retroceden asustados. El enfrentamiento a muerte parece inevitable, pues algunos discípulos también desenvainan las espadas que portan ocultas bajo sus túnicas.

El tetrarca, enterado de lo que ocurre en el templo, ha acordado con Pilato enviar un destacamento de su Guardia. En ese tenso momento aparece Hipódamo al frente de la policía de Antipas.

Los guardias del santuario se sienten reconfortados. Ante la determinación de los discípulos de Jesús, el refuerzo recién llegado les levanta el ánimo y les confiere nuevas fuerzas. Ahora sí pueden con ellos.

Envalentonados, los guardias del Templo y los soldados de Hipódamo avanzan amenazantes en formación cerrada hacia los partidarios de Jesús, a quienes el brillo de los aceros no parece intimidar.

Pero el Maestro, comprendiendo que no tienen ninguna posibilidad de vencer, ordena la retirada. Con sumo cuidado, andando hacia atrás para no dar la espalda a sus adversarios en ningún momento, los partidarios de Jesús lo rodean como escudos humanos y se retiran en compacto grupo hacia la puerta del patio, mostrando al enemigo la aguda punta de sus espadas.

En medio de una tensión insoportable, que hace pensar que en cualquier momento puede desencadenarse una sangrienta refriega, los dos grupos se miran y recelan, pero ninguno inicia un ataque. Poco a poco los galileos alcanzan la puerta, abandonan el recinto del Templo y emprenden el camino hacia Betania ante la mirada amenazante de los guardias y los soldados.

Al ver alejarse a Jesús y a sus seguidores, Hipódamo respira aliviado. Es consciente de que una degollina de piosos galileos en el Templo complicaría la situación en plenas fiestas de la Pascua. Pero se jura a sí mismo que si la ocasión se presenta, acabará con esta situación de una manera drástica y contundente, como debería haber hecho hace ya algún tiempo.

25

EL TEMOR DEL SANEDRÍN

Los miembros del Sanedrín reciben enseguida la noticia del grave altercado provocado por Jesús en el Templo. Algunos de ellos, inquietos por lo que ocurre, se dirigen hacia el santuario, pero cuando consiguen llegar, entre el inmenso gentío no observan ninguna gresca; apenas ven otra cosa que a los alborotadores galileos retirándose, orgullosos y felices, de regreso a Betania.

Los encabeza el sumo sacerdote Caifás, quien, alertado por sus informadores, decide convocar para esa misma tarde una reunión extraordinaria del Gran Sanedrín, el Consejo religioso supremo de los judíos.

La sesión tiene lugar en la propia casa de Caifás y no en el pórtico de la Piedra Labrada, donde tiene su sede habitual. La mansión del sumo sacerdote es un lujoso y refinado palacio, no en vano es el cabeza de una de las familias de comerciantes más ricas de Jerusalén. En el salón principal hay espacio suficiente para acomodar a los setenta miembros que componen el Consejo permanente del Sanedrín; desde luego, los más ancianos estarán sentados.

—Si permitimos que acciones como la ocurrida hoy en el Templo se repitan sin poner freno a semejantes desmanes, perderemos el control, y quién sabe hacia qué abismo se arrastrará nuestro pueblo —reflexiona en voz baja Caifás ante el viejo Anás, su suegro, mientras algunos miembros del Sanedrín se acomodan en los pocos asientos que hay.

—La forma de protesta de esos fanáticos galileos dirigidos por ese rabioso Jesús es intolerable, atenta contra los intereses del pueblo y cuestiona los fundamentos de nuestra fe —comenta Anás, que ya ejerciera como sumo sacerdote hasta que el prefecto Valerio Grato lo destituyera de su cargo al frente del Sanedrín.

—Para los romanos, sus templos son lugares vacíos donde honran de nombre a sus falsos dioses, meros monumentos alzados para mayor gloria del poder de Roma; pero para nosotros, el Templo tiene una trascendencia absoluta. Por tanto, la seguridad y la confianza deben estar garantizadas —repite Caifás.

—Sin duda, ese Jesús consigue generar una situación de intranquilidad e incluso de miedo, y su pretensión de purificar el santuario constituye una osadía temeraria, una acción blasfema, sacrílega... ¡y muy inconveniente! —puntualiza Anás.

El sumo sacerdote comprueba que todos los componentes del Sanedrín están ya ubicados en la sala, se pone en pie y habla con firmeza:

—Miembros del Sanedrín: Nosotros somos los custodios del orden en el Templo y los garantes de la observancia de la Ley. No podemos tolerar que nadie lo ponga en duda.

Caifás vuelve a sentarse entre los murmullos de los asistentes. Hace meses que saben de las idas y venidas de Jesús por Galilea, la tierra gobernada por Antipas, pero hasta hoy Judea quedaba al margen de las diatribas del Nazareno. En otras fiestas del Templo, a las que Jesús había acudido como peregrino, no se había provocado ningún alboroto. Pero ahora, éste es monumental, de modo que no pueden tardar ni un instante en ponerle coto. Los doctores de la Ley lo consideran uno más de tantos predicadores con poca formación, un presuntuoso ignorante, un atrevido atolondrado que cree que con la voluntad y la iluminación divina puede hacer frente a la sabiduría de los más prestigiosos maestros y doctores.

Pero desde hoy, Jesús se convierte en un problema real e inminente. Jesús no es un simple visionario; dotado de una excelente capacidad retórica, es capaz de enfrentarse con los doctores y utilizar argumentos doctrinales sólidos, y tiene la habilidad de abrumar con sus ideas a algunos sabios formados en las mejores escuelas rabínicas de Jerusalén. Y está allí mismo, en la Ciudad Sagrada, clamando ante los jerusalemitas por el regreso a una vida sencilla, invitándolos a seguir el verdadero camino de Dios.

—Ese Jesús no sabe dónde se mete —comenta uno de los miembros del Sanedrín a su colega más cercano—. Sus discursos pueden valer para esos rudos pastores, campesinos y pescadores de Galilea, pero aquí, en Jerusalén, la mayoría vive del Templo y no consentirá que cuestione su medio de vida.

Todo Jerusalén se beneficia con lo que se genera alrededor del Templo; los sacerdotes reciben un cuantioso porcentaje de los sacrificios, controlan el Tesoro sagrado y se lucran con los regalos y dádivas ofrecidos por los peregrinos; los artesanos de la construcción se ganan la vida con las constantes reparaciones que requieren sus edificios; los ganaderos venden sus animales para los sacrificios; los curtidores trabajan las pieles de las víctimas ofrecidas; los hosteleros ganan un buen dinero acogiendo a los miles de peregrinos; los comerciantes les venden todo tipo de provisiones; todos los oficios obtienen dinero con el Templo.

Al cuestionar la actividad que todo ello genera, Jesús se enfrenta a muchos intereses y pone en peligro todo el sistema. ¿Qué sería de Jerusalén sin el Templo? Todos conocen la respuesta: una aldea pobre y mísera encaramada en un pedregal escarpado y reseco.

—Ese individuo colma mi paciencia —vuelve a hablar Caifás, intentando apagar los murmullos con un enérgico gesto de su brazo—. ¿Queda acaso alguno de vosotros que todavía no vea el peligro que este individuo supone para nuestros intereses? ¿No habíamos decidido ya que teníamos que poner remedio a sus desmanes? ¡Indecisos! ¡Mejor que desaparezca él que parte del pueblo!

—Ahora no tenemos la menor duda —responde uno de los asistentes—, pero ¿qué opinan los romanos de lo ocurrido hoy? ¿Sabes algo?

—Los romanos no han intervenido aún, pero su aparente tranquilidad es engañosa. Esperan nuevos acontecimientos. Si no ocurre nada nuevo, no se moverán, pero si observan que la gente sigue a Jesús y amenaza con estallar una insurrección, desatarán

toda su ira y eso supondrá de nuevo otro gran obstáculo para cualquier esperanza de que nuestro pueblo recupere en algún momento su independencia y libertad. De modo que Jesús no sólo es una amenaza para los que custodiamos el cumplimiento de la Ley, lo es también para todos los judíos.

Caifás goza de una notable ascendencia sobre el Sanedrín. A pesar de que desde el reinado de Herodes el Grande el cargo de sumo sacerdote dejó de ser vitalicio, Caifás logra mantenerse al frente durante casi quince años, ata bien los lazos de las relaciones de poder y consolida su posición mediante complejos entramados de relaciones políticas y económicas con los componentes del Sanedrín. Su experiencia en el gobierno y en la interpretación de la Ley es amplia y dilatada, y sus palabras siempre son escuchadas con respeto. Su figura, alta, gruesa y maciza, su rostro poblado de una densa barba, su mirada penetrante y firme y la fuerza y convicción con las que siempre se expresa le confieren un halo de autoridad y una credibilidad muy apreciada por los doctores y sabios en la Ley.

Cuenta además con el apoyo de su suegro, el influyente Anás, que, aunque anciano, conserva un gran ascendiente en el Sanedrín. En realidad está detrás de todo cuanto de interés se mueve en el Templo.

—Ese maldito galileo —interviene Anás para apoyar a su yerno—hace lo que no debe, en donde no debe y cuando no debe. Tantos errores juntos deben ser castigados.

—¿Cómo dices? —pregunta un viejo perito en leyes, sordo y lento de reflejos a causa de sus muchos años.

—Lo repetiré para que lo comprendas —grita Anás malhumorado, recalcando lentamente cada sílaba—: Ese tal Jesús habla con palabras y ejecuta acciones equivocadas, en el lugar inadecuado y en el momento inoportuno. ¿Cómo se le ocurre provocar todo ese inmenso disturbio en el Templo, precisamente antes de la Pascua, cuando muchos fanáticos esperan que se revele de una vez el tantas veces anunciado salvador de Israel? Supongo que a ninguno de vosotros se le escapará que las consecuencias de semejante estupidez pueden ser más graves que las de una mera disputa, por muy gruesa que sea, en torno a cuestiones de interpretación de la Ley. ¡Y más aún cuando los romanos nos contemplan deseosos de darnos una lección!

Si Caifás ya impone respeto, su suegro, Anás, lo hace mucho más. Sumo sacerdote durante muchísimos años, hasta su deposición por el malhadado Valerio Grato a causa de una fútil discusión política al comienzo del reinado de Tiberio, sigue ejerciendo una gran influencia en el Sanedrín, pues la mayoría de sus miembros le deben numerosos favores y sustanciosas prebendas. Y aunque ya no ocupa ese puesto, el pueblo llano lo sigue considerando como el jefe indiscutible del Sanedrín, aunque nominalmente sea Caifás quien ocupa el cargo de sumo sacerdote, y antes un hijo suyo de nombre Eleazar.

Todos los miembros del Sanedrín se muestran de acuerdo con Anás, mediante un respetuoso y temeroso mutismo. Sólo uno, de nombre Nicodemo, hombre normalmente silencioso, discreto y pensativo, se atreve a pedir la palabra:

—Perdona mi discrepancia, noble Anás, pero me consta que ese rabino galileo no pretende nada de cuanto le estás atribuyendo. Jesús es un hombre de paz. Lo sé bien y puedo certificarlo porque conozco alguno de sus sermones y me parece que no es sino un iluso e inofensivo soñador de bellas utopías. La única ambición que alberga en su limpio corazón es el cumplimiento de la Ley sin hipocresía alguna. ¿Qué hay de malo en ello? ¿No pretendemos todos nosotros lo mismo?

—¿Y qué me dices de su arrogante entrada por la Puerta Vieja? —pregunta Caifás.

—Un burdo montaje apañado por sus partidarios que... —responde Nicodemo.

—Tal vez sea como supones —lo interrumpe tajante Caifás—. Pero ¿y el violento incidente que protagonizó en el Patio de los Gentiles? Tu inocente y pacífico galileo arremetió contra cualquier persona u objeto que se cruzó en su camino. No caes en la cuenta de que Jesús apalea u ordena apalea sin compasión a todos cuantos se le oponen. ¿Ésa es la manera que tiene de comportarse un hombre sosegado y sereno como el que nos describes?

—Un acto aislado, un momento de ofuscación, de nervios...

—¿Y su forma de expresarse? ¿Sabes cómo gritaba y qué tipo de insultos profería a diestro y siniestro mientras pateaba a los indefensos mercaderes? Hasta un buhonero borracho se hubiera ruborizado al escucharlo.

»¿Y sus discípulos? Entre ellos hay algunos zelotas dispuestos a empuñar sus armas para imponer sus criterios a los demás. Si en el Templo se enfrentaron con sus espadas desenvainadas a nuestra Policía, ¿querrá Jesús controlar a esos salvajes cuando se presente otra ocasión?

—Hay que estar completamente loco. ¿Cómo se les ocurre a cuatro desharrapados provocar a la Policía del Templo, a los soldados de Antipas y a los legionarios romanos? Si éstos hubieran decidido intervenir hubieran provocado una masacre —apostilla uno de los sanedritas.

—Están convencidos de que los ángeles de Dios intervendrán a su favor en la refriega. Y piensan que ellos deben mostrarse dispuestos a correr el riesgo de iniciarla para mostrar ante Dios su voluntad de colaborar en la instauración del Reino, incluso con sus propias vidas —interviene otro miembro del Sanedrín.

—Os aseguro que las palabras de Jesús sólo hablan de paz y de bondad —insiste Nicodemo.

—¿Cómo puedes afirmar semejante cosa? ¿Ignoras sus amenazas con castigos eternos contra los que no aceptan su mensaje? ¿Acaso no es verdad que Jesús y sus seguidores atacan a gente inocente en el Templo? ¿Qué haremos si ese Jesús entra de nuevo en esta ciudad clamando exabruptos como un poseso contra todos nosotros y proclamando que la destrucción de toda obra humana es inminente y que Dios nos va a fulminar a todos por nuestros pecados? Los que creen en sus patrañas viven con la ilusión de que pronto va a ocurrir algo extraordinario, que Dios intervendrá en su favor; pero los que comprenden que sólo dice mentiras están preocupados por si se

desencadena una revuelta y los romanos tienen que intervenir para reprimirla con toda su fuerza. ¿Cuánta sangre judía se derramaría en ese caso?

Nicodemo se queda abochornado y confuso ante la argumentación de Caifás y opta por guardar silencio.

—Tienes toda la razón, Caifás —interviene Anás—. Dejemos la hipocresía a un lado y hablemos con toda claridad. Todos, repito, todos vivimos gracias al Templo; nuestra fortuna depende del santuario. ¿Y qué pretenden esos desharrapados galileos: acabar con los romanos, acabar con los judíos, acabar con todo el mundo? Al menos van a acabar con nosotros. Son una banda de insensatos.

—La presencia romana en Judea es, por ahora, inevitable —media Caifás—. Sería una completa locura luchar contra ella y una grandísima estupidez por nuestra parte. Como sumo sacerdote os insto a que no consintamos que un loco visionario al que jalea una pandilla de iluminados lunáticos subvierta el orden en el que vivimos y nos arrebate lo que en derecho nos pertenece.

Todos los presentes asienten ante las palabras de Anás y de Caifás. Sólo Nicodemo permanece ensimismado en sus pensamientos, silencioso e inmóvil.

—Ha llegado el momento de actuar con toda rotundidad —propone Anás.

Confortado por el consentimiento general, Caifás apostilla:

—Es preciso prenderlo y quitarlo de en medio. Al menos, mientras duren los festejos de la Pascua no debe molestar y, mejor aún, que no incordie jamás.

Las palabras de Caifás resultan ambiguas, a propósito. Pocos dudan sobre el verdadero significado que entrañan las expresiones *quitarlo de en medio* y *que no incordie jamás*.

Uno de los ancianos del Consejo, Mardoqueo ben Saúl, levanta su mano solicitando un turno de palabra:

—Soy uno de los miembros más viejos de este Sanedrín —musita con voz pausada—, y a lo largo de mi vida observo cómo cada año aparecen numerosos pretendientes a Mesías autoproclamándose como los ungidos por Dios para convertirse en liberadores de nuestro pueblo. Es una plaga de nuestro tiempo que augura un futuro tenebroso si no ponemos coto a semejantes manifestaciones. Ahora, ese Jesús de Galilea me resulta especialmente fastidioso y virulento porque es distinto a los demás. ¡Hay que eliminar todo conato de escándalo y rebelión, y mantener el orden a toda costa! Apoyo la propuesta del sumo sacerdote. La detención de ese caudillo galileo debe ser inmediata, pero no en Jerusalén. Ese individuo es ya un hombre muy popular entre algunos grupos de ciudadanos. Me temo que si lo detenemos dentro de estos muros, o en el recinto del Templo si regresa por aquí, sus partidarios se levantarán y será difícil evitar un motín. Su prendimiento ha de ser de noche y con la máxima discreción.

—¡Muy bien! —asienten varios de los presentes en el Consejo, auténticos aristócratas guardianes de la tradición, muchos de los cuales pertenecen al grupo más opulento del clero.

El viejo Mardoqueo, alentado por las voces de apoyo, prosigue:

—No es una costumbre extraña a nuestras leyes que en los días de una gran fiesta se ejecute a individuos rebeldes a nuestra autoridad. Tales acciones inculcan en el pueblo el respeto a la Ley y son una muestra de la ejemplaridad que debe regir nuestras vidas. — El anciano calla de súbito.

Un denso silencio se impone en la sala. Es la primera vez que se pronuncia sin tapujos la palabra *ejecución* respecto a Jesús.

—De acuerdo —concluye Caifás con voz solemne, como si el abrumador silencio fuera la prueba de que la cuestión resulta aprobada nominalmente por todos—. Sabéis que llevo varias semanas meditando sobre la conveniencia de que perezca Jesús; prefiero su muerte a la de una buena parte de la nación judía.

—Pero nosotros no tenemos derecho a ejecutar a nadie. La condena a la pena capital es una atribución exclusiva de los delegados romanos —interviene un escriba.

—¿Piensas que no lo sabemos? —replica Caifás—. Doy por supuesto que hemos de presentar la causa ante Poncio Pilato y que él decida lo que más interese al bien común. Nosotros nos libramos de la culpa de su ejecución. Serán los romanos los que lo quiten de en medio y por las razones que sobre todo a ellos les convienen.

Cuando el sumo sacerdote está a punto de levantar la sesión del Sanedrín, Baruc ben Azarías, un saduceo de aspecto severo, alza su mano solicitando intervenir:

—Escuchadme un momento. Ese rebelde es galileo. Supongo que sabéis que Antipas, el tetrarca de esa región, se encuentra estos días aquí, en Jerusalén. ¿No creéis que es una inconveniencia y un evidente error político emprender una acción tan contundente contra un súbdito suyo sin que él lo sepa? Soy amigo personal de Antipas y converso con él en muchas ocasiones, así como con miembros de su familia y con Hipódamo, el poderoso jefe de su Policía. Me consta en verdad que no guarda ningún afecto por este rabino Jesús, que fue discípulo de aquel Juan el Bautista al que el propio Antipas ordenó descabezar. Sé que en Galilea el griego Hipódamo ordenó mantener bajo estricta vigilancia a este nuevo predicador y que sus agentes lo seguían allá por donde iba. Sé también que mantiene incluso confidentes infiltrados en el grupo de sus más íntimos seguidores y que conoce bien cada uno de sus pasos. Quizá esos espías sean capaces de desencadenar alguna rencilla interna que divida y debilite a los seguidores de Jesús; así será mucho más fácil lograr lo que nos proponemos, aparte de que Antipas sí tiene la potestad necesaria para hacer con el Nazareno lo mismo que hizo con el Bautista; no en vano Jesús está bajo su jurisdicción.

El doble consejo de Baruc ben Azarías parece acertado al grupo de los reunidos y se decide que Antipas intervenga en el espinoso asunto del galileo. Sin más temas que tratar, los consejeros delegan en Caifás el peso del encargo. Él mismo se pondrá en contacto con el tetrarca y, según lo que Antipas aconseje, se dispondrán los detalles precisos para la detención, que debe estar muy bien preparada para evitar un levantamiento del pueblo.

EL PATIO DE LOS GENTILES

En los días siguientes, Jesús regresa cada mañana al Templo, ajeno a lo que se está tramando contra él en el Sanedrín, aunque es consciente de que con sus actos se está jugando la vida. Sale de Betania con las primeras luces del alba, recorre el tortuoso camino hasta Jerusalén, se dirige al santuario y se coloca en un rincón del Patio de los Gentiles, donde pasa las horas enseñando su doctrina a cuantos se acercan a escucharlo.

Los miles de peregrinos que a diario visitan el Templo se topan con el galileo, que habla y habla sin aparentes muestras de cansancio. Unos lo miran con desconfianza, e incluso con desprecio y recelo, pero otros asisten a sus sermones con fervor y admiran la determinación que denotan sus palabras. Algunos tullidos y enfermos se acercan hasta él y le suplican que los libere de sus taras y los cure de sus enfermedades.

De vez en cuando los guardias se acercan y lo observan, pero no se atreven a intervenir porque Jesús siempre está rodeado de sus discípulos. Mientras predica, Jesús apenas ingiere alimentos, sólo toma un poco de agua de vez en cuando para humedecer sus labios y su garganta, y sigue hablando, y hablando, y hablando...

Al atardecer, tras muchas horas anunciando la llegada del reino de Dios, conminando al arrepentimiento y rezando por la salvación de las almas de todos los hombres de buena voluntad, Jesús se retira a descansar. Para evitar la fatigosa caminata hasta Betania decide hacerlo en una colina cercana a Jerusalén, llamada monte de los Olivos. Allí, tras atravesar el valle del Cedrón, se extiende un agradable huerto ubicado en una zona amena y tranquila en el extremo de la hacienda de un rico propietario que muestra sus simpatías hacia el Nazareno y le ofrece cobijo. En medio del huerto se alza una casa de campo, junto a una almazara, que los lugareños denominan, en su dialecto local, Getsemaní, es decir, *el molino de aceite*.

Desde la casita se divisa Jerusalén, ubicada hacia el oeste, y todos sus alrededores. Es un buen lugar para descansar cada noche, cerca de la ciudad pero al margen de su continuo bullicio.

El único problema es que la casa está llena de gente, en su mayoría amigos y clientes del propietario, a quienes presta sus instalaciones para dormir. Por eso, Jesús decide pasar las noches en la soledad del huerto, alejado de la casa, al aire libre a pesar del frescor de las madrugadas, apenas cobijado bajo unos cedros, entre cuyas ramas contempla la luz de las estrellas que titilan en el oscuro cielo de Judea.

Las noches discurren agitadas. Jesús tiene un presentimiento que lo angustia y apenas lo deja descansar. Siente que un grave peligro lo acecha. Está convencido, como tantos otros profetas en el pasado, de que Dios lo elige para llevar a cabo una misión trascendental, y semejante responsabilidad cae sobre sus hombros como una carga tan

pesada que no sabe si podrá soportarla. La historia de Israel demuestra que la mayoría de los profetas caen muertos a manos de sus adversarios, sobre todo en Jerusalén.

Mientras sus discípulos duermen, Jesús vela toda la noche. Nada lo tranquiliza: ni la intensa oscuridad, ni el tenue brillo de las estrellas, ni alguna centella que de vez en cuando cruza el cielo, ni el sonido del roce de las hojas de los cedros mecidas por la brisa, ni el lejano murmullo de apagadas voces que el viento transporta desde quién sabe dónde... Jesús se angustia, teme a la vida y a la muerte, sudores repentinos perlan su frente y empapan su cuerpo, temblores y espasmos espontáneos agitan sus miembros, un dolor punzante e intenso golpea de repente en sus sienes o en su nuca, siente la cabeza a punto de estallar, lo acongoja una agonía carente de motivo explicable, lo invade un pavor que lo lleva al límite del desfallecimiento, se encuentra sumido y perdido en un vacío sin fin...

Duda de sus esfuerzos y sus renunciaciones, se pregunta si el camino andado no habrá sido en vano, y se ve incapaz de encontrar la fórmula para convencer a los ciudadanos de Jerusalén de que el mensaje que anuncia es el que traerá la verdad y la justicia.

Hay momentos en los que está a punto de abandonar su misión, de rendirse, de renegar del ideal que lo trae hasta aquí. Titubea y se arrepiente por haber dejado su confortable trabajo de artesano; ojalá nunca hubiera salido a predicar y estuviera ahora en su taller, ajeno a cualquier otra cosa que no fuera cumplir con los encargos de sus clientes. Por un momento quiere arrepentirse de haber elegido esa vida de privaciones y sufrimientos. ¡Cuánto esfuerzo, cuántas penurias, tal vez para nada! Incluso lamenta su renuncia a una mujer, a una esposa que alegre su lecho en las noches frías y solitarias.

En el frescor de la madrugada acude a su cabeza la imagen de María de Magdala, su dulce rostro, su mirada cálida y sensual, su rutilante hermosura... De entre todas las mujeres que durante meses y meses lo sirven tan solícitas, a él y a sus discípulos, ella podría ser su compañera, su esposa, quién sabe si la madre de sus hijos. María, María, María... Repite su nombre, lo pronuncia una y otra vez, acariciando cada sílaba con sus labios. María... Imagina su cuerpo con sus voluptuosas curvas, recrea su risa, el sonido de su voz, su boca, sus ojos...

María, María, María..., la mujer a la que podría haber amado, a la que podría haberse unido conforme al mandato divino. Se conmueve al preguntarse por qué es capaz de aunar su entrega a la proclamación del reino de Dios con su amor por María, la mujer en la que, está seguro, encontraría el reposo placentero, la paz necesaria del alma y la dicha del cuerpo.

Pero tras cada momento de vacilación y debilidad, tras cada instante de decaimiento que parece empujarlo a abandonarlo todo, Jesús se rehace. Sabe que no tiene derecho a dudar de su misión, que es el elegido de Dios, a quien considera su verdadero Padre, a quien tantas veces reza, y que siempre le responde en la intimidad del corazón... ¡No puede fallar! Y entonces surge de nuevo su inflexible voluntad para cumplir la tarea encomendada por Dios, la obligación de continuar las enseñanzas de su mentor Juan el

Bautista... Y olvida sus debilidades y sus flaquezas, fortalece su espíritu, redobla sus energías y revigoriza su determinación.

Esta noche, desde la atalaya donde pernocta bajo un árbol, puede contemplar la Ciudad Sagrada, en la que lucen antorchas y pebeteros. Desde esa distancia, Jerusalén parece una ensoñación de chispas de luz entre rotundas sombras. Desea regresar a predicar en sus calles, en cada esquina, hablarles a sus compatriotas judíos de la verdadera palabra de Dios, pese a que ello le pueda suponer la condena a la pena capital.

Jesús piensa en la muerte, en el final de todo. ¡Qué importa la muerte! Ahora, lo único que merece la pena es que triunfe la voluntad de Dios, y él, el carpintero de Nazaret, es el elegido para cumplir la más trascendental de las misiones que se pueda encomendar a hombre alguno.

Al despuntar el alba, la tenue aurora de rosáceos dedos como las describiera el poeta, Jesús se siente aliviado. Sus discípulos lo esperan, ya despiertos con el primer canto del gallo, dispuestos a volver otro día más a Jerusalén. Y de nuevo afronta el camino por la cuesta polvorienta del valle del Cedrón, que serpentea a izquierda y derecha entre modestas tumbas e imponentes cenotafios.

Hoy, Jesús se coloca en el pórtico de Salomón, formado por dos amplias galerías cubiertas con una techumbre de madera de cedro sustentada por dos filas de gruesas columnas, un excelente lugar para ser escuchado por los peregrinos que ingresan en el Templo por la Puerta de Hulda o por la Puerta Dorada.

En pie, sobre una tarima elaborada por sus discípulos con un par de fajos de leña, un tablón de madera y unas cuerdas, Jesús arenga a cuantos pasan a su lado y muestran intención de escucharlo. Tras cada sermón, algunos de los oyentes toman la palabra para intervenir. Muchos son fariseos y escribas que tratan de rebatir ciertas ideas de Jesús, pues piensan que su misión consiste en discutir sobre la adaptación de la Ley a cada momento. En ocasiones, el debate se torna agrio y tenso, sobre todo cuando Jesús aborda los temas que más conmocionan al pueblo, como el valor del bautismo que enseñaba Juan o la inmediata venida del reino de Dios.

Pero no todos se enfrentan con Jesús y lo contradicen. Uno de los oyentes, ensimismado por las palabras del Nazareno, exclama:

—¡Éste es, sin duda, el profeta que anuncian las Escrituras!

Y ante esa afirmación, otra voz surge poderosa:

—Es más grande que Elías; este hombre es el Cristo, el ungido de Dios.

A lo que uno de los fariseos presentes replica:

—Pero este predicador es oriundo de Nazaret. ¿Acaso creéis que nuestro Mesías vendrá de Galilea? Las Escrituras dicen muy claro que el enviado de Dios al pueblo de Israel procederá de la casa de David.

—¡El Maestro pertenece a la casa de David! —replica uno de los discípulos.

—¡La casa de David está en Belén! —brama otro fariseo.

Las discusiones, los gritos, las proclamas, las interrupciones y las polémicas son constantes. Cada frase del Nazareno es jaleada por unos y denostada por otros. Nadie queda al margen de lo que propone, ni siquiera los guardias encargados de velar por que se conserve la calma en el Templo. Algunos de ellos, confundidos entre el gentío, se detienen a escuchar a Jesús y se emocionan con lo que dice hasta el punto de olvidar que deben estar en ronda permanente.

Dos de los guardias llevan ya un buen rato embelesados ante la presencia de Jesús, escuchando absortos sus prédicas. Uno de los sacerdotes, que los observa con atención, se acerca hasta ellos y los increpa:

—¿Qué hacéis ahí plantados como pasmarotes? Vamos, cumplid con vuestra obligación y patrullad por todo el Templo. No escuchéis las mentiras de este falso profeta.

Pero uno de los dos guardias le planta cara y replica:

—¿Acaso escuchas lo que proclama este predicador? No conozco a hombre alguno que hable con semejante claridad.

Uno de los fariseos, que escucha la conversación, interviene:

—¿También vosotros, garantes de la seguridad de este sagrado recinto, os dejáis embaucar por este charlatán? No seáis incautos. ¡Que Dios se apiade de este pueblo ignorante que desconoce la Ley! No conocéis las Escrituras: en ellas se dice que de Galilea no saldrá ningún profeta, y menos el Mesías.

—Pero lo que dice el predicador es muy notable, y digno de tener en cuenta — responde el guardia.

—¡Maldita canalla! —masculla el fariseo apretando los puños a la vez que se aleja airado del grupo que rodea a Jesús.

Tres días discurren de la misma forma, con Jesús paseando y hablando desde los pórticos, entre acaloradas discusiones con sacerdotes, escribas y fariseos. Los guardias lo vigilan, pero nadie se atreve a tocarlo.

En una de las ocasiones en las que Jesús predica y argumenta contra sus adversarios se le acercan unos cuantos saduceos aliados con partidarios de Antipas, más unos pocos fariseos; una extraña mezcla de intereses. Dos de ellos, conocedores de la decisión del Gran Sanedrín, urden una trampa contra Jesús para hacerle pronunciar una declaración peligrosa y lograr que el gobernador Pilato abandone su actitud aparentemente pasiva y se implique de lleno en la detención del agitador galileo. Con tono melifluido y humilde le dicen:

—Maestro, sabemos que eres muy sincero y que dices la verdad sin preocuparte de nadie. Tú no tienes miedo a los demás y sólo deseas exponer ante el pueblo la voluntad de Dios. Tenemos una cuestión que deseamos nos resuelvas, pues discutimos mucho

entre nosotros: ¿Es lícito pagar el tributo al César o no? ¿Debemos o no debemos aceptar ese pago?

Jesús reflexiona durante unos instantes. La pregunta es peliaguda, y comprende que se trata de una encerrona. Si dice que sí, que todos deben pagar el tributo, traicionará sus principios fundamentales, en especial uno de los más amados por él y sus partidarios: la tierra de Israel sólo pertenece a Dios; pagar al César un impuesto forzado es dar a éste lo que sólo corresponde al Dios de Israel. Los hijos del Altísimo, los miembros del pueblo elegido, están exentos de pagar cualquier impuesto a los gentiles. Pero si dice que no, será de inmediato reo de lesa majestad contra el emperador, puesto que niega una de las normas básicas de la gobernanza del Imperio: el pago de los impuestos en los territorios sometidos a Roma es un principio intocable, sagrado, negarlo es socavar el fundamento del Imperio mismo y ese delito está castigado con la muerte inmediata.

Tras unos segundos de silencio, Jesús habla:

—Mostradme la moneda del tributo.

Le enseñan un denario romano con la efigie de Tiberio en el anverso.

—¿De quién es esta imagen? —pregunta Jesús.

—Del César —responden al unísono.

—Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios —asienta Jesús.

Los demandantes se sienten atribulados ante la rapidez y aparente claridad de la contestación. El maestro galileo acaba de salir airoso de la trampa con una respuesta ambigua y confusa. Los que lo conocen bien saben que Jesús es totalmente contrario al pago del tributo, y que está confundiendo a sus adversarios mezclando dos cosas bien distintas: la moneda con la que se paga el tributo y el impuesto mismo. Sus seguidores saben que lo que quiere decir en realidad el Maestro, muy consciente de que es bien entendido por sus fieles, es «Dad al César ese denario concreto, pero a Dios todo lo que es de Dios»; es decir, todo el diezmo del producto de la tierra de Israel debe ser para Dios y no para el Imperio. Y el Maestro supone que el resto de los judíos piadosos entienden de igual modo su mensaje: ¡pagar el impuesto es una injuria al señorío de Dios! Con esa réplica tan astuta, tan inteligente, el Nazareno está dando una respuesta negativa al pago del tributo sin que puedan acusarlo directamente de traición al Imperio.

Los más listos de sus adversarios, sobre todo los herodianos, comprenden el mensaje, pero se muerden la lengua, pues es demasiado complicado replicar en público haciendo distinguos. Muchos galileos, además, se opondrían incluso con violencia, de modo que optan por el mutismo, no sin cierta rabia interior, pues entienden la consigna y la ingeniosa treta ideada por Jesús para evitar un pronunciamiento público. Pero a la vez se frotan las manos; cuando llegue el momento podrán presentarse ante Pilato y acusar al Nazareno por sus crípticas palabras, y lo acusarán de pervertir al pueblo al prohibir pagar el tributo al César y presentarse como el Mesías rey. Ya se presentará esa ocasión.

Entre tanto, Hipódamo sigue atentísimo las actividades del rabino de Nazaret. Antipas, siempre ajeno e indiferente a los asuntos religiosos, sólo está preocupado de que Jesús pueda convertirse en el cabecilla de una nueva revuelta que ponga en peligro su gobierno en Galilea y, sobre todo, su aspiración a convertirse un día en señor de toda la tierra de Israel.

A veces, en el transcurso de los días previos a la Pascua en su palacio de Jerusalén, tras ser informado de lo que ese día hace Jesús, el tetrarca siente el impulso de hablar con él; le gustaría convencerlo de la necesidad de poner los pies en la tierra, e incluso le asalta el deseo de pedirle que obre uno de esos milagros que la gente le atribuye, y la curiosidad sobre su respuesta..., aunque nada de esto confiesa a sus íntimos, pues pretende mantener una posición de dureza extrema contra el Nazareno. En alguna ocasión piensa que incluso podría ofrecerle ser su consejero, o proporcionarle un retiro espiritual en cualquier perdido rincón de sus dominios, para que deje de agitar a las multitudes, se olvide de tonterías y se consagre a la meditación y al estudio, como deben comportarse los verdaderos sabios.

Hipódamo tiene poco que hacer en la fiesta de la Pascua. No es judío y no celebra las ceremonias de este pueblo, de manera que dedica todo su tiempo a proteger a Antipas, a espiar los movimientos de Jesús y a conversar con Caifás y los suyos sobre la seria amenaza que supone la presencia del predicador en Jerusalén.

Esa tarde recibe la visita de Baruc ben Azarías, delegado del Consejo del Sanedrín, hombre de confianza del sumo sacerdote y el que aconseja dar cuenta a Antipas de las posibles acciones contra Jesús.

—Vengo a exponerte las hondas preocupaciones que se desatan en el Sanedrín por la presencia de Jesús de Nazaret en el Templo. Ese hombre perverso es galileo, de modo que tu señor, Antipas, debería intervenir para poner fin a tan complicada situación —le dice Baruc a Hipódamo.

—¿Y qué propuesta traes?

—Quitarlo de en medio.

—¿Cómo?

—Eliminándolo para siempre.

—¿Ya está decidido?

—Todos los miembros del Consejo del Sanedrín, con Caifás a la cabeza, están de acuerdo; la decisión es unánime.

—¿Y cuándo...?

—Cuanto antes. No podemos dejar que ese individuo siga emponzoñando a la gente. Algunos ya están difundiendo por las calles de Jerusalén que es un profeta, y que cura a los ciegos y rehabilita a los tullidos. Incluso aquí, en Jerusalén, dicen que ha sanado a un paralítico en las aguas rojas de la cisterna de Betesda y ha devuelto la vista a un ciego en el estanque de Siloé. No podemos consentir que siga adelante, de modo que

es nuestro deseo contar con la anuencia de tu señor Antipas y con tu apoyo como jefe de la Policía galilea. Al fin y al cabo, ese tipo es vuestro súbdito.

—Estoy de acuerdo en que Jesús debe ser eliminado, pero lamento que hayáis tardado tanto tiempo en tomar esa resolución, que debería haber sido aprobada hace meses —replica el griego un tanto molesto.

—Hace meses lo debatimos a instancia de Caifás, y él se pronunció con bastante claridad, pero no alcanzamos la unanimidad. Lo importante es que ya está decidido —dice Ben Azarías.

—También yo recomiendo al tetrarca que ordene la ejecución de Jesús, pero Antipas muestra algunas reticencias para acabar con ese condenado rabino. —Hipódamo vuelve a callar que tiene además motivos personales para desear la pronta desaparición de Jesús, pues sigue atormentado por el engaño de su esposa Rut, al acudir en secreto a escuchar los sermones del Nazareno en las cercanías de Tiberiades.

—En ese caso, estamos de acuerdo. Sólo queda que convenzas a Antipas, y todo solucionado.

—Mi señor está convencido en el fondo, pero teme que la muerte de Jesús desencadene una oleada de protestas, nada oportunas en un momento delicado de amenazas exteriores contra Galilea.

—Pero ahora estáis fuera de Galilea; en Judea, podemos actuar conforme a nuestros intereses comunes.

—Aquí hay muchos galileos y dispongo de pocos efectivos. Pero sopesando todo, es mejor ahora. Cuenta con mi colaboración y la de mis hombres para lo que necesitéis.

Baruc se siente molesto porque Hipódamo tilda de profeta al que él considera un ignorante galileo, pero elude hacer comentario alguno al respecto.

Por su parte, Hipódamo no piensa en otra cosa: Jesús ha de ser eliminado de inmediato. Le molesta que Rut siga pensando en él y que en cualquier momento pretenda acudir al Templo para escucharlo si se le presenta la ocasión. Rut es judía, y ni siquiera su esposo griego puede impedirle que acuda al santuario y allí se cruce con el Nazareno en el Patio de los Gentiles. Las mujeres disponen de su propio patio, pero les agrada a menudo detenerse en esa gran explanada, ya que el recinto dedicado a ellas es más bien pequeño y tienen vedado el acceso ulterior al recinto sagrado.

—En ese caso, tenemos que trazar un plan conjunto para sortear los poderes de Jesús.

—¿Poderes? ¿A qué te refieres? —pregunta Hipódamo extrañado.

—Dicen que ese mago es capaz de realizar grandes prodigios y milagros.

Hipódamo ríe a carcajadas.

—¿Milagros, prodigios...? Se trata de simples trucos para incautos que ejecuta delante de gente crédula e ignorante. Ya verás como no es capaz de poner en práctica ninguna de sus artimañas cuando le pongamos la mano encima.

—En ese caso, elaboremos un plan y llevémoslo adelante.

—Que sea rápido. Ponedlo en marcha enseguida y mis soldados se sumarán. Yo me encargo de convencer a Antipas.

Los dos hombres se despiden con el compadreo que une a los cómplices.

Hipódamo se queda pensando en Jesús y en Rut. Continúa convencido de que su esposa admira a ese orate, se siente atraída o incluso está enamorada de él. Por eso, Rut no debe enterarse de los planes que está maquinando, no tiene que saber que lo van a capturar y a ejecutar, pues eso los separaría para siempre; e Hipódamo ama a su esposa, pese a ese incidente.

Con el acuerdo de Hipódamo para participar en el prendimiento de Jesús, todo se precipita. Baruc ben Azarías regresa al Sanedrín y comenta la excelente disposición del jefe de la Policía galilea. Caifás se alegra de la noticia, pues no es habitual que las autoridades de Galilea se muestren tan dispuestas a colaborar con las de Jerusalén, y ordena que se ponga en marcha de inmediato un plan para apresar a Jesús.

Los agentes del Sanedrín actúan con suma diligencia, a la vez que Hipódamo ordena a Meir, uno de sus mejores agentes, que conoce bien a los seguidores de Jesús, pues los trata mucho en Galilea, que se ponga en contacto con los discípulos y que localice a quien de entre ellos esté dispuesto a colaborar, es decir, a traicionar paladinamente al Maestro por una buena recompensa.

Ante la petición de Hipódamo, Meir no lo duda.

—Entre los que siguen a Jesús hay un tipo nativo de Kariot, una aldea al sur de la ciudad de Hebrón, en el desierto del Neguev, que permanece a su lado desde los primeros momentos. Su nombre es Judas; para distinguirlo de otros discípulos del mismo nombre, todos lo conocen como Judas el de Kariot. Él nos ayudará —asienta Meir.

—¿Estás seguro? —demanda Hipódamo.

—Sí, aunque ese hombre sea de la entera confianza de Jesús; tanto que incluso le delega la custodia de la bolsa en la que se guarda el dinero común de todo el grupo.

—Pero si es tal su lealtad, ¿cómo va a traicionarlo?

—Porque en realidad le gusta mucho el dinero..., demasiado. Y además, porque Judas tiene su propio criterio sobre cómo instaurar el Reino. Hace ya unos meses que no se encuentra a gusto en el grupo, e incluso muestra su desacuerdo con algunas de las acciones de Jesús. Unos días atrás confesó a uno de nuestros confidentes infiltrados que la actitud del Maestro es demasiado pasiva y monótona, y que se estanca en sus discursos y propuestas. Judas es un hombre de acción, partidario de impulsar lo que ellos llaman *la venida del Reino* de la manera más rápida y contundente, e imponerla utilizando las armas y la violencia.

—Por lo que dices, ese tal Judas es incluso más peligroso que el propio Jesús.

—Mucho más. Para Judas, su Maestro es un iluso que confía ciegamente en que no tardará en producirse una intervención de Dios con sus ángeles. Pero el de Kariot

considera que Dios nunca actúa directamente, sino que permite que los hombres actúen por ellos mismos. Ahí es donde cree que el Nazareno se está equivocando.

—No sé... —duda Hipódamo—. Al final se volverá contra nosotros; tal vez no sea el hombre adecuado.

—Claro que lo es —asienta Meir—. Hace meses que Judas se mueve al margen de los postulados de Jesús, incluso mantiene contactos secretos con gentes que piensan como él. Conserva muy buenas relaciones con un herrero gigantón de nombre Aryeh, que encabeza un grupo denominado «Los vengadores de Israel», celosos defensores de la Ley, en la ciudad de Jericó. Este grupo ha protagonizado dos ataques a pelotones romanos, y se muestra muy activo. Sus miembros andan por ahí armando a otros grupos, e incluso a algunos de los discípulos de Jesús.

—Ese Judas es un loco, pero puede sernos muy útil. De acuerdo; habla con él, y espero que colabore o perderá su cuello.

El encuentro de Meir con Judas se produce enseguida. Los dos hombres se entrevistan en un discreto huertecillo en el valle del Cedrón. El de Kariot es un hombre de mediana estatura, algo rechoncho, con una incipiente calvicie que despuebla sus sienes y una abundante barba negra. De natural vivaracho e irreflexivo, acude presto a la llamada de Meir, y se muestra nervioso e inquieto.

—Agradezco que vengas tan pronto —saluda Meir a Judas.

—Tú dirás.

—Tu Maestro se ha convertido en un problema, lo sabes.

Judas mira fijamente a Meir y calla. Muy despacio, como el gusano que va consumiendo el corazón de una fruta madura sin que se aprecien rastros en el exterior, su admiración hacia Jesús se debilita. Ahora sus ideas son distintas, alejadas, en aspectos fundamentales casi contradictorias. Ya no confía en el hombre al que ha seguido ciegamente durante tanto tiempo; ahora lo considera un pusilánime equivocado del que ya no espera nada. Perdida la fe y la ilusión de los primeros momentos, considera que Jesús no es quien restaurará la perdida gloria de Israel.

—En realidad, no quiere ser rey —dice de pronto Judas.

—¿A qué te refieres?

—Algunos le decimos que se proclame decididamente rey de los judíos, que lo haga de una vez y de modo claro para reivindicar que él es el verdadero Mesías, el portador de la libertad de Israel, pero no quiere, no se atreve, tiene miedo... No es el hombre en el que yo creí al principio.

Judas parece sumido en un profundo desasosiego, y Meir intuye que ahí radica su debilidad.

—¿Por qué razón no quiere ser rey?

—No lo sé, pero ninguna de las excusas que plantea me parece convincente. Debió proclamarse rey de Israel el día que entramos en Jerusalén entre ramas de olivos y palmas. ¡Aquel ser triunfante y altivo sí era el Jesús que yo conocí! Pero tras estos días pasados en el Templo muestra su otra faz. ¿Por qué no hace realidad lo que le demanda el pueblo? ¿Por qué no aplica el remedio para lograr al fin la libertad y la independencia de Roma? Jesús no hace nada, no actúa; sólo habla, predica, discute...

—Queremos ayudarte... —interviene Meir.

—Nos dijo que venía a fundar un nuevo orden —Judas continúa con sus reflexiones como si Meir no estuviera presente—. Lo abandonamos todo por seguir a su lado, confiamos en que traería consigo la recompensa prometida, nos dijo que recibiríamos el ciento por uno, que volverían los tiempos gloriosos de las doce tribus de Israel... Pero nada, absolutamente nada... —Judas oculta su rostro con las manos.

—¿Crees que debe... desaparecer? —pregunta Meir.

Judas alza la cabeza, sus ojos están irritados, como a punto de romper a llorar.

—Sí. Su figura es un freno a la verdadera llegada del reino de Dios. Sí, hay que suprimirlo, aunque eso nos duela a los que tanto lo amamos.

—En ese caso, ¿nos ayudarías a... capturarlo?

Ante semejante propuesta, Judas se inquieta. No le gusta ser el traidor que lo delate. Vacila. Hay otros muchos como él que también opinan que el Nazareno debe desaparecer para dar paso a dirigentes mucho más decididos.

—¿Yo, un delator...?

—Te pagaremos por ello —dice Meir.

Judas calla. La idea de la muerte de Jesús le da vueltas en la cabeza. Hay que suprimirlo, sí, pero... Duda. ¡Sus venas contienen la sagrada sangre del linaje de David para nada!

Tras un buen rato en silencio, al fin habla:

—Mi corazón se encoge de pena, pero no tengo más remedio que aceptar tu propuesta. Os ayudaré a capturar a Jesús.

—Magnífico. De momento, cuenta con treinta monedas de plata por tu colaboración, y mediaré ante mis señores Antipas e Hipódamo para que te consigan otro buen puñado; el doble por lo menos.

—El dinero no es lo importante —musita Judas.

—Pero ayuda. Bien, cerremos el trato y acordemos cómo actuar. Tú señalarás el lugar y el momento oportuno para proceder al prendimiento de Jesús, que tendrá que hacerse del modo más fácil posible, preferentemente de noche, lejos de las turbas de seguidores que durante el día lo rodean —explica Meir—. Y si duermen o está muy oscuro, tú cuidarás de que no nos equivoquemos.

Los dos hombres se separan. La celada está dispuesta. Judas recibe sus treinta monedas. Meir informa a su jefe, e Hipódamo siente la agitación del cazador ante una valiosa pieza. Antipas se alegra ante la inminente desaparición de una gran molestia,

aunque no haya hablado con él, por el momento. Los miembros del Sanedrín se felicitan porque van a librarse de uno de sus mayores azotes. Jesús está sentenciado. Los romanos deben colaborar también en la caza, pues la presa es de su mayor interés.

Aquella tarde, con una terrible premonición flotando en el ambiente, Jesús predica en Jerusalén, rodeado de sus discípulos. Las mujeres, con el permiso del Maestro, organizan una cena, previa a la de la Pascua, y Jesús decide que es el momento oportuno para reunirse con todos sus incondicionales y plantearles nuevas iniciativas ante las graves circunstancias que se avecinan.

El conflicto con las autoridades lo acompaña durante los últimos meses de su periplo por Galilea y en la marcha hacia Jerusalén, y ahora se exagera en extremo, sobre todo tras lo ocurrido en el Templo. Jesús teme además que los saduceos entiendan bien su críptico mensaje contrario al pago del tributo. Todo el grupo se encuentra en grave peligro, y Jesús es consciente de ello. Él sólo es un profeta que no puede enfrentarse a toda la maquinaria de poder que suman Antipas, el Sanedrín y los romanos.

—Nuestros enemigos son muy fuertes —les dice Jesús a sus discípulos poco antes de comenzar la cena—. A su lado, nosotros somos como un frágil juguete en las manos de un niño malhumorado.

—No nos importa; si estamos a tu lado, no tenemos miedo —asienta uno de los discípulos.

—Sabéis que seguirme es arriesgado y peligroso, y que caminar a mi lado significa renunciar a muchas cosas y sufrir persecución y castigo. Pero ahora es posible que arriesguéis hasta la propia vida. Tenéis que estar vigilantes y prevenidos.

Silencio. En la sala de la casa de uno de sus apoyos secretos en Jerusalén, donde se reúnen para cenar, se palpa una tensión desconocida, pero a la vez se respira un ambiente de excitación y de triunfo, como si estuviera a punto de suceder algo decisivo para sus vidas.

—Podemos defendernos si nos atacan, Maestro —dice uno de los discípulos más cercanos y decididos—. Aquí tenemos dos espadas, pero en cuanto digas una palabra habrá muchas más..., si así lo ordenas.

Jesús sonríe ante la ingenuidad de su discípulo.

—Me temo que ese par de espadas que muestras tú ahora, ni siquiera una docena o veinte, o cincuenta más, serán insuficientes para rechazar el peligro que nos acecha.

El Maestro se siente desalentado. Sus discípulos, pobres ilusos, no entienden su sarcasmo. Hace casi una semana que predica en el Templo, varias horas cada día, sin descanso, intentando convencer a los que lo escuchan de la veracidad de su mensaje. La mayoría de la gente de Jerusalén rechaza sus palabras. No logra moverlos. Los habitantes de la capital no son como los inocentes campesinos y los sencillos pescadores de Galilea, tan fáciles de conmover con emotivos discursos.

El esfuerzo titánico de los últimos años, casi tres, sirve para muy poco. Sólo puede convencer del todo a un pequeño grupo de incondicionales, que lo siguen ciegamente como las ovejas al pastor.

Jesús se abruma y se entristece. Al final de su camino, tras tantas privaciones, siente que fracasa. Su mensaje no cala, no es capaz de transmitir la palabra de Dios con la fuerza necesaria para imponerla ante todos los que lo oyen. Incluso es objeto de mofa y de burla por muchos, y de desprecio y rechazo por los doctores y los escribas del Templo. ¿Cómo, ante estas circunstancias, va a proclamarse con toda claridad rey de todos los judíos?

A pesar de todo, la luz de Dios sigue prendida en su corazón, y el Maestro confía en que las promesas sobre la venida del Reino se cumplirán. No sabe cómo, ni el momento exacto..., pero se cumplirán. ¡Dios y sus ángeles se encargarán de ello!

Los discípulos esperan sentados a la mesa en una sala aromatizada con incienso y mirra. Jesús toma el pan, como acostumbra, parte en pedazos la hogaza y los reparte entre todos los presentes, que comienzan a comer sabedores de que aquélla no es una cena más. Al final, sostiene una copa de vino, la alza ante los ojos de los comensales y toma un sorbo antes de pasarla. Uno a uno, todos los discípulos beben del mismo cáliz. Cuando acaba su sorbo el último, Jesús habla:

—¡Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día en el que lo beba de nuevo en el reino de Dios! Pero no temáis. Os prometo que pronto, muy pronto, tendrá lugar el festín del Reino y todos nos sentaremos de nuevo alrededor de la mesa.

Ante estas palabras de Jesús, los discípulos se sienten conmovidos. Aquel banquete suena a despedida, todos son conscientes de ello, pero ninguno quiere deducir las consecuencias, ni hacer la menor mención a ello.

Acabada la cena, en la que el ambiente de triunfo queda un tanto apaciguado, se retiran a descansar. Jesús lo hace acompañado de sus más íntimos, en el refugio del monte de los Olivos. La noche es fresca y el cielo refleja una serenidad inquietante. La luna, casi en su plenitud, ilumina el camino.

Al llegar al olivar, la calma que se respira, las sombras que proyecta el resplandor lunar y el sosiego de la noche invitan a prolongar la velada conversando o meditando. Jesús no tiene sueño, pero sus discípulos van cayendo adormilados uno a uno, presas del cansancio. El Maestro se mantiene despierto, es él quien vela y reza por todos.

En el silencio nocturno, cuando la oscuridad está en la mitad de su carrera, Jesús cree escuchar algunos pasos. Aguza el oído; tal vez sea algún animal en busca de comida, o algún discípulo que se levanta para aliviar sus necesidades. No, ahora está seguro, lo que escucha son pisadas que se acercan sigilosas y se hacen más intensas. Los pasos parecen corresponder a un grupo numeroso. Se nota incluso un ligero temblor en

el suelo. Aquello no es nada bueno, intuye Jesús. Tal vez llega el momento de enfrentarse al peligro que tantas veces presente.

Al cabo de unos instantes se perciben unas figuras recortadas con nitidez por el brillo de la luna. Ya no hay duda; es un nutrido grupo de hombres; seguro que empuñan armas, pues percibe su metálico sonido, y avanza amenazante y en formación compacta hacia él.

Ya más cerca, Jesús consigue identificarlos. Al frente marchan los sacerdotes encargados de la seguridad del Templo, que Jesús reconoce por haberlos visto todos los días mientras enseñaba en el pórtico de Salomón y porque visten su peculiar atuendo.

Entre ellos, con el rostro iluminado por el fulgor directo de la luna, destaca Meir, a quien acompañan dos hombres de la confianza de Hipódamo y tras ellos bastantes guardias de la escolta de Antipas, que Jesús identifica por la forma ovalada de sus escudos. Hay, además, un par de manípulos de soldados romanos, cuyas armas son también inconfundibles.

Con rapidez y agilidad, el grupo de hombres armados rodea a Jesús y al pequeño grupo de fieles que se despiertan sobresaltados al escuchar el roce de las espadas en los escudos y se incorporan alterados dejando sus mantos tendidos en el suelo.

Allí, en medio de los atacantes, está Judas el de Kariot. El delator alza su brazo y señala al Maestro. De inmediato, un grupo de cuatro hombres armados con espadas y bastones lo sujeta y lo inmoviliza. Los discípulos, todavía adormilados y sorprendidos, intentan defenderse con valentía desenvainando sus espadas. Se entabla una pelea desigual. Chocan los aceros, chirrían los dientes, resuenan los golpes en los escudos, algunos gritos, empujones... Por unos momentos reina la confusión, uno de los atacantes es herido en una oreja, pero las fuerzas están muy desequilibradas y los agresores consiguen someter enseguida a los discípulos del Nazareno, que son empujados, rodeados y reducidos al fin.

Jesús comprende que la valiente reacción de sus fieles es inútil, y que no puede repeler a los agresores; una resistencia desesperada sólo significará más sangre, heridos y quizá incluso muertos.

—Alto, deteneos; no os resistáis y entregad las armas —ordena Jesús a sus discípulos.

Esa orden no es necesaria. Los discípulos se dan cuenta de que no pueden hacer nada y bajan los brazos. Unos cuantos civiles provincianos, inexpertos en el manejo de las armas, no son rivales para soldados veteranos, los expertos guardias del tetrarca Antipas, los legionarios romanos y los miembros de la Policía del Templo, que forman bajo el mando del Gran Sanedrín de Jerusalén.

—¡Que no escape ninguno! —grita Meir.

—Es a mí a quien buscáis —proclama Jesús con voz serena, procurando que su tono transmita serenidad a sus discípulos—. Llevadme por tanto con vosotros, pero dejad en paz a estos inocentes.

El sacerdote que dirige el grupo armado tiene órdenes expresas de causar el menor revuelo posible. La orden de prendimiento, procedente del Gran Sanedrín mismo, afecta exclusivamente al cabecilla de los alborotadores galileos. No hay ningún mandato de arresto sobre el resto de sus seguidores; de modo que, tras unos instantes de duda, el sacerdote da una orden fulminante:

—Dejad marchar a esa chusma; sólo nos interesa éste —dice señalando a Jesús.

Todos los discípulos, desarmados y atemorizados como unos corzos ante una jauría de perros rabiosos, huyen en desbandada cuesta abajo, dispersándose entre los olivos y ocultándose en la oscuridad. Jesús se queda solo, absolutamente solo a merced de sus captores.

Todo ocurre muy deprisa: la entrada triunfal en Jerusalén, el violento enfrentamiento con los cambistas y mercaderes en el Templo, los sermones en el pórtico de Salomón, la discusión sobre el tributo con los saduceos y herodianos, la cena, ahora el prendimiento...

Esto es el final, supone Jesús mientras sus captores se lo llevan a empellones; aunque todavía tiene tiempo para, en la penumbra de la noche, cruzar una mirada con Judas el de Kariot, que baja los ojos avergonzado.

EL PROCESO CONTRA JESÚS

Con la precipitación que provoca un estado de nerviosismo y excitación, los captores de Jesús lo conducen desde el monte de los Olivos hasta la casa de Anás en Jerusalén, donde el influyente miembro del Sanedrín y su yerno Caifás aguardan impacientes desde hace horas a que se produzca el desenlace del plan tramado para la captura del rabino galileo.

—¡Ya lo tenemos! ¡Enseguida llegan con él! —exclama eufórico uno de los guardias del Templo, que se adelanta a la carrera para anunciar el éxito del prendimiento.

Poco después, entre empujones, golpes, tirones y algún que otro insulto, los captores se presentan en la casa de Anás con su preciada presa.

—¡Aquí está! Ha resultado mucho más fácil de lo que habíamos supuesto. Sorprendimos a este farsante y a toda su banda durmiendo en el olivar. No esperaban nuestra intervención; ni siquiera había uno de ellos de guardia —explica ufano el sacerdote que ha dirigido el prendimiento.

—¿Algún contratiempo inesperado? —le pregunta Caifás.

—Ninguno, sumo sacerdote. Aunque ofrecieron alguna resistencia con sus espadas, los dominamos fácilmente. Lo capturamos con tanto sigilo que ni las lechuzas se han percatado de ello.

En medio del patio de la casa, iluminado por dos pebeteros y media docena de lucernas, Jesús, maniatado y confuso, con las manos amarradas a la cintura por un áspero cordel, custodiado por media docena de hombres armados, es contemplado por Anás y Caifás.

El sumo sacerdote, que conoce bien la autoridad que sigue ejerciendo su suegro, Anás, pese a no ocupar cargo relevante alguno, ha dispuesto que Jesús sea llevado a su presencia antes de mostrarlo como trofeo al resto de los miembros del Sanedrín.

—¡Por fin! Ya estás en nuestras manos, condenado galileo. —El viejo Anás observa al desasistido Jesús y camina a su alrededor como el depredador que tiene una presa a su alcance y disfruta los instantes previos a abatirla.

—¿Qué aconsejas que hagamos con él? —le pregunta Caifás sabedor de cuál va a ser la respuesta de su suegro.

—El tiempo fluye deprisa. Los romanos todavía no se inmiscuyen del todo en este asunto, pero no tardarán en hacerlo. Deberíamos eliminar a este mentecato cuanto antes —dice Anás con la sutil frialdad con la que suele acompañar sus intervenciones.

—Es probable que el procurador Pilato quiera celebrar una audiencia antes de que sea ejecutado. Y, sin duda, tendrá que ser él quien señale el modo de ejecución —dice Caifás.

—¿Qué ha sido de sus discípulos? —pregunta Anás al sacerdote que ha dirigido el prendimiento de Jesús.

—No había tantos en el lugar donde lo hemos capturado. Quizá no llegaron ni a un centenar. Tras un breve forcejeo y el intercambio de algunos golpes para evitar que defendieran a su jefe, los acorralamos e inmovilizamos. Uno de los nuestros resultó levemente herido. No teníamos orden de capturar a ninguno de ellos, de modo que los dejamos huir; corrían en todas las direcciones, como conejos asustados. Son una banda de cobardes. Apenas unos pocos de ellos intentaron defender al galileo, pero pronto lo abandonaron aterrados. Tal vez se convencieron de que Dios no los iba a ayudar esta noche. A estas horas todavía deben de estar corriendo entre las sombras camino de Galilea.

—No me fío. Es probable que se reagrupen y maquinen algún plan para liberar a este desgraciado. Por eso debe ser ejecutado enseguida —dice Anás.

—Tienes razón. Lo mejor sería liquidarlo ahora mismo, pero tenemos que incoar un proceso y celebrar un juicio; lo prescribe nuestra Ley. La condena a muerte la dictará nuestro tribunal y Pilato la ejecutará gozoso. Los miembros del Sanedrín ya están avisados.

»No son horas para ir al pórtico de la Piedra Labrada. Es cierto que la costumbre prohíbe las vistas por la noche, y la condena capital en sólo un día...; pero nadie en su sano juicio va a criticarnos por ir contra la tradición, precisamente porque estamos en Pascua... y los galileos están muy alborotados. ¡Urge acabar con él! —Caifás señala a Jesús con desprecio—. Nadie podrá acusarnos de que este hombre no tiene oportunidad de defenderse. Los testigos están preparados. Ahora disponemos de tantos cuantos queramos; dejaremos que hable en su favor lo que quiera..., hasta el alba.

El sumo sacerdote mira al Nazareno, que se mantiene de pie, inmóvil, con los ojos fijos en el suelo, en medio del patio, bajo el frío relente de la noche. Caifás parece satisfecho, su plan ha tenido éxito y el causante de tantos alborotos ya está en sus manos. No dejará que se le escape.

Anás también sonríe. Hasta el momento todo se desarrolla conforme al plan previsto, aunque el viejo zorro piensa que el Sanedrín ha tardado demasiado tiempo en reaccionar. Está convencido de que la captura de Jesús debería haberse producido en cuanto apareció por los alrededores de Jerusalén, y que no se le debía haber permitido entrar triunfalmente en la ciudad y mucho menos predicar impunemente durante varios días en el Patio de los Gentiles ni en el pórtico de Salomón. Si se hubiera actuado antes con toda contundencia, no habría habido tantos problemas..., sobre todo las quejas y reclamaciones de los comerciantes y cambistas por el incidente del Templo, que ahora deben resolverse.

—Faltan dos días para la gran semana de la fiesta de la Pascua, que comienza el próximo sábado. Entonces se aglomerará demasiada gente en Jerusalén. Acabemos con esto de una vez —propone Anás un tanto impaciente.

—Lo haremos enseguida. Vamos a mi casa; allí celebraremos la sesión del tribunal.

A toda prisa y con el mayor sigilo, sorteando las desiertas calles de Jerusalén bajo una luminosa y metálica luna, la comitiva encabezada por Caifás y Anás se traslada en tres grupos hasta la casa del sumo sacerdote, donde ya aguardan la mayoría de los setenta miembros del Sanedrín. Apenas falta alguno de los influyentes ancianos, de los poderosos sacerdotes, de los cabecillas fariseos y de los severos escribas.

Según las normas, sólo hacen falta veintitrés jueces para dictar un veredicto en un juicio de esas características, pero casi nadie quiere perderse el proceso contra Jesús. Saben que es capaz de provocar graves altercados y están tan deseosos como Anás de acabar para siempre con el causante de sus recientes preocupaciones.

Convenientemente custodiada por los guardias, que se despliegan apostados en los alrededores por si fuera necesaria su intervención, la casa de Caifás se convierte en la sede provisional del Sanedrín. Los miembros del Consejo se reúnen en la sala grande, ubicada en una de las alas del patio. La noche, ya muy avanzada, se torna desapacible al levantarse un gélido viento del norte que hace la luna más brillante y hermosa, pero que provoca una acentuada sensación de frigidez.

Los jueces se agolpan en la estancia, los más jóvenes de pie, pues no hay asientos para todos. Dos guardias conducen a Jesús y lo colocan en el centro, frente a Caifás, que se sienta en un solemne sillón, presidiendo el tribunal del Sanedrín en su condición de sumo sacerdote del Templo. A su derecha, en un sitial algo más bajo, el viejo Anás, tan venerado como temido, contempla con impostada severidad al indefenso reo, ya condenado de antemano.

—La resolución del caso que hoy nos ocupa, tan urgente como incuestionable, está muy clara para mí —comienza su esperada locución Caifás, que se expresa con precipitación y con cierto nerviosismo—. Os he convocado a esta hora tan intempestiva porque la Pascua se acerca y no podemos dejar suelto a este pervertido, engañador del pueblo, desafiante y peligroso galileo, que en los últimos días no hace otra cosa que provocar altercados, desestabilizar y subvertir el orden en nuestra ciudad y desencadenar conflictos que alteran la tan necesaria paz que requiere la próxima fiesta. Los romanos esperan que se desencadene el mínimo incidente para intervenir y demostrar que son ellos los que mandan. ¡Cuánta más sangre, más evidente la demostración de poder!

—No sólo Jerusalén; este desdichado altera todo Israel —comenta en voz alta uno de los ancianos, cuya avanzada edad no le permite discernir que interrumpe con cierta irreverencia el discurso del sumo sacerdote.

—Quizá hayamos tardado más de lo debido en convocar esta solemne reunión del Consejo —prosigue Caifás tras lanzar una fulminante mirada sobre el viejo que lo interrumpe—, pero hemos tenido que actuar con toda prudencia, sujetos en cada momento a lo que disponen nuestras leyes para casos tan graves como el que nos ocupa. Esperemos que los doctores de la Ley estimen estas circunstancias a la hora de juzgar al

tribunal reunido de noche. Encontrar testigos también nos ha llevado algún tiempo. Estas circunstancias son las que explican...

—No es éste el momento para brillantes discursos —interviene de pronto Anás cortando tajantemente a su yerno, y señala con un dedo acusador a Jesús—. Sobre la culpabilidad de este individuo no cabe duda alguna. Mi opinión, si os sirve de consejo, es que deberíamos ejecutarlo inmediatamente. Según la Ley deberíamos apedrearlo ahora mismo. Pero, por desgracia, no está en nuestras manos tomar esa decisión, tan oportuna como justa. Lo que debemos hacer en esta sesión extraordinaria es confirmar la culpabilidad de este impertinente galileo, aportar las pruebas que la certifican y presentarlas de manera inmediata ante Poncio Pilato. El procurador romano sabe que en los casos en que se cometan delitos contra el Templo, la norma legal establece que debe existir una total colaboración entre nuestro tribunal y la autoridad romana.

—Como bien conocéis —Caifás retoma la palabra para evitar que su suegro acapare todo el protagonismo de la reunión—, Roma se reserva la supervisión de todos los asuntos concernientes al Templo y a la seguridad de la nación y del Imperio. Nos vemos obligados a dejar este caso al albur de la voluble voluntad del procurador romano, pero yo estoy convencido de que Pilato hará justicia y responderá afirmativamente a nuestras quejas; podéis estar seguros de ello.

—Ahora hablas bien —asienta Anás.

—El designado para presentar la acusación de Jesús ante este Sanedrín es el ilustre Esdras, hijo de Azarías —anuncia Caifás—. Tienes la palabra.

Esdras es uno de los más eminentes doctores de la Ley. Hijo de un zapatero, comenzó trabajando en ese oficio, pero pronto fue promovido al rango de magistrado a causa de sus muchos méritos y conocimientos.

—Con permiso del sumo sacerdote: se acusa a Jesús de Nazaret —dice Esdras con tono enérgico— de seducir y engañar al pueblo, de blasfemar pública y reiteradamente perturbando en extremo el orden y la paz del Templo, de la ciudad y de todo Israel. Está escrito: «Saca al blasfemo fuera del campamento; todos los que lo han oído, que pongan las manos sobre su cabeza y que lo lapide la comunidad entera». Y en otro lugar se dice: «El profeta o vidente que te aparta del camino del Altísimo será eliminado. De este modo harás desaparecer el mal de en medio de ti». Este hombre, a quien llaman Jesús, es un pecador blasfemo y un irreverente seductor. Es un falso profeta que merece la muerte. —Y tras detenerse unos instantes como para lograr el asentimiento implícito de los presentes, grita—: ¡Que pasen los primeros testigos!

Jesús, de pie en el centro del corro que forman los miembros del Sanedrín, guarda silencio. Ni siquiera se digna dirigir la vista al presidente del tribunal; tiene los ojos fijos en el pavimento, no se mueve, como si todo aquello no fuera con él. Uno de los sacerdotes de menor rango, que actúa como auxiliar del tribunal, sale al patio y llama a varios testigos, a los que hace entrar en el recinto.

La declaración de los testigos resulta ser una mera confirmación en la que atribuyen a Jesús la autoría de doctrinas disidentes y peligrosas, más toda la culpabilidad como máximo responsable de los disturbios provocados durante su entrada en Jerusalén y en el Templo. Nada se añade a lo que todo el mundo conoce ya. En realidad, sus testimonios son de poca monta para presentar un cargo novedoso ante Pilato, pues apenas aportan datos a lo que, en su momento, se ha informado al procurador sobre lo ocurrido en su aparición en la capital y en sus actos en el santuario.

Acabada la ronda de ese grupo de testigos, Esdras solicita que entren dos personas más, a las que invita a colocarse en el centro de la sala, en un hueco que les hacen los miembros del tribunal.

Los dos recién llegados se muestran acobardados y tensos ante tantos jueces y personajes relevantes. Pero están bien aleccionados sobre lo que tienen que decir, de modo que cuando le conceden la palabra al primero de ellos, no duda en sus acusaciones:

—Varios de nosotros hemos oído decir a ese hombre —dice señalando a Jesús—: «Yo destruiré este Templo hecho por manos humanas y en poco tiempo levantaré otro hecho por las manos de Dios». —El testigo recita esta frase de corrido; parece evidente que alguien le ha obligado a memorizarla.

El segundo testigo levanta su mano pidiendo permiso para hacer una precisión:

—No dijo «yo destruiré», pero sí es verdad que dijo «será destruido».

Surge entonces una discusión entre los dos testigos, que no se ponen exactamente de acuerdo en el tenor literal de las palabras de Jesús, por lo que Esdras, como fiscal instructor del caso, se ve obligado a intervenir.

—Puede que en otro momento sí, pero ahora ese matiz carece de importancia. Lo verdaderamente sustancial es la confirmación de su blasfemia contra el más sacrosanto de nuestros lugares. La ley de Moisés no es como la de los romanos, que deja a sus dioses el castigo del blasfemo. Nuestras normas condenan a muerte esta gravísima ofensa: «Quien blasfeme será muerto», «Oh, Señor, acuérdate de sus blasfemias y no le des tregua», rezan las Escrituras. ¡Quien ataca al templo insulta gravemente la presencia divina en él! ¡El comportamiento del reo ha sido una blasfemia continua! —Esdras recorre con una mirada panorámica a todos los presentes y añade—: Retírense estos dos testigos y que entren los siguientes.

Se trata de dos hombres de avanzada edad, bien vestidos con túnicas aseadas y elaboradas con elegante factura. Sobre sus hombros portan sendas capas de excelente paño. Desde luego, son personajes acomodados, de mayor rango social que los dos anteriores y, por tanto, su testimonio produce una mayor atención entre los jueces.

Uno de ellos, a una pregunta de Esdras, declara:

—Ese tal Jesús anda por ahí incitando al pueblo a que se rebele. Afirma con gran insensatez que no debemos pagar la contribución que se requiere para el sustento del Templo. Y lo justifica alegando que los impuestos no deben exigirse a los hijos de Israel, sino a los extranjeros.

El segundo testigo añade:

—Todo cuanto ha declarado mi compañero se ajusta a la verdad. Si todos los judíos siguieran sus indicaciones, no habría manera de sostener la casa de Dios. —Señala a Jesús—. Este hombre aquí presente anda por ahí perdonando los pecados a los que se le acercan y predica que Dios es indulgente con los publicanos, los pecadores y las prostitutas. Esas afirmaciones constituyen una ofensa inaceptable a la santidad de Dios, y su conducta es un escándalo a los ojos del Señor, ¡bendito sea Su nombre! Su modo de actuar es una pura blasfemia.

Caifás, visiblemente nervioso e impaciente, desea acabar cuanto antes con los interrogatorios, pues cree que el proceso se está alargando en exceso, de modo que interrumpe la intervención de Esdras y se dirige a Jesús con tono de reproche.

—El silencio que guardas resulta indecoroso. ¿Es que no tienes nada que replicar a lo que estos testigos andan comentando de ti y de tus actos?

Jesús no responde una sola palabra. Sigue callado, con los ojos fijos en el suelo. Enojado por el silencio y la actitud de Jesús, Caifás se irrita. Esdras también intenta sacar alguna palabra de la boca del Nazareno.

—Vamos, habla, habla, ¿por qué callas de este modo? Con esta actitud, tú mismo te condenas —dice el fiscal.

—Son muchos los que interpretan algunas de tus palabras —habla de nuevo Caifás— como que los judíos no debemos pagar impuestos a los romanos. Si así fuera, eso supone una subversión de los pactos que rigen entre Roma e Israel, y que ambas partes aceptamos en su día. Esa frase que algunos dicen que has pronunciado, «Demos al César lo que es del César», es un recurso astuto para justificarte en público, pero también se dice que en privado explicas que sueles utilizar enigmas y parábolas para no comprometerte, y que lo que realmente quieres decir con eso es que la tierra de Israel es de Dios y que, por tanto, no podemos dar al César lo que en ella se produce. ¿No es cierto? ¿No sabes que, con esta negativa, vas a provocar una reacción popular contra los romanos y que van a morir muchos de los nuestros?

Tras un intervalo de tenso silencio, Jesús parece reaccionar; alza la cabeza y sube la mirada, toma un poco de aire por la nariz y habla:

—Mi predicación siempre es pública; pregunta a cuantos me escuchan.

Caifás se siente contrariado, aprieta los puños y se remueve en su sillón ante la impertinencia del galileo.

Esdras, como fiscal del caso, también bastante molesto por lo que considera una intolerable insolencia por parte del acusado, amaga con terciar en el diálogo y hace ademán de intervenir, pero Caifás lo mira airado y con un gesto enérgico le niega el uso de la palabra.

—Hace unos días entraste en nuestra ciudad —dice el sumo sacerdote— aclamado como rey y como Mesías por esa banda de desharrapados pordioseros galileos que te han seguido hasta esta misma noche, en la que te han abandonado. ¿Acaso ignoras que una

pretensión semejante va a dejar indiferentes a los romanos? Con actitudes como ésa no harás otra cosa que conducir a nuestro pueblo a la más desoladora de las ruinas. Responde sin ambages: ¿Te consideras el rey de Israel?, ¿eres tú el Mesías?

Jesús se demora en la respuesta. Todos los miembros del Sanedrín se mantienen expectantes, pues de lo que responda depende, sin duda, su vida.

—¿Acaso creeréis lo que yo os diga? Atended a la voz del pueblo y a las señales de los tiempos —musita Jesús con voz pausada y ademán sereno—. Yo os digo que de ahora en adelante veréis a un hijo de hombre venir sobre las nubes del cielo y sentarse a la diestra de Dios.

Todos los miembros del Sanedrín se quedan estupefactos ante la respuesta de Jesús. Ninguno de ellos sigue la predicación del Nazareno, y sólo les interesa en cuanto significa un ataque a sus privilegios y prerrogativas, pero no esperaban una declaración tan insólita y solemne.

—Eso quiere decir que, en verdad, tú te consideras el Mesías, el hijo de Dios.

—Tú lo has dicho —asienta Jesús con rotundidad y presteza para fijar de nuevo sus ojos en el suelo y sumirse de inmediato en un profundo silencio, como si su alma acabara de ausentarse de aquella sala.

La inquietud, la indignación y la alarma se extienden por el Consejo, y sus miembros se agitan alarmados ante la que les parece una afirmación espeluznante.

—Para nosotros, estos testimonios son más que suficientes —dice Anás alzando la voz—. Tras lo que aquí se ha declarado, queda sobradamente probado que tú, Jesús de Nazaret, eres culpable de engaño y de seducción al pueblo, de actuar como falso profeta, de alteración del orden público, de ataque al Templo, de blasfemia continuada contra la presencia divina en él, de manifiesta y reiterada impiedad... La pena por todo ello, tal cual establece nuestra Ley, es la muerte. Para nosotros, los judíos, la verdadera sabiduría consiste en abstenerse de toda acción y de todo comentario que sea contrario a la Ley y a las costumbres. Por mí, serías lapidado ahora mismo, pero debemos cumplir los acuerdos con el Imperio.

—Obremos, pues, según el procedimiento y deliberemos sobre este caso. Que salgan de la sala el acusado y los testigos. La vista ha concluido —anuncia Caifás.

Los guardias, a una indicación del sumo sacerdote, proceden a desalojar a todos los que no forman parte del Sanedrín.

Ya a solas, Anás interviene ante los jueces:

—Es el momento de que dictamines —le dice a su yerno.

—Si nos atenemos a nuestra Ley, lo que sabemos del galileo sería suficiente para lapidarlo públicamente hasta la muerte, pero sabes de sobra que no podemos hacerlo. Para no tener problemas con Pilato, en cuanto despunte el día llevaremos a Jesús ante el tribunal del procurador romano, como culpable de un delito contra el Templo y contra la seguridad del Estado. Seré yo mismo quien presente la acusación en el modo que más pueda influir en Pilato. Una vez liquidado Jesús, lo que nos debe ocupar es indagar

quiénes son sus seguidores, localizarlos y disolverlos, si es que se mantienen agrupados, para evitar que surja entre ellos un nuevo Mesías. La fiesta de la Pascua debe transcurrir en completa paz y tranquilidad.

Apenas queda ya nada que deliberar, pues todos están de acuerdo con la resolución de culpabilidad. El tiempo apremia. Hace ya varias horas, justo al atardecer, que ha comenzado la víspera de la Pascua y se espera un día muy ajetreado, con el ir y venir de fieles portando los corderos para el sacrificio pascual. Hay que darse prisa. Al clarear el día, Jesús debe estar ante el tribunal de Pilato. Pero entre tanto tiene que permanecer bien custodiado, de modo que lo trasladan a las mazmorras del palacio de Herodes el Grande, donde reside el procurador romano durante los días de la fiesta. Aquél es el lugar más seguro de Jerusalén.

Las sesiones de juicio de los gobernadores romanos comienzan muy temprano, al poco de rayar la primera claridad del alba.

Poncio Pilato sostiene en su mano el rollo que le acaban de entregar; en él se detallan las graves acusaciones que el Sanedrín presenta contra el Nazareno y las conclusiones de ese alto tribunal.

Ese día hay otros dos casos similares que dirimir. Se trata de dos individuos apresados por provocar varios altercados contra soldados del Imperio. Para los judíos son unos patriotas y para los romanos, unos simples bandidos y facinerosos. La acusación los tacha de fanáticos celadores de la Ley, y sobre ambos pesa además el cargo de robo a tres patricios de Jericó, cuyo botín han repartido entre grupos de zelotas. Durante la trifulca desencadenada en el momento de su detención, uno de los soldados romanos ha resultado herido de muerte. Hay gente entre el pueblo que opina que son discípulos del Nazareno, pero otros piensan que se trata de fanáticos peligrosos que actúan por su cuenta.

Estos asuntos son resueltos por Pilato con suma rapidez. Está acostumbrado a enviar, sin vacilación, al cadalso a todo aquel que conculca gravemente la paz en la provincia de Judea, y no le tiembla la mano cuando la condena es a muerte.

—Este primer caso es muy sencillo —comenta Pilato al comandante de su Guardia personal—. Con uno de nuestros soldados muerto, no cabe otra condena que la pena capital.

En ese momento el secretario del tribunal se acerca a Pilato y le bisbisa al oído:

—Uno de los principales sacerdotes del Templo, aquí presente, solicita que cambies el orden y que juzgues en primer lugar el caso del rabino galileo. Sus delitos se detallan en ese rollo que tienes en tu mano.

Pilato desenrolla el documento y lee.

—¡Vaya! Nunca antes me han puesto las cosas tan fáciles. Esta acusación parece bien argumentada. —Pilato da unos golpecitos con sus dedos sobre el rollo y piensa a la

vez en los informes de Hipódamo, que coinciden en la gravedad del caso—. Este individuo debe de ser muy importante para que los sacerdotes del Templo se personen ante mi tribunal.

—Las autoridades judías son las primeras interesadas en que se resuelva el caso del galileo cuanto antes —precisa el secretario, que continúa hablando sólo para el procurador—. El Sanedrín siempre argumenta que sus jueces están más capacitados para gobernar este condenado país que cualquiera de los magistrados romanos y alegan para ello que mantener el orden es la principal función de su tribunal.

—Excusas. Lo único que los sacerdotes pretenden es evitar cualquier pretexto para que el emperador acabe disolviendo esa antigualla y liquide los privilegios de esa casta de parásitos que viven como príncipes a costa de las donaciones al Templo. Ya me gustaría suprimir a ese Sanedrín, pero de momento tengo que escuchar sus alegaciones. Si así lo demandan, de acuerdo, alteremos el orden y juzguemos en primer lugar este caso —dice Pilato a la vez que entrega el rollo a su secretario—. Traed a Jesús de Nazaret —ordena a los guardias.

Pilato permanece sentado en su lujosa silla curul de madera noble, finamente tallada, que ordena colocar en un extremo cubierto del gran patio de la fortaleza que antaño fuera el palacio de Herodes el Grande en Jerusalén. Ubicado frente al gran portón, el principal acceso al complejo palaciego, Pilato, desde su elevado asiento, puede observar todo el recinto, enlosado con rectilíneas hileras de enormes piedras muy bien pulidas.

El lugar resulta imponente: el amplio patio, las enormes losas, los altos pórticos, la rotunda fortaleza... Allí se celebraron antaño las paradas militares de la feroz Guardia personal del rey Herodes, allí resonaron los clavos de las sandalias de los legionarios romanos pasando revista ante sus orgullosos tribunos, allí han sido condenados a muerte decenas y decenas de judíos que se rebelaron contra el Imperio o contra el Sanedrín...

Los guardias aparecen en el enorme patio enseguida con Jesús, que es colocado de pie, frente al estrado de Pilato, como una figura minúscula dentro del ciclópeo entorno. El Nazareno está indefenso, enfrentado ahora a un poder mucho más temible que el del propio Sanedrín, un poder descomunal y fiero para el que el rabino galileo tiene la misma importancia que un grano de arena en una inmensa playa.

Todos permanecen respetuosamente en pie, salvo Pilato, lo que confiere una solemnidad sobrecogedora.

A una indicación del secretario del procurador, el sacerdote que encabeza la comitiva del Sanedrín por delegación de Caifás se adelanta unos pasos, recoge el rollo de manos del secretario y lee en voz alta la acusación, mientras sus compañeros, con evidentes muestras de cansancio por la noche en vela, asienten con gestos de aprobación que dan a entender la gravedad de cada uno de los delitos desgranados en el texto. Los cargos de blasfemia contra la presencia divina en el santuario, que nada interesan a los romanos, son eliminados del escrito de acusación y se cargan las tintas en la negativa de

Jesús a pagar el tributo al César. En el alegato final, el sacerdote insiste en que las acciones del reo, como cabecilla de un grupo armado, ponen en grave peligro la seguridad y estabilidad de la provincia de Judea y, por tanto, del Imperio.

Finalizada la lectura, el sacerdote se retira a su lugar entre sus compañeros. Pilato toma entonces la palabra y habla solemnemente, pues los congregados ante él para acusar al Nazareno ocupan los cargos más importantes en la jerarquía del pueblo judío.

—Estableceré las bases de mi sentencia en esta *cognitio extra ordinem*, por lo que necesita una breve justificación. Como procurador de Judea —dice Pilato, que escucha sin mover un solo músculo de la cara el escrito del Sanedrín contra Jesús—, soy el administrador de los asuntos financieros y políticos de esta provincia. Sin embargo, la ley consuetudinaria me convierte a la vez en ejecutor de la Justicia imperial. Así pues, en mi calidad de juez delegado del emperador, tengo potestad ilimitada para condenar a muerte a aquellos reos que no sean ciudadanos romanos. De modo que, en este caso, no es preciso requerir la aprobación del emperador ni siquiera la del legado de Siria. Entiendo que este tal Jesús ha cometido un manifiesto delito de sedición, y quien así actúa debe ser ejecutado de inmediato por poner en peligro la paz en territorio romano.

»Puedo acabar contigo sin necesidad de escucharte —continúa Pilato dirigiéndose por primera vez a Jesús—, pero quiero ser benevolente y deseo darte una oportunidad para que te defiendas de tan graves acusaciones. ¿Tienes algo que alegar en tu defensa? —le pregunta al Nazareno.

Jesús calla. Ni siquiera en tan dramática situación parece dispuesto a justificar sus actos.

El procurador se impacienta; tiene prisa por concluir los tres casos que se le han presentado esa mañana. De modo que se levanta de su sitial y se acerca a Jesús.

—¿No tienes nada que alegar, ninguna réplica a los delitos que te imputan? El Sanedrín te acusa de cometer un grave crimen contra la seguridad del Imperio y de erigirte en pretendiente al trono de Israel no sólo de palabra, sino también por las armas, nada más y nada menos. Se añade, además, que proclamas que no hay que pagar el tributo debido a las arcas imperiales. Esas acusaciones suponen un claro delito de sedición, que conlleva la condena a muerte. Repito: ¿No tienes nada que decir?

Jesús se mantiene firme en su obstinado silencio. Pilato, molesto por lo insólito de la situación y la impertinencia del reo, regresa a su trono y se sienta, aunque se remueve, inquieto, en el sillón. Por lo general, los acusados niegan con atropelladas palabras las acusaciones, o se postran de rodillas, con los ojos anegados en lágrimas y con grandes lamentos y gemidos, suplicando clemencia y perdón. Pero Jesús no hace ni una cosa ni otra. Parece ausente, como si la audiencia ante los romanos no fuera con él.

Pilato apoya el codo en el brazo del sillón y descansa su barbilla sobre el puño. Mira con fijeza al individuo que tiene ante él. Aunque de buena estatura, no le parece gran cosa, y duda de que ese galileo indefenso pueda representar peligro alguno para la todopoderosa Roma. Cree que el reo no es sino un infeliz provinciano, el cabecilla de un

reducido grupo de fanáticos que se ha vuelto loco a causa del sol del desierto y que no hace otra cosa que predicar extrañas ideas sobre la llegada de un reino imaginario. Si el Sanedrín lo trae hasta aquí, el problema debe radicar en el propio Sanedrín. Sí, eso es. Los miembros del tribunal judío temen que se cuestionen su poder y sus privilegios, y atacan a todos aquellos que se atreven a desafiarlos.

«Se trata de una querrela interna de estos fanáticos judíos; en este rincón del mundo la política, la religión y el poder andan siempre fundidas», piensa Pilato mientras observa a Jesús, de pie sobre el enlosado, bajo el sol que comienza a calentar la mañana de Jerusalén. Como gobernante romano le importan un bledo las creencias religiosas de los judíos, las blasfemias a su único dios o el desacato a un tribunal tan absurdo como el Sanedrín. Hace ya tiempo que está harto de sus estúpidas monsergas, y lo único que le preocupa es conseguir algo más de dinero y retirarse a la Campania. Pero precisa mantener el orden y la paz, pues, además, teme la ira de Tiberio, que es terrible e implacable, como se demostró cuando no dudó en enviar a su fiel Macrón para que depusiera y ejecutara a Sejano, el anterior jefe de la Guardia Pretoriana y su delegado en Roma, en cuanto tuvo la menor sospecha de que estaba maquinando una conjura.

Pero sabe que no puede enfrentarse abiertamente a los judíos, porque son capaces de enviar una delegación ante su superior en Siria y pedir su destitución, lo que le acarrearía problemas muy graves. Así pues, concluye que tiene que acabar con Jesús, como demandan los sacerdotes del Templo. Hay acusaciones serias contra el galileo, de modo que, ante ese pertinaz silencio, no se le ocurre otra cosa que afirmar:

—Andas por ahí diciendo a escondidas que no se deben pagar los tributos al fisco imperial...

Jesús se mantiene en su mutismo.

—¿Admites que tus seguidores te han proclamado rey de Israel? ¿Es verdad que afirmas que va a venir un reino del cual el mismísimo Tiberio será expulsado, o ejecutado, si no se hace judío?

Jesús permanece callado, mientras Pilato comienza a sentirse irritado por el empecinamiento del acusado. Como hombre piadoso, a Jesús le parece una indignidad y un acto irreligioso que sea un gentil quien tenga que ver con la causa de Dios. Está seguro de que la divinidad saldrá en su defensa cuando lo considere oportuno. Si un pagano impío pretende condenarlo, su acción será obra del Diablo, una victoria temporal y puntual del Maligno, pero los ángeles del Señor se encargarán de que se cumpla enseguida la venganza divina.

Cuando la impaciencia de Pilato está a punto de estallar ante el irritante silencio de Jesús, uno de los auxiliares del procurador le susurra algo al oído. El rictus de Pilato muda levemente y parece alegrarse al escuchar el consejo.

—Tal vez sea una buena idea solicitar ayuda de alguien competente que logre obtener alguna palabra de la boca de este desgraciado —responde Pilato al ayudante. Y dirigiéndose al acusado, le pregunta—: ¿Eres galileo?

Jesús contesta al fin:

—Tú lo has dicho.

—¿No sabes que el tetrarca de tu región se encuentra en Jerusalén para celebrar vuestra gran fiesta? En esta situación es conveniente que se guarde todo el respeto debido a su autoridad. ¡Serás interrogado por él! Quizá quieras hablar ante tu señor natural.

Pilato, aliviado con esta ocurrencia y pensando que otro puede cargar ante el pueblo con la culpa de liquidar al que muchos consideran un patriota, imparte la orden de que conduzcan a Jesús al palacio de Antipas, que se halla como a media milla de distancia, al oeste de la ciudad. Los acusadores judíos se sienten al punto molestos, pues este nuevo interrogatorio, junto con los inevitables traslados, supone un retraso en la ejecución del reo y por tanto en los preparativos para la Pascua. Pero ¿cómo oponerse a los deseos del procurador de Roma?

Mientras conducen a Jesús ante Antipas, Pilato despacha el caso de los dos facinerosos con toda celeridad. En pocos minutos ambos son condenados a morir en la cruz, el castigo ejemplar que se reserva a los esclavos rebeldes y para los delitos de lesa majestad contra el emperador. Pilato usa el despectivo vocablo de *bandido* porque es la designación peyorativa que suele utilizarse en su cancillería para los zelotas y otros de su ralea. El procurador estima que de algún modo las alteraciones del orden público por parte del Nazareno y las acciones aisladas de los dos bandidos están relacionadas. Jesús es para él el bandido más importante, con mucho, por el impacto que provoca en la plebe. Así que, en principio, y si Antipas no sugiere lo contrario, decide que ordenará colocar la cruz del Nazareno en medio y algo más elevada que las de los otros dos bandidos. El revoltoso pueblo judío verá en qué acaban las aventuras contra el Imperio.

La crucifixión, una forma de castigo muy rara en Roma, es habitual en algunas de sus provincias, y se trata de una manera de condena a muerte que por su vistosidad ejerce una manifiesta ejemplaridad.

UN SUPPLICIO DE ESCLAVOS

—¡Por fin voy a ver cara a cara a ese farsante! —exclama Antipas cuando le comunican que Poncio Pilato le envía a Jesús.

A su lado está Hipódamo, a quien el tetrarca pide que lo acompañe cuando le traigan al Nazareno. El jefe de la Policía de Galilea tampoco oculta su satisfacción. En todos sus años de matrimonio con Rut, Jesús es la única causa de verdadera discusión con su esposa, y supone que las disputas acabarán en cuanto desaparezca ese falso profeta al que rodea fama de sanador, exorcista y milagrero para unos; y de mago para otros.

—Ese predicador ha rebasado todos los límites —dice Hipódamo.

—Pero tengo curiosidad por ver su cara y escuchar sus palabras. Además, el detalle del procurador romano me halaga. Supongo que quiere mejorar las relaciones conmigo, pero entablar lazos de amistad con ese tipo es imposible. —Antipas toma un pedazo de pastel de carne y lo saborea con deleite.

—En mi opinión, Poncio Pilato quiere agradecerte con este gesto el informe que le enviamos sobre las actividades de Jesús —supone Hipódamo.

En ese momento un guardia les avisa de que el Nazareno ya se encuentra en el edificio. Antipas ordena que traigan de inmediato al preso, que entra en la sala escoltado por media docena de hombres y algunos sacerdotes, escribas y ancianos.

El salón está decorado con un gusto muy refinado, ornamentado con hermosos bustos, finísimos tapices de seda púrpura y cortinajes espléndidos que Herodes el Grande ordenó traer de Grecia, Fenicia y Oriente. La luz que se filtra por las ventanas se refleja en las sedas y produce un maravilloso efecto tornasolado. En una de las paredes destaca un panel decorado con preciosas filigranas vegetales, moldeadas en bajorrelieves chapados en oro, y en el centro, sobre un estrado, un gran sillón de madera de cedro tallado con motivos geométricos y vegetales, que utilizaba su padre y que Antipas sigue usando como trono cuando visita Jerusalén.

El sacerdote que dirige la comitiva saluda al tetrarca y le pide autorización para hablar; Antipas se la concede, y el miembro del Sanedrín lee con ciertas prisas y algo atropellado por el cansancio el listado de acusaciones formuladas contra Jesús, primero en el Sanedrín y luego ante Pilato. Al acabar el alegato, los escribas, sacerdotes y ancianos presentes emiten unos sonoros murmullos de aprobación.

Antipas se dirige entonces a Jesús, lo saluda con una cierta deferencia y le habla con una inesperada amabilidad.

—Las acusaciones que formulan contra ti son gravísimas: blasfemia continuada, atentado contra el Templo, sedición al negarte a pagar los impuestos y al portar armas las

gentes de tu grupo, perturbación del orden social, intento de usurpación del trono de Israel, pretensiones de instaurar un orden político nuevo... ¿Es cierto todo eso? ¿Deseas aducir algún alegato en tu defensa? Ya te han interrogado en dos ocasiones anteriores, ahora tienes una tercera oportunidad para justificarte.

Jesús guarda silencio. Una vez más, no quiere defenderse; no rebate los cargos. Sólo calla y mantiene su mirada perdida. Como si no le importase nada de cuanto de él dicen los hombres que lo juzgan.

Antipas pretende mostrarse como el verdadero dueño del destino del Nazareno, como si una decisión suya pudiera agravar o aligerar una pena ya decidida, pero todos son conscientes de que su función es la de un mero comparsa en este juicio, puesto que no tiene capacidad alguna para decidir fuera de su territorio y menos sobre una resolución que se prevé ya firme.

Además, el tetrarca sabe que Jesús lo desprecia; que lo considera un miserable colaboracionista con los romanos que ocupan la Tierra Prometida por Dios, y que lo odia por ser el responsable de la muerte de su maestro Juan el Bautista. Un zorro lleno de dobleces, adulador de los poderosos, cruel con los débiles, un lujurioso adorador de dioses paganos como Astarté y Mammón, ni siquiera merece que sus preguntas sean respondidas.

Y Antipas sabe que Jesús piensa lo mismo de Hipódamo, un gentil griego descreído y falso que no merece sino el mayor de los desdenes. Fueron sus hombres los que prendieron a Juan, y por tanto él, como jefe de la Policía, es el culpable directo de su decapitación. A pesar de estar casado con Rut, una judía hija de un prestigioso y piadoso sacerdote, dedica su vida a perseguir, controlar y castigar al pueblo de Dios. No es otra cosa que un gusano inmundo, un bicho despreciable al que ni siquiera piensa mirar a la cara, un verdadero enemigo de Dios.

Ante la mudez de Jesús, Antipas se inquieta.

—¿Guardas silencio? ¿No tienes nada que decir?

Jesús calla. Su ojos, como poco antes ante Pilato, ni siquiera miran a Antipas. Se limita a observar el mosaico del suelo, aunque inmerso en un aire meditabundo y ausente, como buscando refugio en su inescrutable mundo interior.

—¿Acaso desconoces que una sola palabra mía puede cambiar tu suerte? — pregunta Antipas con impaciencia, elevando la voz y mirando agresivamente a Jesús.

Pero el acusado mantiene su empeinado silencio y el tetrarca interpreta que esta actitud, altiva y a la vez inexplicable, supone una explícita ofensa que no puede tolerar. Antipas sigue aspirando a ser reconocido por Roma como rey de Israel, de manera que debe mantener su dignidad y su autoridad en todo momento si desea que lo respeten.

Entre tanto, Hipódamo se mantiene en un segundo plano y contempla con malsana curiosidad al personaje culpable de sus conflictos conyugales. Observa a Jesús y se pregunta cómo es posible que ese individuo pueda despertar tan gran atracción en tantas mujeres. A pesar de su buena estatura, le parece un ser débil, inútil siquiera para

defenderse, incapaz de componer un discurso en el que argumentar sus actos conforme a las más elementales normas de la retórica; lo considera un bárbaro carente de cultura y de conocimientos. ¿Qué es lo que ve su mujer en ese hombre?, se pregunta. ¿Cómo es posible que un sujeto tan insignificante y grotesco pueda conmocionar a multitudes de seguidores y reunir a su lado a tantos discípulos?

La paciencia de Antipas se agota, pero vuelve a insistir intentando romper el silencio del reo:

—Desde que me dijeron que obrabas prodigios, espero contemplar la realización de alguno de ellos. Te rodea fama de taumaturgo, de modo que ahora tienes la ocasión de demostrar que cuanto dicen de ti no es una falsedad. Mira, aquí está mi cetro, haz con él lo mismo que Moisés ante el faraón: arrójalos al suelo y veamos si eres capaz de convertirlo en una serpiente. O si lo prefieres, haré que traigan a tu presencia a un enfermo para que lo cures. O si deseas impresionarme de verdad, degollaremos a un prisionero y tú lo resucitarás. Si obras esos prodigios, contribuirás a tu defensa, te creeremos y nos pondremos a tus órdenes.

Tras esas palabras del tetrarca, Hipódamo sonríe. A los cargos contra Jesús podría añadirse ahora el de falsario e impostor, y con todo ello encima, nada ni nadie lo librará de la muerte. Ya no se puede escapar, no tiene salida posible. Jesús es hombre muerto.

El Nazareno guarda silencio. No mueve un solo músculo del cuerpo, mantiene su rostro impasible, los ojos en el suelo, las manos caídas, la mirada ausente. Además, su aspecto es lamentable: despojado de su capa, sólo viste una ligera túnica, cuya sencillez contrasta con el lujo que se despliega en la sala. De pie, en el centro de un grupo de hombres hostiles, la esbelta figura de Jesús es la viva imagen de la debilidad y la derrota.

Antipas se impacienta y está a punto de estallar de ira ante la ofensiva actitud de Jesús, pero todavía es capaz de mantener la calma y preguntarle de nuevo:

—¿Qué pretendes con esa entrada en Jerusalén a lomos de un pollino? ¿Cómo permites que tus discípulos te aclamen de ese modo? ¿Ignoras que al presentarte como rey y Mesías estás firmando tu sentencia de muerte? ¿Quiénes y cuántos son tus partidarios en Jerusalén? ¿Por qué portan armas? ¿Por qué atacas el buen funcionamiento del Templo? ¿Por qué profieres blasfemias contra nuestra institución más sagrada?

Como el tetrarca, Hipódamo también aguarda una respuesta. Al jefe de la Policía le gustaría saber cuántos y quiénes son los fanáticos seguidores de Jesús que se refugian en el anonimato de la Ciudad Santa.

Pero Jesús tampoco abre la boca, se mantiene callado y ni siquiera alza la mirada. Los segundos de silencio son eternos; Antipas se desespera y prorrumpe en una exclamación exasperada:

—¡Este galileo está loco! Que se lo devuelvan a Pilato y allá se las componga el procurador con este necio, que ni siquiera sabe hablar. —Y dirigiendo su mirada a los presentes, añade—: En mi opinión, este loco no es peligroso, sólo un tonto de remate. Ya que no se digna a hablar, al menos nos reiremos un rato con este idiota.

Antipas hace un gesto y uno de sus sirvientes se acerca presto; el tetrarca le murmura algo al oído, en voz muy baja, y el criado se retira para regresar a los pocos instantes con un manto púrpura.

—Dices que eres el verdadero rey de Israel. Pues bien, aquí tienes uno de mis mantos. Soy tan bondadoso que voy a regalártelo. Un rey no puede aparecer en presencia de sus súbditos de esta guisa, de modo que cúbrete con él, así parecerás en verdad un rey —le dice el tetrarca.

Entre las carcajadas de los presentes, Antipas se levanta del trono, toma el manto y se lo coloca a Jesús sobre los hombros. Y ni siquiera ante ese gesto se inmuta el Nazareno, que ahora parece una estatua: inmóvil, insensible, inerte..., como si estuviera esculpido en piedra.

—Sí, así está bien —ironiza Antipas observando con impostado interés a Jesús—; ahora ya vistes como un verdadero rey.

Los presentes vuelven a reír ante la ocurrencia del tetrarca, y sus carcajadas resuenan en las paredes de la sala, que devuelven un eco sarcástico mientras salen llevando a Jesús de nuevo a presencia de Pilato.

El cortejo de guardias, sacerdotes, escribas, ancianos y varios curiosos que se suman a la comitiva que escolta a Jesús arriba de nuevo al palacio del procurador romano. Resueltos los casos de los dos bandidos, cuando le anuncian el retorno del rabino galileo, sale con desgana del palacio y vuelve a ocupar cansinamente el sillón del tribunal en el gran patio de la fortaleza.

—Acabemos rápido —ordena Pilato con notorio disgusto por lo inoperante de la visita a Antipas—. Me acaban de informar que tampoco has articulado una sola palabra en tu defensa ante el tetrarca de Galilea, tu señor natural. Bien, ésta es tu última oportunidad para defenderte. Si no hablas, interpretaré tu silencio como una manifiesta confesión de culpabilidad.

Discurre otra pausa interminable; cada instante se hace eterno en espera de alguna palabra del rabino prisionero. Discurren unos tensos e interminables momentos, pero no ocurre nada: ni una mirada desafiante, ni una queja, ni un movimiento, ningún sonido sale de los labios del condenado.

—¿Tampoco ahora me respondes? —demanda Pilato exasperado—. ¿No sabes que tengo potestad de dejarte libre o de crucificarte y que mueras en el más terrible de los suplicios?

En ese momento, Jesús levanta sus ojos y, con voz baja pero serena, replica por fin:

—No tendrías ninguna potestad sobre mí, si no te hubiera sido dada desde lo Alto.

Pilato permanece unos segundos pensativo y perplejo. El sacerdote jefe de la Guardia del Templo pide permiso para intervenir:

—Honorable procurador, es evidente que este reo abusa de tu paciencia y de tu comprensión. Se acerca la gran fiesta y estamos consumiendo un tiempo precioso. Los cargos leídos ante ti son tan claros y contundentes que no admiten réplica alguna. No es necesaria ulterior indagación que complemente lo ya conocido. Este individuo se ha convertido en un grave peligro para nuestro pueblo. A la muerte del recordado Herodes el Grande, toda esta tierra se llenó de bandas de salteadores. Allí donde se reunía un grupo de agitadores y bandidos, nombraban enseguida a un rey que procuraba la perdición de nuestra sociedad. Mientras que a vosotros, romanos, no os causaban más que molestias insignificantes, infligían a nuestro propio pueblo los peores daños. Jesús es uno más de esa gentuza que prolifera como sabandijas en el desierto. Se cree elegido de Dios por tener tras de sí a una reata de locos seguidores que gritan desafortadamente contra las autoridades legítimas, contra los romanos y contra nuestro sacerdocio. Acaba de una vez con él. Aquí no hay otro soberano que el César Tiberio. Cualquiera que se proclame rey se opone al emperador.

Pilato se asombra, pero escucha con gozo estas palabras zalameras, inauditas en labios de un judío. Aunque no logra arrancar del acusado una confesión, todos, incluso los jefes de los judíos, están de acuerdo en acabar con él. ¡Adelante, pues!

—El silencio cómplice del reo implica una tácita confesión de culpabilidad — comienza a decir el procurador—. Este individuo es un agitador peligroso. Nuestras leyes —Pilato eleva entonces solemnemente la voz— reconocen en este Jesús ben Josef, según la acusación presentada por el Sanedrín, un delito de *perduellio*, la más grave ofensa a la dignidad del pueblo romano. La hostilidad del acusado para con las supremas instancias de esta nación y su Templo también constituye un agravio a la majestad del César. Su pretensión de alzarse con la realeza lo convierte en reo de muerte.

Y tras unos instantes en los que traga saliva, Pilato pronuncia la fatídica sentencia dirigiendo su mirada a Jesús:

—Morirás en la cruz.

Tras escuchar la sentencia de Pilato, murmullos de alivio recorren el patio y se entablan conversaciones que el procurador ordena acallar para precisar sus palabras:

—Cúmplase de inmediato la condena —sentencia de nuevo con gravedad, y dando media vuelta, sin saludar a nadie, se levanta de su sitial y abandona el recinto enlosado, dirigiéndose a las habitaciones interiores del palacio, harto ya de ejercer por esa jornada su tarea de juez. Con premeditado desprecio no dirige ni una sola mirada a los acusadores judíos del Nazareno.

Un par de horas es el tiempo que media entre la emisión de la orden de condena inmediata a muerte y su ejecución. Es el tiempo indispensable para que los soldados preparen lo necesario para la crucifixión. Es preciso disponer los patíbulos, seleccionar

los leños para formar la cruz, e incluso organizar algunas menudencias, como pintar el letrero que en algunos casos explica la causa del ajusticiamiento.

Mientras se reúne el material para la crucifixión, Jesús y los otros dos reos condenados se convierten en objeto de escarnio para los soldados, que soportan su aburrimiento torturándolos y ensañándose con ellos.

Estos soldados no suelen ser legionarios romanos, sino auxiliares reclutados entre los pueblos vecinos: fenicios, libios y sirios, sobre todo. La mayoría odia a los judíos y desata su ira en los condenados. Estos brutos mercenarios sin escrúpulos todavía recuerdan que Herodes el Grande intentó conquistar sus países y piensan que los judíos representan la idea de un gobierno opresor. De modo que, cuando tienen oportunidad, ejercen la crueldad como forma de expresar sus ansias de venganza.

Los tres condenados son, además, enemigos de Roma, el poder que les paga la soldada. Es, por tanto, una buena excusa para divertirse a costa de la escoria judía, que no merece un trato piadoso. En especial, ése al que llaman Jesús el Nazareno, el más peligroso y conocido de los tres, el mismo que se atreve a proclamarse rey y Mesías, nada menos.

—De modo que tú eres el rey, ¿eh? —dice uno de los soldados con manifiesta ironía y un rictus perverso dibujado en sus labios—. No me extrañaría nada que fueras un bastardo más de aquel maldito rey vuestro, Herodes el Viejo; se dice que no dejó ni una sola muchacha galilea por catar, el viejo lascivo... Pues bien, ahora vas a comprobar lo que significa ser un verdadero rey, aunque sólo sea por unos momentos. —Y ríe a carcajadas mientras se aleja en busca de unos espinos que crecen en un rincón del patio.

La soldadesca se mofa de los presos y varios de los soldados se comportan como histriones embrutecidos, más aún tras beber abundante vino aguado. Rien, gritan, insultan a los tres desgraciados, les propinan algunos golpes, chillan como posesos...; los momentos de diversión en el Ejército son escasos y cuando se presentan hay que aprovecharlos. Uno de ellos coloca el manto púrpura de Antipas sobre los hombros de Jesús, mientras otros dos se sitúan a los lados como si fueran los guardias de su real escolta o altos dignatarios de su imaginaria corte.

El soldado que corta las ramas de espino trenza con ellas una improvisada corona a modo de casco y se la coloca a Jesús, sin ningún miramiento, sobre la cabeza. El Nazareno siente cómo se clavan las púas en la piel bajo sus cabellos y cómo resbala un líquido caliente y pegajoso por sus sienes y su nuca. Está sangrando.

—¡Salud, rey de los judíos! —exclaman entre estridentes risotadas los mercenarios, que con salvajes ademanes se arrodillan con burla delante de los prisioneros, les escupen en la cara y los golpean con cañas, ramas y palos.

De entre los tres condenados es Jesús quien sufre las mayores afrentas y el peor de los castigos. Con la cabeza ensangrentada, los brazos entumecidos por las ataduras y la mente agotada por tantas horas de interrogatorios, tanto tiempo sin poder dormir y tantos

malos tratos, su voluntad se resquebraja. Sonoras bofetadas siguen a estas burlas, y no falta algún que otro latigazo.

Un oficial contempla desde una terraza que da al patio cómo aquellos soldados bajo su mando lanzan salvazos, golpean los rostros de los tres reos con el puño o la mano abierta, les aplican dolorosos pellizcos que les cubren la piel de moratones y les propinan tremendas patadas en muslos y rodillas. Conforme los condenados se van cubriendo de sangre y heridas, los soldados se excitan como perros rabiosos, incrementan su castigo y siguen golpeando, hiriendo, lacerando... El oficial, impávido, permite aquella carnicería porque considera que esos momentos sirven para que los hombres a sus órdenes suelten toda la cólera que llevan dentro.

Otro de los oficiales, un joven recién llegado de Roma, hace un gesto de repulsión ante el escarnio que contemplan sus ojos, pero el que está al mando se lo recrimina y le ordena que mantenga la frialdad y la calma debidas a un soldado romano. En el fondo, los oficiales, aunque no participan en la carnicería, también disfrutan con ese macabro e infame espectáculo. Ellos sienten la misma animadversión hacia el pueblo de Israel; algunos han perdido a compañeros de armas en las escaramuzas libradas contra los patriotas judíos y consideran que alguien debe pagar por la sangre romana derramada. Saben que el procurador Pilato tampoco soporta a los hijos de Israel, de modo que no tomará media alguna aunque sus hombres se sobrepasen en el castigo previo a la ejecución.

—¡Vamos, vamos! Moved a esos andrajosos peeles; salimos ya camino de la crucifixión —grita uno de los oficiales ordenando a sus hombres que se apresten a conducir a los reos hasta el lugar en donde van a ser ejecutados.

Salen de la sede del pretorio, donde están custodiados los tres presos, y avanzan por las callejas del sector septentrional de Jerusalén, entre grupos de curiosos que contemplan la macabra comitiva, con Jesús en silencio, el rostro ensangrentado y coronado de espinas, y los otros dos condenados rumiando su desgracia; cada uno de los tres reos porta sobre los hombros su pesado patíbulo.

—¡Apartaos, dejad paso, dejad paso! —grita el soldado que abre el grupo, mientras media docena de compañeros lo ayudan y recuerdan a todos los viandantes que los soldados están allí para garantizar el orden y evitar que se produzcan disturbios en los días que anteceden a la Pascua. Otros tantos cierran la comitiva vigilando que no se produzca ninguna sorpresa, no vaya a ser que los discípulos del Nazareno decidan en el último momento ejecutar una acción desesperada para liberar a su maestro.

Entre los judíos, como ocurre en Roma, las ejecuciones se llevan a cabo fuera de los muros de las ciudades. Los juristas aseguran que es mucho mejor, pues así dura más el escarmiento al tener que conducir hasta las afueras a los reos.

Salen de los muros de Jerusalén y ascienden penosamente la ladera de la colina del Gólgota, entre gentes que miran, atienden y comprenden lo que no debe hacerse si

desean evitar sufrir un castigo semejante en caso de conspirar o atentar contra la autoridad de Roma.

El lugar destinado para la crucifixión es denominado *el Gólgota* en el dialecto arameo local, es decir, *El cráneo pelado*; se trata de un pequeño promontorio rocoso ubicado al noroeste de la ciudad. Tiene forma de cúpula aunque presenta numerosas oquedades debido a que en otro tiempo sirvió como cantera para extraer los bloques de piedra que se utilizaron para construir las murallas de la ciudad.

Ya en la cima, se arman las tres cruces atando los patíbulos, o vigas horizontales, a los grandes postes verticales, que serán bien fijados en el suelo. Estas sólidas estacas tienen un pequeño saliente, un apoyo que los romanos llaman *sedile*, para soportar levemente el cuerpo del ajusticiado, de modo que se prolongue el suplicio y que no se acorte por asfixia prematura la vida del condenado. Las cruces elegidas para el Nazareno y los dos bandidos son las del tipo en el que se fija la viga transversal un poco más abajo del extremo superior del vertical.

Los verdugos clavan las manos y los pies, separados, de los tres condenados tras ofrecerles un poco de vino aromatizado con esencia de áloe, un acto caritativo que los ejecutores suelen ofrecer a los reos para aliviar sus dolores; los dos delincuentes beben cuanto les ofrecen, pero Jesús lo rechaza. En tres hoyos excavados al efecto, se fijan los palos verticales con su patíbulo y el condenado clavado en ambos, dejando a los crucificados expuestos al ludibrio público hasta que les sobrevenga la muerte.

Uno de los soldados coloca sobre la cruz de Jesús una tablilla con una leyenda escrita en latín, griego y arameo, las tres lenguas que se usan en el país, que reza: «El rey de los judíos».

A pesar de que algunos de los ejecutores suponen que los discípulos de Jesús intentarán alguna acción para liberar a su maestro, ninguno de ellos da la menor muestra de vida desde su disolución, tan precipitada como cobarde, en la noche del prendimiento en el huerto de los olivos. Capturado su pastor, el rebaño se dispersa con la rapidez de las nubes tras una tormenta de verano. Las autoridades están convencidas de que todos los discípulos han huido como temerosos animalillos a esconderse en sus tierras del norte.

Las prometidas legiones de ángeles que iban a acudir en defensa del ajusticiado no aparecen por ninguna parte. El Mesías, el autoproclamado rey de los judíos, es abandonado a su suerte, lo que provoca dudas sobre la verdad de su misión y abre una senda de desolación entre sus atribulados y confusos seguidores.

Sólo un pequeño grupo de mujeres, las más fieles y entusiastas seguidoras del Nazareno, están presentes durante la crucifixión, observando desde cierta distancia, fuera del círculo de seguridad marcado por la presencia de los soldados, y con los ojos anegados de lágrimas, el suplicio del hombre en el que tanto confían.

Tras un buen rato contemplando inanes la agonía de Jesús, una de ellas, la conocida como María de Magdala, toma una repentina decisión. Se incorpora de un salto, se abre

paso a codazos hasta la primera fila de los espectadores, atraviesa veloz el terreno vedado y se postra de rodillas ante la cruz del Maestro. Levanta los brazos al cielo, los extiende en forma de cruz y grita para que todos los espectadores puedan escucharla:

—¡Yo os maldigo a todos! ¡Moriréis uno a uno!

Su voz, seca y quebrada, producto de muchas horas de llantos y lamentos, suena terrible sobre el promontorio del Gólgota.

—¡Seréis aniquilados! La cólera del Altísimo, su fuego devastador y su espada vengadora os abrirán en canal y vuestras entrañas serán derramadas sobre la tierra y servirán como alimento para las aves carroñeras. Todos los que habéis puesto vuestras crueles manos sobre el Justo pereceréis. ¡Os aguarda un horrible y espantoso final!

Algunos de los asistentes, atemorizados por el atrevimiento y las maldiciones de la mujer, guardan unos instantes de silencio y cesan en sus murmullos.

Los soldados, sorprendidos por la repentina e inesperada acción, reaccionan al fin y retiran a María hacia atrás, arrastrándola sin cuidado alguno por el pedregoso suelo, y la reintegran al grupo de plañideras que gimen desconsoladas.

La mayoría de los presentes muestra una manifiesta indiferencia ante la agonía de los tres crucificados. Ni siquiera Jesús, al que algunos han escuchado predicar los días pasados en el Templo, despierta signos de compasión o de caridad. Nadie se manifiesta en contra de aquella ejecución; incluso los peregrinos procedentes de Galilea guardan una calma temerosa ante la crucifixión de su paisano. Saben cómo se las gastan los romanos y no desean desencadenar un motín que provoque entre ellos una inevitable carnicería en plenas fiestas de la Pascua. Al fin y al cabo, muchos comienzan a dudar y consideran que el hombre que se desangra en la cruz bajo el rótulo de «El rey de los judíos» no es sino el ejemplo del fracaso, un impostor, un falso profeta, uno más de tantos a los que abandona la Divinidad, a la que pretenden servir, mostrando que en verdad no es de los suyos.

La tarde es plomiza y triste. La luna brillante y clara de la noche anterior ha dado paso a un cielo sombrío que amenaza tormenta. Los alrededores secos y ásperos de la capital parecen más melancólicos aún con la escasa y extraña luz que se filtra entre los opacos nubarrones que amenazan con descargar una furia incontenible sobre aquel afrentoso escenario.

La especial atrocidad del suplicio en la cruz consiste en la inexorable seguridad de una muerte pausada, cruenta y horrible. Los romanos saben muy bien que no son propiamente las heridas de manos y pies las que causan el fallecimiento de los crucificados, sino la lenta asfixia, provocada por la rigidez de la postura y la contracción dolorosísima de los músculos. La crucifixión es una forma de ejecución ideada para que la muerte sea cruel y premiosa, para que la sufrida agonía de los facinerosos y los esclavos sirva de escarmiento público durante muchas horas. Pero Jesús tiene una delicada complexión y está agotado tras tantas horas de suplicio, lo que provoca que su agonía sea bastante más rápida que lo usual.

Después de tres largas y penosas horas de tormento, el Nazareno reúne sus últimas fuerzas, profiere un desgarrador alarido y gime:

—¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

Algunos de quienes logran oírlo bien entienden que ese lamento tan desgarrador significa la dolorosa y frustrada constatación de su fracaso, que Jesús admite pocos instantes antes de expirar su último aliento. Pero otros creen que lo que escuchan no es sino la prueba de que Jesús no pierde la confianza en el Dios de Israel, que vengará su muerte y llevará a cabo la obra iniciada por él.

De cualquier modo, Jesús muere convencido de que su sacrificio no es en vano y de que ese acto acelerará la venida del Reino.

Cuando la noticia del fallecimiento de Jesús llega a oídos de Antipas e Hipódamo, ambos se alegran en extremo y beben dichosos a su propia salud, a la del emperador y en pro de la tranquilidad futura.

—¡Un problema menos por el que preocuparnos! —exclama eufórico el tetrarca.

—Y además la muerte del Nazareno no caerá sobre nosotros, de manera que sus seguidores en Galilea, si es que aún le queda alguno, carecen de motivo para criticar tu gobierno —puntualiza Hipódamo.

—Dices verdad. Todo sale a pedir de boca: Jesús está muerto, sus discípulos escondidos como conejos, y nadie podrá achacarnos la responsabilidad de la ejecución. ¡Perfecto!

—Nadie en toda Galilea podrá acusarte de haber eliminado al que unos pocos consideran uno de sus profetas.

—Sí. Ya era hora de que se presentara ante nosotros un panorama tranquilo y sosegado. La aparición de esos dos botarates pendencieros, Juan el Bautista y Jesús el Nazareno, nos ha complicado la vida, pero ya está solventado el problema con la extirpación de esos dos molestos forúnculos —dice Antipas.

—Con semejante escarmiento no creo que, al menos por un buen tiempo, vuelva a aparecer ningún otro iluminado que reclame la venida de quién sabe qué reino, ni que vuelva a surgir otro fanático enloquecido que se proclame a sí mismo Mesías o rey de Israel —dice Hipódamo alzando su copa de vino, de la que bebe un buen trago.

Pero Antipas, que también hace ademán de beber, dibuja de repente una mueca de preocupación y retira la copa de sus labios.

—Queda pendiente otro forúnculo, aunque más pequeño: el incordio de las andanzas en Roma de mi cuñado Julio Agripa, que me molestan y me perjudican indirectamente —comenta el tetrarca—. Es un enredador; temo cualquier cosa de él.

—Pero, por ahora al menos, está tranquilo y su actitud es soportable —precisa Hipódamo.

—Tienes razón, mi leal jefe de Policía, de modo que olvidemos a Julio Agripa por el momento y disfrutemos de nuestro triunfo celebrando la fiesta de la Pascua con alegría.

Hipódamo está muy satisfecho. Le invade la felicidad por la resolución del complicado caso del Nazareno y por el éxito obtenido con su ejecución y la manera en que se ha producido.

—Fue un gran acierto tu consejo de infiltrar agentes entre los seguidores de Jesús. Te felicito, Hipódamo.

—Gracias, mi señor; siempre estaré a tu servicio.

Hipódamo calla que lo que más le alegra de la muerte del profeta galileo es haber borrado para siempre de la vida de Rut a ese tipo, cuya sola presencia tanto ha hecho peligrar su matrimonio. Se avergüenza de que su propia mujer no haya sido inmune a la locura. ¡Un verdadero oprobio para un jefe de Policía! Espera que su esposa vuelva a recuperar el juicio en cuanto pase un tiempo y olvide las perversas ideas que Jesús le ha metido en la cabeza.

En Jerusalén todos parecen contentos.

El procurador Pilato ni siquiera recuerda ya, apenas un día después, un caso tan insignificante e intrascendente para él. Si acaso, entiende que el mensaje de escarmiento con los tres crucificados en el Gólgota sirve para pacificar a la muchedumbre que se aglomera en Jerusalén para festejar la Pascua, y decide que su presencia ya no es necesaria en la ciudad. De modo que ordena a su Guardia el inmediato regreso a Cesarea, donde se encuentra mucho más a gusto, lejos de esa marabunta de exaltados judíos acudiendo en tropel a celebrar estúpidos sacrificios en el Templo. Escupe al suelo y decide viajar el sábado por la mañana, como claro desafío a la prescripción del descanso canónico que prescribe la ley de Moisés.

Los componentes del Sanedrín también muestran su satisfacción. Logran todos sus propósitos sin demasiadas estridencias y no se produce alboroto alguno por el prendimiento y la muerte de Jesús, por la que sólo pagan un puñado de monedas. Ahora, ellos, los observantes, pueden conmemorar la Pascua en paz y celebrar con pío y gozoso corazón los siete días de la solemne fiesta.

Sólo los partidarios de Jesús lamentan su muerte. Consideran que la misión del Maestro es un fracaso y se sienten llenos de oprobio y derrotados. Algunos dudan e incluso consideran que su antaño adorado Jesús no es sino un impostor, un falsario, un mesías y un rey de mentira, como lo demuestra el hecho de que Dios lo haya abandonado a una muerte cruel y atroz, alejado de los suyos.

LA SUERTE DE LOS ENEMIGOS

Galilea recobra lentamente la tranquilidad después del duelo, y Antipas, a pesar del conflicto con el rey nabateo Aretas, sigue demostrando que tiene el carácter necesario para ser un buen gobernante. Un consuelo le viene entonces desde Roma. Tiberio, con el apoyo del Senado romano, da órdenes a su legado en Siria para que prepare de inmediato una expedición de castigo contra los nabateos.

En el palacio de la capital de Galilea, donde están reunidos con el mensajero, Antipas e Hipódamo respiran aliviados.

—Tiberio dice que no puede permitir que ningún rey sometido a Roma se tome la justicia por su mano, y menos en una región del Imperio como la oriental, donde siempre acecha el peligro de los partos, que no dudarán en atacarnos si intuyen el menor signo de debilidad y división —concluye el mensajero su informe.

—Puedes retirarte; has hecho un buen trabajo —le ordena Antipas al correo, y le pregunta a Hipódamo—: Y bien, ¿qué opinas?

—Las órdenes de Tiberio son concluyentes y claras, pero podemos tener problemas con los que tienen que ejecutarlas. —El jefe de la Policía galilea rebaja la euforia de Antipas con sus palabras.

—¿Te refieres al legado de Siria? No se atreverá a desobedecer una orden tan contundente del emperador.

—No lo hará, mi señor, pero sabes muy bien que el legado de Siria no te ve con buenos ojos. Se muestra muy pasivo a pesar de tu misiva en demanda de ayuda. No te perdona que te adelantas a él con tu informe cuando Tiberio y Artabano firmaron la paz sobre el puente del Éufrates.

—Tendrá que acatar esa orden, mal que le pese, y quitarnos de encima a Aretas.

—Pero puede ralentizar la preparación del ataque de sus legiones utilizando cualquier excusa —dice Hipódamo—. Si lo hace, será mortal para nosotros.

Pero, entre tanto, la situación en la vecina provincia romana de Judea y Samaria, sobre todo en las ciudades de Jerusalén y Cesarea, vuelve a ser algo convulsa. Tras la muerte en la cruz de Jesús de Nazaret discurre un tiempo sin altercados, pero algo cambia de repente que complica la situación del procurador Pilato y del sumo sacerdote Caifás

Los samaritanos, habitualmente pacíficos y afectos a Roma, están siendo agitados por un profeta que acaba de aparecer en su territorio. Este visionario predica en los alrededores de la ciudad de Neápolis, en las faldas del monte Garizim, y anuncia la

inmediatez de un prodigio divino. Entre los samaritanos corre una vieja tradición que sostiene que cientos de años atrás los soldados babilonios del rey Nabucodonosor prendieron fuego al templo de Jerusalén levantado por el rey Salomón, derribaron todo el sacro complejo incluidas las dos veneradas columnas llamadas Joaquín y Boaz, robaron el Arca de la Alianza y el pectoral del juicio del sumo sacerdote, con las piedras Urim y Tumim que colocara Moisés para otorgar la luz y la perfección a sus designios, y apagaron el fuego divino que ardía permanentemente en el sanctasanctórum. Pero unos sacerdotes lograron salvar los vasos sagrados y los escondieron en una cueva del monte Garizim, sagrado desde los tiempos de Moisés. Todo se perdió, menos esos vasos.

En su palacio de Cesarea, Poncio Pilato recibe la noticia de que una ingente multitud se congrega en el monte Garizim para oír al nuevo profeta. El procurador estalla:

—¡Otra vez! ¡Maldita raza de alunados! —clama ante los informes de sus agentes.

—Ese hombre está despertando con sus sermones los sentimientos religiosos de los samaritanos, y lo hace apelando a su orgullo nacional —comenta el comandante de la Guardia de Pilato, que es testigo de lo que acontece al pie del monte Garizim.

—¿Qué es lo que ocurre en esa montaña polvorienta? —pregunta Pilato.

—En este país de locos existe una ancestral disputa entre los propios judíos sobre cuál es el lugar más apropiado para adorar a su dios. La mayoría sostiene que es el templo que Herodes erigió en Jerusalén para sustituir al humilde santuario construido al regreso de la cautividad de Babilonia por los exiliados, y que a su vez sustituyó al gran templo del rey Salomón. Pero los samaritanos aseguran que ese privilegio recae en el monte que llaman Garizim, porque creen que allí hay enterradas unas copas sagradas que consideran como su más preciado talismán, las únicas reliquias que sobrevivieron al saqueo del templo de Salomón por los babilonios —responde el comandante.

»Ese predicador asegura que esas copas están a punto de aparecer, y además anuncia que ocurrirá pronto, con lo que el santuario construido en la cima de ese monte será el más importante de toda Palestina; y que la aparición prodigiosa de las copas se producirá cuando una multitud se congregue allí suplicando a su dios por ello.

—¿Hay mucha gente reunida en ese monte? —pregunta Pilato, que se muestra preocupado por la concentración de tantos locos exaltados.

—Desde ayer, llamados por el profeta, miles de samaritanos se congregan en los alrededores de la montaña. Muchos de ellos se dirigen hacia ese lugar con los ojos como platos, rezando mientras caminan, proclamando que su dios obrará grandes prodigios y que hará aparecer esos dichosos vasos entre nubes y relámpagos, mientras suenan trompetas celestiales. Y se escucha de boca de algunos de ellos que los de Jerusalén tendrán que admitir al fin que el lugar santo donde mora su dios es Samaria, y no Judea. Según parece, esta disputa los enfrenta desde tiempos muy remotos.

En ese momento se presenta ante Pilato y su comandante un oficial con novedades de lo que está ocurriendo en el monte Garizim.

—Señor, una gran muchedumbre de samaritanos está concentrada al pie de la montaña donde se erige su santuario, y se preparan para ascender hasta la cima. Festejan con bailes y cánticos que su dios va a aparecerse, o algo así, según he podido entender.

—¿Van armados? —pregunta Pilato con cara de preocupación.

—Por lo que mis hombres han podido comprobar, algunos de esos peregrinos esconden espadas y cuchillos. Hemos detenido y registrado a varios y al preguntarles por las armas requisadas han respondido que las llevan para defenderse de los bandidos que puedan aparecer en su camino y para los sacrificios.

—No puedo consentir esto. Son demasiados. Si dejamos que se organicen, puede estallar una revuelta de consecuencias imprevisibles; hay que atajar todo conato de rebelión cuanto antes. Organiza de inmediato un destacamento de soldados. Salid enseguida hacia ese monte —ordena Pilato a su comandante, un quiliarco de nombre Sedulio, hombre de su total confianza.

Dos cohortes de infantería y un escuadrón de caballería salen prestos de Cesarea camino del monte Garizim. Avanzan a paso ligero, como ningún otro ejército es capaz de hacerlo; los legionarios romanos bien entrenados son capaces de cubrir una distancia de más de veinte millas en cada jornada.

Sedulio disfruta de la plena confianza del procurador Pilato, de modo que no puede fallar en la misión encomendada. Acelerando el paso, casi sin descanso, consigue que sus tropas lleguen al pie del monte Garizim antes de que los miles de peregrinos comiencen el ascenso en masa al santuario.

Según el profeta, ése es el día señalado para que aparezcan los vasos sagrados, de modo que hay un gran movimiento y excitación entre los fieles, que cantan salmos de alabanza a Dios en espera de que se produzca el anunciado milagro.

El despliegue de los soldados romanos se realiza con rapidez y eficacia, sin que la mayoría de los samaritanos, absorta en sus deseos de asistir a un hecho tan prodigioso, se aperciba de que están siendo rodeados por las tropas imperiales.

El quiliarco Sedulio se inquieta; las noticias que le llegan de algunas patrullas no son nada tranquilizadoras. Los caminos que rodean el monte se siguen llenando de masas ávidas de encontrarse con la divinidad y muchos hombres van armados con dagas, puñales y espadas cortas.

—Esto no es una manifestación religiosa —comenta Sedulio a los oficiales a su mando—, sino una rebelión en toda regla contra el Imperio. Si llegan a lo alto de ese monte proclamarán su independencia, y entonces será muy difícil pararles los pies.

—¿Qué ordenas? —le pregunta el oficial de alto rango que manda la caballería.

—Son demasiados, pero podemos actuar por sorpresa y ganar ventaja.

Los oficiales se miran un tanto desorientados. No entienden qué es lo que está tramando su comandante en jefe.

—¿Vamos a atacar a esa gente? —pregunta uno de los oficiales—. Es cierto que algunos portan armas, pero la mayoría de los samaritanos asciende desarmada hacia la cima.

—Las armas que llevan algunos justifican nuestra intervención. Golpearemos primero. Desplegad las tropas y preparaos para la carga. —Sedulio, que conoce bien los temores de Pilato, decide que si no se enfrenta ya a lo que parece el principio de una rebelión, luego no podrá controlarla.

En cuanto los jefes de cada unidad envían la señal de estar preparados, Sedulio ordena el ataque. De improviso y sin que ninguno de los peregrinos lo espere, los soldados romanos cargan con toda contundencia.

La acometida se salda enseguida con abundante sangre. Ajenos a lo que se les viene encima, los grupos de peregrinos apenas tienen tiempo para reaccionar. La infantería, desplegada en formaciones compactas, aplasta a cuantos samaritanos encuentra a su paso; entre tanto, la caballería, desplegada por los flancos, liquida sin piedad a los que huyen despavoridos. El repentino ataque se convierte en una verdadera carnicería.

El brillo acerado de las espadas de los legionarios pronto se torna rojo de sangre. El desconcierto es absoluto. En su intento por escapar, los propios peregrinos arrollan a sus compañeros, sumidos en un caos de muerte y miedo. Atravesados por las espadas, las lanzas y las saetas de los soldados romanos, aplastados por sus propios amigos y colegas, los samaritanos van cayendo y sembrando la ladera del monte con decenas de cadáveres y de cuerpos heridos que se retuercen de dolor a causa de las lacerantes heridas. La sangre corre ladera abajo en algunos lugares. Unos pocos samaritanos ofrecen resistencia, pero son barridos sin dificultad ni piedad por los soldados.

—¡Golpead, herid, matad! —grita Sedulio, que se comporta más como un lobo sediento de sangre que como el comandante de una unidad de las águilas imperiales.

Las laderas del monte Garizim se llenan de lamentos, muerte y sangre tras la terrible refriega. Cuando cesan los combates y retorna la calma, la visión del campo de la desigual batalla es propia de una escena del fin del mundo.

—¿Qué hacemos con los heridos? —pregunta un oficial.

—Agrupad a los que estén en mejores condiciones, los venderemos como esclavos; a los demás, rematadlos.

Unos días después de la matanza, Pilato celebra en Cesarea un juicio sumarísimo a los cabecillas de los samaritanos que sobreviven a la refriega, entre los que se encuentra el falso profeta. Todos son condenados a muerte y ejecutados de inmediato para público escarmiento. Entre los muertos se cuentan algunos de los más distinguidos y respetados miembros de la sociedad de Samaria.

La noticia de la indiscriminada masacre de tantos inocentes en el monte Garizim desata la ira y la indignación en toda Samaria: «¡Los romanos son una ralea de

sanguinarios asesinos!», proclaman unos; «¡Beben sangre, comen carne humana, son alimañas!», claman otros; «¡Su crueldad supera todo lo que podíamos imaginar!», exclaman los más. Por toda la región se extiende la idea de que los romanos se han cebado con toda crueldad sobre un grupo de indefensos y pacíficos peregrinos, que no pretenden otra cosa que rendir culto al dios de sus padres.

La cólera que arde entre los samaritanos es tal que su Senado convoca una asamblea extraordinaria, en la cual se decide enviar de inmediato una delegación ante el legado romano de Siria; ante el representante máximo del emperador en oriente expondrán un memorial de quejas y amargas protestas por la actuación de los soldados de Pilato. El blanco de sus iras no es el subordinado Sedulio, sino el procurador mismo de Judea; Poncio Pilato es considerado el verdadero responsable y el que recibe un mayor número de críticas.

Con semblante serio, Vitelio, el legado de Siria, recibe a los samaritanos en su palacio de Antioquía.

—Nuestra embajada, ilustre y justo gobernador, pretende contarte la verdad de lo ocurrido en la infausta jornada del monte Garizim. —Quien habla en la sala de audiencias, casi entre sollozos de pena y angustia, es un viejo y prestigioso miembro del Senado de Neápolis—. Los peregrinos allí congregados no pretendían llevar a cabo ninguna revuelta sediciosa, como quiere hacer creer el procurador Pilato para justificar su criminal agresión.

—En ese caso, ¿por qué había gente armada entre ellos? No deben portarse armas en un acontecimiento religioso como el que decís que se había organizado —pregunta el legado de Siria.

—Esa acusación es una patraña. Las armas más peligrosas que portaban algunos eran dagas y cuchillos. Iban a utilizarlas para sacrificar corderos y palomas a nuestro Dios. ¿Cómo va a rebelarse contra Roma un pueblo indefenso y pacífico que siempre ha demostrado su lealtad al emperador? Nos conoces desde hace tiempo y sabes que los samaritanos hemos sido y seguimos siendo leales al Imperio; incluso cuando nuestros vecinos han protagonizado algunas protestas y revueltas, nosotros nos hemos mantenido al lado de Roma. Y siempre ha sido así: los divinos Julio César y Octavio Augusto llegaron incluso a perdonarnos parte de nuestros impuestos como premio a tanta fidelidad.

—Eso es cierto...

—¿Y cómo nos lo pagáis? —El anciano habla con firme oratoria y notable determinación, como si ignorase incluso al propio legado imperial—. Derramáis la sangre inocente de nuestro pueblo, profanáis nuestra montaña sagrada y ejecutáis a desvalidos e indefensos peregrinos que no hacen otro mal que manifestar su fe y su fervor religiosos.

—¿Cuál es vuestra demanda? —pregunta Vitelio, que dispone de informes secretos de algunos de sus confidentes que le aseguran que la actuación de las tropas enviadas a

Samaria por Pilato ha resultado exagerada, impropia del honor de las águilas imperiales.

—Comparecemos ante ti, honorable legado, para reclamar justicia. Te pedimos, te rogamos, que nos libres de la violencia y de la inquina de Poncio Pilato, un ser ahíto de nuestra sangre y carente del sentido de la justicia que debe procurar todo buen gobernante.

El gobernador de Siria no siente la menor simpatía por Pilato, a quien soporta porque hasta ahora mantiene a raya a los habitantes de Judea, pero comprende que esta última acción supera cualquier límite, y se ha propasado más allá de lo concebible. Está convencido de que el Senado de los samaritanos tiene toda la razón, y considera que el honor de Roma y el prestigio del Imperio deben ser restituidos cuanto antes.

—Os prometo solemnemente —proclama con voz que expresa auténtico pesar— que procederé de inmediato a resolver este asunto. Hoy mismo encargaré una completa investigación sobre lo sucedido y, en cuanto la tenga resuelta, tomaré la decisión correspondiente.

—No nos defraudes; en tus justas manos depositamos toda nuestra confianza.

Conforme los embajadores samaritanos, que se sienten confortados por las promesas recibidas en Antioquía, se despiden y comienzan a salir de la sala, el legado de Siria frunce el ceño y se dirige en voz baja a su secretario:

—Escribe una carta para pedir cuentas a ese idiota de Pilato por su desproporcionada actuación en Samaria. ¡Ese bruto insensato...! A pesar de que lleva mucho tiempo al frente de esa región, todavía no parece conocer a sus habitantes. ¡Estúpido!, su necedad nos mete en un buen lío; en vez de mantener el orden provoca una insurrección. Y ordena a nuestros agentes en Samaria que elaboren otro informe completo de lo ocurrido allí.

En su palacio de Cesarea, Poncio Pilato rompe el lacre con el sello del legado de Siria y lee la carta remitida desde Antioquía por su superior: «De Lucio Vitelio, legado imperial de Siria, a Poncio Pilato, procurador de Judea, salud. Llegan a mis oídos amargas quejas por la actuación de tus soldados en Samaria. No encuentro excusas para tal comportamiento que pone en entredicho el buen nombre del Imperio en esa provincia. Por la autoridad de la que estoy investido, dispongo que quedes relevado de tu cargo y que viajes a Roma para presentarte ante el César Tiberio. Embarca de inmediato para Roma; no es necesario que te traslades ante mí, a Antioquía. Rendirás cuenta directamente de tu acción ante el emperador. Marcelo, varón de estirpe consular, se hace cargo del gobierno de Judea y Samaria desde este preciso instante».

Pilato aprieta los puños. Conoce al legado y sabe que es un buen diplomático que procura mantener la paz en una región estratégica para el Imperio. Por ello, no entiende las causas de su destitución; está convencido de que su intervención en Samaria sirve para eso: mantener la paz. Deja la carta encima de la mesa y da una orden a su servicio:

—Que venga inmediatamente mi primer secretario.

Poco después se presenta el funcionario.

—¿Qué deseas, señor?

—Lee ese rollo que hay sobre la mesa.

El secretario obedece.

—Lo siento...

—¡Diez años! Todo ese tiempo hace que estoy aquí, en el más infame rincón del Imperio, sirviendo a Roma con todas mis fuerzas, ¡y ésta es la recompensa que recibo!

—Hiciste lo debido —asienta el funcionario.

—La vida de esos miserables samaritanos, unos bárbaros que maquinan una revuelta contra Roma, no vale nada. Consigo solventar una situación de peligro, y el pago que se me otorga es la destitución de mi puesto... Coge pluma y un rollo y escribe —le indica Pilato.

—Como ordenes, señor.

—«De Poncio Pilato, procurador de Judea, al legado imperial de Siria, salud. He recibido tu carta en la que me relevas de mi cargo por haber reprimido la revuelta contra el Imperio que se estaba organizando en Samaria. Te pido que me recibas en audiencia para explicarte los motivos de esa decisión. Salve.» Que un correo lleve este escrito a toda prisa a Antioquía.

Pero el legado de Siria ni siquiera contesta. El sustituto de Pilato se presenta en Cesarea con su nombramiento para hacerse cargo del gobierno de Judea. Pilato no tiene otro remedio que obedecer y, con gran amargura, entregarle el poder.

Una nave zarpa hacia Roma con Pilato a bordo, escoltado por varios soldados. En la capital tendrá que enfrentarse al severo juicio de Tiberio, y no presagia nada bueno.

Entre tanto, el legado de Siria decide visitar Samaria para calmar los ánimos que Pilato deja tan revueltos.

Cuando aparece por allí, las autoridades samaritanas se sienten reconfortadas, y más aún cuando les presenta sus condolencias y les anuncia que Pilato, al que atribuye la exclusiva responsabilidad de la matanza del monte Garizim, queda destituido de su cargo y viaja rumbo a Roma para enfrentarse a la justicia imperial. La calma parece reinar de nuevo entre los samaritanos a pesar de las señales de luto.

Alentado por el éxito de su visita, con la tranquilidad asegurada en Samaria, y alegre por las noticias que llegan de Judea, donde la gente celebra la reciente nueva de la destitución de Pilato con bailes y jolgorios por las calles, el legado decide visitar también Judea.

Acompañado por Marcelo, el nuevo procurador, escoltado por una cohorte de legionarios al mando de un tribuno, que en esta ocasión aparenta ser una tropa de

liberación, entra en Jerusalén, que se está preparando de nuevo para la fiesta de la Pascua.

Se dirige hacia el Templo, donde lo reciben calles atestadas de gentes que desean ver al hombre que sustituye al odiado Pilato.

—Sé bienvenido a la ciudad de Dios —lo saluda el sumo sacerdote Caifás a las puertas del Templo.

—Te lo agradezco. Con mi visita, Roma pretende mostrar su respeto a los sentimientos religiosos de tu pueblo. Te presento a Marcelo, el nuevo procurador de Judea y Samaria. Es un hombre respetuoso, sensato y prudente. Espero que todo el estamento sacerdotal colabore con él para el bien y la prosperidad de esta provincia.

—Así lo haremos, legado —asiente el sumo sacerdote.

En un gesto que la multitud aclama, el legado de Siria recorre las zonas del Templo donde está permitido el acceso a los gentiles. Y tras un emotivo paseo, se detiene en el pórtico de Salomón, justo en el lugar donde le gustaba predicar a Jesús de Nazaret; alza su mano demandando atención, y con voz firme y poderosa anuncia a los presentes:

—Ciudadanos de Jerusalén: quiero que mi visita a vuestra ciudad sea recordada por todos vosotros con agrado. Y por ese motivo, y en recuerdo de este día en que me acogéis en vuestro santuario, declaro que Roma perdona la mitad de los impuestos sobre la venta de las cosechas por este año.

Un mar de gritos de felicidad sale de las gargantas de los presentes, que aclaman al legado y al emperador. Abrazos, parabienes, risas, júbilo..., la alegría de los jerusalemitas es extraordinaria.

—Nos regalas una excelente sorpresa —dice el sumo sacerdote Caifás.

—Roma es justa y actúa con justicia —responde el legado.

Los presentes rompen en aplausos y vítores, cuyo eco resuena bajo los solemnes pórticos.

—Agradecemos tu gesto —dice el sumo sacerdote.

—Todavía hay más. —El legado pide calma de nuevo; se propone ganarse a los judíos y borrar el mal recuerdo del gobierno de Poncio Pilato—. Hace muchos años que las vestimentas sagradas que el sumo sacerdote utiliza en las cuatro grandes festividades religiosas se custodian en la fortaleza Antonia por los soldados del Imperio. Sé que vuestra ley impide que puedan celebrarse las ceremonias religiosas de la Pascua, Pentecostés, los Tabernáculos y la Expiación si el sumo sacerdote no viste esos hábitos. Pues bien, ¿veis esta llave? —El legado la muestra a la multitud—. Es la que cierra el arcón donde se guardan esos vestidos. —A un gesto del legado unos soldados aparecen portando el arcón de madera que esa llave abre—. Hasta hoy, su custodia está en manos del procurador romano de Jerusalén, pero desde este momento queda en manos de los sacerdotes, y el arcón con sus ornamentos vuelve a guardarse en el Templo.

Algunos lloran de alegría ante la noticia. Hace mucho tiempo que los judíos tienen que pasar por la humillación de tener que ir hasta la fortaleza Antonia siete días antes de

cada una de las cuatro grandes fiestas, solicitar al gobernador romano autorización para usar las vestiduras, pedirle por favor que abra el arcón, romper los lacres que lo sellan, purificar los vestidos y, acabada la ceremonia, devolverlos de nuevo a la fortaleza hasta la siguiente fiesta.

Pero a partir de hoy no volverá a ocurrir nada de eso. Tienen en sus manos el arcón y la llave, son de nuevo los guardianes de las vestimentas sagradas; ya no será necesario pasar cuatro veces al año por semejante vergüenza.

Los judíos saltan de gozo, vitorean al gobernador de Siria e incluso se escuchan algunas aclamaciones a favor del emperador. Los más extremistas, aunque muestran su alegría por la recuperación de los vestidos sagrados, no dejan de preocuparse por el fervor que demuestra la mayoría hacia los romanos.

—Y todavía una cosa más... —El legado contempla al pueblo y sonríe encantado. Con sus decisiones se gana a las masas de Jerusalén, que lo aclaman, y entonces decide dar un último y contundente paso, el gran golpe de efecto que viene rumiando desde hace un par de semanas.

—¡Lado sea el Señor Nuestro Dios! —exclama Caifás. El sumo sacerdote está feliz, pero dejará de estarlo en cuanto escuche lo que a continuación va a decretar el legado.

—También —prosigue el legado su discurso bajo el pórtico de Salomón— he decidido destituir al sumo sacerdote Caifás.

Ante esa declaración, que nadie espera, se hace un silencio expectante.

—¡Ya era hora! —grita de repente una voz anónima entre el gentío.

—Hace algún tiempo que me llegan a Antioquía quejas y denuncias por las arbitrariedades del sumo sacerdote de este santuario.

—¡Es tiempo de que ese cargo salga de esa familia! —clama otra voz.

—Roma es justa. Caifás ha sido un estrecho colaborador de Poncio Pilato y ha compartido muchas de sus decisiones. Es justo que sea apartado de su puesto —anuncia el legado.

—¡Esa familia no ha dejado de apalear y extorsionar al pueblo! —exclama otra voz, a la que se suman otras muchas con murmullos y gestos de aprobación.

—¡Han llenado sus bolsas con nuestro dinero! ¡Que devuelvan todo lo que nos han robado! —clama otra.

—¡Que desaparezca esa banda de parásitos! —pide una tercera.

—¡Silencio! —ordena el legado romano—. No habrá más oscuros manejos, ni más negocios turbios, ni más escándalos. Pilato y Caifás ya no os causarán más problemas.

La gente que lo oye apenas cree lo que sus oídos están escuchando, y rompe de nuevo en vítores hacia Roma.

A su lado, Caifás agacha la cabeza. No entiende lo que acaba de ocurrir. Ya no es sumo sacerdote. Todo su poder se derrumba en unos instantes. Una profunda pesadumbre se apodera de él y es incapaz de reaccionar; está paralizado, no puede dar un

solo paso. Varios sacerdotes tienen que sacarlo de allí entre los insultos que le dirige la enardecida multitud.

Roma triunfa por completo. La visita a Samaria y a Judea del gobernador de Siria calma los ánimos de los judíos, siempre a punto de estallar, y logra que, entre los muros y bajo los pórticos del Templo, los habitantes de Jerusalén alaben al emperador romano.

Cuando estas noticias llegan a Tiberiades, Antipas tuerce el gesto. ¡Precisamente el legado de Siria, un enemigo larvado que no quiere ayudarlo contra las insidias del nabateo Aretas! De inmediato, cae en la cuenta de que también lo ocurrido en Jerusalén aleja sus posibilidades de convertirse en jerarca de Judea y Samaria. Con esas dos provincias en paz y afectas a Roma, sus planes para que Tiberio lo nombre al fin rey de Israel parecen desvanecerse. Su ambición pasa por que la situación en ambos territorios empeore y el emperador recurra a él como solución a los problemas. Cuanto peor, mejor... El trono de Judea, vacante, presenta a sus ojos la dificultad de lo inaccesible, de lo maldito. Con los años, la espera de algo que nunca llega comienza a hacerse insoportable.

En Jerusalén, los que más alegres se muestran con la caída en desgracia de Caifás son los seguidores de Jesús de Nazaret, que mantienen vivos sus recuerdos. Muchos siguen atribuyendo al sumo sacerdote depuesto la máxima responsabilidad en la ejecución de su maestro, por ser el instigador principal de la trama que impulsó a los romanos a llevarlo a la cruz.

Desde la vergonzosa dispersión en la noche del prendimiento, el grupo de discípulos más cercano a Jesús sigue reuniéndose y en cada una de sus ceremonias secretas se rememoran las enseñanzas del Nazareno. Incluso proclaman que Jesús sigue vivo; alguna de las mujeres que lo acompañaron en su peregrinaje por Israel declara haberlo visto después de su muerte y sostiene que ha tocado sus manos. Los principales discípulos se rehacen del tremendo varapalo de la ejecución del Nazareno y vuelven a predicar en Jerusalén y sus alrededores. Se dirigen a cuantos quieren escucharlos para decirles que Jesús, tras la crucifixión, se les ha aparecido en varias ocasiones para transmitirles sus últimas enseñanzas y que ha subido a los cielos anunciando que pronto volverá para proclamar la instauración triunfante del reino de Dios sobre la tierra de Israel.

El decaído ánimo de los seguidores de Jesús comienza a levantarse con la destitución de Pilato y de Caifás, y no tardan en proclamar que la destitución de los dos principales responsables de la muerte de su maestro es la prueba palpable de que la justicia divina comienza a actuar. Alguno se acuerda también de las palabras de María Magdalena al pie de la cruz...

Poco después de su fulminante destitución como sumo sacerdote, Caifás, que se recluye en su palacio apesadumbrado y abatido, acaba siendo víctima de una penosa enfermedad, y muere entre aflicciones y espasmos, incapaz de proferir palabra alguna,

pues se dice que en el momento de su muerte llegan a salirle algunos gusanos por la boca.

LAS AVENTURAS DE JULIO AGRIPA

En el entretanto en Roma, Julio Agripa, el cuñado de Antipas, uno de los hermanos de Herodías a quien el tetrarca desea mantener a distancia, se siente libre para hacer lo que le venga en gana.

Tras sus años de formación en la Urbe, no hay nadie a su lado que lo censure o le recuerde los comportamientos adecuados a su rango; vive en la más grande y fascinante ciudad del mundo y tiene amigos cuyas familias son poderosas y ricas. A pesar de su origen judío, goza de buena estima. Es un joven apuesto, de cabellos rubios y rizados que le confieren un aire juvenil y despreocupado. Las mujeres admiran su porte esbelto, su cuerpo fuerte y varonil y su atractiva sonrisa.

Ocioso, despreocupado, con ganas de vivir, Agripa se entrega a una vida de lujo y de dilapidación, pues su madre, Berenice, viuda rica de Aristóbulo, el malhadado hijo de Herodes el Grande, le ha legado una buena parte de la fortuna familiar. Frecuenta las más exclusivas fiestas, derrocha dinero, recorre las más selectas camas... Qué más le puede pedir a la vida. Su encanto encandila a muchas jóvenes patricias, que no dudarían en proponerle matrimonio si no lo rodeara esa aura misteriosa de la pertenencia a un pueblo con una religión plena de ritos tan minuciosos, normas tan rígidas y conducta tan estricta como la judía. Desde luego, ninguna de ellas se imagina casada con él, viviendo en la lejana tierra de Israel, de tan triste fama, lejos de los placeres que a las jóvenes patricias les proporciona la vida en Roma.

Ante la imposibilidad de establecer una relación matrimonial con las jóvenes romanas, Agripa conoce a una joven judía, que también vive en la Urbe. De nombre Cipro, es amiga de su hermana Herodías, la esposa del tetrarca de Galilea. Se casan pronto.

Los gastos aumentan; el joven judío ofrece sustanciosas cantidades de dinero a algunos senadores y a libertos del emperador porque está convencido de que así se ganará su apoyo en el futuro. Todo le sonrío, de modo que Agripa no repara en gastos, consume sus rentas mucho más deprisa de lo conveniente y dilapida el dinero heredado de su madre, hasta que, dispendio tras dispendio, sus rentas se agotan. A los tres años de la muerte de Berenice, la fortuna que su hijo hereda se ha esfumado, y la escasez se adueña de su casa.

Sin un solo denario en las arcas, Julio Agripa se ve obligado a recorrer los despachos de los prestamistas y usureros de la capital del Imperio. Todos saben que carece de bienes y que la herencia queda ya en nada, pero los banqueros le prestan dinero, pues su amistad con la familia imperial, cuyo palacio visita con frecuencia, y su estrecho trato con Druso y Cayo, hijos de Tiberio, son avales más que suficientes.

Hasta que un día...

—No podemos pagar los réditos de los préstamos —le confiesa un abrumado Agripa a su esposa, Cipro, que desconoce el estado de la economía familiar.

—¿Estamos arruinados? —pregunta Cipro.

—Por completo. Ni siquiera puedo amortizar una parte de los intereses del capital que debemos.

—Pero... —Cipro está consternada ante una revelación que no imaginaba—. ¿Cómo puede ser? Nunca falta dinero en esta casa...

—¿Acaso preguntabas por su procedencia?

—Suponía que era el producto de las rentas de tus propiedades en Palestina, de la herencia que te corresponde por las riquezas atesoradas por tu poderoso y rico abuelo, al que siempre tienes en tu boca.

—Pues esas rentas se han acabado —confiesa Agripa.

—En ese caso, tal vez deberíamos regresar a nuestra tierra. Allí encontraremos ayuda. No tengo duda de que tu hermana Herodías nos socorrerá. Como su esposo, tu tío Antipas, es dueño de Galilea, no le será difícil ofrecerte algún puesto en su corte y asignarte las correspondientes rentas —sugiere Cipro.

—No quiero marcharme de Roma con las manos vacías y arruinado. Soy amigo, muy amigo, de la familia imperial; si se lo pido a Tiberio, es probable que me conceda algún puesto importante que conlleve unas prebendas de las que poder vivir sin cuidado.

—De acuerdo, esperaremos a que eso suceda —consiente Cipro.

Pasan los meses y la recompensa esperada no llega. A la vez que se acaba la línea de préstamos, Agripa se convence de que un judío jamás será designado para ocupar un alto cargo en Roma, y piensa que la única posibilidad es que Tiberio le conceda algún puesto en la administración de Palestina, como hiciera su antecesor Augusto con Antipas y con Filipo.

Los acreedores comienzan a apretar y a exigir la devolución de sus préstamos, pues sospechan, con razón, que Agripa no puede afrontar sus pagos. Algunos de ellos hablan entre sí, y cuando suman todo lo que el judío les adeuda descubren que los débitos totales de Agripa rondan los tres millones de sestercios, una cantidad que jamás podrá devolver.

Además, los acreedores son muchos y andan atentos a los movimientos del judío, pues temen que, siendo extranjero, se pueda escabullir algún día por las buenas, dejándolos sin su dinero, de modo que incrementan sus demandas ante el moroso.

La situación en casa de Agripa se torna insostenible. Y aún se agrava más con la muerte del hijo de Tiberio, su amigo Druso el Joven, antiguo colega de estudios, su gran mentor y su garante de solvencia, quien le abriera las puertas del palacio imperial. Pero desaparecido Druso, Tiberio ordena a los guardias que no dejen pasar a los amigos de su

hijo fallecido, pues no desea que nadie se lo recuerde. Le queda la amistad con Cayo Calígula, el hijo de Germánico adoptado por Tiberio, pero Cayo está fuera de Roma, anda en el Ejército acompañando a su padre en una campaña militar.

Sin dinero, sin amigos, cerradas las puertas de palacio y reducido a una indigencia vergonzante para un nieto de Herodes el Grande, la vida en Roma se hace imposible para él. Se encuentra abatido, consternado y agobiado por una situación financiera que le provoca una angustia insuperable, de modo que, siguiendo la sugerencia de Cipro, opta por regresar a Judea. Pero tiene que hacerlo en secreto, burlando incluso la vigilancia a la que sus prestamistas lo tienen sometido.

Una noche, cuando nadie lo espera, Agripa y su esposa escapan de Roma, ocultos como dos ladrones entre las sombras, y embarcan en secreto en Ostia, en un barco mercante, rumbo a Cesarea, gastando en los dos pasajes sus últimas monedas. De nadie se despiden y, de momento, los acreedores quedan burlados y los amigos desconcertados.

—Creo que, al menos por el momento, es mejor no molestar a mi tío Antipas —le dice a su mujer.

—Pero habíamos quedado en que le pedirías un cargo... —protesta Cipro.

—Antes debo hacerme a la idea de cuál es mi verdadera situación en Israel. Hace tiempo que falto de mi tierra y desconozco cómo me recibirá.

—Aún mantienes aquí algunas propiedades; reclámalas al menos.

—De momento, lo más prudente es obrar con cautela.

—Busquemos refugio en Herodías; ella es tu hermana y, por lo que sabemos, su ascendencia sobre Antipas es enorme; ella nos acogerá —insiste Cipro.

—Mi tío es un hombre poco dadivoso, y creo que no es nada afectuoso con sus parientes, y aún lo será menos si se presenta un cuñado lleno de deudas, que se acaba de escapar de Roma y al que hace años que no ve.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—Conozco al comandante romano que dirige la fortaleza de Malata, en la región de Idumea. Fuimos íntimos amigos hace algunos años. Nos acogerá y estaremos bajo su protección.

Y en Malata se instala el matrimonio, donde vive alejado del mundo, protegido tras los altos muros de la fortaleza, sin nada que hacer salvo dejar pasar un tiempo lánguido y ocioso.

Pasan los días y los meses. Julio Agripa tiene sus dos primeros hijos con Cipro y se debate en medio de una tediosa espera de nada, añorante del frenético modo de vida de Roma.

Su mente atormentada es presa de los más tenebrosos pensamientos. Su situación no parece tener remedio. ¿Puede ser el suicidio una salida? En Roma ha conocido a

brillantes pensadores estoicos de los que ha escuchado que el último recurso de un hombre sensato, ante la más desesperada de las situaciones, siempre está en su mano. «La puerta está abierta» es la conocida frase que repiten cuando, como filósofos, se plantean acabar con una vida indigna y miserable. Éste es su caso, de modo que Agripa piensa que tal vez ha llegado su hora y que debe franquear con dignidad el último y definitivo umbral, con lo que arreglará su situación. Cipro y sus hijos encontrarán refugio seguro en Herodías.

Cipro participa de la tristeza de su esposo. Lo escucha, en alguna ocasión, hablar de la conveniencia de poner fin a su lenta agonía y, aunque no menciona nunca delante de ella la palabra *partida* y mucho menos *suicidio*, no cabe duda de que está en su mente, como indican las más que evidentes insinuaciones, algunas demasiado directas, como cuando le dice: «Me gustaría que me acompañaras en mi último viaje».

Desesperada y temerosa de una resolución tan drástica como terrible, Cipro no aguanta más y decide escribir en secreto a Herodías. En la misiva se lamenta con una inmensa amargura de la situación en la que vive, agravada por el recuerdo de los momentos dichosos y alegres vividos en Roma. La carta acaba con una frase patética: «Ayúdame, Herodías, te lo suplico invocando al Altísimo y a la memoria de vuestros padres, o me temo que muy pronto te quedarás sin hermano, yo sin esposo y mis hijos sin padre».

Tras recibir el angustioso mensaje de ayuda, Herodías siente que una inesperada pena anida en su corazón. Con sus desgarradores lamentos, Cipro logra conmover a su cuñada, sobre todo con una descripción un tanto histriónica de la lamentable situación de su hermano. Herodías, apesadumbrada, se conmueve. Decide hablar con su esposo, y está segura de que logrará convencerlo de la urgente necesidad de prestar ayuda a sus parientes.

Finalizadas las fiestas de la Pascua, el tetrarca e Hipódamo regresan a Galilea. Antipas disfruta nuevamente del lujo de su palacio de Tiberiades y de cierta tranquilidad tras la amenaza del nabateo Aretas, los problemas causados por Juan el Bautista y el proceso a Jesús de Nazaret. Pero el Hado mueve a su capricho los hilos del destino y no parece dispuesto a dejar que la serenidad se instale en su vida.

Pocos días después de recobrada la calma, Antipas lee tranquilamente unos documentos en su mesa de trabajo. De repente entra en la sala Herodías, desconsolada, e interrumpe su tarea.

—Acabo de recibir un angustioso mensaje de mi cuñada Cipro solicitando mi ayuda, y tras leerlo me embarga una enorme angustia. Su escrito está lleno de desgarradores lamentos y me describe con gran tristeza la penosa situación que está viviendo su familia, tan terrible que mi hermano Julio Agripa siente deseos de suicidarse. Es urgente que les prestemos nuestro apoyo.

Herodías, apesadumbrada, trata de convencer a su marido para que ayude a su sobrino y cuñado, pero al oír el nombre de Julio Agripa, Antipas se siente incómodo y se pone en actitud defensiva.

—¿Qué ocurre ahora?

—No será difícil para ti encontrar un puesto para tu cuñado y sobrino. Seguro que hay alguna vacante en el Ejército o en las oficinas de la Administración —demanda Herodías con insistencia.

Antipas duda. Conoce bien la mala fama que rodea a su pariente Agripa y la simple mención de su nombre no le resulta nada agradable. Para él no es recomendable tener al lado a un tipo como ése, que degrada la imagen de la familia y que supone un mal ejemplo para el pueblo de Galilea. Además, ¿qué pensará Tiberio, que sabe ya que su sobrino y cuñado ha huido de Roma, si nombra para un cargo importante a un individuo tan detestable? No le interesa ahora al tetrarca que estalle cualquier nuevo escándalo y que llegue hasta los oídos del emperador. Y luego está su relación personal; es bien sabido que los cuñados, tío y sobrino, se odian y se desprecian desde hace mucho tiempo.

—Tengo que pensarlo despacio. Te lo comunicaré en cuanto lo haya decidido. Ahora mismo necesito despachar estos documentos.

Herodías guarda silencio un tanto molesta y despechada. Antipas remacha:

—Mi cuñado Julio Agripa está dispuesto a enredar todo lo posible para disfrutar de la buena vida a costa de los demás.

Herodías se siente más irritada aún y replica:

—Nuestra madre, Berenice, cuidó con todo esmero de su educación. Tras tres años de estudio en Jerusalén lo envió a Roma, para que completara su formación con los mejores preceptores del Imperio. Sabes bien que Berenice era amiga de Antonia y de su esposo Druso el Mayor, padres de Claudio y Germánico, y consiguió que esta noble familia acogiera a su hijo en su casa.

—Debo confesar que tu hermanito Julio Agripa demostró ser un muchacho vivo y despierto, y que realizó notables progresos en la escuela para jóvenes hijos de patricios. Allí se rodeó de buenos amigos y, si hubiera querido, habría aprendido buenas cosas. Sé también que frecuentó a Druso el Joven, el hijo del emperador Tiberio, y que trabó con él una sólida amistad. Y también con Cayo Calígula *el Sandalita*, hijo del admirado Germánico. ¿Por qué no lo acompañó en algunas de las campañas de su padre y aprendió a ser hombre de provecho?

Herodías no tiene más remedio que tragarse lo de *hermanito* y el resto de las palabras de su esposo, que demuestra estar al tanto de la vida de su cuñado.

—El fallecido Druso y Cayo eran inteligentes y brillantes, pero caprichosos y volubles; sobre todo Cayo... ¿No lo conoces? Yo sí, desde muy pequeño, y sé bien que su mirada destila perversa astucia, mezclada con fingida inocencia, intensa lascivia y profunda maldad. Ambos estaban henchidos de orgullo y soberbia por su alto linaje

como miembros de la familia imperial. Pero Druso murió y tu hermano se quedó sin apoyo.

»Calígula se siente intocable, como si fuera un hijo de héroes divinos, desprecia al vulgo y ama el lujo y la prodigalidad. Se le consiente casi todo por su afabilidad y viveza, y es especialmente libertino. Aunque confieso que, a mi parecer, tiene una inteligencia superior a la de sus colegas.

Herodías percibe cómo su esposo odia a Roma, a esa Roma encarnada en Tiberio y su entorno que no le permite alcanzar lo que más desea: el trono de Israel.

—Son sus amigos —justifica Herodías.

—Por lo que sé, Agripa se lleva de maravilla con el pervertido Calígula, pues desde que llegó a Roma comparten aventuras y secretos. No me extraña que acabe siendo tan malvado como él.

Herodías cae en la cuenta de que su marido presta más atención a la vida de su hermano que lo que ella misma podría haber pensado hasta el momento. Una duda surge en su mente.

—¿Acaso lo temes...? —pregunta Herodías.

Antipas se muestra molesto por la pregunta y guarda silencio. Su esposa ignora todo de la vida anterior de su hermano. Agripa supo bien a quién arrimarse en Roma y comprendió enseguida que, si quería que su vida avanzara por un camino de honores y éxito, debía ganarse el afecto de los más poderosos de la Urbe. Y Cayo Calígula, por su linaje y su habilidad para atraer a la gente, era uno de ellos.

Antipas continúa intentando debilitar la posición de su esposa:

—¿Por qué no volvió tu hermano a Israel al acabar su período escolar? No, al contrario, decidió seguir viviendo en Roma, aunque desligado de la tutela de Antonia y su marido Druso el Mayor, en cuya casa carecía de la libertad y la independencia de movimientos que necesitaba.

Herodías desconoce también qué es lo que en realidad pretende su hermano, pero percibe en su marido una tremenda desconfianza. Quizá no fuera tan grande la fortuna heredada por Agripa, mas para un joven de veinte años resultaba suficiente si hubiera sabido gastarla con moderación.

—Es mi hermano, y no puedo dejar que se hunda en la miseria y muera en la pobreza. Haz algo por él, te lo pido, te lo ruego... Te lo suplicaré si es necesario.

Antipas, presionado por la obstinada insistencia de Herodías, acaba cediendo muy en contra de su voluntad.

—Está bien. Acaba de morir Agatocles, el agorónimo supervisor del mercado de abastos de Tiberiades. Ese puesto queda vacante; quizá le interese a tu hermanito.

—Perfecto.

—Así lo tendré cerca, y si no me fío de su trabajo, al menos lo podré controlar. Aunque tal vez a mi cuñado no le guste ese oficio. Quizá considere que ser inspector de

un maloliente mercado no es un cargo apropiado para un nieto del glorioso Herodes. — Antipas se solaza con su ocurrencia.

—No deja de ser un puesto remunerado; será suficiente, por el momento. — Herodías se siente complacida; una vez más logra arrancar de su marido una decisión favorable a sus propósitos.

En cuanto Antipas da el visto bueno al nombramiento de su sobrino y cuñado, Herodías envía un correo urgente a Cipro para comunicarle la noticia.

Agripa, acostumbrado a vivir de rentas sin otra preocupación que gastar más de lo que dispone, se siente molesto con ese ofrecimiento, incluso piensa rechazarlo. Pero no tiene más remedio que aceptar, aunque de mala gana, la propuesta ante la insistencia de su esposa para que no desprecie a su poderoso pariente. El salario de inspector de abastos es modesto, pero Agripa no está en condiciones de elegir; mejor eso que hacer frente a los acreedores que lo acosan en Roma o que volver a encerrarse en la fortaleza de Malata a vivir de la caridad de un romano. De modo que, a regañadientes, acepta el cargo.

Durante algún tiempo, Antipas se olvida de su sobrino, al que Herodías hace llegar de su propio peculio algunas cantidades de dinero para complementar el menguado salario de inspector del mercado.

Las semanas transcurren plácidas, sin especiales contratiempos, en una lánguida rutina. Pero un día los dignatarios de la ciudad de Tiro invitan a Antipas, como es costumbre anual, a participar en las fiestas en honor del dios Melkart, durante las cuales se celebran suntuosos festines, representaciones teatrales, competiciones y juegos atléticos.

Pese a tratarse de una divinidad pagana, abominable a los ojos de los judíos, el tetrarca acepta la invitación. Le agrada la idea de alejarse por unos días de Galilea y disfrutar de esa semana de asueto al lado de Herodías, sin más preocupación que divertirse con las comedias, admirar los juegos y disfrutar de los banquetes.

Pero antes de partir, a Herodías se le ocurre una inesperada idea.

—Querido esposo, Agripa y Cipro llevan aquí en Tiberiades una vida retirada y sencilla. Supongo que echarán de menos el bullicio de la capital del Imperio. ¿Qué te parece si los invitamos a que vengan con nosotros a Tiro y disfruten así de unos días de distracción?

Antipas tuerce el gesto y aprieta los dientes. Medita unos momentos antes de responder. No le agrada en absoluto la propuesta, pues su relación con Agripa sigue siendo fría y distante; pero no es capaz de negarse a uno solo de los deseos de su esposa.

—De acuerdo —acepta al fin.

—Gracias. Disfrutaremos mucho. Cipro es una mujer de trato muy cordial —dice Herodías.

—Ella tal vez, pero mi sobrino Agripa es un petulante engreído, hinchado de unos aires de grandeza que no se corresponden con su verdadera situación.

—Lo han pasado mal. Debes comprenderlo. No es fácil abandonar de repente una vida regalada en Roma, sin carecer de nada, para vivir casi en la indigencia.

—Es un tipo antipático; a pesar de nuestro doble parentesco, o quizá por eso, no me cae nada bien.

—Lleva tu misma sangre y, además, es mi hermano. —Herodías recuerda a su esposo lo que no es necesario destacar, pues ya se encarga ella de que no lo olvide nunca.

La comitiva del tetrarca llega a Tiro a tiempo para la ceremonia inaugural de los juegos en honor de Melkart.

A su finalización, los magistrados de la ciudad celebran un banquete en agasajo a tan ilustre huésped, al que también asisten Agripa y Cipro, que aceptan gustosos la invitación.

Los platos servidos durante el ágape son excelentes: sopas y pescados aderezados con la variedad más fina de *garum*, esa deliciosa y contundente salsa elaborada en factorías de Hispania, deliciosos lomos de gacela asados con hierbas aromáticas y especias orientales, pasteles de carne, tartas de almendras y pistacho, sorbetes de frutas..., y todo ello regado con deliciosos vinos rojos de Siria y dulce malvasía de Rodas.

El vino corre en abundancia, y las lenguas se desatan. El viejo poeta afirma que «En el vino, la verdad», y así es porque, en un momento de euforia, Antipas observa a su sobrino, que come y bebe cerca de él, y habla en voz alta, para que lo oiga con claridad:

—Hoy en día, los mantenidos pierden incluso la vergüenza. En otro tiempo reconocían los regalos de sus mecenas, pero ahora ni siquiera se molestan en dar las gracias.

Agripa, que bebe ambrosía de una copa de plata, se gira hacia su tío, con evidentes signos de malestar y recelo marcados en el rostro. Se hace un silencio espeso. Todos los comensales conocen la situación y saben que los dos parientes no se llevan nada bien.

Herodías y Cipro se miran preocupadas; en los ojos de las dos mujeres se refleja rápidamente un cierto aire de angustia. Quizá ambas saben que la tensión entre sus dos esposos tiene que estallar en algún momento.

—La gratitud es propia de los humanos, no de los dioses —comenta de manera muy desafortunada uno de los magistrados de Tiro para intentar romper el hielo del silencio formado en la sala de banquetes.

—Pero hay humanos que no lo entienden así —dice Antipas sin dejar de mirar a su sobrino con aire desafiante.

—¿Te refieres a alguien en concreto, amado tío? —pregunta Agripa en un tono desabrido, remarcando cada palabra con procaz ironía.

—Me refiero a todos aquellos que no son capaces de ganarse la vida por sí mismos y que se pegan a otro como un piojo para chuparle la sangre.

—Insisto, querido tío, ¿a alguien en concreto?

—A quien deja en Roma deudas que no puede pagar, y por las que está siendo buscado.

El tetrarca habla con crueldad. Los efluvios del vino y la postura chulesca de su sobrino lo enfurecen.

Al escuchar esas palabras, Agripa siente cómo se abren en su interior viejas heridas que ya creía cerradas. Fluyen a su mente los recuerdos de los prestamistas y usureros romanos reclamando el dinero que les debe, los meses perdidos en una fortaleza ignota en medio de la nada, el fracaso de su vida... No lo soporta más. Su posición es de extrema debilidad y carece de defensa alguna frente a las acusaciones de su tío.

Los demás comensales callan. El banquete se agria, cesan las alegres carcajadas, se silencian las voces, se acaba la música. Cipro mira a Herodías; las dos mujeres muestran en sus rostros la pesadumbre que las acongoja.

—Vámonos de aquí —le dice Agripa a su esposa, a la que ayuda a incorporarse; y ambos salen raudos de la sala del banquete.

Poco después, un carruaje parte hacia Tiberiades con dos únicos pasajeros.

Tras lo sucedido en el banquete de Tiro, Julio Agripa decide que no puede seguir ejerciendo el cargo asignado por su tío, y que no debe permanecer en Galilea ni un instante más. De modo que dimite y decide, de acuerdo con su esposa, Cipro, dejar Tiberiades y dirigirse a Antioquía, donde esperan ser acogidos por el nuevo legado imperial Pomponio Flaco, de cuya amistad se precia.

Cuando llegan a esta ciudad, el legado se muestra amable y los recibe con los brazos abiertos. Agripa le cuenta sus peripecias y exagera con respecto al enfrentamiento en Tiro con su tío.

Otra vez son dos parásitos; no tienen nada, de manera que se acomodan en unas estancias del palacio del gobernador, con el único consuelo de recuperar la estima de los romanos y poder regresar algún día a Roma colmados de honores. Sin embargo, Agripa desconoce que la Fortuna, cuya faz no es siempre del todo agradable, mezcla la dicha con el malestar: en ese mismo palacio se hospeda Aristóbulo, su hermano, con el que hace tiempo que no tiene relación. Para mayor contrariedad Aristóbulo es uno de los sobrinos predilectos de Antipas, y su mensajero ante Tiberio cuando Aretas amenazó por vez primera con la invasión de Galilea.

Al encontrarse de nuevo, los dos hermanos se miran con recelo. Ambos son ambiciosos, como buenos nietos de Herodes, pero los dos tienen objetivos diferentes.

Mientras Agripa sueña con regresar algún día a Roma, recuperar el favor de Tiberio y saldar sus deudas, Aristóbulo espera que de su buena relación con su tío pueda sacar el mayor provecho político, bien un puesto excelentemente remunerado o, por qué no, sucederlo en el trono de la tetrarquía.

—Tenemos que volver a Roma —dice Agripa.

Su esposa le toma la mano y procura hacerle sonreír con una caricia.

—El emperador Tiberio no lo consentirá. La vejez agria su carácter, y desde la muerte de su hijo Druso sufre enormes alteraciones en su humor —comenta Cipro.

—El tiempo cura todas las heridas. Es probable que vea en mí al amigo del hijo que la muerte se llevó, y que eso lo consuele de su dolor. Sabes que hace tiempo yo frecuentaba el palacio imperial y disfrutaba de la camaradería del difunto Druso. En esa época, el emperador me trataba con gran afabilidad, casi como un hijo. Bien, tal vez vuelva a confiar en mí y me otorgue el gobierno de alguna provincia... Calcis, por ejemplo.

—Ésa sería la solución para nuestros males financieros, querido esposo.

—Nada perdemos por intentarlo. En esta tierra de Oriente no nos quieren, y nada tenemos que hacer. No podemos regresar a Galilea ni deseo vivir a costa de lo ajeno durante el resto de nuestras vidas.

—¿Y si el emperador ya conoce el incidente del banquete de Tiro? Él y nuestro tío Antipas son muy amigos.

—Es demasiado irrelevante como para despertar el interés de Tiberio.

—¿Y cómo piensas regresar a Roma? No tenemos dinero ni siquiera para pagar el pasaje.

—Descuida, lo conseguiré —sentencia Agripa.

El nieto de Herodes pasa los largos días de Antioquía maquinando quiméricos planes de grandeza. Se imagina de nuevo ante Tiberio, y cómo éste lo agasaja y lo nombra gobernador de una importante provincia imperial.

Entre tanto, Aristóbulo se siente cada vez más incómodo con la presencia de su hermano, y por tener que compartir techo en el palacio del legado Pomponio Flaco. No pasa un momento sin que piense en algún plan para desembarazarse de él; hasta que un día...

Hace tiempo que las ciudades de Damasco y Sidón mantienen una enconada pugna por el dominio de la zona fronteriza de Iturea. Se trata de una región próspera, moteada de colinas en cuyas suaves laderas crece el trigo y florecen los frutales en abundancia gracias a las fértiles aguas del río Leontes. La comarca es célebre por sus aromáticas frutas y sus delicados productos de huerta. La disputa de las dos poderosas ciudades por hacerse con su dominio dura ya varios años, y todo parece indicar que todavía se va a alargar por algún tiempo más, salvo que el gobernador Flaco, a cuyo arbitraje se someten

los magistrados de las dos ciudades, decida una solución que acabe definitivamente con la disputa.

Los de Damasco, concedores de que Agripa, el nieto del poderoso Herodes, reside en el palacio del legado en Antioquía, deciden hacerle una visita y le proponen un plan.

—¿Qué queréis de mí, honrados magistrados de Damasco? —les pregunta Agripa tras recibirlos en Antioquía.

—Sabemos que mantienes una buena amistad con Pomponio Flaco y estamos dispuestos a hacerte una buena oferta si medias por nosotros.

—¿Qué pretendéis?

—El gobernador tiene que decidir a quién entrega el dominio de una comarca fronteriza de Iturea, si a los de Tiro o a nosotros. Suponemos que la resolución será muy pronto, y te daríamos una excelente compensación económica si consigues que otorgue esa concesión a Damasco.

—¡Vaya! Supongo que esa comarca es rica.

—Bastante rica, sobre todo en hortalizas, frutas y trigo.

—Y mi trabajo consiste en convencer al gobernador para que os la ceda...

—Así es.

—¿Y cuánto...?

—Veinte mil sestercios.

—No es tan rica, entonces.

—Treinta mil.

—Que sean cuarenta mil, y ya podéis ir contando con el trigo de esa comarca.

—Sea —asienten un tanto molestos los damascenos—. Aquí tienes un pequeño adelanto, el resto lo recibirás cuando logres convencer al gobernador.

Agripa sonríe cuando recibe una bolsa con varias monedas del jefe de la delegación de Damasco. Si todo sale como ha pensado, habrá ganado una buena suma de dinero, y sólo con darle un consejo al gobernador Flaco.

En los días siguientes, Agripa pone todo su empeño en convencer a Flaco para que se incline a favor de la petición de los de Damasco. A cada momento que tiene oportunidad habla ante el legado de Siria de las excelencias de esa ciudad, del buen gobierno de sus magistrados y de su fidelidad a Roma.

Ante tanto halago y tan patente, Aristóbulo, que no pierde ojo de lo que pasa, intuye que se está tramando algo interesante. Su hermano nunca hace nada gratis, y tanta afectividad hacia los de Damasco lo sorprende, de modo que decide investigar por su cuenta.

Tras varios días de indagaciones se entera de la visita de los delegados damascenos a Agripa, y logra alguna información sobre las causas de esa misión. El dinero puede conseguirlo casi todo, y a Aristóbulo le bastan un par de puñados de monedas para enterarse de lo que le conviene. Le falta tiempo para presentarse ante el gobernador, que

lo recibe en audiencia. Cuando se presenta ante Flaco, revela el porqué del interés de su hermano Agripa en los de Damasco.

—Mi hermano ha sido sobornado por los damascenos para que influya en tu decisión sobre la cesión de esas tierras de Iturea que se disputan con los de Tiro.

—¿Es eso cierto?

—No tengas la menor duda, Flaco.

El legado romano enrojece de ira. Se levanta de su silla, aprieta los puños y procura calmar su indignación.

—¿Estás completamente seguro? —reitera la pregunta.

—Está comprobado; tengo plena seguridad en lo que te digo.

—¿Lo repetirías delante de tu hermano?

—Por supuesto.

Flaco ordena a uno de sus guardias que acuda en busca de Agripa y que lo traiga enseguida a su presencia.

Poco tiempo después, el esposo de Cipro, con cara de circunstancias, se presenta en la sala de audiencias del palacio del gobernador de Siria. Su rostro muda de aspecto al ver allí a su hermano Aristóbulo, y no presagia nada bueno.

—¿Qué tienes que alegar? —le pregunta el gobernador.

Agripa, desconcertado, titubea:

—¿Alegar..., alegar qué?

—Con tu comportamiento pones en entredicho el buen nombre del Imperio y juegas con mi honor —asienta con toda firmeza Flaco.

—No sé a qué te refieres...

—A tu soborno.

—Yo no...

—No mientas. Sé que has aceptado dinero de los damascenos para influir en mi decisión sobre las tierras de Iturea. Eso es muy grave.

—Yo, yo... no —Agripa titubea y no acierta a explicarse. Comprende que, una vez descubierto, no tiene defensa alguna.

—Si los de Sidón se enteran de que tú has aceptado un soborno de los de Damasco, pensarán que yo también estoy implicado en ese asunto y colegirán que mi arbitraje no es limpio ni neutral. Y si eso llega a oídos del emperador, ¿sabes cuál será mi destino?

—Yo..., lo siento... Necesito el dinero, no pensé que pudiera perjudicarte, no...

—Cállate. Recoge ahora mismo tus cosas y desaparece de inmediato de Antioquía. No quiero volver a verte nunca, ni a ti ni a tu mujer ni a tus hijos —Flaco habla con absoluta determinación y de manera inapelable.

—Lo siento, lo siento... —balbucea Agripa, que baja los ojos avergonzado y humillado.

—En recuerdo de los viejos tiempos en los que disfruté de tu amistad en Roma, no pondré este caso en manos del emperador, porque eso supondría, con seguridad, tu

muerte por alta traición. —Flaco se acerca y coge por el vestido a Agripa—. Maldito idiota, yo mismo debería enviarte ahora a la cruz, para que murieras lentamente y te pudieras luego durante semanas a la vera de cualquiera de los caminos que llegan a Antioquía. Sal de aquí y vete de mi vista para siempre, porque si nuestros destinos vuelven a cruzarse, te juro por todos los dioses que te desollaré como a un cerdo y dejaré que las alimañas devoren tu carroña.

A Julio Agripa no le queda otro remedio que abandonar Antioquía, para gran gozo de su hermano Aristóbulo. Apenas tiene tiempo para pensar adónde ir. No puede regresar a Galilea y carece de dinero para volver a Roma... Tal vez, piensa una vez más, lo más digno sea actuar como los estoicos y dejar la vida con dignidad y entereza. Una muerte noble expía cualquier mancha anterior.

Sí, eso es lo mejor, acabar de una vez, dejar este mundo y arrojarse a las tinieblas, entre las sombras por donde vagan los muertos. Pero ¿qué será entonces de Cipro y de sus hijos? Quedarían desamparados, a merced de cualquiera de sus enemigos, y podrían sufrir graves daños.

Humillado, corrido y desesperado, pasa entonces por su cabeza una arriesgada idea:

—No me queda otra vía que visitar a Tiberio. Me arrastraré a sus pies, me humillaré cuanto sea necesario —le dice a su esposa.

—No debes hacer eso; semejante decisión es un total desatino —asienta Cipro.

—No hay otra salida...

—Si viajas de nuevo a Roma, te abandonaré. —Las palabras de la esposa suenan cargadas de determinación—. No pasaré por la vergüenza de encontrarme con los acreedores que dejamos en la Urbe, y no quiero ver a mi esposo mendigar albergue y comida a ese viejo lascivo y caprichoso que se sienta en el trono imperial.

—Tengo que ir, Tiberio es ahora nuestra única esperanza.

—Si te vas, yo regresaré a Palestina con nuestros dos hijos. Le pediré a tu hermana Herodías que vuelva a acogernos, y sé que lo hará; no permitirá que sus sobrinos y su cuñada vivan en la indigencia.

—Hazlo si así lo consideras oportuno, pero yo me voy a Roma. Toma, estas monedas son todas las que quedan del adelanto que recibí de los damascenos.

—Entonces, ¿te marchas, a pesar de lo que te he dicho?

—Sí, está decidido.

Cipro chilla, se mesa los cabellos y llora desconsolada. Agripa se acerca e intenta abrazarla, pero ella lo rechaza apartándose de su lado.

Al fin, se calma.

—De acuerdo. Marcha a ver a Tiberio si eso es lo que quieres. Yo y mis hijos nos quedamos.

—Al menos acompáñame a Ptolemaida y quédate conmigo hasta que encuentre un navío que me lleve a Roma.

—Me has dado todo el dinero, ¿cómo pagarás tu pasaje? —pregunta Cipro.

—Conozco a un liberto de nombre Pedro; fue esclavo de mis padres hace tiempo, en Jerusalén. Mi padre le concedió la libertad y sé que desde entonces ha prosperado mucho gracias a su habilidad en los negocios. Él me prestará ese dinero.

La familia de Cipro y Agripa sale de Antioquía y se dirige a Ptolemaida. El liberto Pedro, hombre rico y avaro, recibe al hijo de sus antiguos amos.

—Necesito que me prestes dinero para sufragar mi viaje a Roma —le dice Antipas tras un breve saludo.

—¿Cuánto?

—Cinco mil dracmas de Atenas.

—¡Cinco mil! ¿Acaso quieres comprar toda Roma? —ironiza Pedro.

—Los necesito. Voy a ver al emperador, y espero que me conceda sus favores.

—Es mucho dinero y, por lo que he oído, no tienes avales ni garantías para devolverlo.

—Claro que los tengo: la amistad del emperador. ¿No te parece suficiente aval?

Pedro reflexiona. Es un tipo astuto al que no le gusta el riesgo.

—Me he enterado de cosas... Te precede fama de mal pagador.

—Te lo ruego, préstame ese dinero. Te juro por lo más sagrado que te lo devolveré.

—No me fío...

—Por el recuerdo de mi padre; él te liberó.

—Dos mil quinientos. No puedo dejarte más.

—Está bien, me arreglaré con eso —acepta Agripa.

—Pero deberás devolverme veinte mil.

—¡Veinte mil a cambio de dos mil quinientos! Eres un usurero.

—Negocios, amigo, negocios. Tú necesitas ese dinero, y no hay nadie en todo el Imperio que te lo preste. Si lo hago yo, corro el riesgo, más que probable, de no volver a ver nunca más ese dinero, de modo que...

—De acuerdo, de acuerdo. Me tienes atrapado.

—Prepararé el dinero y el recibo. ¿Cuándo embarcas?

—En tres días; ya tengo apalabrado el pasaje en un navío que transporta rollos de seda y perfumes; sólo me hace falta el dinero —dice Agripa.

—En ese caso, mañana iremos a la oficina del gobernador de Ptolemaida para firmar el documento de préstamo.

Todo parece en regla. Agripa tiene su dinero y Pedro su documento de préstamo. Pero una inesperada situación lo tuerce todo en el último momento.

El navío está listo en el muelle, presto para levar anclas y zarpar; los marineros cargan las últimas provisiones; Agripa se está despidiendo de su esposa y de sus hijos. Ya nada se interpone entre él y Roma. Pero entonces, unas voces resuenan sobre el muelle. Los curiosos que aquella tarde presencian la partida de los barcos se apartan ante el sonido de unos pasos marciales. Un pelotón de soldados avanza compacto y decidido hacia la nave donde Agripa habla con su esposa.

Agripa se inquieta; intuye que aquella inesperada presencia tiene algo que ver con él.

—¿Quién manda este barco? —pregunta el oficial que encabeza la tropa.

—Yo soy. ¿Qué deseas, centurión? —El capitán de la nave mercante identifica enseguida los entorchados del comandante del pelotón.

—Vengo en nombre de Herenio Capito, gobernador imperial de la muy noble ciudad de Jamnia —proclama el centurión henchido de orgullo por tan pomposo título—. El gobernador ha dictado la siguiente orden. —El centurión despliega un rollito de pergamino y lee con cierta dificultad—: «El ciudadano Julio Agripa no podrá abandonar la provincia de Siria sin antes restituir las trescientas mil piezas de plata que debe al Tesoro imperial desde su estancia en Roma. Yo, Herenio Capito, legado imperial, nombrado ejecutor de esta deuda». Aquí tienes el documento. Puedes comprobarlo. —El centurión le muestra el pergamino con la resolución al capitán de la nave.

Agripa contempla a los soldados apoyado en la amura de estribor, rodeado de su familia, a bordo del barco para la última despedida. El nieto de Herodes está atónito ante lo que acaba de escuchar. Maldice su mala suerte; si hubieran zarpado sólo una hora antes, aquella orden no habría llegado a tiempo. Piensa deprisa y reacciona.

—Yo soy Julio Agripa —proclama desde el barco—. Pagaré esa deuda, no tengas la menor duda, centurión. Pero no dispongo aquí de esa cantidad. Precisamente estaba a punto de viajar a Roma para saldar allí ese pago. Si nos permites zarpar...

—Tengo órdenes de retenerte aquí. Y además, este barco queda confiscado por orden del gobernador Herenio Capito.

Atardece en Ptolemaida. El sol declina en el horizonte y comienza a fundirse con el mar. Muy pronto la oscuridad se apoderará de la luz.

Agripa se agita y busca una respuesta que le permita ganar tiempo.

—Muy bien. Cumpliré tus órdenes, centurión, pero ya es tarde para buscar posada y, como puedes ver, me acompañan mi mujer y mis hijos. Deja que al menos pasemos la noche a bordo de este navío.

—No sé...

—Permíteme que pase con mi mujer esta noche aquí. No tenemos otro sitio adonde ir.

—Está bien, está bien. Podéis permanecer a bordo por esta noche, pero mantendré el barco bajo vigilancia, no vaya a ser que se te ocurra alguna treta.

—Te lo agradezco, centurión.

—Vosotros. —El oficial señala a tres de sus hombres—. Permaneceréis toda la noche aquí, y no perdáis ojo a este barco.

En cuanto se retira el pelotón, Agripa respira aliviado. Tiene un plan muy arriesgado, pero no le queda otra salida.

Con la primera oscuridad habla en secreto con varios marineros, a los que promete entregar cien dracmas áticos por cabeza si lo ayudan a desembarazarse de los soldados. Seis de ellos están de acuerdo.

Pasada la medianoche, cuando los soldados caen en la somnolencia, Agripa, con la ayuda de los marineros, los maniató. Después, con todo sigilo, sueltan las amarras y reman con cuidado, evitando provocar el mínimo chapoteo, hacia la bocana del puerto. Despacio, se alejan en la oscuridad de la noche, salen a mar abierto y, siguiendo la ruta de las estrellas, ponen rumbo a occidente.

Ahora, además de un moroso, Agripa es también un fugitivo.

AGRIPA ANTE TIBERIO

Cipro está muy enojada. Ella no quiere ir a Roma, pero se ve arrastrada a huir con su esposo. Ya en alta mar, habla con Agripa y se muestra rotunda.

—Tú puedes ir adonde quieras, a Roma o al fin del mundo, pero yo no voy a acompañarte.

—Voy a Roma —le contesta Agripa.

—En ese caso, ordena al piloto que ponga rumbo a Alejandría; allí bajaremos mis hijos y yo de este barco, y tú podrás seguir tu rumbo.

—Estamos juntos en esto.

—Seríamos una carga para ti. Además, yo no deseo volver a Roma como una convicta. Y tú no deberías hacerlo como un fugado de la Justicia imperial.

—Ese cambio retrasará mi viaje varios días, quizá semanas.

—¡Qué importan unos cuantos días más cuando está en juego nuestro destino! Ordena que este barco recale en Alejandría; allí ya encontraré el modo de regresar a Israel y esperaré tu regreso.

—Está bien. Lo haremos como deseas. —Agripa acepta la propuesta de Cipro. Conoce a su esposa y sabe que es una mujer que muda de opinión y de ánimo con demasiada facilidad. Suele comportarse de modo imprevisible, con excesivos vaivenes; a veces se preocupa en exceso de los problemas de la familia y toma decisiones rápidas, pero en ocasiones se torna reflexiva y se muestra dubitativa—. ¡Rumbo a Alejandría! —ordena Agripa.

—¿Cómo? —El piloto se extraña ante la orden tan tajante.

—Ya me has oído. Vamos a Alejandría. Allí dejaremos a mi esposa y a mis hijos, y luego seguiremos rumbo a Roma.

—Eso encarecerá el viaje.

—Te pagaré por ello.

—Como desees —asiente el piloto, que de inmediato mira al cielo, calcula la posición de las estrellas y marca el nuevo rumbo.

Por fortuna, el cielo está libre de nubes y para un experimentado marino no es nada complicado poner rumbo sur.

—Ya está; rumbo a Alejandría —precisa Agripa al observar el giro que traza la nave en busca del nuevo destino—. Además, si ese centurión tiene la ocurrencia de salir con algún barco en nuestra persecución, pondrá rumbo a Roma. Nunca se le ocurrirá buscarnos en Alejandría.

Cuatro días después, con viento favorable, avistan el fuego que arde en lo alto de la torre de la isla de Faros, el brillo de la fogata que sirve de referencia a todos los barcos

que navegan por la costa de Egipto.

—Ahí está Faros —señala el piloto orgulloso de su pericia para llevar la nave hasta Alejandría sin haber corregido ni una sola vez el rumbo desde que Agripa le señalara el nuevo destino.

Conforme se acercan a la inmensa antorcha, la luz del amanecer se va apoderando de las tinieblas, y al fin pueden ver la línea de la costa y la enorme torre de trescientos codos de altura en cuya terraza brilla la luz que orienta a los barcos.

—¡Es magnífico! —exclama Agripa a la vista de Faros—, y mucho mayor de lo que había imaginado.

—Es una obra digna de los dioses. Varias decenas de esclavos mantienen el fuego encendido toda la noche.

—¿Cómo suben la leña hasta allá arriba? —pregunta Agripa.

—El ingeniero griego que lo construyó dispuso un complejo sistema de polipastos y ascensores que permite elevarla con poco esfuerzo.

Entran en el puerto dejando a estribor la torre de Faros, majestuosa y colosal, y atracan en un muelle atestado de mercancías que se cargan y descargan en varios barcos a un ritmo frenético.

—Necesitaremos dinero para pagar los costes del puerto —le dice el capitán de la nave.

Agripa planea cómo conseguir más dinero en Egipto. Recuerda que hace tiempo conoció en Roma a Alejandro, que ocupa ahora el puesto de primer magistrado de Alejandría.

—Descuida. Tendrás todo el dinero que necesites.

Ya en tierra firme, mientras los marineros se encargan de revisar la nave, Agripa se dirige a las oficinas de la prefectura imperial en Alejandría.

El nieto de Herodes confía en que su amigo Alejandro siga al frente de un cargo tan importante, y pregunta por él, presentándose a los guardias como un amigo personal del emperador Tiberio.

Los guardias que custodian la puerta dudan, pero no se atreven a rechazar a alguien que se presenta con semejantes credenciales.

Momentos después, Alejandro sale al patio y al identificar a Agripa lo saluda con un afectuoso abrazo.

—¡Viejo amigo! ¡Vaya sorpresa! ¿Qué haces en Alejandría?

—Viajo a Roma, donde me espera el emperador. Pero antes he decidido recalar en esta ciudad para dejar aquí a mi esposa y a mis dos hijos.

—No tengas cuidado por ello, yo me encargaré de que estén seguros en tu ausencia.

—También te rogaría un gran favor.

—Dime lo que quieras; y si está en mi mano, cuenta con ello.

—Necesito dinero para continuar mi viaje. Cuanto tenía lo dejé en Galilea. — Agripa confía en su capacidad de persuasión. Está acostumbrado a pedir dinero y a embaucar a cuantos sea preciso para conseguirlo. Tiene tanta práctica en ello que sabe cómo ablandar el corazón de sus víctimas, a las que siempre consigue sonsacar una buena bolsa de monedas—. ¿Podrías prestarme algo? Te firmaré un recibo, por supuesto, y te lo devolveré con intereses una vez llegue a Roma.

Alejandro es astuto; además del cargo que ocupa, es hombre de negocios que se ha hecho rico comerciando como intermediario con mercaderes de Roma y de Egipto. Además, está al tanto de la verborrea que utiliza Agripa para seducir a incautos y conseguir dinero que luego nunca devuelve.

—¿Cuánto necesitas?

—Quinientos mil dracmas —responde Agripa pronunciando tan ingente cantidad sin pestañear, como si estuviera pidiendo un capote para protegerse de la lluvia.

—Lo siento, viejo amigo, pero en estos momentos no dispongo de semejante cantidad en efectivo. No puedo ayudarte.

—Me acompañan mi mujer y mis dos hijos —comenta Agripa con tono desolado—. Te pido que te compadezcas de ellos. Se quedarán contigo como garantía de que te devolveré ese dinero.

—Humm... —Alejandro reflexiona unos momentos. Recuerda a Cipro, una mujer por la que sintió una enorme atracción cuando la conoció en Roma, y le seduce la idea de tenerla a su lado mientras espera el regreso de Agripa—. ¿Puedes presentar algún aval?

—Mi esposa lleva consigo sus joyas. No cubren esa cantidad que te pido, pero... Te lo ruego, apiádate de nuestra situación... —Agripa se muestra lloriqueante y sumiso.

Alejandro sabe que está fingiendo, pero en su cabeza vuelve la idea de que Cipro se queda en Alejandría, y que va a estar con ella durante varios meses, tal vez un par de años, e incluso es probable que Agripa no vuelva jamás, y entonces...

—De acuerdo, te prestaré ese dinero, pero tu esposa y tus hijos se quedarán aquí, en Alejandría, a mi cuidado; ellos serán tu aval por el préstamo.

—Te lo agradezco, Alejandro, pero... acabas de decir que no dispones de esa cantidad...

—Puedo entregarte ahora una parte de ese dinero, y el resto lo recibirás de mis agentes en Roma mediante un pagaré a tu nombre.

—Sea.

—Espero que tus planes en Roma sean lo suficientemente buenos como para que hagas frente a esta deuda que ahora contraes conmigo.

—Ni lo dudes —sostiene Agripa.

Alejandro miente. Dispone de dinero más que de sobra para cubrir los quinientos mil dracmas solicitados por el nieto de Herodes, pero no se fía. Lo que pretende es comprobar que lo que Agripa le está contando es verdad y que se dirige a Roma, a visitar al emperador, como asegura.

—En ese caso, recoge a tu mujer y a tus hijos y tráelos a mi casa hoy mismo; mis esclavos prepararán un aposento para vosotros. Esta noche cenaremos juntos. Entre tanto, ordenaré a mi escriba que redacte los documentos del préstamo y el pagaré que llevarás contigo a Italia.

La cena discurre con agrado, aunque a Agripa no le pasan desapercibidas las lascivas miradas que Alejandro dedica a Cipro. Al primer magistrado de Alejandría le gusta esa mujer, y le encanta la idea de que en cuanto parta su marido la tendrá en sus manos.

Pero a Agripa sólo le preocupa su situación. No cree que vuelva a repetirse lo ocurrido en el puerto de Ptolemaida con la inesperada orden de captura dictada por Herenio Capito, pero, por si acaso, decide abandonar Egipto cuanto antes. Y más ahora que tiene concedido tan cuantioso préstamo y garantizada la seguridad de su familia. Aunque las miradas de Alejandro hacia Cipro...

Esa noche, en la intimidad de la alcoba, Agripa habla con Cipro y la previene de las intenciones lascivas que se descubren en las miradas de Alejandro. De modo que urden un plan y convienen que tras la despedida, Cipro no regrese a casa del primer magistrado, sino que coja a sus dos hijos, bordee en una embarcación la costa del delta del Nilo y cuando deje atrás el último brazo del río, camine hacia Galilea, siguiendo la ruta terrestre por la calzada que bordea la costa, y se dirija a Tiberiades en busca de la protección de su cuñada Herodías. Y que espere allí su regreso.

Sólo dos días después de la cena, y en cuanto el capitán de la nave recibe el dinero para pagar los gastos del puerto, la aguada y los suministros, Agripa da la orden de zarpar hacia Roma. Desde el muelle, Cipro y sus dos hijos lo despiden con lágrimas en los ojos. Mientras se aleja y las figuras de sus seres queridos se difuminan en la lejanía, Agripa siente un nervioso cosquilleo en su estómago. Está convencido de que Tiberio lo acogerá de nuevo y lo promocionará a un puesto relevante dentro del Imperio, y que con ello solventará todas sus deudas y resolverá sus problemas de una vez y para siempre. Apoyado sobre la barandilla del puente de popa, una amplia sonrisa se dibuja en los labios de Agripa.

La travesía discurre con viento favorable y sin contratiempo alguno. El dios Eolo sopla constantes vientos de popa y, tras una breve escala en Malta, el navío de Agripa atraca en Putéoli acompañado de presagios favorables.

El nieto de Herodes está ansioso por dirigirse cuanto antes a Roma para presentarse ante el emperador, pero en el mismo puerto se entera de que Tiberio no está en la capital, sino en la isla de Capri, donde habita en su lujosísima villa.

Sin dilación, toma el cálamo y le escribe una misiva: «De Julio Agripa a Tiberio, pontífice máximo, cónsul y emperador, salud. Si estás bien, como espero, me alegro; yo

y mi familia estamos bien. Solicito permiso para dirigirme a Capri para verte, saludarte y rendirte pleitesía. Vale».

Utilizando el mismo correo, Tiberio le contesta con más presteza de la esperada: «De Tiberio, augusto, a Julio Agripa. Me alegrará verte. Te espero con los brazos abiertos en Capri».

Agripa se muestra muy satisfecho a la vez que un tanto sorprendido por la amabilidad del emperador. En el mismo barco que lo trae desde Ptolemaida y Alejandría, Agripa atraviesa el golfo de Nápoles y desembarca en Capri. Los soldados de guardia en el pequeño puerto comprueban su identidad y lo escoltan, colina arriba, hasta el palacio imperial. Conforme va ascendiendo la empinada cuesta, Agripa disfruta del paisaje espléndido que ofrece la costa italiana, en la que destaca el perfil rotundo del monte Vesubio sobre las ciudades de Nápoles, Pompeya y Herculano, que esmaltan una agradable y feraz campiña.

Ya en lo alto de la isla, en donde se encarama como un nido de águilas la gran villa imperial, Agripa aguarda a ser recibido en audiencia. No tiene que esperar demasiado.

—Bienvenido a Capri. —Tiberio saluda a su amigo con una amplia sonrisa.

—Es un honor... —titubea Agripa sorprendido de nuevo por la afabilidad que le muestra el emperador.

—Ven, salgamos fuera, lejos de oídos indiscretos.

Tiberio coge por un brazo a su visitante y lo lleva a una amplia terraza desde la cual se llega a divisar la cercana costa de Italia. Dos esclavos sirven unas bandejas con frutas, pasteles y copas de vino dulce especiado.

—¿Cómo te ha ido en los últimos tiempos? Por lo que sé, has tenido algunos problemas —dice Tiberio.

—Los hados no me han sido propicios. Tuve que regresar a Palestina, donde mi tío y cuñado Antipas me ofreció un puesto en su administración.

—Antipas es un buen amigo y fiel al Imperio. ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente —asienta Agripa con voz fingidamente meliflua—. Como bien sabes, César, su gobierno en Galilea no tiene ningún problema por el momento, con excepción de la molesta vecindad del inquieto y odioso Aretas. Pero ese árabe y su reino de Nabatea están perfectamente controlados por tus legiones.

—¿Y tus relaciones con Antipas?

—Son excelentes; mi tío y cuñado se comporta conmigo de manera afable y muy cariñosa —miente Agripa.

—Entonces, ¿por qué has dejado el cargo que te ofreció? —pregunta Tiberio.

—¡Ah!, bien que lo siento, pero tu eficaz legado en Siria, con el que trabé amistad durante los años en que coincidimos en Roma, me reclamó para tratar unos asuntos particulares. —Agripa vuelve a mentir. No dice nada de la ofensa que le profirió Antipas durante el banquete en Tiro, cuando ante los dignatarios de esa ciudad lo trató como a un perrillo faldero al que se le da de comer por compasión. Tampoco comenta su

tormentosa relación con Flaco. Ni mucho menos su apresurada huida de Ptolemaida—. En fin, me alegra informarte de que la situación en Galilea y en Perea atraviesa un período de calma y de paz.

—Mi corazón se alegra al escuchar de tu boca tan buenas noticias. Como portador de estas agradables nuevas, te pido que aceptes mi hospitalidad y permanezcas unos días en mi casa. Además —añade Tiberio con amable cortesía—, tú, mi querido Agripa, conoces de antaño a algunos de los amigos que residen conmigo en esta isla, de modo que su compañía puede serte agradable y podrás recordar viejos tiempos.

Agripa se muerde los labios. Un nieto del gran Herodes no debe consentir que lo traten como a un siervo, y eso es lo que hace con él su tío y cuñado Antipas. Pero el emperador es gran amigo del tetrarca, de modo que no tiene más remedio que mostrarse condescendiente y fingir. Sabe que tiene que jugar la baza de su falsa amistad con Antipas, y hacerlo en su provecho para sacar así el máximo partido de su recobrada relación con Tiberio. Pero no puede olvidar que en esos momentos Cipro y sus dos hijos ya estarán en Tiberiades, y, pese a la protección que sin duda les ofrecerá Herodías, la idea de que dependan de la caridad del tetrarca le remueve las entrañas con una sensación de rencor y odio que le amarga el alma.

—Acepto tu invitación con sumo agrado, César. Será estupendo rememorar tiempos de juventud. —Agripa no menciona al desaparecido Druso, el hijo de Tiberio, con el que tantos buenos ratos compartiera en Roma. Sabe que el emperador se pone de muy mal humor en cuanto alguien le recuerda a su hijo fallecido.

Instalado en un aposento próximo a los del emperador, Antipas disfruta durante tres días de la conversación de antiguos amigos en interminables tertulias, de espléndidos banquetes, de los placeres de la villa de Capri, y de largos y plácidos paseos entre los pinares de la isla.

Al fin, todo parece sonreírle. Quizá llegue pronto el momento en el que Tiberio le ofrezca un puesto relevante en el Imperio, quién sabe si incluso el gobierno de una provincia, y se acaben así todos sus problemas.

Al cuarto día, tras el desayuno, Agripa sale a dar un paseo matutino por una escondida senda que bordea los farallones rocosos de la isla. Descubre un lugar apartado y discreto bajo el límpido azul celeste.

De regreso a la villa, dos guardias le salen al encuentro.

—¡Julio Agripa! —clama uno de ellos—, recoge tus pertenencias. Tienes una hora para salir de esta isla.

—¿Qué? —El nieto de Herodes muestra una cara de asombro.

—Órdenes del emperador. Con el correo imperial de esta mañana se ha recibido una carta del legado Herenio Capito, gobernador de Jamnia. Imagino que ya sabes de qué se trata.

Agripa aprieta los puños y los dientes.

—¿Qué ocurre? —balbucea nervioso Agripa.

—¿No lo imaginas? —El soldado muestra la carta delante de los ojos de Agripa.

—Yo...

—El emperador la acaba de leer. Herenio Capito informa que tienes una cuantiosa deuda con el fisco imperial y que usaste una treta para escabullirte de Siria.

—¡Es un error, un error! —clama Agripa.

—Error o no, el emperador no quiere volver a verte. Al escuchar de boca de su secretario el contenido de esta carta ha enrojecido de ira, y sabes, judío moroso, que no hay nada que enfade más a los amigos del emperador, ni a nosotros, su Guardia, que verlo furioso.

—Lo puedo explicar; llevadme a su presencia, os lo ruego.

—Ni lo sueñes. Has manchado la hospitalidad que te ha ofrecido. Tenemos órdenes expresas de que ni se te ocurra presentarte por aquí si antes no has saldado tus deudas.

—Las abonaré en cuanto llegue a Roma. ¡Creedme! Tengo dinero con el que puedo afrontarlas. Guardo un pagaré en mi aposento. Lo firma el primer magistrado de Alejandría, tengo su aval, puedo pagar, puedo pagar... Sólo tengo que ir a Roma y hacerlo efectivo, sólo eso...

—Pues hazlo, pero entre tanto, ni se te ocurra ponerte a la vista del emperador, o tu cuerpo se despeñará por estos acantilados y será pasto de los peces. ¡Vamos!

Humillado de nuevo, Antipas recoge sus pertenencias y escoltado por los dos guardias desciende hasta el puerto de Capri, donde cada día atracan algunos navíos con suministros para la nutrida corte imperial. En uno de ellos, a la vista de los guardias, Agripa se embarca de regreso al continente.

Durante el trayecto busca en su cabeza alguna escapatoria a su delicada situación, y tras sopesar varias alternativas decide que lo más oportuno es visitar a Antonia, la madre de Claudio y de Germánico. Sí, eso es lo que hará. Esa mujer, la más honorable matrona de Roma, tiene que recordar los buenos tiempos pasados, y seguro que su corazón se ablanda ante su desgracia.

Antonia es una mujer admirable, siempre recatada y discreta, muy amante de su familia y de sus amigos, buena gobernanta de su casa pero firme y enérgica como pocas. Hace ya algún tiempo, tras la muerte de su esposo Druso, que vive alejada voluntariamente del ajetreo de las calles de Roma y de la vida social llena de festejos y celebraciones de los potentados, y reside retirada y tranquila en su lujoso palacio, del que apenas sale. Y como en otro tiempo fue la más íntima amiga de Berenice, la difunta madre de Agripa, lo quiere casi como a un hijo.

La vieja matrona se alegra cuando un esclavo le anuncia que en el peristilo de la casa aguarda a ser recibido el hijo de su gran amiga. Antonia sale a su encuentro y lo saluda con una amplia sonrisa.

—Mi querido Julio Agripa... ¡Qué alegría volver a verte! Los mismos ojos que tu ilustre madre...

—Me alegro mucho, querida Antonia, de encontrarte de nuevo. —Agripa se inclina reverente ante la matrona, a la que besa con delicadeza en una mejilla.

—Tu presencia me trae recuerdos deliciosos y muy placenteros. Ante tus ojos, rememoro aquellos felices días en que acompañabas a la escuela a mi hijo Claudio, al que todos despreciaban por cojo, tartamudo y bobo, y cómo te comportabas con él, con gran amabilidad. Recuerdo que tenéis la misma edad. Pero si estás aquí, después de tanto tiempo, debe ser por una causa importante.

—Necesito dinero, un préstamo...

—Ya me extrañaba que vinieras hasta mi casa sólo para visitar a esta anciana. ¿Cuánto?

—Trescientos mil dracmas áticos. —Agripa pronuncia esa formidable cantidad sin titubeos.

—Es mucho dinero...

—Te lo devolveré.

—No estoy segura de que me lo devuelvas. La fama que te acompaña parece señalar lo contrario, pero...

—Te lo devolveré, te lo juro.

—Yo quise mucho a tu madre, Berenice, de modo que lo haré por ella. Te prestaré esa cantidad.

—Gracias. —Agripa respira aliviado.

—Pides ese dinero sin rodeos, sin excusas y sin sutilezas, de modo que estimo que tu situación debe ser desesperada.

—Lo es. Necesito ese préstamo para saldar mi deuda con el fisco estatal. Sólo así podré tener acceso de nuevo a Tiberio.

—En dos días mi banquero te libraré esa cantidad, pero se encargará en persona de que con ella pagues tu deuda con el Estado. No quiero ninguna sorpresa, ni siquiera del hijo de la que fue mi mejor amiga. Mi cuñado el emperador podrá decir que no le debes dinero a Roma.

—Mi gratitud hacia ti, querida Antonia, será eterna —dice Agripa utilizando toda la zalamería que es capaz de emplear cuando pretende seducir a alguien.

—No olvides nunca que lo hago en recuerdo de tu madre.

El banquero de Antonia liquida la deuda de Agripa con el fisco, y éste se dispone de inmediato a regresar ante Tiberio.

A pesar de sus barullos, sus embustes y su alocada vida, al emperador le cae bien el nieto de Herodes, y el viejo César, una vez que le informan de que la deuda con el fisco queda saldada, está dispuesto a recibirlo. Todos conocen bien la volubilidad del viejo emperador. Un día ríe y todo le parece extraordinario, y al siguiente se levanta de mal

humor y pasa la jornada iracundo y apesadumbrado. Se comporta de un modo tan imprevisible como el de las nubes de tormenta en la montaña.

—Ven a visitarme a menudo. —Tiberio se dirige a Agripa en cuanto lo recibe como si nada hubiera sucedido entre ellos, luciendo en su rostro su rictus más risueño.

—Ésa es mi intención, siempre que tú lo desees, César. Nada es más placentero para mí que estar en tu presencia. —Agripa se muestra más adulator si cabe que nunca.

—Te recuerdo bien; siempre andabas junto a mi nieto Tiberio Gemelo, persiguiendo a las jóvenes esclavas por palacio y conversando como buenos hermanos.

—Somos grandes amigos, y esa relación jamás se olvida.

—Quiero proponerte una cosa —dice Tiberio.

Ante esas palabras del emperador, Agripa siente una gran excitación. Tal vez haya llegado su gran momento tan largamente esperado.

—El menor de tus deseos es para mí la más solemne de las órdenes.

—Me agradaría mucho que acompañaras y ayudaras a mi nieto Tiberio Gemelo. Por lo que me cuentan, en los últimos tiempos no tiene amigos en los que confiar; carece de madurez y necesita de alguien de su confianza y experimentado como tú que lo asesore y le ofrezca lealtad y consejo.

No es ésa la propuesta que Agripa espera. En realidad, lo que le suceda al nieto del emperador, a pesar de la amistad juvenil que los unió, le importa un comino, salvo que le afecte directamente, pero tiene que fingir para seguir ganándose la confianza de Tiberio y así alcanzar algún día su verdadero objetivo.

—Haré lo que tú desees, César. Además, recobrar la amistad de tu nieto será para mí un enorme placer.

—En ese caso, regresa a Roma y visita a mi nieto, y reanuda vuestra antigua amistad.

El nombre del emperador flanquea todas las puertas de Roma. Y todas se abren ante Agripa cuando se conoce que ya no tiene deudas con el fisco y que disfruta de la protección y la amistad de Tiberio.

Comienza a salir con el nieto del emperador, pero la compañía que más busca es la de Cayo Calígula, el joven y apuesto hijo del ya difunto Germánico, que regresa a Roma por aquellos días tras participar en varias campañas militares en las fronteras del norte.

Retornan los buenos viejos tiempos. Calígula, Gemelo y Agripa salen de fiesta en fiesta casi todas las noches y se convierten en la gran atracción de la nobleza de la capital. Todavía son jóvenes y representan la voluntad, la fuerza y la ambición del Imperio.

Protegidos por el emperador, se sienten los dueños del mundo, y más en una ciudad aterrorizada por las constantes purgas que Tiberio ordena desde Capri; cualquier romano

sospechoso de conspirar es ejecutado de inmediato por la poderosa Guardia Pretoriana, que obedece sin parpadear la órdenes de su jefe, el frío y eficaz Macrón.

Calígula y Agripa congenian enseguida; ambos comparten los mismos gustos, sobre todo el vino y las mujeres. Casi todas las noches, tras un generoso banquete, y mientras Gemelo se retira a descansar a sus aposentos, los otros dos amigos organizan orgiásticas bacanales en donde beben los mejores vinos y fornican con las más bellas y caras prostitutas de los más afamados burdeles romanos.

Una noche, ebrios de vino y hartos de sexo, Calígula se sincera con Agripa.

—Estás hablando con el futuro emperador de Roma. Tarde o temprano Tiberio me adoptará formalmente como hijo y me designará como su sucesor.

—¡Oh!, Cayo, eso sería estupendo. —Agripa se quita de encima a una hermosa joven que dormita desnuda y borracha sobre su pecho.

—El pueblo romano adoraba a mi padre. Nadie mejor que el prestigioso Germánico para llevar las riendas del Estado romano. Sus gloriosos triunfos militares lo alzaron como el más ilustre general de las legiones; lo sé muy bien, pues desde niño lo acompañé en algunas de sus más sonadas victorias. Él fue quien llegó hasta la selva de Teotoburgo, en la boscosa y húmeda Germania, para enterrar los cadáveres de los treinta mil soldados de las legiones XVII, XVIII y XIX, muertos en combate en tiempos de Augusto. Pero mi padre ya no está, vive su nueva vida en el mundo de los muertos, y mi madre hace poco que se dejó morir de hambre para acompañar a su esposo, de manera que quién mejor que yo, su amado hijo Cayo Calígula, para ocupar el trono del Imperio. Tiberio no tiene otro remedio ni otra alternativa que nombrarme su sucesor.

—Confidencia por confidencia —comenta Agripa—: yo también espero algo importante del emperador.

—¿De qué se trata? ¿No estarás dispuesto a competir conmigo por el trono?

—Claro que no. —Agripa esboza una sonrisa condescendiente—. Lo que aguardo es un nombramiento, quizá la gobernación de una provincia.

—Descuida. Si no la consigues antes, yo mismo te nombraré gobernador en cuanto tome posesión de la púrpura —dice Calígula—, que será muy pronto.

—¿Estás seguro?

—Sí. Mis agentes en Capri me informaron ayer mismo que la salud de Tiberio se deteriora día a día. La enfermedad lo consume y lo arrastra a una demencia senil que no le permite tomar las decisiones más adecuadas para el buen gobierno del Imperio. Y además el hundimiento del anfiteatro de Fidenas, donde han muerto unas veinte mil personas, lo sume en un total desconsuelo, debilidad sensiblera de la vejez. ¡Ah!, mi querido Agripa, pronto llegarán días felices para nosotros: yo, emperador, y tú, gobernador de una rica provincia...

—¿Ha dictado testamento?

—No; ese viejo loco —Calígula se refiere con desprecio al emperador— no asume que apenas le queda un suspiro de vida. Tal vez se crea inmortal, no en vano en algunas

ciudades del Imperio ya le erigen estatuas y altares, como hicieran con el divino Augusto. Además, sólo confía en sus astrólogos. Primero en un tal Trasilo, un engreído seguidor de Platón que creía ver el destino marcado en la trayectoria de los astros y que ya descendió al Hades, y ahora en Balbilo, hijo del anterior, con el que consulta a menudo antes de tomar una decisión. Imagino que éste nada le dirá sobre si vislumbra que su muerte está cercana. Pero no importa que todavía no designe sucesor; Roma entera me aclamará como digno heredero del trono: soy el hijo de Germánico, el más brillante general de Roma, y de Agripina, la gloriosa nieta del divino Augusto.

—No cantes victoria tan pronto; el emperador todavía puede reponerse y vivir muchos años. En Capri dispone de los mejores médicos griegos.

—Espero que las Moiras se lo lleven pronto. Hace ya más de veinte años que ocupa el trono; es la hora de cambiar de soberano.

—Por lo que se va sabiendo de su comportamiento, la gente comienza a estar harta de las veleidades y caprichos de ese anciano que chochea. Y no hace falta que te diga a quién considero como el más noble de los romanos para ocupar ese puesto —comenta Agripa.

—¿Sabes con qué apodo llaman algunos al emperador? —pregunta Calígula entre sonrisas burlonas.

—Biberus. Sí, lo he oído: el bebedor, el borracho. —Ríe Agripa.

Lo que ignoran los dos amigos, un tanto abotagados por los efluvios del exceso de vino y de sexo de esa noche, es que cerca de ellos, con los oídos bien abiertos, escucha Eutico, un liberto de Agripa que éste utiliza como cochero en sus desplazamientos por las calles de Roma. Eutico graba aquella conversación en su memoria, sabedor de que algún día puede serle muy útil.

Unas pocas semanas después, los funestos presagios de Calígula con respecto a Tiberio no se cumplen. Las noticias que llegan de Capri casi todos los días hacen referencia a que el emperador sigue bien vivo, y que mantiene sus tradicionales cambios de humor.

Un día, Agripa recibe una invitación para asistir a una fiesta en el teatro de Marcelo, construido por Augusto en honor de su sobrino. Calígula confiesa a su amigo que aquélla va a ser una ocasión muy especial, porque acudirán los más importantes hombres de Roma. De modo que el nieto de Herodes decide vestirse con sus mejores ropajes y le pide a una de sus esclavas que le traiga un hermoso manto, elaborado con la mejor seda de Oriente. La esclava, entre sollozos, confiesa:

—¡Ese manto ha sido robado! Yo misma he visto cómo Eutico se lo llevaba.

Enojado, Agripa hace llamar a Eutico.

—Dime qué has hecho con mi mejor manto de seda.

—No sé nada de eso, mi señor.

—Han visto cómo te lo llevabas a escondidas.

—Yo no he sido —insiste el liberto.

—Te voy a denunciar; te acusaré de robo. Tú tienes acceso a mi casa. ¡Pagarás cara tu deslealtad!

La Policía detiene a Eutico, que es sometido a un intenso interrogatorio en la prisión. Dada la importancia del denunciante y su amistad con la familia imperial, el propio prefecto de la ciudad, Pisón, nombrado para ese puesto por Tiberio tras compartir una sonada bacanal, se presenta en el lugar del interrogatorio.

—¿Ha confesado? —le pregunta Pisón al jefe de los guardias que lo interrogan.

—No. Sigue asegurando que él no es un ladrón y que no sabe nada de ese manto.

—En ese caso, aplicadle los instrumentos de castigo; veremos si después se mantiene tan callado como hasta ahora.

Eutico es colocado en el potro de tortura, a la vista de una colección de artilugios cuya sola visión provoca un miedo cerval en los presos. Cuando comprende que aquello va en serio, el liberto hace unos gestos desesperados. Tiene la boca cerrada por una cinta de tela y no puede hablar, pero por sus gestos parece que quiere decir algo.

Pisón ordena al verdugo que le quite la cinta de la boca.

—¡La seguridad del emperador está en juego! —grita desesperado.

—¡Habla más claro! —le dice Pisón.

—Acabas de oírlo. ¡Apelo a la Justicia imperial!

—Habla, maldito condenado, u ordenaré que te desuellen vivo.

—¡El emperador está en grave peligro! ¡Tengo que revelarle una conjura contra él!

El prefecto mira a su alrededor y comprueba que son muchas las personas que escuchan aquella confesión.

—¿A qué conjura te refieres?

—A la que trama mi antiguo dueño, Agripa; por eso me ha denunciado.

El prefecto Pisón duda. Se pasa la mano por la barbilla y reflexiona. ¿Y si ese hombre tiene razón? ¿Y si Agripa es un conspirador al servicio de esos judíos, siempre tan levantiscos y dispuestos a enfrentarse a Roma?

—Aclárate.

—Sólo me explicaré ante el emperador. Y si tú me lo impides, serás reo de alta traición.

La firmeza de las palabras de Eutico confunden a Pisón, que no puede pasarlas por alto.

—De acuerdo. Irás ante el César, pero si con ello intentas tramar una treta para ganar tiempo, te juro por todos los dioses que te arrancaré las tripas, que te arrastraré por los caminos y que colgaré tus despojos del árbol más alto que encuentre para que los devoren los carroñeros.

—Tu decisión será recompensada —dice Eutico, que respira aliviado al ver cómo lo desatan del potro de tortura.

—Llevar a este hombre de inmediato a Capri; el emperador sabrá qué hacer con él.

En Capri, el emperador se aburre. Ni siquiera la llegada del preso que le envían de Roma le sirve para romper la monotonía de su vida en la isla. Deja que lo encierren y no se digna ni siquiera a interrogarlo, a pesar de que con el preso viene una carta del prefecto de Roma en la que, con sumo respeto, informa al emperador de que ese hombre tiene graves acusaciones que presentar contra gente de su confianza.

Tiberio no entiende de otra cosa que no sea la fuerza del poder y estima que si alguien acaba encarcelado, la justicia tiene sobrados motivos para hacerlo.

Pasan los días, Eutico se desespera, el emperador no lo recibe y él se pudre en la prisión hasta que un día escucha tras las rejas una conversación de dos de los carceleros. Uno de ellos le dice al otro:

—He oído que el emperador abandonará Capri, pero que no desea instalarse en Roma, sino en Túsculo, una pequeña localidad al sureste de la capital.

Entre tanto, Agripa ignora que Eutico está preso cerca de Tiberio. Cree que su liberto sigue retenido en la prisión de Roma e ignora por completo que hace unas semanas escuchó la delicada conversación que sostuvo con Calígula. Pero un día decide interesarse por el caso, sin duda porque pretende recuperar su lujoso manto de seda, y se dirige a Pisón en demanda de noticias.

El prefecto de la Policía se limita a informarle que no hay novedad alguna al respecto, pero prudentemente calla que Eutico lo acusa a gritos de tramar una conjura contra el emperador.

Agripa se inquieta; el liberto no confiesa su robo, según le dicen, pese a llevar ya varias semanas preso, lo que lo compromete muy seriamente. Entonces decide acudir de nuevo a Antonia y apela ante ella pidiéndole que interceda ante el emperador, pues comienza a olerse que algo muy grave está sucediendo a sus espaldas. Y como otras veces, el profundo afecto que la grave matrona tiene a Julio Agripa es absoluto; además, Antonia es muy apreciada por Tiberio.

Al fin, Tiberio fija la fecha del juicio por el caso de Eutico y convoca el tribunal en su palacio de Túsculo, donde está instalado tras marcharse de Capri.

—Se abre la causa contra Eutico, liberto, por el robo de un manto de seda en la casa de Julio Agripa —anuncia el secretario del tribunal.

El viejo Tiberio, con quien las huellas del tiempo se ceban en los últimos meses, preside la vista en la gran sala del palacio; parece ausente y muestra un aspecto cansado y aburrido. En la sala también se encuentra Agripa, que se persona en la causa como parte interesada y desea que el caso se resuelva cuanto antes para librarse de este incordio y seguir tramando sus planes.

Mientras escucha cómo el secretario lee los cargos contra Eutico, Agripa observa la decoración del palacio; le parece impropia de la morada del dueño del mundo. No hay

adornos ni muebles ni estatuas, sólo el trono y un gran tapiz que cubre la pared ante la que se erige; no son objetos dignos de ocupar un lugar en la morada del emperador de Roma.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa? —le pregunta Tiberio al liberto.

—¡Oh, César!, yo no he robado ninguna prenda del guardarropa de mi antiguo señor. Los dioses son testigos de ello. La Policía ha registrado mi casa y no ha hallado el manto al que se refiere la acusación.

—Entonces, ¿a qué atribuyes que te denuncien por ello? —pregunta Tiberio.

—A la envidia, por supuesto. Entre los esclavos, este tipo de acusaciones son muy comunes, y en este caso sólo buscan enemistarme con mi antiguo señor y conseguir que pierda la confianza en mí.

El tono de Eutico es firme y sereno; parece seguro de lo que dice y sus palabras suenan convincentes.

—En el caso de los esclavos, tal vez sea como dices, pero ¿por qué te iba a acusar Julio Agripa, si tanto confiaba en ti? ¿Acaso aseguras que tu antiguo señor te acusa de ladrón sin ningún motivo, sin prueba alguna? ¿Por qué haría algo así? Él fue quien te concedió la libertad.

Tiberio se inclina hacia delante. Es sabedor de que Eutico conoce las palabras de una posible conjura contra él, y desea que todo se aclare, y pronto. El emperador no es ajeno a este tipo de conspiraciones. Ya le ocurrió en otra ocasión, cuando su cuñada, la propia Antonia, le hizo saber que el jefe de la Guardia Pretoriana, el poderoso Sejano, tramaba su derrocamiento. Aquella revelación le salvó la vida.

—Porque conozco un terrible secreto —responde Eutico.

—¿Qué secreto?

—Una noche, hace no muchas semanas, escuché una conversación entre Agripa y tu sobrino Cayo. Habían celebrado una fiesta y habían bebido demasiado vino. Yo aguardaba a que acabara para llevarlo a casa en mi carreta, y entonces...

—Sigue —ordena el emperador.

—Ellos creían que nadie los escuchaba, pero yo estaba allí y pude oír sus palabras.

—¿Qué palabras?, vamos, habla de una vez.

—Agripa le dijo a Cayo lo siguiente: «Ojalá llegue pronto el día en que se muera ese viejo repugnante. Pero antes espero que te designe sucesor al trono de Roma. Su nieto, el bobo de Gemelo, no será ningún obstáculo para ti. Aguardo con ansia que llegue el momento en que la tierra se vea libre de ese tirano y retornen los días felices al Imperio».

Eutico habla con la convicción del que dice una verdad irrefutable. Alza la cabeza y mira a su antiguo dueño, que tiene el rostro lívido y los ojos desorbitados. Y se siente confortado, pues él, un antiguo esclavo, tiene en sus manos el destino del que ha sido su amo.

En la sala se instala un frío silencio. Agripa se mantiene callado y superado por los acontecimientos; los presentes saben que están viviendo un momento importante y Tiberio mira con sus ojos fríos y ancianos maquinando una sentencia que se intuye tremenda.

—Ya has escuchado la gravedad de las acusaciones contra ti; y bien, ¿qué tienes que alegar? —El rostro del emperador está gélido y sereno, como esculpido en mármol.

Antes de responder, Julio Agripa reflexiona. Está a punto de lanzarse sobre el cuello de Eutico para estrangularlo allí mismo. Ese canalla desmonta toda su estrategia y puede acabar con todo cuanto anhela. Se siente irremisiblemente perdido, pues Tiberio no perdona una conjura. Desde que se descubriera la traición de Sejano, el emperador desconfía de todos cuantos lo rodean, y no duda en condenar a muerte a cualquiera sobre quien planea la mínima sospecha de estar tramando una conspiración contra él.

—César, todo esto es una burda mentira. —Agripa habla intentando disimular su temblor y el pánico que siente en esos momentos—. Este hombre, que me debe la libertad, urde esta acusación para ocultar su delito: el robo de un carísimo manto de seda del que se ha apropiado burlando la confianza que yo deposité en él. Todo cuando declara es una infamia. Se trata de su palabra, la de un ladrón y un desagradecido, contra la mía, la de un fiel y leal servidor de Roma y de su emperador. ¿A quién de los dos vas a creer, oh, César?

Tiberio duda. Los dos testimonios que escucha son contradictorios, y ninguno de los dos viene acompañado de pruebas decisivas. ¿Se trata de una venganza de un liberto resabiado o se encierra tras la aparente lealtad de Agripa toda una conspiración para derrocarlo?

El emperador apenas titubea; pese a su edad, piensa rápido. Sabe que Calígula aspira al trono, le consta que suele hacer algunos comentarios al respecto y conoce bien la estrecha amistad que lo une con Agripa.

—Macrón —le ordena al jefe de la Guardia Pretoriana—, encadena a ese hombre.

El jefe de los pretorianos está confuso. No sabe a cuál de los dos se refiere el emperador, pues no muestra ninguna indicación precisa al respecto.

—Señor...

—¡Cumple mis órdenes! ¡Encadena a ese hombre! —exclama Tiberio fuera de sí.

—¿A cuál de los dos te refieres, César?

El dedo imperial señala entonces claramente al judío.

—¿A Julio Agripa? —pregunta Macrón sorprendido por la decisión de su señor.

—Sí, a ese traidor. Vamos, ¿a qué esperas?

—¿Y qué hago con el liberto?

—Déjalo en libertad. Pero no quiero volver a verlo por aquí.

Al escuchar la decisión imperial, Agripa se derrumba: lloriquea, suplica, alude al pasado y cita su estrecha amistad con Druso, el hijo muerto de Tiberio.

El emperador, al escuchar el nombre de su hijo en labios de un traidor, se encrespa aún más. Se levanta del trono y pese a sus achaques se marcha de la sala airado con la poca energía que aún le queda en su anciano cuerpo.

A la orden de Macrón, Agripa es conducido por una escuadra de pretorianos a la prisión Mamertina, en Roma, donde es encadenado sin miramiento alguno junto a otros delincuentes. El tiempo se detiene; los planes de Agripa se vienen estrepitosamente abajo.

Las noticias, sobre todo las malas, vuelan casi tan rápido como los pensamientos. Así, no pasa mucho tiempo antes de que en Galilea se sepa que Julio Agripa cae en desgracia a los ojos del emperador y que está encarcelado.

Antipas se alegra por ello. Pese a la debilidad de la posición de su sobrino, lo considera un incómodo rival, un permanente incordio. Es probable, sin embargo, que esa molestia termine, porque la acusación que pesa sobre él, nada menos que encabezar una conjura contra Tiberio, es tan grave que conlleva la condena a muerte.

El tetrarca es el único miembro del linaje de Herodes que mantiene una buena relación con el emperador, de modo que sus eternas aspiraciones a ser coronado rey de todo Israel renacen con fuerza en su cabeza. Y Herodías participa de las mismas esperanzas.

—Acaba de llegar un correo con nuevas de Roma —anuncia Antipas, intentando manifestar un tono de tristeza que suena demasiado fingido, a su esposa Herodías, a la cual acompaña Cipro, convertida en su amiga inseparable desde que Agripa zarpara desde Alejandría hacia Roma y ella regresara a Tiberiades.

—¿Noticias importantes? —pregunta Herodías.

—Y nada halagüeñas.

—¿Se trata de mi esposo? —En el rostro de Cipro se dibuja una mueca de temor; algo grave intuye.

—Mi querida sobrina —aunque lo es por su matrimonio con Agripa, es la primera vez que Antipas llama así a Cipro—, tu esposo tiene algunos problemas en Roma.

—¿Qué le ocurre? —pregunta Cipro con faz cariacontecida y una profunda sensación de angustia.

—Al parecer está involucrado en una conjura contra el emperador; ahora está en la cárcel. —Antipas hace cuanto puede por parecer compungido, pero es evidente que lo inunda una alegría que apenas puede disimular.

—¿Una conjura..., mi esposo? No, no es posible; nunca se entromete en la política, nunca, nunca...

—Pues ahora parece que sí lo hace, y en el momento más inoportuno y de la peor manera posible: maquinando el derrocamiento de Tiberio, un delito de lesa majestad que se castiga con la peor de las penas. —Antipas no puede disimular cierta euforia.

—¿Lo ejecutarán? —pregunta Herodías, que trata de consolar a Cipro.

—Si es declarado culpable, sin duda, pues ésa es la pena que se aplica a todos los que atentan contra el emperador.

Cipro rompe a llorar angustiada. Alejada de su marido, sin rentas propias con las cuales poder mantenerse, ella y sus dos hijos viven a expensas de la caridad de su cuñada Herodías. Su esperanza está puesta en que su esposo consiga un cargo en Roma, pero ahora su esperanza se desmorona y no encuentra una sola razón para el alivio que persigue desde hace tanto tiempo.

—Dios es cruel con nosotros —musita Cipro.

—Tal vez se trate de un malentendido. Quizá ya se haya resuelto y esté libre de nuevo. Sé que Tiberio aprecia a tu esposo, a toda nuestra familia... —Antipas también trata de calmar a Cipro, pese a que le agrada la idea de ver desaparecer al que cree un competidor antes que un familiar.

—Así lo espero —asienta Cipro.

Antipas se retira dejando solas a las dos mujeres, mientras Herodías, con sentimientos encontrados, trata de consolar a la desgraciada Cipro. A pesar de su angustia, ésta se percata de la satisfacción del tetrarca por la prisión de su marido. Y decide que no va a llorar en público, que no va a darle el gusto de verla sufrir. Todo lo contrario; se hará fuerte en su desdicha, sólida en su desgracia y esperará tiempos mejores y épocas más propicias. Pero nunca olvidará cómo el tetrarca se alegra de su desgracia. Se acuerda de unos versos de Homero que aprendió en la escuela: «Aguanta, corazón, que cosas más perrunas has sufrido». «Esperaré —se dice—, ya llegará mi momento y tomaré venganza. Lo juro.»

Entre tanto, en Palestina, donde por el momento se vive ajeno a lo que está sucediendo en Roma, los acontecimientos toman nuevos derroteros. Los personajes que intervienen en la detención y muerte de Jesús de Nazaret comienzan a sufrir algunos graves percances. Es como si continuara el cumplimiento de la maldición pronunciada por María la de Magdala.

LA DECISIÓN DE CALÍGULA

Mientras, en Roma, la fortuna de Agripa sigue torcida. El nieto de Herodes, con los huesos en la cárcel, aguarda, apesadumbrado e inquieto, a que el jefe de la prisión lo registre como nuevo inquilino.

Bajo el inclemente sol de Roma, espera a que le llegue su turno y le asignen una celda compartida con varios reclusos. El tiempo pasa despacio. Está encadenado, sujeto a un poste de madera clavado en el centro del patio, rodeado de delincuentes y criminales de la más baja estofa. Entre aquella ralea de desechos humanos, el nieto de Herodes destaca por su vestido púrpura, pero ni siquiera esa distinción lo libra del escarnio.

En la tediosa espera, algo extraño llama la atención de los reos. Un pájaro de raro aspecto revolotea sobre el patio de la cárcel, realizando varias pasadas por encima de las cabezas hasta que se posa sobre el poste al que se halla encadenado Agripa.

Uno de los prisioneros, un fornido germano de pelo rojizo, mercenario en la Guardia Pretoriana, condenado a tres meses de prisión por haberse visto envuelto en una sangrienta reyerta, no pierde de vista al ave y, al verla posarse, hace señas a uno de los guardias para que se acerque. El guardia, al reconocer por su vestimenta que el preso es uno de los pretorianos, se aproxima.

—¿Quién es ese personaje vestido de púrpura? —le pregunta el germano en un horrible latín.

—Creo que es un príncipe judío, o algo así —responde el guardia.

—¿Y qué hace entre nosotros un tipo vestido de púrpura?

—Es miembro de una estirpe real de Oriente, pero ha caído en desgracia por participar en una conspiración contra nuestro César.

—¿Puedo pedirte un favor?

—No estás en condiciones de hacerlo.

—Aunque ahora me encuentre en esta prisión, si bien sólo por algún tiempo, no dejo de ser un pretoriano y volveré a mi puesto en pocos meses. Hazlo por un colega. — La mirada del germano es firme y determinante.

—¿Qué deseas? —le pregunta el guardia.

—Permite que me acerque a ese hombre, al del vestido púrpura.

El guardia duda, pero tras unos instantes de reflexión no encuentra inconveniente alguno en acceder a la solicitud.

—De acuerdo, pero permanecerás con los grilletes puestos. Y no hagas ninguna estupidez...

El germano es encadenado al mismo poste que Agripa, justo a su lado.

—Escúchame —le dice el pretoriano al judío—. No te extrañes de lo que voy a decirte. Nací en Germania, pero allí también sabemos de augurios. Observo desde hace un rato que un extraño pájaro revolotea por encima de este patio, hasta posarse sobre este mismo poste. Creo que es una especie de búho, y los búhos no vuelan a plena luz del día. Eso es sorprendente, de modo que sólo puede ser una señal divina. Los sabios ancianos de mi tribu dicen que cuando un hecho tan extraordinario como éste sucede, hay que verlo como un signo de los dioses. Creo que el padre de los míos, Odín, a quien los romanos llaman Júpiter, es quien está detrás de este augurio. ¿Y sabes su significado...? Pronto te verás libre de estas cadenas y retornará tu buena suerte.

Agripa, que hasta ese momento ignora la cháchara del germano, parece de pronto interesado en sus palabras y lo mira con atención.

—¿Qué quieres decir? —pregunta el judío con la desgana de la incredulidad.

—Que ascenderás en poder y dignidad, y que todos los que ahora te compadecen te adularán sin recato.

—¿Y todo eso lo deduces del vuelo de un pájaro?

—Ese búho es un enviado de los dioses, no lo dudes. —El germano mira fijamente a los ojos de Agripa, esperando alguna reacción.

Pero el judío, admirado en verdad, permanece en silencio. Sus ojos denotan desconfianza.

—Dime por qué debo creerte.

—Porque sé interpretar las señales de los dioses. Lo comprobarás pronto. Y cuando así suceda, te pido que te acuerdes de mí y recuerdes que he sido yo quien ha interpretado esa señal.

El pretoriano calla y Agripa, asombrado por la revelación pero a la vez escéptico, murmura unas palabras de agradecimiento y le promete que lo tendrá en cuenta, si alguna vez se cumplen sus augurios.

Antonia no tarda en enterarse del envío de Agripa a prisión. Una vez más, la honorable matrona se preocupa por el judío y sopesa presentarse ante su cuñado el emperador para solicitar que lo libere. Pero en esta ocasión la situación es muy delicada. Una conspiración para derrocar al César del trono imperial es el más grave de los delitos que pueden cometerse, y la consecuencia para quien lo hace es la muerte.

La mejor táctica para evitar la inmediata ejecución del reo es tratar de dilatar al máximo que semejante desenlace se produzca. Para ello, Antonia considera que es preciso conquistar la voluntad de Macrón, el jefe de la Guardia Pretoriana, que, además, es quien decide y controla cuanto ocurre en las prisiones de Roma. Por ello, no duda en salir de su casa y dirigirse al encuentro del poderoso pretoriano.

En el cuartel del pretorio, desde donde Macrón organiza la seguridad de la Urbe, Antonia habla con total franqueza:

—Créeme, Macrón, lo que le sucede a Agripa es injusto. Lo conozco desde hace mucho tiempo y considero que no es capaz de mover un solo dedo contra el emperador. Sé que ese judío no es hombre que te resulte agradable, y que desprecias su forma de actuar y su modo de vida, pero te pido, te ruego, que aligeres en lo que sea posible su vida en la prisión. Te daré lo que quieras si haces lo que te digo... y guardas este secreto.

—Si acepto tus demandas y el emperador se entera de ello, mi vida no valdrá ni una mísera pieza de bronce. —Macrón es un hombre duro que conoce bien cómo se las gasta Tiberio con quien lo traiciona—. Cuando descubrió las maquinaciones de Sejano, no dudó en liquidar también a toda su familia.

—No tiene por qué enterarse. El César es un hombre enfermo y viejo que pasa la mayor parte del día inmerso en un constante desvarío. ¿Cuánto tiempo crees que le queda de vida, un año, unos meses, unas semanas quizá? ¿Y qué ocurrirá a su muerte? Agripa es uno de los mejores amigos de Calígula, quien probablemente se convertirá en el próximo emperador. De ser así, ¿qué crees que hará con quienes permitieron la muerte de su mejor amigo?

—Noble Antonia, ese judío no me cae nada bien, pero no te preocupes. Por la consideración y el respeto que debo a ti y a tu familia, haré lo que me pides y me ocuparé personalmente de que Agripa se encuentre en la cárcel en las mejores condiciones, pero no acepto ningún obsequio tuyo. Eso sí, me deberás un favor.

—Estoy en deuda contigo.

—Iré a la cárcel Mamertina y ordenaré al oficial encargado de la custodia de Agripa que lo cuide como si se tratara de su propio hijo.

—No olvidaré tu gesto, Macrón.

Desde ese mismo día, Agripa recibe un trato preferente. Se le permite bañarse, recibir visitas de siervos y amigos, cambiarse habitualmente de ropa e incluso comer algunos platos especiales.

Protegido por el oficial en jefe de la prisión y servido por su liberto Marsias, el judío lleva en la cárcel casi la vida de un príncipe, aunque anhela que llegue el momento en que pueda recobrar la libertad, que ve difícil salvo que... muera Tiberio.

El emperador también se aburre en Túsculo y decide retornar a su palacio de Capri. Pero unos pocos días en la isla vuelven a cansarlo y opta por regresar a Roma. Tiberio se encuentra mal en todas partes, peor cada día que pasa. Siente una mezcla de dolor y angustia y tiene el presentimiento de que nunca recuperará la salud perdida. Se mareará con facilidad, sufre desfallecimientos, vomita cada vez que ingiere algún alimento y carece de fuerzas para moverse por sí mismo.

El viaje desde Capri a Roma se hace tedioso y lentísimo. Una vez en tierra, cada pocas millas la comitiva imperial se detiene para que el emperador no sufra demasiado.

En una parada en la villa de Miseno, cerca de las ciudades de Pompeya y Nápoles, Tiberio decide enfrentarse a su destino.

—Mi vidente favorito, aquel Trasilo a quien los dioses acojan en su seno, tenía razón en sus augurios: se acerca el fin de mis días. Ya ni siquiera me acuerdo de lo que fui... —le confiesa el César, serio y apenado, a uno de sus consejeros, el fiel Mecenas.

—¡Oh, César!, tus días por venir son todavía muchos... —trata de excusarse Mecenas.

—No te justifiques, maldito hipócrita, y sé sincero por una vez. Sabes que yo tenía mucha confianza en Trasilo.

El consejero Mecenas palidece, aunque todas las señales indican, y no hace falta ser adivino para ello, que los días de Tiberio están contados y que camina deprisa hacia su final.

—En ese caso, César, debes designar un heredero... —balbucea Mecenas.

—Elegante manera de decirme que tú también ves cómo se aproxima mi muerte.

El consejero calla; conoce bien los ataques de cólera de Tiberio y lo cree capaz de condenarlo a muerte al instante por predecir la suya.

Recostado entre mullidos almohadones en la casa de campo donde se alberga en Miseno, cansado, sin apenas fuerzas para moverse, ordena que venga Evodio, su liberto de confianza.

—Tú eres la única persona en quien confío plenamente —le dice—. Nos hemos detenido aquí porque apenas tengo fuerzas para seguir adelante, y me gustaría guardar las últimas que me quedan para entrar en Roma por mi propio pie. Quiero hacerlo, además, rodeado de mis hijos, Tiberio Gemelo y Cayo Calígula. Envíales un recado y que se presenten de inmediato ante mí. Diles que lo que van a escuchar de mis labios va a marcar el resto de sus vidas. —El emperador siempre se refiere a los dos con el mismo calificativo de *hijo*, a pesar de que Gemelo es su nieto natural y Calígula su hijo adoptivo. Claudio, el hermano de Germánico, no cuenta como pretendiente al trono imperial; todos consideran que es tonto de remate.

Los dos hijos de Tiberio, que se encuentran en Miseno para acompañar a su padre hasta Roma, no tardan en presentarse ante el César.

—Hijos míos —les dice con toda la solemnidad que es capaz de adoptar en su lamentable estado—, he pedido a los dioses que me indiquen con una señal precisa cuál de vosotros dos ha de sucederme al frente del Imperio. Y espero que esta noche me revelen su designio. De modo que mañana os anunciaré mi decisión, que será también la de nuestros dioses.

Su corazón se inclina hacia Gemelo, no en vano es su nieto carnal, pero su cabeza le dice que Calígula es más inteligente, tiene mayor capacidad de decisión y está formado al lado de su padre, el recordado Germánico, a quien el pueblo y las legiones todavía siguen añorando.

Aunque hace ya años de la extraña muerte de Germánico en Egipto, los romanos no olvidan los rumores que señalan a Cneo Calpurnio Pisón, el que fuera legado en Siria, y a Plancina, su esposa, que detestaba a Agripina, la mujer de Germánico, como los instigadores de un posible envenenamiento. Incluso hay quien todavía sostiene que Germánico fue asesinado a instancias del propio emperador Tiberio, que recelaba de la popularidad y de los éxitos de su sobrino, por lo que lo mantenía bajo vigilancia permanente.

Pisón había compartido consulado con Tiberio en tiempos de Augusto, y eran muy amigos. Los rumores sobre la participación de Pisón en la muerte de Germánico fueron insistentes, pero resultó exonerado de todos los cargos por intervención de Livia. Aunque eso no libró a Tiberio de que una mañana el palacio imperial de Roma apareciera con las fachadas pintadas con la frase «Devuélvenos a Germánico». Pero la gente sabía también que por lo menos el hijo de Germánico gozaba del favor de Tiberio.

Macrón, el poderoso jefe de la Guardia Pretoriana, también muestra su preferencia por Calígula, y así se lo hace saber a Tiberio en la primera oportunidad.

Esa noche el emperador apenas puede dormir. Los dolores se lo impiden y, además, se debate en un profundo dilema; el futuro del Imperio depende de lo que decida a la mañana siguiente. Pero Tiberio aguarda en vano. Los dioses deciden no intervenir en su dilema y no recibe ninguna indicación divina ni observa señal alguna que muestre la preferencia de los dioses por uno de los dos candidatos, de modo que toma una decisión: nombrará sucesor al primero de sus hijos que se presente ante él.

Por la mañana, Evodio le anuncia que los dos candidatos aguardan fuera de la estancia donde se encuentra el emperador.

—Hazlos pasar..., pero uno a uno —le dice Tiberio.

—¿En qué orden? —pregunta el liberto.

—En el mismo en el que han llegado.

El liberto, que desconoce la decisión del César, comunica la llamada del César al primero en llegar.

—Tu padre te llama. Pasa a verlo —comunica Evodio.

Al ver a su sucesor, Tiberio se siente contrariado. Es Calígula. Sólo entonces se da cuenta de que prefiere a Gemelo, aunque tenga menos capacidad.

—Acércate, hijo.

Calígula da unos pasos y se sitúa junto al emperador, que yace recostado entre almohadones.

—¿Qué quieres de mí, padre?

Sin mediar palabra, Tiberio coge la mano del joven y le coloca el anillo con el sello imperial.

—Los dioses deciden que seas tú quien me suceda en el trono de Roma.

—¡Padre, oh, padre!... Seré un digno sucesor, te lo juro por todos los dioses...

Calígula no oculta su alegría, observa el anillo colocado en su dedo y sonríe.

—Cuida de tu hermano... —le pide Tiberio, que duda sobre lo que pueda ocurrirle a su nieto. Teme que, cuando Calígula se convierta en César, decida que Gemelo no es sino un estorbo, que incluso puede disputarle el trono, y opte por eliminarlo. Ahora lo ve claro y siente que es probable que se haya equivocado, pero ya no puede echarse atrás.

—Lo haré, padre, lo haré.

—Hijo mío, a pesar de que Gemelo es mi pariente natural más próximo, los dioses y mi voluntad desean que te entregue el anillo imperial que te señala como mi sucesor. Te pido que cuando yo muera y tú estés a cargo de cuanto Roma ha creado, no te olvides de mi benevolencia que te ha elevado a tan alto honor. Recuerda siempre tu parentesco con Gemelo. Júrame por nuestros dioses que lo protegerás en todo momento y que cuidarás de su vida como si fuera la tuya.

—Te lo juro, padre, lo juro ante los dioses y ante Roma —responde Calígula, que toma la mano del emperador y la besa.

Pero en sus palabras no se atisba convicción alguna. Calígula sólo piensa en el poder que se va a depositar en sus manos. Hace tanto tiempo que sueña con este momento...

—Gemelo ha de ser tu más sólido apoyo. Confía en él; es un buen muchacho y te será fiel hasta la muerte. Mi experiencia me dicta que un emperador necesita rodearse de algunos amigos leales. Gemelo lo será para ti. —Tiberio jadea y tose; se agota incluso hablando—. Y cumple nuestras leyes, los dioses no dejan sin venganza a los que obran fuera de ellas.

Estas palabras del emperador suenan sarcásticas a los oídos de Calígula, pues el joven sabe bien de las arbitrariedades e injusticias cometidas por Tiberio como emperador, y que no tiene el menor escrúpulo en perpetrar todo tipo de crueldades para salvaguardar su posición o para apoderarse de los bienes ajenos cuando le apetece.

—Padre, no temas por la vida de Gemelo; te juro por Júpiter que yo seré su mayor defensor. Confía en mi palabra, es la del futuro César —reitera Calígula.

Pese a los juramentos, Tiberio desconfía y duda. Algo atisba en los ojos de su hijo adoptivo que no le gusta, y sospecha que Gemelo estará en peligro en cuanto Calígula se sienta en el trono.

Esa mañana, en presencia de todos los miembros de la corte que componen la comitiva imperial en Miseno, Tiberio anuncia solemnemente que los dioses señalan que el sucesor en el trono de Roma es Cayo Calígula, el hijo de Germánico.

La noticia tarda muy pocas horas en llegar a Roma. En cuanto la conoce, Macrón se desplaza hasta Miseno, donde se encuentra con Calígula. El jefe de los pretorianos respira aliviado; el trato de favor que está propiciando a Agripa, el gran amigo de Calígula, resulta una decisión muy acertada, que espera cobrarse con rédito.

Marsias, uno de los libertos de Agripa, aparece en la cárcel Mamertina jadeando como un perro tras una larga carrera.

—¡El león que pretendía devorarte está muerto! —anuncia el liberto, entre una amplia sonrisa, en arameo para que no puedan entenderlo oídos indiscretos.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunta Julio Agripa.

Marsias se acerca y le dice al oído:

—Que Tiberio ha muerto. Lo mantienen en secreto hasta que la comitiva llegue a Roma. Tu amigo Calígula es el nuevo emperador.

—¿Cómo ha sido? —pregunta, también en arameo, un eufórico Agripa, mientras sale del baño que está tomando en ese momento junto al oficial que lo custodia en la prisión.

—Corren muchos rumores. Uno de ellos asegura que tras declarar a Calígula como sucesor, Macrón viajó al galope hasta la villa donde estaba el emperador y lo ahogó con sus propias manos utilizando una almohada. Algunos creen que lo hizo por orden del propio Calígula, que no ha esperado a que se produzca la muerte natural de Tiberio.

—¿El emperador asesinado por su propio sucesor?

—Algunos lo justifican diciendo que lo único que ha hecho Calígula es acortar el sufrimiento de Tiberio, pero la verdad es que el emperador se ha muerto de viejo y de tantos excesos cometidos en los últimos años de su vida.

—Pues espero que también se acabe el mío; hace ya seis meses que estoy en esta prisión.

El oficial pretoriano, al darse cuenta de que Agripas y Marsias cuchichean algo importante, se acerca y terea en la conversación.

—¿De qué estáis hablando? Debe ser interesante, porque lo hacéis en vuestro idioma, que no entiendo. ¿Qué tratáis de ocultar?

—Nada relevante... —Agripa trata de evadirse, pero el oficial insiste.

—Me porto muy bien contigo, Agripa, creo que me merezco una respuesta —dice el pretoriano en tono de reproche.

—Tiberio ha muerto —responde al fin abiertamente el judío, mientras Marsias no se atreve ni a abrir la boca—. Ha ocurrido en Miseno. El nuevo emperador es Cayo Calígula, el hijo de Germánico. El cadáver del viejo emperador ya está de camino a Roma para los funerales.

—Ojalá lo quemen en el campo —responde con brutal sinceridad el centurión—; no me gustaría que infectaran la ciudad con esa carroña.

El veterano soldado muestra sin tapujos su contento por la muerte de Tiberio.

—No apreciabas a Tiberio, por lo que oigo —dice Agripa.

—En absoluto. Pero ese demonio ya está muerto, y tenemos que celebrarlo. Ordenaré que nos traigan unos pasteles de carne, pichones guisados con cebolla y empanadas de ave, y una jarra del mejor vino de Apulia. Brindaremos por un próspero porvenir.

Mientras celebran el banquete en la oficina del oficial, se presenta un correo que trae un mensaje urgente del comandante del pretorio.

El oficial lee el mensaje y su rostro se torna lívido, como si careciera de sangre de golpe.

—¿Qué ocurre? —pregunta Agripa ante la repentina palidez del oficial.

—¡Por todos los dioses...! —balbucea el pretoriano, cuyas manos tiemblan hasta el punto que deja caer el mensaje al suelo.

Agripa lo recoge y lee en voz alta:

—«Circulan rumores de que el César Tiberio ha muerto, pero no son ciertos. El emperador sigue vivo y en unos días entrará en Roma».

—¡Soy un estúpido por haber creído vuestras palabras! Me he alegrado por la muerte del emperador, y la he celebrado con comida y bebida. Soy hombre muerto. Todos nosotros somos hombres muertos —lamenta el oficial pretoriano.

Agripa también está demacrado y mudo de asombro. Mira a Marsias demandándole alguna explicación, pero el liberto está rígido y confuso.

—¿Qué ha pasado, cómo has podido cometer semejante imprudencia? ¿Por qué me has engañado? —le pregunta Agripa.

—No te he engañado; me aseguraron que había muerto, que el emperador moraba en el mundo de las sombras... —trata de justificarse el liberto, que suda como si estuviera expuesto al sol más inclemente.

—Sal de aquí inmediatamente, idiota, y da gracias a los dioses porque no ordene que te desuellen vivo. Y tú, condenado judío, dejarás de disfrutar de todas las atenciones de las que gozas. ¡Maldita sea mi suerte! —clama el pretoriano.

Pero por la mañana, a pesar de que se lanzan desmentidos, la noticia de que la muerte de Tiberio es cierta corre por toda Roma. Algunos la consideran tan segura que incluso se dirigen a los templos para ofrecer sacrificios a los dioses en honor y por la salud del nuevo emperador. En las escalinatas del Senado, varios senadores confirman ante la multitud que acude hasta el Foro en demanda de noticias que el viejo tirano ha muerto.

Marsias regresa a la cárcel Mamertina, donde Agripa pasa la noche sin pegar ojo, esperando que en cualquier momento se abra la puerta de su celda para llevarlo al cadalso para ser ejecutado.

—¿Qué haces aquí, maldito idiota, acaso deseas ser el almuerzo de los buitres? —el oficial de la cárcel estalla al ver de nuevo al liberto.

—¡Era verdad lo que ayer te dije! ¡Tiberio está muerto! Lo acaban de confirmar varios senadores a las puertas del Senado. El pueblo romano recorre las calles gritando vítores de júbilo.

El oficial se tranquiliza, pero amenaza a Marsias:

—Si vuelves a engañarme, te juro que te sacaré las tripas con mis propias manos.

—El prefecto de Roma ya tiene el mensaje del nuevo emperador. Calígula le notifica la muerte de su padre adoptivo y le ordena que prepare los funerales. Calígula es quien porta ahora el anillo imperial; él es el nuevo César.

El oficial se tranquiliza y respira aliviado. Por unas horas se ha visto a punto de pisar el patíbulo, pero ante la confirmación de la muerte de Tiberio recobra la euforia.

—Ordenaré que saquen de la celda a Agripa y que vuelva a su situación de privilegio en esta prisión.

—Haces bien; Calígula es amigo personal de Agripa. No pasará mucho tiempo hasta que el nuevo emperador decreta su libertad. Y espero que tú seas recompensado por tu comportamiento, a pesar de lo que hiciste ayer —dice Marsias.

El pretoriano se muerde los labios, pero confía en que Agripa no tenga en cuenta su última decisión y, en cambio, recuerde el buen trato recibido.

Cayo Calígula llega a Roma a los dos días de la muerte de Tiberio. Acompaña con fingido aire apesadumbrado al lujoso carruaje donde se transporta el cadáver del emperador difunto. Sin perder un momento, se celebran unos funerales magníficos, de acuerdo con la costumbre romana, y de inmediato Calígula toma posesión oficial de su cargo en el Senado; sólo tiene veinticinco años.

Antonia, que sigue muy de cerca todas las decisiones que adopta el nuevo emperador, se muestra muy preocupada por Agripa y visita a su nieto Calígula.

—Te felicito de corazón, querido mío, por tu elevación al trono. ¿Qué va a pasar con el prisionero que sigue recluido en la cárcel Mamertina? Te recuerdo que su encarcelamiento es debido precisamente a que proclamó que tú debías ser el sucesor de Tiberio en el trono imperial.

El nuevo emperador confiesa a su abuela:

—Deseo liberarlo cuanto antes.

—Ni se te ocurra liberar ahora a Agripa —le dice Antonia de un modo que nadie más osaría a hacerlo.

—¿Por qué no? Creía que apreciabas a Agripa —le replica Calígula, sorprendido por el consejo de la noble matrona.

—Y no te equivocas, querido nieto. Siento un gran afecto por ese judío, al que quiero casi como a un hijo, pero todo el mundo en Roma conoce el motivo por el que Tiberio lo encarceló. Si lo liberas tan pronto, toda esa gente creerá que lo haces porque te alegras de la muerte de tu predecesor, o peor aún, supondrán que esa presunta conspiración que dio con los huesos de Agripa en la cárcel es cierta, y que tú estás al frente, o al menos al tanto de ella.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Dejo que mi amigo se pudra en ese infecto agujero? —le pregunta el emperador.

—Espera unos días a que pasen los sentimientos que muchos muestran cuando muere un hombre notable. Y cuando todo vuelva a la normalidad, proclama su liberación como un acto de generosidad y de grandeza.

—Eres muy lista, Antonia, muy lista. Te haré caso, para eso eres mi abuela.

Pero Calígula, pese a lo que le aconseja Antonia, no tarda ni tres días en liberar a Agripa. Él es ahora el dueño del mundo y nadie va a decirle lo que debe o no debe hacer, y mucho menos una mujer, por muy importante y prestigiosa que sea.

La orden de libertad para Agripa llega a la prisión Mamertina acompañada de otra que requiere al judío para que se presente con el decoro oportuno en el palacio imperial. Sin perder un instante, Agripa se asea, se corta el pelo y se viste con una lujosa túnica de seda, como si fuera a participar en la más opulenta de las fiestas.

Cuando el judío aparece en la sala de audiencias, el emperador lo recibe con toda solemnidad, rodeado de todos los nuevos cortesanos.

—A mis brazos, viejo amigo —lo acoge Calígula.

—Agradezco que me hayas sacado de la prisión, César; cuenta conmigo para todo lo que deseas.

Los dos amigos se funden en un prolongado abrazo entre los aplausos y las risas de muchos amigos comunes.

—El emperador es un ser caritativo y justo —dice Calígula de sí mismo.

—¡Larga vida al César! —clama uno de los cortesanos ante el regocijo general.

—Amigos —Calígula reclama atención; y todos callan ante su requerimiento—, tengo preparadas dos sorpresas para mi querido Julio Agripa.

A continuación, el César da unas palmadas y por una puerta lateral aparecen dos fornidos esclavos. Portan una especie de trípode cubierto con un manto púrpura bajo el que se esconde un misterioso objeto que parece ser bastante pesado y de cierto tamaño, pues tienen que hacer un notable esfuerzo para depositarlo con cuidado en el centro de la sala. Al tocar el suelo, se escucha un sonido metálico en contacto con el pavimento de mármol.

—¡Descubrid mi regalo! —ordena Calígula.

Cuando los dos esclavos retiran el manto ante la atenta y curiosa mirada de los presentes, aparecen sobre el trípode dos gruesas cadenas de oro macizo, similares a las que se usan en las cárceles para amarrar a los presos más peligrosos.

—¡Oh! —Una exclamación mezcla de sorpresa y admiración sale de las gargantas de varios cortesanos ante el brillo del oro purísimo.

—Mi primera sorpresa. En cuanto supe de tu encarcelamiento, me prometí a mí mismo que haría todo lo posible por devolverte la libertad y que te regalaría unas cadenas como las que se usan en las prisiones de Roma, pero hechas de oro. —Calígula habla con tono solemne, recorriendo con su mirada los rostros asombrados de sus

cortesianos, hasta detenerse en Agripa—. He cumplido mi promesa: ahí tienes tus nuevas cadenas, que no te atarán a ninguna húmeda prisión, sino a mi eterna amistad.

Una gran emoción recorre la sala. Los cortesianos aplauden y aclaman a su César, Agripa solloza como un niño sin dejar de agradecer la generosidad de Calígula y el emperador alza los brazos ufano y orgulloso de su detalle.

—Llevaré estas cadenas como la más hermosa prenda de amistad jamás debida —dice el judío a la vez que toma una de ellas, realmente pesada, y la muestra a todos dando una vuelta completa al círculo de gentes que forma en la sala de audiencias.

Acabado su recorrido, deposita de nuevo la cadena sobre el trípode y se postra, sumiso y aún con los ojos enrojecidos por el emocionado llanto, ante la figura sonriente del emperador.

—Vamos, vamos, levántate y dame otro abrazo, querido amigo —dice Calígula ante nuevos y melifluos vítores.

—¡Viva el César Cayo Calígula! —exclama una voz.

Sonriente, el emperador se acerca al trípode, toma las dos cadenas y haciendo gala de su fuerza las levanta en vilo, a lo que todos responden con aplausos y gritos de júbilo.

—Tu generosidad es digna del mejor de los hombres —dice Agripa agradecido.

—Querrás decir que es digna de un dios, querido Agripa. Recuerda que ahora soy un ser divino. —Ríe Calígula.

—El más generoso de los dioses —rectifica el judío.

—Pero hay más: falta la segunda sorpresa. —Calígula vuelve a reclamar la atención de su corte de aduladores.

—¡Vuelve a sorprendernos, oh, César! —clama una voz.

—¡Silencio! Queridos amigos, esta misma mañana he escrito una carta al Senado proponiendo que el ilustre y noble Julio Agripa, o sea, tú mismo —Calígula señala con el brazo al judío—, reciba la tetarquía de las regiones orientales de Batanea y Gulanítide, para que las gobierne con el título de rey. ¡Julio Agripa, rey de los judíos!

—Me abrumas, César... —El sorprendido Agripa apenas puede articular palabra y empiezan a temblarle las rodillas.

—Esas regiones, antaño pertenecientes a nuestra provincia de Siria, han sido gobernadas durante años, con eficacia y diligencia, por tu tío Filippo, a quien Augusto se las concedió graciosamente. Pero Filippo ha muerto hace unos meses y creo que eres tú, mi amado Agripa, el hombre más capaz para suceder a tu tío en el Gobierno. No conozco a nadie que pueda hacerlo mejor.

—Gobernaré esas regiones como el más fiel aliado del pueblo romano y de su magnífico emperador —dice Agripa.

—Y deberás hacerlo teniendo en cuenta no sólo nuestra amistad, sino también la felicidad de tu pueblo. Y además es mi deseo que también se te conceda la tetarquía que gobernaba Lisania, para que los territorios bajo tu mando adquieran una mayor extensión.

El judío, que hace sólo tres días maldecía su suerte encarcelado entre ladrones y criminales, se acaba de convertir en rey de un territorio en Oriente. Y de pronto cree estar viviendo un sueño; pero todo es demasiado real, demasiado concreto para no ser cierto.

—La Fortuna es la más mudable de las diosas del destino —dice Calígula.

—Mi corazón rebosa de alegría, César, y tanta felicidad sólo es debida a ti. — Agripa, una vez conocidas las dos sorpresas, siente cómo el corazón le late desbocado, cómo se le perlan las sienes de sudor, cómo un temblor incontrolable agita sus piernas y brazos, cómo se debilitan sus rodillas y le castañetean los dientes a causa de los nervios.

Y en esos momentos, entre los abrazos, las felicitaciones y los parabienes de los amigos, Agripa recuerda el augurio que aquel mercenario germano le reveló en la prisión. ¿La casualidad, el destino, la voluntad de un dios caprichoso? ¿Un profeta bárbaro entre los gentiles? ¿Sería en verdad aquel extraño búho revoloteando sobre su cabeza una señal divina?

En esos instantes de euforia todos los malos recuerdos se desvanecen: el maldito Eutico, su denunciante, y el sombrío rostro de Tiberio se difuminan con las sombras del pasado; la lúgubre prisión es una pesadilla que se disipa rauda en la memoria; los malos momentos, los agobios financieros, las deudas y las presiones apenas son ya unos vagos retazos que se diluyen en la neblina de la memoria...

—Bueno, bueno, basta ya de arrumacos, que parecemos prostitutas de la Suburra en vez de nobles patricios —dice Calígula separando él mismo a su amigo que lo abraza—. El rey Julio Agripa tiene que preparar su regreso a Oriente; al otro lado del Mare Nostrum lo espera un reino que gobernar.

Esa noche, Agripa apenas puede conciliar el sueño. Incluso llega a temer que si se duerme despierte de nuevo en prisión, y todo lo ocurrido no sea sino un hermoso e imposible sueño. En las largas horas de esa madrugada pasan tantas cosas por su cabeza...: ojalá pudiera estar ahora junto a Cipro, su amada y recordada esposa. Cómo disfrutará cuando se entere del triunfo de su marido en Roma; ya se imagina al frente del Gobierno de la doble tetrarquía, en su palacio, como soberano y rey; él, Julio Agripa, el deudor perseguido, el acosado, ahora es poderoso, amigo del emperador, socio del Imperio, rey; la gloria lo espera, el triunfo, la grandeza de un futuro que imagina prodigioso; y claro, el final de tantas penurias económicas, de tantos acreedores reclamando su dinero, de tantas humillaciones sufridas... La profecía empieza a cumplirse. Tiene que encontrar al germano que le auguró su triunfo y llevárselo consigo a su corte, como guardia personal incluso.

Agripa apenas puede esperar, arde en deseos de regresar a Israel y pide permiso a Calígula para partir cuanto antes. Varias cartas salen de Roma hacia Oriente: una del emperador al legado de Siria con el nombramiento de Agripa a título de rey, otra de Agripa a Cipro contándole todas las buenas noticias, y otras más de la cancillería

imperial a los gobernadores y autoridades locales con las resoluciones aprobadas por Calígula.

Pocos días después, una nave zarpa de Italia rumbo a Ptolemaida, con Agripa a bordo. El pariente pobre, el parásito de la familia, el que mendiga las migajas, regresa a su tierra, y lo hace como rey. ¡Por fin le sonrío el destino!

EL FINAL DE PILATO

Los caminos de Pilato y Agripa se cruzan en el mar. El depuesto procurador de Judea y Samaria vuelve a Roma como un apestado; el judío regresa a Oriente como rey.

Pilato, enterado en una escala de su travesía de la muerte de Tiberio, confía en que el nuevo César lo perdone. Se equivoca; el joven Cayo Calígula se muestra en sus primeros meses como un gobernante ejemplar. Dotado de un ánimo elevado y de unas enormes ganas de impartir justicia, se toma muy en serio sus obligaciones como emperador y quiere que cada una de sus decisiones sea ejemplar.

La recepción a Pilato es breve y fría. Calígula tiene en sus manos la carta que el legado de Siria dirigiera a Tiberio relatando el penoso comportamiento y los lamentables errores de Pilato al sofocar la peregrinación religiosa al monte Garizim como si se tratara de la más peligrosa de las revueltas contra el Imperio.

—Obraste como un insensato —le espeta Calígula a un desencajado y tembloroso Pilato.

—Intenté mantener la tranquilidad, César, en el nombre de Roma...

—Pues lo único que provocaste fue la indignación de los samaritanos y poner en peligro la paz romana. Casi se genera una revuelta general, y precisamente entre la gente más fiel que tenemos en esa región.

—He sido, durante muchos años, el más leal servidor de Roma... —intenta justificarse Pilato.

—Reconozco tus servicios prestados, pero tus errores son imperdonables. No puedo dejar sin castigo tal cúmulo de fallos, sólo achacables a tus imprudentes, crueles e inútiles actos. La matanza de los samaritanos es lo más grave, pero no la única; tu mandato en la provincia deja tras de ti un reguero de sangre.

—Esos judíos son indómitos; sólo entienden la espada y el fuego, sólo así se someten.

—¡Calla!, escucha las palabras del legado de Siria y aprende de ellas. —Calígula lee un fragmento de la carta remitida por el legado a Tiberio—: «Si deseas mantener la paz, haz brillar la justicia y que los ciudadanos de Samaria reciban noticias que anuncien que el César es un juez justo y providente».

—Déjame que te explique —suplica Pilato.

—Nada tienes que decir que yo no sepa. Como emperador de Roma, me propongo resolver los casos que se me presenten con toda celeridad, de modo que obraré en consecuencia. Tu condena significa que el pueblo samaritano, siempre fiel al Imperio, quedará satisfecho. Y tu castigo contribuirá a devolver la calma, que tú convulsionaste, a esa región.

—Perdón, César, imploro tu perdón...

—Debería ejecutarte, como tú hiciste con tantos inocentes, pero en atención a tus años de servicio, quedas condenado al destierro —sentencia Calígula con absoluta frialdad e indiferencia pese a las súplicas de Pilato—. Y como dicta la ley, tus bienes quedan confiscados; serán repartidos en los porcentajes acostumbrados, aunque, para que tu familia no muera de hambre, podrás conservar algunas monedas.

Desterrado en la ciudad de Viena, en la región oriental de las Galias, justamente el mismo lugar escogido por Augusto para el destierro de Arquelao, Pilato se consume en el exilio. Día a día la vida se le hace insufrible, agravada por las penurias y las carencias a que se ve sometido tras una larga vida de lujo y abundancia.

Cada mañana, el exiliado recuerda los días de gloria en Cesarea, aquel tiempo feliz en el que una mirada suya era para sus súbditos como la de un dios, aquellos días bajo el sol de Oriente en los que era dueño y señor de todo un pueblo, que temblaba de miedo tan sólo al escuchar su nombre.

En los fríos amaneceres de Viena, a orillas del Ródano, rumia su desgracia y observa la destatada choza en la que habita, el menguado puchero que lo alimenta y la desgracia que se ceba en su familia.

Él, Poncio Pilato, que ha sido procurador imperial en Judea y en Samaria, no puede soportar una vida tan indecorosa y no aguanta su caída en desgracia. Cree que los hados son injustos y que no merece seguir pensando una vida tan desgraciada, tan sin sentido, sin atisbos de una mejor fortuna.

Al atardecer, con el sol cayendo sobre las verdes colinas de la orilla derecha del Ródano, Pilato toma un afilado cuchillo y se dirige a la zona trasera de su choza, donde nadie pueda verlo. Afila la hoja en una piedra lisa, comprueba el corte del filo y, de un tajo rápido y certero, se abre las venas de la muñeca.

Mientras se desangra, a la vez que el sol se oculta y las sombras avanzan lentamente, recuerda el honroso final de militares como él, y cómo los más bravos y honestos se quitan la vida cuando pierden la honra y la esperanza. Al poco tiempo, sus ojos se cierran, y la vida de Pilato languidece como la luz del sol tras el horizonte.

Es su esposa, Porcia, quien descubre a su marido, casi cadáver, sentado, cara a poniente, en un charco de barro y sangre. La mujer grita, levanta la cabeza ladeada de su marido y todavía siente un leve latido antes de que exhale el último aliento.

Su familia pide a los magistrados de la ciudad de Viena que Pilato sea enterrado con honor, conforme a los cargos que ostentó en vida. Pero se niegan; un condenado por el propio emperador no puede disfrutar de un entierro digno. Entonces, la viuda y los hijos del finado se dirigen a las afueras de la ciudad y cavan un agujero en el suelo, para depositar allí los restos del padre y esposo, pero el lugar donde excavan, un claro en un

denso bosque, ya está ocupado por otras tumbas, y temen que la profanación despierte a los espíritus de los muertos.

Asustados por lo que creen una terrible señal, los hijos deciden meter el cadáver de su padre en un saco, lo atan a una pesada piedra y se dirigen a una zona profunda del río para hundirlo en sus aguas. Pero cuando están a punto de arrojarlo, la corriente se arremolina de pronto y se agita levantando grandes olas; optan por no echarlo a las profundidades, temerosos de que aquel repentino remolino sea la señal de que las deidades de las aguas y los ríos tampoco desean acoger ese cuerpo.

Parece como si los dioses de Roma rechazaran recibir en su seno al principal responsable de la muerte en la cruz de Jesús de Nazaret y al ejecutor de cientos de judíos.

Al fin, unos aldeanos aceptan, a cambio de unas monedas de plata, cargar con el muerto. Envuelven el cuerpo en rudas telas de estameña, lo depositan en una carreta y se alejan de Viena camino de Helvecia. En medio de ninguna parte, en un pozo escondido entre rocas y árboles, arrojan el cadáver de Pilato, cuyo grado de putrefacción emite un hedor insoportable, y lo cubren con un buen montón de piedras, tierra y ramas.

En Israel se sienten felices por la deposición y muerte del tirano que les ha amargado la vida, y creen que la llegada del rey Julio Agripa a las regiones vecinas va a traer una época de próspera felicidad para todo el entorno. Pronto se darán cuenta de cuán equivocados están.

LA AMBICIÓN DE HERODÍAS

—¡Rey, mi esposo Agripa es rey! —exclama Cipro cuando recibe la noticia en el palacio de Tiberiades.

En la corte de Antipas la sorpresa es enorme. Agripa el despilfarrador, el tramposo, el moroso, el huido, es nombrado rey por el nuevo emperador. Nadie espera algo semejante.

Herodías, que hasta ese momento protege a Cipro y a sus hijos, se siente ahora desorientada. En su corazón se despierta un sentimiento de envidia que la reconcome por dentro. Hace mucho tiempo que su esposo, el siempre leal Antipas, ambiciona ser el gran monarca de un Israel restaurado, y nada consigue, ni de Augusto ni de Tiberio; y ahora su hermano logra ser rey, aunque sea de unas pobres regiones orientales, a los pocos días de que Calígula asuma el poder del Imperio. ¡Qué injusta es la fortuna!

Cipro se despide agradeciendo la hospitalidad recibida por su cuñada en Tiberiades y decide viajar hasta el puerto de Ptolemaida para recibir allí a su esposo. Está feliz, eufórica, ¡es una reina!

La marcha de Cipro deja apesadumbrada a Herodías, pero no por la ausencia de la amiga con la que ha compartido tantas tertulias, sino por la envidia que se despierta en ella. Su humor cambia de manera radical. La verdosa bilis desequilibra sus humores; deambula ensimismada y confusa por los corredores de palacio, está malhumorada, tiene el rostro sombrío, el ceño permanentemente fruncido y los ojos desvariados, mientras su mente no deja de dar vueltas y vueltas a la misma idea: su cuñada, a la que tanto ha protegido, es reina, y ella sólo la esposa del tetrarca de un pequeño territorio.

El enojo de Herodías se incrementa aún más cuando se entera de que Agripa y Cipro toman posesión de sus dominios y son aclamados por sus pobladores, que los vitorean con gritos de «¡Viva el rey!» y «¡Viva la reina!».

No lo puede soportar. Ella es nieta de Herodes el Grande y esposa de Antipas, tiene más derecho que nadie a ser reina. Tiene que serlo, y para ello su marido debe ser proclamado rey. ¡Es de justicia! Una noche, en el silencio de la alcoba, habla con él.

—El rey Herodes, padre tuyo y abuelo mío, ordenó ejecutar a Aristóbulo, su propio hijo, poco antes de su muerte, y ahora el hijo de Aristóbulo es el rey. ¿No te parece el mayor de los sarcasmos?

—Debería alegrarte que tu hermano sea nombrado rey —dice Antipas.

—Tú deberías serlo antes. Atesoras más méritos para ello —replica Herodías.

—Se trata de una decisión personal del César ratificada por el Senado; yo nada puedo hacer.

Antipas se siente viejo. Aunque todavía mantiene la esperanza de ser proclamado rey de Judea, hace ya algún tiempo que en su ánimo está instalada la resignación; ya apenas le tienta la codicia de alcanzar más poder; aspira ante todo a que el inminente tiempo de su ancianidad discurra con la mayor felicidad y sin contratiempos.

—En otra época tu único deseo era alcanzar la realeza —insiste Herodías.

—Sí, pero el paso de los años me fatiga. Dedico buena parte de mi vida a mantener en paz Galilea y Perea, y lo consigo. Para lograrlo, trabajo muy duro: me enfrento a los árabes nabateos, fortifico las fronteras construyendo y reparando fortalezas y dotándolas de cuantiosos arsenales para amedrentar a posibles invasores de mis dominios y del Imperio, hago frente a iluminados orates que pretenden derrocar este mundo predicando la venida de no sé qué reino de Dios, consigo que ya no se hable de conjuras y sediciones, ejecuto a personajes queridos por parte del pueblo como aquel idiota llamado Juan el Bautista o a aquel otro lunático Jesús de Nazaret, y logro que mis relaciones con el legado de Siria y el procurador de Judea, representantes de la autoridad del emperador en esta región, sean tan excelentes como pueden serlo. En verdad, Roma debe estar muy satisfecha conmigo..., pero no quiero complicar los años que me quedan de vida.

—Tú mismo lo dices: prestas más y mejores servicios al Imperio que ningún otro; mereces ser rey muchísimo más que mi hermano. —Herodías habla con voz rabiosa y amarga—. Tú eres el heredero de tu padre, el primero designado para sucederlo en el trono de Israel. No puedes aceptar que se te recuerde, si es que queda memoria de ti, como un mísero tetrarca. Lucha por lo que te pertenece y no toleres que tu sobrino tenga una mayor dignidad que tú.

—¿Qué quieres que haga? Ni Augusto ni Tiberio me nombraron rey, y si Calígula hubiera querido, ya me habría otorgado ese título, como ha hecho con Agripa. No puedo luchar contra lo imposible.

—Claro que puedes. Reivindica el honor que te pertenece ante el nuevo César.

—Esposa, deberías estar feliz; tu hermano es el rey de los judíos. En cuanto a mí, lo único que ahora me preocupa es mantener a raya a Aretas y a sus guerreros nabateos y vivir tranquilo a tu lado.

Pero Herodías, tenaz y persistente como nadie, insiste:

—¡No! No toleraré que mi marido se rinda y renuncie a la realeza. Vayamos a Roma, pide que te reciba el emperador. Ante él argumentarás que nadie tiene más méritos y derechos que tú para ser rey. Disponemos de dinero suficiente para pagar lo que haga falta y conseguir ese propósito. Entrega regalos suntuosos a Calígula y a los miembros del Senado, sobórnalos si es preciso, envía agentes a Roma para que preparen tu viaje y allanen el camino, seduce al emperador con lisonjas y halagos...

—Deduzco por tu mirada que tienes un plan para eso —supone Antipas.

—Ordena que se acuñe una nueva moneda con la efigie de Cayo Calígula coronada con el laurel de la victoria y orlada con la leyenda «Roma eterna».

—Eso provocaría un monumental enfado de mis súbditos judíos, y tal vez un levantamiento general...

—¿Y qué importa lo que piensen todos esos fanáticos? Haz que esas monedas circulen por Galilea y Perea, y envía una buena cantidad a Roma, para que el emperador las vea.

—¿Eso es todo? —pregunta Antipas.

—No. Falta lo más importante: ordena erigir un altar y un templo en Cesarea en honor de Calígula, que sea tan magnífico como el que tu padre levantó en esa misma ciudad en honor de Augusto y de la diosa Roma. —Herodías habla muy en serio; su figura, alta y delgada, parece ahora mucho más fuerte y decidida que nunca.

Antipas duda. No quiere perder más tiempo en un propósito en el que siempre fracasa. Ya no ambiciona ser rey, y se abruma sólo con pensar lo que su esposa le propone: mucho tiempo, mucho dinero, un largo y peligroso viaje de ida y vuelta, sobresaltos inesperados, decenas de entrevistas con senadores y cortesanos...

—Prefiero vivir en paz, como hasta ahora, a iniciar semejante aventura que, además, nadie puede garantizar que salga bien —asienta Antipas.

Pero Herodías no está dispuesta a renunciar a la realeza. Dura como el hierro, persistente como las olas en la playa, sigue presionando a su esposo.

—Tú tienes que ser rey, y yo quiero ser reina.

Antipas respira hondo. Sabe que cuando Herodías toma una determinación firme no hay fuerza humana capaz de hacerla renunciar.

—De acuerdo. Iremos a Roma. Y serás reina —le dice al fin.

Sin perder un instante, Herodías se pone a trabajar en el viaje a Roma. Ella misma selecciona los mejores regalos que pueden encontrarse y los custodia en espera de que sean enviados a sus destinatarios en la capital del Imperio.

El primer envío de monedas de oro, acuñadas con la cabeza laureada de Calígula, llega a las manos del emperador en una cuantía muy generosa. Tras ellas, se suceden remesas de cofres y cajas con tesoros espléndidos, que se van entregando a cuantos senadores, gobernadores y magistrados poseen capacidad de influencia en el Imperio.

Naturalmente, semejante actividad llega a oídos de Agripa, que se encuentra preparando la visita al Templo de Jerusalén, donde pretende hacer una entrada triunfal como si en verdad fuera el rey de todos los judíos.

—¿Qué pretende mi tío? —pregunta Agripa a uno de sus agentes en Cesarea.

—Se dispone a viajar a Roma.

—¿Y con qué motivo?

La pregunta es ociosa porque conoce el motivo con certeza.

—Hace semanas que está enviando cajas y baúles repletos de regalos destinados al emperador y a varios senadores. No tengo duda de que prepara el camino para conseguir un propósito muy relevante.

—¡Habla claro de una vez!

—Creo que pretende que Calígula lo designe rey de Galilea y Perea... ¡Y quizá algo más!

Agripa no se contenta con el título, de momento casi honorífico, de rey y el gobierno de las antiguas tetarquías de su tío Filipo y de Lisania. Lo que en realidad ambiciona es que Calígula le otorgue el mando de todos los dominios que un día fueron patrimonio de su abuelo Herodes el Grande, y convertirse en rey de todos los judíos.

Y en esos planes, la nueva actitud de su tío Antipas supone un considerable estorbo. ¡Tío y sobrino están deseando exactamente la misma presa y el mismo trofeo!

—Vaya con el viejo Antipas. Hasta ahora no me había preocupado demasiado por él. Creí que habría renunciado a su vieja ambición al trono de Israel, pero parece que recupera sus fuerzas y vuelve a reivindicar su antiguo sueño.

—Si me permites, señor, te diré que según mis informes es Herodías quien está organizando todo esto.

—Mi hermana, mi propia hermana...

Agripa olvida que Herodías lo acogió, y también a su esposa y a sus hijos, cuando todos lo rechazaban como a un leproso, que fue ella quien protegió a Cipro y a sus hijos mientras él estaba encarcelado en Roma, y que se enfrentó a su esposo Antipas para defenderlos. La memoria es flaca cuando no interesa recordar lo que no se desea.

—¿Qué hacemos, señor?

—Si Antipas consigue sus propósitos, mis planes se vendrán abajo y quedaré en ridículo ante mucha gente de Judea que me estima. Hay que evitarlo, como sea.

Agripa llama a Fortunato, uno de sus libertos, la persona en quien más confía desde que gobierna sus nuevos dominios.

—Mi tío Antipas y mi hermana Herodías están a punto de embarcar rumbo a Roma. Pretenden convencer al emperador para que conceda a mi cuñado el título de rey. No puedo consentirlo.

—Haré lo que ordenes —dice escuetamente Fortunato.

—Eres inteligente y discreto, y tienes unas excelentes dotes para la diplomacia. Quiero que viajes con toda urgencia a Roma. Conoces bien esa ciudad y lo que se mueve en las altas esferas del poder, de modo que no tendrás dificultades para introducirte en ellas y procurar que se desbaraten los planes de Antipas.

—Déjalo en mis manos.

El liberto es conocido en la corte y le agrada Roma, por lo que asume con agrado el encargo.

—Llevarás cartas mías al emperador y a los miembros más influyentes del Senado; y, sobre todo, un informe que estoy preparando. Cuando lo lea, mi amigo el César Calígula cambiará de opinión con respecto a Antipas.

—¿Cuándo parto hacia Roma?

—Inmediatamente; lo harás en nuestro mejor navío. Es importante que llegues antes que Antipas.

—Sólo una cuestión... ¿Qué ocurre si, pese a tus cartas e informes, Antipas logra ser proclamado rey, o al menos ser escuchado por el emperador?

—En ese caso tendrás que avisarme con toda urgencia, y yo mismo iré a Roma, me personaré ante el César y le revelaré alguna historia más sobre Antipas que no le gustará nada.

La travesía para los dos barcos, el de Antipas y el de Fortunato, que parten de Cesarea casi al mismo tiempo, es lenta y pesada. El furioso bóreas sopla continuamente del noroeste y dificulta la navegación haciéndola azarosa. Al cabo de tres meses las dos naves arriban al puerto de Dicearquía, aunque la de Antipas con mejor fortuna, pues se adelanta a la del liberto en una semana.

En cuanto llega a Roma, Antipas no pierde el tiempo: envía sus mejores deseos y su pleitesía a Calígula y visita las casas de los senadores y otros personajes de la corte imperial, a los que agasaja con regalos.

El emperador no está en Roma. Reside por unos días en Baya, en la región de Campania, donde los Césares Augusto y Tiberio construyeron una lujosísima villa de recreo aprovechando que en esa zona existen unos manantiales de aguas termales, cuyos baños resultan muy beneficiosos para calmar los dolores de las articulaciones.

Tras varios días de espera, el emperador decide conceder audiencia a Antipas en su palacio de Dicearquía. No tiene demasiado interés, pero es un buen aliado de Roma. Tiberio hablaba bien de él y está casado con la hermana de su gran amigo Agripa.

Mientras aguardan, Herodías le comenta algo a Antipas:

—El emperador nos recibe muy pronto; es una muy buena señal. Supongo que está predispuesto a escuchar tus argumentos, lo que ya significa mucho.

Pero mientras los dos esposos esperan ser recibidos, Fortunato se presenta con el informe sobre Antipas dirigido personalmente por Agripa al emperador. Calígula abre la carta...

—¡Debería ordenar la ejecución de ese judío ahora mismo! —clama el César tras leer el contenido del informe—. Pero, ya que está aquí, escucharé sus mentiras.

Cuando Calígula entra en la sala donde se celebra la audiencia, en la que se encuentran ya ubicados varios senadores, Antipas, que espera paciente al lado de Herodías, intuye que algo va mal. El rostro del emperador muestra una severidad y una rigidez que no presagian nada bueno.

—Te escucho, hijo de Herodes —dice Calígula con tal sequedad que ni se digna mirar al tetrarca.

—César, recibe mi lealtad y mis mejores deseos para tu salud y la gloria de Roma. Agradezco que me recibas. Sabes bien que durante toda mi vida he sido un leal servidor

del Imperio. Lo hice bajo el gobierno del recordado Augusto y también durante el de mi amigo Tiberio, y deseo seguir con ese servicio bajo el tuyo, excelentísimo Cayo Calígula.

—¿Y qué pretendes con esta visita? —Calígula se muestra frío pero cercano; es un artista consumado del fingimiento y sabe bien cómo disimular sus verdaderas intenciones. Escucha atentamente, aunque ya tiene tomada una decisión.

—La región de la que vengo está en calma, de modo que no creo que sea necesaria la presencia de procuradores romanos en Palestina. En suma, excelentísimo Cayo, y para no entretenerte en tus múltiples ocupaciones, quiero defender que sería muy oportuno que el gobierno de toda Palestina quede en manos de los propios judíos. Somos distintos a las gentes de Siria. Lo ocurrido con Poncio Pilato es muestra suficiente de lo que digo. Mi sobrino Agripa es rey de la antigua tetarquía que gobernó hasta su muerte mi hermano Filipo, más los territorios que le entregaste que antes fueron de Lisania. Yo gobierno como tetrarca, desde hace mucho tiempo, Galilea y Perea, y desde ese puesto defendiendo las fronteras del Imperio frente a los belicosos árabes y la permanente amenaza de los partos. Considera, amado César, lo que te pido y concédeme las regiones de Judea, Samaria e Idumea, que ahora son una provincia bajo administración directa del Imperio. Mis largos años de buen gobierno y la herencia de mi padre el gran Herodes me avalan suficientemente. Y me atrevo a pedirte que me otorgues el título de rey; creo tengo derecho a usarlo, dada mi fidelidad y mi linaje.

Acabado el discurso de Antipas, Calígula olvida su pose y su disimulo. Se levanta de su sitial y camina furioso de un lado a otro de la sala. Los consejeros y senadores tienen que apartarse al paso del airado emperador.

Antipas no puede imaginarse la tempestad que está a punto de caerle encima.

Sin mediar palabra, el emperador extiende el brazo con energía y un secretario, a cuyo lado se encuentra el liberto Fortunato, acude presto a entregarle un rollo.

—Escucha esto, leal Antipas —apunta Calígula con tono amenazador, resaltando la palabra *leal* con toda ironía, y lee—: «Es hora de que sepas, excelentísimo Cayo, que mi tío, Antipas, participó de lleno en la conspiración de Sejano contra tu antecesor Tiberio. Y la razón fue que Tiberio nunca accedió a concederle el título de rey de Judea. Por el contrario, Sejano le había prometido, a cambio de mucho dinero, que prestaría oídos atentos a su petición cuando Tiberio hubiera abandonado este mundo. ¿Qué se puede esperar de un personaje que traiciona así a aquél de quien dice ser su íntimo amigo? ¿Consideras prudente conferir más poder a un traidor, convirtiéndolo en rey? ¿No sería más conveniente arrebatarle lo que tiene que otorgarle nuevas concesiones?».

Antipas y Herodías se quedan estupefactos. No pueden creer lo que escuchan de boca del propio emperador.

—Nada de eso es cierto —interviene Antipas con una mezcla de temblor e indignación—. Jamás participé en conjura alguna contra Tiberio, ni contra Roma. Sólo una mente resentida y canalla puede imaginar algo semejante.

Pese a la determinación con la que habla, Antipas se da cuenta de que Calígula otorga todo el crédito a su amigo Agripa, compañero de tantas correrías de juventud.

Por su parte, Herodías piensa que aquello es una venganza de su hermano por haberle concedido sólo el puesto de inspector del mercado de Tiberiades, por haberlo despreciado en el banquete de Tiro y por haberlo humillado en tantas otras ocasiones. Pero no puede creer lo que está oyendo. ¡Ella ha protegido y mimado a Cipro y a los indefensos hijos del denunciante! Esto es demasiado cruel, pues puede conducir a su esposo a la cárcel e incluso a la muerte.

Llena de angustia, descorazonada por la traición de su hermano, Herodías mira a Antipas, en cuyos ojos comienzan a brotar algunas lágrimas.

—Y todavía hay más. —Calígula alza de nuevo el rollo y continúa leyendo—: «La prueba irrefutable de que Antipas no alberga ahora ningún buen sentimiento hacia el emperador y de que lleva fraguando planes de autonomía desde hace tiempo está en los nuevos arsenales con los que está equipando a sus numerosas fortalezas y en los costosos planes de reforzamiento de las fortificaciones que viene ejecutando en los últimos años. Cualquier observador puede comprobar la verdad de este aserto y ver con sus propios ojos la ingente provisión de armas que Antipas está acopiando. Tras fallar la conspiración de Sejano, no por eso mudan los malos propósitos de este tetrarca. La intención de Antipas es concertar un pacto con Artabano, rey de los partos, y lograr la autonomía protegido por éste, liberándose de la tutela del legado de Siria y del dominio del emperador».

—¡Qué inmensa sarta de mentiras! Cuanto dice ese informe es un montón de infundios y calumnias. ¿Alguien en su sano juicio puede pensar que pretendo firmar un pacto con el soberano de los partos? ¿Quién puede dudar de mi amistad con Tiberio? ¿Quién puede afirmar que yo soy traidor a Roma?

—No te creo. La palabra de mi amigo Agripa pesa mucho más que la tuya. Tu visita lo demuestra. Vienes hasta aquí sólo para reclamar un reino. ¿Qué mayor prueba necesito de tu desmesurada ambición?

—Soy leal a Roma, siempre lo he sido.

Calígula requiere de otro secretario un segundo rollo.

—Ah, ¿sí? Pues escucha este otro informe, ya antiguo y probado por el tiempo. Lo firma nuestro legado en Siria. ¿Quieres que lea lo que dice respecto a tu entrevista hace tiempo con el parto Artabano sobre el Éufrates?

Ahora es cuando Antipas se siente perdido. El legado Vitelio goza de un enorme prestigio, y su palabra nunca se cuestiona en Roma.

—Tiberio me nombró su embajador ante los partos —replica Antipas con ojos llorosos—. Lo único que hice en aquella ocasión fue seguir las instrucciones del César y actuar según los intereses de Roma. —El tetrarca calla que el legado de Siria se sintió muy molesto cuando Tiberio delegó en Antipas y no en él la portavocía de la delegación romana ante los partos, y cuando se adelantó arteramente a enviar su propio informe al

emperador, lo que hizo perder al legado una gran ocasión para lograr un triunfo diplomático. Esas antiguas cuentas se están cobrando ahora.

Traicionado y acosado por todos, incapaz de defenderse de tan graves acusaciones y con el emperador en contra, Antipas se siente ahogado por la angustia. Suda copiosamente, lo estremecen escalofríos, el dolor le oprime las sienes, los ojos se le nublan... Se siente al borde del desmayo. Está derrotado. Piensa que sobre el trono de Herodes el Grande se extiende una terrible maldición, y ve claro que jamás se sentará en él. Hace años fue a causa de su enfrentamiento con su hermano Arquelao, ahora, como un ciclo vital y demoníaco, por su disputa con su sobrino. El trono de Israel está maldito, maldito, maldito...

—Dejemos de lado la conspiración de Sejano, pues todos los que participaron en ella están muertos, y vayamos a tu gestión actual. —Calígula sonríe con un rictus y unos ojos parecidos a los de un perro a punto de morder a su presa—. ¿Es cierto que acumulas en las fortalezas de tu tetarquía arsenales capaces de equipar a setenta mil soldados?

—Es cierto, César, pero...

—¡Es suficiente! —lo corta tajante Calígula—. Esa confesión te inculpa de conspiración contra Roma.

—No, no es eso, no es eso... Esas armas están ahí para defender las fronteras del Imperio ante la amenaza de los partos del persa Artabano y de los nabateos del árabe Aretas.

—¡Silencio! Voy a dictar ahora mismo mi sentencia. —Calígula mira a Herodías, que se mantiene expectante y temerosa, y a Antipas, que se muestra desencajado por completo—. Ésta es mi irrevocable resolución: todos tus bienes quedan confiscados y tú quedas destituido de tu cargo de tetarca de Galilea y Perea. Te condeno al destierro con tu familia.

Antipas no reacciona; se mantiene paralizado y en silencio. Pero Herodías estalla en sollozos; se cubre el rostro con las manos, se arroja al suelo y llora desconsoladamente. Ante el estupor general, no tarda en levantarse, y ya de pie sigue gimiendo con el rostro tapado con sus propias manos.

El emperador sonríe. Se siente feliz porque a la vez que desenmascara a un traidor, se apodera de una considerable fortuna con la confiscación de los bienes de Antipas, elimina a un posible conspirador y demuestra que su autoridad es indiscutible.

—Un procurador extraordinario —continúa Calígula— se trasladará a Galilea y Perea para inventariar y evaluar los bienes del condenado. La mitad de ellos se incorporará al Tesoro imperial para paliar los daños causados y la otra mitad se entregará a Julio Agripa.

»Y como muestra de mi benevolencia y mi amistad, en este mismo momento decreto que la tetarquía de Galilea y Perea sea entregada al rey Julio Agripa, que sabrá gobernarla para beneficio de sus gentes y provecho del pueblo romano. La audiencia ha terminado.

Al oír esas palabras, Fortunato, el liberto de Agripa portador de las cartas a Roma, suspira satisfecho. El plan de Agripa funciona de maravilla y logra mucho más incluso de lo previsto. Ante semejante éxito, el liberto no piensa en otra cosa que en partir de inmediato hacia Israel para contarle personalmente a Agripa lo visto y oído en esa audiencia tan beneficiosa para su rey y señor.

Mientras Calígula se dispone a salir de la sala, una parva de confusas ideas se atropellan en la cabeza de Antipas: se siente profundamente infeliz y traicionado, no entiende cómo puede sucederle semejante cúmulo de calamidades; sufre las injusticias de una decisión demasiado precipitada por parte del emperador y quizá por sí mismo, incluso recuerda las maldiciones que algunos de entre el pueblo le siguen profiriendo por la ejecución de irrelevantes orates como Juan el Bautista o Jesús de Nazaret; lamenta haber sido débil y haber aceptado la presión de Herodías para viajar a Roma. No pretendía otra cosa que vivir sus últimos años en paz y se encuentra con una situación desesperada y terrible.

Al pasar al lado de Herodías, el emperador repara en que la esposa de Antipas sigue llorando desconsolada. En ese momento, a la vista de sus lágrimas, Calígula recuerda que se trata de la hermana de su amigo Agripa.

—Un momento. —El emperador se detiene ante la mujer—. Tú eres la hermana de mi amigo el rey Agripa. Hemos hablado de ti en alguna ocasión, de modo que, en su honor, ordeno que no cumplas el destierro al que castigo a tu marido. Desde ahora, tu hermano será tu protector, podrás mantener una parte de tus bienes y vivir donde te plazca.

—¡No! —La determinante negación de Herodías sorprende al propio emperador.

—¿No?

—No. —Por unos instantes parece que la mujer está dispuesta a lanzarse al cuello de Calígula y arañarle el rostro, pero contiene toda su furia e indignación.

—¿No? —insiste Calígula extrañado—. ¿Qué quieres decir con ese no?

—Yo soy la única culpable de la desgracia que se abate sobre mi marido. Yo le insistí en hacer este viaje, que él no quería emprender. ¡Ojalá pudiera volverme atrás! Tú eres el César y puedes hacer lo que quieras. —Herodías mira con salvaje fiereza a los ojos de Calígula—. Puedes interpretar los hechos como consideres oportuno y creer en la palabra de aquellos a los que supones que dicen la verdad, pero yo, la nieta de Herodes y de Mariamme, reyes de Israel, declaro que todo lo que está escrito en esos informes es una burda mentira, una calumnia tramada para arruinar la vida de mi esposo. Tú eres el emperador, pero te equivocas, Calígula. Obras de manera injusta al condenar a mi esposo por denuncias y sospechas inanes tramadas por mi propio hermano en connivencia con ese mendaz legado de Siria.

—¿Rechazas mi magnanimidad? —pregunta Calígula irónico.

—Sí, la rechazo. Deseo correr la misma suerte que mi marido. He sido su compañera cuando han soplado vientos de bonanza y quiero seguir siéndolo en la

adversidad. No admito tu gracia; iré con él al destierro.

—Tu hermano se entristecerá mucho.

—Ese mentiroso ingrato, ese traidor, ya no es mi hermano. Lo odio y, si pudiera, lo estrangularía con mis propias manos. —Un abrasador fuego interno consume a Herodías, que siente cómo tiemblan sus manos y sus piernas.

—Como desees, orgullosa mujer; pero reitero que eres libre de ir adonde quieras.

El emperador no se inmuta por la diatriba de Herodías, a la que lanza una última mirada de desdén. Se encoge de hombros, esboza una media sonrisa y se marcha de la sala no sin antes ordenar al jefe de la Guardia que se cumpla al instante su sentencia.

Cuando se conoce en Israel la noticia de la deposición de Antipas, quienes más se alegran son los seguidores de Jesús de Nazaret. Consideran que es un justo castigo al mayor culpable de la muerte del Maestro, un merecido final para quien tanto daño les ha causado. Están convencidos de que la mano de Dios y su justicia obran semejante sorpresa, que nadie espera.

El culpable de la muerte de Jesús y de Juan el Bautista es condenado al exilio a un poblacho en las cercanías de Lugdunum, una antigua ciudad gala a orillas del río Ródano, en la Galia oriental. La desgracia de Antipas no los consuela del todo, pero al menos alegra a los discípulos del galileo.

Poco después Agripa se hace dueño de todos los territorios de Israel, que comienza a gobernar como rey aunque bajo la larga tutela del Imperio. Mantiene, sin embargo, el recelo sobre su tío y sospecha que algún día puede arreglárselas para escapar del exilio, regresar en secreto y disputarle el trono que ahora él ocupa. Antipas todavía conserva muchos amigos en Israel, que no dudarán en apoyarlo si consigue regresar desde la lejana Galia.

Obsesionado por esa idea, el rey Julio Agripa se despierta muchas noches sobresaltado; una y otra vez le sobrevienen pesadillas en las que Antipas se le aparece entre grandes y sonoras carcajadas, con las manos tintas en sangre. Con el paso del tiempo aumenta la frecuencia de estos pesarosos sueños que apenas le permiten descansar. El agobiante recuerdo de su tío se presenta como una constante amenaza que acongoja su ánimo.

Un día, al despertarse angustiado por una de esas pesadillas, no puede más. Coge el cálamo y escribe de su puño una compulsiva nota destinada a Calígula: «Alivia mi ánimo y elimina mis preocupaciones. A veces ni siquiera puedo dormir».

No es necesaria ninguna otra explicación. En cuanto el emperador lee esa frase, da órdenes precisas al gobernador de la Galia oriental, y unas cuantas noches más tarde dos sombras se deslizan en la oscuridad que cubre la choza donde malviven Antipas y Herodías. En absoluto silencio, con la habilidad del frío y despiadado asesino acostumbrado a perpetrar crímenes por encargo, una mano dirige un acerado puñal que

cercena la garganta del hijo de Herodes. La muerte veloz se lleva el último hálito vital de Antipas.

Cuando despierta Herodías, al despuntar la aurora, el cuerpo de su esposo está rígido y frío. La mujer intuye lo peor, le palpa el rostro y le agita los hombros intentando despertarlo, pero en vano... A su lado, un perro lame la sangre seca que impregna la mano que cuelga del catre donde yace el cadáver del tetrarca de Galilea.

Herodías siente un espasmo de horror al comprender lo ocurrido, pero no profiere ningún gemido, ni siquiera el menor atisbo de llanto enturbia sus ojos. Su alma está lo suficientemente endurecida como para no romper a gritar de manera destemplada. Siempre ha temido que este momento trágico y cruel tenía que llegar.

El entierro de Antipas, inhumado en tierra extraña, acaba por sumergirla en la más dramática de las sombras. La vida carece de sentido, el destino se muestra caprichoso, cruel, terrible... Pierde el apetito, su mirada se extravía, su garganta se seca, su voz calla, su vigor languidece por momentos, se niega a comer, se debilita, la tristeza y la soledad la embargan. Ni siquiera llegan a brotar las primeras hierbas sobre la tumba de su esposo cuando Herodías es enterrada a su lado, por manos misericordiosas, en un sepulcro anónimo cuya ubicación nadie recordará jamás.

EL MUNDO DE RUT

Mientras toda esta fatalidad sucede a Antipas y Herodías, Hipódamo, el jefe de la Policía galilea, permanece al frente de la tetarquía. Su lealtad y eficacia fortalecen la confianza depositada en él. Pero lo que no espera es que un viaje diplomático, sin más, se convierta en una verdadera tragedia.

Hipódamo deambula como una sombra por los pasillos del palacio de Tiberiades tras enterarse de las terribles noticias que llegan de Roma. Su futuro se torna oscuro. En apenas unas semanas Agripa tomará posesión de sus dominios y reinará sobre todo Israel. La imagen de su padre, Eurimedonte, desolado a la muerte del gran Herodes, se repite ahora en la persona de su hijo.

Hipódamo piensa en voz alta. Se desespera: «Soy un estorbo que Agripa no dudará en eliminar. Pero ¿qué puedo hacer?: ¿esperar como un cordero a que el nuevo rey se presente aquí y me degüelle?, ¿huir a Grecia en busca de refugio en Éfeso o alguna otra próspera ciudad de Asia Menor? Sus sicarios acabarán localizándome y...».

Un pensamiento pavoroso e inquietante cruza su mente: sólo resta dejar la vida con dignidad. Sí, ésa es la mejor manera de acabar con la angustia que lo invade, la mejor solución a tantas adversidades como intuye que se le vienen encima. Pero está Rut, su amada Rut, y sus tres hijos. ¿Qué será de ellos cuando él falte?

Piensa deprisa: «Lo mejor es escapar de aquí. Tal vez a una de las islas de Jonia, o a la Cirenaica, o a Alejandría... Sí, Alejandría, donde nadie se siente extranjero y donde se puede pasar desapercibido entre un inmenso gentío procedente de todas partes del mundo. ¿Por qué no comenzar una nueva vida en un feliz anonimato?».

Huir, escapar, correr, fugarse...: «No, yo no puedo hacer eso. Soy un hombre valeroso que nunca rehúsa enfrentarse a cualquier situación por difícil que sea, que encara cualquier problema con decisión y fortaleza. No, yo soy Hipódamo, el jefe de la Policía de Galilea. No voy a escabullirme como un conejo asustado. Nadie podrá decir jamás que el hijo de Eurimedonte no supo enfrentarse a la muerte. Me quedaré aquí, haciendo frente a mi destino. Pero tampoco voy a consentir que me liquiden como a un perro».

Entonces, Hipódamo ve el camino claro, como una senda en la montaña en una limpia mañana de primavera: «Me daré muerte yo mismo, sí, con mis manos. Será una muerte noble y digna, la más honrosa en este caso».

Una suerte de escalofrío zigzaguea por su espalda al adoptar esa trascendental decisión. En su cabeza pugnan su instinto de supervivencia y su sentido del honor para consigo mismo: honra o vergüenza eterna; no hay otra alternativa.

Un final así será la única manera de lograr que Agripa deje tranquila a su familia. Además, Rut y sus hijos no quedarán desamparados. Dispone de una pequeña fortuna ahorrada año tras año. Tiene algunas posesiones en Fenicia y una hacienda en Antioquía. Rut puede trasladarse allí, con sus hijos, sin sentirse desvalida.

Decidido. No debe tener miedo al final. Pero ha de prepararse para el viaje definitivo, e Hipódamo recuerda entonces a los filósofos epicúreos, a los que tanto admira: «La muerte no es nada, nada. Un temor fatuo e inconsciente propio de niños. La muerte nos priva de todos los sentidos, luego no la sentimos. Entonces, ¿por qué temerla? Si estoy vivo, la muerte no existe, y cuando muera, seré yo el que ya no exista. Por tanto, no hay razón para el miedo. Morir no es sino la culminación de la vida, y debe ser un acto digno y glorioso».

Nacer, vivir, morir... Su mente no permanece tranquila ni un instante. ¿Qué es la vida, qué es la muerte? ¿De dónde venimos, adónde vamos? En Hipódamo todo son celos, sentimientos encontrados, contradicciones insuperables..., y reflexiona profundamente siguiendo a sus maestros filósofos: «La vida sólo es una agitación. Nacemos como inermes criaturas arrojadas a un mar proceloso; vivimos sumidos en una constante zozobra, ansiando alcanzar un imposible; y morimos sin dejar otra cosa que una estela en el aire que el viento disipará, un surco en la arena que la lluvia borrará o una onda en el agua que desharán las olas. Quizá ése sea nuestro destino: o bien desaparecer para siempre o regresar de nuevo a los orígenes de todo, a un nuevo principio, a otro comienzo, a la razón universal».

Llega la hora. Hipódamo llama a uno de sus hombres y le ordena que lo siga. Descienden a los sótanos del palacio, a una gran habitación subterránea, donde el jefe de la Policía guarda los documentos de su archivo.

Se vuelve hacia el soldado, desenvaina la espada, se la entrega y le ordena:

—Mantén firme el acero.

El guardia duda. Intuye de inmediato qué es lo que va a hacer su jefe y no quiere ser él quien empuñe la espada ejecutora porque lo aprecia de verdad. Pero ha visto muchos muertos, ha matado a muchos hombres y ve en los ojos de Hipódamo que su decisión es la correcta. De modo que empuña la espada con fuerza, apoya la espalda en la pared y aguarda firme.

Hipódamo cierra los ojos, inspira una gran bocanada de aire y se arroja sobre la hoja afilada. Un frío mortal atraviesa su vientre. Gime. Siente que las piernas le flaquean. Abre los ojos, pero su vista se vuelve turbia. Se desploma despacio a la vez que un líquido caliente y viscoso corre por su vientre y cae por sus piernas.

Rut llora desconsolada. Lo intuye, lo supone, lo espera, pero no quiere entenderlo. Sólo entonces, ante el cadáver de su esposo, comprende lo que significa el total desasosiego, el absoluto desconsuelo, la angustia más brutal.

El cuerpo sin vida de Hipódamo arde en una pira a orillas del mar de Galilea, y el viento arrastra las cenizas y las deposita sobre las aguas hasta que todo rastro se

desvanece, como la estela de un navío transcurridos unos instantes de su paso.

El suicidio de Hipódamo se festeja por los discípulos de Jesús como un gran triunfo, una prueba más de que la justicia divina está resarcido la muerte de su maestro y de que el cielo está dando su merecido a cada uno de los culpables de su ejecución. Primero Caifás, luego Poncio Pilato, más tarde Antipas, ahora Hipódamo... Dios es justo. Cada uno recibe, al fin, lo que merece según sus obras. Se cumple escrupulosamente la maldición de María Magdalena al pie del calvario.

Rut y sus hijos llegan a la populosa Antioquía, que los recibe en el permanente bullicio de sus atestadas calles y mercados. Es la tercera ciudad del Imperio, sólo superada en tamaño, población y riqueza por Roma y Alejandría. Su calle mayor, de doce pasos de anchura y flanqueada por una columnata repleta de estatuas de dioses y de próceres de la ciudad, la atraviesa de parte a parte.

Encerrada entre poderosas murallas y cercada por el curso del río Orontes, domina la fértil llanura de Amik y controla los caminos que comunican la rica provincia de Siria con las tierras de Asia Menor y el curso alto del Éufrates. Entre sus habitantes se encuentran individuos de todas las etnias del Imperio: cretenses, chipriotas, argivos, atenienses, judíos, sirios, eslavos, árabes... Es el lugar perfecto para pasar desapercibida, piensa Rut, que, tras el suicidio de su esposo Hipódamo, se siente abocada a vivir en el anonimato.

Pero no todo es riqueza en la capital de Siria. En los barrios pobres de Antioquía la gente más humilde se hacina en modestísimas casas de madera y barro de hasta cinco pisos de altura. Muchos viven de la mendicidad, alimentándose de negro pan de centeno, algo de leche agria o queso reseco, aceitunas, pasas e higos. Sufren a menudo los avatares de la más extrema pobreza, rodeados de chinches, pulgas y piojos que los consumen sin piedad. Incendios, derrumbes por los terremotos, frecuentes en esta zona, o por la mala calidad de la construcción, y epidemias que se extienden con la velocidad del viento son compañeros habituales de los antioqueños. La brillante Antioquía de ricos mercados y lujosas tiendas es también un lugar de miseria y desesperación.

Algunos de aquellos abandonados de la fortuna conocen el mensaje de Jesús de Nazaret, transmitido por boca de sus discípulos, y lo adoptan como propio. Hundidos en la desesperanza de su pobreza y su marginalidad, esperan que las promesas de Jesús a sus seguidores se cumplan y que el final de los tiempos llegue pronto para que se implante la justicia en un mundo nuevo. Y depositan toda su esperanza en la salvación prometida por el Mesías.

Rut tiene dinero y propiedades, y se instala en una casa del barrio más rico de la ciudad. Pero ni siquiera ese lugar privilegiado está a salvo de las permanentes disputas que estallan por todas partes entre grupos diferentes. La vida es peligrosa. Por la noche

es imposible salir de casa, y se hace imprescindible atrancar bien las puertas y pagar incluso a algunos hombres para que las mantengan vigiladas.

El único barrio seguro es el que habitan los judíos, muy encerrado en sí mismo pero bien autoprotegido, de modo que Rut decide trasladarse allí con el único de los tres hijos que permanece en su casa; los dos mayores se han marchado en busca de sus propios horizontes. Sabe que estará protegida por los suyos.

Una vez asentada en su nueva morada, cada sábado Rut comienza a frecuentar la sinagoga más cercana. Le gusta rezar en el espacio reservado a las mujeres, en la tribuna superior discretamente aislada con celosías de madera. Conversa con damas de su alcurnia y descubre que algunas son esposas de judíos emigrados de Jerusalén, que se expresan en lengua griega.

Una de ellas, que encabeza un amplio grupo, se sincera un día y le comenta:

—Todas nosotras estamos convencidas de que el Mesías que anuncian las Escrituras ya ha venido a la Tierra.

—¿De quién se trata? —pregunta Rut un tanto sobresaltada.

—Su nombre es Jesús. Vino desde Galilea a Jerusalén para explicar en el Templo la verdadera palabra de Dios. Murió en la cruz por obra de Satán y de los príncipes de este mundo.

—¡Jesús! ¿Te refieres a Jesús de Nazaret? —vuelve a preguntar una Rut asombrada.

—El mismo. ¿Lo conociste?

—Sí, sí. Asistí a varios de sus sermones, escuché su palabra y recibí sus enseñanzas en Tiberiades. ¡Jesús, Jesús!, el más amado, el elegido de Dios.

—En ese caso te alegrará saber que algunos de sus discípulos, tras huir de una manera vergonzosa, se han reunido de nuevo y han formado grupos en la misma Jerusalén y en algunos pueblos de Galilea. Otros de lengua griega huyeron de Jerusalén, movidos por el miedo a las persecuciones, y se han refugiado en esta ciudad. En sus reuniones explican y comentan las palabras de Jesús y veneran su recuerdo.

—¿Vosotras sois seguidoras suyas?

—Sí. Estamos convencidas de que Jesús es el elegido de Dios, el Ungido, el Cristo, y no sólo eso, también creemos que resucitó, que vivió unos días entre sus discípulos y que ahora está sentado en el Cielo a la derecha del Padre. Y que volverá pronto para instaurar el Reino y para convertirse en el Señor de todo el orbe.

—Eso sería magnífico...

—¿Te gustaría venir a nuestras reuniones? Las celebramos una vez a la semana, el día siguiente al sábado; lo denominamos *el día del Señor*, pues fue en ese día cuando Jesús resucitó. Los pocos de entre nosotros que hablan latín lo llaman *dies dominica*.

—Sí, claro que sí, me encantaría —responde Rut—. Desde que escuché por primera vez a Jesús no he podido olvidarlo. ¿Qué hacéis durante esos encuentros?

—Entonamos los salmos y cánticos espirituales que en las Escrituras se refieren a Jesús como Mesías; leemos aquellos pasajes de los profetas, sobre todo de Isaías, que

proclaman la venida de Emmanuel, explicamos a los griegos que este vocablo significa *Dios con nosotros* en la sagrada lengua de la revelación, y ponderamos cómo por obra divina existe una asombrosa coincidencia de ciertos textos proféticos con momentos de la vida de Jesús, incluido su trágico final: los sufrimientos expiatorios por todo el pueblo, su muerte y su vuelta a la vida al lado del Padre celestial. Pero, sobre todo, recordamos sus enseñanzas, sus sentencias, sus dichos, sus parábolas, su interpretación de la Ley...

Al poco tiempo, Rut desea formalizar su adhesión al grupo de creyentes mediante el bautismo, pero durante tres semanas debe ser instruida por dos mujeres, a fin de prepararla para el trascendental rito, que marcará su vida para siempre.

El rabino habla con pleno convencimiento. El grupo que dirige se congrega a orillas del río Orontes para proceder al bautismo de Rut.

—La muerte de Jesús en la cruz desencadena el efecto que el Señor desea. Los judíos de buena voluntad abrimos los ojos y contemplamos en él al verdadero Mesías. Y también algunos gentiles, que descubren la palabra de Dios a través de las enseñanzas de Jesús y se incorporan al Israel renovado.

Rut se siente confortada al oír estas palabras.

—Creo en Jesús, creo que es el Señor, el verdadero Mesías —asiente la viuda de Hipódamo.

—¿Quieres unirme a la comunidad de discípulos? —le pregunta el rabino.

—Lo deseo con toda mi alma.

El agua del Orontes discurre mansa. Rut, vestida con una doble túnica blanca, se introduce en la corriente hasta la cintura. El anciano rabino, tras pronunciar una breve oración, sujeta su cabeza y la empuja con suavidad hasta sumergirla bajo el agua durante unos instantes.

Una vez fuera, el anciano proclama:

—El bautismo que acabas de recibir es símbolo de tu muerte al malvado mundo presente y el de tu resurrección futura para entrar en el nuevo mundo que ha de venir. Con esta agua y con tu arrepentimiento, todos tus pecados te son perdonados. El Espíritu se derrama en tu interior y te bendice. Desde este momento ya no perteneces a ti misma, sino a Jesús el Mesías.

Rut asiente y todos los presentes concluyen con el ósculo santo y pronuncian una exclamación en común: «Ven pronto, Señor Jesús».

Tras la ceremonia bautismal, Rut se siente una mujer renovada. Integrada en el grupo de seguidores de Jesús en Antioquía, emplea su tiempo en ayudar a los más débiles, en patrocinar actos de beneficencia, en atender a los indigentes y en mitigar el dolor de los enfermos. Es una viuda rica, de modo que puede dedicar su fortuna a proteger a los desfavorecidos.

Aunque ya no es una mujer joven, su cuerpo todavía resulta apetecible para los hombres, pero decide que no volverá a conocer a ningún otro varón, pues desea entregar todas sus energías al servicio de la misión del Mesías. Encuentra un gran consuelo espiritual en todo lo que hace: disfruta ayudando a los pobres, leyendo las Escrituras en hebreo, como le enseñó su padre en aquellos lejanos días en Jerusalén; se emociona cantando los salmos y recitando los libros de los profetas; siente palpar su corazón cuando recuerda las palabras de Jesús; se encuentra dichosa hablando del Nazareno con sus compañeros de fe.

Para Rut, el día dedicado al Señor es el más esperado de toda la semana. Los hermanos en Jesús se reúnen para orar y comentar las Escrituras, y celebran la ceremonia solemne de la fracción del pan, el momento emotivo en el que comparten el pan y el vino tal como les enseñó el Mesías, y se sienten entonces en perfecta comunión con su espíritu.

Es feliz. Sólo la inquieta el final de los días, tal como anunció Jesús, y las disputas y los debates que se suelen encender entre sus amigos sobre el cómo y el momento en el cual llegará. Unos dicen que el final es inminente, porque así lo indicó el Maestro sin dejar resquicio a la duda, pero otros afirman que el Mesías también dijo que nadie sabe el día ni la hora, y que no se atisban aún las señales que antecederán a la llegada del Reino.

Durante una de las ceremonias del día del Señor, un anciano de luenga barba se levanta y habla:

—Los fieles a Jesús vivirán los primeros momentos del Reino de Dios en la Tierra, en un paraíso terrenal renovado. Behemot y Leviatán, las horrendas bestias, se manifestarán desde su lugar; las dos ascenderán desde el mar: esos grandes monstruos, creados en el quinto día, servirán de alimento para todos los fieles a Jesús que vivan en el Reino. —Ante los rostros interesados de sus correligionarios, algunos de los cuales muestran cierta desconfianza, sigue hablando—: Entonces la tierra dará su fruto, diez mil por uno; en una vid habrá mil pámpanos, un pámpano producirá mil racimos, un racimo dará mil granos de uva y una sola uva producirá un cántaro de vino. Se verán prodigios todos los días. Soplarán vientos desde la presencia de Dios que traerán cada mañana un aroma de frutos deliciosos, y en el ocaso del día unas nubes destilarán un rocío refrescante. De los collados brotarán arroyos de leche y de miel, y descenderá de nuevo desde el cielo el tesoro del maná y los fieles comerán de él durante esos años, pues sólo los limpios de corazón serán los que se salven al final de los tiempos. Y nosotros, los discípulos de Jesús, estaremos entre ellos. Ese nuevo paraíso durará mil años, pues el final del mundo será como el principio. La nueva vida durará un milenio, el mismo tiempo que duraba la vida de los antiguos patriarcas; y durante esos años nadie morirá; y luego llegará el final definitivo; y tras él, el Reino de Dios celeste y eterno.

—No existirá esa fase terrena del Reino de Dios —sostiene otro creyente apasionado que toma la palabra en tono de réplica—. Uno de nuestros profetas afirma

que la divinidad le ha revelado que los fieles al Maestro accederán directamente al paraíso celestial. El Mesías Jesús, retornado a la Tierra, sostendrá un combate final contra todos sus enemigos. Todos ellos, con Satán a la cabeza y los falsos profetas tras él, serán vencidos y condenados a estar por siempre presos en un mar de azufre y de fuego que arderá para siempre en el centro de las profundidades de la Tierra. Finalmente, el último enemigo que resultará vencido será la Muerte, y los justos vivirán por toda la eternidad en la felicísima presencia de Dios.

Un tercero, eufórico al escuchar las palabras de sus predecesores, también se anima a intervenir mientras Rut asiste muy interesada al debate:

—Después, Nuestro Señor el Mesías entregará a Dios Padre el Reino y comenzará la bienaventuranza perpetua de los que hayan permanecido fieles a su mandato. De las manos de Dios surgirá un nuevo universo, una nueva tierra y un nuevo cielo, en cuyo centro estará la nueva Jerusalén celeste prometida a los profetas. La ciudad celestial y definitiva será luminosísima y su brillo semejará al de las piedras más preciosas. Sus murallas serán altas y también brillantes pero de un fulgor diferente. Sus doce puertas serán de oro y doce ángeles las guardarán; cada una mostrará sobre su dintel el nombre de una de las doce tribus de Israel. Un río cantarín y risueño, cuya corriente portará el agua de la vida y de la sabiduría, surcará la ciudad, y árboles frutales, con dulcísimos y deliciosos frutos, enmarcarán sus calles. Los habitantes serán felices y ya no habrá lamentos ni penas, pues Dios enjugará para siempre las lágrimas de sus ojos. La muerte no existirá, no habrá duelo, ni gritos, ni fatigas, porque todas las calamidades habrán pasado.

Para Rut, el tiempo discurre ahora en un estado de creciente ánimo. Todos hablan de lo que se espera, que será maravilloso y ocurrirá pronto. Rut continúa repartiendo limosnas entre los pobres, reza por la liberación de Israel, ruega por el final de este mundo injusto, se consuela con el recuerdo de las palabras de Jesús que unos días ya muy lejanos escuchara en Galilea; e imagina que el buen Dios, en su infinita bondad, habrá perdonado a su esposo Hipódamo, y que se encontrará con él en la otra vida.

Siente cierta misericordia, incluso, cuando se entera de la repentina y asombrosa muerte de Julio Agripa, y lamenta que los soldados romanos la celebren en Cesarea arrastrando las imágenes de sus hijas hasta un burdel. Y piensa que el de Israel es, en verdad, un trono maldito.

Su alma está en paz y ni siquiera siente rencor hacia Roma, donde ahora, tras el asesinato de Calígula, se sienta Claudio, hermano del glorioso Germánico, el tullido tartamudo al que todos consideraban bobo y del que todo el mundo se reía cuando nadie podía siquiera imaginar que un día se convertiría en el dueño del mundo.

Una mañana, al poco de despertarse, Rut, ya anciana, se siente débil en extremo. Es consciente de que su vida se apaga, de modo que le pide a su hijo menor, que vive en

Antioquía junto a ella, que envíe una nota a sus dos hermanos, que residen en Tiberiades y Damasco, demandándoles que acudan a visitarla enseguida porque desea verlos juntos antes de morir.

El atardecer es cálido. Un perfume de rosas y nardos aromatiza la estancia donde Rut agoniza sin sentir dolores. Al pie de su lecho, impotentes ante la inexorable partida de su madre, los tres hijos de Hipódamo rezan acompañados de un nutrido grupo de hermanos de Rut en la fe de Jesús de Nazaret.

Durante unos breves momentos, Rut abre los ojos, contempla a sus hijos, dirige una amorosa mirada a sus correligionarios, estrecha la mano del menor, que la mantiene apretada, y con sus últimas fuerzas dibuja una sutil sonrisa antes de expirar, con extraña placidez, su último aliento.

—Nuestra madre ha muerto —asienta el hermano mayor tras comprobar con un espejuelo de bronce y un pañuelo que Rut ya no respira.

El pequeño, acariciando la mano lánguida de su madre, rectifica:

—No, no ha muerto. Sólo se ha marchado para vivir eternamente junto al Señor.

NOTA DE LOS AUTORES

Esta novela relata uno de los períodos más controvertidos y contradictorios de la historia de la humanidad. Comienza en el año 4 a. C., a la muerte de Herodes I el Grande, rey de Israel, y acaba poco después de la muerte del emperador Calígula, en el reinado de su sucesor, Claudio, mediado el siglo I, cuando comienza a consolidarse el cristianismo, la nueva religión fundada por los seguidores de Jesús de Nazaret.

Durante ese medio siglo, el Imperio romano alcanza sus «fronteras naturales» (ríos Rin, Danubio, Éufrates y desierto del Sáhara); y para ello conquista y pacifica diversos territorios. Uno de los más conflictivos es Israel, la Tierra Prometida del pueblo judío, cuya relación con Roma atraviesa en la primera mitad del siglo I momentos muy complicados.

Roma procura mantener la paz en la zona oriental de su Imperio, circunstancia necesaria para estabilizar sus fronteras con el poderoso Imperio persa, su gran enemigo en Asia Occidental. Para ello pone en marcha un amplio despliegue diplomático en la zona, donde los judíos se debaten entre someterse a Roma o luchar contra ella para recuperar su independencia.

A lo largo de la primera mitad del siglo I los judíos sostienen continuas acciones de guerrilla contra Roma y llevan a cabo diversos alzamientos contra su poderío. En el tiempo en el que transcurre la acción de esta novela, entre los años 4 a. C. y 45, a los movimientos políticos independentistas de los judíos se suman pronunciamientos religiosos que claman por la venida del reino de Dios. Diversos profetas, algunos calificados como Mesías, predicán en tierras de Palestina el fin de ese mundo y su inmediata sustitución por otro mejor.

Uno de esos predicadores se llama Juan el Bautista, a quien, tras su muerte a manos de Antipas, sucede su más prestigiado discípulo, Jesús, un judío natural de la aldea de Nazaret que afirma pertenecer a la casa del rey David y a quien un grupo de seguidores lo identifican como el verdadero Mesías, el futuro rey de Israel. La figura de Jesús alcanza tal relieve que pronto se considera sobrenatural y se identifica como hijo de Dios, para luego ser considerado por muchos de sus seguidores como el mismo Dios encarnado en un hombre.

Ejecutado en Jerusalén, probablemente en la Pascua del año 33, su recuerdo no se desvanece en la historia, y sus discípulos fundan en torno a su memoria y al recuerdo de sus palabras la Iglesia cristiana.

La vida de Jesús discurre durante el reinado de los emperadores romanos Augusto y Tiberio. Ambos sostienen una compleja relación con los judíos y con sus dirigentes,

especialmente con Herodes el Grande y con sus descendientes, los herodianos, un linaje de príncipes que pugnan entre ellos por hacerse con el poder sobre todo Israel.

Para escribir esta novela hemos tenido que consultar una y otra vez diversos textos históricos y religiosos, en muchas ocasiones repletos de contradicciones, confusiones, dudas y diferencias tan extremas que las hemos salvado a partir de una larga y profunda reflexión en común.

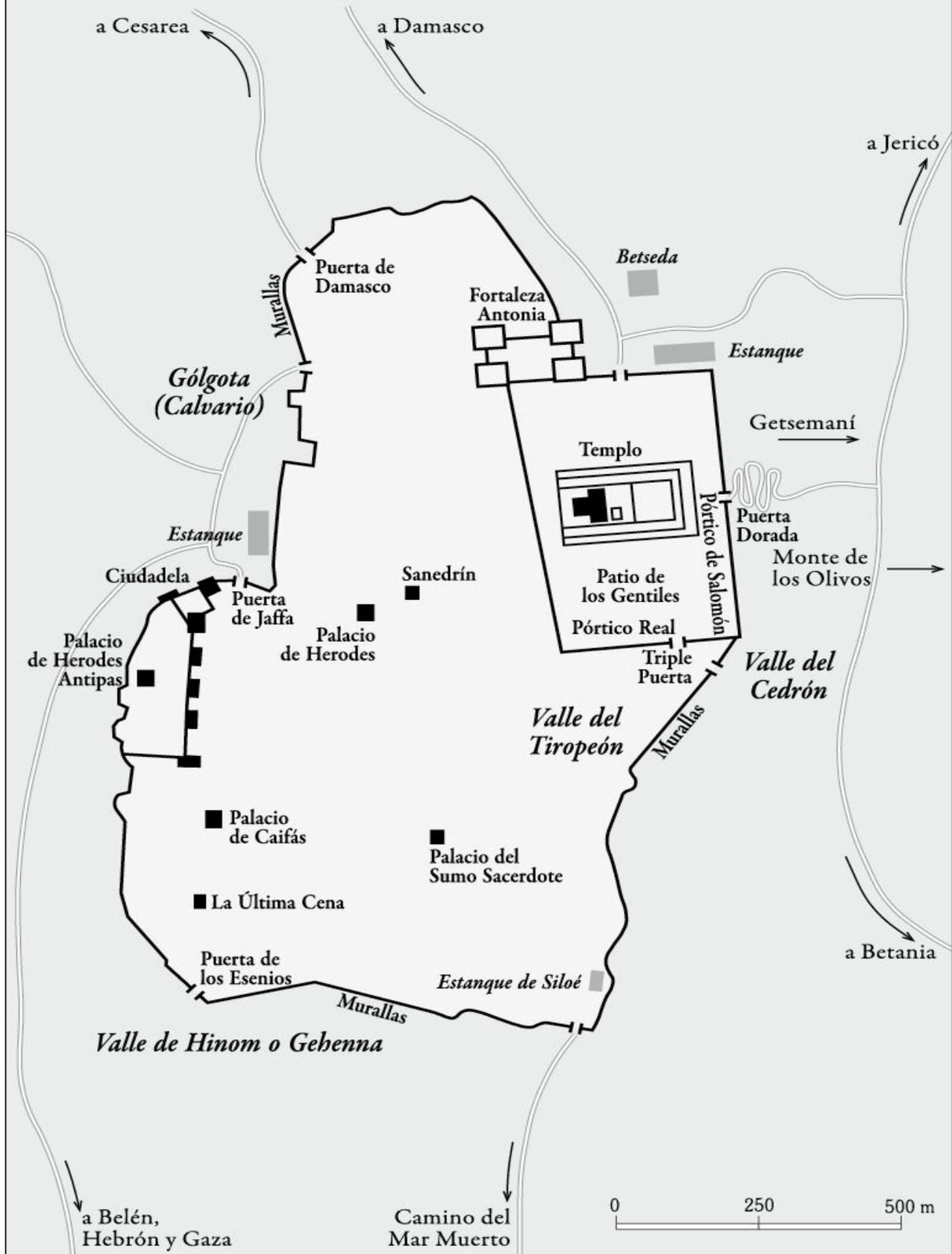
Hemos releído con intensidad el Nuevo Testamento, en especial los Evangelios, y las obras *Antigüedades de los judíos* y *la Guerra de los judíos*, de Flavio Josefo. También hemos manejado *Historia romana*, de Dión Casio, *Hipotéticas. Apología de los judíos*, de Filón de Alejandría, *Cartas*, de Plinio el Joven, *Vidas Paralelas*, de Plutarco, *Vidas de los doce césares (Augusto, Tiberio, Calígula)*, de Suetonio, *Anales*, de Tácito, e *Historia de Roma desde su fundación*, de Tito Livio, y además un sinfín de bibliografía contemporánea.



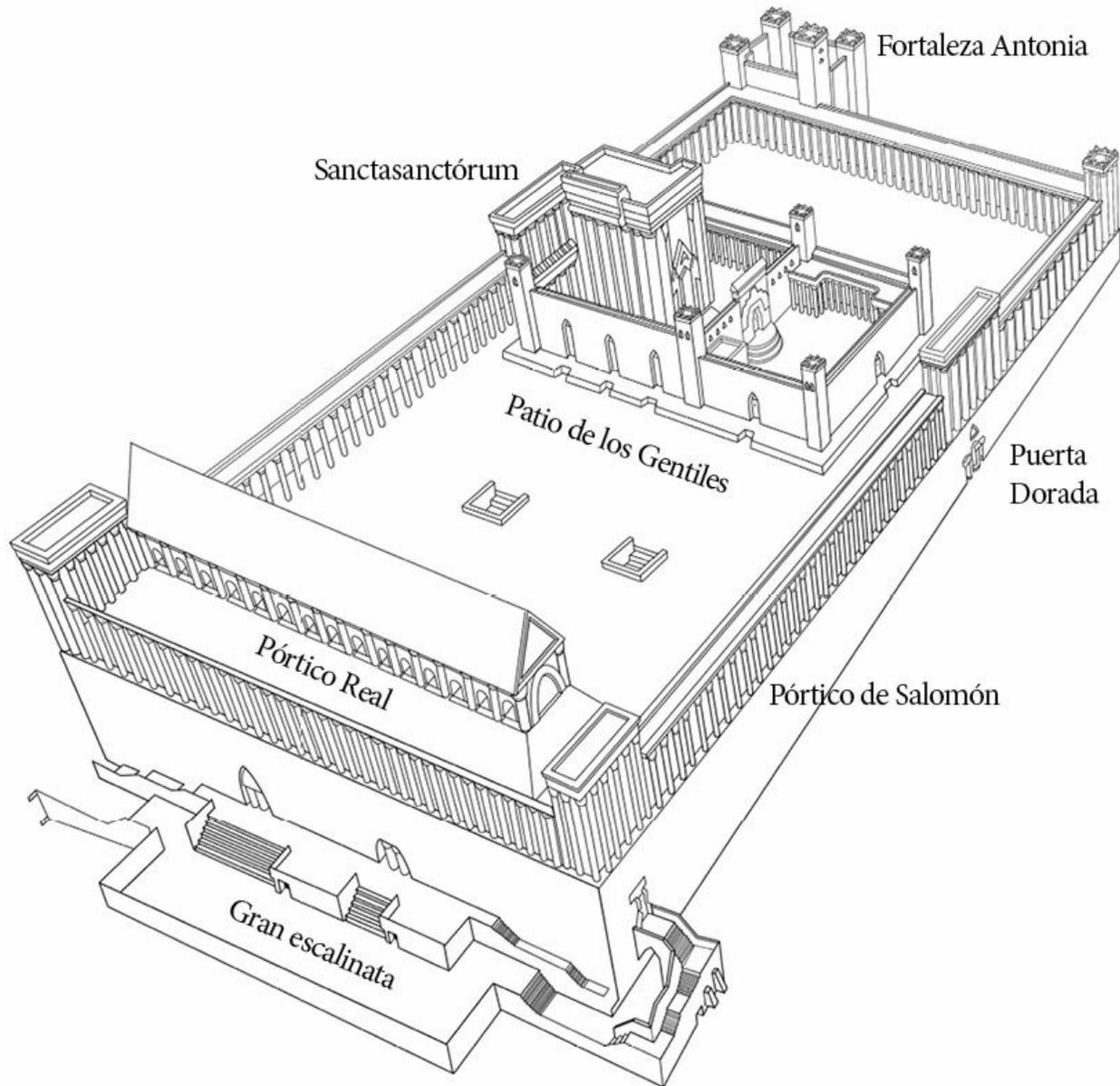
EL REPARTO DE ISRAEL CON AUGUSTO (Principios s. I)



JERUSALÉN EN TIEMPOS DE JESUCRISTO



TEMPLO DE JERUSALÉN, SIGLO I



CRONOLOGÍA

- 7 a. C.:** A finales de año, o comienzos del 6 a. C., nace Jesús de Nazaret.
- 4 a. C.:** Muere Herodes el Grande.
- 3 a. C.:** División de Palestina: Arquelao, etnarca de Judea y Samaria; Antipas, tetrarca de Galilea y Perea; y Filipo, tetrarca de Batanea, Gaulanítide, Traconítide y Auranítide.
- 6 d. C.:** Deposición de Arquelao por Augusto; primer censo romano sobre Galilea; revuelta de los zelotas de Judas en Galilea, feroz represión por parte de los romanos; los romanos destruyen Séforis; el procurador romano se traslada a Galilea; el legado romano de Siria se encarga de la administración directa de Judea.
- 9 d. C.:** Los germanos derrotan y aniquilan en la selva de Teotoburgo a las legiones XVII, XVIII y XIX, mandadas por Publio Quintilio Varo, anterior legado en Siria.
- 14 d. C.:** 19 de agosto, muere el emperador Augusto; Tiberio, nuevo emperador.
- 18 d. C.:** Caifás, nombrado sumo sacerdote.
- 20 d. C.:** Antipas funda la ciudad de Tiberiades y establece allí la capital de Galilea.
- 26 d. C.:** Poncio Pilato es nombrado procurador romano de Judea.
- 27 d. C.:** Otoño, predicación de Juan el Bautista.
- 28-29 d. C.:** Aparición en público de Jesús de Nazaret tras recibir el bautismo de Juan el Bautista.
- 31 d. C.:** Juan el Bautista es ejecutado en Maqueronte.
- 28/29-33 d. C.:** Vida y ministerio públicos de Jesús de Nazaret.
- 33 d. C.:** 7 de abril, vísperas de la Pascua, Jesús es crucificado en Jerusalén, a los 39 o 40 años de edad (otros investigadores sostienen que la muerte de Jesús tuvo lugar el 8 de abril del año 30, a los 36 o 37 años).
- 34 d. C.:** Muerte de Filipo, hijo de Herodes el Grande.
- 35 d. C.:** Ejecución de Esteban; Pablo de Tarso llama a predicar el mensaje de Jesús a los gentiles; destitución de Poncio Pilato; deposición y muerte de Caifás.
- 37 d. C.:** 15 marzo, muere Tiberio; Calígula, nuevo emperador.
- 37 d. C.:** Marcelo, nuevo procurador de Judea; Poncio Pilato se suicida; Julio Agripa es nombrado tetrarca de Batanea y Gaulanítide.
- 39 d. C.:** Julio Agripa es nombrado rey de Palestina; destitución y deportación de Antipas.
- 41 d. C.:** 24 de enero, asesinato de Calígula; Claudio, nuevo emperador.
- 44 d. C.:** Ejecución de Santiago el Mayor por Agripa en Jerusalén.
- 49 d. C.:** I Concilio judeocristiano en Jerusalén.

PERSONAJES

Agésilao: Secretario de Nicolás de Damasco en la corte de Arquelao.

Agripa (Julio Herodes Agripa I: 10 a. C.-44): Hijo de Aristóbulo y Berenice; nieto de Herodes el Grande.

Alejandro (36 a. C.-4 a. C.): Hijo de Herodes el Grande y la primera Mariamme. Hermano de Herodías. Sobrino y cuñado, a la vez, de Herodes Antipas, a quien traiciona ante Calígula.

Alexas: Esposo de Salomé, hermana de Herodes el Grande.

Anás (Anano ben Seti): Sumo sacerdote del Templo de Jerusalén (6-15 d. C.).

Antipas (Herodes Antipas) (20 a. C.-39): Hijo de Herodes el Grande y Maltace; tetrarca de Galilea y Perea.

Antípatro (46 a. C.-4 a. C.): Hijo de Herodes el Grande y Doris, su primera mujer.

Antípatro el Joven: Hijo de Salomé y sobrino de Herodes el Grande.

Antonia la Menor: Esposa de Druso, cuñada de Tiberio y madre de Germánico y Claudio.

Aretas IV (9 a. C.-40): Rey de Nabatea; padre de Fáselis y suegro de Antipas.

Aristóbulo (34 a. C.-4 a. C.): Hijo de Herodes el Grande y la primera Mariamme.

Aristóbulo el Joven: Hijo de Aristóbulo y Berenice; nieto de Herodes el Grande.

Arquelao (23 a. C.-18): Hijo de Herodes el Grande y Maltace; etnarca de Judea, Samaria e Idumea.

Artabano II: Rey de los partos (10-38 d. C.).

Atronges: Libertador judío.

Augusto: Emperador de Roma (30 a. C.-14).

Balbilo: Astrólogo de Tiberio.

Caifás: Sumo sacerdote del Templo de Jerusalén (18-36).

Calígula (Cayo/Gayo): Emperador de Roma (37-41); hijo de Germánico y Agripina la Mayor.

Cipro: Mujer de Julio Agripa.

Cleopatra: Cuarta esposa de Herodes el Grande.

Cneo Calpurnio Pisón: Véase Pisón.

Coponio: Prefecto romano de Judea (6-9 d. C.).

Doris: Primera esposa de Herodes el Grande.

Eurimedonte: Padre de Hipódamo; jefe de la Policía de Arquelao.

Eutico: Liberto de Agripa.

Fáselis: Princesa nabatea; hija de Aretas IV y primera esposa de Antipas.

Filipo (4 a. C.-34): Hijo de Herodes el Grande y de Cleopatra; tetrarca de Batanea, Iturea y Traconítide.

Germánico (15 a. C.-19): Hijo de Druso y Antonia; padre de Calígula.

Glafira: Princesa de Capadocia. Primera mujer de Alejandro, hijo de Herodes el Grande. Segunda mujer de Arquelao.

Herodes Antipas: Véase Antipas.

Herodes el Joven: Hijo de Herodes el Grande y Mariamme; primer esposo de Herodías.

Herodes el Grande: Rey de Judea, Galilea, Samaria e Idumea (37 a. C.- 4 a. C.).

Herodes Filipo: Véase Filipo.

Herodías (7 a. C.-40): Hija de Aristóbulo y nieta de Herodes el Grande; esposa y sobrina de Herodes el Joven y de Antipas.

Hipódamo: Hijo de Eurimedonte; jefe de la Policía de Judea y de Galilea; esposo de Rut.

Hircano: Etnarca de Judea con Julio César.

Irineo: Abogado y consejero de Antipas.

Jeconías: Sacerdote de Jerusalén; padre de Rut.

Jefté: Hijo de Menahén; caudillo rebelde judío.

Jesús de Nazaret (7/6 a. C.-33): Hijo de María; considerado el Mesías por sus discípulos.

Joazar: Sumo sacerdote de Jerusalén.

Juan el Bautista: Predicador judío, maestro de Jesús.

Judas: Rabino fariseo.

Julio Agripa: Véase Agripa.

Livia (58 a. C.-29): Tercera esposa de Augusto; madre de Tiberio.

Lucio Vitelio (5 a. C.-51): Gobernador y prefecto de Siria (35-39 d. C.).

Macrón: Jefe de la Guardia Pretoriana, sustituto de Sejano.

Maltace: Quinta esposa de Herodes del Grande.

Marcelo: Procurador de Judea (37-41 d. C.).

Marco Coponio: Véase Coponio.

María de Magdala: Discípula muy cercana a Jesús.

Mariamme la Samaritana: segunda esposa de Herodes el Grande; hija del rey Aristóbulo II.

Mariamme: Octava esposa de Herodes el Grande.

Marsilio: Tribuno romano de Siria.

Matatías ben Honí: Caudillo rebelde judío.

Matías: Rabino fariseo ejecutado por Herodes el Grande.

Mecenas: Consejero de Tiberio.

Nicolás de Damasco (64 a. C.-después del 4 d. C.): Consejero de Herodes el Grande y de Arquelao.

Octavio César Augusto: Véase Augusto.

Pisón (Cneo Calpurnio Pisón) (44 a. C.-20): Gobernador y prefecto de Siria (17-19 d. C.).

Pisón: Prefecto del pretorio con Tiberio.

Pomponio Flaco: Legado romano de Siria (32-35).

Poncio Pilato: Procurador romano de Judea y Samaria (26-36).

Ptolomeo: Consejero de finanzas de Herodes el Grande y de Arquelaos.

Publio Quintilio Varo: Véase Varo.

Publio Sulpicio Quirino: Véase Quirino.

Quirino (Publio Sulpicio Quirino): Legado y gobernador de Siria (6-12).

Rut: Hija del sacerdote Jeconías; esposa de Hipódamo.

Sabino: Procurador financiero romano en Judea.

Sadoc: Caudillo rebelde judío.

Salomé: Hermana de Herodes el Grande.

Salomé la Menor: Hija de Herodes el Joven y de Herodías.

Sedecías: Mercader de Jerusalén.

Sejano: Jefe de la Guardia Pretoriana, ejecutado por Tiberio.

Simón: Caudillo rebelde judío.

Tiberio: Emperador de Roma (14-31).

Trasilo: Astrólogo platónico de Tiberio.

Valerio Grato: Procurador de Judea y Samaria (15-26).

Varo (Publio Quintilio Varo): Legado y gobernador de Siria (4 a. C.-9).

Vitelio: Véase Lucio Vitelio.

El trono maldito

José Luis Corral

Antonio Piñero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Bridgeman Art Library / Index, imagen medieval del rey Herodes

© José Luis Corral, 2014

© Antonio Piñero, 2014

© de las ilustraciones, Genealogía de Augusto © Gradualmap / Genealogía de Herodes el Grande © Gradualmap / El Imperio romano a la muerte de Augusto © Gradualmap / El reparto de Israel con Augusto © Gradualmap / Jerusalén en tiempos de Jesucristo © Gradualmap / Plano del Templo de Jerusalén © Carlos Martín

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014

ISBN: 978-84-08-13341-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Índice

Cita	5
Genealogía de Augusto	6
Genealogía de Herodes el Grande	7
Introducción	8
PARTE I	11
1. La ambición de Arquelao	12
2. Una Pascua agitada en Jerusalén	32
3. Una sorpresa en Roma	44
4. El tribunal de Augusto	54
5. Sabino en Judea	68
6. Las legiones de Siria	80
7. La decisión de Augusto	90
8. Los años de Arquelao	99
9. Los encantos de Glafira	105
10. Alejandro redivivo	115
11. Rut, la hija del sacerdote	127
12. Los apuros de Arquelao	138
13. Roma gobierna	147
14. La propuesta de Livia	158
15. El rapto de Herodías	178
PARTE II	193
16. El anuncio del Bautista	195
17. El precio de la sinceridad	204
18. El desquite de Aretas	219
19. El auge de Jesús	223
20. Poncio Pilato	233
21. Conflicto por Jesús	242
22. Informe a Pilato	254
23. Camino de Jerusalén	259
24. Un templo puro	275
25. El temor del Sanedrín	285
26. El Patio de los Gentiles	292

27. El proceso contra Jesús	307
28. Un suplicio de esclavos	320
29. La suerte de los enemigos	332
30. Las aventuras de Julio Agripa	344
31. Agripa ante Tiberio	361
32. La decisión de Calígula	379
33. El final de Pilato	393
34. La ambición de Herodías	397
35. El mundo de Rut	409
Nota de los autores	417
Mapa del Imperio romano a la muerte de Augusto	419
Mapa del reparto de Israel con Augusto	420
Plano de Jerusalén en tiempos de Jesucristo	421
Plano del Templo de Jerusalén, siglo I	422
Cronología	423
Personajes	424
Créditos	427